Ramiro Calle
El Yogui

Ramiro Calle
El Yogui

Ramiro Calle

El Yogui

Con profundo afecto para mis amigos Cesar Vega y Manuel Muñoz por su confianza en mis enseñanzas e incondicional apoyo, toda vez que son los dos alumnos más antiguos del Centro de yoga Shadak, que lleva funcionando más de cuatro décadas.

Parte I

Capítulo 1

Nací en el seno de una familia brahmín[1]. Me llamo Devendrenath Das y mis más lejanos recuerdos me traen a la memoria mi propia imagen, débil y menuda, orando con hondo fervor ante el pequeño santuario que en honor de la diosa Kali[2] había en mi habitación. Por lo que sé no fui un niño precoz al hablar, pero cuando por fin lo hice, comencé enseguida a recitar los mantras y a entonar los himnos sagrados a la divinidad. A veces nos reuníamos durante varias horas toda la familia y en nuestros labios, con incansable tenacidad, se repetían las palabras sagradas. Nuestras voces formaban un murmullo denso y monótono y nuestros extasiados pensamientos se elevaban hacia Dios. Las lágrimas corrían abundantes por mi rostro y me sentía desbordado por una consternadora devoción.

Con frecuencia me aproximaba a la imagen de la diosa y susurraba:

—Bendita Madre, no me importa perderlo todo, pero no quiero perder nunca tu amor.

En la semipenumbra de mi cuarto, ensimismado ante el pequeño santuario, pasaba muchas horas junto a la bella imagen de Kali y tenía la impresión de que aquellos inexpresivos ojos de arcilla me miraban con dulzura e indulgencia. Todas las noches besaba la imagen de la diosa y al hacerlo sentía una caricia tibia en los labios y mi corazón comenzaba a latir apresurado.

—Radiante Madre, no permitas que se debilite mi amor.

Ya en aquella época, que fluctúa en mi mente como la llama temblorosa de una vela, me desplomaba en profundos estados de arrobamiento y perdía la noción de todo lo que me rodeaba. Kali se convirtió en la más adorable de las amantes, aquella que escuchaba mis penas y mis alegrías, mis proyectos y aspiraciones, con paciente benevolencia.

Mis acciones en pasadas existencias me impulsaron a reencarnar en Benarés, la ciudad más santa de la India, que aunque bulliciosa y polvorienta, también es cálida y amorosa, y conserva el vigor de la más impetuosa espiritualidad.

Benarés es una ciudad muy antigua, de casas bajas y tortuosas calles, siempre muy concurridas y plenas de colorido. Emana de toda ella una especie de mística nostalgia y de alentadora esperanza, y aunque sucia y a veces incluso maloliente, despierta el cariño más íntimo de todos los que la conocen.

Todo hindú desea morir en Benarés y que las cenizas de su cuerpo sean arrojadas a las aguas del Ganges para que éstas guíen el espíritu del difunto hasta las Esferas de Luz y hasta Dios. Si me fuera dado elegir el lugar en el que deberé renacer, elegiría siempre Benarés, pues ella es para mí como un canto suplicante que se eleva hacia la Divinidad. Benarés, la santa Benarés, es la antorcha que encendió Shiva con su amor y que nadie jamás podrá extinguir.

Vivíamos en una de las zonas más tranquilas de la ciudad, si eso es posible, y nuestra casa era una de las más altas. Disponíamos de una espléndida terraza, desde la cual nos era dado divisar, a lo lejos, el lento y apacible discurrir de las aguas del Ganges. Una de mis ocupaciones preferidas era la de permanecer en la terraza bajo los inclementes rayos del sol, tan potentes que amenazaban con abrasar mi delicado cuerpo. Me ensimismaba ante la grandeza del horizonte y era como si se diluyesen el tiempo y el espacio. En esos momentos me encontraba más cerca de mí mismo y podía satisfacer así mi innata introversión. Recuerdo que, aunque entonces no era feliz, tampoco era desdichado. Todos los días me acercaba a uno de los ángulos de la terraza y me asomaba a la calle para ver a los niños jugando alborozados entre sí y corriendo de un lado para otro entre grandes risas, gritos y exclamaciones. Sentía envidia y un sentimiento difuso de soledad y amargura se apoderaba de mí. Con mucha atención, pero desapasionadamente, veía el trasiego de personas, animales y carretas. Veía a los ancianos arrastrando su reseco y extenuado cuerpo; las madres, con sus saris multicolores, acompañando a sus hijos a la escuela; los vendedores, sucios y vociferantes, ofreciendo su mercancía con sus escandalosas voces; las vacas sudorosas y cansadas, que, aunque animales sagrados por excelencia, también se ven obligadas a llevar una difícil existencia; los perros escuálidos y husmeantes; las ruidosas carretas arrastradas por bueyes y los inevitables mendigos alargando una mano implorante. Todo un espectáculo que se repetía día tras día, impotente para poderme liberar de ese poso de tristeza que anidaba en mi interior.

Raro era el día en el que no pensaba en mi madre, y entonces mi melancolía se acentuaba de tal forma que me veía obligado a realizar grandes esfuerzos para reprimir el llanto.

—¿Por qué no estarás tú aquí, mamá? —me preguntaba en un susurro.

Y en aquellas tardes lánguidas, cuando el sol comenzaba a retirarse, la evocaba como un ser etéreo y exquisito.

Mi madre será siempre para mí como una luz que nada ni nadie podrá apagar. Siempre ha estado en mi mente y yo la he idealizado hasta convertirla en una Shakti[3]. Reencarnó en una numerosa familia bengalí y le fue entregado el nombre de Sarada. Comprometida con mi padre cuando sólo tenía cinco años, se casó cuando todavía era casi una niña y fue como una reconfortante caricia para mi padre. Poseía unas cualidades extraordinarias, y aunque sumisa y delicada, conservaba en sí misma la fuerza de esos cinco mil años de historia que hacen a la mujer india. Era de pequeña estatura y amorosas formas y, al decir de mi padre, flexible como un lirio y resistente como el mismo mármol. Demostraba una inclinación poco corriente por los animales desamparados y refugiaba en casa perros y gatos de todo tipo.

—Son mis pequeños amigos —decía ante la resignación de mi padre—. ¿Cómo puede una persona por poco noble que sea negar cobijo a estos animalillos?

Yo fui el tercer hijo de esa digna mujer y, para ser sincero, era al nacer casi como una masa informe de carne, tan débil que ni los más optimistas pensaban que lograría sobrevivir. Pero mi madre, que había sufrido durante el embarazo mucho por mi culpa, se sintió muy feliz al tenerme entre sus brazos y con la voz quebrada le dijo al sacerdote:

—No le veré crecer, pero le he llevado durante nueve meses en mi vientre y sé que será un hombre de Dios.

Mi madre, que fue siempre un sólido soporte para la familia, murió siete días después de que yo viniese al mundo:

—Voy a morir —dijo horas antes de que desencarnase—. No quiero que sufráis por mi ausencia, pero sí quiero que mantengáis un recuerdo amable de mí.

Fue la suya una muerte silenciosa y tranquila y mi padre ordenó que sus cenizas fueran arrojadas no sólo al Ganges, sino a los ríos más sagrados de todo el país.

—Quiero que llegue a Dios por todos los caminos —dijo—. Después de tanta felicidad como me ha dado, hoy es sin duda el día más amargo de mi vida.

Mi padre se llamaba Jotindra. Era un hombre alto y fuerte, de piel muy oscura, cálida y comprensiva mirada y cabellos prematuramente encanecidos. Debo decir que aunque era comerciante, jamás se dejó atrapar por el materialismo y siempre supo encontrar el tiempo suficiente para cumplir sus obligaciones religiosas. Era un hombre piadoso y sabio, un alma grande, siempre en la mejor disposición de ánimo para hacer cualquier favor. Era caritativo y sus amigos pertenecían a las más variadas castas y creencias. Decía con frecuencia: «Un amigo vale más que todo el oro del mundo. Y dos amigos más que un amigo».

Hablaba con prudencia porque había aprendido a desconfiar de las palabras. Ponía especial empeño en resultar siempre tolerante y cuando estábamos todos reunidos declaraba:

—Lo único que me niego a tolerar es la intolerancia.

Había nacido en Bhubaneswar y cada dos o tres años peregrinaba a su lugar de nacimiento y pasaba unas semanas en la jungla junto a su reverenciado *gurú*�. Aunque brahmán por sangre, trataba abiertamente con los intocables, lo que le hizo encontrar mucha oposición entre algunos miembros de su propia casta. Pero él siempre se pronunciaba de la misma forma:

—Todos son hombres de Dios. Cuando los intocables ríen, lo hacen como nosotros, y cuando lloran, lloran como nosotros. ¿Hay pues alguna diferencia entre ellos y nosotros? Quizá una muy importante: ellos son más humildes y por eso están más cerca de la Verdad.

Recuerdo que cuando me fue impuesto el cordón distintivo de mi casta, mi padre me avisó aparte y me dijo:

—No es la casta, Devendrenath, la que honra a un hombre, sino que debe ser el hombre el que honre a su casta. Y en realidad, nunca lo pases por alto, sólo hay una casta: la del hombre.

Tras la muerte de mi madre, sobrevinieron días muy difíciles y

dolorosos para él, que se encontraba con la responsabilidad de tener que velar por sus tres hijos: Gupta, de cuatro años de edad; Mashi, que contaba con cerca de dos años, y yo. Se le escuchó llorar durante muchas noches, y como diría nuestro fiel criado Jyoti, nada hay que impresione tanto como el llanto apagado de un hombre íntegro y sereno como mi padre. Durante cerca de tres meses abandonó sus negocios y permaneció herméticamente encerrado en su habitación, reduciendo al mínimo sus alimentos y buscando consuelo en el Bhagavad Gita[4]. Se le oía musitar palabras de Krishna[5].

«El verdadero yogui no se entristece ni por los vivos ni por los muertos.»

Y después, con el corazón inflamado de dolor, estallaba en un llanto amargo, tratando de ahogar los sollozos para que nadie pudiera saber de su sufrimiento. Muy devoto de Ganesha, el dios que se representa con forma de elefante, le dirigía sus plegarias y rogaba porque el karma[6] fuese benigno con mi madre y tuviese un feliz renacimiento.

Fue mi tía Kailas, hermana de mi madre, quien se encargó del cuidado de Gupta, Mashi y yo, y de las ocupaciones domésticas. Contó con la ayuda de Jyoti, un sikh[7] muy fiel que, orgulloso de su secta, lucía con elegancia su ostentoso turbante y sus luengas barbas.

Mi tía era una mujer muy delgada y fibrosa, de abultadas venas y anguloso rostro. Sus prominentes pómulos y lo adelantado de su labio inferior, que sobresalía visiblemente sobre el superior, conferían a su cara una expresión de ferocidad. Pero aunque no había ninguna armonía en su adusto rostro, sus ojos eran hermosos y penetrantes y gozaban de tal energía que parecían vibrar cuando miraban con fijeza. A diferencia de mi madre, no era en absoluto una mujer amable,

aunque sí bondadosa y justa. Por encima de todo, amaba la disciplina y el orden, siendo demasiado estricta con los horarios y la limpieza. A pesar de su edad, no había aprendido que una sonrisa alegra el corazón de los demás y puede conseguir lo que nunca logrará la intransigencia. Sin embargo, su expresión huraña y sus acres palabras encubrían una gran sensibilidad interior. Era toda ella como un canto a la amargura. Con su inalterable seriedad, arropada por un ancho y feo sari negro, delgada y reseca, parecía la esposa del mismo Yama, el implacable dios de la muerte. Era viuda desde hacía muchos años y cuando su marido murió, ella se atavió con sus mejores ropas, se colocó todas sus joyas, se rasuró el cabello y las cejas y quiso arrojarse a la pira funeraria en la que ardía el cadáver de su marido. Fue casi imposible hacerla desistir y sólo las palabras de mi padre parecieron hacerla recapacitar.

—En lugar de ofrecer tu vida a las llamas —dijo mi padre con tono convincente— ofrécesela a algo más elevado, como a tus semejantes.

Y entonces ella estranguló sus lágrimas, ocultó su dolor y con aparente impasibilidad vio cómo el fuego reducía a cenizas el cuerpo de aquel al que el destino había colocado a su lado durante muchos años. La muerte de su marido endureció su carácter. Ni una lágrima más acudió en días sucesivos a sus ojos, y a lo largo de muchos meses realizó interminables *pujas*[8], practicó inflexibles disciplinas y guardó silencio. Dejó de sentarse a la mesa con otras personas y evitó tratar a mujeres casadas.

—No hago todo esto —explicó— porque lo impongan nuestras costumbres, sino porque sé que debo hacerlo y porque ya nunca las cosas podrán volver a ser como eran antes.

Toda mi familia recuerda con regocijo la primera vez que la tía Kailas me cogió entre sus brazos. Ante su sorpresa comencé a llorar con toda la desesperación posible y golpeé su rostro con mis diminutas manos. Mi tía, revestida de una solemne seriedad e inhibiendo su cólera, exclamó:

—¡Amiguito, prometo al Señor Shiva[9] que yo cambiaré tu malhumor y castigaré tu grosería!

Y sin que ninguno de los presentes pudiera contener la risa, ella, muy estirada y contrayendo el rostro en una mueca de desagrado, me dejó en el suelo como si yo fuera un fardo de paja y, en señal de protesta, abandonó la habitación en la que nos encontrábamos.

Pero aquella noche, cuando creía que todos dormían, mi padre la sorprendió junto a mí, mirándome embelesada y dejando sus besos en mis manos con exquisita ternura. Y en el rostro que yo había golpeado, había una sonrisa de renacida esperanza.

Capítulo 2

Después de haber padecido tantas enfermedades como uno pueda pensar, superé los primeros años de mi vida. Por aquel entonces estaba casi siempre en compañía de Mashi, que aunque sabía ser dulce como la mirada de Vishnú, era por lo general una niña traviesa, autoritaria e irrespetuosa. Su tez tostada, sus expresivos ojos negros y sus labios, que eran como una pincelada de sangre nueva, eran de una belleza extraordinaria. Inmensamente curiosa, revolvía con impaciencia todos los cajones de la casa, escuchaba detrás de las puertas y leía con avidez toda carta que caía en sus manos. Se divertía colgando muñecos de papel en la espalda de nuestra tía, que cuando descubría la travesura se irritaba hasta enrojecer como una candela. Mashi se burlaba descaradamente de ella al comprobar su irritación y ambas emprendían una frenética carrera por toda la casa. Cuando por fin Mashi era atrapada, siempre exclamaba lo mismo:

—¡Ha sido Devendrenath! ¡Ha sido Devendrenath!

Y algunas veces la credulidad de mi tía me hizo ser paciente víctima de aquellas reprimendas o castigos de los que Mashi era merecedora.

Durante toda la mañana Mashi y yo acostumbrábamos a estar en la terraza, mirando con envidia a los niños que correteaban y jugaban en la calle. Llegaba hasta nosotros el olor de comida y especias y el aire traía hasta nuestros oídos el griterío del mercado más próximo.

—¡Qué fastidio! —se lamentaba Mashi—. ¡Qué fastidioso no poder salir de aquí!

A veces se colocaba justo debajo de nosotros un ciego con su sitar. Era un hombre anciano, de noble actitud y de labios que, contraídos en una mueca de dolor, expresaban enfermedad y cansancio. Estaba tan delgado que era como si sus huesos estuviesen descarnados. Cuando interpretaba el sitar

ponía los ojos en blanco y eran tan sutiles las notas que se desprendían de sus dedos, que yo experimentaba una especie de contento celestial.

Un día Mashi me miró con fijeza y esbozó una sonrisa fingidamente inocente, para decir:

—También nosotros podríamos jugar por las calles y ver muchas cosas. ¡Es horrible estar siempre aquí!

Su mirada me hizo comprender las ideas que estaban pasando por su mente. Sin ninguna vacilación y con esa envidiable seguridad que Mashi siempre ha tenido en sí misma, afirmó:

—Nos iremos.

Tenía yo entonces alrededor de cinco años, y aunque también me atraía mucho la idea de poder ser libre, las palabras de Mashi me desconcertaron y despertaron mi temor. Pareció darse cuenta de mi inquietud y aseveró:

—Será muy fácil.

Durante el día Gupta estaba en la escuela y mi padre en el bazar, por lo que solamente nuestra tía y Jyoti impedían nuestra huida.

—Ellos van los viernes por la mañana al mercado —dijo Mashi—. Será muy sencillo.

Me estremecí y las preguntas asaltaron mi mente. ¿Cuándo huiríamos? ¿Dónde iríamos? ¿Regresaríamos alguna vez?

—En cuanto ellos se vayan al mercado, nos iremos —dijo Mashi, y después me aseguró que ella cuidaría de mí y que nada teníamos que temer—. Lo pasaremos muy bien.

A pesar de todo se apoderó de mí tal sentimiento de desconsuelo que ni siquiera pude pronunciar palabra. Mashi se aproximó a mí y, muy contenta, me besó en la mejilla.

—Nos iremos el próximo viernes —dijo concluyente—. Yo te avisaré.

Durante aquellos días el nerviosismo y la inquietud parecían devorarme, de forma tal que no podía decir mis oraciones

correctamente. Me equivocaba con tanta frecuencia que mi tía me reprendía una y otra vez con severidad.

—El Señor te castigará si no prestas más atención a tus oraciones.

La acritud que se reflejaba en el tono de su voz y su recriminadora mirada, acentuaban mi desasosiego y las palabras se juntaban y deformaban en mis labios. En algunos momentos me sentía tan intranquilo y débil pensando en nuestra proyectada huida, que tenía que luchar enérgicamente contra mí mismo para no abrazarme a mi tía y revelarle nuestros propósitos. Pero el miedo que me inspiraba la reacción de Mashi me reafirmaba en mi silencio.

El jueves por la noche Mashi vino hacía mí, burlando la vigilancia de nuestra tía, y susurró en mi oído:

—Mañana nos iremos.

Un profundo escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me puse a temblar de tal modo que mi padre al despedirse de mí dijo:

—Acuéstate pronto, hijo. Dile a la tía que te dé un vaso de leche caliente y acuéstate. Tienes mala cara.

Tomé con desgana la leche de búfala que mi tía me ofreció y me encerré en mi cuarto. Gupta ya estaba en la cama y dormía apaciblemente. Yo en cambio no pude conciliar el sueño por mucho que lo intenté, y durante toda la noche escuché las torrenciales lluvias del monzón que, al golpear contra la ventana, eran como un quejido desgarrador rompiendo el silencio de la noche. Escuchaba la respiración sonora de Gupta y varias veces su nombre brotó de mis labios, pero tan débilmente que no llegó a sus oídos. Y pensé con lacerante dolor que no volverá a ver a Gupta, ni a papá, ni a la tía. Mi descontrolada fantasía comenzó a fabricar toda una desdichada aventura en torno a Mashi y a mí. Lloré. Lloré mudamente y, de súbito, me di cuenta de que estaba observando a Kali y tuve la impresión de que, en la oscuridad, ella me miraba áspera y acusadoramente. Oculté mi rostro entre las manos y repetí una y otra vez el *mantra*

11

Om

12

, mientras me sentía desfallecer.

Amaneció un día oscuro y macilento. Evitando que mi vista se encontrase con la imagen de la diosa, recé mis oraciones matutinas. Gupta, al verme despierto tan temprano, preguntó sorprendido:

—¿Te ocurre algo?

Negué con la cabeza.

—¿No estarías haciendo penitencia? —preguntó burlonamente.

Gupta abandonó el cuarto y poco después entró mi tía trayéndome la ropa.

—¡Hala dormilón! —exclamó—. Despabílate y a desayunar.

Dejó la ropa a mi lado y preguntó:

—¿Has dicho tus oraciones?

—Sí —repuse con voz trémula—. Ya las he dicho.

—Eso está bien —afirmó—. ¿Hiciste ayer tus ejercicios?

Guardé silencio, como si no hubiera escuchado sus palabras.

—Responde, Devendranath —insistió— ¿Hiciste todos los ejercicios?

—Sí —balbucí.

Tras unos instantes de silencio, dijo:

—Cuando venga del mercado daremos la clase. ¡Ay de ti como no recuerdes lo que te enseñé ayer! ¡Santo Brahma

13

, dónde tendrá este niño la cabeza!

Mi tía había comenzado a enseñarme a leer, resultando exigente y a veces fastidiosamente tenaz.

Después de desayunar, me dirigí a la terraza. Una tenue brisa acarició mi rostro y, muy cansado, me senté en el suelo en espera de que Mashi viniese a avisarme. Hacía un calor intenso y pegajoso, y tuve la sensación de que el tiempo se había suspendido y de que los minutos no contaban.

Me incorporé y me aproximé a una de las esquinas de la terraza, desde donde pude divisar el Ganges a lo lejos. Sus aguas, muy abundantes, tenían una tonalidad parduzca y se asemejaban a una inmensa lombriz marrón. Llegaba hasta mis oídos, casi apagada, una remota melodía sagrada. Comenzó a llover copiosamente y el cielo, gris e impermeable, era como una plancha de acero. En la calle un mendigo soportaba la lluvia con estoicismo. Carecía del brazo izquierdo y una pronunciada cicatriz recorría todo su enflaquecido rostro desfigurando su boca, que se contorsionaba en una mueca fea y desagradable. Había algunas monedas junto a sus piernas y cubría la parte inferior de su cuerpo con un *dhoti*

sucio y andrajoso. Supuse que era muy anciano; su reseca piel se adhería con tal vigor a sus huesos que parecía un esqueleto viviente.

La lluvia comenzó a amainar. Muy mojado como estaba y sin poder liberarme de mi desasosiego, comencé a moverme de un lado para otro de la terraza, como una fiera enjaulada. Entre continuados bostezos, tan cansado que apenas podía mantenerme de pie, decidí regresar a mi habitación. Me senté en el suelo, apoyado contra la pared y esperé. De repente me acometió el deseo de acariciar el rostro de Kali y, aproximándome a la imagen, dejé mi mano sobre su mejilla y embargado por una ardiente emoción, dije:

—Madre, tal vez no vuelva a verte, pero siempre te querré con todo mi corazón.

Tuve la impresión de que Kali me regalaba su más tierna sonrisa y me sentí menos desamparado.

—Gracias, Madre —musité.

Mi madre vino a mi mente y entonces recordé unas palabras de mi padre: «Brahma se la ha llevado». Y experimenté un hondo rencor hacia Brahma, pensando que él no tenía derecho alguno que le permitiese habérmela robado.

—¡Om, Om, Om!

Mi voz inundó la habitación y retumbó en mis oídos.

—¡Om, Om, Om!

Mi padre le había dicho a mi hermano en cierta ocasión en que

una disentería estuvo a punto de poner fin a su vida:

«Siempre que te encuentres solo, repite el nombre de Dios y Dios te hará compañía.»

Por eso ahora el nombre de Dios surgía potente de mi boca.

—¡Om, Om, Om!

Todavía el eco del nombre de Dios retumbaba en la habitación, cuando se abrió la puerta, me volví sobresaltado y mis ojos se encontraron con Mashi, ataviada con sus más elegantes ropas, los ojos pintados y el cabello recogido en una ancha trenza. Estaba muy hermosa.

—¡Por fin se ha ido! —exclamó con tono victorioso—. Ya podemos marcharnos.

Vacilé, pero Mashi, con su carácter tajante e impositivo, ordenó:

—¡Vámonos!

Su mano agarró la mía y en pocos minutos éramos como dos sombras veloces cruzando ante el anciano de la cicatriz en el rostro.

—¡Corre, corre! —gritó Mashi divertida.

Benarés era para mí una gran desconocida, ya que en muy contadas ocasiones había salido de casa. Mashi, en cambio, había acompañado muchas veces a nuestra tía al mercado, por lo que, dada la desarrollada memoria que siempre la ha caracterizado, no le resultaba nada difícil encontrar las calles por las que quería que fuésemos. Sin poderlo impedir y de súbito, comencé a llorar. Mashi me observó perpleja; en su mirada se condensó todo el desprecio de que era capaz y gritó:

—¡Cállate, estúpido!

La lluvia era tan densa que formaba una compacta cortina y dificultaba nuestro avance. Nuestras ropas eran trapos calados que se adherían a nuestra carne como si formasen parte de nuestro cuerpo. Recordé unas palabras que Gupta solía repetir: «La lluvia son las lágrimas de Dios.»

—Vamos a la calle de los bazares —dijo Mashi—. Veremos a papá desde lejos, pero no dejaremos que él nos vea.

Guardó un corto silencio y agregó alborozada:

—¡Ya verás cómo nos reiremos viéndole sin que él nos vea! ¡Nos reiremos mucho, mucho!

Y desbordada por el júbilo, me agarró de las orejas y comenzó a tirar de ellas como si quisiera arrancármelas.

—¡Vamos, perezoso! —gritó, y asiéndome de la mano comenzó a correr tan deprisa como nos permitían nuestras piernas.

Jadeante y con el rostro empapado por la lluvia y el sudor, veía pasar ante mis ojos muchas cosas que para mí eran completamente nuevas. Las calles estaban muy concurridas y teníamos que ir sorteando con habilidad a los transeúntes. Al pasar junto a las vacas, palmeábamos cariñosamente su lomo o su cabeza. Poco a poco me iba sintiendo más seguro, estimulado vivamente por todo aquello que despertaba mi atención y me hacía sentirme menos acongojado.

—¡Quiero ir al Ganges! —grité de repente en medio de nuestra impetuosa carrera.

Mashi se detuvo en seco, me observó con sus vivaces y graciosos ojos, y dijo condescendiente:

—Bueno, pero antes iremos a los bazares.

Comenzamos a correr de nuevo, riendo, soñando, amando y sintiéndonos libres. Sin resuello y extenuados, nos detuvimos ante un tenderete de limonada. El refrescante líquido se presentaba apetecible en grandes tarros de cristal. Ante mi sorpresa, Mashi sacó unas monedas de uno de los pliegues de sus ropas y compró un gran vaso de limonada.

—Se lo he quitado a la tía —dijo con toda naturalidad ante mi interrogadora mirada, y encogiéndose de hombros con indiferencia, exclamó—: ¡Vieja chiflada!

Degustamos con voluptuosidad la limonada y reanudamos nuestra febril carrera hasta que llegamos a una angosta y bulliciosa calle donde había muchos tenderetes y bazares que exhibían toda clase de artículos. A través de la abigarrada y variada multitud, pude divisar a mi padre en su bazar atendiendo a unos clientes. La sola idea de que pudiera descubrirnos me heló la sangre en las venas. En cambio Mashi, siempre deseosa de diversión, comenzó a reírse a carcajadas, con gran estrépito, ante el asombro de algunas personas que pasaban a

su lado.

—Quiero ir al Ganges —repetí, y comprobando que Mashi continuaba con su hilaridad y no me prestaba atención alguna, insistí, gritando—: ¡He dicho que quiero ir al Ganges!

—Bueno —convino Mashi sin dejar de reír—. Iremos donde quieras.

Sorteando personas, animales y tenderetes, recorrimos diversas calles antes de llegar hasta el río bendito. Había dejado de llover, aunque el cielo continuaba encapotado y oscuro. Ante el caudaloso río me sentí tan emocionado que el suelo bajo mis pies pareció perder su consistencia; creí que me iba a desmayar. El corazón comenzó a latir apresuradamente, en tanto que mi respiración se hacía precipitada y dificultosa y la cabeza parecía querer estallar en mil pedazos. Me senté en el suelo y entonces tuve una sorprendente visión. Una nube espesa y azulada descendía sobre mí y me envolvía. A cierta distancia, en el aire, una imagen con numerosos brazos danzaba y danzaba al son de una melodía celestial y embriagadora. Una voz ronca y atronadora repetía mi nombre recalcando las sílabas. Olía a incienso y la nube que me envolvía despedía un calor agudo y sofocante. El rostro de la imagen de numerosos brazos que danzaba frenéticamente comenzó a adoptar expresiones muy diferentes: dolor, amargura, melancolía, euforia, serenidad, terror. Gritos desgarradores fluyeron de su garganta pidiendo socorro y sus brazos se fueron separando del tronco en tanto la sangre manaba abundante por todos los poros del cuerpo. Y la ensordecedora voz continuaba repitiendo mi nombre con furiosa insistencia.

Creí enloquecer, pero de repente la nube azul que me envolvía se disipó y me encontré de nuevo con la maravillosa visión del Ganges deslizándose con enorme suavidad y en cuyas aguas flotaban algunas barcazas y miles de personas zambullían su cuerpo. Me senté en la orilla, entre la apiñada muchedumbre, y una virtuosa y luminosa nube de paz inundó todo mi ser. No pensaba; solamente sentía. Veía todo como muy lejano y, como si se hubiesen taponado totalmente mis oídos, se hizo en mi mente un profundo y prolongado silencio. Sólo escuchaba el pulso en mis sienes, regular y monótono. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado y lo mismo hubiera podido durar segundos que días. Como una bofetada poderosa y repentina, el sonido volvió a mis oídos con toda su infinita variedad de matices. Durante unos minutos me entretuve observando las piruetas y acrobacias de los monos en los árboles y los incansables revoloteos de los cuervos sin dejar de graznar. Una voz muy próxima a mi oído me sacó de mi

ensimismamiento.

—Amiguito, ¿quieres venir con nosotros?

Quien me hablaba era un anciano de venerable aspecto, acompañado de un hombre más joven. Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas y el tronco erguido. Me miraban con mucho detenimiento y sus ojos eran como un manto que me arropaba y protegía transportándome a un mundo del todo diferente.

—Ten confianza —dijo el hombre más joven con un tono de voz amistoso y agradable—. Somos tus amigos.

Había en su voz una tranquilizadora serenidad. En tanto el hombre anciano era tan delgado que su piel parecía un pergamino amarillento y agrietado, el más joven era corpulento y ligeramente obeso, con una cara muy redonda y una achatada nariz bajo unas espesas y negras cejas. El anciano era de rostro anguloso y a diferencia del otro, que tenía la cabeza rapada, lucía unos cabellos largos y blancos que llegaban hasta la mitad de su espalda.

—¿Estás solo? —preguntó el hombre más joven.

—¿O estás con tus padres? —añadió el anciano.

—Con mis padres —mentí balbuciendo.

Una encantadora y sugerente sonrisa, como salida de una fabulosa leyenda, se dibujó en los labios del anciano, cuyo rostro, al sonreír, se cubrió de abundantes arrugas.

—No debes mentir —dijo sin ningún afán de crítica, mientras en sus cansados ojos centelleaba una divina ternura.

Estremecido, aparté la mirada.

—Ni siquiera a un hombre tan anciano como yo se le debe mentir —agregó en un afable susurro—. Debes aprender a vivir a través de la Verdad, aunque eso es quizá la cosa más difícil de este mundo. No mientas nunca, amiguito, porque la mentira ha originado muchos males en este violento mundo.

Me sentí avergonzado, pero no intimidado, ya que el tono de su voz era cordial y apacible.

—¿Te gusta el Ganges? —preguntó el más joven. Asentí con la

cabeza.

El anciano, con gran lentitud, levantó una de sus manos en el aire y dijo:

—Es una bendición de Dios para nuestro pueblo. Es su más valioso obsequio, como la luz de la luna para el caminante que anda en la noche.

Y dirigiendo su dedo índice hacia el río, añadió:

—Dios se manifiesta de muchas formas. Este bendito río, que es una arteria de vida y esperanza para nuestras tierras, es una de sus más preciadas manifestaciones. Sólo para los necios el poder de Dios permanece ignorado.

El anciano asió una de mis manos y la mantuvo tiernamente entre las suyas, enflaquecidas y recorridas por abultadas venas, calientes y cariñosas. Mis ojos se encontraron con sus ojos y tuve ocasión de sentir sobre mí una mirada tierna y alentadora. Aquellos ojos parecían conservar la sabiduría de todos los grandes *rishis*

y eran el más vivo reflejo de una envidiable quietud espiritual.

—¿Cómo te llamas, amiguito?

—Devendrenath.

—¡Oh Devendrenath, cuánto has de sufrir! Pero feliz tú, que nunca te desviarás de la senda que conduce hacia la resplandeciente Verdad. No desesperes jamás y aprenderás a ser resistente como una montaña, que nunca cede a pesar de las inclemencias del tiempo.

En aquel entonces sus palabras no adquirieron ningún significado especial para mí.

—Buscarás incansablemente —agregó el anciano, perdiendo su serena mirada en el horizonte—. Ya hay un maestro preparado para ti y él te estará siempre esperando. Te ayudará a elevarte por encima de la miseria humana, por encima de la ignorancia y la ilusión. Te enseñará a liberarte de las cadenas del egoísmo y la ambición, y te orientará sabiamente para que puedas llegar hasta tu propio Yo. Sí, él te está esperando y aunque otros muchos maestros te ayudarán en tu larga aventura espiritual, él será el más importante para ti, aquél que

te permitirá alcanzar el conocimiento supremo. Pero no olvides, querido muchachito, que aunque él podrá indicarte el sendero, serás tú el que debas recorrerlo. Y no será fácil; pero, ¿qué hay imposible para aquél que persevera?

Y dirigiéndose a su compañero, agregó:

—¡Y cuántas espinas no encontrará en su sendero! Pero si no desespera, encontrará la paz. Sólo el hombre cuya mente está herméticamente cerrada a toda luz cree que la Verdad puede encontrarse con el menor esfuerzo. ¡Qué estupidez! Mucho más difícil que escalar las más elevadas montañas, mucho más difícil que atravesar los más caudalosos ríos, mucho más difícil que no perderse en la oscura noche, es alcanzar la Verdad suprema, para llegar a la cual no hay atajos.

Hizo una pausa, pareció reflexionar profundamente y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Recuerda siempre a este anciano como él te recordará a ti. Eres ahora muy niño, pero el paso de los años es implacable y tus cabellos terminarán siendo tan blancos como los míos; y los dientes abandonarán tus encías, y arrugas casi tan hondas como riachuelos deformarán tu rostro. Pero el espíritu no es joven ni viejo, es siempre inmaculado y eterno, y aún en el cuerpo más cansado y más decrépito, él reluce como el mismo sol cuando trepa hasta lo más elevado del firmamento.

Sin dejar mi mano, todavía entre las suyas, se dirigió de nuevo hacia su compañero y dijo palabras que yo entonces no pude en absoluto comprender.

—Su *kundalini*

16

es inquieta como un potrillo travieso —dijo—. Este niño tiene ante él un destino espiritual muy brillante. Tendrá que aprender de muchos, pero también podrá enseñar a muchos.

Guardó unos segundos de silencio y su rostro pareció ensombrecerse. Después agregó:

—Nada será fácil para él. Pero ¿acaso no aprecia el campesino más la lluvia porque ésta sólo sobreviene tras muchos meses de ausencia? Muchos años separan a este niño de la verdad y muchas

penalidades, pero ¿no la hace eso más ansiada y amada?

El hombre más joven colocó su mano derecha sobre el vertex de mi cabeza, cerró los ojos y pareció hacer un enorme esfuerzo de concentración.

—Es como una flor que espera la primavera —declaró.

—Así es —convino el anciano.

La mano sobre mi cabeza desprendía una especie de dichosa corriente que me hacía ver agitadas lucecillas y que se extendía a todo lo largo de mi columna vertebral.

El anciano esbozó una sonrisa de satisfacción y comentó:

—La savia de la Kundalini ascenderá y despertará su más elevado conocimiento. Este niño puede ser un gran adepto. Dios quiera esparcir sus mejores bendiciones sobre él.

Desde lejos, confundida con el ensordecedor ruido que me rodeaba, llegó hasta mis oídos la voz de Mashi llamándome. Me desasí de las manos del anciano y corrí hasta reunirme con ella.

—¿Qué hacías? —preguntó con cierta acrimonia—. Llevo mucho tiempo buscándote. No debes separarte de mi lado.

—Estaba con aquellos hombres —dije señalándoles con la mano —. Dicen cosas muy extrañas.

—Son *sadhus*

17

—dijo Mashi imprimiendo una gran seguridad a sus palabras.

—¿Qué es eso? —pregunté intrigado.

Mashi vaciló durante unos instantes y después, encogiéndose de hombros, dijo despreocupadamente:

—Hombres que tienen mucho pelo y mucha barba.

—Pero uno de ellos no tiene ni pelo ni barba —repliqué.

—Tendrá calor y se los habrá quitado —dijo sin concederle mayor importancia, y agregó—: Bueno, vámonos.

Durante el resto del día estuvimos andando o correteando de un lado para otro. Comenzaba a declinar cuando observamos que numerosas personas penetraban en un pequeño templo hindú y nos sumamos a ellas. Frente al altar, en actitud fervorosa, un sacerdote con el rostro surcado de rayas de diferentes colores entonaba una canción y se acompañaba del sitar.

—Di tus oraciones —me ordenó Mashi.

Entorné los párpados y ninguna oración acudió a mi mente, absorbida por la imagen del anciano que había conocido junto al Ganges.

Escuché sus palabras. Su voz parecía encontrar su origen en lo más profundo de mi confundida mente:

«Recuerda siempre a este anciano como él te recordará a ti. Recuerda siempre a este anciano como él te recordará a ti. Recuerda siempre a este anciano como él te recordará a ti». Sus palabras se repetían una y otra vez, sin inflexiones, continuadamente, sin permitirme un segundo de descanso.

Extenuado como estaba por no haber podido dormir la noche anterior y por las emociones y correrías de todo el día, un sueño intenso se fue apoderando de mí.

—Quiero ir a casa —dije con timidez, temiendo la reacción de Mashi.

Mashi me miró con indignación y luego, inesperadamente y en el mismo templo, comenzó a patalear, sin poder controlar su malhumor.

—Tengo hambre —dije—. Y sueño. Y miedo.

—No volveremos nunca más a casa —aseveró Mashi con el mayor énfasis posible—. ¡Nunca más!

Apartó la mirada con irritación y, tras una pausa, menos encolerizada ya, añadió:

—Al menos no volveremos a casa hasta mañana. Y ahora cállate; todo el mundo está pendiente de ti.

Al abandonar el templo, la oscuridad había caído por completo. Caminamos durante un buen rato y experimentamos sobre nuestra piel el benigno clima de la noche.

—No puedo más —confesé—. Estoy muy cansado.

—Dormiremos allí debajo —repuso Mashi—. Mañana volveremos a casa. ¡Buena nos espera!

Nos dirigimos a una especie de soportal y nos tendimos en el suelo. Olía al petróleo de los candiles y al excremento de las vacas. El griterío habitual en las calles de Benarés iba cediendo.

—Aquí no nos mojaremos si llueve —observó Mashi—. Tengo las piernas como si fueran dos sacos de patatas.

Unos segundos después agregó:

—Me gustaría saber qué nos dirá papá.

Pero yo apenas podía escuchar sus palabras, porque el sueño había invadido mis sentidos y estaba comenzando a soñar que dormía al lado de mi hermano Gupta, sin nada que temer, confortablemente y al amparo de aquellos que me querían y me daban su protección. Súbitamente se presentó una vez más ante mí la imagen del anciano. Sus palabras iban ganando en intensidad hasta resultar ensordecedoras. Sobresaltado y cubierto de sudor, me desperté. Mashi dormía plácidamente y era el suyo un rostro tierno y atractivo. Después el sueño me transportó de nuevo a otras regiones del espíritu y nada más supe hasta la mañana siguiente, cuando el aro de un niño se estrelló contra mi rostro y me despertó.

—Me duele todo el cuerpo —se lamentó Mashi desperezándose—. ¡Uf, qué duro está el suelo!

Sucios y agotados, temerosos de la reprimenda que nos aguardaba, un poco decepcionados de nuestra aventura, ciertamente arrepentidos y silenciosos, regresamos a casa. Nuestro padre nos estaba esperando en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de preocupación en el rostro.

—¡Ya tuvieron su aventura! —exclamó—. Muy bien. ¡Ya están satisfechos, ¿verdad?!

Nos examinó de abajo a arriba y agregó:

—No voy a decirles más que una cosa, par de bobos. La próxima vez que hagan algo parecido les corto las orejas. Ya lo saben. ¡Les corto las orejas!

Llamó a mi tía y le dijo:

—Dales de desayunar a estos holgazanes y déjalos un mes sin arroz con leche.

Devoramos el desayuno que nuestra tía nos había preparado y nos miramos sonrientes, con aire de complicidad, como dos aventureros que han salido mejor parados de lo que esperaban de su aventura. Mashi murmuró confidencialmente:

—Volveremos a hacerlo.

Y yo dije para mí: «antes prefiero morirme».

Subí a mi cuarto y entré. Ahora me parecía el lugar más maravilloso del mundo. Allí estaba la imagen de Kali, la que yo pensé que nunca volvería a ver. Me puse frente a ella y con toda la fuerza de mis pulmones grité:

—¡Om, Om, Om!

Quemé una varita de sándalo y, embriagado por su penetrante aroma, me dejé caer sobre el suelo. Me sentí inmensamente dichoso al saber que mi divina Madre Kali estaba en mi corazón como mi corazón estaba con ella.

Capítulo 3

Día tras día mi tía se veía obligada a recordarme que debía llevar a la escuela mi pequeña cartera, por la que yo no demostraba ningún interés.

—¡Devendrenath, Devendrenath, te olvidas la cartera!

Y día tras día yo acudía a la escuela con la misma notable indiferencia, sin experimentar agrado ni desagrado.

—¡Dios mío! ¡Tienes los sesos como el corcho! —exclamaba ella en el colmo de la desesperación—. ¡Siempre te olvidas la cartera, gandul!

Asistir a la escuela me permitía al menos conocer más de cerca mi ciudad, sus gentes, sus costumbres. Benarés siempre ha sido para mí como un suspiro de esperanza, y si por aquel entonces alguien me hubiera asegurado que yo iba a permanecer durante muchos años apartado de Benarés, como así sería, habría llorado de desesperación.

acude a mi memoria como una imagen lejana pero inspiradora del más ardiente fervor.

El día antes de asistir por primera vez a la escuela, mi padre efectuó determinados ritos especiales en mi favor y dijo con un tono de voz grave:

—Nunca consideres que ir a la escuela es una obligación, sino un privilegio. No te pido que seas el mejor de tus compañeros en los estudios, ni siquiera que sobresalgas, pero me sentiría muy agradecido si no estuvieses entre los más atrasados.

No creo que mi padre haya podido nunca llegar a estarme agradecido en este sentido, ya que mi interés por los estudios era tan débil y mi atención tan escasa durante la clase que el profesor, una y otra vez, con bendita paciencia, me reprendía, ora con gentil suavidad, ora con severidad y hasta con desatada irritación.

—¡Devendrenath! —vociferaba—. ¿Se puede saber en qué piensas?

¡Oh, las matemáticas! Eran como una gran bola de algodón atragantándoseme en la garganta.

—¡Devendrenath! ¿Quieres mirar a la pizarra?

Yo prefería abandonar mi mirada a través de la ventana y dejarla descansar sobre las verdes higueras del jardín, en cuyas ramas se posaban los cuervos sin dejar de exhalar sus familiares graznidos.

—¡Devendrenath! ¿Qué acabo de decir?

En tales ocasiones enrojecía hasta las uñas y, desconcertado, guardaba silencio. Estaba siempre como ausente; ausente incluso de la vida misma. Nada había por aquel entonces que despertase mi juvenil entusiasmo, ni siquiera los deportes o los juegos con mis compañeros. En pocos meses me gané una bien merecida fama de huraño, y todos, incluso los más sensibles y extravertidos, me fueron dando de lado. De aquella anodina etapa de mi existencia, tan sólo evoco con algún placer las lecturas de mi tía al anochecer, antes de la cena. Esa inolvidable mujer, de la que conservo el mejor de los recuerdos, me leía con voz apasionada diversos pasajes de los Vedas

19

, las Epopeyas

20

y otros Shastras

21

. En tales momentos me invadía una dicha especial, aunque una considerable cantidad de los textos que me leía escapaban a mi comprensión.

¡Cuánto agradecimiento he guardado siempre en mi corazón hacia esa mujer cuyo aspecto hosco y severo ocultaba y tendía a disfrazar un mundo interior sensible y soñador! Ella me descubrió el fascinante universo de nuestra literatura sagrada, la más antigua y bella de todas las existentes. Sus palabras se convirtieron en un consuelo y un estímulo para mi prolongada vida terrenal; sus silencios serían siempre un sugerente y elocuente recuerdo que se lleva en lo más hondo de uno mismo hasta la muerte.

Por las noches, cuando con bastante frecuencia me encontraba desvelado, me deslizaba de puntillas hasta el dormitorio de mi tía y con voz temerosa le pedía que leyese para mí. Ella refunfuñaba e incluso me prometía grandes castigos y reprimendas, pero pronto cedía a mis ruegos e, interiormente complacida por mi interés, leía algunos versículos y los comentaba o me relataba con detalle la vida de los grandes maestros. Sus labios me permitieron escuchar por primera vez los nombres de los más grandes rishis. Fue ella la primera persona en explicarme detalles sobre el mundo interior de los grandes iniciados, sobre sus aspiraciones y enseñanzas. Ella fue quien me habló de los más sobresalientes eremitas y yoguis

22

, quien me enseñó, ¡con cuánto amor y comprensión!, a ver y experimentar a la Divinidad en todas partes, y a buscarla y sentirla en lo más recóndito de mí mismo.

¿Cómo podría olvidar alguna vez la expresión que brillaba en los ojos de aquella mujer arisca y seca cuando hablaba de los más elevados místicos? ¿Cómo olvidar el vibrante y apasionado tono de su voz al referirse a los más destacados Adeptos? Centelleaba un fulgor singular en su mirada y las palabras que surgían de sus resecos labios estaban reforzadas por toda la fuerza de su arrebatada espiritualidad.

La emoción sacudía su cuerpo y se apoderaba de ella un temblor apenas perceptible pero inevitable.

Con el despertar del nuevo día, se despertaba también el malhumor de mi tía y exclamaba:

—¡Hala, bribón, a la cama! ¡No creas que mañana vas a hacer novillos!

Lleno de agradecimiento, me abrazaba a ella y sentía su rostro enjuto junto al mío. Nació así entre ella y yo un vínculo más fuerte que la vida misma.

Un día que amanecía oscuro y lluvioso, pareció desfallecer su ánimo y, como si acariciase las palabras, me hizo una confidencia:

—Mis padres me casaron cuando yo era una niña. Dios no quiso que tuviese hijos y me dio un vientre estéril como un desierto. Aprendí a amar a mi marido como no creo que nadie pueda amar, pero no hubiera dudado un segundo en dejarle si por aquellos días hubiese tenido la oportunidad de hacerme sanyasin. Siempre, como un fuego abrasador e inextinguible, he sentido en mi interior la llamada de la autorrealización. Aunque no fueran carne de mi carne, me hubiera gustado tener hijos, hijos espirituales, como han tenido algunas grandes yoguinis. ¡Me he sentido tan sola, tan inútil, tan insignificante!

Las arrugas de su rostro se acentuaron y algunas lágrimas humedecieron sus ojos. Nos miramos en silencio. Una mirada larga y elocuente. Acerqué mi mano a su mejilla y cuando iba a tratar de decir algo que pudiera consolarla, ella se me anticipó y aseguró:

—Nadie, Devendrenath, nadie puede vivir sin amor. Incluso el anacoreta que durante toda su vida se aísla en una cueva, necesita de su gran amor a la Divinidad. Nunca olvides que cuando un ser humano no ama, se va secando por dentro y eso es lo más triste que puede ocurrirle a una criatura de Dios.

Las enseñanzas de mi tía no bastaban para serenar mi agitado ánimo. Era víctima de una continuada melancolía que, aunque soportable, enturbiaba cualquier deseo de vida. Los días se fueron tornando largos y monótonos, y las noches, que son a veces como el espejo del alma, aumentaban mi inquietud.

Cierto día me desperté antes de lo habitual, bañado en sudor, presa de una angustiosa pesadilla en la que me veía a mí mismo

devorado por los más repugnantes reptiles. Suspiré aliviado cuando por fin me convencí de que ninguno de esos animales estaba invadiendo mi cuerpo. Traté de conciliar el sueño sin resultado alguno. Aburrido, abandoné el cuarto y me trasladé a la terraza, buscando el aire algo más fresco del amanecer. Las últimas estrellas perdían luz en el firmamento y ante la grandeza del Universo me sentí muy insignificante, pero en absoluto solo. Hacía ya tiempo que mi estado de ánimo, generalmente triste, se rejuvenecía de pronto y me llevaba a experimentar un intenso sentimiento de plenitud que duraba sólo unos minutos, pero que era como si todo el Universo fluyese por mis venas.

Los rayos del sol, al principio tímidos y vacilantes, me hicieron recordar las palabras que mi padre pronunciaba cuando algo no iba bien en nuestro país. «Por muy larga que sea nuestra noche, siempre nos queda el consuelo de que al final habrá de amanecer.» Y entonces mi hermano Gupta, aficionado a la política desde muy niño, preguntaba con un tinte de amargura en sus palabras:

«¿Amanecerá alguna vez para nuestro pueblo? Los invasores se esfuerzan por sumirlo en una noche eterna.» Y mi padre, tras reflexionar serenamente por un corto espacio de tiempo, replicaba: «Gupta, ¿has visto alguna vez que las cosas permanezcan siempre igual? Tú conocerás probablemente una India nueva, pero aun si tú no llegas a conocerla, la conocerán tus hijos o tus nietos. Después de tantas y tan amargas invasiones, algún día la India será ella misma, porque incluso Lao-Tsé

obtuvo su independencia después de permanecer durante años en el vientre de su madre.»

No tenía yo entonces edad para ser consciente de la casi interminable noche de siglos por la que estaba pasando nuestro pueblo. Lo comprendí años después, sobre todo cuando di comienzo a mis largos peregrinajes y hube de vivir de cerca todo nuestro dolor, toda nuestra miseria, todas nuestras cenizas.

Abandoné la terraza cuando se escuchaban ya las primeras voces en la calle. Al ir a descender a mi cuarto, me di cuenta de que la puerta del desván permanecía entreabierta. Hacía años que no penetraba en él, desde aquella vez en que lo hice persiguiendo a Mashi. Invadido por la curiosidad infantil y por ese sentimiento de misterio que despierta en un adolescente todo lo que no ha sido

frecuentado, empujé la puerta, cuyos goznes rechinaron como el lamento de un lagarto herido, y me adentré. Olía a rancio y a carcoma. Encendí un candil y mi vista recorrió la pequeña estancia. Los techos eran bajos e inclinados, opresivos, y las vigas daban la impresión de poder derrumbarse al menor suspiro. Un escalofrío, profundo y estremecedor, recorrió mi cuerpo, y la luz del candil, vacilante en mi temblorosa mano, formaba grotescas sombras al proyectarse en las paredes.

Esparcidos por el suelo había algunos muebles desvencijados, trapos, imágenes mutiladas y un par de feos baúles; todo ello protegido por densas telarañas. Bajo mis pies, la madera no dejaba de crujir y su crujido acentuaba mi inquietud. Pero mi curiosidad iba en aumento. Sentado en el suelo, luchando contra mis propias dudas y vacilaciones, me decidí a abrir el primero de los baúles y una nube de polvo cegó temporalmente mis ojos y me hizo toser durante un buen espacio de tiempo. Hurgué en el interior del mismo y encontré prendas y adornos de diversa naturaleza, algunas imágenes sagradas y algunas varillas de sándalo que habían perdido por viejas todo su perfume. Me aproximé al otro baúl y lo abrí con gran curiosidad. La polvareda que se originó al levantar su pesada tapa fue aún mayor que la anterior. Con avidez mi mirada escudriñó en el interior. Todo lo que había eran libros muy viejos, manuscritos amarillentos y cartas apiñadas. Comencé a leer y comprobé que la gran mayoría de aquel material resultaba ininteligible para mí, aunque algunos libros y cartas estaban escritos en mi idioma y me era posible comprenderlos. En su mayoría eran textos místicos y religiosos, pues se repetían los mantras y los símbolos. Recuerdo muy especialmente un libro de Kabir

, porque era el que se conservaba en mejor estado. Comencé a leer aquello que me era comprensible. Emocionado, como si una llama ardiese en mi interior, leí apresuradamente, como queriendo devorar todos aquellos textos y manuscritos en unas horas. Leía con tal entusiasmo y celeridad que las lágrimas se agolpaban en mis ojos y el sudor se deslizaba por mi frente. De súbito, escuché ruido en el piso de abajo y deduje que mi padre o mi tía estaban levantándose. Cerré el baúl precipitadamente y regresé a la terraza. Minutos después mi padre llegaba a ella para efectuar su salutación al sol.

—¿Tan pronto levantado? —preguntó—. ¿Quieres acompañarme en mis ritos y oraciones?

Asentí con la cabeza y durante cerca de media hora seguí sus

indicaciones y repetí los mantras que pronunciaban sus labios. Finalizado el ritual, mi padre sacó de uno de los pliegues de su traje una bolsita de cuero que siempre llevaba consigo y, tras abrirla, extrajo de ella algunas migajas de pan y las colocó en la barandilla de la terraza.

—Enseguida vendrán los pajarillos y se alimentarán con estas migajas —me explicó—. Luego elevarán su vuelo y se aproximarán a Dios, y así yo también estaré un poco más cerca de Él.

El descubrimiento que accidentalmente había efectuado en aquella apacible madrugada iba a influir de modo decisivo en mi vida interior. Las lecturas de mi tía, asociadas a las que yo habría de llevar a cabo en el desván, iban a enriquecer mi mundo psíquico y espiritual. Los hindúes pensamos que todos reencarnamos trayendo con nosotros cierto contenido psíquico, producto de nuestras pasadas existencias. Este contenido psíquico condiciona nuestra vida presente, pero es permeable a las influencias que vayan surgiendo en nuestra actual reencarnación. Los *samskaras*[25], que son las influencias que arrastramos con nosotros al reencarnar, predisponen al individuo, pero en absoluto lo determinan.

Desde el día en que penetré en el desván, comencé a levantarme al despuntar el día para, lleno de entusiasmo, pasar mis mejores horas en el silencio de aquel cuartucho, donde la atmósfera estaba enrarecida y todo movimiento era inexorablemente acompañado por el quejido de la madera ajada y reseca. A la luz amarillenta del candil, oliendo a petróleo y a papel viejo, iba día a día leyendo aquel legado espiritual. ¡Cuánta sabiduría en aquellos libros y manuscritos de siglos! Aunque por mi edad no era capaz de comprender muchas cosas, ellas se depositaban en mí como una semilla que en su día habría de florecer. Algunas cuestiones demasiado confusas se las planteaba a mi tía que, ignorante de mi abundante fuente de conocimientos, sorprendida y con los ojos más abiertos que los de un búho, exclamaba:

—¡Bendito seas! ¡Bendito seas, porque todos estos conocimientos tienen que venirte de Dios!

«Bendita seas tú, tía —pienso ahora—, porque supiste ofrecerme unos conocimientos y un anhelo espiritual que me permitirían encaminarme hacia la Mente Universal».

Después de mi descubrimiento, mis estudios se resistieron aún más si es que eso era posible. Cada día más concentrado en mis aspiraciones espirituales, aun estando éstas sin definir todavía y aun resultando gran parte de ellas todavía desconocidas, los textos académicos no me merecían el menor respeto ni la más insignificante atención. Mi mente se evadía de los números o de la geografía para repasar las palabras de algún místico o asceta.

Cierto día, mi maestro me llamó al acabar la clase y me preguntó:

—Deven, ¿por qué tienes tan poco interés por los estudios?

—Porque ellos no me ayudan a caminar hacia *Moksha*

26

—dije sin saber apenas lo que decía—. Por eso, señor maestro, únicamente por eso.

El maestro pareció muy desconcertado y sin saber qué decir, me dio un cariñoso tirón de una de las orejas, se encogió de hombros y se alejó. Años después yo comprendí que este hombre a su manera también era un santo, porque de otra forma no hubiera podido soportar durante tantos años mi insolencia y apatía hacia todo lo que él enseñaba.

Capítulo 4

Cada día el contacto con mis compañeros de escuela iba haciéndose más débil, hasta que terminó por quedar anulado. En lugar de mirar hacia fuera, me había acostumbrado a mirar con más frecuencia hacia dentro, hacia mí mismo. Absorto, me entregaba a largas reflexiones y a veces, sin poderlo evitar, me dominaban grandes temores y aprensiones y me sentía tan angustiado como si me encontrase en la boca de un volcán o sobre arenas movedizas. Ya entonces, aunque todavía de una forma instintiva, comencé a explorar dentro de mí mismo. Era la mía una búsqueda inconsciente, una llamada a mi propia intimidad. Todos mis deseos se cifraban en acudir amanecer tras amanecer al desván y proseguir mis lecturas. Pero mis furtivas escapadas en el silencio de la madrugada terminaron por lesionar mi salud. Débil como era y siempre había sido, adelgacé hasta un extremo alarmante. Mis costillas eran bien visibles y las piernas comenzaron a fallarme cada día con mayor frecuencia. Como dos mariposas grandes y negras, las ojeras se dibujaban en mi rostro y al decir de mi tía mis ojos estaban tan marchitos como un loto seco. Toda la familia comenzó a preocuparse por mí y desde entonces se

intensificaron las indagadoras miradas, como queriendo penetrar en mi mente y descubrir qué sucedía en su interior. Aún más que mi debilidad física, les acongojaba y extrañaba mi carácter triste y excesivamente blando. Un día mi padre me dijo:

—Cuando naciste, Devendrenath, eras como un conejillo. Nadie ha comprendido nunca cómo lograste sobrevivir. Tu debilidad física siempre nos ha preocupado a todos, pero ahora nos preocupa mucho más tu melancolía.

»Debes saber que la persona triste insulta al Absoluto con su tristeza y obsequia a sus semejantes con espinas.

Traté de provocar una sonrisa, pero mucho me temo que a pesar de mis esfuerzos no pudo reflejarse en mis labios. Me limité a bajar la cabeza y me sentí lejos, muy lejos de mi padre en ese momento, como transportado a muchas millas de distancia. Cruzaron por mi mente, desordenadas y caóticas, todas aquellas palabras que había leído a lo largo de muchas noches en la soledad del desván. Y como si su voz procediera de otra dimensión, escuché a mi padre que agregaba:

—Devendrenath, he invocado a Ganesha por ti, pero no sé si es que no ha tenido oídos para mis palabras porque continúas triste, o es que continúas triste porque me ha escuchado. Un padre no es sólo aquel que tiene un hijo, pues eso está al alcance de cualquiera. Un padre es aquel que está siempre con su hijo suceda lo que suceda. No lo olvidarás, ¿verdad?

Días después mi padre avisó al médico. Era un hombre muy anciano, de pequeña estatura, nariz chata y regordetas manos. Llevaba la cabeza rapada y su rostro era redondo como una luna llena y «arrugado como un mango seco». Unos lentes muy gruesos permitían ver como en una nebulosa unos ojillos inquietos. Era un especialista en Ayurveda

, nuestra medicina tradicional, y me observó con tal detenimiento que llegó a inquietar a todos los presentes. Colocó sus manos en mi frente y las mantuvo así durante unos minutos, mirándome al entrecejo. Sentí una reconfortante sensación de alivio. Por fin, habló para preguntar por mi alimentación y conocer cuántas horas dedicaba al reposo. También me preguntó si evacuaba con periodicidad y si respiraba sin reparo alguno. Sonrió mostrando unas encías oscuras y desdentadas cuando observó mi cara de fastidio no disimulado. Cogió una de mis manos entre las suyas y fue palpando con detenimiento

mis dedos. Después colocó una de sus manos a la altura de mi corazón y rogó silencio. El examen parecía no acabar jamás. Pasó sus manos por mi vientre y presionó ligeramente sobre él; luego revisó mis oídos y mis pupilas, escuchó mi respiración y me dio unas palmaditas en el cuello. Tras una escueta sonrisa, se dirigió a mi padre y declaró:

—Estos jovencitos de ahora llevan una vida demasiado artificial.

Cambió la expresión de su rostro por una más severa y agregó:

—Comidas puras y reposo, mucho reposo.

Hizo una divertida mueca con el rostro y repitió:

—Comidas puras y reposo —y dirigiéndose a mi tía, dijo—: Durante dos semanas debe permanecer en la cama. Por la mañana, denle de desayuno cuajada y un poco de miel. Nada de golosinas de otro tipo.

Buscó en uno de los pliegues de sus amplias e inmaculadas prendas y sacó una bolsita de papel.

—Debe ingerir estas semillas tres veces al día.

Por último concluyó:

—Esto no tiene importancia, ninguna importancia —me dio unos cachetitos afectuosos en la mejilla y añadió—: Ninguna importancia.

Después comenzó a hablar fluidamente con mi padre sobre las sequías que afectaban al norte y, aunque yo no pude entender por qué, descargó toda la culpa sobre los británicos, como si estuviese en manos de ellos el que lloviese o dejase de llover. También pude escuchar que decía burlonamente:

—Les enseñamos demasiado para lo poco que ellos nos entregan.

Mi padre respondió:

—Unos países son yunque y otros martillo. El nuestro ha sabido ser yunque con toda dignidad. La cuestión es saber quién se rompe antes, si el yunque o el martillo. Le aseguro que en esta ocasión el martillo terminará por hacerse pedazos.

Aquella misma tarde me trasladaron al cuarto de mi tía, donde ella me podría atender con mayor cuidado. Durante semanas me fue imposible acudir al desván, pues habría resultado imposible distraer

su vigilancia. No obstante, aproveché mi convalecencia para que me hablase más detalladamente sobre los temas que me interesaban. Me relató con minuciosidad la vida apasionante de algunos renunciantes indios, que, aislados en la soledad de los bosques o de las montañas, se alimentaban tan sólo con raíces y se entregaban a la búsqueda de su Atmán[28]. Algunos de estos hombres, cuya aventura del espíritu yo consideraba portentosa, perdían a veces la razón o incluso la vida, pero a pesar del riesgo no abandonaban su empresa y persistían en su búsqueda interior. Mi tía me dio a conocer algunas técnicas para satisfacer esa búsqueda, ese ferviente deseo de realización. Fue ella también quien por primera vez me dijo que todos somos olas del mismo océano.

—La vida —me explicó— tiene como finalidad que el hombre se realice y pueda llevar la luz a su mente y a su corazón.

Fueron aquéllos, días de recogimiento interior. Me causó una impresión muy intensa la vida del gran yogui tibetano Milarepa[29], discípulo del sabio Marpa.

Milarepa tuvo que superar las más difíciles pruebas para que Marpa le aceptase como discípulo. Y pudo así convertirse en el más grande iniciado de la historia espiritual del Tíbet.

Todos los días, al anochecer, Mashi, que había comenzado a aprender danza y que demostraba poseer unas facultades extraordinarias, venía a hacerme compañía e interpretaba algunas piezas para mí. Su cuerpo era grácil y esponjoso y sus manos resultaban expresivas y encantadoras. Había una danza en honor de Shiva que interpretaba con sentimiento profundo y sincero, y que le permitía exteriorizar esa sensibilidad que todas las mujeres de mi familia han cultivado. Movía las manos y los ojos con envidiable soltura y era capaz de reflejar en su rostro la doble naturaleza que define a Shiva como dios de la destrucción o de la autorrealización, como tirano implacable o como amoroso libertador.

Cuando el médico me dio de alta, regresé a mi cuarto y enseguida reanudé mis excursiones al desván. De nuevo me absorbí en la lectura y en la meditación, descubriendo aspectos de la existencia que hasta

entonces para mí se habían mantenido en la sombra.

Cierto día leí algo que aceleró los latidos de mi corazón y que me emocionó de tal forma que tuve la sensación de que la cabeza iba a estallarme. Era una carta amarillenta y sucia, de reducidos y borrosos grafismos. Se refería a la realización del Atmán en *Brahmán*

30

y a los medios para poder conseguir tal realización. Aproximadamente a la mitad de la carta, hablaba de mi abuelo Chandra y de uno de sus nietos, al que señalaba como un gran yogui después de muchos años de sacrificios y esfuerzos. Palidecí. Mi boca estaba seca como el cáñamo y el pulso, desigual y frenético, me golpeaba en las sienes. ¿A quién se refería el autor de aquella carta? No cabía duda de que era a uno de los tres hermanos. La emoción apenas me permitía continuar leyendo. Respiré hondamente y permanecí extasiado, con la mirada perdida a través del ventanuco. El día comenzaba a levantar. Sin ningún control sobre mis emociones, tembloroso y suspirante, continué leyendo.

«Aunque físicamente muy frágil y amenazado por la enfermedad del cuerpo, sus ansias de realización serán tan poderosas que nada ni nadie podrán impedirle su caminar hacia la Verdad Única.»

Todo mi cuerpo comenzó a temblar estrepitosamente. Se repetía en mi mente, con delirante insistencia, el nombre de la Divinidad: «¡ram, ram, ram!» Y embargado por el temor y la alegría, sin fuerzas y con una extraña sensación de vacuidad, me dejé caer sobre el baúl y comencé a llorar. ¿Era tal vez yo aquél al que esas líneas se referían? ¡Cuánta confusión había en mi interior, cuánta duda, cuánto temor! ¡Era todo tan caótico para mi inmadura mente! De súbito experimenté un calor muy agudo en la base de la columna vertebral y tuve la desagradable sensación de que la sangre no llegaba hasta mi cerebro, que parecía haberse hecho tan grande como una nube. Me sentí transportado a otro mundo. No me era posible ver ni oír y, a excepción de mi corazón, que latía con irregular violencia, no conservaba ninguna noción de mi cuerpo. Experimenté un intenso terror y quise gritar con toda la fuerza de mis pulmones, pero no pude conseguirlo. Pensé: «¿Acaso estaré muriéndome?» Y otras preguntas acudieron a mi mente:

«¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? Cuando uno muere, ¿muere para siempre» En un esfuerzo desesperado logré decir en voz alta:

—Madre Divina, ayúdame.

Sentí violentos estertores a lo largo de todo mi cuerpo, que ahora sentía como algo difuso y muy lejano. Pensé:

«Si muero, ¿quién encontrará el cadáver? Tal vez la tía o papá. Pero, ¿dónde estaré yo entonces?» Se hizo un sobrecogedor silencio y un vacío oscuro e impresionante. Y de repente, comenzaron a desfilar ante mí escenas confusas e inconexas, pero multicolores y de una gran viveza, envueltas en una densa y fantasmal neblina. Me veía a mí mismo con diversos cuerpos y personalidades, en diversas épocas y latitudes. Y después sobrevino una luz blanca, cegadora y terriblemente luminosa, espesa, inmensa y absorbente. Y me pregunté en un hilo de voz:

—¿Estoy dormido o despierto, vivo o muerto?

Me sentí muy apenado al pensar que tal vez no volvería a besar el rostro cálido de Mashi. Se hizo un silencio aún más profundo si cabe y luego, más sereno, tuve una extraordinaria visión.

Un hombre de rasgos nobles y de reconfortante mirada me sostenía entre sus brazos y hablaba con fluidez, sin dejar de observarme. Yo era un recién nacido. El hombre, con su dedo índice, señaló un punto en mi entrecejo y me insufló un aliento tibio en el rostro. Pronunció un *Om* muy prolongado y entonó un himno a Brahma.

Fue una visión tan real que me hizo sobrecogerme y, una vez hubo pasado, experimenté una gran opresión en el corazón. Después, el vacío se hizo más y más profundo y me desplomé en un estado de inconsciencia.

Cuando recobré el sentido estaba en mi cama, rodeado de mis familiares y bajo la escrutadora mirada del médico de regordetas manos que, muy pensativo, movía la cabeza de un lado para otro y decía:

—Falta de vitalidad. Un desmayo sin mayores consecuencias. Necesita más reposo y una abundante y variada alimentación. ¡Vaya con el jovencito! Está débil, pero en unas cuantas semanas más vamos a ponerlo como un búfalo.

A raíz de mi experiencia en el desván, tuve una afección de hígado que me obligó a permanecer varios meses en la cama. Durante semanas guardé un hermético silencio. Mi familia estaba visiblemente preocupada y mi tía había comenzado a leerme algunos Upanishads

[31], en tanto que mi padre había hecho algunos votos y ofrendas a Vishnú[32], el dios amoroso y protector, para lograr mi restablecimiento.

—¡Pobre muchacho! —gemía mi tía de cuando en cuando, como si hablase únicamente para sí misma—. ¡Pobre muchacho!

Todos los días, Mashi ofrendaba las más bellas flores a la imagen de Kali que había en mi cuarto y le cantaba una dulce canción. Algunas veces con cariño extremado, lavaba y perfumaba la imagen. Mi padre siempre nos había dicho que las imágenes no son más que arcilla, pero que son también como un puente que acerca a la Divinidad y mantiene la mente concentrada en Ella. También nos había explicado que un hombre evolucionado está en condiciones de prescindir de ellas, pero que al principio, al igual que el rito, resultan de utilidad para aquellos cuya mente es dispersa e inestable. Mi padre nos decía con frecuencia:

—Dios es uno, aunque hay muchas formas de representarlo y recibe muchos nombres. No os dejéis confundir por la diversidad de nombres o de imágenes.

Se aproximaba la primavera cuando mi padre nos comunicó que tenía que efectuar un viaje para adquirir artesanía, por lo que estaría ausente durante unas semanas. La noche anterior a su partida entró en mi cuarto, se sentó a mi lado y dijo:

—Devendrenath, ningún médico podrá sanarte si falta en ti la voluntad de vivir. Todos tenemos dentro de nosotros una gran fuerza; búscala y utilízala sabiamente. La vida es muy valiosa. Aunque al final el cuerpo es como la cáscara de una fruta que se arroja, el hombre tiene el deber de cuidarlo hasta que Dios decida desligarle de él.

Colocó una de sus manos en mi pecho y agregó:

—Tienes el deber de que este joven corazón continúe latiendo. Antes de morir tu madre me dijo: «Mientras él viva yo no habré muerto. Devendrenath será un niño débil como una brizna. Cuida de él.» Cada hombre tenemos nuestro dharma y ahora el tuyo consiste en restablecerte definitivamente.

Reinó un silencio prolongado. Entonces me decidí a confesarle a

mi padre el contenido de la carta que había leído en el desván y le participé mis experiencias y visiones. Él reflexionó durante algún tiempo y después dijo:

—Aquel hombre que te mantuvo entre sus brazos y que tú has visto durante tu trascendental visión, es mi gurú, el gran maestro Acharya

de Bhubaneswar. Nada más verte, él aseguró que serías un gran yogui, aunque se entablaría en ti una difícil lucha entre tu naturaleza inferior y tus ideales. Dijo que tu búsqueda habrá de ser muy larga y penosa. Algún día iremos juntos a ver a Acharya. Se sentirá muy feliz de volver a verte después de tantos años y tú tendrás ocasión de conocer a un santo de carne y hueso.

Cuando mi padre abandonó la habitación, comprendí con toda lucidez cuál era mi destino. Supe entonces que renunciaría y tuve el presentimiento de que antes o después huiría de mi hogar, en esa ocasión sin la compañía de Mashi, triste por tener que dejarlo todo para encontrarlo todo; feliz porque iba en busca de mi Yo. Y nada hay que pueda hacer más feliz a un hombre cuando descubre esta necesidad.

Capítulo 5

Una tarde mi padre me hizo llamar por medio de Mashi para que me reuniese con él en su habitación. Sentados en el suelo, junto a su pequeño altar de Indra

, me dijo:

—Ya va siendo hora, Devendrenath, de que conozcas mejor tu pueblo y de que comiences a conocerte a ti mismo. De ahora en adelante haremos juntos nuestras abluciones en el Ganges. La Madre Divina quiere que aprendas muchas cosas. Yo soy un indigno maestro, pero trataré de enseñarte con amor todo aquello que sé.

Había en su mirada un destello de profunda ternura. Los moribundos rayos del sol se reflejaban en su rostro, anaranjando su piel oscura y dotando a sus negros ojos de un brillo muy especial.

—Hay muchas cosas importantes que aprender, Devendrenath, pero ninguna tan importante como aprender sobre uno mismo.

Acharya de Bhubaneswar, mi gurú, me pidió encarecidamente que no descuidase nunca la preparación interior de mis hijos. El hombre se perpetúa en sus hijos, y si esos hijos alimentan unos ideales elevados, ese hombre puede abandonar tranquilamente este mundo.

El paso del tiempo no podría nunca borrar de mi mente la primera vez en que mi padre y yo fuimos al Ganges. Momentos tan significativos jamás pueden olvidarse.

Eran las cuatro de la madrugada cuando entró en mi habitación, se acercó a mí y, evitando despertar a Gupta, susurró:

—¡Vamos, holgazán! Pon tu pensamiento en Dios, efectúa tus prácticas higiénicas y vístete. Te espero abajo.

Desayunamos unos mangos deliciosos, acompañados de naan[35], tamarinos y ghee[36]. Momentos más tarde salíamos al exterior. Era de noche y hacía un calor intenso y pegajoso. Por primera vez en mi vida recorría la ciudad a esas horas. Caminábamos deprisa y me era muy difícil seguir la marcha impuesta por mi padre. Eran muchas las personas que estaban durmiendo en la calle, algunas en los lugares más inverosímiles: sobre una cornisa, junto a una fuente, sobre un tenderete o sobre una desvencijada carreta. Un anciano, en cuyo rostro asomaba la placidez de un sueño profundo e imperturbable, dormía en cuclillas, apoyado contra una pared. Las vacas y los perros dormitaban también en cualquier parte y algunos niños se desperezaban ya y daban comienzo a sus interminables juegos. Los más madrugadores se acercaban a las fuentes públicas para asearse; otros entonaban sus primeros himnos a la Divinidad, practicaban sus ejercicios de pranayama o recitaban mantras. Algunas tiendas comenzaban ya a prepararse para la actividad de la jornada. Una anciana, con conmovedor cariño, desparasitaba a un perro tan anciano como ella, y un joven, de ensortijada melena e ininteligibles palabras mascalladas entre dientes, ofrecía collares de semillas sagradas.

Muchas personas caminaban en la misma dirección que nosotros. Eran de las más variadas edades, algunas saludaban a mi padre y otras nos ofrecían un *Om* largo y penetrante. Muchos caminaban solos, extasiados, murmurando oraciones al Absoluto, con un jarrito para

recoger el agua del Ganges en una mano y una vara en la otra, serios y bien erguidos, como si no formasen parte de este mundo, con la mirada perdida en el horizonte. De súbito un hombre completamente desnudo, de largos cabellos grises y curtido rostro, se colocó al lado de mi padre y con una voz sin inflexiones dijo:

—Somos compuestos y todo lo compuesto tiende a descomponerse. Hemos nacido y todo lo que nace ha de morir. Enciende tu propia lámpara, hermano, y que la bendición de nuestro Dios ilumine tu corazón.

A continuación, el hombre abandonó a mi padre y se situó al lado de otra persona.

—Es un naga

37

—explicó mi padre ante mi sorpresa—. Vive en las montañas y de cuando en cuando viene a Benarés a bañar su cuerpo en el Ganges. Se ha impuesto como deber despertar la conciencia de sus semejantes, despertarles con sus palabras de este sueño profundo en que la vida ordinaria sumerge al ser humano. A veces, Devendrenath, puedo decirte que casi siempre, vivimos como si nunca fuésemos a morir y hacemos de la vida un simulacro inútil y feo.

A medida que nos íbamos aproximando al río era mucho mayor la afluencia de gente en dirección al mismo. Aunque el número de hombres era más elevado, también había muchas mujeres, algunas muy ancianas, con raídos y descoloridos saris.

—Todos los días acuden a nuestra ciudad cientos de peregrinos —dijo mi padre con orgullo—. Debemos estar agradecidos a Dios por haber reencarnado aquí.

Nos introdujimos en una calle a cuyos lados se alineaban numerosos mendigos, todavía soñolientos, sentados en cuclillas y con una escudilla junto a sus piernas. Alargaban sus temblorosas manos balbuciendo palabras que pudiesen despertar la caridad de los transeúntes. Los menos afortunados eran ciegos, habían sido atacados por la lepra o carecían de alguno de sus miembros.

Después de observar con detenimiento a aquellos desgraciados, que me inspiraban tanta lástima como inevitable repugnancia, miré interrogadoramente a mi padre, queriendo saber algo sobre aquel doloroso espectáculo. Estaba tan sobrecogido por lo que veía que

ninguna palabra se presentaba en mis labios.

—Sí, Devendrenath, ésta es esa otra cara de la vida que tú desconocías. Hay mucho dolor para muchas personas en este mundo, para tantas que si uno lo piensa se hiela la sangre en las venas. No debe ocultársete, Devendrenath, que somos un país pobre, aunque por tu nacimiento no hayas conocido todavía esa pobreza. Todos los años mueren muchos de los nuestros por hambre. Todo hombre, por el hecho de serlo, debería tener al menos derecho a un pedazo de pan; pero muchos no tienen ni las migajas. Por eso, Devendrenath, aprende a no llenar totalmente tu estómago y no te dejes esclavizar nunca por la gula. Cuando lleves algo a tu boca, piensa que otros muchos no pueden hacerlo y al menos conserva un pensamiento de entrega y de amor para todos los hombres de este mundo.

Un niño con una mano y un pie amputados, sin dejar de sonreír, se acercó a nosotros y alargó su mano. Mi padre le obsequió con algunas monedas y el muchacho movió la cabeza en señal de agradecimiento.

—Siempre ha habido dolor —dijo mi padre entristecido—. El dolor acompaña al hombre.

—¿Por qué? —pregunté extrañado—. No entiendo por qué.

—Es el karma de cada uno. En la vida terrena purgamos nuestras faltas pasadas. ¿Has visto ese muchacho? Su karma acumulado le ha condicionado a vivir en tales circunstancias. ¡Cuánta amargura! Nuestros deméritos nos obligan a nacer en determinadas condiciones. ¡Qué poco nos preguntamos qué es el dolor!

—¿No es posible vivir sin dolor? —pregunté angustiado.

—No —repuso tajantemente—. No lo es. Hay, eso sí, un dolor evitable y un dolor inevitable. El hambre, para que lo entiendas, es un dolor evitable, pero la muerte, por ejemplo, es un dolor inevitable, al igual que la vejez. Sin embargo —hizo una pausa y me pasó su brazo por mis hombros—, el hombre puede combatir el dolor mediante su actitud interna. Al hombre normal le preocupa la muerte y puede llegar a angustiarle. Para el hombre realizado la muerte no tiene ninguna importancia ni le despierta temor alguno. El dolor está ahí, rodeándonos, donde menos lo esperamos, pero el hombre puede distanciarse internamente de ese dolor, puede comprenderlo y superarlo, puede incluso servirse positivamente de él.

Continuamos descendiendo hacia el Ganges. Se había hecho tan

abigarrada la multitud en dirección al río que era difícil caminar. «La muerte —pensé—. La muerte es dejar de estar con los demás, como mamá dejó de estar con nosotros.»

—¿Es posible no morir? —pregunté.

—La muerte del cuerpo físico es inevitable. Pero, ¿acaso el hombre muere al morir su cuerpo?

—¿Qué se puede entonces hacer con respecto a la muerte?

—Aceptarla. Aceptar la muerte, hijo, es vencer la muerte. Vida y muerte nunca se encuentran.

Y tras estas palabras, pronunciadas con grave solemnidad, mi padre estalló en una amplia carcajada.

—Te veo más preocupado ahora que cuando te castiga la tía a recitar la Epopeya durante horas.

Volvió a reír. Y después, adquiriendo su habitual seriedad, dijo:

—Creo que debes conocer la parábola del grano de mostaza. Se atribuye a Buda, un gran yogui, aunque él abandonase nuestra religión para fundar la suya. Escúchame con atención. Era una mujer que había perdido a su hijo. Sabiendo de la bondad y sabiduría de Buda, fue hacia él y le dijo: «Señor, mi hijo ha muerto. Mi dolor es inmenso y te ruego que le resucites.» Buda reflexionó unos instantes y después dijo: «Veremos qué podemos hacer, mujer. Acércate a la aldea más próxima y de aquella casa en la que nunca haya habido una muerte, coge un grano de mostaza y tráemelo. Cuando me presentes el grano de mostaza, te prometo resucitar a tu hijo.» La buena mujer buscó en una y otra casa, pero ¿sabes lo que sucedió, Devendrenath? No encontró ninguna casa en la que no hubiera habido alguna muerte y, por tanto, no pudo obtener el grano de mostaza. Desolada, regresó adonde estaba Buda y le dijo:

«Señor, en todas partes ha habido alguna muerte.» Y Buda repuso: «¿Te das cuenta, mujer? Es inevitable.»

Mi padre guardó silencio, como para permitirme meditar sobre la parábola que me había narrado. Yo entonces no tenía ninguna idea clara sobre la muerte, pero creo que comencé a aceptarla desde aquella temprana edad y que por este motivo jamás la he temido, ni en aquellos momentos en que la vi muy de cerca, tan de cerca como se ve el rostro de la mujer a la que besamos.

—Hay yoguis —agregó mi padre— que pueden morir cuando lo desean. Sólo los más adelantados pueden conseguirlo. Pranananda, de Mangalore, abandonó su cuerpo voluntariamente después de haberse realizado y de haber dejado un evolucionado discípulo, que es ahora un gran maestro y mi actual gurú, Acharya de Bhubaneswar. Pranananda se despidió de sus discípulos con estas palabras: «Soy, por fortuna, lo suficientemente humilde como para saber que ya no puedo hacer por esta tierra más de lo que he hecho. Os estoy inmensamente agradecido por haberme permitido enseñaros lo poco que sé. Os amo con el corazón y con la mente y estaré siempre con vosotros.» Después se tendió debajo de un árbol, sonrió y abandonó su cuerpo. El cuerpo no lo enterraron durante varias semanas y se conservó durante todo ese tiempo como si acabara de morir o estuviera dormido. Tal es el poder de algunos Kundalini-yoguis

38

, que llegan a dominar perfectamente todas sus energías.

En las riberas del Ganges había tantas personas que parecían formar un solo cuerpo. El sol comenzaba a despuntar y el río parecía un manto de cobre, bello y silencioso.

Durante unos minutos mi padre pareció no poseer ninguna noción del tiempo. Su mirada se perdió en la amplitud del Ganges y sus ojos se cubrieron de lágrimas. Con voz emocionada, dijo:

—Devendrenath, haz un esfuerzo por despertar vivamente a todo lo que te rodea. Siéntete en comunión con tu gente, con tu pueblo. Somos un pueblo materialmente pobre, pero muy rico espiritualmente. Nuestro pueblo ha engendrado más hombres espiritualmente elevados que todos los pueblos de la tierra. Yo sé que en el futuro conocerás otros países, pero no te dejes nunca engañar por las apariencias, no permitas que *maya* enturbie tu mirada. El lujo es como una mujer perversa. Siempre te roba mucho más de lo que te entrega. Cuando te sientas inclinado hacia él, rebélate y considera que todo es transitorio, efímero, excepto tu atmán. El hombre nada tiene al nacer y nada puede llevarse al morir. Hay gente que pasa toda su vida acumulando riquezas, como si pudiera servirse de ellas en sus otras existencias.

Con toda la atención que me era posible, miré a mi alrededor, como queriendo llenar mi ser de todo lo que me rodeaba. Miles de personas sumergían su cuerpo en las oscuras aguas del caudaloso río. Ancianos, mujeres, enfermos y mutilados, niños de muy corta edad. Formaban una masa compacta de gente, pero era como si cada uno de

ellos estuviera solo consigo mismo, pendiente tan sólo de sus benditas abluciones. Los cuervos, con sus habituales graznidos, revoloteaban sobre nuestras cabezas; los monos se columpiaban de las ramas de los árboles y los perros vagabundeaban de un lado para otro. Había un rumor intenso, embriagador.

—He aquí la India más auténtica —dijo mi padre—. La que no cambiará aunque cambien los tiempos y las costumbres.

Millares de personas se apiñaban en los ghats formando una densa marea humana. Unos oraban, otros entonaban himnos a la Divinidad; otros practicaban diversos asanas

39

o se ejercitaban en el control respiratorio. Había hombres que emanaban una gran dignidad, mentalmente ausentes, con un hondo destello de espiritualidad en la mirada; había hombres de Dios, ensimismados, con el rosario entre las manos; había grupos en los que se hablaba de filosofía o de religión. Bajo los parasoles, los mercaderes, con sus lacerantes gritos, ofrecían su mercancía; los barberos ejercían su oficio y algunos hombres dormitaban dejándose aplanar por la atmósfera calurosa y pesada. Algunas ancianas, casi desnudas y tambaleantes, apenas lograban alcanzar las tibias aguas del río. Había muchos penitentes, uno de ellos, en el colmo de la superstición, deglutiendo excrementos de vaca, como difícil penitencia. Un swami

40

, con su túnica anaranjada y la cabeza rasurada, permanecía en honda meditación, y cerca de él unas hermosas jóvenes hablaban precipitadamente, ocultando sus entrecortadas risas. Un hombre de mediana edad, con las venas tan abultadas que daba la impresión de que fueran a abrirse de un momento a otro, dormía profundamente, en tanto las moscas se paseaban tranquilamente por su boca. Sobre un cajón, un hombre cuyo cuerpo estaba lleno de esotéricos y llamativos tatuajes dirigía plegarias al sol. De pie, sobre una piedra, como queriendo elevarse por encima de todo aquel conglomerado, muy erguido y en posición casi marcial, un anciano, cuyos largos cabellos estaban recogidos en un bien modelado rodete, trazaba diferentes mudras con sus manos frágiles y expresivas.

—¿Sientes la grandeza que te rodea, Devendrenath? —preguntó mi padre.

Una sonrisa de satisfacción contestó a su pregunta.

—Sólo los miopes del alma pueden permanecer impasibles ante tanta grandeza —añadió con énfasis.

De repente un hombre, subido sobre un repecho, comenzó a blandir los brazos en el aire para llamar la atención de los que le rodeábamos y empezó a vociferar como si la vida le fuera en ello. Era alto y nervudo, tan delgado que su piel parecía transparentarse. Sus manos eran grandes y potentes y al gritar las venas de su largo cuello se tensaban como cables de acero.

—¡Oh insensatos que ni siquiera sois capaces de oír a un hombre sabio! —gritó sin dejar de blandir los brazos—. ¡Escuchad a éste que os habla aunque sólo sea por un momento y no os arrepentiréis!

Todos los músculos de su cuerpo temblaban por la tensión y en sus ojos había un destello de furia y amargura. Su nuez era muy prominente y al hablar se columpiaba a lo largo de su cuello, como si quisiera escapársele por la boca. El cabello, que parecía fieltro grasiento y sucio, ocultaba parte de su anguloso rostro, y las cejas, muy tupidas, acentuaban su aspecto de ferocidad.

—¡Escuchadme insensatos, escuchadme!

Un buen número de personas formaron un círculo a su alrededor, pero la mayoría, haciendo caso omiso, continuaban entregados a las abluciones, las plegarias o cualquier tipo de actividad.

—¡He mirado en los astros! He mirado en los astros y ¿qué diréis que he visto? No, no he visto concordia, ni amor, ni un mundo mejor. ¡No! He visto, en todos ellos, destrucción, odio, resentimiento, incapacidad para amar y amargura.

Movió la cabeza con energía y agregó casi en un aullido:

—¡No, no he visto redención, ni buenos propósitos! Pero sí he visto, y esto ha conmovido mi corazón, la venganza de los dioses escrita en las estrellas. Ellos cogerán la guadaña entre sus manos y cortarán cabezas como el segador corta la hierba.

Abrió los brazos en cruz y miró hacia el suelo con expresión de desesperación y dolor. Pude entonces fijarme en su estrecho tórax, en el que asombrosamente resaltaban las costillas, apenas recubiertas por un pellejo curtido y reseco.

—También he visto en las estrellas que los dioses, para castigar tanta disipación, enviarán este año terribles epidemias y sequías. Los campesinos morirán de hambre y en la ciudad los hombres morirán de cólera. ¡Y oídme bien! Es sólo un aviso, porque si el hombre no se regenera, tendrá que soportar males terribles. ¡Pedid clemencia a los dioses y enderezad vuestras vidas! ¡No basta con besar los pies a los brahmanes! Yo os lo pido a todos en nombre de los dioses: purificad vuestros espíritus. Ellos han hablado conmigo y me han elegido para despertar vuestra conciencia. Si no os regeneráis, allí en donde estéis recibiréis el castigo divino y no hay castigo más cruel que el de los dioses irritados. ¡Que la luz que hay en cada uno de vosotros os guíe!

Sudoroso, extenuado, sumido en una especie de leve ataque epiléptico, se dejó caer en el suelo y, en señal de renuncia y penitencia, cubrió todo su cuerpo con polvo y se llevó un puñado de

tierra a los labios. Los más crédulos, desbordados por el fervor y seguramente por el miedo, se arrojaron a sus pies y los besaron con apasionado respeto. Una consumida anciana, con sus flácidos y ajados pechos al descubierto, cayó de bruces al fallarle las piernas por la emoción que el exaltado hombre provocaba en ella y, tras golpearse con una piedra, perdió el sentido.

Cuando los ánimos parecían haberse calmado, el hombre se levantó de nuevo y dijo con la boca llena de espuma y arena:

—¡Antes de lo que pensáis, mucho antes, acaecerá el fin del mundo! ¡Así lo he leído en los astros! Debéis calmar la ira de los dioses. Ofrecedles vuestros bienes y vuestro corazón. ¡Oh, estúpidos mortales que sólo pensáis en esta existencia vacía, rogad a los dioses para que su implacable ira no se desate, porque en caso contrario tanto será el dolor que os arrepentiréis una y mil veces de haber reencarnado!

Después, abriéndose paso entre aquellos que estaban a su alrededor, abandonó el lugar alejándose muy deprisa.

—Es un visionario —dijo mi padre—. Impresionan a las personas incultas con su palabrería. Muchos de estos hombres desean en realidad ayudar a sus semejantes, pero el camino que eligen es inadecuado. Se dicen astrólogos y predicen el fin del mundo. Las gentes ignorantes ofrendan sus cosechas a la Divinidad para calmar su ira y evitar la catástrofe. Después, durante todo el año pasan hambre, pero ellos están satisfechos porque han logrado evitar el fin del mundo.

Mi padre esperó algún comentario por mi parte y observó un corto silencio. Nada dije, limitándome a escuchar el ruido multiforme que había a nuestro alrededor.

—Es importante que comprendas una cosa, hijo —declaró—. La eterna e inexorable ley de los opuestos quiere que lo grande se corresponda con lo pequeño y la luz con las tinieblas. No debe extrañarte, pues, que en nuestro país, que es cuna de la más fecunda espiritualidad, surja también una espiritualidad irracional que degenera en superstición y demencia. No debe extrañarte ni sorprenderte que junto a los más grandes adeptos de todas las épocas florezcan también los más grandes charlatanes; que junto a los más destacados yoguis, surjan los embaucadores; que junto a los más equilibrados y clarividentes mahatmas

, se originen los más locos visionarios. Así es, inevitablemente, porque para que haya un arriba tiene que haber un abajo; porque la oscuridad es la carencia de luz y el frío la ausencia de calor.

Abriéndonos paso entre la multitud, conseguimos introducirnos en el río. El contacto de sus aguas fue como una cálida caricia en aquel día caliginoso. Apiñados como estábamos, mi padre dijo:

—Todos somos uno y el mismo. Desde hace muchos siglos nuestra sociedad se escalonó en castas. Pero jamás, Devendrenath, tengas orgullo de casta. Evita ese pecado. No creas a aquellos que comidos por la soberbia aseguran que sólo los brahmanes tienen derecho a leer los Vedas y a dictar las leyes. No discrimines nunca a tus hermanos. Aprende a apreciar lo mismo al brahmín que al *intocable*

42

. Trata de verte en todos los seres. En anteriores existencias, ¿quién puede saber cuál ha sido la condición de cada uno de nosotros? Cuando mi hermano mayor, que murió de peste antes de tú venir a este mundo, se desposó con una mujer de otra casta, mi madre, horrorizada, pidió que la llevásemos rápidamente al Ganges para sumergirse en sus aguas y purificar esa mancilla. Era mi madre una gran mujer, pero nunca aprendió a amar a aquellos que no formaban parte de su casta. Maldijo a mi hermano y mi hermano, tristemente, murió poco después. Entonces mi madre, que era tan anciana como uno de esos grandes árboles cuya corteza está agrietada y fea, pensó que mi hermano pagaba así su culpa. Ella permaneció durante seis días y sus noches llorando junto a la pira funeraria. Cuando consiguieron arrancarla de allí y llevarla a casa, estaba tan cambiada que apenas podía yo creer que era mi madre. De tanto haber llorado, tenía los ojos abrasados, pero a pesar de todo dijo: «¡Pobre hijo mío! Ha tenido el fin que se había merecido. ¡Pobrecito hijo!»

Después del baño sagrado, abandonamos las aguas del río y enseguida el inclemente sol secó nuestro cuerpo. Desde un árbol, un mono parecía burlarse de nosotros con sus estridentes gritos; a unos metros, en el Manikarmnika Ghat

43

, se estaba incinerando un cadáver y una espesa cortina de humo se elevaba en el aire.

—Creo, Devendrenath —dijo mi padre— que hoy está siendo un día importante para ti. Visitaremos el Templo de Durga

y después iremos a casa y dedicarás el resto del día a la meditación. Así lo hice yo la primera vez que mi padre me trajo al Ganges y así lo harán tus hijos si el designio de Dios es que algún día los tengas.

Nos internamos en la calle en la que abundaban los mendigos y mi padre fue depositando una moneda en cada una de las escudillas de los pobres que mendigaban invadiendo los laterales de la calle.

—Cuando ofrezcas una limosna —me explicó—, nunca pienses que has hecho un bien al que la has dado. Piensa, al contrario, que el que ha recibido la limosna te ha hecho un bien a ti, porque te ha permitido crear méritos y evolucionar interiormente. Tenemos el deber de dar y el privilegio de que nos acepten lo que damos.

Y mi padre, al que yo consideré entonces el hombre más grande de este mundo, pasó su mano por mi cabeza y con un gesto cariñoso revolvió mis cabellos.

—Iremos al Templo y haremos una ofrenda a la Madre.

Recorrimos algunas de las tortuosas y polvorientas calles de Benarés, llenas de gente y griterío.

—La Shakti —me explicó mi padre— es el aspecto femenino de Dios. Es la fuerza creadora y también quien origina la ilusión que encadena nuestros sentidos y nuestra mente; es la danza cósmica que algún día comprenderás. De algo puedes estar bien seguro, Devendrenath, y es que sólo una minoría de hombres logran escapar a las redes de la ilusión y de que los restantes, ignorantes y perezosos, viven como dormidos, cada día más distantes de la Realidad.

Aunque el Templo no me impresionó por su belleza, sí lo hizo por la gran espiritualidad que emanaba de él. Continuamente, los fieles entraban y salían, llevando en sus manos flores, semillas sagradas y otras ofrendas para la Madre. En sus rostros había fervor y respeto. Numerosos monos jugaban y se perseguían en los alrededores del Templo, colgándose de las ramas de los árboles y lanzando agudos aullidos. Nada más entrar, el sacerdote, un hombre joven y espigado, amigo de mi padre desde hacía muchos años, vino a nuestro encuentro y colocó una guirnalda de hermosas flores alrededor de nuestro cuello. También nos señaló con pintura roja en el entrecejo, considerándonos con ello lo suficientemente puros como para dirigirnos a la Madre. Me fijé detenidamente en el sacerdote. Su vestimenta estaba sucia y

resudada y su rostro, largo y estrecho, aparecía pintado por rayas de diferentes colores. El cabello, muy abundante y tupido, caía hasta sus hombros. Una corta y descuidada barba cubría parte de su rostro. Sus ojos eran grandes y saltones y gozaban de una gran energía. Depositó en nuestras manos unos bellos pétalos de rosa para que los ofreciéramos a la Madre, y dijo con una voz lenta y clara:

—La ternura inefable de la Madre debe inundar nuestro corazón. Nosotros, parte de la Creación, somos la expresión de su más elevado amor. Es el amor de la Madre Divina el más perfecto, el más ilimitado. El devoto debe decirle: «Madre Santa, yo no busco de ti otra cosa que tu amor. Quiero que tu amor queme mis entrañas y deseo, Madre mía, que te manifiestes en toda tu brillantez a este pobre hombre que te llama desde lo más profundo de su alma.»

El sacerdote hizo una pausa, elevó la mirada hacia el techo, como queriendo ver a la Madre, y agregó:

—¿Qué somos si la Divina Madre no nos arropa con sus bendiciones y su amor?

Sonrió con nostalgia y declaró:

—La Amada Madre les está esperando. Invóquenla y ella se les revelará. Ella nunca se oculta para aquellos que ansían la unión con el Océano espiritual.

Después de nuestras ofrendas y oraciones, nos despedimos del sacerdote, quien nos obsequió con un trocito de sándalo fresco y perfumado.

—¡Que la Madre Divina les ilumine y les dé progreso y prosperidad al servicio de la Humanidad! ¡Om!

A unos metros del templo, un nutrido grupo de personas formaban un compacto círculo. Nos aproximamos y tuvimos ocasión de ver un espectáculo penoso y desagradable. Como reptiles expuestos al sol, algunos hombres completamente deformes se exhibían ante la multitud. Sus miembros estaban tan secos y renegridos que parecían estacas y sus feos rostros estaban llenos de pinturas de diferentes colores y de azafrán. No hablaban; tan sólo gesticulaban grotescamente mostrando su degradación física. Algunas personas dejaban caer algunas monedas en el suelo. Mi padre, tras observar la expresión apenada y amarga de mi rostro, dijo:

—Estos hombres viven en unas condiciones terribles.

Clavó sus ojos en mí, como para buscar una mayor aproximación entre ambos, y añadió:

—Hoy, hijo mío, estás viendo cosas que causan dolor. No permitas que este dolor actúe sobre ti negativamente e impida tu evolución. Bien al contrario, haz que te ayude a comprender que el verdadero goce únicamente se puede encontrar en el mundo interior y en el Yo, que no están sujetos a muerte y destrucción.

Inmersos en la gran riada humana que a esas horas de la mañana inundaba las calles de la ciudad, yo me rezagué unos pasos para que mi padre no pudiese descubrir el gran esfuerzo que me veía obligado a realizar para que las lágrimas, a mi pesar, no se agolpasen en mis ojos.

Capítulo 6

Desde muy niño comprendí que lo que está destinado a ser será por mucho que el hombre se esfuerce en impedirlo. Pero también comprendí que el hombre tiene en sus manos la posibilidad de superarse y perfeccionarse y que la naturaleza, generosamente, ha puesto en todos nosotros facultades que podemos despertar y utilizar.

Cierta vez un campesino me ofreció una inolvidable lección al decir:

—La abeja, necesariamente, tiene que libar de flor en flor, pero ella es libre para elegir sus propias flores.

Con pocas y sencillas palabras, aquel hombre tosco e ignorante había dicho más que muchos eruditos a lo largo de toda su existencia.

Desde que había acudido al río sagrado por primera vez con mi padre habían transcurrido varios años. He de decir, para que pueda comprendérseme, que desde entonces yo había estado en el mundo sin estar en él, siempre ausente, distante. Desapegado, tan sólo aferrado a mis ideales de elevación, inmaduro y buscando desconcertado entre las tinieblas, escuchaba sin embargo una llamada, todavía indefinida y ambigua, en lo más profundo de mi ser. Dedicaba varias horas diarias a la meditación y a la lectura, y a pesar de que apenas había rebasado la barrera de la adolescencia, ya me interesaban especialmente los escritos de Sankaracharya y me permitía la osadía de tener mis propias opiniones al respecto. Gupta, viéndome tan aplicado en cuestiones filosóficas y religiosas, decía bromeando:

—¡Vaya santurrón que tenemos en la familia!

Y Mashi, que nunca se mordía la lengua, decía con un tono de voz burlón:

—Pero en los estudios es un verdadero diablo. ¡Bueno está el profesor con él!

Siempre había existido una gran unión entre mis hermanos y yo, por lo que sus bromas nunca podían molestarme. A pesar de los años que me separaban de Gupta, siempre había aflorado una profunda comprensión entre nosotros. Gupta, que era alto y opulento, me cogía con frecuencia entre sus fornidos brazos y, entre grandes risotadas, me zarandeaba en el aire. Desde hacía años estaba comprometido con una joven de Calcuta, a la que solamente había visto en una ocasión, pero de la que había dicho con cierta arrogancia:

—Me ha parecido una mujer buena para mí. Quizá un poco flacucha, pero eso podremos arreglarlo con algunas raciones extra de chapatis[45].

Gupta ayudaba a mi padre en los bazares. Al anochecer, y después de practicar algunos ejercicios elementales de Hatha-yoga[46], escribía largas cartas a su novia. Mientras tanto, mi padre revisaba la contabilidad, mi tía cosía a la luz del candil y Mashi se entretenía dibujando o repasando sus lecciones. Era un ambiente cálido y amable, pero cada día que pasaba yo me sentía más alejado de todo lo que me rodeaba, incluso de mi propia familia. Me encontraba indeciso y confuso, y la meditación, que es como una luz que se arroja en el interior de uno mismo, no me permitía emerger del caos en el que me hallaba. Tenía la convicción de que debía hacer algo trascendente para mí, pero no acertaba a saber el qué.

Llevaba ya varios meses acariciando la idea de abandonarlo todo y renunciar a mi habitual forma de vida. Esta idea se había ido poco a poco convirtiendo en una obsesión insuperable.

—Mi vida no está aquí —me decía con frecuencia—. Pero, ¿dónde está mi vida y qué hacer con ella?

Después de muchas vacilaciones, tomé la determinación de llevar a la práctica mi proyecto de renunciar a la vida mundana y

convertirme en un sanyasin. Sabía de antemano que no sería fácil y me entristecía hasta donde no puede decirse tener que abandonar a mi familia. Pero mi ideal de renuncia era más poderoso que todos mis lazos familiares. Había llegado un momento en el que me sentía morir de desasosiego. Tenía que emprender la aventura del espíritu, siempre dolorosa y arriesgada, pero ya inevitable para mí. A menudo meditaba sobre unas palabras de los Upanishads que dicen: «Así de difícil como es caminar por el filo de una navaja es el camino hacia la salvación.»

También invocaba a Kali, pidiéndole su apoyo, y leía los versículos del Bhagavad Gita que más me alentaban.

Sabía que el momento de la separación tenía que llegar. Unas palabras de Gupta, dichas con su mejor voluntad, me hicieron recapacitar.

—No puedes seguir así, Devendrenath —dijo—. Nos tienes a todos preocupados. Si estás con nosotros, debes prestarnos un poco más de atención. No tiene objeto que tan sólo tu cuerpo esté entre nosotros y que, sin embargo, tu mente esté siempre lejos.

Fijé mi huida para un amanecer del día primero de octubre, aquel día en el que mi madre había desencarnado. Me pareció una fecha muy apropiada para ir en busca de la respuesta a todas esas preguntas que atormentaban mi mente, entre otras precisamente las de la muerte y el dolor.

Durante todo el día anterior al de mi huida estuve reflexionando sobre lo que había de hacer y a dónde habría de ir. Acepté la idea de ir hacia el Sur, porque ardía en deseos de conocer esa zona de mi país y porque además sabía que se encontraban allí algunos maestros muy avanzados espiritualmente. Era un viaje largo, pero no dudaba de mi perseverancia y de mi suerte. Viviría de la caridad de los otros y conocería más de cerca mi pueblo, no como el hijo de un brahmín acomodado, sino como un simple mendicante sin casta. Agrietaría mis pies con los secos y abrasadores caminos de la India, en un caminar penoso y casi interminable, pero fecundo y significativo.

Consternado ante la imagen de Kali, pasé toda la noche sumido en un profundo estado de meditación. Era como si mi cuerpo hubiese dejado de existir. Ni siquiera conservaba la noción de dónde me encontraba o quién era. Tan sólo experimentaba un calor muy intenso en el entrecejo y de vez en cuando observaba una llamarada de enceguecedora luz blanca que pasaba ante mis ojos. Al escuchar el canto vibrante del gallo, salí de mi ensimismamiento. También hasta

mis oídos llegó el mugir lastimero y vespertino de las vacas y el griterío de los primeros vendedores del mercado. Me asomé a la ventana y me encontré con un día que podía presumirse claro y luminoso. Me dije que era el momento oportuno y un profundo escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Entonces me sentí desfallecer y experimenté un miedo que casi se convirtió en terror.

Gupta dormía plácidamente. Mis ojos se clavaron en su rostro y sentí un infinito agradecimiento hacia ese hermano que siempre había sabido ser un fiel amigo. Me vestí con mis ropas más gastadas y me coloqué unas viejas sandalias. En cuanto me hubiese alejado lo suficiente de Benarés me rasuraría la cabeza en señal de renuncia. También me desprendería del cordón distintivo de mi casta, porque no quería que nada físico ni mental me alejase de los otros hombres y porque tenía la seguridad de que un hombre debe morir a su anterior forma de vida si quiere de verdad conseguir otra nueva.

Descendí por las escaleras con mucha lentitud para no hacerme oír, mientras mantenía la mente muy alerta y suspendida la respiración. Una vez en la planta baja, recorrí las habitaciones que me separaban de la puerta y, tras abrir ésta y encontrarme en la calle, experimenté un júbilo indescriptible. Suspiré aliviado y cuando me había ya distanciado unos metros de casa, recordé de pronto con amargura que me había olvidado en mi cuarto el ejemplar del Bhagavad Gita, del que jamás me había separado desde que aprendí a leer y que siempre había sido mi libro preferido para la meditación. Nada más abrir el ejemplar, podía leerse una dedicatoria de mi tía que decía: «Lleva siempre contigo este libro y él te llevará a ti hasta el reino de Dios.» Vacilé preguntándome si debía o no abandonarlo. Estaba tan indeciso que no lograba reaccionar. Recordé de nuevo la hermosa dedicatoria: «Lleva contigo siempre este libro y él te llevará hasta el reino de Dios.» Pensé que todavía era temprano y que podría recuperar el libro antes de que cualquiera de mis familiares se despertara. Pero existía una gran dificultad: ¿cómo entrar en la casa? Por fortuna, las ventanas, debido a lo elevado de la temperatura, estaban entreabiertas. Con habilidad, me introduje a través de una de ellas, pero tropecé con la rueca de hilar y estuve a punto de echarlo todo a perder. Repuesto del susto, me dirigí lentamente a mi habitación, tan despacio como había abandonado la misma, con el mayor sigilo posible. Penetré en mi cuarto y en el suelo yacía el ansiado libro. Lo cogí entre mis manos con la misma emoción con que se abraza al amigo al que no se veía hace muchos años.

Cuando con la misma cautela me disponía a descender por las escaleras, sobresaltado escuché la voz de mi padre:

—¡Devendrenath!

Durante unos segundos permanecí como petrificado. Al volverme, pude ver un destello de sorpresa en sus ojos. Nunca un silencio me pareció tan prolongado. Ambos desconocíamos cómo íbamos a reaccionar y simplemente nos observábamos sin pronunciar palabra. La luz del día, todavía tímida y titubeante, iluminaba débilmente su rostro.

—¿Tan mal te va con nosotros?

Avergonzado e inseguro, aunque sin sentirme culpable, cerré los ojos y guardé silencio.

—Ni siquiera pensabas despedirte de Gupta, al que por ser tu hermano mayor debes todo tu respeto. Desde luego, Devendrenath, no debes permitir que tus ambiciones espirituales te impidan cumplir con tu karma familiar —había en el tono de su voz cierta amargura, pero ningún afán de recriminación—. Como ya sabes, en nuestra familia han abundado los renunciantes. No me opongo a que tú lo seas y yo mismo, cuando joven, fui mendicante en Hardwar, Rishikesh y Badrinath

durante algunos años. Pero ¿no crees que es demasiado pronto?

Hizo una pausa, pero ante mi silencio, agregó:

—¿No crees que te has precipitado? ¿Cómo buscas la madurez espiritual sin haber obtenido la mental? ¡Tienes tanto que aprender! Antes de elegir un camino entre los numerosos caminos, debes instruirte sobre todos ellos. Es de necios aferrarse a algo desconociendo lo restante. Si sólo conocemos un color del arco iris, no podemos saber si los restantes son más o menos bellos.

Esbozó una sonrisa llena de comprensión y prosiguió diciendo:

—Tú deseas la unión con la Mente Universal, realizar el yoga más elevado, el más inefable. Pero... ¿sabes qué vía seguir para lograrlo? Para alcanzar la unión es necesario combatir contra todo lo que hay de negativo en uno mismo; hay que aprender a sojuzgar nuestra naturaleza inferior. ¿Sabes ya cómo hacerlo? El guerrero hábil e inteligente estudia detenidamente la situación antes de enfrentarse al enemigo. Sé humilde para que se manifieste tu discernimiento. El hombre sabio es aquel que se toma el tiempo necesario para

reflexionar y que no se deja encadenar por sus impulsos.

Su voz sonaba clara y firme.

—Tu Yo, Devendrenath, como el de todo ser humano, es indestructible. Está oculto por muchas capas que habrás de atravesar si quieres encontrarlo. Ten paciencia. No corras. Así como la nieve termina por quebrar con su insistencia la rama del árbol, así tú terminarás por encontrar tu camino si perseveras y no te precipitas. Llegarán días difíciles en los que necesitarás hacer acopio de todas tus energías. Aprende a conservarlas. Voy a hacerte una proposición. Te sentarás frente a una pared y meditarás el tiempo que haga falta para aclarar tus ideas. Si decides marcharte, podrás hacerlo con mi consentimiento, porque sería yo un padre innoble si te obligase a quedarte contra tu voluntad.

Durante tres días y sus noches, sentado sobre una esterilla, vuelto hacia la pared, medité tratando de obtener el mayor grado de profundidad. Sin comer ni beber, esforzándome por controlar y canalizar mis pensamientos y emociones, a veces el cansancio me vencía y caía desplomado. Tras unos minutos de descanso, reanudaba la meditación. Excavé en lo más hondo de mí mismo, tratando de aproximarme a lo más profundo de mi ser, más allá de la transitoriedad de mis pensamientos y emociones, que son como un péndulo que nunca cesa en su movimiento. Fui consciente de mi ignorancia y de mi inmadurez. Al amanecer del cuarto día, con todo el cuerpo dolorido, físicamente extenuado pero dueño de una espléndida lucidez mental, abandoné el rincón en el que me encontraba meditando y esperé a que mi padre se levantase. Cuando estuve frente a él, le dije:

—Esperaré el tiempo que haga falta. Estudiaré tanto como sea necesario y creo que después renunciaré para siempre.

—Eso es lo más sensato —repuso mi padre complacido—. A partir de ahora, además de seguir con tus estudios académicos, un *pandit*

se hará cargo de tu preparación interior en todos los sentidos.

—Gracias —dije agradecido—. Gracias.

Y dicho esto mis piernas flaquearon y mi vista se nubló, no volviendo a tener consciencia de nada hasta que dos días después escuché los gritos alborozados de Mashi, la encantadora y traviesa

Mashi, jugando en la terraza.

Capítulo 7

Con cierta solemnidad, mi padre me presentó al pandit que se encargaría de mi preparación interior e intelectual. Era un hombre joven, de recortados cabellos y pronunciada nariz. Sus ojos, pequeños y hundidos, parecían mirar siempre desde una considerable lejanía. Su barbilla estaba dividida en dos y unas marcadas arrugas recorrían su frente. Hablaba casi en un susurro, pero sin vacilación alguna, con una gran confianza en sus palabras.

Excepto durante la época del monzón, dábamos las clases en la terraza, debajo de un amplio parasol. Sus lecciones se prolongaron durante cerca de tres años y me permitieron adquirir una sólida preparación intelectual y moral. Mi maestro decía con frecuencia:

—Devendrenath, un hombre, a diferencia de los animales, tiene la posibilidad de perfeccionarse. Para que este perfeccionamiento sea completo debe alcanzar al cuerpo, la mente, las emociones y la conducta. Perfeccionarse es acercarse a la Mente Universal y en tanto no hayamos perfeccionado todo nuestro ser Ella no podrá abrirnos sus brazos.

Mi profesor me mostró toda la riqueza y profundidad de nuestras religiones y filosofías.

—La Verdad es única —decía—, pero hay diversos caminos que conducen a ella. Naturalmente unos son más cortos que otros. Debes buscar para ti el más corto y el más seguro, también aquel que más se avenga con tu naturaleza.

Día tras día me fue descubriendo la sabiduría milenaria de nuestro país. Me habló así durante muchas horas de nuestras vías de autorrealización y sus técnicas, de las diferentes concepciones filosóficas del mundo según unas u otras escuelas, de esos dos extraordinarios sistemas que son el Yoga[49] y el Vedanta[50].

—Pero lo más importante, Devendrenath —insistía—, es el

perfeccionamiento personal, se tengan unas u otras creencias. Observa siempre Yama y Niyama, es decir, los preceptos morales básicos: no dañar a ningún ser por insignificante que sea, no mentir, no robar, ser puro en acciones y pensamientos, no codiciar, ser limpio externa e internamente, perseguir un ideal elevado, cultivar la alegría, vivir a través de la Verdad y mantener el pensamiento en la Divinidad.

Fue él quien por primera vez me habló extensamente sobre ese gran poder que descansa en todo ser humano.

—La fuerza del Universo está en todos nosotros —dijo—. Permanece adormecida, pero mediante el esfuerzo personal podemos despertarla y potenciarla. Cuando un hombre activa al máximo este gran poder que está en él, entonces dicho hombre se convierte en el Universo mismo y se le conoce con el nombre *Jivanmukta*

51

. Desde ese momento ya nada puede esclavizarle, nada puede robarle su beatífica libertad interior.

Al hablar de la libertad interior, sus ojos se llenaban de brillo y aparecía en su mirada un reflejo de apasionado fervor.

—Todo hombre puede conquistar su mente superior. Esa mente superior no tiene límites ni condicionamientos. Es capaz de reflejar a Dios como un apacible lago refleja a la luna.

Cada día, después de finalizar la clase, yo me quedaba en la terraza durante un tiempo, estudiando y reflexionando sobre las enseñanzas de mi profesor.

Nuestra terraza estaba frente a otra más amplia que había al otro lado de la calle. Desde hacía unos meses tenía ocasión de contemplar en aquella terraza a Sita, de la que yo nada sabía entonces, ni siquiera su nombre. Me limitaba a observarla con detenimiento y aunque por la distancia no podía precisar bien los rasgos de su rostro, éste me parecía bonito y atractivo. Fijaba mi mirada en ella y veía su sari de colores vivos y llamativos y sus brillantes y negros cabellos contrastando con el blanco encalado de las paredes. A veces, Sita entonaba una hermosa canción en honor de Krishna, uno de nuestros dioses más amados, el niño-pastor bondadoso y delicado.

Sin que apenas pudiera darme cuenta de ello, mi interés por Sita iba en aumento, hasta tal punto que comencé a estar obsesionado por la idea de poder conocerla y hablar con ella. Pero los meses

transcurrían sin que ningún acercamiento fuera posible. Ella, consciente de mis continuas miradas, también me observaba con frecuencia, y desde la distancia parecíamos decirnos muchas cosas inaudibles pero no por ello menos sentidas. Pude descubrir así en mí mismo un impulso hasta entonces desconocido y que amenazaba con hacerse tan fuerte como mis ansias de autorrealización.

Fue una espera larga pero con un final afortunado. Pero, ¿de verdad afortunado?

El profesor me había dicho que cuando uno piensa muy insistentemente en algo, la fuerza del pensamiento puede hacernos lograr lo que deseamos.

—Todo está a nuestro alcance —decía—. Cuando tenemos el corazón puro y sabemos concentrar nuestra mente, las cosas que necesitamos vienen a nosotros.

Las coincidencias, ¿son tales coincidencias? Siempre me he preguntado si vamos nosotros hacia las cosas o si simplemente las cosas vienen hacia nosotros en un momento determinado.

El señor Rao, un antiguo cliente de mi padre, celebraba una pequeña fiesta con motivo del nacimiento de su último nieto. Fuimos invitados toda la familia, pues habría una sala exclusivamente dedicada a los niños. Mi padre nos hizo vestirnos con nuestras mejores prendas y nos perfumó con sándalo. Después de efectuar nuestros ritos de la tarde, salimos todos en dirección a la casa del señor Rao que, hombre muy rico, tenía una de las mejores de la ciudad, atendida por numerosos criados.

El señor Rao era un hombre extremadamente grueso, lo que unido a su pequeña estatura le confería un aspecto cómico y casi grotesco. Sus modales, no obstante, eran exquisitos y sus ojos, muy negros, tenían una belleza especial. Siempre estaba sonriendo, lo que hacía aún más visible su ostentosa papada. Salió a recibirnos inmaculadamente vestido de blanco y, tras haber juntado sus manos a la altura del pecho, se acercó a mi padre y dijo:

—¡Otro nieto, querido amigo! Parvati

escucha siempre mis ruegos. ¡Quiero muchos nietos, tantos como cabellos blancos tengo en la cabeza!

Soltó una sonora y prolongada carcajada y agregó:

—Teniendo muchos nietos, amigo mío, alguno de ellos tendrá el corazón blando y me acompañará en mi vejez, ¿no crees? ¡Vamos, vamos para adentro!

En una gran sala un grupo de músicos tocaban la tabla

y el sitar, y unas bellas bailarinas, lujosamente vestidas y adornadas, bailaban poniendo especial atención en el movimiento de sus manos y su cuello.

—Somos un país verdaderamente importante —declaró el señor Rao con entusiasmo—. ¿Hay quien pueda igualar nuestra música o nuestra danza? Hay dos cosas que las llevamos en la sangre: la espiritualidad y el arte. Eso nadie nos lo podrá robar nunca, ni siquiera esos malditos británicos, porque lo llevamos en la raza. Sí, antes de los arios, ya éramos artistas. ¡Oh, amigo Jotindra, cuántas gracias doy a Parvati por haberme hecho reencarnar en este lugar del mundo!

En la casa había muchas personas de las más variadas edades. Sobre largas mesas descansaban amplias fuentes de comida y algunos recipientes con agua para lavarse las manos.

Transcurridos unos minutos, se presentó la mujer del señor Rao y nos saludó tímida y afectuosamente. Era una mujer de estatura más pequeña aún que la de su marido, pero a diferencia de éste, muy menuda y frágil. Dijo con su mejor sonrisa:

—Bendiciones divinas para todos. Dios nos ha hecho el gran favor de darnos otro nieto.

Continuó sonriendo con una dulzura indescriptible, enrojeció y agregó:

—¡Tenemos tantas cosas que agradecerle a Dios!

El señor Rao intervino para preguntar:

—¿Cuándo se casan tus muchachos, Jotindra?

—Gupta no tardará en hacerlo —contestó mi padre—. También yo quiero tener nietos.

El señor Rao estalló en una violenta carcajada que movió estrepitosamente su abultado estómago.

—¡Oh, viejo Jotindra! Me tienes envidia, ¿eh?

Al penetrar en la habitación destinada a los jóvenes, recibí una sorpresa que casi me hizo perder el sentido. Ante mí, con la más acentuada expresión de ternura en la mirada y una leve y angelical sonrisa en los labios, estaba Sita, mi anhelada vecina, aquella a la que durante meses yo había observado con tanta minuciosidad. Un hombre alto y de mediana edad se encontraba a su lado.

—Tú debes ser Devendrenath —dijo el hombre mirándome con ojos escrutadores—. Me ha hablado mucho tu padre de ti. Ya sé que eres un buen muchacho. Esta es mi hija Sita. Sois vecinos, ¿sabes?

Me fue imposible reaccionar. La sorpresa me había dejado paralizado. Sita tenía sus ojos clavados en mí, como esperando que alguna palabra brotase de mis labios.

—Tu padre y yo nos conocemos hace mucho —añadió el hombre —. Pasamos juntos muy malos ratos, pero luego todo pudo arreglarse.

Me sentía ruborizado hasta las orejas. El hombre se marchó y varios muchachos se unieron a nosotros. Después nos llevaron a todos al jardín y permanecimos allí hasta el crepúsculo. Mi timidez me llevó a escabullirme entre el grupo, observando a Sita con disimulo y sin haber intercambiado palabra con ella. Cuando apareció el padre para llevársela, me sentí desolado al pensar que quizá, debido a mi estupidez, no tendría ocasión de hablar ya nunca con ella.

—Tu padre nos ha invitado a tomar el té un día con vosotros — dijo el hombre afectuosamente—. Despídete de Devendrenath, Sita.

Ella hizo una especie de pequeña y cómica reverencia, juntó sus manos a la altura del pecho y se alejó en compañía de su progenitor.

Era ya de noche cuando llegamos a casa. Mi padre se dirigió a nosotros y nos dijo:

—De vez en cuando es aconsejable acudir a una fiesta, pues eso nos permite estar en contacto con los demás y ver a personas que no veíamos hace tiempo. Pero dejarse arrastrar por el ánimo de las fiestas es malo para el corazón y para la mente. Esta noche he echado mucho de menos a vuestra madre. Quiero que la recordéis siempre en vuestras plegarias.

Cuando mis hermanos se retiraron a dormir, yo todavía permanecí unos minutos con él. Después de mucho vacilar, me decidí a preguntar por Sita:

—¡Ah, Sita! —exclamó—. Conozco a su padre desde mucho antes de que ella naciera. Tuvimos un pequeño bazar a medias y las cosas nos fueron muy mal. Un gran hombre, con el corazón limpio. Sita está comprometida con un joven de Ahmadabad desde que su madre, que ya murió, la llevaba en el vientre. Contraerá nupcias dentro de unos meses.

Esas palabras fueron para mí como un terrible latigazo. Palidecí hasta tal grado que mi padre dijo:

—¿Te encuentras mal? Demasiadas especias en la comida para tu estómago. Prepárate un poco de agua caliente con limón, te sentará bien.

Durante varias noches la imagen de Sita se presentó en mi mente en compañía de un joven desconocido. Me sentía furioso y postergado. Le pedí a mi profesor que diéramos las clases en el interior de la casa y evité siempre que pude salir a la terraza. Cuando Sita vino en compañía de su padre a tomar el té a nuestra casa, me encerré en la habitación fingiéndome enfermo. Lloré con amargura y, abrazado a la imagen de Kali, pasé toda aquella noche sintiendo que hay un amor casi tan intenso como el amor a la Divinidad y lamentando no ser yo el joven de Ahmadabad.

Capítulo 8

Estábamos Mashi y yo estudiando cuando alrededor del mediodía se presentó en casa nuestro tío, hermano mayor de mi padre y sacerdote del Templo de Oro.

—Dios perdone vuestros pecados y os aproxime a Él —fueron sus primeras palabras.

Nos pusimos de pie y le saludamos sin mostrar ningún entusiasmo, ya que era un hombre que no inspiraba ninguna simpatía. Excesivamente inflexible, seco en sus palabras y gestos, nada había en él que pudiera resultar agradable para los jóvenes. Era alto y fornido, mofletudo y de carnosos labios, una mirada despectiva y un aspecto sensual.

—¡Om! —dijo en una especie de prolongado aullido.

Y al comprobar que Mashi y yo no respondíamos, repitió casi en un grito:

Indecisos y temerosos, Mashi y yo repusimos con un *Om* vacilante y apagado.

—Eso está mejor —rezongó—. Que sea la última vez que no me seguís al decir el nombre de Dios.

Nuestro tío era demasiado dado a los ritos y las ceremonias y estar en su compañía era vivir en una continua actividad religiosa. Continuamente celebraba sacrificios a los dioses, a los devas

, a los héroes, a los difuntos, a los desencarnados, a los animales sagrados. Había que leer varias veces al día los Vedas e incluso aprenderse párrafos enteros de memoria.

—Los ritos purifican —decía—. Y a vosotros, pilluelos, buena falta os hacen.

No podíamos contener la risa cuando se dirigía en esta forma a nosotros, y entonces él, exaltado y fuera de sí, blandía sus obesos brazos en el aire y mascullaba palabras ininteligibles.

—¿Dónde está vuestro padre? —preguntó.

—No tardará en llegar —contestó Mashi, que se intimidaba menos que yo ante la presencia de nuestro tío. Y agregó con reticencia —: Pero nuestro padre no acostumbra a decirnos todo lo que hace.

—¿Y vuestra tía?

—Está preparando la comida con Jyoti.

—Eso está bien —recalcó—. Menos ocio y más trabajo. Nuestras mujeres están cada día más holgazanas. Se están perdiendo todas nuestras buenas costumbres, ¡absolutamente todas!

Como mi padre nos decía refiriéndose a mi tío, era de esas personas que no había evolucionado nada con el transcurso del tiempo. Gupta decía a menudo bromeando y en tono burlón.

—Excepto para él, es un verdugo para todo el mundo.

Sacerdote desde hacía muchos años, fanáticamente aferrado a su

casta, fiel seguidor de la más estricta ortodoxia y del sacrificio exterior, nuestro tío era un hombre obsesionado por la forma y por el empalagoso ritual. Era de esos hombres que siempre se creen con derecho a ser severos con los demás; censor implacable de los otros, pero indulgente con sus propias deficiencias y debilidades. Jyoti decía que le recordaba a las devadasi, esas esclavas de la Divinidad que por estar simbólicamente casadas con Dios tienen libertad para permitirse una conducta que no sería nada apropiada en las otras mujeres.

Nada más llegar mi padre, nuestro tío le dijo:

—Tienes que imponer una mayor disciplina, Jotindra. Estos muchachos tuyos son muy irrespetuosos e inconscientes.

Mi padre no pareció prestarle la menor atención. Le saludó sonriente y dijo:

—¡Vaya, vaya, hermano, por fin te vemos!

El sacerdote se sintió satisfecho por el afecto que le demostraba su hermano.

—Muchas ocupaciones, ya sabes —repuso, y tras alisarse el cabello, agregó—: ¿Y Gupta?

—No tardará en venir.

Cuando llegó Gupta efectuamos interminables ritos y después todos nos sentamos a la mesa, excepto la tía, pues cuando nuestro tío estaba en casa ella trataba de pasar lo más inadvertida posible, ya que su condición de viuda la hacía poco menos que detestable a sus ojos.

—La mujer —decía nuestro tío con acrimonia en sus palabras— es un sucio nido de lujuria. ¡Cuántos se han extraviado en su camino por culpa de la mujer!

—La mujer —replicaba mi padre— es la que perpetúa nuestra religión, hermano, y eso es algo que no deberías olvidar nunca. La mujer es además el reflejo de la Gran Madre. Si la mujer pierde a un hombre es porque él y únicamente él se ha dejado perder por ella.

—¡Dios te perdone, Jotindra, Dios te perdone! La mujer lleva en sí misma la pasión y el libertinaje. Afortunado aquél que puede escapar al hechizo de la mujer, a su destructor hipnotismo.

Si por nuestro tío hubiese sido, la tía Kailas hubiera tenido que

arrojarse a la pira funeraria tras la muerte de su marido. Él ya dijo entonces:

—Perversa mujer aquella que no acompaña a su marido dondequiera que éste vaya.

Mi padre, muy irritado, le increpó:

—Donde los otros mortales tenemos el corazón, tú tienes una piedra, y si no me merecieras el respeto que te debo como hermano mayor nunca más volvería a dirigirte la palabra.

—Bueno —dijo mi tío resignándose—, espero al menos que esta mujer permanezca siempre encerrada en casa, no asista a ceremonia alguna, no visite el templo, haga penitencia a lo largo de toda su vida y se rasure el cabello.

Ahora, después de muchos años de aquello, nuestro tío volvía a señalar los deberes de la mujer viuda:

—Nunca una mujer viuda debe abandonar la casa. ¿Sabes algo muy triste, Jotindra? Unos revolucionarios de Calcuta están pidiendo libertad para la mujer viuda e incluso dicen que lo más conveniente es que pueda volver a contraer nupcias. ¿Dónde van a ir a parar nuestras buenas costumbres?

—No me parece mala idea —repuso mi padre ante la sorpresa e indignación del sacerdote—. ¿Por qué debe ser tan cruel la situación de la mujer viuda? Si tuviera que llevar la vida que vosotros queréis imponerle, tanto mejor sería que se arrojase para siempre a la pira funeraria.

Jyoti sirvió la comida. Antes de comenzar a degustarla, nuestro tío arrojó algunas partículas de comida al fuego en honor a los dioses[55]. Jyoti había preparado un dhal[56] extraordinario y un excelente arroz con verduras y curry. De postre tomamos *chana*[57] y algunas confituras. Nuestro tío comía con verdadera

voluptuosidad, y por la expresión de placer que se reflejaba en su rostro parecía encontrarse en el mismo paraíso.

Después de comer, subimos todos a la terraza, donde Jyoti nos sirvió el té.

—Había venido a hablar sobre tus hijos —dijo nuestro tío dirigiéndose a nuestro padre—. Dormiré esta noche aquí y así dispondremos de todo el tiempo que haga falta. No es que yo quiera inmiscuirme en tus asuntos, pero como hermano mayor creo que tengo algún derecho a saber algo sobre vuestros proyectos. ¿Cuándo se casa Gupta?

—Dentro de unos meses.

—Espero que la ceremonia se celebrará en mi templo.

—Lo siento —intervino Gupta—. La boda se celebrará en Calcuta.

—¡Vaya! —exclamó irritado—. ¡Sólo eso me faltaba por oír! ¿Por qué en Calcuta?

—Gupta vivirá allí —especificó mi padre—. Y por tanto no hay inconveniente alguno para que la boda se celebre allí.

—Pero es que…

—Sí, ya sé que la boda debe llevarse a cabo preferiblemente en la localidad del novio, pero en este caso, hermano, haremos una excepción. Al fin y al cabo, será también lo más cómodo para Gupta.

Nuestro tío refunfuñó moviendo pesarosamente la cabeza y dijo:

—¿No pensaréis que podré ir a Calcuta? Hay varios festivales y…

—Yo acompañaré a Gupta —le interrumpió mi padre.

Reinó un corto silencio, que fue roto de nuevo por su voz:

—El mes que viene iré a visitar a mi gurú, Acharya de Bhubaneswar, que tiene una ermita en la jungla, no lejos de Puri. Quiero que Devendrenath me acompañe en esta ocasión. Podrá ver también Bhubaneswar, recibirá las bendiciones de mi *Gurudeva*

y aprenderá mucho peregrinando por nuestro país. También

haremos una visita a la Madre Saradananda, una mujer muy santa.

Nuestro tío frunció el ceño y no pudo evitar una mueca de desprecio contrayéndose en sus labios.

—¡Gurús, gurús! Pérdida de tiempo. ¿Qué puede ofreceros un gurú que no pueda ofrecéroslo uno de nosotros?

Los sacerdotes y todos aquellos que han hecho promesa de sanyasia —sadhus, swamis, gurús, anacoretas— no siempre se llevan bien. Los sacerdotes siguen el camino de las normas y los ritos, perdiéndose con frecuencia en la forma y el ceremonial. Los *sannyasin*

59

, vivan como ermitaños o en comunidad, siguen un camino más directo. Se apartan en cierto modo del sacrificio externo o evitan dejarse encadenar por él, para realizar el sacrificio interno; abandonan la religión en sus aspectos más burdos para cultivar el más elevado misticismo; buscan a la Divinidad en el mundo interno y no en el de las imágenes; prefieren la meditación a la oración hecha.

—Por fortuna yo tengo mis propias ideas al respecto —dijo mi padre en tono tajante—, y me gustaría que las respetases de la misma forma que yo respeto las tuyas.

Tras un momento de embarazoso silencio, nuestro tío dijo:

—Y respecto a Mashi, ¿qué me dices? No querrás que sea una solterona. Siempre me ha parecido una insensatez tu manía de no querer comprometerla con nadie.

—Mashi viajará a Occidente y estudiará allí —declaró mi padre —. Siempre y cuando a ella le parezca bien.

Escuchadas estas palabras, Mashi se abalanzó sobre mi padre y, desbordada por el júbilo, comenzó a besarle por toda la cara. Nuestro tío, en el colmo de la indignación, zarandeando los brazos como una marioneta, protestó:

—¡A lo que estamos llegando! ¡Debéis saber que no tenéis mi consentimiento!

Gupta, muy sereno pero lo más cáustico posible, dijo:

—Me temo, tío, que en esta ocasión nos importa muy poco tu consentimiento.

—Quiero que Mashi pueda llevar su propia vida. No quiero que sea una ignorante mujer como tantas otras.

Mi padre hablaba con mucha lentitud, queriendo que nuestro tío comprendiese sus puntos de vista.

—Mujeres ignorantes —agregó—, soportando sobre sí mismas el peso de unas costumbres que pueden terminar por asfixiar lo mejor que hay en ellas. Quiero que Mashi aprenda lo mejor que Occidente pueda darle y que lo traiga para enriquecer nuestro pueblo. Sí, ya sé de los peligros que allí correrá. No se me oculta que Occidente está materializado, espiritualmente arruinado por la rutina materialista, lleno de violencia e incomprensión. No soy tan ignorante como para no saber que la política, la moral y hasta la religión se han convertido en Occidente en una tapadera de cobras y que todo se está envileciendo. Espiritualmente nada podrán seguramente enseñarle, pero ella, especialmente dotada para la ciencia, podrá aprender allí muchas cosas que serán útiles para nosotros. Siempre he pensado que debo respetar a mis hijos si quiero que ellos me respeten. No sé si hago bien o mal, pero hago aquello que me dicta mi discernimiento.

A fin de aplacar los ánimos de nuestro tío, por la tarde hicimos una corta excursión en tonga por los alrededores de Benarés y visitamos un hermoso santuario.

Meditando sobre el destino que nos esperaba a cada uno de nosotros, difícilmente pude aquella noche conciliar el sueño. Mashi a Occidente, Gupta a Calcuta y yo… ¿quién podría saber lo que a mí me deparaba el destino? Combatía ya el día contra la noche cuando ascendimos toda la familia a la terraza a efectuar el Samdhya, un significativo rito que nuestro tío observaba con escrupulosa minuciosidad. Después de una plegaria al Absoluto, entonó un himno y todos nos rociamos con agua, sin dejar de lavar detenidamente nuestra boca. La voz del sacerdote rasgó el silencio vespertino y, potente, se elevó en el aire, buscando a Dios en la distancia.

«Que Dios nos permita alcanzar su excelsa luz para poder mantener viva toda nuestra gloriosa devoción.»

Como una mancha primero tenue y apocada, y luego más y más resplandeciente, el sol apareció en el firmamento y todos nosotros le rendimos sumisión y adoración, juntando nuestras manos a la altura del rostro, saludamos al dador de vida y le ofrendamos sésamo, aceite, mirra y otros elementos de profunda significación mística. Recitamos los mantras y nos sumergimos en una prolongada meditación, a fin de

hacernos uno con el Cosmos y de permitirle fluir a través de nuestras arterias. Gupta me mostró un ejercicio respiratorio consistente en tomar el aire por una y otra fosa nasal y su práctica me sumió en un beatífico estado de quietud que sólo se vio perturbado cuando, tras la ceremonia, mi padre dijo:

—Ahora tendremos un buen desayuno en honor de vuestro tío.

Aquellas palabras reconfortaron a éste, y con hipócrita humildad dijo entre dientes:

—Ya sabes, hermano, que me rijo por una severa austeridad. Pero no puedo despreciaros lo que me ofrezcáis con amor. Hoy haré una excepción.

Después del pantagruélico desayuno ingerido por nuestro tío, practicamos algunos otros ritos y, finalmente, le acompañamos hasta la puerta de salida.

—Que las bendiciones de Dios se esparzan sobre todos vosotros, incluso sobre el irreverente Gupta —dijo al despedirse—. Inmortales espíritus, no olvidéis nunca que cuando Dios castiga lo hace de forma implacable.

Nos sentimos aliviados cuando por fin abandonó la casa.

—Es un buen hombre —dijo mi padre con su habitual tolerancia y afabilidad—. Un hombre muy equivocado, pero un buen hombre. Es mi hermano y le quiero con toda mi alma, pero si tuviera que elegir entre recibir las enseñanzas de él o las de un pollino, debo decir con pesar que elegiría las del pollino.

Todos reímos de buena gana. Después añadió:

—¡Vamos! Ahora cada uno a cumplir su deber.

Y uno tras otro fuimos saliendo de la casa, con la mente fresca y el cuerpo descansado, cada uno, seguramente, pensando en sus ocupaciones cotidianas, excepto yo, pensando tan sólo en el día en que por fin podría conocer a un santo de carne y hueso y recibir su venturosa bendición.

Capítulo 9

—Por favor, Devendrenath, cuéntame otra vez la vida de Krishna.

—Por todos los Devas, Santimoy, te la he contado ya varias docenas de veces.

—Es que se me olvidan algunas cosas y es una historia muy bella.

No recuerdo nadie con una memoria tan deficiente como la de mi amigo Santimoy, al que le narraba habitualmente las vidas de los grandes iniciados que me contaba mi tía. Santimoy era el único compañero con el que yo había intimado. Era un excelente muchacho, y debido a una deformación en la parte alta de la columna vertebral, todos los otros compañeros se burlaban de él. Cuando tenía unos meses de vida, la madre, que lo llevaba en brazos, resbaló y cayó al suelo. La columna de Santimoy quedó gravemente lesionada por el golpe y el niño estuvo a punto de perecer.

Su madre, sintiéndose culpable, hizo penitencia durante varias semanas para purgar su culpa. Permaneció de pie de día y de noche durante más de una semana, en una total inmovilidad. Una de sus pronunciadas varices se rompió y hubo de serle amputada una pierna. Santimoy me contaba que su madre, tras perder la pierna, decía:

—Gracias, buen Dios. Te has llevado mi pierna y mi pecado.

Aunque el cuerpo de Santimoy era feo y encorvado, su rostro era bien parecido y gozaba de una expresión encantadora. Su mirada era afable y su risa inspiraba alegría. Incluso cuando los otros muchachos golpeaban su deformidad o le insultaban, Santimoy, siempre bienintencionado, se mostraba clemente e incluso fraternal.

—Al menos ya sirvo para algo si los demás se ríen a mi costa —decía sin autocompadecerse—. Anda, cuéntame otra vez la historia de Krishna.

La tarde del día anterior a mi partida, vino a casa a merendar y la tía le preparó unas confituras deliciosas. Después de ingerir apresuradamente los dulces, Santimoy se dirigió a ella y dijo:

—¿Querría usted contarme la historia de Krishna?

Nada mejor podría haber hecho para agradar a mi tía, que sin hacerse esperar comenzó a relatar, con mayor minuciosidad que nunca, la historia del hijo de la Virgen Devaki, el octavo avatar de Vishnú, vaquero divino que se fundía en un prolongado y amoroso abrazo a su esposa Radha y que gustaba de tocar la flauta.

En tanto mi tía con sus palabras transportaba a Santimoy a otros

mundos más velados y sugerentes, yo subí a mi cuarto y preparé la ropa que debía llevarme. Después efectué mis abluciones previas a la cena y volví junto a ellos.

El rostro de Santimoy estaba transfigurado y sus ojos refulgían con viveza. Una serena y pulcra sonrisa estaba suspendida en sus labios. Parecía haberse elevado a un mundo en donde todo fuera felicidad. Mi tía hablaba sin pausa, entusiasmada ante tan solícito oyente, dando rienda suelta a su imaginación y entremezclando los más fantasiosos relatos pertenecientes al panteón hindú.

Mi presencia les hizo volver a la realidad.

—Tengo que irme ya —dijo apenado Santimoy, y dirigiéndose a mí, agregó—: Devendrenath, ¿querrás llevarle mi ofrenda a Acharya de Bhubaneswar?

—Claro que sí —repuse—. Créeme, le hablaré de ti.

—Pregúntale si también yo podré peregrinar en busca de un gurú, como tú quieres hacer, si también yo podré convertirme en un sanyasín.

Santimoy había hecho él mismo unas atractivas flores de cartón coloreado para Acharya de Bhubaneswar. Había tenido que invertir en su regalo una asignación mensual, pero hubiera dado incluso su vida por enviar ese presente al santo de carne y hueso.

—¿Crees que hará algún milagro para que tú lo veas? —preguntó inocentemente, abriendo mucho los ojos.

—No es eso lo que uno debe esperar de un gurú —dije en tono recriminatorio.

Santimoy bajó la mirada avergonzado, saludó después a mi tía y abandonó la casa.

—Un buen chico —dijo mi tía—. Lástima no haber tenido más tiempo para hablar con él.

Al regreso de su trabajo, mi padre me entregó una semilla sagrada doble.

—Esta semilla no es corriente y quiero que sea para ti —dijo—. Representa los dos aspectos del universo: el negativo y el positivo; esas dos poderosas fuerzas que se complementan y hacen posible la

evolución universal. Pero esas fuerzas se destruirían recíprocamente si no hubiera una tercera, neutra y conciliadora, una fuerza que está más allá de ellas y que es la luz sin sombras. Quiero que prestes mucha atención, Devendrenath. La fuerza positiva y la negativa son como esa semilla doble; es decir, son visibles. Pero la tercera fuerza, la más poderosa y elevada, esa pertenece al reino de lo invisible y es la que debe buscar el hombre que quiera escapar a la ilusión y a las apariencias. Esas tres fuerzas universales están representadas en nuestros dioses Brahma, Vishnú y Shiva

; es decir, el principal creador, el conservador y el destructor. Cuando un hombre consigue ir más allá de las fuerzas contrarias y establecerse en la fuerza conciliadora, entonces sobreviene la percepción de los mundos superiores y se adquiere la fuente del conocimiento.

Antes de amanecer la tía nos preparó un sólido desayuno. Al despedirnos, se abrazó a mí y me mantuvo unos segundos entre sus brazos. No dijo nada, pero no hacía falta, porque no cabe duda de que en momentos como esos es preferible hablar de corazón a corazón.

Partimos con los primeros cantos del gallo, felices bajo el amplio cielo de la India, como hombres pobres y sin casta, con nuestro fardo de ropa al hombro, el dinero imprescindible, una escudilla y mi padre un cayado en la mano izquierda. Partimos en dirección al Sur, caminando sobre el reseco polvo, como amigos que éramos más allá de la diferencia de edades o de los lazos familiares. Era aquella la primera peregrinación de mis innumerables peregrinaciones; mi primera toma de contacto con ese país recorrido por tantos y tantos peregrinos. Iban a saber mis pies de la tierra caliente de la vieja India. Día tras día, antes de que el sol hiciese su aparición, un pie seguía al otro en continua persecución. Y cuando fatigado me retrasaba, mi padre me exhortaba diciendo:

—¡Vamos Devendrenath! No hagamos esperar a Acharya de Bhubaneswar. Eso no estaría bien, ¿verdad?

—¿Sabrá él que vamos a verle?

—Para quien no hay barreras entre su Yo y el infinito, no hay nada desconocido. ¡Vamos, Devendrenath, mueve esos pies, no les des reposo!

Dejábamos los campos a nuestra espalda, aquellos campos donde

los campesinos, trabajando de sol a sol, luchando para robarle su propia vida a la tierra, se dejaban la carne a jirones bajo un sol abrasador e inexorable. Veíamos a los búfalos, sedientos y agotados; a los buitres en manada, altivos y despreocupados. Veíamos a los niños, sin apenas consciencia de sí mismos, desnudos y renegridos. Veíamos las casas de barro, los viejos poniendo al sol las guindillas y los perros husmeando entre los excrementos de las vacas.

—¡Vamos, Devendrenath! ¡No mires a los lados, no te distraigas, camina, camina!

Después de varias semanas de marcha, nos detuvimos en un templo semiderruido, en el que acampaban múltiples peregrinos de las más diversas edades. Permanecimos allí durante tres días y tuvimos ocasión de conocer y hablar con diversos devotos. Nos alimentábamos principalmente de verduras, *chutneys*

61

y tortas. Estuvimos hablando con ascetas y penitentes, pero quien principalmente cautivó toda nuestra atención fue un lama cuyo digno aspecto le hacía sobresalir entre todos los demás. Pertenecía a la secta de los bonetes amarillos

62

y casi durante todo el día permaneció bajo un gran árbol con los ojos perdidos en el horizonte, mientras se reflejaba en su rostro una envidiable placidez.

Al segundo día de estar en aquel lugar, el lama nos invitó muy gentilmente a que nos sentásemos con él y nos hizo algunas preguntas sobre nuestro viaje. Después, muy amablemente, explicó el objeto del suyo.

—Estoy haciendo una gran peregrinación por vuestro país, originario del Budismo y en el que tantos lugares budistas de peregrinación hay. Fue una promesa que hice hace más de diez años a Avalokitescara

63

y que por fin ahora he podido empezar a cumplir.

Sonrió satisfecho, guardó el rosario entre los pliegues de su túnica, cambió de postura y explicó:

—Soy abad de un modesto monasterio cerca de la frontera. Me conocen por el lama que se levita, porque en cierta ocasión unos devotos aseguraron verme en el aire y estas noticias ya sabéis cómo se extienden entre la gente crédula. ¿Conocéis mi país?

—No —repuso mi padre—. No, desgraciadamente. Nuestros pueblos tienen muchos vínculos.

El lama asintió con la cabeza y mi padre agregó:

—¿Cuándo volveréis a vuestro monasterio?

Tras encogerse de hombros, dijo:

—Nadie podría decirlo. Un año o tal vez más. Cuando me despedí de mis hermanos les dije: «Está en mi intención volver con vosotros, porque sois vosotros lo más preciado que tengo en este mundo. Pero no sé si mis deseos serán satisfechos. Como quiera que sea, seguid fieles a la disciplina de nuestra orden y perseguid la Asidad en todo momento.» Fue una despedida dolorosa. En realidad somos como una familia.

—¿Cuántos lamas hay en el monasterio? —pregunté.

—Sólo somos seis lamas y algunos novicios. Vivimos muy aislados y durante meses no tenemos otros contactos que no sea nosotros mismos. Si alguna vez vais al Tíbet, no dejéis de visitarme. Nuestras formas más puras del misticismo pueden ser de una gran utilidad para el buscador de la Verdad Única. En nuestro monasterio tratamos de cultivar el verdadero misticismo, pero entendido de una forma muy personal. Nada hay tan peligroso como las generalizaciones.

Nos observó detenidamente y como si estuviera satisfecho de lo que había visto en nosotros, dijo:

—Les enseño a mis discípulos a cultivar todo lo que hay de bueno en ellos. A veces soy extremadamente exigente, pero es necesario. A veces, no queda más remedio, les recomiendo un difícil aislamiento de años o les entrego algunos ejercicios que deben repetir durante dieciocho horas diarias. La búsqueda de la Verdad es larga y difícil.

—Vuestros procedimientos —intervino mi padre— tienen fama de muy eficaces, pero también de muy arduos.

—Lo son —repuso categórico el lama—. ¡Hay tantas cosas que cambiar en uno mismo! Lo primero que enseñamos al aspirante es la

observación implicable de sus propios pensamientos. Debe estar durante muchas horas consigo mismo y observar todo aquello que va pasando por su mente, tal como si se sentase a la orilla de un río y observase detenidamente el discurrir de sus aguas. Observar durante meses, sin desfallecer, manteniéndose muy alerta y vigilante. Sólo así un hombre puede llegar a dominar su mente, a conocerla, a poder dirigirla. A los novicios les enseñamos incluso a dominar su mente mientras duermen, porque de otra forma puede crear pensamientos negativos que indudablemente repercutirán sobre todo su ser. Nuestros grandes iniciados fueron expertos en el control de la mente, pues nada es más importante cuando se comienza a caminar hacia la Verdad Única.

Durante los tres días que permanecimos descansando, tuvimos ocasión de hablar largamente con aquel extraordinario abad. El día de nuestra partida dijo:

—Mi nombre es Tashi. No dejéis de visitar mi monasterio si alguna vez vais al Tíbet. Os deseo, de corazón, que logréis en esta vida llegar más allá del sufrimiento.

Y de nuevo caminando, durante muchas millas pensé en el País de las Nieves, donde los ermitaños conservan la sabiduría de los siglos, la eterna sabiduría que, en el más estricto secreto, se ha ido transmitiendo de unos a otros ininterrumpidamente.

Capítulo 10

Semanas después de haber abandonado el templo semirruinoso, llegamos a Bhubaneswar, la ciudad de los templos, entre los cuales ninguno tan fabuloso como el Lingarajam y el Mukteswara. Después de hacer una ofrenda al *lingan*

del Lingarajam, proseguimos nuestra marcha hacia Puri, una de las ciudades más santas de la India, y tuvimos la fortuna de coincidir con la celebración de uno de los festivales que se llevan a cabo en honor de Jagannath, uno de los aspectos de Vishnú.

—Iremos al templo —dijo mi padre— y dirigiremos nuestras plegarias a Jagannath.

Visitamos el imponente templo que es morada de la imagen de Jagannath y después asistimos a la Procesión de los Carros. Era un día caliginoso y sofocante, y la muchedumbre era tal que muy

difícilmente lograba uno caminar. Había gentes de todo el país, muchos sadhus, penitentes y no pocos curiosos. Algunos fakires

exhibían sus proezas extendiéndose sobre una cama de púas, atravesando su carne con afilados punzones o soportando impasibles el fuego sobre sus brazos o piernas. Aunque por motivos del todo diferentes, también los penitentes maceraban su cuerpo. Uno de ellos, de indescriptible y acartonado rostro, mantenía su brazo derecho en alto desde hacía cerca de veinte años. El miembro se le había atrofiado, resecándose y haciéndose fino como un alambre, habiendo adquirido el color del lodo. Sus uñas habían crecido hasta inspirar repulsión y, encorvándose, se clavaban contra la muñeca. Otro de estos hombres dominados por la superstición y el fanatismo se había sentado en medio de cuatro fuegos, soportándolos estoicamente junto a ese otro también implacable que era el sol. Sudaba a raudales y estaba tan delgado que parecía poder ser arrastrado por el viento. Se traslucían todos sus huesos y las cejas y las pestañas estaban calcinadas. Jadeaba con tal inquietud que su fin parecía estar cercano y, sin embargo, por lo que nos dijeron, llevaba así varios años y todavía le quedaban otros tantos para cumplir la penitencia.

La calle más amplia de Puri era a ambos lados como una riada humana. La aglomeración iba en aumento y el ruido amenazaba con romper los tímpanos más resistentes. Todos los espectadores esperaban con febril entusiasmo el paso de los carros. Súbitamente, apareció el majestuoso e impresionante carro que transportaba la imagen de Jagannath y que era seguido por otro inmenso. Surgió un rumor denso y sobrecogedor. Gritos, recitación de mantras, oraciones, cánticos, súplicas y una estruendosa mezcolanza de voces y gritos de los más variados matices. Como una gran ola, la compacta marea humana se mecía de un lado para otro, dado que los más impetuosos querían aproximarse a toda costa a la sagrada imagen.

Desfilaba el colosal carro de Jagannath ante nosotros cuando, con sorprendente velocidad, un hombre se abrió paso entre la muchedumbre y vociferando el nombre de la imagen se arrojó bajo las enormes ruedas del carro. Fue todo tan rápido y tan inesperado que apenas pude fijarme en el desconocido, que me pareció un hombre joven y de rizados y abundantes cabellos. Un grito de angustia y asombro surgió de la garganta de muchos de los que allí nos encontrábamos. El carro no logró detenerse hasta después de haber pasado por encima del suicida. Un hilo de sangre se suspendía en sus labios todavía murmurantes. Haciendo acopio de sus últimas energías,

seguía murmurando el nombre de la Divinidad y en su cara se plasmaba un destello de venturosa paz. Ni mi padre ni yo habíamos logrado reaccionar. Sólo después de que apartaron el cuerpo agonizante, mi padre colocó sus brazos sobre mis hombros y dijo:

—Muchos son los que confunden la espiritualidad con la superstición. Nada hay que ofenda tanto a Dios como el suicidio, aun esta clase de suicidio místico. Hay devotos demasiado fanáticos.

Mi padre señaló a un grupo de varios individuos que estaban a escasa distancia de nosotros.

—Esos hombres, por ejemplo —agregó—. Hacen de su cuerpo un despojo de carne y huesos.

Formaban el grupo varios individuos de diferentes edades. En su desnudo torso tenían clavados cientos de finísimas agujas que soportaban con serenidad.

—Creen esos infelices que castigando su cuerpo pueden aplacar su karma, y no se dan cuenta de que al actuar así crean nuevo karma y se aseguran innumerables reencarnaciones.

Abandonamos Puri dos días después y nos dirigimos directamente hacia la ermita de Acharya de Bhubaneswar.

Estaba el día declinando cuando por fin dimos con nuestro cansado cuerpo en la ermita del gurú de mi padre. Se encontraba la ermita en un claro de la exuberante jungla, junto a un cantarín riachuelo, rodeada de algunas construcciones muy modestas de madera y techo de barro. Nos recibió con su más bondadosa sonrisa Jai, un joven semidesnudo con la frente pintada de diferentes colores y una guirnalda de flores rodeando su cuello.

—Bienvenidos, Sri

66

Jotindra y Sri Devendrenath —dijo saludándonos con toda afabilidad y ante nuestra mayor sorpresa—, *Swamiji*

67

les estaba esperando hace días. Ahora está ofreciendo *darsán*

68

. Hay varios visitantes y luego responderá a las preguntas que ellos quieran formularle.

La sala en la que se encontraba Acharya era de reducidas dimensiones, estaba débilmente iluminada y olía a sándalo. Unas dos docenas de personas estaban sentadas en una postura de meditación. Al fondo, en una tarima y sobre una piel de tigre, permanecía, en absoluta inmovilidad, Acharya de Bhubaneswar, el santo de carne y hueso, aquél del que se contaban admirables milagros. Tenía los párpados semientornados y, sentado en *siddhasana*

69

, muy erguido, su respiración resultaba imperceptible. Estaba sumido en un profundo *samadhi*

70

y el silencio de la sala era impresionante. Mi padre y yo fuimos situados cerca del santo y entonces pude observarle con todo detenimiento. Su rostro era estrecho y anguloso, con los pómulos muy abultados y la nariz afilada. Una barba muy recortada y semiblanca adornaba su rostro. En su mano izquierda pude comprobar que faltaban tres dedos. Ya anteriormente mi padre me había explicado que hacía muchos años, cuando Acharya era un joven en busca de la Luz, una serpiente furzen había mordido algunos de sus dedos. A fin de escapar a una muerte segura, el muchacho se los había amputado sirviéndose de una piedra muy afilada.

Los dedos de la mano derecha del santo trazaban el mudra de la sabiduría, manteniendo el pulgar en contacto con el índice y los dedos restantes estirados. Este mudra representa la unión del espíritu del hombre con la Mente Universal.

En la sala reinaba una atmósfera de paz. Pasado algún tiempo, los devotos, acompañados por las notas que surgían de un sitar amorosamente tañido, comenzaron a entonar una delicada canción que decía así:

Gurudeva, Gurudeva, siempre estarás en nuestro

corazón. Gurudeva, Gurudeva,

ilumínanos con tu sabiduría.

Gurudeva, Gurudeva, sin ti somos como plantas sin

agua. Gurudeva, Gurudeva, queremos tu luz

para florecer eternamente.

Transcurrieron unos minutos y poco a poco el santo fue retornando a su estado ordinario de conciencia, abriendo los ojos y perdiendo la mirada en la lejanía. Nunca había tenido ocasión de contemplar una mirada como aquella y todas las palabras de este mundo no podrían describirla.

—Por fin has venido, Jotindra —dijo con una voz cálida—. Has traído a tu hijo Devendrenath, ¿verdad?

Mi padre y yo nos aproximamos al santo y besamos sus pies. La más cariñosa de las sonrisas asomó a sus labios. Le obsequiamos con flores, fruta y mirra, como es costumbre, y volvimos a besar sus pies.

—Demasiado para mí —dijo Acharya lleno de agradecimiento y todavía con la mirada perdida—. Dime, Devendrenath, ¿qué quieres hacer con tu vida?

La pregunta fue tan repentina que me desconcertó por completo y dejó mi mente bloqueada impidiéndome articular palabra alguna. El santo fijó sus ojos en mí y tuve la sensación de que estaba escudriñando en lo más profundo de mi ser y leyendo todos mis pensamientos, incluso aquellos de los que yo ni siquiera era consciente.

—Serénate, Devendrenath —dijo—. Serénate porque nada tienes que temer. Recapacita un momento y dime: ¿qué quieres hacer con tu vida?

Semejante pregunta ya me la había yo formulado muchas veces y me era muy difícil traducir al lenguaje común lo que yo esperaba de mi existencia terrena.

—Quiero despertar esa chispa divina que todos llevamos dentro de nosotros.

—Bien, bien, Devendrenath. Pero, ¿te das cuenta del esfuerzo que tendrás que efectuar para conseguirlo?

—Me doy cuenta, Swamiji, y no encuentro la forma de comenzar a caminar por el sendero.

—Hace ya años, Devendrenath, que caminas por él, puedes estar seguro, aunque todavía la neblina de tu corazón y de tu mente no te deje apreciar las lindes del camino y estés confundido.

—Necesito un maestro.

—Tendrás más de uno, aunque uno será tu gurudeva.

—¿Podría convertirme en su chela y permanecer con usted en este lugar tan deseado por mí?

El santo me miró con ternura y las palabras fluyeron de sus labios claras y pausadas.

—No, Devendrenath, no está destinado que tú seas mi discípulo ni yo tu maestro. Yo moriré pronto, ¿sabes?, y tú necesitas un maestro que deba permanecer más tiempo en este mundo de materia y apariencia. No desesperes. Ese gurudeva al que me he referido te está esperando ya, aunque todavía pasarán años antes de que lo encuentres.

Descorazonado, pregunté:

—¿Años?

—Años —afirmó—. No quieras cambiar el rumbo de los acontecimientos. Buscando encontrarás y cuando hayas encontrado al que buscabas, te darás cuenta de que aunque esa búsqueda se hubiera prolongado durante toda una era, habría merecido la pena. Mañana seguiremos hablando.

Mi padre y yo besamos de nuevo sus pies y nos sentamos en el suelo, junto a los restantes devotos.

—Ahora vuestras preguntas —dijo Acharya dirigiéndose a los devotos presentes.

Entrelazó sus manos, paseó la mirada por toda la estancia y agregó:

—Por favor, no hemos venido aquí a hacer acrobacias mentales, sino a tratar de aproximarnos a la Verdad. Os estaré muy agradecido si hacéis vuestras preguntas no sólo con el intelecto, sino también con la emoción.

Un joven extranjero, de atiplada voz y rubios cabellos, preguntó:

—Perdón, Swamiji, querría preguntarle algunas cosas sobre el hombre. Soy escritor y quiero llevar vuestro mensaje a Occidente. Profano en la materia, quizá resulte insolente, pero quiero que sepáis que en mi corazón hay humildad y no esa soberbia desenfrenada que nos domina a la gran mayoría de los occidentales. ¿Qué será del hombre en el futuro?

—Sólo Dios que es eterno presente puede conocer el futuro sin error. Os diré, no obstante, lo que yo pienso, compartiendo desde luego vuestra humildad, porque es ésta una de las cualidades más valiosas y porque únicamente los necios la desprecian. ¿Me preguntáis por el hombre? Durante mucho tiempo continuará destruyéndose a sí mismo y a los demás. Jugará con las palabras, con los dogmas, los conceptos. Hará falsas promesas, hablará de muchas cosas sin sentido, se engañará a sí mismo y a los otros. ¿Me preguntáis por el hombre? Debo deciros que durante siglos matará a sus hermanos, será intransigente y codicioso, se pintará de purpurina dorada para ocultar su hipocresía, su odio, su desamor. ¿El hombre del futuro decís? Sí, por fortuna, algún día habrá un hombre diferente; un hombre que comparado con el actual será como un dios. Pero falta mucho tiempo para que sobrevenga ese hombre regenerado, altamente evolucionado. Ese hombre vendrá después de milenios, formará parte de otra era y, ahíto de la técnica y del conocimiento de otras galaxias, comenzará a preocuparse por su vida interior y buscará el conocimiento en sí mismo y no en el exterior.

—¿Qué le aconsejaríais al hombre actual? —preguntó el escritor.

—Cada hombre lleva en sí mismo su maestro, que espera ser encontrado. Cada hombre es dueño de unas facultades especiales que la naturaleza generosamente ha puesto en él. Todo hombre tiene el privilegio de poder evolucionar y trascender su naturaleza animal. El consejo de los grandes iniciados, de los más grandes rishis, es que el hombre debe encontrar ese maestro que hay en sí mismo, actualizar sus facultades interiores y avanzar en su evolución interior. Las cosas mundanas son como las aguas de un río, transitorias y efímeras, y nunca pueden reportar la verdadera dicha, que sólo puede ser interior. Tan sólo en el Sí mismo puede obtenerse el gozo permanente, aquel que está más allá de las apariencias, aquel que únicamente puede percibirse cuando el hombre se hace puro como un niño y sabio como un anciano.

Durante un tiempo considerable, el joven escritor continuó preguntando y el santo respondiendo con paciencia y humildad. Después fue una mujer la que hizo su pregunta:

—Bhagavan

71

, mi marido es un borracho, me abandona con frecuencia y me encuentro tan sola que me siento desfallecer. ¿Qué puedo hacer?

—Mujer, admiro tu valentía al hablar de tu vida íntima delante de todos. Ten en cuenta que todos estamos solos y, sin embargo, ninguno estamos solos en realidad, puesto que formamos parte del Gran Todo. ¿Puede la ola sentirse sola en medio del mar? ¿Sola la rosa en el rosal? ¿Sola la chispa de fuego en el fuego mismo? Quizá pierdas a tu marido, lo que es sin duda doloroso, pero si cultivas tu unión con el Gran Todo, te aseguro, mujer, que nunca, nunca, podrás sentirte sola.

Un sadhu preguntó:

—¿Qué debe hacer el hombre para descubrirse?

—Cuando tú quieres conocer el camino por el que estás caminando, lo estudias y lo observas. Para coger el mango del árbol, tienes que ver dónde se encuentra la fruta. Para descubrirse, el hombre tiene que estudiarse, observarse y mirar en su interior. El espíritu inmortal que hay en todos nosotros, aunque más radiante que el mismo sol, está cubierto de velos muy densos que lo ocultan. Hay que atravesar esos velos y llegar a él. No debemos abandonarnos ni dejar que nuestro discernimiento se atrofie como lo hacen las piernas del paralítico. Debemos aprender a estar alerta y a distinguir entre lo que es nuestro espíritu y lo que no lo es. Debemos indagar, mantener una continua actitud interior de indagación, de búsqueda. Si tú no eres tu cuerpo, ni tus pensamientos, ni tus emociones, ¿quién eres tú, hermano? La respuesta fácil es decir: «Yo». Pero entonces me veré obligado a preguntarte: ¿quién es ese Yo?

Una decrépita anciana preguntó:

—Estoy en el umbral de la muerte y la muerte me aterra hasta quitarme el sueño. Bendito santo, serena mi espíritu.

—El espíritu, madre, siempre está sereno. Ese es nuestro gran error: creer que el espíritu puede dejar de estar sereno. Hay inquietud en nuestras emociones, sensaciones o pensamientos, pero nunca, querida madrecita, en el espíritu. Tú y yo somos dos ancianos para los que la muerte está muy próxima, pero no es la muerte la que nos viene siguiendo de cerca, sino la vida. Despierta, madre, y podrás dormir muy tranquila por la noche. Aparta esos fantasmas de tu

mente, porque no morimos, sino que trascendemos. La muerte es un cambio, y en este sentido también el nacimiento físico es la muerte de nuestro anterior estado. ¿Comprendes, madre? Morimos y nacemos constantemente a lo largo de nuestra vida, así que, ¿por qué temer a lo que constantemente nos sucede?

Un hombre cuya lepra llagaba todo su cuerpo preguntó:

—¿Qué puedo yo esperar?

—Tú eres, hermano querido, el que más me preocupas de todos, porque el mal no está sólo en tu cuerpo, sino también en tu mente. Te sientes un maldito y te vuelves escéptico y huraño. Pero también es a ti a quien yo más puedo querer. No dejes que tu cuerpo apague la luz de tu espíritu. La vida terrena es dolor, ¿quién se atrevería a negarlo? Observa a aquellos que son hermosos, a aquellos que no tienen ningún mal, a aquellos que son fuertes y están plenos de salud. ¿Es que crees tú que ellos no han de dejar este cuerpo? El sufrimiento se ha anticipado para ti, es cierto. Quizá tus actos pasados, tus deméritos; quizá los designios de la Divinidad por motivos que desconocemos; quizá el desierto para que puedas anhelar más el oasis. ¿Cómo quieres comprender tu mal si no tratas de abrir tu mente a un conocimiento más elevado? No te dejes atrapar por tu pus ni por tus sanguinolentas heridas. Deja ya de compadecerte y compadece mejor a aquellos cuyo carruaje es hermoso y vistoso y cuyo cochero, sin embargo, es feo, sucio y mezquino.

Jai, el hombre que nos había recibido, se acercó al santo y dijo:

—Ahora dejemos que Swamiji vaya a reposar. Mañana él continuará respondiendo a todas nuestras preguntas.

Con la ayuda de varios de sus discípulos, Acharya de Bhubaneswar pudo incorporarse. Abandonó la sala ayudado por Jai, quien le condujo a su aposento. Mi padre y yo fuimos llevados a un pequeño kutir

y en seguida nos acostamos. A través del ventanuco mi vista se perdió en las diminutas estrellas que inundaban el firmamento. «Nuestros espíritus —pensé— son como esas estrellas: independientes entre sí, pero formando parte del Gran Todo.»

—¿Duermes, Devendrenath? —preguntó mi padre.

—No, no duermo.

—Mañana debes tratar de estar muy atento a todo lo que te diga Acharya. Ya sé que no es necesario decirte esto, pero a veces el más mínimo detalle que se nos escape tiene mucha importancia. Mi abuelo me enseñó a prestarle atención a las cosas aparentemente insignificantes, porque ellas pueden encerrar más verdad que las cosas demasiado visibles u ostentosas. Es la más diminuta mota de polvo la que puede introducirse en el ojo del jinete y derribarlo; es la más insignificante espina la que puede clavarse en la planta del pie del león y hacerle rugir loco de dolor. La danza cósmica de Shiva oculta las cosas pequeñas para que sólo puedan descubrirlas los hombres grandes.

Tras una prolongada pausa, mi padre volvió a preguntar:

—¿Duermes, Devendrenath?

—No, padre, no duermo.

—Sólo quería decirte una cosa más: estoy orgulloso de ti, hijo. No por lo que eres solamente, sino por lo que puedes llegar a ser. Me di cuenta de que los ojos de Acharya se iluminaban al cruzarse con los tuyos, porque tú le hiciste recordar al joven que él fue, impetuoso como tú en lo referente a la búsqueda espiritual, desapegado como tú en lo que respecta a las cosas materiales.

La brisa de la magnífica noche tropical llevó hasta mis oídos el rugido de un animal salvaje. Y después se hizo un profundo silencio en medio de la jungla y me sentí más seguro y satisfecho que nunca.

Capítulo 11

Muy de mañana comenzaron los cánticos religiosos a la Divinidad y poco después un muchachito afable y solícito nos traía el desayuno a nuestro kutir. Comimos cuajada, pasta de guisantes con ghee, leche de coco y confitura de mango. Después llegó Jai y tras saludarnos muy ceremoniosamente, dijo:

—Swamiji invita al joven Devendrenath a que le acompañe en su habitual paseo matinal. Ruega a Sri Jotindra que le disculpe por no invitarle también, pero desea hablar confidencialmente con Sri Devendrenath.

—Aprovecharé para lavar mis ropas y asistir luego a la puja de media mañana —dijo mi padre y, dirigiéndose a mí, agregó—: Esta es

una excelente ocasión, Devendrenath, para que aclares tus dudas y arrojes un poco de luz sobre tu espíritu. Feliz tú que has merecido la simpatía y deferencia de Acharya.

El santo me estaba esperando en su kutir. Sonrió cariñosamente al verme llegar y, tras obsequiarme con unos anacardos, me preguntó:

—¿Has dormido bien, Devendrenath?

—Sí, bendito Swamiji, muy bien.

—Me alegro. Daremos un corto paseo. Jai nos acompañará. Él es mi muleta. Un honor para mí.

—El gran honor es para este insignificante discípulo —intervino rápidamente Jai—. Os entregaría mi vida sin dudarlo un segundo si fuera necesario.

—Guarda tu vida para cosas mejores, Jai.

El cielo se encontraba limpio y transparente y se dejaba sentir una brisa tonificante. Algunos devotos, nada más ver al Maestro, acudieron veloces a saludarle y postrarse ante él.

—El Absoluto os bendiga y os dé un hermoso día de paz y trabajo —dijo Swamiji.

De repente, abriéndose paso entre los devotos, apareció un tigre que caminaba parsimoniosamente. El natural sobresalto que experimenté se reflejó en mi rostro y Swamiji se apresuró a decir:

—No temas, Devendrenath, es un buen amigo.

El tigre, un gigantesco ejemplar, se aproximó sumiso al Sabio y lamió tiernamente su mano. Swamiji le obsequió con unas caricias en la cabeza y el animal se extendió en el suelo, a sus pies.

—Pórtate bien, muchacho —le dijo Swamiji hablándole con afecto y familiaridad—. Ahora daré un paseo y luego volveré a estar contigo.

Sin poder salir de mi sorpresa, observaba a Swamiji, que se dirigía al tigre como si éste fuera un inofensivo niño.

—Vive hace varios años con nosotros —explicó Jai—. Es fiel como un cervatillo y todas las mañanas a estas horas viene a saludar al Swamiji y a recibir sus caricias.

Después, Jai explicó cómo aquel animal había llegado a intimar con Acharya y sus devotos. Varios años antes, estaba una mañana sentado en meditación Swamiji cuando apareció el tigre, rugiente y amenazador. Swamiji no le prestó la menor atención y continuó en su profundo estado de meditación. El tigre rodeó varias veces su cuerpo y después, enfurecido, se dispuso a arrojarse sobre el cuerpo de Swamiji, quien al descubrir sus intenciones, se dirigió a él y le dijo:

—Nunca mates por matar. Si de veras tienes hambre no dudes en comerme, porque yo seré feliz dando mi cuerpo para algo útil, como es saciar tu hambre, y extinguiré mi karma. Pero si tu destrucción no tiene ninguna finalidad excepto la de la destrucción misma, ¿entonces por qué crear deméritos?

Desde aquel día el fiero animal dio muestras de una gran mansedumbre y se convirtió en el inseparable compañero de Swamiji.

—Todos los animales —explicó Jai— aman al Swamiji porque se saben verdaderamente amados por él. Este buen animal —y señaló al tigre— ha tenido incluso que cambiar sus costumbres e impulsos y se ha visto obligado a hacerse vegetariano, como todos nosotros. Cuando hacemos arroz con leche, Swamiji siempre nos ordena darle doble ración y el animal parece darse cuenta de su privilegio.

—Hay mucho que aprender de los animales —intervino Swamiji —. Son puros, limpios de corazón. La venganza, el rencor, la vanidad y tantos otros sentimientos negativos propios del ser humano, no existen en ellos. Debemos respetar a todos los seres vivos, incluso a los más insignificantes. Al sacrificarlos o dañarlos, estamos sacrificando o dañando al Creador.

Ayudado el Swamiji por Jai, emprendimos nuestro paseo por la jungla.

—¡Cuánto podemos aprender de la naturaleza, Devendrenath! —exclamó Acharya—. Habitúate a meditar sobre los elementos de la naturaleza. Medita en la roca, resistente como resistente debe ser el hombre ante lo perverso. Medita en el riachuelo, que corre veloz hacia el mar como el hombre debe correr hacia la Mente Universal. Medita en el árbol, que aunque tiene sus raíces en la tierra se eleva hacia el cielo, como el hombre debe elevarse por encima de la naturaleza animal. Medita en el sol, que nos obsequia con su luz y calor sin exigir nada a cambio, como debería hacer el hombre con sus semejantes. Medita en la nieve, que aunque débil, logra con su insistencia romper la rama del árbol más robusto. Medita en el musgo, que a pesar de ser

una y otra vez pisoteado, vuelve a manifestarse, como el hombre debe manifestar su Verdad por mucho que los demás se empeñen en ahogarla.

Andábamos lentamente, sorteando los árboles, escuchando el canto de las más variadas aves y sintiendo los rayos del sol, que se filtraban entre las tupidas ramas.

—Medita sobre el lago. Cuando no se arrojan guijarros a su superficie, permanece tranquilo e imperturbable, como permanecería la mente del hombre si consiguiera liberarse del apego y de los sentimientos negativos. Medita en la cumbre nevada, siempre pura e inmaculada porque nada puede mancillarla, como nada puede mancillar el Yo del hombre. Acostúmbrate a meditar en todo, Devendrenath, porque la meditación es una luz y un centinela que se resistirá a todo aquello que pueda deteriorar tu mundo interior.

Llegamos hasta una choza y nos sentamos junto a ella, sobre unas piedras lisas.

—En esta choza —explicó Jai— permaneció meditando Swamiji durante muchos años.

—Así es —convino éste—. Aquí pasé los años más difíciles tratando de domar mi mente y de conocer mi mundo interior. La mente es como un arco que se debe ir poco a poco aprendiendo a controlar.

Respiró fatigosamente y dijo:

—Sé, Devendrenath, que eres un joven muy frágil. Hasta que fortalezcas tu cuerpo y mejores tu salud, tendrás que luchar contra ese obstáculo. Es conveniente que sepas, no obstante, que un hombre puede perfeccionar su centro físico hasta grados inimaginables para el hombre ordinario. Un hombre puede llegar a controlar todas las funciones de su organismo y obtener un cuerpo puro y estable, que no sea un obstáculo para su autorrealización, sino una ayuda. ¿Te ha enseñado alguien a respirar?

—Mi hermano Gupta me ha enseñado algunos ejercicios elementales.

—Jai te enseñará a respirar durante los días que estés con nosotros. La respiración es el alimento del cuerpo y de la mente. Aprendiendo a respirar puede uno aprender más fácilmente a dominar su mente, porque la respiración y la mente se corresponden. Cuando el hombre aprende a respirar, aprende a servirse mejor del prana, de esa fuerza cósmica que rige nuestro ser. Conectando nuestra mente consciente con el proceso respiratorio, podemos percibir la gran fuerza cósmica que fluye a través de todo nuestro ser y podemos hacer con nuestro cuerpo o nuestra mente cosas que a los demás, por ignorancia, les parecen imposibles.

Acharya adoptó el *padmasana*

y dirigió su mirada al entrecejo.

—Quiero mostrarte algo, Devendrenath, algo que no tiene la menor importancia pero que te estimulará para adiestrar tu organismo y fortalecerlo. Aproxima tu oreja a mi pecho.

Me acerqué a Swamiji y coloqué mi oreja en su pecho. Escuché su corazón cansado, latiendo, no obstante, con toda uniformidad. Pasados unos segundos, el corazón comenzó a latir mucho más deprisa y, después, comenzó a aminorar sus latidos, distanciándolos muy considerablemente. Por último, se hizo un gran silencio y no escuché

nada. El corazón y la respiración estaban suspendidos. Angustiado, me mantuve con la oreja junto al pecho del santo. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero me pareció eterno. Sentí una gran inquietud por él y llegué a pensar que estaba muerto, de forma tal que estuve a punto de gritar despavorido. Pero, primero muy débilmente y después con mayor precisión, volvió el corazón a latir y el aire a recorrer sus vías respiratorias. Suspiré aliviado y aparté mi oreja.

—Mi maestro me adiestró en el Hatha-yoga y me enseñó a influir sobre mi corazón. No le des más importancia que la que tiene, que es muy poca. Mi maestro era capaz de expulsar sus intestinos para lavarlos en el río e incluso podía abrir una de sus arterias y suspender el paso de sangre por ella. Pero este dominio sobre el cuerpo no tiene razón de ser por sí mismo. El cuerpo es un instrumento y, como tal, puede emplearse como soporte para desarrollar la mente y obtener esa visión superior que facilita la intuición. Hay fakires que carecen de toda mira espiritual y que también logran adquirir un gran control sobre el cuerpo. La mayoría de ellos recurren al fraude, pero algunos, habiéndose adiestrado durante años en el Hatha-yoga, obtienen un verdadero poder. Pero el poder sobre el cuerpo por el poder mismo, sin miras espirituales, no tiene objeto. Fortalece tu cuerpo, Devendrenath, para poder fortalecer más fácilmente tu mente. Fortalece tu mente para poder percibir la Verdad que hay en todo ser humano y que tú tanto ansías desde niño.

Regresamos hasta la ermita y nos sumamos al puja que se estaba efectuando. Varios devotos, especialmente mujeres, estaban sentados alrededor de un gran Lingan, que cubrían con flores, perfumes, guirnaldas de flores y alimentos. En el rostro de todos los presentes se traslucía el más elevado fervor.

—El rito —me explicó Jai—, cuando no nos dejamos encadenar por él y somos conscientes de que es un simple rito, es un soporte para mantener la mente concentrada. Al principio es necesario, sobre todo para las personas que no están lo suficientemente evolucionadas. Pero el yogui puede llegar a prescindir de todo rito, como el adulto prescinde del juguete que en la infancia hizo sus delicias.

Durante cerca de una hora los cánticos surgieron de las gargantas de los devotos y pude ver que algunos sadhus, emocionados, lloraban como niños, sin poder reprimir sus sollozos.

—Esta noche vendrá un importante erudito de Madrás a visitar a Swamiji —dijo Jai una vez finalizado el acto religioso—. Después del darsán, el erudito formulará algunas preguntas a Swamiji. Creo que les

interesará escucharlas.

Después de la comida del mediodía, mi padre y yo estuvimos meditando durante varias horas, abismados en nuestro mundo interior y desconectados de nuestros órganos sensoriales.

—Reduce las tensiones de tu cuerpo —me indicó mi padre—. Al principio la postura resulta molesta, pero poco a poco se va haciendo más cómoda y estable. Mantén la columna vertebral bien erguida, para que la respiración sea más libre y las energías circulen mejor a lo largo de la médula espinal. Ve interiorizando tu mente y mantén alerta tu atención mental. Sumérgete en ti mismo y haz lo posible por experimentarte, por tomar consciencia de tu ser.

Después de la meditación, mi padre me explicó algunas cosas sobre la naturaleza del hombre, sentados cerca de una apacible laguna.

—Todos, Devendrenath, nos encontramos en un estado de semidesarrollo. La gran mayoría de los hombres mueren tal como nacieron, con la misma pobreza interior y la misma falta de madurez. Pero algunos hombres se preocupan por su desarrollo y buscan la unión consigo mismos, la unión con los demás, la unión con la Mente Universal. En el hombre ordinario hay mucha confusión y mucho caos, hay conflicto y tinieblas. Para poder evolucionar hay que ordenar ese caótico mundo interior, reafirmar todo lo que hay de positivo en uno y despojarse de toda la carga negativa. Esto no se consigue gratuitamente, porque si sobre algo insiste mucho la sagrada enseñanza del Yoga, es en que nada se obtiene por nada y que es necesario dar algo de sí mismo para obtener algo superior. Esta ley es eterna e inexorable. Los grandes iniciados, los guardianes de la enseñanza oculta, siempre han enseñado que el hombre tiene que desempeñar un gran esfuerzo para trascender sus limitaciones y obtener la evolución superior.

Estaba mi padre explicándome todos estos puntos cuando un hombre apareció entre los árboles y se aproximó a nosotros. Era un individuo esquelético y con todo el cuerpo embadurnado de ceniza. Sus largos cabellos eran como el fieltro y las uñas de sus manos y de sus pies medían varios centímetros.

—Hermanos —dijo—, no he podido evitar escucharles. Aunque la Verdad no puede ser explicada con palabras, al menos las palabras nos dan una orientación. Soy renunciante desde hace muchos años y hasta hace poco observaba voto de silencio. Para obtener esa evolución a la

que os referíais, renuncié a mi mujer y a mis hijos, y cometí al principio el error de hacer extremadas penitencias, como estar todo el día cargando rocas. Era en verdad la única forma de controlar mi imaginación y poder desapegarme de mis familiares. ¿Me permitís que comparta parte de mi tiempo con vosotros?

—Desde luego —contestó amablemente mi padre—. ¿Cuánto lleváis en este lugar?

—No puedo decíroslo con exactitud. El tiempo ya no cuenta para mí. ¿Cinco, diez años? ¡Quién sabe! Anteriormente estuve en el sur, a los pies de un bendito y radiante maestro que impartía el yoga del discernimiento. Pero no me encontraba preparado para esa enseñanza superior y entonces decidí meditar en la soledad. La ceniza de mi cuerpo me recuerda mi renuncia. Yo sé que, al menos por ahora, mi camino está en la soledad. He estado muchos años sin prestarle atención a mi Yo y su voz se ha debilitado tanto que ahora resulta muy difícil escucharla.

—¿Qué hacíais en vuestra vida ordinaria? —preguntó mi padre.

—Era profesor en una escuela. Después, víctima del veneno de la política, intervine en diferentes actividades contra los británicos. Fui detenido y encerrado, y en la soledad de mi celda comprendí que mi verdadero camino estaba en otra parte que en la política. Decidí renunciar, puesto que mis hijos ya podían valerse por sí mismos. Mi mujer lloró durante muchas noches, diciéndome: «Es mucho peor que quedarse viuda, mucho peor que quedarse viuda.» Al final pude hacerle comprender que un hombre no puede escapar a su destino y que yo nunca volvería a ser feliz en sociedad. «Renunciaré contigo», me dijo la pobre mujer. «No, no puede ser. Necesito una total independencia exterior e interior», repuse. Ella entonces quiso quitarse la vida dejando de probar cualquier alimento. Estuvo a punto de conseguirlo, pero por fortuna en último extremo comprendió que nada, ni siquiera su muerte, me haría cambiar de decisión. Aceptó lo inevitable y se marchó a Jaipur a casa de sus padres.

—Si tenemos lazos familiares, al renunciar hacemos sufrir a los demás —dijo mi padre.

—Así es —convino el hombre—. Así es. Pero, ¿puede alguien saltar fuera de su propia sombra?

Al despedirse de nosotros, el hombre dijo:

—Cuando un hombre llega a la convicción de que ya sólo puede

estar al servicio de su esencia divina, entonces todo lo demás pasa a un segundo lugar, como cuando amamos intensamente a una mujer todas las otras dejan de interesarnos. Yo era sensual, voluptuoso, desenfrenado en mis apetitos. Pero un día experimenté la llamada de mi Yo y ese día comprendí que si no lo dejaba todo para ir en su búsqueda, arruinaría mi vida y mi razón de ser. ¡Qué agradecido estoy porque llegó ese día!

Después de regresar a la ermita, cenamos algunas frutas y escuchamos un recital de tabla. Luego acudimos a la sala donde el santo ofrecía su darsán. Había más devotos que el día anterior y Jai nos explicó que habían venido unos cantores de Agra a entonar sus cánticos sagrados en honor de Acharya. Eran media docena de hombres, todos vestidos de blanco y acompañados de diferentes instrumentos musicales. Uno de ellos era casi un niño, llevaba toda la cabeza rapada excepto un mechón de pelo en la coronilla y se encontraba sentado en la postura del diamante. El silencio era tal que se escuchaba la respiración de los presentes. El santo parecía hallarse en el más profundo de los samadhis.

La voz del más joven de los cantores se elevó en el aire. Una voz suave, delicada y penetrante a la vez; una voz que invitaba a la serenidad de la mente y a la quietud interior. Entorné los párpados y me sentí transportado a otra dimensión. Los instrumentos musicales entraron en acción, así como las voces de los otros cantantes. Había algo muy especial en aquellos cantos. Hubiera creído que el tiempo se había suspendido para siempre, si no hubiese cesado la música. Abrí los ojos cuando el santo estaba volviendo al mundo de los hombres.

—Muchas gracias, hermanos —dijo Swamiji dirigiéndose a los cantores—. Cada hombre se sirve de un instrumento para realizarse. El campesino del arado; el escritor de la pluma y la imaginación; el sacerdote de los ritos y vosotros de vuestra maravillosa voz, donde habéis puesto vuestro corazón para mí y yo no encuentro palabras para agradeceros vuestro amor.

Acharya ingirió algunas frutas y después dijo:

—Hoy tenemos entre nosotros a un hombre muy sabio. Se llama Govind y es de Madrás. Sus estudios sobre nuestros Shastras son excepcionales. Pasará unos días con nosotros y os ruego que le atendáis como si se tratara de mí mismo.

El santo hizo una pausa y paseó la mirada por la sala.

—Adelántate, Govind —dijo.

Un hombre pequeño e insignificante, de gruesos lentes y una amplia calva que dejaba al descubierto toda la parte superior de su cabeza, salió de entre los devotos, se acercó a Swamiji y besó sus pies.

—Bendito Acharya, muchos años sin tener el placer de haberos visto, aunque la distancia no ha sido obstáculo para que haya experimentado vuestra permanente presencia en mí —dijo el hombre.

Acharya le ofreció una fruta y contestó:

—Siéntate. Ya sé que quieres hacerme algunas preguntas, Govind.

—Sí, pero no querría cansaros.

—Si mis respuestas pueden prestarte algún servicio, estaré respondiendo a tus preguntas todo el tiempo que sea necesario. No te detengas. Pregunta, pregunta.

El erudito de Madrás reflexionó durante unos instantes, se pasó la mano por la frente, enarcó las cejas y preguntó:

—¿Cómo buscar la Verdad?

—Dudando —repuso con firmeza Swamiji—. Alentando una duda razonable. Es necesario verificarlo todo en sí mismo, liberarse de los prejuicios, los dogmas, los turbios conceptos, no aceptando nada a ciegas, esforzándose por obtener un conocimiento superior e independiente. Se requiere también una purificación en todos los sentidos y, por supuesto, el deseo de aclarar las dudas. Pero no puede obtenerse el conocimiento de la Verdad si la mente no está preparada para ello, como no puede el ave volar si carece de las alas.

El santo esbozó una sonrisa y agregó:

—La Verdad se manifiesta cuando uno ha conseguido la libertad interior, esa libertad que le permite al individuo permanecer más allá de todo conflicto, de toda creencia irracional, de todo elemento perturbador originado en la mente o en las emociones. La libertad interior hay que entenderla como ausencia de todo vínculo y ese es el terreno abonado para que pueda florecer la Verdad.

—¿Cuáles son los más graves obstáculos?

Acharya volvió a sonreír, ahora de una forma muy indulgente.

—¡Oh, muchos, muchos! El miedo es uno de ellos y de los más graves. El miedo genera envidia, odio, celos, egoísmo. También son graves obstáculos la ira, la ignorancia, la disipación. Debemos vigilar nuestros deseos, porque un deseo origina nuevos deseos y el deseo descontrolado roba la libertad interior.

—¿Qué actitud debe mantener el buscador de la Verdad?

—Una actitud interior de investigación. Debe evitar los extremos y buscar el sendero del equilibrio, de la armonía. Debe perfeccionar su discernimiento, que es la llave que abre la puerta de la Verdad y adiestrarse en el desapego. Es evidente que el aspirante debe desarrollar sus facultades. La búsqueda de la Verdad no es un juego, sino, bien al contrario, lo más serio que el hombre puede hacer.

La conversación se extendió durante varias horas. Al final Swajimi dijo:

—El hombre tiene que reencontrarse. Cómo hacerlo es algo que cada uno debe descubrir por sí mismo. Tengan todos una noche muy feliz.

Saludó juntando sus manos a la altura del rostro y abandonó la sala. Estaba visiblemente fatigado. No él, sino su anciano y efímero cuerpo, ya en la antesala de la muerte.

Capítulo 12

Después de dos semanas llenas de intensa felicidad espiritual, llegó el momento de separarnos de Acharya de Bhubaneswar, el santo de la jungla. Tras haber permanecido en aquel lugar alejado del mundo violento y bullicioso, el cuerpo se encontraba descansado y la mente más serena.

—La separación es inevitable, ¿verdad? —dijo Swamiji con cierto tono de nostalgia en sus palabras—. ¿Querrán recordarme para siempre con cariño?

—No podría ser de otra forma —dijo mi padre, y agregó—: Éste es uno de esos paraísos que todavía quedan en nuestro desquiciado mundo.

Una sonrisa muy tierna se dibujó en los labios de Swamiji.

—Yo ya no estaré aquí si regresan, aunque ¿cómo podría dejar alguna vez este lugar, cómo podría yo abandonar a todos aquellos que me aman y confían en mí? Queda ya poco, muy poco, Jotindra, para que abandone mi cuerpo, que está débil y gastado como un viejo y desvencijado carro después de muchas millas de camino. Algunos alquimistas de la antigüedad, equivocados, buscaban el elixir de la vida física, como si ésa tuviese importancia alguna. El más preciado elixir que el hombre pueda obtener es aquel que cura la insania espiritual y nos deja ver la Realidad. Hace cinco mil años que el Yoga nos ofreció este elixir, aunque muchos por ignorancia no se sirvan de él.

Nos reclinamos para besar sus pies y entonces él, deteniéndonos, dijo con humildad:

—Permitidme que al menos esta vez sea yo quien bese vuestro pies —y después de una atractiva sonrisa que iluminó todo su rostro, agregó bromeando—: No queráis sólo vosotros acumular méritos, pues ¿acaso los demás no tenemos nuestro karma que extinguir?

—Pero Swamiji… —protestó mi padre dejando inconclusa la frase.

—Nada, nada de protestas —dijo con afabilidad—. También yo tengo derecho a demostrar mi respeto y amor a los demás, ¿no es así?

Dificultosamente se inclinó ante nosotros y besó nuestros pies.

Después, incorporándose con nuestra ayuda, dijo:

—Hace un día excelente. Bueno, todos son excelentes cuando estamos en paz con nosotros mismos.

El sol estaba en el centro del firmamento y sus potentes rayos obligaban a mantener semientornados los párpados para proteger los ojos contra la excesiva claridad.

—Respetado Swamiji —dije—. Un amigo mío me ha pedido que os hablara de él y os preguntara si podrá él también, como yo deseo hacer alguna vez, peregrinar en busca de un maestro. Este presente que os entrego es suyo.

El rostro de Acharya de Bhubaneswar pareció apenarse. Después de reflexionar durante algún tiempo, observando el regalo, dijo:

—Tu amigo no deberá nunca emprender una larga peregrinación, porque su cuerpo no está en condiciones de resistirla. Él debe rezar mucho a Dios y pedirle un maestro. Si lo hace así, Dios oirá sus peticiones y le enviará un maestro o le convertirá a él mismo en su propio maestro. No debe desesperar, porque la Verdad habita dentro de uno mismo y en cualquier lugar puede rescatarse. Pero tu amigo Santimoy…

Dudó durante unos instantes y finalmente concluyó la frase que había dejado sin terminar.

—Tu amigo no encontrará la paz en esta vida. Rogaré al Señor para que en sus otras vidas tenga mayor fortaleza interior.

Entonces no acerté a comprender bien el alcance de las palabras de Acharya de Bhubaneswar, quien ante mi desconcierto, aclaró:

—No todas las vidas son iguales, Devendrenath. No adelantemos los acontecimientos, pues ya en su día comprenderás lo que mis palabras han querido expresar.

Juntando sus manos y sonriendo, Acharya de Bhubanwsar se despidió:

—Recibid mis mejores pensamientos.

Como unas semanas antes, nos encontramos de nuevo recorriendo día tras día los polvorientos y resecos caminos que habrían de conducirnos a Benarés. Descansados como estábamos al principio,

durante los primeros días anduvimos a buen paso, pero después, ya resentidos por el esfuerzo, nuestro caminar se iba haciendo más lento y fatigoso. Algunas veces dormíamos al aire libre; otras, en una cueva, una choza o en la modesta casa de algún generoso campesino. Al pasar por los pueblos nos abastecíamos de los alimentos necesarios, especialmente de pan, tortas y queso fresco.

Poco a poco el cansancio iba haciendo mella en mi débil cuerpo. Para animarme, mi padre decía:

—No desfallezcas, Devendrenath. Nada hay tan importante como adiestrarse en la resistencia física y mental. Es verdaderamente fuerte aquel que ha aprendido a resistir. ¿Quién se fatiga antes, el abejorro o el muro contra el que el abejorro se golpea?

Al pasar por una de las ciudades que se interponían en nuestro peregrinar, nos llamó la atención la gran multitud de personas de todas las edades que se apiñaban en la plaza de mayores dimensiones. Nos aproximamos a la abigarrada muchedumbre y a través de ella pudimos ver a un hombre muy alto, de electrizante mirada y enérgica palabra que, subido sobre una tarima, gesticulaba teatralmente y exhortaba a todos aquellos que le escuchaban a la oración y a la ascesis. Se decía un hombre crístico y continuamente agitaba sus largos y fibrosos brazos en el aire. Sus desgreñados cabellos se enlazaban a una negra y ensortijada barba, entre la que asomaban algunos cabellos canosos.

—Porque los dioses han querido que yo sea un redentor y limpie el mundo de todo pecado, me dirijo a todos vosotros, hombres corrompidos, y os digo que necios de aquellos que no quieran escucharme, porque ellos habrán de sucumbir, no lo dudéis, a los horribles castigos que esperan a todo hombre impuro.

Un brillo demencial se concentraba en sus profundos ojos.

—Después de un cuarto de siglo —agregó con una voz sonora y vibrante— he roto mi voto de silencio y he regresado a este mancillado mundo para hacer lo posible por evitar las catástrofes que amenazan a la humanidad si ésta no cambia de forma de proceder y se regenera. En el corazón del hombre anida la lujuria, la ambición, la pereza y los mayores vicios y defectos. ¡Grandes castigos, muy grandes! Yo os lo aseguro, hombres que me escucháis, y sabed que yo no puedo mentir ni equivocarme. Sabed que el que os habla ha visto la luz y quiere llevarla hasta vuestros corazones.

Con palabras altisonantes y cargadas de agresividad, todos los músculos del cuerpo violentamente crispados, los ojos desencajados y una gran tensión reflejada en todos los músculos de su rostro, continuó hablando:

—¡Yo redimiré al mundo! Como Mesías recorreré todo el mundo llevando mi inefable mensaje a todos los que quieran escucharme. Sólo aquellos que no duden de mí y me respeten podrán librarse del terrible castigo. ¡Ay de los otros! Me duele incluso imaginarlo. ¡Ay de ellos, pobres tontos! Ciegos y estúpidos como son, tendrán que soportar penas sin igual. Reencarnarán cientos de veces y se verán sometidos a las más amargas pruebas.

Las palabras se agolpaban en sus labios, pero terminaban brotando de ellos con sonoridad y claridad. El sudor corría copiosamente por su amplio y demacrado rostro, y sus gestos, producto seguramente de un estudiado dramatismo, adquirían cada vez mayor viveza y movilidad.

Mi padre me agarró del brazo y dijo:

—Vámonos, Devendrenath. Este hombre no dice nada que merezca ser escuchado. Sigamos nuestro camino.

Las palabras del hombre terminaron por convertirse en un murmullo en la lejanía.

—¿Qué piensas de él? —pregunté.

—Ese hombre —respondió mi padre— puede ser un loco o un farsante, y yo aseguraría que es más bien lo segundo.

»Siempre y en todas las latitudes han abundado los falsos profetas o apóstoles. Aprende a desconfiar de aquellos que no son humildes, aunque piden humildad, y se muestran violentos, aunque exigen docilidad. De cada cien o tal vez mil que se dicen maestros, solamente uno es verdadero y ése por lo general nada dice. Hay muchos que sin ningún género de escrúpulos explotan a los crédulos al amparo de la espiritualidad. Esos hombres son como lobos que se disfrazan de ovejas, pero tarde o temprano las ovejas descubren al lobo entre ellas y huyen de él despreciándolo profundamente.

—¿Cómo puede conocerse a un verdadero maestro?

—Por sus obras, por su forma de comportarse, por su sabiduría, por su amor, porque incluso en la mirada, pura y cristalina, hay algo

que nos permite presentir que estamos ante un verdadero maestro. Llegará un tiempo, Devendrenath, en que florecerán más que nunca los falsos maestros. Viajarán por todo el mundo y será difícil, muy difícil, distinguir al verdadero maestro del falso.

Hizo una pausa para enjugar el sudor de su frente y añadió.

—¿Cómo puede conocerse al verdadero maestro, me preguntas? Incluso el más entendido puede envenenarse al ingerir la seta que creía inofensiva. Pero debes tener presente que es un verdadero maestro aquel que es accesible a todos y no promete más de lo que puede dar; aquel cuyo corazón es bondadoso y compasivo, cuya mente busca el conocimiento más elevado; aquel que se entrega a todos sin hacer diferencias y que puede ofrecer una luz a aquellos que la necesitan.

Todavía tuvimos que andar algunas semanas hasta llegar a la ermita de la Madre Saradananda.

Mi padre extendió su brazo derecho al frente y señaló un punto en la lejanía:

—Allí está su ermita. Sobre aquella colina.

El ansia de llegar nos otorgó renovadas energías con las que acelerar nuestra marcha. En las proximidades de la ermita, un hombre salió a nuestro encuentro.

—Om —dijo juntando las manos en señal de saludo.

Se trataba de un hombre de mediana edad, con varias rayas de pintura atravesando su frente y cuya disposición nos permitió saber que se trataba de un vishnuita.

—Me llamo Jayati —dijo cortésmente, pero con un tono distante y en cierto modo frío.

Sus ojos denotaban escepticismo y recelo.

—Nos gustaría ver a la Madre —dijo mi padre.

El hombre nos miró pensativo durante unos segundos.

—Querríamos ver a la Madre —insistió mi padre—. Venimos de la ermita de Acharya de Bhubaneswar y no querríamos regresar a nuestro hogar sin haber recibido sus bendiciones.

El hombre nos observó con mucho detenimiento y minuciosidad. Reinaba un gran silencio y en aquel lugar la temperatura era más reconfortante.

—¿No serán tan sólo unos curiosos? —preguntó desconfiado.

—En absoluto —se apresuró a explicar mi padre—. Hemos peregrinado mucho tiempo para visitar a Acharya de Bhubaneswar y conocer a la Madre.

Jayati volvió a guardar silencio y clavó su mirada primero en los ojos de mi padre y después en los míos.

—Sus miradas son limpias —sentenció—. Ahora la Madre está descansando, pero esta tarde podrán verla. ¿Cuánto tiempo permanecerán con nosotros?

—Solamente una noche. Partiremos mañana muy temprano, porque no nos es posible demorar más nuestra llegada a Benarés.

—Muy poco tiempo van a honrarnos con su presencia —dijo Jayati con su tono siempre distante, aunque cortés—. Diré que les preparen un kutir. Esperen unos minutos, por favor. Enseguida volveré a avisarles. No tenemos grandes comodidades, pero…

—No deben molestarse por nosotros —le interrumpió mi padre.

Nos sentamos bajo un inmenso árbol y ese gran peregrino y vagabundo que es el viento refrescó durante unos segundos nuestros cuerpos curtidos y renegridos por los despiadados rayos solares.

Pasados unos minutos regresó Jayati y dijo:

—Síganme, por favor.

Nos llevó hasta un pequeño kutir construido con cañas y barro.

—Pueden descansar hasta que venga a buscarles.

—Muchas gracias —dijo mi padre.

—No hay nada que agradecer. Si ustedes están contentos, yo estoy contento.

Estaba dormido cuando Jayati vino a buscarnos.

—La Madre está ya en la sala —dijo—. Por favor, no le hagan

ninguna ofrenda material, pues no las acepta. Ella dice que la mejor ofrenda es el amor de los que la visitan.

Seguimos a Jayati hasta una sala pequeña y bien ventilada. A través de las ventanas se veían los árboles recortados contra un radiante cielo azul.

Al fondo de la sala, sobre una especie de vulgar canapé, estaba la Madre Saradananda, abanicándose con un rudimentario abanico de plumas de pavo. Era una mujer gruesa, de piel clara, ancho y redondo rostro y una tupida y negra melena que caía hasta la mitad de su espalda. En su bondadoso rostro destacaban unos bellos ojos de extraordinario tamaño y lánguida mirada, que parecían siempre fijarse más allá de donde uno se encontraba. Su edad resultaba indescifrable, aunque no cabía la menor duda de que se trataba de una anciana. Alrededor de ella había numerosos perros y un centenar por lo menos de pajarillos de las más diversas clases, que, dueños de los más variados colores, revoloteaban sobre ella o se posaban sobre cualquier zona de su cuerpo.

Nos aproximamos a la Madre y besamos sus pies. Ella colocó su mano sobre nuestras cabezas y con la misma naturalidad que si nos conociese desde mucho tiempo atrás, dijo:

—¡Hola, hijos! Es muy agradable para mí que hayáis venido a verme. Sentaos cerca de mí.

Jayati nos colocó muy cerca de ella, a su derecha, sobre una vieja y descolorida alfombra.

—¡Oh, más cerca, más cerca! —exclamó la Madre—. Más cerca.

Nos situamos casi rozándonos con ella.

—Eso está mejor —dijo complacida—. Mucho mejor.

Poco a poco se fue llenando la sala de devotos. Los que llegaban se acercaban a un metro aproximadamente de la Madre y la saludaban extendiéndose ante ella y tocando el suelo con la frente.

—No tanta ceremonia, no tanta ceremonia, muchachos —decía con afecto—. No es necesario que hagáis estas cosas.

Enseguida uno podía darse cuenta de que era una mujer encantadora. Gesticulaba con una gracia especial y reía cuando uno menos lo esperaba, dejando al descubierto una agradable e

inmaculada dentadura. A veces más que una anciana parecía una niña ingenua y traviesa, con una mirada púdica, transparente y maravillosamente infantil. Estaba considerada por todos como una yoguin excepcional, poseedora de una inteligencia aguda y penetrante. Con una voz alegre y cantarina, comenzó a recitar unas estrofas de Bhartrihari

74

:

—«¡Oh, Tierra, mi madre, Aire, mi padre, ¡oh Fuego!, mi amigo, Agua, mi pariente, Espacio, mi hermano, con las manos unidas me postro respetuoso ante vosotros. Con vuestra ayuda he efectuado acciones meritorias y he hallado el conocimiento supremo y eliminado todo error; victorioso, me sumerjo en la Deidad!»

Todos iban repitiendo las palabras que, con arropadora voz, la Madre iba pronunciando. Después Jayati leyó unos versículos del Amrtabindu Upanishad.

«Cuando el espíritu permanezca libre de toda atadura, habrá el dominio interior, destruyendo así la naturaleza inferior y obteniendo el estado supremo.»

Un anciano perro, casi paralítico de las patas traseras, se acercó a la Madre y apoyó la cabeza sobre sus piernas.

—Debemos respetar a los animales —dijo entonces la Madre dotando a su voz de una considerable energía—. Si no respetamos a los animales, ¿por qué Dios nos va a respetar a nosotros? Hay mucha mayor distancia entre nosotros y Dios que entre los animales y nosotros.

Un devoto preguntó:

—Bendita mamá, ¿cuál es la religión más elevada?

—Hijo —respondió muy serenamente—, las religiones no deben competir como si se tratase de caballos salvajes disputándose la hembra en celo. La religión más elevada es la Verdad.

Una joven preguntó tímidamente:

—¿Hay muchos dioses?

—No, hija, Dios es uno con muchos nombres. Hay, eso sí, muchas

formas de concebir a Dios. Es muy diferente el Dios que concibe el hombre evolucionado al que concibe el devoto cuya mente está todavía cerrada a toda luz.

Tras unos segundos de recogimiento, durante los cuales el rostro de la Madre adoptó una expresión más grave, preguntó:

—¿Sabéis cuál es el mal de nuestra época?

Todos guardamos silencio.

—Bueno, hay muchos, lamentablemente —dijo—. Pero uno de ellos es que el hombre quiere descubrir el secreto de la Verdad sin estar preparado para ello y sin realizar ningún esfuerzo por su parte. Si el discernimiento no luce, permaneceremos a oscuras. ¿Os habéis preguntado qué diferencia hay entre el hombre de ahora y el de entonces? Al decir el de entonces me refiero a aquel del que nada o muy poco sabemos, pero que podemos intuir. ¿Qué me decís? Aquél tal vez caminaba a cuatro patas y quizá ni sabía decir palabra. Hoy el hombre anda sobre sus piernas y habla, habla demasiado —sonrió burlonamente—. Pero ¿qué más diferencias hay entre éste y aquél? Quizá alguno de vosotros, indignado, me digáis que el de ahora está más desarrollado. ¿De verdad? El hombre descubrió la rueda, canalizó las aguas, levantó grandes edificaciones. Bien, es cierto. Pero ¿ha hecho algo por su mundo interior, por su vida espiritual? ¿Ha hecho realmente algo que le saque de su embriaguez interior? Mirad, en todos nosotros hay algo de verdadero y mucho de falso: el hombre de ahora continúa despreocupándose de lo verdadero y alimentando lo falso, seguramente como el hombre que caminaba a cuatro patas. ¿Cuál os da más pena, aquél o el de ahora, que ha aprendido tantas cosas e incluso terminará viajando a otros planetas o hasta descubriendo la forma de vivir trescientos o cuatrocientos años?

Guardó silencio y paseó su mirada por toda la sala, lentamente, como si quisiera escudriñar en las mentes de los que la escuchábamos.

—No he hablado mucho —agregó—, pero creo haber dicho bastante para que podáis meditar en ello algunas horas.

Hizo una señal a Jayati y éste salió durante unos minutos de la sala. Regresó trayendo una gran canasta con apetitosas frutas que repartió entre los que allí estábamos.

Después de ingerirlas, los devotos entonaron algunas canciones en honor de la Madre. Jayati se aproximó a ella, la besó en la frente, colocó una guirnalda de bellas flores alrededor de su cuello y con

ternura dijo:

—Mamá, todos te deseamos una noche muy feliz.

Los ojos de ella irradiaron agradecimiento y felicidad.

La noche fue sorprendiéndonos lentamente y los rayos de la luna, penetrando por la ventana, se posaron en el rostro de la Madre confiriéndole un singular brillo argentado. El aire de la noche, perfumado por los arbustos, acariciaba la estancia en la que estábamos reunidos. Un gran brasero dejaba escapar un penetrante olor a incienso. La Madre, después de una prolongada sonrisa, inclinó tres veces la cabeza en señal de despedida y dijo:

—Os amo mucho a todos. Tened una buena noche.

Ayudada por Jayati, abandonó la sala, caminando pesadamente.

Muy de mañana, tras despedirnos de Jayati, continuamos nuestra marcha hacia Benarés.

—Una gran mujer —observó mi padre tras algunas horas de marcha—. Creo, Devendrenath, que debes estar muy satisfecho de este viaje.

Días después, no lejos de Benarés, tuvimos ocasión de conocer al yogui ciego, como le denominaban los de la localidad. Vivía bajo un árbol, sobre una raída esterilla, acompañado de una escuálida vaca y alimentándose tan sólo de la leche que ella le ofrecía y que, a juzgar por su triste aspecto, no debía ser mucha.

—Sólo puedo ofreceros un poco de leche —dijo—. Para mí es suficiente, pero temo que no para vosotros.

—Tenemos comida suficiente —contestó mi padre—. Te agradecemos mucho tu ofrecimiento. ¿Quieres tú compartir nuestra comida?

—No. Hace muchos años que sólo me alimento con su leche. ¿Para qué más si con eso es suficiente? El día que ella muera —dijo refiriéndose a la vaca— también yo moriré. Le tengo tanto aprecio que no me importará morir con ella. Nos haremos compañía en el viaje hacia la otra vida. Decidme: ¿venís de muy lejos?

—De Bhubaneswar.

—¿Podéis describírmelo un poco?

Mi padre, cuya memoria era extraordinaria y difícilmente pasaba un detalle por alto, hizo una ajustada descripción. El yoga ciego se sintió muy satisfecho, por lo que pudimos inferir de la expresión que asomó a su rostro.

—Gracias, amigos. Poco a poco voy conociendo nuestro país por aquello que me cuentan. Siempre he sido ciego, pero mi imaginación puede suplir mi ceguera. A veces me sirvo de las descripciones como simiente para mis prácticas de concentración. Llego a identificarme de tal forma con los lugares descritos que es como si estuviera o hubiera estado en ellos, pues hasta puedo percibir todos los detalles propios del lugar.

Después de dejar al yogui ciego, seguimos nuestro camino.

—Ya estamos muy cerca, Devendrenath. No tardaremos en divisar Benarés.

Y después de varios meses de viaje; después de haber atravesado cientos de aldeas y de haber calmado nuestra sed en un sinnúmero de riachuelos y remansos; después de haber soportado en ocasiones la perseverancia inusitada de algún vendedor ambulante o de algún desconocido ofreciéndonos mujeres y hachís; después de habernos confundido con las abigarradas muchedumbres de las ciudades y de haber departido con muchos y muchos campesinos; después de haber contemplado bellos lugares y misérrimas tierras en las que los hombres se dejan el cuerpo a jirones; después de haber sido seguidos durante varios kilómetros por niños débiles y harapientos, de haber observado desvencijadas barracas bajo un cielo abrasador, después de todo eso y mucho, muchísimo más, con los pies ensangrentados, polvoriento el rostro y la carne reseca como el cuero viejo, penetramos en la tumultuosa y efervescente Benarés y, nada más hacerlo, nos dirigimos al Ganges y sumergimos nuestro sucio cuerpo en él, agradecidos por haber finalizado con éxito nuestra prolongada peregrinación y por lo mucho que habíamos aprendido con ella. Ese día, hasta el graznido monótono y reiterativo de los cuervos se me antojó nuevo y tuve la sensación de que todo era maravilloso en Benarés, la ciudad más sagrada de la India, la ciudad que Shiva entregó a los hombres como la joya más valiosa y respetable.

Capítulo 13

—¡Devendrenath! ¡Devendrenath!

Estaba en la terraza a primeras horas de la mañana, practicando mis ejercicios respiratorios, cuando escuché la voz de Santimoy llamándome.

—¡Devendrenath! ¡Rápido, rápido!

Descendí corriendo hasta donde él estaba y antes de poder preguntarle por el motivo de su precipitación, dijo con la voz entrecortada por la excitación:

—Un gran rishi de los Himalayas está ofreciendo su último darsán. Ha venido a morir en Benarés y se le considera un auténtico liberado en vida. Está casi agonizante. ¡Vamos! ¡Vamos!

Con toda la velocidad que nos permitían nuestras piernas, corrimos hacia el Ganges a través de las concurridas calles, sorteando a unas personas y no pudiendo evitar el choque violento con otras.

—¡Rápido, rápido! —gritaba jadeante Santimoy.

Sudorosos y fatigados, con el corazón como si fuera a estallarnos, llegamos a la orilla del río.

—¡Por allí! ¡Por allí! —gritó, señalando con la mano la dirección a tomar.

Reemprendimos la frenética carrera durante unos metros y al final nos detuvimos ante un parasol alrededor del cual había unas cuantas personas. Abriéndonos paso entre ellas, pudimos acercarnos al decrépito anciano que yacía debajo del parasol. Su espasmódica respiración, sus neblinosos ojos y la enorme palidez de su rostro, todo ello hacía presagiar que el rishi se emanciparía en muy poco tiempo de su envoltura carnal y entraría en *mahasamadhi*

75

.

En su arrugada frente se dibujaba en rojo una cruz esvástica, símbolo de profundo significado místico y esotérico. Un hombre imponía sus manos en diferentes zonas del extenuado cuerpo del agonizante. Ante nuestra visible extrañeza, uno de los presentes, que supusimos discípulo del rishi, nos explicó lo que su compañero hacía.

—Es su discípulo más adelantado —declaró—. Está ayudando al venerable gurú a que toda su energía salga a través de la Puerta de

Brahma, que es la abertura que hay en la cima de la cabeza. De esa forma, la conciencia del rishi se fundirá rápidamente con la Conciencia Universal.

Con toda atención continuamos observando las operaciones del discípulo, que estaba muy concentrado en sus manipulaciones.

Hubo un momento en el que el rishi, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, comenzó a hablar, aunque su débil voz era casi inaudible. Nos aproximamos a él y pudimos así escuchar lo que decía:

—Nada de tristezas ni de lamentaciones —susurró fatigosamente —. Os abandona mi cuerpo, pero no yo. Siempre me tendréis con vosotros. Habéis hecho por mí mucho más de lo que yo merecía. Muchas gracias a todos y conservad mi amor.

Sobrevinieron los estertores previos a la muerte. Su rostro no reflejaba ningún malestar, sino al contrario, un aspecto de envidiable paz. Su discípulo continuaba regulando con sus imposiciones la energía del rishi, tratando de canalizarla toda ella hacia el Brahmarandra, la Puerta de Brahma, el punto de unión entre la conciencia individual y la Conciencia Universal. Los estertores se hicieron más pronunciados y más distantes entre sí. Un suspiro, una ligera sonrisa, unos ojos perdidos en el infinito y el espíritu abandonó el cuerpo del gran rishi de los Himalayas.

Todos sus discípulos quedaron consternados con la muerte de aquel al que tanto amaban, e inevitablemente y a pesar de las palabras del maestro, se encontraban muy apenados. Ninguno de ellos acertaba a reaccionar. Pero, de súbito, el discípulo más adelantado comenzó a temblar estrepitosamente de pies a cabeza y, víctima de violentas convulsiones, con el rostro desencajado, se desplomó en el suelo y comenzó a revolverse sin ningún control sobre sí mismo. Varios de sus compañeros le prestaron enseguida su ayuda, sujetándole con firmeza y comenzando a recitar algunos mantras. Poco a poco el discípulo se fue calmando, hasta penetrar en un estado de semidesmayo.

—Después del gran esfuerzo que ha tenido que hacer para conectar con la energía del rishi y canalizarla, es normal esta descarga que le ha estremecido —nos explicó uno de sus compañeros—. Se requiere una gran potencia interior y un enorme control de los centros energéticos para poder colaborar en la transferencia de la conciencia. Hay quien ha enfermado o incluso ha muerto por no estar lo suficientemente preparado, pues existe el peligro de que la energía del moribundo arrastre a la del acompañante y éste sufra grandes

trastornos.

El que nos ofrecía todas estas explicaciones se acercó al cadáver del rishi, lo observó con mucha atención, y agregó:

—Aunque un liberado en vida tiene derecho a ser enterrado en lugar de incinerado, el rishi nos pidió que quemáramos su cuerpo. No quería que su tumba se convirtiese en un lugar de peregrinación, porque, muy humilde como era, decía que había hombres más evolucionados que él y que esos sí merecían veneración. Sí, siempre fue muy humilde.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas del hombre, quien añadió:

—Últimamente, era como si no estuviera en el mundo. Cuando penetraba en samadhi, temíamos por su vida porque permanecía varios días como si estuviese muerto, sin comer ni beber. Vivió siempre en los Himalayas y casi nunca aceptó discípulos. Decía que él era quien tenía que aprender de los otros en lugar de los otros de él. No podremos olvidarle jamás.

Los discípulos bañaron el cadáver del rishi en el río y después procedieron a su incineración, acompañando el acto con la lectura de los Vedas y los himnos sagrados. Unas horas después el cadáver se había convertido en cenizas. Después de que cada discípulo se apoderó de un puñado de cenizas para guardarlas como reliquia, se colocó el resto de las cenizas en un gran cesto y se arrojaron al río.

De regreso a casa, fui pensando en la vida de los grandes rishis y diciéndome a mí mismo que debía seguir su ejemplo. Una vez en casa, esperé impaciente el regreso de mi padre, meditando sobre aquellas palabras del Yogatattva Upanishad que dicen:

«El adepto, si desea la liberación, debe esforzarse a la vez por adquirir el conocimiento y practicar el Yoga adecuadamente, pues la fuente del dolor está en la ignorancia.»

Cuando mi padre regresó, me dirigí a él y le dije:

—Después de haberlo pensado muy detenidamente, he decidido abandonar el hogar. Nadie me hará cambiar de opinión y nadie debe lamentar mi decisión, porque es lo único que yo deseo. Necesito llevar cierta luz a mi mundo interior, buscar una respuesta a las muchas preguntas que se originan en mi mente, resolver mis dudas y saciar mi sed de progreso interior. No me importa si para lograrlo tengo que invertir una o cien vidas, porque a pesar de todo voy a hacerlo.

Mi padre no pudo evitar que su rostro se ensombreciese. Mi decisión no representaba desde luego una sorpresa para él, pero no podía dejar de resultarle dolorosa.

—Sabía que esta separación tendría que llegar y sin embargo…

—No hay razón para que mi decisión te haga sufrir. Sé que va a ser difícil, pero tú siempre me enseñaste que debemos poner nuestra vida al servicio de nuestro ideal.

—Sí, va a ser difícil —convino con la voz apenada—. Sobre todo va a ser difícil para la tía. Gupta se va a Calcuta, Mashi a Inglaterra y tú donde quieran tus pasos llevarte.

—Iré a Cachemira.

—¿Cuándo quieres partir?

—Cuanto antes mejor —dije sin dudarlo—. Ahora estoy firmemente decidido y quiero hacerlo antes de que mi ánimo pueda traicionarme y me haga flaquear. Partiré pasado mañana. Prefiero que seas tú quien se lo comuniques a todos. En estos momentos es difícil decir cualquier cosa, pero muchas gracias por haber sido mi primer maestro. Quiero que seas tú quien rasures mis cabellos.

—Seré yo —dijo mi padre en un hilo de voz, sin poder ocultar su emoción.

Al día siguiente, víspera de mi marcha, fui a meditar al Templo de Oro. Numerosos peregrinos se agolpaban en la puerta, efectuando los más variados ritos. Llevaban flores, frutas, semillas sagradas y otras ofrendas a la Divinidad. Tras abandonar mis sandalias en la puerta, penetré en el Templo y me situé frente a la gran imagen de Shiva, venerada y reverenciada a lo largo de los siglos por rishis, renunciantes, monarcas y millares de peregrinos. El lingam, símbolo de la fuerza cósmica y el poder procreador, inundó todo mi contenido mental y me sentí proyectado hacia la Conciencia Universal, como si mi conciencia se expandiese hasta el infinito.

Me disponía a abandonar el Templo cuando mi tío vino hacia mí, altivo y orgulloso y preguntó:

—¿Rezabas?

—Sí —repuse—, aunque no con vuestras oraciones.

Mis palabras le contrariaron y su rostro se agrió momentáneamente.

—Me alegro de verte —dije—. Así podré despedirme de ti.

—¿Despedirte?

—Sí. Quiero encontrarme un poco más en paz conmigo mismo, renunciando y mendigando.

El escepticismo se reflejó en sus ojos.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó con cierto desdén.

—Espero que sí —repuse sin darme por aludido. Sonrió despectivamente.

—Mejor sería que te hubieses dedicado al sacerdocio.

Ahora fui yo quien no pude disimular mi escepticismo.

—No puedo creer en algo que divide en lugar de integrar —dije—; que alimenta las diferencias en lugar de trascenderlas. Hazme un favor, tío. Piensa en esto que te he dicho de vez en cuando, dejando de un lado unos instantes tus empalagosos ritos.

El día destinado para mi marcha me levanté a las tres de la madrugada y efectué con todo detalle los rituales propios de mi casta, pensando que sería por última vez, pues desde el momento en que mis cabellos fueran rasurados, todas y ninguna serían mi casa. La conjunción de la noche y el día me sorprendió meditando, porque esa hora es la más propicia para la meditación, ya que todos los rishis y mahatmas realizan en ese momento sus prácticas de interiorización.

Cubrí mi cuerpo con un modesto dhoti y un chal de algodón. Cogí mi ejemplar del Bhagavad Gita y descendí a la planta baja, en donde, para despedirme, ya me esperaban mi tía, Gupta, Mashi y mi padre. Este último, con solemnidad, rasuró mis cabellos, y mi tía me hizo entrega de la escudilla. Mis prendas, una manta, el libro sagrado y la escudilla serían todas mis posesiones. Muy poco si se quiere, pero lo suficiente. Un mendicante no tiene necesidad de nada más.

Todos, excepto Mashi, habían aceptado y comprendido mi decisión. El rostro de mi hermana reflejaba, además del dolor por la inevitable separación, cierta apariencia de reproche.

—Nunca creí que llegaras a hacerlo —me dijo con frialdad—. No deberías dejarnos, y mucho menos ahora que Gupta se casa.

Guardé silencio y agregó:

—¿No dices nada?

—Si después de todos estos años no has llegado a comprenderme —dije—, ¿qué puedo decir ahora que te ayude a hacerlo? Yo mismo en ocasiones tampoco acabo de comprenderme. Este impulso es para mí más fuerte que todo lo demás, y por mucho sufrimiento que me cause no rebelarme contra él, mucho más doloroso e insoportable me sería oponerme a él.

—Cada uno debe hacer lo que crea más honesto —intervino mi tía—. No debes ser injusta, Mashi.

Gupta, silencioso hasta ese momento, dijo.

—No debemos sorprendernos ahora por algo que todos sabíamos y esperábamos —y dirigiéndose a mí agregó—: Cuentas con mi total aprobación y considero que es un honor para nuestra familia que nunca se vea interrumpida la cadena de renunciantes.

Mi tía se abrazó a mí y, entre gemidos, dijo:

—Si fuera más joven o más valiente, te acompañaría.

Después de dejar una carta para Santimoy, me despedí de todos. Las últimas palabras de mi padre fueron:

—Todo lo que podría ahora decirte sería una repetición de lo que te he dicho a lo largo de los años. Ahora ha llegado el momento del silencio, que puede expresar mucho más que todas las palabras de este mundo.

Con pintura roja señaló mi frente.

Los viejos goznes de la puerta sonaron a mi espalda y los rayos del sol hirieron mi rapada cabeza. Vacilé durante unos segundos y me sentí dominado por un profundo sentimiento de desamparo. ¿Qué me esperaba? ¿Lograría sobrevivir? ¿Conseguiría superar el sentimiento de soledad? Un dolor muy agudo se concentró en la boca de mi estómago. Era simplemente el miedo.

Quedaba ya muy atrás mi casa, cuando escuché la voz

inconfundible de Santimoy. Venía corriendo hacia mí.

—Mashi me lo ha dicho —dijo con la voz entrecortada por el cansancio—. Te ibas sin despedirte siquiera.

Un nudo se hizo en mi garganta y muy dificultosamente conseguí articular palabra.

—Sé que no debería haberlo hecho —me disculpé—, pero deseaba evitar este momento. Te he dejado una carta en casa. En ella te digo lo que sobre ti me dijo Acharya de Bhubaneswar.

—Dímelo ahora.

—Dijo: «Tu amigo Santimoy no podría emprender una larga peregrinación, porque su cuerpo no podría resistirla. Él debe rezar mucho a Dios y pedirle un gurú. Si lo hace, Dios le oirá sin duda alguna y le enviará un gurú o le convertirá a él mismo en su propio gurú. Nunca debe desesperar, porque la Verdad está dentro de uno mismo y en cualquier lugar puede rescatarse.»

Los ojos de Santimoy se cubrieron de lágrimas y en ese momento ambos, inevitablemente, tuvimos plena consciencia de la horrible deformidad de su joven cuerpo.

—¿Por qué tuvo que ocurrirme esto? —preguntó con el rostro contorsionado por el dolor.

—Para poder algún día responderme a esa pregunta y a otras muchas, lo abandono todo. No te compadezcas y lucha por tu desarrollo interior. A veces, como me ocurre a mí también, te sentirás un gran extraño entre los demás hombres y te sentirás muy solo. Pero busca en ti mismo ese gurú al que se refirió Acharya de Bhubaneswar.

Al abrazarnos, sentí su encorvado cuerpo junto al mío. No puedo decir por qué, pero en ese instante tuve la profunda convicción de que no volvería a verlo. Mi rostro junto a su rostro, estuve tentado de decirle:

«Santimoy, amigo mío, déjalo todo y vente conmigo. Cuando sea necesario, yo te cargaré sobre mis hombros; yo cuidaré tus pies ensangrentados y buscaré agua con la que refrescar tus labios. Compartiremos juntos lo bueno y lo malo, miraremos juntos las estrellas y juntos también trataremos de descifrar el enigma de todo aquello que nos atormenta. Nos contaremos nuestras cosas bajo el sol inclemente o bajo el cielo estrellado, juntos recitaremos los mantras y

juntos, siempre juntos, estrecharemos la mano, potente y amorosa de Dios.»

Estuve tentado de decirle todo eso. ¿Por qué no lo hice?

Capítulo 14

Andar, andar, andar. Emplear todas las fuerzas en seguir caminando bajo el abrasador e implacable sol o bajo las lluvias torrenciales del monzón. Caminar del amanecer al anochecer, sin tregua, sin descanso, con los pies llagados, amarga la boca pero viva la esperanza. Caminar por las amplias planicies, por los zigzagueantes y angostos caminos, a través de la jungla o de las cumbres nevadas. Caminar con el cuerpo extenuado, pero la ilusión más despierta que nunca.

¡Cuánto se aprende peregrinando! ¡Cuánto tiempo para reflexionar! ¡Qué humilde se siente uno mendigando el propio alimento y siendo a veces rechazado como un perro sarnoso! Peregrinando en medio de la grandeza de la naturaleza, sintiéndose parte del Universo, arrojando fuera de sí los estúpidos vínculos y los prejuicios, combatiendo la debilidad del cuerpo con la plenitud del espíritu y sabiéndose un hombre que tiene que luchar por encima de todo por su realización, se experimenta una profunda libertad interior y una revitalizante unión con todas las fuerzas del Cosmos.

Peregrinando pude ver y sentir al hombre más de cerca y observé su dolor y compartí su amargura. Peregrinando se aproxima uno a sí mismo y se descubren muchos aspectos ignorados de uno mismo. Peregrinando se cultiva la paciencia, se escapa al tiempo y en la lucha contra los caminos se hace uno resistente como esos mismos caminos. Peregrinando se siente uno en profunda y silenciosa comunión con lo que nos rodea. Peregrinando me ha sido posible conocer el admirable carácter de mi pueblo; he aprendido a amar, he despertado a todo lo que había a mi alrededor y que antes me pasaba inadvertido; me he sentido más cerca de la condición humana.

Atravesé paupérrimos villorrios y observé a familias hambrientas con más de veinte hijos, me crucé con santones, fakires, hechiceros y adivinos. Viajé junto a parias y brahmanes, junto a mendigos y vendedores ambulantes. Sentí el fuego de la soledad y hube de ser muy severo conmigo mismo para no regresar a mi hogar. Procuré apartar de mi mente a Sita, a Santimoy y a mis familiares, ahogándolos en el olvido. Pero por las noches, bajo la inmensa bóveda celeste salpicada de estrellas, me sentía sacudido por el recuerdo y me

encogía de dolor.

En un templo en ruinas en el que me detuve a dormir conocí a Kapala, un fakir loco que era la diversión de los habitantes de la localidad y que, a pesar de su demencia, me dio una gran lección de humildad cuando tras yo increparle su oficio, me dijo:

—Al menos yo demuestro mi resistencia al dolor para poder vivir, pero ¿qué das tú a cambio de aquello que recibes?

Su famélico cuerpo estaba lleno de visibles cicatrices, que eran el resultado de sus demostraciones públicas. Su proeza más espectacular consistía en permanecer colgado por los pies de la rama de un árbol durante varios días y sus noches. Probablemente fue esta prueba la que causó su locura. Estuve en su compañía una semana, esperando que sanasen las dolorosas ampollas de mis pies. Con la llegada de la luna llena, Kapala dio comienzo a una larga serie de misteriosos rituales nocturnos, en tanto gritaba:

—¡Dame tu fuerza, amada luna, dame tu fuerza!

Al preguntarle por sus ceremonias, me explicó:

—De esa forma extraigo el poder de la luna y lo aprovecho para enriquecer mi sangre.

Un día, para satisfacer mi curiosidad, le pregunté:

—¿Cómo comenzaste a ser fakir?

Kapala soltó una incoherente carcajada y dijo:

—Mi padre era fakir. Recorrimos juntos muchos pueblos. Él me enseñó a efectuar sus mismas proezas. Murió al hacer la prueba del árbol, porque la cuerda se rompió y se estrelló de cabeza contra el suelo, desnucándose. ¿Qué podía yo hacer entonces? Seguí exhibiéndome ante la gente por aquello que quisieran darme. Ahora soy ya viejo y vivo en este templo. La gente me da lo que puede. Yo les entretengo con mis proezas. La luna me ayuda a dominar el dolor. Ella me regala su fuerza y yo logro vencer a este viejo cuerpo. Sólo gracias a mis facultades pude sobrevivir cuando caí en manos de unos bandidos. Me estuvieron fustigando toda la noche, creyendo que no quería entregarles el dinero que tenía. ¡Pobres bobos!

Kapala me mostró entonces su espalda. Aunque ya cicatrizadas, las heridas eran largas y profundas.

Hablaba con gran fluidez y nunca era posible saber cuándo mentía o decía la verdad. A veces se alimentaba de tortas de ortigas. Él mismo amasaba la harina que hacía con las ortigas y la cocía rudimentariamente.

—Mi padre me enseñó a hacer estas tortas. Al principio forman un nudo intragable en la garganta y queman las entrañas, pero luego uno se acostumbra e incluso saben bien. ¡Come, come cuantas quieras! Haré más si se acaban.

El día en que le comuniqué que habría de seguir mi viaje, no dijo nada. Se limitó a regalarme una torta muy grande y después se revolcó por el suelo como un potro enfurecido.

Daba principio la primavera cuando me encontré con un grupo de jainistas. Eran ocho hombres, todos arropados con el dhoti, excepto uno de ellos que estaba desnudo. Los primeros pertenecían a una rama del jainismo y el hombre desnudo a otra. Vivían en completa armonía y todos cubrían su boca con un lienzo a fin de no tragarse y matar a algún animalillo insignificante. Vivían en un bosque, junto a un santuario jainista que ellos habían levantado. En la mano llevaban una pequeña escobilla, que los jainistas más estrictos utilizan para limpiar el lugar en el que han de sentarse y evitar así la muerte de cualquier ser vivo.

Me aproximé a ellos para mendigar mis alimentos. Un anciano muy corpulento y de gran estatura, dijo:

—No tenemos gran variedad de alimentos, pero no te faltará comida. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras. Éste es un lugar tranquilo, excelente para la contemplación. En tanto no te interfieras en nuestros ritos, tampoco nosotros lo haremos con los tuyos.

Permanecí con los renunciantes jainistas durante unos días. Ellos me hablaron de sus grandes iniciados, los Thrithankaras, y yo de los míos, sin ánimo de proselitismo por ninguna de las partes.

—Todos los caminos honestos conducen a la Verdad —dijo uno—. Un camino no tiene por qué obstaculizar al otro. Vuestras creencias y las nuestras son en parte muy similares, aunque nosotros no respetamos la autoridad de los Vedas.

Conversé muchas horas con el jainista desnudo. Me dijo que su secta se llamaba Digambarca y me explicó muchas cosas.

—Ni siquiera me sirvo de prendas para arropar mi cuerpo porque no quiero nada en absoluto —dijo—. Mi único deseo es liberar mi mónada espiritual de la materia y no regatearé esfuerzos para conseguirlo. Soy jainista por dos razones: porque lo eran mis padres y abuelos y porque esta religión satisface todas mis aspiraciones espirituales. Hemos tenido veinticuatro grandes iniciados o Elaboradores del Camino. Todos ellos nos han enseñado que debemos sobre todo evitar cualquier tipo de violencia. Igual que no se puede lavar el barro con barro, consideramos que la violencia no puede extinguir a la violencia. No debemos únicamente apartarnos de la violencia física, sino también de la violencia mental. Hay muchos que no hacen daño ni matan físicamente a los demás por miedo al castigo, pero si hacen daño o matan con la mente, ¿cuál es la diferencia?

Después de disfrutar de la generosa hospitalidad de los devotos de Mahavira, proseguí mi largo viaje.

Pedregosos y tortuosos caminos, riscos, un prolongado y a veces dificultoso peregrinaje hacia el apacible valle de Cachemira, donde el aire es maravillosamente puro y reconfortante. Cuando me sorprendía la noche, cálida y arrulladora, dedicaba a pesar del cansancio unas horas a la meditación, hasta que me era imposible superar el sueño. Una de esas noches, cuando me disponía a dormir, escuché un rumor de pisadas y a unos metros, rasgando la oscuridad, vislumbré una lucecilla vacilante. La luz se fue aproximando y una voz me dijo:

—No temas, hermano. Busco un lugar en el que reposar después de mi larga caminata.

A la luz amarillenta y tenue del candil pude ver al hombre que me hablaba. Se trataba de un monje budista japonés, joven y delgado. Llevaba la cabeza rapada y cubría su cuerpo con una túnica anaranjada.

—Creo que me he perdido —dijo—. ¿Puedo acomodarme aquí?

—Es un lugar como otro cualquiera —contesté—. Sin grandes comodidades, pero tranquilo.

El monje extendió una esterilla en el suelo y se sentó sobre ella.

—¿No os molesta que diga mis oraciones en voz alta?

—No, claro que no.

Durante bastante tiempo estuvo recitando diversos sutras

budistas, con el rosario en una de sus manos y los ojos cerrados. Tras concluir sus oraciones, dijo:

—Me dirijo a un monasterio budista. Pertenezco al *sangha*

japonés y desconozco vuestras costumbres. Quizá os he importunado.

Hizo una pequeña reverencia y agregó:

—Espero que Buda ilumine mis pasos, porque si no no llegaré al monasterio antes de ser un anciano —sonrió infantilmente, y añadió —: Si no tenéis inconveniente, me gustaría meditar durante algún tiempo. Tengo tan pocas ocasiones de hacerlo últimamente. El otro día dormí entre los cerdos. Cuando escucharon mis oraciones se irritaron de veras y llegué a temer por mi vida. Imploré a Buda para que me socorriese y por fortuna el amo, ante los gritos de los animales, acudió corriendo y me hospedó en un lugar más seguro.

Sonreí. El monje sacó una vela del zurrón que llevaba consigo, la puso sobre una palmatoria tras encenderla y después de adoptar una rígida postura de meditación, la colocó sobre su cabeza.

—Así evito dormirme —explicó—. Y si lo hago, al caer la vela, me despierto sobresaltado. Recuerdo mis primeras meditaciones cuando niño. Yo mismo pellizcaba mis miembros a fin de no dejarme invadir por el sueño. ¿No acostumbráis a meditar?

—Sí, pero ahora no podría hacerlo ni con cien velas sobre la cabeza.

Dejé al monje meditando y enseguida me sumí en el mundo de los sueños. Soñé que corría tras Sita en un resplandeciente bosque de mangos y que ella rodeaba mi cuello con sus brazos y acariciaba mis labios con los suyos.

Amanecía cuando me despertó el monje para despedirse. Pude comprobar que su rostro era sereno y bondadoso, y su mirada inteligente y afable.

—Imagino que nuestros caminos son diferentes —dijo—. Voy hacia el sur.

—Yo hacia el norte.

—Buda os guíe con su conocimiento, hermano.

—El amor de Shiva os acompañe siempre.

Capítulo 15

Extasiado, permanecí durante mucho tiempo contemplando los fértiles valles de Cachemira. Prosiguiendo mi largo peregrinar, llegué a Srinagar y penetré en el Templo de Shankaracharya para expresar mi agradecimiento ante el lingan y reflexionar sobre lo que iba a ser mi vida desde ese momento.

—Señor —supliqué—, ayúdame a acallar mis recuerdos y no permitas que me sigan atormentando.

Mi mente, indócil y descontrolada, transportaba mi imaginación a las personas y lugares amados que había logrado apartar de mi vida física, pero no de mi vida psíquica.

Abandoné Srinagar y me dirigí a la ladera de una montaña en la que había algunas cuevas y diversos renunciantes ocupando parte de ellas. Yo ya sabía desde hacía años que Cachemira, maravilloso obsequio de la naturaleza, es lugar en el que tradicionalmente han abundado los anacoretas, los rishis y los buscadores de la Verdad. Ante mi vista se extendían los frondosos bosques, los sinuosos ríos, las cumbres nevadas y los evocadores arrozales. Toda la zona emana misticismo e invade al renunciante con su arropadora quietud.

Me instalé en una cueva muy pequeña, pero excelente para el estudio y la meditación. En el exterior la atmósfera era limpia y en la lejanía se veían las eternas nieves himaláyicas. Abajo, un inmenso lago lamía con sus aguas las faldas de las montañas que lo rodeaban. Sentí una alegría desbordante al saberme por fin en aquel paradisíaco lugar y me dejé caer en el suelo, perdiendo la mirada en el uniforme azul del cielo.

—¡Por fin! —me dije—. ¡Por fin solo conmigo mismo!

Pero la soledad exige, cuando queremos prolongarla, un esfuerzo extraordinario. Durante varios días, en un rincón de mi cueva, estuve tratando de disipar los fantasmas de mi imaginación. Varios días de ayuno luchando contra mis propios impulsos y tendencias, mis afectos y pasiones, mis ideas y recuerdos. Aunque físicamente sumido en una absoluta inmovilidad, no encontraba ninguna serenidad en mi mundo interior, sino que, por el contrario, cada día se hacía más pronunciada la frenética actividad de mi mente. Unas veces escuchaba las palabras

de Mashi o de Gupta; otras evocaba la imagen de Sita o de mi padre; con frecuencia recordaba los ojos llorosos de Santimoy y el rostro enflaquecido de mi tía.

Al sexto día de mi aislamiento, salí a mendigar, recorriendo las aldeas más cercanas. Nadie, por lo general, me regateaba su ayuda, porque en la India se tiene respeto y aprecio por aquel que lo deja todo para enriquecer su vida espiritual. Se considera que quien ayuda a un sadhu se está ayudando a sí mismo. Hasta los más pobres me daban un puñado de arroz o de lentejas, alguna fruta o un pedazo de pan.

Tras haber efectuado mis prácticas higiénicas y mis ejercicios respiratorios, todas las mañanas salía a mendigar mis alimentos. Comía al mediodía aquello que me habían entregado y meditaba hasta el anochecer. Sólo hacía una comida diaria y había reducido mi alimentación hasta donde era imprescindible para mantenerme vivo. Leía el Bhagavad Gita todas las tardes, pero el consuelo que su lectura me ofrecía era tan débil que todos los días, en el crepúsculo, un profundo sentimiento de soledad y melancolía se apoderaba de mí. Muchas noches no podía reprimir el llanto y, angustiado por lo angosto de mi refugio, salía al exterior y me sentía acompañado con el rumor de las aguas o del viento. Comprobaba con pesar que las cosas no se desarrollaban bien en mi mundo interior y que toda veta de luz estaba comenzando a extinguirse. Los sentimientos, las emociones, los pensamientos y los recuerdos se entremezclaban y confundían en mi interior, originando una situación caótica e insuperable. Hasta tal grado se acentuó mi inquietud y desesperación que decidí suspender mis meditaciones. Por las mañanas, después de mendigar, pasaba el resto del día recorriendo los bellos parajes que me rodeaban, hablando con campesinos y pastores y orando en los santuarios.

Cerca de mi cueva había una herméticamente cerrada, dentro de la cual habitaba un asceta desde hacía quince o veinte años, en una total oscuridad. Nadie sabía con certeza si vivía o no, ni nadie había osado averiguarlo, porque hubiera sido para ello necesario abrir la cueva y el aislamiento de un asceta se considera sagrado e inviolable.

—La última vez que le vimos —me explicó un campesino— fue hace cuatro o cinco años. Era como un esqueleto y sus cabellos llegaban hasta la cintura. Había perdido los dientes y las uñas, y sus labios eran blanquecinos como la harina. Apenas podía andar, pues sus piernas eran tan finas como las de un recién nacido. Enseguida volvió a su cueva y la cerró tan firmemente como era posible. ¿Qué habrá sido de él? Nadie puede saberlo, pero para mí de ese hombre no

deben quedar ya ni los huesos. Debe ser un hombre muy santo, porque de otro modo no hubiera podido soportar esa forma de vida durante tanto tiempo.

No lejos de mi cueva vivía un eremita de la secta Kapalika. Hacía sus ritos al aire libre, cuando el sol comenzaba a despuntar y, a veces, practicaba complejas ceremonias cuando la noche estaba muy avanzada, iluminándose con un candil y protegiendo su cuerpo contra el frío con una piel de leopardo.

Los seguidores de la secta Kapalika meditan constantemente sobre la muerte, acuden a los crematorios, cubren su cuerpo de cenizas y apoyan sus meditaciones en elementos que les hagan mantener viva la imagen de la muerte. La escudilla del kapalika que vivía a unas decenas de metros de mi cueva era una calavera. Había logrado formar una curiosa imagen de Shiva con algunos huesos humanos y todas las tardes le hacía una ofrenda de flores. Su nombre era Han y su aspecto hacía pensar en un cadáver. Aunque su nariz era prominente y aguileña y su barbilla excesivamente afilada, había cierto encanto en su rostro y en su mirada se traslucía cierto sentimiento de nostalgia. Sus ojos miraban como si no estuvieran viendo nada, apagados y carentes de todo brillo, muy hundidos en sus órbitas.

—Adoro a Shiva como representación de la muerte —me explicó —. La muerte es la vida. Vivir es estar muerto. Un hombre nace al morir y meditar sobre la muerte es meditar sobre la vida.

Hablaba por lo general con frases cortas y utilizaba con mucha frecuencia la palabra *muerte*. A veces, después de cubrir todo su cuerpo con cenizas fúnebres, entonaba macabras letanías que él mismo había compuesto.

—Durante varios años estuve recorriendo los crematorios y meditando ante los cadáveres que eran reducidos a cenizas. Esa escena estimulaba mi pensamiento en la Divinidad y me hacía reflexionar en la transitoriedad de esta vida humana, que es tan sólo una ilusión. Morir es nacer a una forma de existencia que no es ilusoria, sino real; que no es efímera, sino intemporal.

En ocasiones me entretenía observando sus ritos nocturnos, aunque nunca participaba en ellos. El kapalika adoptaba la postura de la muerte e incluso imitaba el rigor mortis. En su rostro aparecía la expresión de un verdadero cadáver, hasta tal punto que a veces llegué a preguntarme si estaría vivo o muerto.

—Los hombres viven como si nunca hubieran de morir, como si esto que ellos llaman vida fuera a ser eterno. ¡Pobres ilusos! Muchas veces me pregunto por qué el hombre está tan anquilosado mentalmente, por qué se esfuerza por satisfacer de continuo su devoradora ambición si al final va a terminársele todo esto que él llama vida como se termina un simple sueño.

Por las mañanas, Han me acompañaba a mendigar. Aunque vivía pensando de continuo en la muerte y rodeado de elementos que no podían facilitarle su olvido, era sin embargo un hombre con un humor excepcional. Siempre tenía una palabra alegre para aquellos que nos daban algún alimento, y si alguien nos lo negaba, Han, sin dejar de sonreír, decía:

—Debe haber descubierto que soy kapalika y querrá hacerme el favor de que me muera pronto. Pero no voy a permitirle que me haga ese favor, claro que no.

Sus bromas divertían a los ignorantes campesinos, siempre bondadosos, siempre humildes. Su buen estado de ánimo resultaba contagioso y con sus palabras hacía las delicias de los que le escuchaban en las aldeas por las que pasábamos.

—¿Te das cuenta? —me decía—. Ellos que creen que esto que hacen es vivir, tienen un carácter insoportable. Yo, que estoy muerto, tengo que hacerles reír a ellos, que se creen vivos. Como son tal cual gallinas que nunca piensan en la muerte, no saben apreciar lo que ellos creen que es vida. Es como si las pulgas les estuviesen siempre picando.

Un día Han, muy serio, me comunicó:

—Hoy será el último día en que vayamos juntos a mendigar.

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

—Creo que mi muerte se acerca, es decir, mi vida. Lo llevo presintiendo durante varios días, y cuando rezo ante la imagen de Shiva pienso que dentro de poco mis huesos van a estar tan pelados como los que forman la imagen. La otra noche escuché la voz de la muerte. Sí, créeme. Una voz hueca e impresionante, pero para mí la voz de la vida.

—¿Te dijo algo?

—Sí, sí, me habló. Al principio me era imposible entender lo que

me decía, pues era como un eco lejano, muy lejano. Pero después la voz se hizo más potente. «¡Han! —dijo—. Dentro de poco serás como esas cenizas que ahora cubren tu cuerpo.» Eso me dijo. Pensé que era todo producto de mi imaginación o que estaba soñando. Pero después volví a escucharla, clara y precisa, golpeando mis sesos.

El rostro de Han se ensombreció. Se dio unos golpecitos en la frente y confesó:

—¿Podrás creerte una cosa? Ahora he tenido miedo ante ella. Al escuchar su voz se me encogió el corazón. Yo que tantas veces le he pedido que me lleve con ella, ahora la he temido.

Sonrió haciendo un esfuerzo y agregó:

—En el fondo siempre tememos a lo que amamos. Debe ser eso. Muchos hombres no temen la muerte por lo que ésta pueda traerles, sino por lo que ésta les hace dejar. Yo nada tengo que perder y sí mucho que ganar pero, ¿por qué he sentido temor? ¿Puedes tú responderme?

Negué con la cabeza.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros e ironizando consigo mismo—. Busquemos algo de comida para seguir viviendo o muriendo, ¿quién sabe?

—¿Dónde irás? —pregunté.

—Quiero ir a morir junto a la tumba de mi maestro. Quizá la muerte me sorprenda antes de llegar allí. Querría, eso sí, recibirla con unos ritos especiales. Esa gran mujer no debe sentirse desairada —rió entrecortadamente, como a borbotones, y agregó—: La he tenido siempre presente y sería imperdonable que ahora me cogiese por sorpresa.

Han partió una noche, deslizándose como una sombra y entonando un himno fúnebre que rasgaba el mirífico silencio de la madrugada.

Volví a mi soledad. De nuevo intenté, con renovado ímpetu, bloquear mis recuerdos e ir obteniendo un mayor control sobre mi mente. En lugar de mendigar todos los días, comencé a hacerlo tan sólo dos veces por semana. En la abismal oscuridad de la cueva, me esforzaba por aproximarme a mi Yo, por establecerme en mi real naturaleza. Pero era como si todas las vías de acceso a mi Yo

estuviesen cerradas. Aquellos viajes al fondo de mí mismo me hicieron consciente de cuán desvencijado estaba mi mundo interior y, desesperanzado, suspendí de nuevo mis meditaciones y consideré como lo más aconsejable realizar algún trabajo físico. Y así, todos los días, antes de que saliera el sol me encontraba trabajando en los arrozales, queriendo ahogar mis recuerdos con un trabajo duro y exigente.

Trabajé incansablemente durante varios meses, hasta que un día se nubló mi vista y caí desplomado sobre el fango. Todo a mi alrededor daba vueltas y era como si un volcán quemase mis entrañas. Tiritando estrepitosamente y con un lacerante dolor en la cabeza, apenas podía hablar. Sobreponiéndome a mi malestar y haciendo un esfuerzo desesperado, conseguí decir lo suficiente como para que los hombres que se ocuparon de mí entendieran que deseaba ser conducido a mi cueva. Eran mis fuerzas tan exiguas que cuando por fin logré hacerme entender, perdí el sentido.

Desperté víctima de un profundo desasosiego, atormentado por violentas convulsiones y con una sensación unas veces de frío y otras de calor que alcanzaba todos mis huesos. Pensé en Han y me dije que su amiga la muerte me iba seguramente a llevar con ella antes que a él. Mis párpados eran como dos planchas de mármol que se empeñaban en mantenerse cerradas y mi lengua era como una esponja grande que desbordaba mi boca.

Con la seguridad de que iba a morir, intenté ordenar mis pensamientos y obtener el máximo de sosiego interior a fin de no crear deméritos y merecer una reencarnación favorable. Repitiendo el nombre de Dios, mi mente se desplomó en un vacío oscuro e insondable y tan sólo dispuse del tiempo necesario para preguntarme: «¿Será esto la muerte?»

Al abrir los ojos, pude comprobar que la luz del día iluminaba débilmente la cueva. Dolorido y más enfermo de cuanto pueda imaginarse, me arrastré hasta el exterior. En ese momento todas mis aspiraciones se centraban en poder contemplar una vez más el transparente cielo de Cachemira. Sin poder conseguir un mínimo de control sobre mi mente, las imágenes y los pensamientos se agolpaban en mi cerebro como si quisieran hacerlo estallar. En rápida y frenética sucesión me asaltaban los rostros, deformados y nebulosos, de Mashi, la tía, mi padre y Gupta. Se entremezclaron en mi mente versículos de los más diferentes Upanishads. Y en medio de tan enajenante delirio, desasosegado por la fiebre, el pavor invadió todo mi ser y quise hacer acopio de todas mis energías para gritar reclamando socorro. Pero,

avergonzado de mi frágil resistencia, me dije que al menos debía morir con dignidad y entonces, con más insistencia que nunca, como si quisiera alienarme, repetí el nombre de Dios:

—¡Ram, Ram, Ram!

Observé cómo una nube negra, espantosa e intimidante, descendía sobre mí como si quisiera asfixiarme. Sentí en ese momento como si la garganta me fuese estrujada por una monstruosa garra y tuve la imperiosa necesidad de respirar, porque era como si mis pulmones hubiesen dejado de funcionar. «Ahora sí —me dije mentalmente—. He aquí la descomposición de mis elementos.» Y la nube envolvió todo mi cuerpo y dejé de sentir los rayos del sol naciente sobre mi rostro.

Capítulo 16

Aquel hombre de aspecto imponente que estaba ante mí, ¿era quizá un espíritu del otro mundo? Sus grandes manos estaban a unos centímetros de mi cabeza y sobre mi sudorosa frente podía experimentar un beneficioso y cosquilleante fluido que emanaba de aquellos gruesos dedos.

—Descansa, amigo —dijo—. Permanece tranquilo, sereno.

A medida que el fluido emanaba de sus manos y penetraba en mi cabeza, iba recobrando mi equilibrio físico y mi salud.

—No te muevas. Por fortuna te encontré esta mañana y todavía estabas vivo. Seguramente has sido víctima de algunas fiebres. Trata de ser receptivo a mi energía para que ésta pueda regenerar todos tus centros. Respira pausadamente y concentra tu mente en la infinitud del Universo. Hazte permeable a la energía universal y déjate llevar por ella.

Durante varias horas el hombre que me hablaba mantuvo sus manos cerca de mi cabeza. Apenas podía ver su rostro. No sabía dónde nos hallábamos y la luz era muy tenue. Poco a poco me fui recuperando y una sensación de bienestar fue desplazando mi anterior agitación. El hombre se alejó unos instantes y regresó al poco rato trayendo consigo un tazón que contenía un líquido pardusco y humeante.

—Bebe esto —dijo—. No sabe muy bien, pero te será de gran ayuda.

Bebí lo que me ofrecía y sentí como si un afilado aguijón rasgase mi garganta.

—Es una infusión de hierbas y raíces que combatirá definitivamente tu mal. Ahora repite las palabras que yo vaya pronunciando.

Con una voz sonora y vibrante pronunció extrañas palabras cuyo significado yo desconocía. Mi débil voz repitió aquellos altisonantes vocablos, muchos de ellos extremadamente difíciles de recordar y de pronunciar.

El hombre depositó una pequeña piedra en mi mano izquierda y dijo:

—Apriétala tan fuerte como puedas en el interior de la mano y fija la mente en el corazón.

Así lo hice y, ante mi sorpresa, percibí que mi corazón latía con potencia inusitada, bombeando la sangre hasta mis sienes.

—Esta piedra es una turquesa de características muy especiales —explicó—. Tiene más de cinco mil años de antigüedad y es, a pesar de su reducido tamaño, un inmenso acumulador de energía.

El hombre me hizo repetir algunas otras palabras y me indicó que, con mi mano derecha, trazara en el aire algunas figuras de profundo significado esotérico.

—Ahora debes dormir —me aconsejó—. Pronto estarás bien. Descansa.

Dormí durante varios días y cuando desperté, lo primero que mis ojos vieron fue un extraño candelabro de muchos brazos en una esquina de la estancia. Miré a mi alrededor y comprobé que estaba en una cueva muy amplia, en cuyas paredes, trazados con pinturas de diferentes colores, había extraños dibujos, símbolos, números y palabras. En una esquina, sobre una especie de rudimentario altar, había gemas, metales y desordenados manuscritos.

—Bueno, por fin has vuelto al mundo de los vivos. Creí que nunca despertarías.

Quien me hablaba era un individuo alto y muy corpulento, con el cuello casi tan ancho como el de un búfalo, miembros muy desarrollados y amplias y resistentes espaldas. Estaba junto a la puerta

de la cueva, con el dorso desnudo y un amarillento langoti cubriendo la parte inferior de su cuerpo.

—Es conveniente que salgas y respires el aire de la mañana —dijo con su resonante voz.

Con no pocas dificultades, sin poder lograr el perfecto equilibrio de mi cuerpo, salí al exterior. Al ver los esfuerzos que me veía obligado a realizar para mantenerme de pie, el hombre soltó una explosiva carcajada y a continuación dijo:

—Pareces un espantapájaros, pero podía haber sido peor. Respira profundamente y desentumece tu cuerpo.

Mi primera mirada bajo el cielo inmaculado de Cachemira fue para aquel que me había rescatado de las garras de una muerte inevitable. Pude observar una cabeza muy grande y un rostro potente, de fuertes y cuadradas mandíbulas, espesas cejas y labios gruesos y carnosos. Una expresión de indescifrable misterio se reflejaba en su rostro, y de su inescrutable mirada emanaba una especial energía que confería a sus ojos un llamativo brillo.

—Te estarás preguntando quién soy, ¿verdad? —dijo clavando sus imperiosos ojos en los míos.

No pude mantener su mirada, que tenía algo de mágico y parecía poder descubrir aquello que está más allá de la mirada del hombre ordinario.

—Todavía no sabes nada de mí, aunque yo ya sé bastantes cosas de ti —aseveró y, unos segundos después, agregó—: ¿De dónde eres?

—De Benarés.

—Yo soy de todas partes y de ninguna. No debemos permitir que nuestros pensamientos nos esclavicen haciéndonos de uno u otro sitio.

Reflexionó unos instantes y sin mirarme, dijo:

—No tardarás en regresar a Benarés.

La convicción que imprimió a sus palabras me llamó la atención. Aquel hombre parecía saberlo todo. Su seguridad en sí mismo resultaba envidiable y enseguida uno podía comprender que se trataba de esas personas que prefieren siempre gobernar a ser gobernados y que jamás hacen concesiones a sus impulsos o tendencias.

—Eres muy joven todavía —dijo—. Algún día comprenderás las leyes que rigen el Universo. El hombre que puede dominar esas leyes se convierte casi en un dios.

Se apartó sus largos y descuidados cabellos del rostro, sonrió de una forma ambigua y afirmó:

—Hoy se da una conjunción astral especial. Esta noche efectuaré mi ritual del fuego. ¿Querrás acompañarme?

—No podría negarle nada a quien ha salvado mi vida —dije tratando de expresarle mi agradecimiento—. Eres un hombre extraño. ¿Cómo te llamas?

—Hamsa —repuso con orgullo—. Hamsa es el ave sagrada. Hamsa es la vida etérea, más allá de la materia. Hamsa es el símbolo de lo oculto, de la realidad invisible, que es la única realidad. Hay muchos mundos y quienes descubren las claves necesarias pueden viajar a esos mundos y aprender muchas cosas que nuestro mundo ordinario no logra enseñarnos. Hamsa es un mantra universal y todas las personas al respirar pronuncian ese mantra. Sí, Hamsa me llamo y no creo que otro nombre pudiese agradarme más.

—¿Dónde se encuentran esos mundos de que hablas?

—Para quien puede penetrarlos, esos mundos están todos aquí. En verdad no hay aquí ni allí. Esos mundos se entrecruzan.

Colocó su mano derecha sobre mi hombro y dijo:

—Regresa a tu cueva y descansa. Esta noche te necesito bien descansado. Yo pasaré el resto del día preparándome interiormente y ayunaré para conservar mis energías puras para esta noche. Quiero decirte una cosa, Devendrenath.

Sorprendido, pregunté:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Qué importa eso ahora? Quiero decirte que tú y yo teníamos que encontrarnos, aunque nunca pensé que fuera en estas circunstancias. Yo necesitaba un colaborador y los seres que habitan en los planos superiores me lo han enviado. Pronto nos separaremos, pero quizá algún día volvamos a encontrarnos.

Cuando me disponía a dejarle, agregó:

—Devendrenath, sólo las cosas pequeñas y sin importancia son casuales, no lo olvides.

—No termino de entender lo que quieres decirme.

—Ya lo entenderás alguna vez. El gran mago que fue mi maestro me dijo una vez: «Hamsa, no eres tú quien elige el destino, sino que es tu destino quien te elige a ti. Puedes colaborar sabiamente con él u oponerte a él. Lo segundo es un error que cuesta muy caro.»

Anochecía cuando me reuní de nuevo con Hamsa. En su rostro asomaba ahora una grave seriedad. Se había recogido el abundante cabello en una trenza y se había colocado un gran aro en el lóbulo de cada oreja. Entonces me di cuenta de que sus lóbulos eran largos y afilados. También me asombró su robusto mentón. Su rostro desde luego no era nada vulgar y de todo él emanaba una fuerza que a veces resultaba incluso temible.

—Devendrenath, tenemos que ser muy prudentes —dijo—. No debemos dejarnos sorprender por fuerzas que pueden, si nos descuidamos y no las dominamos, aniquilarnos para siempre. Quiero que vivas este momento como si se tratara de una eternidad; que te entregues al rito que vamos a efectuar como si la vida te fuera en ello. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré.

—Veas lo que veas o escuches lo que escuches, no pierdas la serenidad. Sé fuerte. Sólo los dioses pueden hacerle mal al hombre y los dioses no son perversos. Las otras naturalezas nos lo pueden hacer tan sólo si somos débiles, por eso quiero que te muestres fuerte y seguro, que no te alarmes suceda lo que suceda.

Hamsa preparó una gran fogata y ambos nos sentamos junto a ella. Su rostro adquirió una inequívoca expresión de fuerza. Las llamas iluminaban sus ojos, inalterablemente fijos en ellas.

—Este rito, Devendrenath, encuentra su origen en la civilización drávida. Ellos fueron los primeros habitantes de nuestro país y consiguieron una civilización muy avanzada. Fueron magníficos magos y supieron controlar las fuerzas invisibles de la Naturaleza. Su civilización sucumbió al igual que tantas otras, pero no su estirpe de magos. Esa nunca se perderá, te lo aseguro.

Seguía sus palabras con tanta atención como me era posible y me preguntaba si él pertenecía a esa larga sucesión de magos drávidas.

—Todos los que han pertenecido a esa estirpe de magos han tenido un distintivo en el paladar: una esvástica. Ellos se han ido transmitiendo su fuerza y sus conocimientos de unos a otros. Son hombres extraordinarios, no porque estén mejor dotados, sino porque se han preparado y tienen las claves necesarias para beber en la fuente de la sabiduría superior.

Hamsa comenzó a recitar algunas palabras para mí ininteligibles y que yo, ignorante de su significado, repetía. Después de una invocación que parecía no tener fin, dijo:

—Cierra los ojos y observa. Observa atentamente, muy atentamente.

Al principio sólo vi un gran vacío oscuro, pero poco a poco acudió a mi mente, con increíble fidelidad, la imagen vaporosa e inconsistente de un anciano ante un ídolo.

—¿Lo ves? —preguntó Hamsa—. ¿Puedes verle?

—¿Te refieres al anciano?

—No, al ídolo. Intensifica tu atención; intensifícala.

Pensé con tanta fijeza como me fue posible. El ídolo fue conformándose con mayor claridad y precisión en mi mente. Era una imagen extraña, con dos cabezas, una blanca y otra negra.

—¿Puedes verlo ahora mejor?

—Sí, sí —repuse sin poder controlar mi excitación—. Pero no logro comprender su significado.

—¿Ves sus dos cabezas? Ellas simbolizan los dos mundos: el visible y el invisible. El visible es un mundo de sombras, de ignorancia, y por eso su cabeza es negra. El invisible es un mundo de luz, de conocimiento, y por eso su cabeza es blanca, luminosa.

La voz de Hamsa había adquirido una sonoridad singular. Poseía un vigor muy acusado.

—El mundo invisible es tan sólo para los iniciados y para aquellos que pueden liberarse de las cadenas de la ilusión. Sigue mirando, Devendrenath, sigue mirando.

El cuerpo que formaba el ídolo estaba dividido en dos por una

brecha profunda. La parte izquierda era opaca y la otra transparente.

—La parte izquierda representa el mal y la derecha el bien. Una es opaca y ciega; la otra es transparente y permite la visión de la luz. Esa imagen que ves en tu mente, Devendrenath, era la imagen que simbolizaba entre los drávidas el poder de la sabiduría sobre la ignorancia. Aunque nuestros cuerpos están aquí, nuestras mentes ahora se encuentran a miles de años de distancia. Sigue mis instrucciones con atención, pues de otra forma podrías morir o enloquecer. No abras los párpados y repite las palabras que iré diciendo.

Durante algún tiempo volvió a recitar extrañas palabras.

—Ahora puedes ya abrir los ojos —me indicó.

Los abrí y observé que los troncos que formaban la fogata se habían consumido totalmente, a pesar de que yo tenía la sensación de haber tenido los ojos cerrados durante sólo unos segundos. Mi sorpresa fue aún mucho mayor al observar que la noche comenzaba a ceder ante el nuevo día.

—En el mundo invisible —me explicó Hamsa— no cuenta el tiempo. Hemos estado muchas horas en el mundo invisible. Pero ¿qué son unas horas para el intemporal y eterno mundo invisible?

El rostro de Hamsa parecía haberse transfigurado. Ahora aparentaba mucha más edad y se presentaba visiblemente fatigado.

—He tenido que hacer un gran esfuerzo para llevarte conmigo hacia las esferas superiores. Estoy muy cansado. Nos volveremos a ver, pero no puedo decirte cuándo.

—Querría regresar a ese mundo superior —dije vacilante.

—Dentro de unas semanas hay una conjunción excepcional. Trataremos de conseguir una materialización. Un hombre solo muy difícilmente puede conseguirla, pero la energía de dos hombres unidos enriquecen las posibilidades. Yo te avisaré. Tengo un trabajo difícil que hacer y no quiero ser importunado.

—Esperaré.

Hamsa se incorporó y volví a sorprenderme ante su insólita corpulencia.

—No debes contarle a nadie lo que has visto —declaró—. El secreto es la llave del mundo invisible. No lo rompas. De cuando en cuando te haré llegar leche a tu cueva, para que tu alimentación sea más completa. Eres un hombre débil y debes cuidar tu salud.

Una vez en mi cueva me pregunté si no había sido todo producto de mi imaginación y si el mismo Hamsa existía. Pero apenas pude reflexionar sobre ello, porque el cansancio era tan agudo que mi aturdida mente estaba más confusa que nunca.

Capítulo 17

Hamsa llegó cuando me encontraba efectuando mi meditación diaria sobre el Bhagavad Gita, bajo un gran árbol que me resguardaba de los rayos del sol. Desde lejos, gritó con su potente voz:

—¡Devendrenath, los poderosos espíritus te bendigan!

Y aproximándose con lo que eran zancadas más que pasos, dijo demostrando un excelente estado de ánimo:

—¡Hoy es el gran día!

Sus ojos adquirieron ese brillo especial que tanto llamaba mi atención y, elevando en el aire sus velludos y fornidos brazos, dijo:

—Esta noche se producirá la conjunción a la que me referí. Será un momento muy favorable para conectar con otras envolturas de energía.

Colocó una de sus manos sobre mi cabeza, sonrió satisfecho y tras observarme con mucha fijeza, dijo:

—Todos los días te he enviado mis mejores pensamientos a fin de que tu salud se restableciese definitivamente.

Mi interrogadora mirada le hizo agregar:

—Algún día comprenderás el gran poder del pensamiento. De entre todas las fuerzas de la naturaleza, la del pensamiento es la más potente. Sin embargo, son muy pocos los que han aprendido a servirse de ella.

Dejó caer su corpachón sobre el suelo y respiró varias veces profundamente.

—¿Meditas a veces en la infinitud del Universo? —preguntó.

—Lo hago en ocasiones —repuse.

—Es una de las meditaciones más importantes. Nuestra mente se abre, trasciende sus limitaciones y entra en comunión con el Universo. Al meditar debes tratar de experimentar en ti mismo la grandeza del mismo, su magnificencia. Nunca te sientas solo. Si formamos parte de este extraordinario Universo, ¿cómo podemos creernos solos? ¡Qué estúpidos somos los hombres, qué grandísimos estúpidos!

Estalló en una estruendosa carcajada que sacudió todo su pesado cuerpo.

—¡Los hombres! —exclamó entre burlona y despectivamente—. No han descubierto el gran poder que llevan dentro y, sin embargo, son fatuos y vanidosos aun estando metidos hasta las orejas en su insignificancia.

Cerré el ejemplar del Bhagavad Gita que estaba en mis manos y me extendí sobre la hierba fresca y húmeda.

—Pierde tu vista en el cielo —me indicó Hamsa—. Regula tu respiración y trata de no parpadear. Ahora vacía tu mente y expande tu conciencia: esfuérzate por proyectarla sobre el Universo, saltando las barreras de tu propio ser. Insiste, insiste.

Después de un prolongado silencio, Hamsa agregó:

—Esfuérzate por eliminar la noción de tu cuerpo. Ábrete al Universo.

—No logro vaciar mi mente —repliqué—. Es como un torbellino, como un mar embravecido.

—Trataré de ayudarte. Dame tu mano.

La poderosa mano de Hamsa agarró la mía. Sentí una especie de corriente que acorchó mi brazo hasta el hombro.

—Abandónate —dijo bajando el tono de voz—. Déjate llevar.

Comencé a perder todas las sensaciones de mi cuerpo, tal como si éste se estuviese disolviendo. Tan extraña sensación me produjo un fuerte sentimiento de terror que me llevó a estremecerme.

—Tranquilo —dijo Hamsa con firmeza—. Nada tienes que temer. Vuelve a abandonarte. No pienses; tan sólo siéntete inundado por la grandiosidad del Cosmos.

Quise protestar, rebelarme contra sus palabras, soltarme de aquella gigantesca mano; pero no pude, porque era como si las energías abandonasen mi cuerpo y como si mi conciencia se proyectase fuera de él. ¡Qué extraña y en cierto modo angustiosa sensación! Quise aferrarme a mi tembloroso cuerpo, evitar ese desprendimiento de mi envoltura física que tanto me horrorizaba. Pero era como si la corriente irresistible de un majestuoso río me arrastrase contra mi voluntad. Quise gritar con toda la fuerza de mis pulmones, pero la voz no se formaba en mi garganta.

—No temas, no temas —escuché que decía Hamsa con una voz hueca e indefinida.

Pero no eran ya mis oídos físicos los que percibían esa voz. Era una percepción mucho más directa, que parecía encontrar su origen en lo más profundo de mi mente. Me sentía dominado por la incertidumbre y hubiera querido revolverme y gritar despavorido.

La angustia se convirtió en desesperación al comprobar que me había salido de mi propio cuerpo y que podía verlo desde fuera.

—Lo más difícil ya ha pasado —escuché que decía con animosa voz Hamsa—. Ya nada tienes que temer, nada en absoluto.

Entonces todo se hizo luminoso y un sentimiento de plenitud y de euforia eliminó toda ansiedad. Conocí una maravillosa sensación de libertad que no es posible explicar. Y me sentí inmensamente grande, omniabarcante, lleno de potencia y de vida.

El regreso a mi cuerpo se produjo como una devastadora descarga eléctrica. Preso de las más violentas convulsiones, creí que todas las arterias iban a hacerse pedazos; pero, transcurridos unos minutos, la tranquilidad volvió, y entonces me sentí muy cansado, tan extenuado que ni siquiera podía hablar.

Temeroso de que Hamsa me obligase a repetir la insólita experiencia, aparté apresuradamente mi mano de la suya y traté de incorporarme sin conseguirlo.

—Debes descansar un rato —dijo—. Te has visto sometido a un gran esfuerzo y tienes que reponerte.

Cuando por fin pude hablar, mis primeras palabras fueron:

—Explícame lo que ha pasado.

—Nada que deba extrañarte —contestó con naturalidad—. Vendré a buscarte al anochecer.

Escuché cómo sus pasos se alejaban y me sentí aliviado. Aquel curioso personaje comenzaba a causarme un insuperable temor. Yo que nunca había sido audaz, me sentía ahora más timorato e inseguro que nunca. Mi primera idea fue la de huir, trasladarme de lugar y no volver a encontrarme con aquel hombre que, si bien había salvado mi vida, ahora me producía tanto desasosiego como desconfianza. ¿Quién era él? ¿Qué extraños poderes tenía? ¿Por qué me hacía partícipe de sus intimidantes experiencias? Todo eran preguntas sin respuesta. Y mi inseguridad y sobresalto iban en aumento.

Durante el resto del día estuve dudando sobre lo que debía hacer. Aunque por un lado no quería volver a encontrarme con tan sorprendente individuo, por otro, un impulso más fuerte que mi propia voluntad me impedía huir. Indeciso y preocupado, vagué de un lado para otro, dudando de la realidad de la experiencia que había atravesado, preguntándome si no estaba perdiendo la razón o si los largos ayunos no habrían trastornado mi buen juicio.

Se ocultaba el sol cuando, recortada contra el horizonte, observé la descomunal figura de Hamsa. El miedo me paralizó y cuando estuvo frente a mí, evité mirar aquellos ojos que si bien eran benignos en

ocasiones, otras veces eran impenetrables e incluso atroces.

—¿Por qué no te has marchado como pensabas? —preguntó muy serio.

El verme descubierto en mis intenciones acentuó mi inquietud.

—¿Me temes a mí o te temes a ti mismo? —preguntó—. ¿Por qué te asustas de tus propias facultades?

Una expresión de sinceridad y comprensión inundó su rostro y en ese momento me sentí avergonzado por mi debilidad interior.

—Las cosas no suceden gratuitamente —dijo—. La piedra aparece en el camino no por azar, sino por una razón bien concreta. Si nuestros senderos se han cruzado, no creas que ha sido por casualidad, no lo creas. Queda bien poco para que abandones este lugar, pero, tal como te dije, seguramente volveremos a vernos. Entonces tú habrás cambiado mucho. Entonces todo será diferente, porque quizá sea yo quien deba aprender muchas cosas de ti.

Se sentó en el suelo en una postura de meditación y con un gesto de la mano me invitó a sentarme a su lado.

—Cuando el día y la noche se aproximan, el momento se vuelve idóneo para la comunicación con los demás y con nosotros mismos. Las ondas mentales de muchos grandes iniciados están ahora en la atmósfera y una mente receptiva puede servirse de esa sublime energía para su desarrollo interior. En el Tíbet, en Nepal, en Ceilán y en nuestro país todos los grandes iniciados y muchos aspirantes están meditando en este momento y una gran fuerza espiritual inunda la Tierra. ¡Qué sería del mundo si no fuera por esa extraordinaria fuerza espiritual! Gracias a los hombres que cultivan su fuerza interior, los otros hombres no logran destruir el mundo, a pesar de que parecen tener especial empeño en conseguirlo.

Entre Hamsa y yo surgió un potente sentimiento de comunicación y de súbito todos mis temores desaparecieron.

—Los hombres viven como si fueran islas —dijo con tono que reflejaba una gran decepción—. Pero todos estamos ligados a todos. Ahora tú y yo hemos formado una unidad y la energía cósmica está fluyendo de uno a otro continuamente. Si ambos hubiéramos obtenido un elevado grado de evolución podríamos, incluso, intercambiar nuestras conciencias. No sé si entiendes lo que quiero decirte. Yo podría entrar en tu cuerpo y tú podrías entrar en el mío.

¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Es una de las experiencias más difíciles que el iniciado pueda hacer —explicó—. Tan difícil como peligrosa, pues si una de esas conciencias se perdiese en el cambio, permanecería aislada durante quién sabe cuánto tiempo, vagando por el espacio. Mi maestro era un experto en el intercambio de la conciencia. Un bompo del Tíbet le había mostrado esta difícil técnica. Él decía que incluso puede uno proyectarse al interior de un animal.

Cuando se hizo por completo de noche, fuimos hasta la cueva de Hamsa. Una vez en su interior, me ofreció un cuenco en el que había un líquido rojizo y me dijo:

—Bebe. Yo también beberé. Este líquido alertará e intensificará nuestra atención mental, pulsará todas las fuerzas de nuestro interior y nos ayudará a atraer la energía suficiente para materializar un ser.

La voz ronca de Hamsa recitó algunas fórmulas misteriosas y sus manos trazaron diferentes signos en el aire. Después nos sentamos en uno de los extremos de la cueva y Hamsa colocó su mano a la altura de mi estómago. Un intenso calor se fijó en la boca del mismo y mi vista comenzó a nublarse.

—Ahora tendrás que efectuar un esfuerzo supremo para no dejarte vencer por la somnolencia, para no desmayarte.

Mis párpados comenzaron a ponerse pesados como el mármol, a muy duras penas podía mantenerlos semiabiertos. Todo se iba tornando borroso, oscilante, etéreo. Perdida la noción de mi cuerpo, del espacio y del tiempo, mi cabeza era como una noria en movimiento, embriagada por un intenso sopor que cada vez se hacía más y más pronunciado.

—Lucha, lucha contra tu sueño —me exhortó—. Si logras vencer ese pasajero sopor, tu mente lucirá como la misma Venus, con una intensidad hasta ahora desconocida para ti.

Sombras y luces, inconexas ideas, perturbadores recuerdos.

—¡No te dejes vencer! ¡No te dejes vencer!

La mano de Hamsa golpeó repetidas veces mi rostro. Mi cabeza era como un péndulo sin control. Poco a poco todo se iba alejando de

mi conciencia, abotargada a pesar de mis reiterados esfuerzos.

—Pronto pasará. Haz un último esfuerzo para no dejarte dominar por el sueño.

La voz de Hamsa era como una nube que iba y venía, se acercaba hasta envolverme y se alejaba a cientos de miles de kilómetros.

—No te dejes vencer. Resiste.

Todo era como una sombra densa y sofocante.

—Si te dejas vencer todo estará perdido. ¡Ánimo, ánimo!

El tiempo parecía haberse suspendido para siempre; una sensación de angustioso mareo revolvió todas mis vísceras y sentí como si un volcán hiciese erupción en mis entrañas. Reuniendo todas mis fuerzas, pude decir:

—¡Me ahogo, me ahogo!

—Pronto pasará —repuso Hamsa.

Y ahora su voz fue como si todas las campanas del mundo tañesen a la vez, y pensé que estallarían mis tímpanos. Me llevé las manos a la cabeza y la sujeté con todas las fuerzas de que podía disponer. Mi respiración se hizo violenta y producía el ruido de un gastado fuelle.

—Ya está pasando, ya está pasando. ¡Ánimo!

Hamsa comenzó a ejercer masaje sobre mis diversas vértebras. Al principio sus dedos eran como afilados punzones que me causaban un insoportable dolor, pero después se hicieron blandos y amables, produciendo un agradable frescor. Intensos escalofríos recorrieron mi cuerpo y al final de ellos mis párpados se hicieron livianos como una pluma, mi respiración volvió a la normalidad y mi mente adquirió la quietud de un remanso de agua.

—Ha sido difícil —dijo Hamsa—. Muy difícil. Has tenido que luchar contra tu dispersión mental.

Ahora me sentía lleno de energías y dueño de un vigor hasta entonces ni siquiera sospechado.

Hamsa habló bajando mucho el tono de voz, como si alguien pudiera escucharnos. Dijo:

—Ahora tenemos que ser como dos inmensos imanes capaces de atraer la energía necesaria para obtener la materialización.

Entonamos unas empalagosas salmodias y trazamos diferentes mudras con las manos. Hamsa cogió una vela y pasó la llama de la misma por todo su cuerpo, sin experimentar dolor alguno. Su rostro reflejaba una expresión de gran gravedad; sus ojos parecían los de un león acorralado y asomaba a ellos una sorprendente fiereza; sus labios temblaban como las alas de una mariposa. Se puso de pie de un salto y dejó escapar un desgarrador grito que me heló la sangre. Después cayó de bruces contra el suelo y quedó inconsciente durante varios minutos. Con el rostro inflamado y cubierto de sangre, se levantó de nuevo, cogió entre las manos un extraño instrumento de metal con muchas puntas y lo blandió en el aire. De su férrea mano saltaron algunas chispas de color azulado y los ojos, casi fuera de sus órbitas, se pusieron rojos como la misma sangre. Yo, sin embargo, conservaba una sorprendente tranquilidad y mi mente estaba lúcida e inalterable. Nunca en mi vida había podido mantenerme en un estado de tal neutralidad emocional, contemplando aquellas escenas con impavidez y hasta con indiferencia.

—¡Piensa en él! ¡Piensa en él! —gritó Hamsa con exaltada voz.

—¿En quién? —pregunté consternado.

—¡En él, en él! —chilló, señalando con la mano un lugar en el vacío. Y más tranquilo, agregó—: ¡Piensa, piensa, piensa! Tenemos que prestarle toda nuestra energía para que pueda materializarse. ¡Piensa, piensa!

Una vaporosa forma apareció allí donde señalaba la mano de Hamsa. Observé con fijeza aquella nebulosa que conformaba un rostro todavía irreconocible y fijé mi pensamiento en ella, con el ferviente deseo de que terminase de materializarse. El rostro fue adquiriendo forma poco a poco y sus rasgos se fueron haciendo más reconocibles. Era el rostro de una anciana y, como una nube arrastrada por el tiempo, oscilaba de un lado para otro. Quise imprimir mayor potencia a mis pensamientos, pero inesperadamente el rostro se desintegró y no quedó rastro del mismo.

—¡Oh! —exclamó Hamsa lamentándose—. Lo habíamos conseguido. Lo habíamos conseguido pero no hemos podido retenerlo.

El sudor perlaba su amplio rostro, amplio y desencajado. Se podía comprobar al verlo que había desarrollado un esfuerzo extraordinario

y que se encontraba al borde del desfallecimiento.

—Al final nos ha faltado la energía necesaria —dijo apenado—. Mi mente ha vacilado y ese instante de vacilación ha destruido la materialización.

Al amanecer abandoné la cueva de Hamsa y regresé a la mía. Dormí hasta muy avanzado el día y al despertar, sin saber por qué, me embargaba una indefinible sensación de amargura. Reflexioné preguntándome cuánto hacía que había abandonado mi hogar. ¿Dos, tres años? Me detuve a analizarme y comprobé que apenas había avanzado espiritualmente. Una fuerte irritación contra mí mismo me llevó a un estado de franca exasperación. Entonces tomé una decisión irrevocable: permanecería en mi cueva hasta llevar alguna luz a mi mundo interior o hasta que la muerte sobreviniese por falta de alimentos.

¡Cuántas cosas puede un hombre observar en sí mismo cuando se desconecta de sus sentidos y excava en su mundo interior! ¡Cuánta miseria y también cuánta grandeza! Pasaron varios días y mi debilidad y confusión crecían simultáneamente, pero ni por un momento pensé que abandonaría la empresa en la que me había embarcado. Además, tenía la profunda convicción de que morir era mejor que seguir viviendo a ciegas, con el discernimiento embrutecido y en el extremo opuesto de la Verdad.

Un día un joven entró en mi cueva y rompió mi soledad.

—¿Eres tú Devendrenath Das? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¡Por fin te encuentro después de varios meses! —suspiró aliviado—. ¡Cuánto he tenido que preguntar por ti!

—¿Quién eres?

—Un criado de tu tío. No tengo buenas noticias para ti. Tu padre ha muerto.

No pude reaccionar.

—Tu padre ha muerto —insistió el hombre—. Hace ya meses que sus cenizas fueron arrojadas al Ganges.

Sentidas y silenciosas lágrimas comenzaron a deslizarse por mis

mejillas y alcanzaron la comisura de mis labios.

—Sus últimas palabras fueron para ti. Dijo: «Decidle que vuelva y ponga en orden todos los asuntos de la familia. Decidle que ruegue por mi espíritu y que me tenga presente en sus meditaciones como yo siempre le he tenido presente a él en las mías.»

Cogí mi escudilla, la manta y el Bhagavad Gita y en compañía del hombre salí de la cueva. La claridad del día dañó mis ojos, que protegí con mis manos de los rayos del sol. Lleno de dolor, seguí los pasos del hombre que me había comunicado tan penosa noticia. Pero de repente recordé a Hamsa.

—Un momento —le dije al joven—. Espérame un momento.

Corrí veloz hasta la cueva de Hamsa. Entre sonoros ronquidos, dormía apaciblemente. Me aproximé a él y con extremado cuidado miré dentro de su boca. Allí, en el paladar, bien visible, se dibujaba una pequeña esvástica. Mi curiosidad había quedado satisfecha. Abandoné a Hamsa, mago de la estirpe drávida, y comencé a caminar junto al joven en dirección a Benarés, donde los hombres van a morir para encontrar la dicha suprema y la inmortalidad.

Capítulo 18

Cuando después de una ausencia prolongada uno regresa a su ciudad natal, debe prepararse no sólo para recibir las buenas noticias, sino también las malas, porque por lo general muchas cosas han dejado de ser como eran. Y a veces uno comprueba cuán dolorosa puede llegar a ser la vida humana, esa prueba que representa nuestro paso por la tierra.

Acurrucada entre mis brazos, estremecida por el llanto, mi tía se me antojó como un tierno y desamparado pajarillo. Había adelgazado de forma alarmante y las arrugas que surcaban su rostro eran mucho más profundas. El escaso brillo que yo conocía en sus ojos había huido de ellos y su expresión era taciturna y amarga.

—¡Dios mío! —se lamentó—. ¡Dios mío!

Besé sus lágrimas, sus ojos, sus sienes y pensé en el junco que se resiente, pero que no termina de quebrarse.

—Gupta vino y estuvo presente durante la cremación —dijo mi tía sin poder contener las lágrimas—. Él mismo escribió a Mashi contándole lo sucedido y pidiéndole que no abandonara sus estudios.

Todo fue tan de repente…

Entonces, Santimoy acudió a mi recuerdo y sin pausa pregunté:

—¿Y Santimoy?

El rostro de mi tía se ensombreció aún más si cabe. Movió la cabeza con tristeza y guardó silencio.

—¿Y Santimoy? —insistí—. ¿Acaso está enfermo?

Mis indagadores ojos se cruzaron con la mirada melancólica de mi tía.

—Lo encontraron colgado de una higuera —dijo, y un sollozo le impidió seguir hablando.

Cerré los ojos y no pude dejar de imaginarme aquel cuerpo deforme y encorvado colgando de una cuerda, con el rostro demudado y el dolor de saberse diferente en la mirada.

Con los ojos llorosos, mi tía me observó esperando algún comentario, alguna palabra. Pero ¿qué podía yo decir en ese momento? Me encontraba igual que si me hubieran apaleado durante toda una vida, esforzándome por mantenerme sobre mis pies y por conservar mi dignidad de hombre que había elegido el camino de la renuncia para no dejarse atrapar por las apariencias, aunque éstas se disfrazasen de muerte y de dolor.

Recorrí la casa como si fuera la primera vez que entraba en ella. La sentía tan vacía, tan desolada, que no podía hacerme a la idea de que fuese aquella en la que en otra época se reía, se recitaban los Vedas, se hablaba con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón. Las mismas paredes, pero no las mismas risas; los mismos escalones gastados y renegridos, pero no la misma esperanza. Al encontrarme con las habitaciones vacías, también me encontré con mi corazón desierto. «Pero el Yo es eterno —me dije recalcando las palabras y tratando de convencerme a mí mismo—. El Yo no es el cuerpo, ni las emociones, ni los pensamientos. Si el Yo es eterno, ¿por qué entonces me aferro a todo lo que no es el Yo como el náufrago al tablón de madera?»

Una vez en mi cuarto, rememorando las palabras de Gupta, las traviesas sonrisas de Mashi, los acertados consejos de mi padre y la bendita resignación de Santimoy, cogí el Bhagavad Gita entre mis manos y lo rasgué en tantos pedazos como me fue posible. Todo ello

sin ira, sin violencia; con la misma indiferente frialdad con que el verdugo cumple con su deber. Después, me senté en un rincón de la habitación y mi vista se fijó en la imagen de Kali. En mi mirada no había ningún reproche, sino un desafiante desdén. Permanecí durante muchas horas con mi pesadumbre y tuve la sensación de que algo muy querido estaba agonizando en mí, aunque nunca hubiera podido decir con exactitud el qué.

Para poder anestesiar mis sentimientos, comencé a trabajar sin descanso en los asuntos de mi padre, comprando mercancía, revisándola, estudiando los precios, dirigiendo el bazar y comportándome como si siempre hubiera sido un comerciante sin ningún otro tipo de aspiraciones. Abandoné todo misticismo, dejé de leer los textos sagrados, eché en el olvido los templos y los festivales y renuncié a mis prácticas de meditación. En cierto modo busqué degradarme espiritualmente y creo que, también en cierto modo, lo conseguí. A veces la voz de mi Yo, rebelde y luchando por salir de su reclusión, se hacía oír como un eco casi extinto. En unas semanas había logrado enmudecer, al menos aparentemente, mis inquietudes espirituales, convirtiéndome en parte de esa gran mayoría que no piensa por sí misma, que se deja llevar por sus impulsos e inclinaciones más primitivos.

Por casualidad me enteré de que Sita no se había desposado con su prometido. La noticia, a decir verdad, me resultó en aquellos momentos un tanto indiferente, pero me condujo a tomar una precipitada decisión. Me presenté un atardecer ante el padre de Sita y sin saludarle siquiera, con una frialdad glacial, dije:

—Voy a casarme con su hija.

—Pero…

—Voy a casarme con su hija —insistí—. Ahora, por favor, no vaya a hablarme de la dote, ni de mis deberes de buen esposo hindú, ni de las cualidades de su hija, ni de todas esas cosas. Ahora no, por favor.

—Bueno, yo creo…

—La boda va a ser pronto, muy pronto. Dígaselo a Sita.

Y cuando me disponía a abandonar la habitación, añadí:

—Por cierto, ella llevará durante la ceremonia parte de las joyas que fueron de mi madre. Serán mi regalo de boda. Dígaselo también. Gracias, muchas gracias por su consentimiento.

El día de la boda, Sita estaba tan bella como una diosa, con su resplandeciente sari nuevo, su delicado peinado y el rubor de la inocencia en las mejillas. Fue una ceremonia larga, con todos los rituales propios de nuestra casta. Cuando llegó el momento de que diéramos las vueltas rituales al fuego, estreché con fuerza la pequeña y tierna mano de Sita entre la mía, y pensé: «Dios mío, al menos me la has dejado a ella.» Y entonces supe que la seguía amando como siempre la había amado. Sita estaba sonriente y emocionada, y en su maravillosa mirada había un brillo de timidez. Cuando le pregunté si le habían gustado las joyas, bajó los ojos y con temblorosas palabras contestó:

—Gopa Yashodara le dijo al príncipe Siddharta: «Yo no quiero que me regaléis ningún adorno, porque yo misma quiero ser un adorno para vos.» Ahora, Devendrenath, en este momento que es el más feliz de mi vida, quiero que sepas que mis palabras son las de Gopa Yashodara.

Al salir del templo, un sadhu se aproximó a nosotros y pidió una limosna. Su imagen me hizo palidecer y no pude dejar de sentirme avergonzado ante mí mismo, como se siente aquel que ha traicionado sus más elevados ideales. En cierto modo me vi en él reflejado y a la vez me encontré muy distante de él. Al depositar unas monedas en su escuálida mano, dijo:

—Gracias, hermano, que el Bendito te guíe con su luz.

Y comprobé que en los ojos de aquel hombre mugriento y desharrapado había un destello de esperanza y beatitud. Ese destello que se había alejado de mi mirada, quizá para siempre.

Capítulo 19

Me encontraba en el bazar colocando adecuadamente la mercancía que había recibido de Agra, cuando se presentó mi tío con el rostro demudado y todos los músculos en tensión, y después de cerciorarse de que estábamos solos, preguntó:

—¿Estás enterado?

Intrigado pregunté a mi vez:

—¿A qué te refieres?

Suspiró, se secó el sudor de la frente, se alisó el cabello y con la voz entrecortada por la excitación, dijo:

—Ya ha habido muchos muertos.

—No sé de qué me hablas —repuse sin conceder mayor importancia a sus palabras y continuando con mi trabajo.

—Aunque ellos aseguran que no, es el cólera el que está originando tantos muertos. Ya han aislado algunas zonas de la ciudad.

Hablaba tan apresuradamente que las palabras se agolpaban en sus labios.

—¿No te inquieta la noticia? —preguntó extrañado.

—Creo que no tanto como a ti.

Irritado ante mi indiferencia, me increpó.

—Desde que regresaste parece que no tienes sentimientos.

Sonreí y dije:

—Tú que estás siempre a bien con Dios, no deberías ser de los que más se preocupasen.

En el límite de su indignación y tras resoplar repetidas veces, exclamó:

—¡No es momento para bromas!

—Tampoco adelantaremos nada si empezamos ya a entonar los himnos fúnebres, ¿no crees? —repliqué—. Comprendo tu desasosiego, pero antes habrá que enterarse de si son o no rumores gratuitos.

—¿Gratuitos dices? ¡Eres increíble!

—¿Sabes una cosa, tío? Deberías preocuparte un poco más por los demás y un poco menos por ti mismo. ¡Y tú me hablas de sentimientos! Lo único que ahora de verdad te aterra es que la muerte pudiera poner fin a tu vida de acomodado sacerdote.

Refunfuñando y sin despedirse salió del bazar, en tanto que yo, considerando que mi tío había sacado las cosas de quicio, como acostumbraba a hacer, me burlé de sus preocupaciones. Pero en tal ocasión sus temores no eran infundados y sus palabras fueron tan sólo un débil reflejo de la auténtica situación. Pocos días después la alarma se había extendido por toda la ciudad, y aunque nadie podía precisar cuántas eran las víctimas ni qué epidemia las producía, comenzaron a

aventurarse cifras muy elevadas sobre los cadáveres. Las autoridades, sin embargo, ponían especial atención en señalar que no había motivo alguno para inquietarse y que la situación estaba perfectamente controlada.

Llegaron también insistentes rumores de que la epidemia estaba afectando a otras zonas del país. ¿Cólera? ¿Tifus? ¿Peste? ¿Fiebre amarilla? Nadie podía asegurar cuál era el mal. Fueron días de gran agitación, pero no hay nada que logre alterar por mucho tiempo a un pueblo que ha soportado males mucho peores que una epidemia y que siempre ha demostrado una resistencia inexpugnable. Transcurridas unas semanas, sólo recordaban la epidemia los familiares de aquellos que habían sucumbido a la misma, desenvolviéndose la vida con toda normalidad para las restantes personas. Pero cuando una mañana Sita apareció con el rostro inflamado y viéndose obligada de continuo a satisfacer sus necesidades, no pensamos que se trataba de una simple disentería, aunque lo hubiéramos deseado, sino que en nuestra mente rondó un fatídico presentimiento. Quise resistirme a pensar que de nuevo mi destino me colocaba cara a cara con la muerte y me supe culpable y estúpido al haber querido escapar a la dolorosa realidad de la vida humana, embriagándome con los negocios y con esa pasión profunda e incontrolada que Sita había despertado en mí.

Ella estaba embarazada desde hacía unos meses y lo avanzado de su estado hacía la situación desesperada. El médico, después de observarla con detenimiento, dejó caer los brazos desalentado y dijo:

—No hay nada que hacer —y tras una pausa que me pareció interminable, agregó sin vacilación—: Ni por uno ni por otro.

Pocos días después el rostro de Sita había experimentado una transformación impresionante. Sus labios, morados y agrietados, se habían hinchado hasta tal grado que no le permitían hablar. Su mirada era mustia y su cara estaba tan delgada que su piel parecía un pergamino.

—Voy a morir, ¿verdad? —me preguntó en un hilo de voz.

—Tan sólo tu cuerpo va a morir —contesté, sabiendo que era inútil ocultar la realidad.

Los sollozos se ahogaron en su garganta.

—¿De verdad voy a morir?

Cogí su mano, muy caliente por la fiebre, y la sostuve junto a mis

labios. Sita rompió a llorar desconsoladamente, sin dejar de repetir:

—Precisamente ahora, precisamente ahora.

Al anochecer del noveno día de su enfermedad, cuando el sol moría ante la llegada de la noche, Sita apretó mi mano con sus últimas fuerzas y abandonó su joven cuerpo, ese cuerpo casi de adolescente que yo durante horas felices había conservado entre mis brazos. Durante toda la noche permanecí junto a su cadáver, evocando aquella época en la que la veía desde la terraza y me preguntaba con insistencia cuál sería su nombre.

El cadáver de Sita fue colocado sobre unas parihuelas y cubierto con un lienzo rosa y muchos pétalos de flores. En el Manikarnika Ghat fue colocado sobre unos gruesos leños y el encargado de la cremación me facilitó un poco de fuego, según la costumbre, para que yo encendiera la pira funeraria. Durante cinco horas el cadáver de Sita fue devorado por las llamas, hasta ser reducido a cenizas. Después, yo mismo arrojé esas cenizas al río, cuyas aguas las arrastraron en su apacible discurrir. Y sintiendo un dolor que amenazaba con hacerme enloquecer, susurré:

«Shiva, tú eres el destructor, pero también la vida eterna. Ámala al menos como yo la he amado y proporciónale un buen renacimiento.»

La muerte de Sita me liberó de la espesa venda que había ocultado mi visión durante cerca de un año. Había querido durante todo ese tiempo huir a mi destino y ahora mi destino se había revuelto con rabia y había conseguido atraparme de nuevo.

Me hallaba otra vez en el comienzo, pero ahora mucho más solo que antes y con el corazón más dolorido. Me despojé de mis elegantes ropas de comerciante adinerado y me coloqué el dhothi y el chal de algodón. Rasuré mis cabellos y escribí a Gupta:

«Amado hermano: Aunque nuestras vidas parecen insistir en distanciarse, no hace falta que los cuerpos estén juntos para que los espíritus permanezcan unidos. El mío siempre ha estado contigo, y mucho más en estos días de dolor. Estoy donde antes estaba, pero un poco más viejo y mucho más cansado. Sé bien lo que tengo que hacer y voy a hacerlo. ¿Volveremos a encontrarnos en esta vida de tránsito? No lo sé. Pero si como siempre nos han asegurado, nuestros espíritus son inmortales, también será inmortal mi amor por ti. Cuida de la tía, cuya soledad es inmensa, y mantente unido a Mashi en la distancia.

Mi cariño para tu mujer. Tuyo en Dios, Devendrenath.»

Abandoné Benarés preguntándome si alguna vez regresaría a ella. Comenzaba a llover cuando la dejé a mis espaldas, con toda su muerte y toda su vida, con toda su fe y su esperanza. Me dije que en esta ocasión nada me haría abandonar mi camino, nada excepto mi propia muerte. Me dije que, me sucediera lo que me sucediese, lucharía por mi libertad interior. Y aunque todavía yo sólo era capaz de intuir una verdad lejana, mi deseo de alcanzarla había renacido con mayor ímpetu que antes. Mis pies pisaron con fuerza el camino que se perdía ante mi vista. Otra vez peregrinando, otra vez siendo yo mismo: Devendrenath Dhas, un hombre en busca del conocimiento superior, de una sabiduría trascendental, de esa enseñanza suprema que se ha perpetuado a lo largo de los siglos.

* * *

Tuve noticias de un gran yogui que había efectuado sorprendentes curas entre los campesinos de una localidad cercana y, convencido de que necesitaba un guía que me iluminase, decidí buscarle. Se llamaba Swami Vicharananda y presentí que él me estaba esperando desde hacía ya muchos años. Pregunté en las aldeas por las que pasaba, pero los datos que sobre él me ofrecían resultaban insuficientes. Todos habían oído hablar de él y de sus milagros, pero nadie sabía decirme dónde podría encontrarlo. Sin desfallecer, busqué durante varios meses. ¿Habría muerto? ¿Habría viajado a otro lugar de la India o incluso a otro país? Busqué en las aldeas, en las comunidades, en las ermitas. Pero por fin un perezoso brahmán me facilitó cierta orientación:

—Creo que está en aquellas montañas. Es, desde luego, un hombre muy extraño. Durante unos meses anduvo por los pueblos, pero después se aisló en una cueva. Ahora, por lo que me han contado, nunca habla. Le llaman el santo que nada dice. Su poder parece grande, pero yo creo que también es grande su decepción del mundo.

—¿Querrá recibirme? —pregunté.

El brahmán se encogió de hombros y movió dubitativamente la cabeza.

—No lo creo. Dicen que es un hombre muy sano, sí, pero ahora

no quiere tratar con nadie.

Tardé varios días en llegar a las montañas que me había señalado el brahmán. El monzón, que había entrado en su fase más violenta, me obligaba a suspender continuamente la marcha. Pregunté a varios campesinos y nadie supo orientarme. Fue un leñador quien pudo al final darme noticias sobre el hombre que yo buscaba desde hacía tanto tiempo.

—¡Oh, el santo que nada dice! —exclamó el leñador—. Sí, le conozco muy bien.

—¿Podría verle?

—¿Quiere usted hablar con él? —preguntó el leñador escéptico.

—Al menos me gustaría verle. ¿Sabe dónde se encuentra?

—Sí, claro que sí. ¿Cómo no saberlo? Él curó a mi burra con sólo ponerle la mano encima. Ese hombre es un bendito. Pero no debe usted ir hasta donde está, porque no conseguirá hablar con él. Desde hace mucho tiempo no ha vuelto a mover la lengua.

Insistí en mi deseo de verle y después de haberle explicado no sé cuántas veces mis razones al leñador, éste consintió en indicarme el lugar en el que estaba Swami Vicharananda.

Cuando llegué hasta el santo que nunca hablaba se había levantado un huracanado viento. Swami Vicharananda era un hombre menudo, con el cabello muy corto y una hirsuta barba blanca adornando su ovalado rostro. Estaba sentado sobre un cajón, seguramente para aislarse de la humedad, bajo una especie de rudimentario parasol. Su rostro reflejaba suma bondad y una inalterable serenidad. Tenía la mirada perdida en el horizonte y debo decir que fue la mirada más impresionante que he tenido ocasión de ver en mi vida. No era una mirada humana; era una mirada inefablemente encantadora, pura e inmaculada, inspiradora de un amor y una ternura que escapan a todo lo imaginable. Nada más verle experimenté un cambio profundo en mi interior y tuve la certeza de que me hallaba ante un verdadero iluminado. ¿Cómo explicar la fuerza que emanaba de él, la armonía que había en su faz, la reconfortante paz que evocaba su sonrisa? Me sentí inundado de felicidad y en tales momentos ¿qué pueden importar las palabras? Era su corazón el que hablaba, su arrobado rostro, su vigor espiritual. Su mirada continuaba perdida en el horizonte cuando yo, tras besar sus pies, me senté junto a él. Las lágrimas comenzaron a correr

abundantes por mi rostro al comprender que aquél era mi maestro, que me encontraba ante quien podría darme una antorcha para recorrer el sendero entre las sombras. Una sublime dicha se había apoderado de mí, en tanto el yogui permanecía en un absoluto estatismo, con la sonrisa detenida en los labios, sin parpadear, la respiración imperceptible y el rostro sumido en una nirvánica laxitud.

Sentado a su lado, esperé. Transcurrió una semana sin que el yogui me dirigiera la palabra. Parecía ignorarme completamente. Yo le acompañaba, como el más fiel de los perros, en sus meditaciones, en sus paseos o incluso en sus baños en las apetecibles y límpidas aguas de una laguna próxima. Yo secaba su cuerpo, colocaba el cajón en el lugar oportuno y le ayudaba a caminar, pues su edad, aunque indescifrable, era muy avanzada. Pero era como si yo no estuviera a su lado.

Todos los días un niñito mudo traía unas tortas de arroz para que el yogui se alimentase. Desde el primer día que me vio, trajo doble ración de tortas. Quiso besarme también a mí los pies, pero yo me opuse a pesar de su insistencia.

En la apacible soledad de la montaña iban transcurriendo las semanas. Ni una palabra, ni un gesto que delatase que se había dado cuenta de mi presencia. A veces una mirada larga y profunda que parecía excavar en lo más profundo de mi ser o una sonrisa más pronunciada. Pero eso era todo.

Las lluvias monzónicas cesaron sin que los labios del anciano se hubiesen movido. Un mes sucedía al otro sin que su silencio llegase a término. Pero mi paciencia no tenía límite y no me hubiese importado pasar junto a él el resto de mi vida aunque nunca me hubiese hablado. A su lado mi mente se había vuelto más sumisa y mi atención mental parecía haberse hecho más fuerte e intensa. Aunque estaba muy lejos de aprehender la Verdad, al menos temporalmente había desaparecido mi inquietud, y junto al yogui me encontraba en un estado de tal placidez que si de mí hubiese dependido nunca más hubiese vuelto a peregrinar.

Seis meses habían transcurrido desde que me había sentado por primera vez junto a Swami Vicharananda. Seis meses que habían pasado rápidamente y que me habían demostrado que podría permanecer toda la vida en aquel amable silencio. Pero un día, ante mi sorpresa, Swami Vicharananda me dejó oír su voz cálida y envolvente:

—¿Cuál es tu nombre?

Tan sorprendido estaba que no acertaba a responder.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó de nuevo.

—Devendrenath.

Fijó sus ojos en los míos y pareció leer mi alma.

—Te estaba esperando hace mucho tiempo —dijo, perdiendo la mirada en sus propias piernas—. Creí que nunca vendrías. ¿Por qué te has retrasado tanto, Devendrenath?

—Han pasado muchas cosas desde que por primera vez abandoné mi hogar.

—Nada especial ha pasado, ¿verdad Devendrenath?

—Han muerto seres muy queridos para mí —dije.

—¿Y eso te extraña? Todos los días mueren seres muy queridos para todos. En realidad, Devendrenath, no ha pasado nada de especial. Ya viste, llegó el monzón y el monzón se marchó. Todo sucede y nada de especial hay en lo que sucede, salvo la grandeza de cómo sucede.

—He peregrinado mucho —dije.

—¿Mucho? ¿Cuántas vidas llevas peregrinando? ¿Puedes decírmelo? ¡Oh no, Devendrenath, no pretendas sumar méritos ante mí ni ante ti! ¿Tienes idea de cuánto te queda por peregrinar?

Su rostro adquirió una expresión grave y dijo:

—Si has venido en busca de lo milagroso, vete.

Intranquilo, repuse:

—He venido buscando una luz.

—Eso está mejor. Vuelvo a preguntarte: ¿tienes idea de cuánto te queda por peregrinar? No desearía que fueses tú de aquellos que buscan un maestro por la esperanza de que el maestro haga todo el trabajo por ellos. La Verdad está reñida con la ociosidad.

Apoyando parte de su cuerpo sobre mi brazo, emprendimos nuestro habitual paseo.

—La iluminación —dijo— no surge de repente, abruptamente. Sobreviene por grados y hay que irla consiguiendo poco a poco, con nuestro mayor empeño y nuestros más enormes sacrificios. Todo sería demasiado fácil para ti si yo en unas semanas o incluso en unos años te facilitase la iluminación. No esperes eso. Tú buscarás tu iluminación y tú la ganarás para ti. Yo voy a indicarte el camino que recorrerás, eso es todo.

—¿Tendré que volver a peregrinar?

—Así es, Devendrenath. Tendrás que hacerlo durante mucho tiempo. Cada hombre tiene su modo de buscar la Verdad. Unos la encuentran sentados; otros pueden encontrarla en su trabajo, en sociedad o en un monasterio; otros requieren la soledad o, como en tu caso, la búsqueda continua e infatigable de esa Verdad. Por eso, Devendrenath, tu camino es más difícil que el de aquellos otros cuyas ansias espirituales son irracionales. Tú, por ti mismo, tendrás que ir apartando los velos que te ocultan la luz. ¿Me entiendes? Deberás buscar durante mucho tiempo para encontrar y encontrarte.

—¿No podría quedarme junto a usted, Swami?

—No es ése tu camino, Devendrenath. ¿Acaso quieres la Verdad a medias? Tu camino está en conocer muchos maestros y sacar el máximo de provecho espiritual de ese conocimiento; en conocer toda la riqueza espiritual que se ha originado en nuestro país, sus procedimientos y técnicas, sus leyes. No es el tuyo un camino fácil, en absoluto. Muchas veces te sentirás desfallecer e incluso, escúchame bien, buscarás la muerte. Pero el suicidio místico es tan estúpido como cualquier otra clase de suicidio. Muchas veces flaquearás e incluso abandonarás temporalmente tu búsqueda, pero un hombre que ha esperado seis meses a que yo hablase, sabrá esperar si es necesario toda una vida para establecerse en su real naturaleza. Tendrás otros maestros. No los rehúyas, sino, bien al contrario, hazte merecedor de sus enseñanzas. Dos veces yo te llamaré y dos veces regresarás a mí. Recibirás tres iniciaciones y la última te permitirá obtener la visión penetrante, el conocimiento directo, la percepción yóguica. La primera iniciación, que te impartiré dentro de unas semanas, te convertirá en sadhaka; la segunda, en sanyasin como tal, y la tercera, en Swami. Vestirás de blanco durante la primera etapa; de amarillo durante la segunda y de naranja durante la tercera.

—¿Cuándo volveré a verle una vez me haya ido?

—Ya te he dicho, Devendrenath, que yo te avisaré. Falta mucho

para eso y no debes preocuparte ahora por lo que ya habrá de venir.

Regresamos a la ermita y comimos las tortas de arroz. El resto del día, y hasta bien avanzada la noche, Swami Vicharananda y yo continuamos hablando.

—Ilumina tu discernimiento y aprende a distinguir en todo momento entre lo real y lo falso, lo auténtico y lo aparente. Poco a poco irás rescatando el conocimiento supramundano, aquel que sólo consiguen los que trabajan sobre sí mismos y se empeñan en su consecución. Poco a poco te irás transformando y se irá despertando en ti una conciencia superior que te permitirá ver las cosas tal y como son, más allá de tu carga mental o emocional, de tu egoísmo, de las cadenas que forman la cárcel que hay en el interior de todo hombre hasta que se realiza.

Observó detenidamente mi cuerpo y agregó:

—Tu cuerpo es débil y un cuerpo débil es un obstáculo en el sendero. Pero encontrarás alguien que te enseñará a fortalecerlo y dominarlo. No desaproveches la ocasión. Un aspirante debe aprender a dominar su cuerpo, sus emociones, su mente y su comportamiento. Sólo entonces el dominio sobre sí mismo se completa y la Verdad comienza a manifestarse con su auténtico rostro.

Señalándome con su dedo índice, dijo:

—Tú puedes considerarte un hombre afortunado, porque ya estás en el camino. Durante unos días te prepararé para la primera iniciación. Ella hará posible la transmisión de mi energía a tus centros y te proporcionará nuevas fuerzas. Te daré un sobrenombre y mi bendición. Y nos separaremos durante mucho tiempo.

—Siempre me veo obligado a separarme de aquello que más amo —me lamenté.

—¿Acaso no se separa el jinete del caballo? ¿No se separa la madre del hijo que lleva en sus entrañas, el árbol de la tierra al ser talado, el agua de la nube al desprenderse, la fruta del árbol al madurar, la rosa del rosal en otoño?

Trazó un amplio círculo en el aire con una de sus manos y dijo:

—Tú estás dentro del universo y quieras o no tendrás que acatar sus leyes. Ahora duerme tranquilo. Mañana —sonrió— tendrás que escuchar todo lo que no has escuchado durante todos estos meses.

Muy de mañana descendimos hasta la laguna y lavamos nuestras prendas y nuestros cuerpos. Después, sentados sobre una sólida roca, Swami Vicharananda me dijo:

—Devendrenath, quiero que hasta que llegue el día de la primera iniciación medites sobre este mandala.

Sirviéndose de un palo, trazó sobre el suelo un amplio diagrama que contenía diferentes figuras geométricas y numerosos signos y símbolos.

—Mira, Devendrenath. Éste será tu mandala, el esquema místico en el que fijarás tu atención día y noche, incluso mientras duermes. Aquí están representados el Universo, los elementos densos y sutiles, el espíritu y la sustancia material, el plano causal y el astral. La meditación sobre este mandala te facilitará la conquista de ti mismo y de la energía universal. Este tridente que ves dentro del triángulo es la representación del Absoluto, el Universo y el espíritu humano. Son tres, pero en realidad son uno. Cuando el hombre destruye la ignorancia que hay en sí mismo, entonces descubre que él y el Absoluto fueron siempre Uno y el mismo.

Dibujó otros signos en el mandala y agregó:

—El hombre confunde el espíritu con la materia y ésta es la causa de su dolor y falta de desarrollo. El hombre, víctima de la ilusión y la ignorancia, identifica su espíritu con sus sensaciones, sus emociones y pensamientos. Lamentable error.

Señalando unos y otros símbolos con el extremo del palo, prosiguió su explicación.

—Estos signos representan los cinco sentidos: vista, oído, tacto, gusto y olfato. Son los únicos informadores de que dispone el hombre ordinario y su información puede ser engañosa y falsa. Pero el hombre extraordinario, aquel que se realiza, despierta en sí mismo unos sentidos superiores y obtiene la información, siempre verdadera, a través de la intuición.

Dirigió entonces el extremo del palo hacia tres pequeños círculos concéntricos.

—Estos círculos son las tres cualidades que mueven el Universo: la agitación, la inercia y la luz. Estas tres cualidades también están en

el hombre y mantienen una lucha continua. El yogui debe eliminar la agitación, combatir la inercia y establecerse en la luz. Estas tres cualidades engendran el deseo, la ignorancia y la pureza. Para liberar el espíritu de la materia, el yogui tiene que eliminar el deseo y la ignorancia y vivir a través de la pureza interna y externa.

Durante varias horas Swami Vicharananda continuó explicándome el significado del mandala que me ofrecía para la concentración y la meditación.

—Este mandala —concluyó— te ayudará a purificarte. Ve grabándolo en tu mente hasta que forme parte de ti mismo y puedas vivir a través de él.

Borró el diagrama con el palo y dijo:

—Dos días antes de la iniciación, ayudarás para purificar tu cuerpo y no contrarrestar las energías de tu mente con la alimentación. Durante esos dos días practicarás constantemente japa, repitiendo el mantra que seleccionemos para ti. Hay muchos mantras, como tú ya sabes, pero yo voy a pedirte que recites el mantra original, el más poderoso, la matriz de todos los otros mantras. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Al mantra Om.

—Así es. Cierra los ojos y escucha.

Cerré los párpados y escuché la voz de Swami Vicharananda repitiendo el mantra Om con una intensidad muy especial y prolongando su sonido, que iba adquiriendo una rica vibración.

—Éste es el sonido original. Puede repetirse verbal o mentalmente. Hazlo como más fácil te resulte, pero evitando la rutina en la repetición y poniendo la mente en el Absoluto cada vez que lo repitas. Repítelo en todo momento e incluso tus sueños lo seguirán repitiendo mientras tú duermes. Om alertará tu mente y purificará tus emociones; te preparará para la primera iniciación.

Después, Swami Vicharananda me entregó otros mantras muy secretos para que me sirviese de ellos durante los meses o años que hubiese de permanecer apartado de él.

Hacía un día espléndido y caminamos durante un buen rato.

—Nunca dudes de que en todos nosotros hay un ser

indestructible. Nada ni nadie puede vulnerarle.

—¿Por qué muchas veces no se manifiesta ese ser, Swami?

Movió la cabeza con cierto desconsuelo.

—¿Se te ocurriría enfrentarte a un rinoceronte con tus propias manos? Seguro que no. Pues bien, ¿cómo puede un hombre tratar de aprehender su ser si no dispone de los medios adecuados para ello? La mente siempre está alborotada. ¿Qué sucede cuando las aguas del lago no están quietas? Que no nos permiten ver lo que hay en el fondo o que por lo menos desvirtúan nuestra visión. Aplica este ejemplo a la mente y al ser. Si la mente está agitada, esclavizada por la pasión y los sentimientos negativos; si es débil como un conejillo recién nacido e inestable como un mono joven, ¿cómo puede la mente permitir la manifestación del ser, del espíritu inmortal que hay en nosotros?

Confuso, pregunté:

—¿Qué es la mente?

—Es quien da origen a los pensamientos. Pero medita en esto: ¿qué sucede con la mente si eliminamos nuestros pensamientos?

Vacilé ante aquella cuestión, que entonces era para mí insoluble.

—Debe ahora bastarte saber que la mente puede convertirse en el más fiero enemigo del aspirante, pero también en el más fiel de sus amigos. Aprenderás muchas cosas en tus largos viajes y conocerás a mucha gente. Pero no olvides una cosa que voy a decirte ahora. La luz siempre está en nosotros, aunque a veces no logremos verla. Tampoco vemos al sol cuando una nube lo oculta, pero ¿vamos a asegurar por eso que no hay sol?

Durante cerca de un mes Swami Vicharananda me impartió muchos de sus conocimientos y me mostró valiosas técnicas para ir realizando mi ser. Me preguntaba cuándo tendría lugar la primera iniciación, porque débil como era, no sólo físicamente, sino también interiormente, sabía que tenía necesidad de que él me transmitiese parte de su energía para que yo pudiera superar más fácilmente los obstáculos que se me presentaban.

—Devendrenath —me dijo un día con el tono de voz más grave que de costumbre—, conocerás a muchas personas. Desconfía y déjate sólo enseñar por aquellos que de verdad tengan algo que enseñarte. No pierdas el tiempo, porque la vida es mucho más breve de lo que

pensamos. Elabora tus propios conocimientos, pero aprovechando los de los demás. Jamás te muestres sectario o fanático. Ábrete a todos los sistemas, porque en todos ellos hay parte de Verdad y de todos ellos podrás aprender algo.

Colocó su mano sobre la mía y dijo:

—Comienza a ayunar.

Difícilmente pude reprimir mi alegría al escuchar sus palabras, pues me hicieron suponer que la iniciación estaba muy cerca.

—Yo también ayunaré —explicó—. El discípulo se honra al recibir la iniciación y el maestro, además de honrarse, se perpetúa en su discípulo. He tenido la suerte de encontrarte y te estoy agradecido.

Su humildad me hizo sentirme el ser más insignificante y bobo de este mundo.

Llevamos a cabo la iniciación bajo el cielo estrellado de una noche cálida y silenciosa.

—Hoy vas a entrar definitivamente en el Reino del Yoga —comenzó diciendo Swami Vicharananda—. Haz del Yoga tu compañero, tu amigo, tu amante, tu más querido familiar. Nunca dejes de tener presentes las palabras del Bhagavad Gita: «Del Yoga nace el conocimiento; del conocimiento nace el Yoga. Para aquel que posee el Yoga y el conocimiento, nada le queda por obtener».

Efectuamos una prolongada puja ante un pequeño altar improvisado y junto a él deposité las flores que Swami me había entregado.

—Esas flores que ofreces al Absoluto simbolizan la entrega de tu vida y de tu ser.

El rostro de Swami Vicharananda estaba transfigurado y emanaba de él una venerable dignidad y una fuerza extraordinaria. La claridad de la luna se reflejaba en su anciano rostro, cuya nobleza estaba presente en todas sus visibles arrugas.

Quemé una varilla de incienso y coloqué mi escudilla llena de frutas en el altar, a la vez que trazaba algunos mudras con las manos, recitaba determinados mantras y acompasaba mi respiración.

Swami cogió un poco de agua entre sus manos y la vertió sobre la

cima de mi cabeza, a la vez que decía:

—Poderoso Señor de todos los mundos, deja que caiga tu luz sobre este hombre como sobre él cae el agua de mis manos.

A continuación, y mientras yo seguía recitando los mantras, Swami enumeró diferentes nombres de divinidades. Su voz retumbaba en el silencio de la noche. Después encendió un fuego y me hizo pasar mis manos sobre las llamas.

—Que el fuego queme tus impurezas —declaró.

Y trazó sobre mi frente y mi cabeza unas líneas con pintura y azafrán. Repetí siete veces el mantra Om y fijé mi atención mental en el entrecejo. Toda inquietud se había desvanecido y un estado profundo de paz invadía mi mente. Mi conciencia experimentaba una especie de ensanchamiento y plenitud.

Swami Vicharananda y yo nos sentamos uno frente al otro, en padmasana, separados por un *yantra*

77

dibujado en el suelo.

—Introduce tu mano en el yantra —dijo—. Ábrete mentalmente al Universo y esfuérzate por ser un fiel reflejo de él.

Durante unos minutos mantuve mi mano derecha dentro del yantra, tratando de fusionarme con el Universo y de experimentar su inmensa grandeza. Swami Vicharananda dijo en un susurro:

—Regocíjate, Devendrenath, porque puedo ver el Universo fluyendo a través de ti.

Me observó muy detenidamente, paseando su mirada a todo lo largo de mi cuerpo.

—Tendrás que purificar tus pensamientos y emociones, liberarte del apego, ser humilde y honesto. Estoy leyendo en tu aura, Devendrenath. Sus colores me revelan tu carácter, tus tendencias y reacciones.

Después, Swami Vicharananda me indicó que debía pronunciar mis votos. De pie, el rostro dirigido hacia la luminosa luna, con la voz firme, pronuncié mis votos de aspirante que renunciaba a la vida mundana para poder alcanzar el estado de liberado en vida.

Prometo evitar la mentira, porque de otra forma no es posible acercarse a la tan anhelada Verdad.

Prometo amar intensamente a todas las criaturas del mundo, incluso a las más insignificantes, porque ellas forman parte de mí mismo.

Prometo buscar consuelo en la Sabiduría, porque ella es la luz que disipa las tinieblas.

Prometo esforzarme por la conquista de mí mismo, porque ésa es la única conquista verdadera.

Prometo no dejarme atrapar por los fenómenos, porque la dicha estable sólo puede encontrarse en lo eterno e imperecedero.

Prometo no dejarme encadenar por las alegrías ni las penas, porque tan inflexibles son los grilletes de las unas como de las otras.

Prometo ser de todos y de ninguno, porque sólo si hay independencia es posible la visión de lo Infinito.

Prometo conservar mi energía sexual, porque toda energía me será necesaria para desembocar en el Océano de la Felicidad.

Prometo obediencia a mi gurú, porque él es como la antorcha que me iluminará en la noche oscura.

Prometo mantener mi pensamiento fijo en el Absoluto, porque Él me ayudará a trascender lo ilusorio y lo relativo.

Después de pronunciar mis votos, Swami Vicharananda colocó una guirnalda de flores alrededor de mi cuello y dijo:

—A partir de ahora te llamarás Ananda. Ananda significa dicha, felicidad, bienaventuranza, gozo. Ananda fue el incondicional discípulo de Buda y también su discípulo preferido, como tú eres el mío. Te llamarás Ananda, además, para recordar de continuo que debes buscar tu dicha espiritual y contribuir a la de los demás. Serás Yogui Ananda y el potencial kármico acumulado te llevará a vagar por los caminos de la tierra. Serás un yogui caminante, aprenderás y enseñarás.

Perfumé con almizcle los pies de Swami Vicharananda para rendirle pleitesía y dije:

—Respetado y venerable Swami, yo, Yogui Ananda, os prometo fidelidad y amor. Habéis hecho por mí mucho más de lo que merezco.

Me invitó a sentarme muy cerca de él y habló así:

—Ahora, Ananda, quiero ofrecerte una lección muy importante. Presta toda la atención posible. ¿Has oído hablar de la Madre Kundalini?

—Sí —contesté—, pero mis ideas son confusas.

—Además del cuerpo físico —explicó Swami Vicharananda con lentitud— todo hombre dispone de un cuerpo no visible y de naturaleza mucho más sutil, que es el cuerpo astral y que es quien alimenta de energía al cuerpo físico. El cuerpo físico y el astral se compenetran y complementan y están unidos por un fino cordón de energía que es el cordón de plata. ¿Me entiendes?

—¿Nadie puede ver ese cuerpo de energía?

—Sí, aquellos que están muy evolucionados pueden verlo, como yo he podido leer en tu aura. Ese cuerpo de energía tiene muchos centros o lotos que acumulan energía y conocimiento. Siete son los más importantes y se extienden a lo largo de la columna vertebral. Esos siete lotos de conocimiento permanecen dormidos y el hombre, mediante su esfuerzo y adiestramiento, debe irlos despertando. A medida que se van despertando se va obteniendo la percepción suprema, la visión intuitiva.

Hizo una pausa, me observó para ver si yo le entendía y agregó:

—La Madre Kundalini, que es la energía divina, la más potente del Universo, descansa, también adormecida, en el loto inferior. El yogui, sirviéndose de sus técnicas y del trabajo interior, tiene que despertar a la Madre Kundalini y hacerla ascender, loto a loto, hasta el más elevado de ellos, el séptimo loto o loto de los mil pétalos. A medida que se van iluminando los lotos con el paso de la Madre Kundalini, va sobreviniendo la sabiduría trascendente y el yogui va aproximándose a su definitiva libertad, el estado más elevado de la conciencia, aquél que le hace imperecedero.

Colocó una de sus manos en la base de mi columna vertebral y dijo:

—Tus prácticas de meditación y el trabajo interior que hasta ahora has efectuado han despertado ya tu Kundalini, que se encuentra

en el segundo loto, pero que tendrá que ir escalando hasta el séptimo loto para iluminar todo su ser y realizar tu Yo.

Situó su mano derecha sobre la cima de mi cabeza y dijo:

—Y cuando lleves la luz hasta tu séptimo loto, cuando la Madre Kundalini derrame su néctar sobre él, entonces todo dolor y toda miseria habrán cesado para ti y te habrás convertido en un espíritu libre e inmortal.

Así se expresó Swami Vicharananda, mi amado maestro y uno de los más grandes maestros que puedan conocerse. Y un estado inefable de paz y beatitud se adueñó de todo mi ser. Era tanta mi felicidad que no pude decir nada, pero el excelso maestro debió entender mi mirada de infinito agradecimiento, porque dijo:

—También yo te estoy agradecido.

Transcurrieron los días y estábamos comiendo nuestras tortas de arroz cuando Swami Vicharananda dijo:

—No volveremos a comer juntos en mucho tiempo, Ananda. Ha llegado el momento de la separación, aunque tú bien sabes que esta separación no es tal.

Llegó el doloroso momento de la despedida. Al ir a besar los pies de mi santo maestro, me cogió entre sus brazos y me estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Te espera un largo recorrido —dijo—, pero ya sabrás de mí. Debes tener presente que dondequiera que cada uno de nosotros estemos, nuestros espíritus permanecerán unidos. ¿Hay amor más intenso que el del maestro y su discípulo?

Y para que no pudiera ver mis ojos llenos de lágrimas por la emoción, me volví rápidamente y comencé a caminar muy deprisa, con todas mis energías.

Pero… ¿hacia dónde?

[1]

Brahmín: la sociedad hindú ha venido estando estructurada en cuatro castas. La casta Brahmín o brahmán es la más elevada de ellas y aquella que ha gozado de los mayores privilegios a lo largo de los siglos.

[2]

Kali: diosa del panteón hindú que simboliza la fuerza cósmica.

[3]

Shakti: aspecto femenino de la Divinidad.

[4]

Bhagavad Gita: extraordinario poema filosófico-místico-yogui que forma parte del Mahabharata y contiene las enseñanzas impartidas por Krishna a Arjuna.

[5]

Krishna: encarnación divina (avatar); Divinidad considerada tras encarnar como uno de los grandes iniciados de todas las épocas.

[6]

Karma: inexorable ley de causalidad y retribución mediante la cual toda acción encuentra su reacción y toda causa su efecto. Es el karma quien obliga a renacer al individuo en tanto no sea completamente extinguido, para lo cual hay que evitar los deméritos. Es el karma quien, con su implacable influencia, condiciona al individuo a purgar sus malas acciones.

[7]

Sikh: perteneciente a la secta hindú de los sikhs, fundada por Nanak Sahih (1469-1538).

[8]

Puja: rito, culto, adoración a la Divinidad.

[9]

Shiva: importante divinidad hindú, que simboliza la creación y la destrucción.

[10]

Sitar: típico instrumento hindú de cuerdas.

[11]

Mantra: fonema/s de naturaleza sagrada, mística o esotérica.

[12]

Om: es el mantra básico, poseedor de un profundo significado místico y mediante el cual se designa a la Divinidad, al Absoluto.

[13]

Brahma: destacada divinidad del panteón hindú.

[14]

Dhoti: lienzo de hilo o tela que cubre la parte inferior del cuerpo.

[15]

Rishis: sabios, adeptos, videntes.

[16]

Kundalini: energía espiritual que reposa adormecida en el ser humano y debe ser activada para poder obtener el conocimiento supramental.

[17]

Sadhu: mendicante, renunciante, hombre entregado a la autorrealización y que lleva una vida errante.

[18]

Kashi: nombre con el que también se designa a Benarés y que significa luz.

[19]

Vedas: los textos más antiguos y sagrados del Brahmanismo, clasificados en cuatro libros: Rig-Veda, Yajur-Veda, Sama-Veda y Atharva-Veda.

[20]

Epopeyas: dos son las grandes epopeyas épicas de la India: el Mahabharata y el Ramayana. La primera de ellas se atribuye a Vyasa y relata las contiendas bélicas entre los Kauravas y los Pandavas; la segunda se atribuye a Valmiki y relata las hazañas de Rama.

[21]

Shastras: textos religiosos.

[22]

Yogui: practicante de Yoga; aquel que observa los principios y disciplinas del sistema yoga.

[23]

Lao-Tsé: fundador de la filosofía china denominada Taoísmo y extraordinario filósofo.

[24]

Kabir: fundador de la secta Kabirpanth y gran reformado hindú musulmán del siglo XV.

[25]

Samskaras: impresiones y latencias del subconsciente.

[26]

Moksha: liberación.

[27]

Ayurveda: la medicina más antigua y tradicional de la India, que encuentra su origen en los Vedas, se clasifica en diferentes ramas y cuyo texto más destacado es el Surusta.

[28]

Atmán: principio superior del ser humano, puramente espiritual; monada espiritual; espíritu.

[29]

Milarepa: el más destacado de los iniciados tibetanos, perteneciente a la secta yogui determinada Kargyutpa, discípulo de Marpa; excelente poeta y notable maestro espiritual.

[30]

Brahmán: principio Universal; Absoluto; Espíritu Cósmico.

[31]

Upanishads: textos místicos y filosóficos que siguen a los Vedas y forman parte de la literatura sagrada de la India. Son de una gran riqueza filosófica y sirven de complemento a los Vedas, concediendo mucha más importancia a la especulación filosófica y al misticismo que al rito, al sacrificio interno que al externo, a la realización del atmán en Brahmán.

[32]

Vishnú: importante divinidad hindú, que se caracteriza por su amor y benevolencia.

[33]

Acharya: iniciado, maestro espiritual.

[34]

Indra: notable divinidad védica, muy poderosa.

[35]

Naan: especie de pan.

[36]

Ghee: manteca clarificada.

[37]

Naga: iniciado, adepto, vidente, sabio.

[38]

Kundalini-yoguis: practicante de Kundalini-yoga o yoga de la energía espiritual.

[39]

Asana: postura corporal con definidos efectos sobre el cuerpo y la mente. Existen numerosas posiciones yóguicas, representando una técnica muy destacada del Hatha-yoga. Las posturas de meditación se utilizan en todas las formas de Yoga.

[40]

Swami: instructor espiritual, maestro, monje, renunciante, perteneciente a una orden monástica.

[41]

Mahatma: alma grande, iniciado, hombre superior.

[42]

Intocable: aquel que no pertenece a ninguna casta. Se denomina también paria.

[43]

Ghat: escalera que desemboca en un río sagrado y que sirve para facilitar las abluciones.

[44]

Durga: aspecto femenino de la Divinidad; diosa sobresaliente del panteón hindú.

[45]

Chapatis: tortas; especie de pan.

[46]

Hatha-yoga: yoga fisiológico, cuyas técnicas pretenden el control del organismo y sus funciones como medio para obtener el dominio sobre la mente y las emociones.

[47]

Hardwar, *Rishikesh* y *Badrinath*: estas localidades forman parte de la zona más santa de la India, donde desde la más remota antigüedad han abundado los eremitas, los sadhus, los yoguis y las comunidades (ashrams).

[48]

Pandit: erudito, sabio, persona muy preparada intelectualmente, brahmán muy docto.

[49]

Yoga: el Yoga es una filosofía, una forma de vida, un sistema de

pensamiento y un conjunto de técnicas fisiológicas, mentales, psicológicas y espirituales encaminadas al desarrollo superior del ser humano. Cuenta con una antigüedad de cinco mil años y fue sistematizado por Patanjali.

[50]

Vedanta: sistema filosófico-místico que se extiende sobre la naturaleza del Absoluto y el principio espiritual del ser humano, así como sobre las relaciones entre ambos.

[51]

Jivanmukta: liberado en vida; aquel que ha realizado definitivamente su Sí-mismo y se ha emancipado de las cadenas de la ignorancia y la ilusión.

[52]

Parvati: aspecto femenino de la Divinidad; esposa de Shiva.

[53]

Tabla: típico instrumento musical indio.

[54]

Devas: espíritus superiores, similares a los ángeles en el catolicismo.

[55]

Comida a los dioses: ritual típicamente brahmánico.

[56]

Dhal: caldo de lentejas o simplemente lentejas.

[57]

Chana: queso fresco.

[58]

Gurudeva: mestro divino.

[59]

Sannyasin: renunciante; aquel que se aparta del mundo fenoménico para realizar su Yo; anacoreta, eremita.

[60]

Brahma, *Vishnú* y *Shiva*: estas tres sobresalientes Divinidades forman la Trimurti hindú.

[61]

Chutneys: pepinillos.

[62]

Bonetes amarillos: nombre con que se designa a la Iglesia oficial del Tíbet, reformada por Tson-K,a-pa.

[63]

Avalokitescara: importante bodhisattva (adepto) tibetano.

[64]

Lingan: símbolo fálico que representa la energía cósmica.

[65]

Fakir: aquel que efectúa determinadas proezas corporales con una finalidad lucrativa y exenta de cualquier mira de otro tipo. Hay fakires con unas facultades extraordinarias para superar el dolor y efectuar difíciles pruebas, aunque una gran mayoría de ellos recurren al fraude.

[66]

Sri: vocablo que se coloca antes del nombre de la persona y que significa bendito o respetable.

[67]

Swamiji: la partícula «ji» denota respeto y puede también añadirse al nombre propio de la persona.

[68]

Darsán: acto mediante el cual el Maestro imparte su gracia y bendiciones.

[69]

Siddhasana: una de las principales posturas de meditación.

[70]

Samadhi: estado superior de la conciencia; supraconciencia o estado supramental; experiencia extática mediante la cual el Sí-mismo se funde con el Absoluto. Hay diversos grados de samadhi.

[71]

Bhagavan: título de respeto con el que se designa a los grandes maestros o iniciados.

[72]

Kutir: lugar modesto para vivir; pequeña construcción para el retiro espiritual.

[73]

Padmasana: es la más clásica de las posturas de meditación conocida como la postura del loto. Es una posición extraordinariamente estable, pero de difícil ejecución por lo general para el occidental.

[74]

Bhartrihari: excelente poeta indio.

[75]

Mahasamadhi: separación definitiva de la materia, por haber sido realizado el Yo con carácter definitivo. El mahasamadhi sobreviene con la muerte, pero únicamente en aquellos que se han autorrealizado.

[76]

Sangha: comunidad budista.

[77]

Yantra: diagrama con un profundo sentido esotérico.

Parte II

Capítulo 21

Vagar, vagar, vagar… Soy un yogui errante, un hombre que busca una veta de luz en este universo de formas, confuso, inquietante, descorazonador. Caminar en busca de la Sabiduría, del gran secreto que ofrezca respuestas a tantas preguntas que nos asaltan y desconsuelan, al sobrecogedor misterio de nuestra existencia.

Por muchas existencias que pueda depararme el destino, por muchos renacimientos que me esperen en los diferentes planos del universo antes de hallar la serenidad absoluta, jamás me será dado llegar a acumular todo el agradecimiento que debo a mi maestro, el siempre recordado para mí Swami Vicharananda, guía en mi sendero, voz que escucho en mis oídos alertándome y orientándome, energía que se desarrolla y vive en mí. Junto a él he recibido la más elevada instrucción, he encontrado solaz en su milenaria sabiduría, he meditado junto a su decrépito cuerpo y hallado refugio en sus enseñanzas. Él me ha enseñado los himnos que transportan la mente a otras esferas y los mantras que nos proyectan más allá de la materia y nos permiten despertar el Universo en nosotros mismos. Él ha dirigido las ceremonias que hacen posible la comunión con las energías cósmicas, los ritos que purifican y refrenan las fuerzas hostiles. Junto a él he aprendido a comprender hasta donde es posible todo este dolor universal que aqueja al hombre, y la injusticia y la codicia y el afán de destrucción que todos fomentamos. Junto a él, inefable maestro, he tenido la esperanza de que este mundo del hombre quizá no esté todavía desahuciado, de que tal vez todavía queda esperar el advenimiento de un hombre nuevo, superior. En las noches venturosas de cielo claro y apacible temperatura, éramos como dos sombras rompiendo la soledad del campo, íntimamente unidos como padre e hijo, realizando ceremonias secretas que nos llenaban de purificadoras energías y abrían nuestra mente a la Mente Universal. Pero Swami Vicharananda me previno a propósito de este tipo de ceremonias:

—Ananda, mi buen Ananda, el más fiel de los chelas

, algunas de estas ceremonias pueden resultar muy peligrosas para aquellos que las efectúan sin el conocimiento necesario. Pueden desvariar la mente y hasta arrebatar la vida física. Aquellos otros que las utilicen con fines egoístas retrasarán durante decenas de existencias su emancipación y la Rueda de la Existencia les

encadenará como hace el yugo, implacable, con el buey. Sólo los que están limpios de codicia y de afán de poder encontrarán la chispa de sabiduría en estos ritos que dejan fluir a nuestra mente con la energía universal y nos permiten acceder a las regiones supramateriales.

Su voz resonaba en el hermético silencio de la noche cono el murmullo sugerente de un riachuelo y sus ojos me miraban con paternal complacencia. Movía pausadamente la cabeza, colocando de vez en cuando su mano sobre el loto de mi frente. Fue unos días previos a separarnos, cuando dijo:

—No seamos nosotros, hijo mío, como aquel hombre encarcelado que al mirar a los demás más allá de las rejas de su celda, pensaba que eran los otros los que estaban en cautiverio. En tanto no hayamos encontrado la esencia que se recubre de este cuerpo que enferma y degenera, la esencia de esta mente irrefrenable que anida división y genera deméritos, confundiremos la imagen de la luna en el lago con la luna misma. Pero quiero decirte, querido mío, que no hay poder más elevado que el que se obtiene sobre sí mismo, ni conquista más sublime que la que alcanzamos sobre nuestra naturaleza real, ni luz más potente que la que emana de nuestra sinceridad, ni mayor riqueza que la serenidad inalterable, ni mayor esperanza que la de integrarnos en el seno de la Madre Cósmica.

Un yogui errante… ¿tal vez en busca de una quimera, de una fantasía? El dhoti cubriendo mi cuerpo, la piel quemada y agrietada por el sol implacable, atravesando aldeas, deteniéndome un día en un templo, otro junto a un río, otro en una cueva. ¡Cómo pesa la soledad! ¡Qué doloroso el recuerdo de los seres queridos, tan lejanos en la distancia, tan cercanos en el pensamiento! Mendigo mi comida. Este cuerpo tiene que seguir viviendo. A veces recibo insultos, mofas, increpaciones. Un yogui errante… Nada de apegos, nada de lazos, de aquí para allá para a nada aferrarse, sacrificándolo todo para hallar la propia estimación, la paz interior. Caminar y caminar, queriendo disipar la incertidumbre. Y se desfallece mil veces y mil veces tiene uno que encontrar renovadas energías para poder continuar. Perteneciente a una familia donde han existido los grandes renunciantes, es éste mi destino. ¿Podría escapar a él, podría dar la espalda a la llamada de mi estirpe? Incluso aquellos miembros de mi familia que no han renunciado a la vida mundana, en alguna época de su vida fueron peregrinos o *sanyasin* y se afanaron por el progreso interior. ¿Cuántos impulsos de autorrealización de mis antepasados no habrá en mí? ¿Cuántos anhelos de superación no estarán encarnados en mí? Un pobre sadhu, muchas veces despreciado o confundido con los muchos pícaros y embaucadores que se hacen pasar por tal, tenido

por muchos como un desgraciado intocable, incluso cuya sombra hay que esquivar. Pero, ¿puedo yo huir a mi destino? ¿Puede algún hombre hacerlo? Para vivir de veras —porque no quiero gastar los días de mi vida en una rutina marcada por la codicia—, he elegido este sendero, pero a decir verdad, cuán pedregoso es, cuán cubierto de escollos, hasta qué punto exigente. No pocas veces se repiten en mi mente las palabras del texto sagrado: «Más difícil es el sendero hacia la Liberación que caminar por el filo de una navaja.» He abandonado las placenteras comodidades de mi próspero hogar, he cambiado los ricos vestidos y los honores de mi casta por la escudilla y el anonimato, me he negado a sucumbir a este ilusorio mundo donde reina tanta aflicción y tan escasa comprensión. Peregrinar durante años y años en pos de aquellos que puedan acelerar mi marcha hacia la libertad, para hallar una Sabiduría que ni las épocas más tenebrosas pueden desterrar, para poder encerrar mi lámpara interior y poder ser bálsamo para las profundas heridas de los demás. En todas las células de mi ser vibra la energía de los que me antecedieron en la búsqueda. Y he pronunciado, ante mi sublime maestro Swami Vicharananda, mis votos; pero, ¿podré cumplirlos? Porque yo no sé qué me espera. La mente llena de recuerdos. Sita, mi amada Sita, la veo agonizante, aferrándose a mi mano, rebelándose contra la muerte. Santimoy, amigo irremplazable, lo imagino colgando de una cuerda, su cuerpo feo, deforme. Mi madre, la más amada entre los seres más amados, la más presente en mí, recordada a cada latido de mi corazón. El dolor es universal, pero ¿por qué el dolor? Para poder encontrar una explicación a tantas cosas, llago mis pies por los caminos de esta tierra que sabe de dolor como ninguna otra, mi entrañable India, tan maltratada, como un gran vientre fecundo apaleado de continuo. Y yo, Devendrenath Das, al que mi maestro ha dado el sobrenombre de Ananda, brahmán de casta pero renunciante a cualquier privilegio, a cualquier distinción, recorro ese gran vientre para conocerme y poder conocer a los demás, para hallarme y hallar en mí mismo a todos los otros. ¡He buscado la luz en tantas partes! He servido a eremitas, he permanecido en compañía de sadhus y anacoretas, he conocido magos y videntes, tratado con adivinos y astrólogos y he peregrinado y peregrinado sin descanso, porque nada ha de ser fácil para mí. Las palabras de mi maestro que decían: «Deberás buscar durante mucho tiempo para encontrar y encontrarte.» ¿Dónde buscar ahora? Solo, el cuerpo más débil que nunca, a menudo enfermo, desorientado y confuso, de aquí para allá. Ni los mantras ni los yantras, ni mis abismales meditaciones me producen ya consuelo. ¿Por qué siempre tendré que separarme de aquello que más amo? La Madre Kundalini no me deja oír su voz ni probar su néctar en esta incertidumbre que me abate. Swami Vicharananda, ¿hasta cuándo? Espero anhelante su

llamada, necesito de nuevo su iniciación, que será la segunda, y unas palabras de estímulo. Dos años ya, dos años desde que siete veces repitiera el mantra Om para mi primera iniciación. ¡Qué felicidad entonces, qué plenitud, qué confianza! Él leyó en mi aura, condujo la energía hasta mi segundo loto y me colmó de inefable paz y beatitud.

Pero yo ya debería haber aprendido la lección: nada hay permanente, nada definitivo. Murió mi madre a los siete días de yo nacer, mi mejor amigo murió como un perro ignorado, la mujer que yo amaba desde mis primeros años de vida expiró como el más frágil de los pájaros. También mi padre ha muerto. ¿Habrá alguna posibilidad de comprender? Para poder aproximarme a mi séptimo loto, para poder encender de refulgente luz sus mil pétalos, me he entregado a visualizaciones que han exigido días y noches, me he desplomado en profundas meditaciones que me han colocado al borde de la demencia, he despreciado de tal manera mi cuerpo que los insectos lo han devorado hasta dejarlo ensangrentado y casi irreparable. Mi salud siempre ha sido deficiente, pero la he suplido con un ansia frenética de integración. Y sin embargo, ahora me siento como la desamparada e indefensa gacela perseguida, e iría a los pies de mi maestro Swami Vicharananda a suplicarle una palabra, una caricia. ¿Cómo olvidar la dolorosa despedida? «No volveremos a comer juntos en mucho tiempo, Ananda. Ha llegado el momento de la separación, aunque tú bien sabes que esta separación no es tal.» Al pretender besar sus pies, me cogió entre sus brazos y me estrechó con amorosa fuerza contra su cuerpo. «Te espera un largo recorrido, pero ya sabrás de mí. Debes tener presente que dondequiera que cada uno de nosotros estemos, nuestros espíritus permanecerán unidos. ¿Hay amor más intenso que el del maestro y su discípulo?» Hubiera querido morir en aquel instante. ¿Qué podría hacer yo sin él? Y para que no pudiera ver mis ojos llenos de lágrimas por la emoción, me volví rápidamente y comencé a caminar muy deprisa, con todas mis energías. Pero… ¿hacia dónde?

¿Hacia dónde? He llegado a los pies de los Himalayas y me he refugiado en una ermita, entre la frondosa vegetación, junto a un riachuelo cuyo rumor me hace recordar que aún estoy vivo. He perdido el vigor. Dos años de búsqueda sin logros obtenidos son demasiado. ¡Cuántas clases de sadhus no he conocido, cuántos que se dicen maestros, cuántos que prometen el paraíso, cuántos que se pierden en vanas especulaciones filosóficas y se hacen indolentes y amorfos! He practicado penas sin fin, me he extraviado en ritos y ceremonias que adormecen la mente y el espíritu, he leído los Vedas hasta casi quedar ciego y he entonado los himnos sagrados hasta que la voz se ha estrangulado en mi garganta. Pero he perdido lo más fundamental: la esperanza. Y el deseo se ha levantado en mí y he deseado otra Sita, dulce, arrolladora, *Shakti* maravillosa que enciende la carne y aprisiona los sentidos, diosa de carne y hueso que embriaga con sus besos, transporta con sus caricias. Ya no medito, sino que pienso; ya no oro, sino que divago; ya no controlo mis pensamientos y

mis emociones, sino que son como elefantes salvajes que, enfurecidos, arremeten contra mí. Esta mente es como el mono ebrio que no cesa de hacer travesuras, que salta y salta incansable de un lado para otro. Mi bisabuelo Devadatta, mi abuelo Chandra, mi padre… Todos incansables buscadores a su manera de la Perla Dorada. También yo, aunque a veces vacilante y exhausto, asimismo enfebrecido por el afán de hallar la Perla de Oro, la más preciosa, arcano del gran secreto, ojo de la sabiduría y lámpara de luz inextinguible. ¿Lograré yo encontrarla? La Perla Dorada, que es mucho más apetecible que la mujer más bella y el manjar más sabroso y el más deseado de los tesoros. Algunos miembros de mi familia perdieron la vida en su búsqueda; otros hallaron la locura; otros, desesperados, pusieron término a sus vidas. Para hallarla, hijos dejaron a sus padres y esposos a sus esposas, muchos renunciaron a su casta, otros a sus riquezas y privilegios, otros a toda dicha mundana. Unos la buscaron en los monasterios, otros en la soledad de una cueva, otros en la vida cotidiana. El deseo que despierta es como la más poderosa de las drogas, no hay deseo comparable. ¡La Perla Dorada! Aunque tuviera que recorrer durante mil vidas todos los caminos de este amplio mundo, iría hacia ella, esperando el inefable encuentro. Devadatta, Chandra, Jotindra… En los momentos de desolación, cuando la muerte se nos antoja como una amiga cálida que nos libera, ellos vibran en mí y están en mí y forman parte de mí. Y ellos y yo sabemos que toda separación es apariencia, porque todos formamos parte del Ser Único que alienta el Universo.

Capítulo 22

Mi bisabuelo era un gran sabio, un hombre extraordinario. Había mucha sabiduría en su mente y en su corazón. En toda la localidad era conocido como «el hombre que nunca cambia», porque su humor era excelente y sin oscilaciones, teniendo siempre palabras de ánimo y consuelo para los demás. Jamás perdía su sonrisa ante la adversidad. Había en todo él un mensaje de paz hacia los otros. Sus manos eran tan expresivas que parecían hablar con el más sutil de los lenguajes y las avanzaba hacia los que le rodeaban como queriendo brindarles lo mejor que residía en él. Raramente parpadeaba y su mirada permanecía suspendida en el espacio, como investigando en el insondable infinito y, no obstante, cuando miraba a alguien fijamente, era como si sus ojos penetraran hasta lo más profundo de uno y arrojasen un néctar de serenidad y bienaventuranza en lo más recóndito del ser. Emanaba de él una especial atmósfera de paz que inundaba la estancia en la que se hallaba y que adquiría una densidad tal que parecía tomar cuerpo y hasta sabor.

Se llamaba Devadatta, pero todos se dirigían a él llamándole cariñosa y respetuosamente *bapu*, o sea, padre. Era alto y corpulento, potente como un búfalo y a la vez ágil como un puma. Hasta el final de sus días conservó una salud inquebrantable. Solía decir antes de que emprendiera su voto de silencio: «Yo ayudo a la fuerza Cósmica y Ella me ayuda a mí.» Y nadie hubiera podido jamás dudar de sus palabras, porque durante los últimos diez años de su vida toda su alimentación diaria consistió en dos cuencos de la leche que le proporcionaba una cabra que un día se había refugiado junto a él en su cueva del bosque. A propósito de ella decía: «Ella me ofrece comida y yo le ofrezco techo. Pero, ¿acaso ella y yo no somos uno?» La cabra era llamada «Estrella Saltarina», seguramente porque después de ser ordeñada, comenzaba a saltar alborozada a sabiendas de que su rica leche era el sustento de mi bisabuelo. No cabe duda de que ella, con sus meritorios actos, habrá merecido una reencarnación en planos más elevados. Murió unas semanas antes que mi bisabuelo, quien pasó toda la noche eligiendo su cuerpo astral. A la mañana siguiente, pálido y exhausto, un leve reflejo de tristeza en la mirada, escribió sobre la tierra:

«Ahora ella está en buen lugar.» Sólo una lágrima dejaron caer sus ojos, y añadió escribiendo sobre el suelo: «Pronto estaré con ella.»

Los últimos años de su vida los pasó mi bisabuelo sumido en un implacable voto de silencio, que únicamente suspendió días antes de su *mahasamadhi*. Discurrieron esos años en una gruta oscura y húmeda, en un lugar apartado, después de casi toda una vida de sadhu errante tras la muerte de mi bisabuela. Ésa era la vía que él eligió: peregrinar y peregrinar, sin apegarse a nada, libre dondequiera que fuera, castigando sus pies con los polvorientos caminos de la India, sintiendo ora el sol abrasador sobre su cuerpo, ora las torrenciales lluvias del monzón. Sólo un objetivo: su Yo real. Una búsqueda: la de sí mismo. Una conquista soberbia, insuperable: la de su propio universo interior.

Durante algunos meses permaneció solo en la gruta, absorto en sus prolongadas meditaciones. Pero enseguida comenzaron a llegar hasta la gruta gentes de toda la región que, fascinados por su contagiosa serenidad y su reconfortante presencia, corrían la voz de su santidad. Y así cada día se hacía mayor el número de devotos que venían a sentarse a sus pies. Él les hablaba con su amorosa y elocuente mirada; les decía con sus evocadores ojos cosas importantes que trascienden conceptos y palabras. Los devotos le obsequiaban con flores y frutas, que él repartía entre los asistentes, tras haberlas impregnado con su purificadora energía.

En la gruta reinaba un envolvente olor a sándalo y almizcle. Algunas lamparillas de aceite quebraban la oscuridad. Sobre una vieja piel de antílope, al fondo de la gruta, reposaba mi bisabuelo, siempre erguido a pesar de su avanzada edad, las palmas de las manos orientadas hacia arriba para dejarse penetrar mejor por las energías cósmicas. Una espesa barba y largos cabellos grises le proporcionaban un aspecto venerable. Los cánticos dulces y arrulladores de los devotos transportaban la mente a otros mundos más etéreos. De vez en cuando, de improviso, mi bisabuelo deleitaba las generosas interioridades del éxtasis y todas las facciones de su rostro se ablandaban aún más y una sonrisa de indescriptible hermosura asomaba a sus labios. A veces, sus éxtasis resultaban tan prolongados que se temía por su salud. En no pocas ocasiones sus ojos se tornaban hacia arriba y se ponían en blanco, su pulso y su corazón dejaban de latir y su respiración se ausentaba. Entonces toda la cueva rebosaba paz y arrobamiento, y hubo muchos devotos que comenzaron a vislumbrar una luz blanca que emanaba, en forma de loto, de su corazón, por lo que comenzó a distinguírsele como «el yogui de la luz en el corazón». Salía lentamente del éxtasis, como con pereza, y entonces sonreía como un niño agradecido e ingería un sorbo de leche.

Nadie desconfió jamás del poder interior de este hombre capaz de escalar a las regiones más fecundas de la mente. Él era como un canal por el que fluía la fuerza universal. Además, era un gran conocedor de las más ignotas leyes y secretos de la Madre Naturaleza, pero no gustaba de hacer ostentación de sus facultades y sostenía que los milagros eran para ser hechos por los dioses y no por los hombres. Sus manos, empero, irradiaban calor y paz, por lo que nada era tan buscado y esperado como su contacto, recibiéndolo diariamente decenas de devotos. Colocaba sus manos sobre la cima de la cabeza del devoto, y muchos pudieron gracias a ello, y después de muchos años de trabajo interior, experimentar la inigualable embriaguez del trance místico. Sin duda, era enorme la capacidad transmisora de este gran *mahatma*. En cierta ocasión y antes de recluirse en la gruta, dio pruebas de sus portentosas facultades. Era un día desapacible y tormentoso. Un rayo resquebrajó un gran árbol y un pajarillo que dormitaba en una de sus ramas cayó fulminado al suelo. Mi bisabuelo, ¡con cuánto amor!, sostuvo al pajarillo entre sus manos y éste revivió durante unos minutos. Como disculpándose, explicó: «El Absoluto ha querido que yo preste durante unos minutos mi energía a esta amable criatura para darle así tiempo a que realice algunos méritos internos y pueda de tal modo encontrar un renacimiento más evolucionado.» Y tras una breve pausa, muy pensativo y como hablando para sí, agregó:

«¡Quién sabe lo que este animalito haya podido hacer en otras reencarnaciones por mí o aún lo que pueda hacer en las futuras!»

Había diversos signos físicos que evidenciaban a mi bisabuelo como un elegido. Ninguno, sin embargo, tan visible como el de sus orejas, ya que sus lóbulos eran desproporcionadamente largos y caían hasta la mitad de su ancho cuello. Era una reencarnación destinada a ser custodio de la más elevada espiritualidad. Pertenecía a la estirpe de los infatigables buscadores de la Sabiduría que desde siglos ha ido formando cadena en mi familia. Cada cien años, aproximadamente, ha surgido en el seno de nuestra familia un gran buscador. Forman cadena desde la más remota antigüedad y su destino, nada fácil, es el de velar por la evolución superior de todas las criaturas vivientes. En realidad, son muy numerosos los miembros de mi familia que han sido proclives a la búsqueda interior, incluso los que, como mi padre, no han renunciado a la vida mundana. Siempre ha persistido en todos nosotros un sentimiento de trascendencia, de plenitud, de comunión con la Inteligencia Universal.

Mi bisabuelo se casó muy joven con la mujer que le había sido destinada por su padre. Tuvo cuatro hijos y tan sólo sobrevivió uno de ellos: mi abuelo Chandra. Los otros niños y mi bisabuela perecieron ahogados en una devastadora inundación, pero mi abuelo Chandra siguió atado a la Rueda de la Existencia porque habiendo sido colocado en una caja de madera que era utilizada a madera de cuna, logró flotar sobre las aguas y ser salvado días después. Una tía abuela se hizo cargo de mi abuelo y así mi bisabuelo pudo convertirse en un sadhu errante. Diré ya que mi amado bisabuelo ha invertido toda su larga vida en encontrar la Perla Dorada en sí mismo, pero sus intentos resultaron vanos. De una o de otra forma, todos los miembros de la familia la han buscado desde la edad de los Vedas, cumpliéndose así la profecía de un gran sabio drávida que con potente y resonante voz, a la luz de los agonizantes rayos del sol en el ocaso, los brazos extendidos hacia el horizonte, bramó: «Buscaréis, ¡oh hombres sedientos de trascendencia!, la esencia misma del espíritu. ¿Y dónde está el secreto si no en la Perla de Oro que brilla oculta para todos en el vértice de la cabeza? No hay alimento más puro ni agua más fresca que la que ella ofrece, ni don más elevado ni obsequio más preciado. Virgen, inmaculada, refulgente y dueña de toda la luz del mundo, ella espera ser hallada y para quien la halla no hay más vida ni más muerte, sólo eterno reposo, libertad sin límites, gozosa infinitud de dioses.» Y así, desde aquellos días lejanos y prometedores en los que florecían los grandes *rishis* y mahatmas, casi todos los miembros de mi ancestral familia, con más o menos pasión, han buscado la Perla Dorada, ya sea siguiendo cualquiera de los tres caminos tradicionales:

el de la acción, el del amor o el de la mente. En tan ardua empresa, los ha habido que han perdido la razón de tanto esforzarse por indagar en sí mismos; los ha habido que, en el colmo de la desesperación, han puesto innoble fin a su existencia; los ha habido que, enfebrecidos por hallar la gema dorada, han recurrido a bajos e indignos procedimientos, como magia, conjuros, la ingestión de alcohol o sustancias tóxicas. ¡La Perla Dorada! Ella reluce más que diez mil soles juntos, proporciona tanta sabiduría que supera todas las mentes de los más sabios y más ilustres. ¡La Perla Dorada! Nadie nunca podría encontrar tesoro semejante a ella. Luz, calor, universo todo, ¿qué puede existir fuera de ella? Invisible, es la única que ve; inaudible, su sonido puede quebrar los tímpanos de todos los seres vivientes en los cien mil mundos; intocable, su contacto es el más tibio, el más dulce, el más ansiado.

Días antes de que la muerte pusiera fin a su anciano cuerpo, mi bisabuelo hizo llamar a mi abuelo Chandra y rompió la inmovilidad de su lengua para hablar así:

—Bienvenido seas, hijo mío.

Mi abuelo, en el colmo de la emoción, prorrumpió a llorar y se postró a los pies del «yogui de la luz en el corazón».

—¿Lloras, hijo mío? Habiendo tanto dolor en este ilusorio mundo, ¿por qué desperdicias tus lágrimas ofreciéndoselas a este ignorante anciano?

Colocó su mano sobre el hombro de su hijo para decir:

—Pronto voy a morir. Bueno, va a morir este viejo cuerpo al que debo estar agradecido por haberme sido fiel durante varios años. Quiero que viajes hasta el Ganges y traigas agua de su seno para rociar mi cuerpo antes de que sea quemado. Pero esto no es lo importante. Escúchame con mucha atención.

Hizo una pausa y fijó la mirada sobre una de las lamparillas de aceite. Mi abuelo Chandra pensó cuán hermoso era aquel venerable rostro débilmente iluminado.

—Tú sabes, hijo, que durante toda mi actual existencia terrena he buscado, ¡con cuánto afán!, la Perla Dorada. Pero me engañaría a mí mismo si dijera que la he hallado. He encontrado el sol que se tiñe de sangre, la caverna triangular del corazón, el topacio azul que todo lo revela, la estrella blanca que nos ofrece la visión intuitiva, pero no la Perla Dorada. Lo que está destinado a ser, será, y destinado estaba que

esta vida de universal sufrimiento no fuera la última para mí. Cuando menos naceré otra vez con apariencia humana, a pesar de mis incontenibles deseos por diluirme ya en el Océano de Luz. Mi cuerpo está cansado para seguir luchando y se está volviendo un trasto viejo e inservible. He decidido abandonarlo y tomar otra envoltura carnal. Quizá la Madre Cósmica me ha privado de la dicha de la Liberación para poder hacer algún bien a los otros en mi próxima existencia. Sangre y carne nuevas para reemprender la búsqueda del Yo. Pero reencarnarán otros seres en nuestra familia, que buscarán incansablemente la Perla Dorada y obtendrán luz para sí mismos y para los demás. El destino nunca es caprichoso, aunque por nuestra ignorancia pudiera antojársenos así.

Hizo una pausa, entornó los párpados y agregó:

—Intuyo un miembro de nuestra familia que está por venir, que espiritualmente será notable entre los más notables, sagaz entre los más sagaces, gran buscador entre los más grandes buscadores. Él permanece ahora, tras su última existencia, en las sublimes regiones del reposo. Su búsqueda será muy penosa, porque ha de purgar deméritos adquiridos en anteriores existencias.

Dicho esto, abruptamente, penetró en *samadhi* durante cerca de una hora. Al descender al estado de consciencia ordinario dijo:

—¡Cuán afortunados debemos sentirnos aquellos que comprendemos que la existencia es mucho más que alimentar la *maya*

inútilmente!

Agarró con sus amplias manos las de su hijo, y arrastrando cadenciosamente las palabras, musitó:

—¿Por qué tejemos en la rueca de la ignorancia cuando hay otra rueca que proporciona sabiduría y entendimiento? Estamos, somos, sin comienzo ni fin. Este cuerpo que te dio el tuyo, nada es. Estas manos que amorosamente sostienen las tuyas, serán cenizas dentro de bien poco. Pero mi Yo está en tu Yo. División, separación, dualidad… Ideas falsas que el hombre ha fabricado, ignorante de su grandeza. Sólo puedo decirte ahora que te estoy agradecido, y que si más no hice por ti es porque no supe o no pude.

El «yogui de la luz en el corazón» alargó el brazo y colocó la mano en el entrecejo de su hijo, que al instante perdió el sentido y

permaneció inconsciente durante unos minutos. Al reincorporarse, una nube de comprensión iluminó su mente interior y, entrecortadamente, dijo:

—Gracias, bendito gurú, gracias, padre amado.

—Ellos esperan —dijo mi bisabuelo—. Hazles pasar.

Cuando los devotos, como todas las tardes, se apiñaron en la gruta, no pudieron dejar de sorprenderse al escuchar la voz del hombre santo, quien dijo así:

—Hora es ya de que este cuerpo os deje, pero yo siempre estaré con vosotros. ¿Podría ser de otra forma, queridos míos? ¿No hemos aprendido acaso que somos uno? Habéis venido a verme durante estos últimos años de mi existencia. ¿Podría yo encontrar palabras para expresaros mi agradecimiento? Me amáis y yo también os amo, desde la infinitud de mi ser.

Y blandiendo los brazos en el aire, exclamó:

—Y ahora, por favor, ¡cantad, cantad!

Y cuando los primeros himnos salían de los labios de los devotos, entró en profunda meditación. Ésa sería su última meditación en esta efímera vida de fenómenos engañosos y cambiantes. Dos horas después, con plena consciencia, abandonaba su fatigado cuerpo. Y los devotos, ignorantes de que el *atmán* había partido del vehículo físico, siguieron cantando y cantando fervorosamente durante los tres días siguientes. Fue entonces cuando llegó mi abuelo, tras haber recogido las aguas en el Ganges. Se aproximó a su padre y, al ir a abrazarle, el cuerpo se desplomó pesadamente sobre la piel de antílope y con hondo pesar todos comprendieron que el «yogui de la luz en el corazón» habíase desprendido de aquel montón de huesos y carne. El cadáver, sin embargo, se observaba intacto y dicen todavía los más ancianos de la región, perdiéndose en evocadores y nebulosos recuerdos, que pajarillos venidos de toda nuestra querida e inmensa India acudieron a la gruta a rendir pleitesía al sabio de los sabios. El cadáver fue rociado con el agua sagrada e incinerado al atardecer. Cada uno de los devotos pudo obtener un preciado puñado de cenizas, excepto mi abuelo Chandra que, amargamente, lloraba sin poder reprimir sus sollozos ni sus lágrimas.

Capítulo 23

Inmenso júbilo y emoción embargaban a la familia Das en

aquellos lejanos pero inolvidables días de un verano extraordinariamente caluroso, cuyas sequías habían originado la muerte de miles de cabezas de ganado y malogrado cosechas en muchos estados de la India. Enorme alegría a pesar de tales calamidades porque una buena mujer, Sarada, estaba próxima a alumbrar su tercer hijo. Durante los nueve meses que le había llevado dentro, había sufrido mucho por el embarazo y, asimismo, habíanse sucedido para la madre toda suerte de prodigios, presagios y reveladoras visiones. La embarazada, mientras dirigía sus oraciones a Parvati, había imaginado al que pronto habría de nacer con todas las características de un gran *siddha*[80], y en la bruma de sus prolongadas ensoñaciones se le había representado como un hombre sabio y recto, grande entre los grandes del espíritu, peregrino incansable hacia su propio Yo y capaz de cruzar de la orilla de la oscuridad a la orilla del Conocimiento. Mientras leía los textos sagrados, no podía evitar recrear en su imaginación las palabras de consuelo y de sabiduría que serían propias del que llevaba dentro y que serían ofrecidas como valiosos diamantes y tranquilizador bálsamo a aquellos cautivos de su propia ignorancia. Le pensaba como un hombre bello, de amorosa y ausente mirada, manos que hablaban por sí mismas, blanda y consoladora sonrisa y una fuerza interior capaz de detener tormentas y cambiar el cauce de los ríos. Ella, sabia en el mudo dolor de sus otros dos alumbramientos, que habían ajado su frágil cuerpo, se sentaba a la rueca al declinar el día, cuando los rayos del sol se hacen suaves como la caricia de un niño, y en tanto sus hábiles manos tejían primorosamente, anticipaba la vida de aquel que todavía de forma tan estrecha dependía de la suya. Le intuía seguro de sí mismo, pero jamás soberbio; enérgico, pero jamás petulante; infatigable buscador de realidades profundas que escapan a los hombres comunes.

De aquellos meses que como un rosario de esperanza formaban uno tras otro su gestación, no hubo ninguno de ellos en el que no tuviese lugar al menos un significativo presagio para ella. Fue un día macilento y ventoso cuando una paloma, tiritando, se acomodó en su fecundo vientre y al calor del mismo permaneció así durante varias horas. Y ella se preguntó: «¿Acaso no es éste un presagio de la libertad interior para el que se aloja dentro?» En otra ocasión, vio que el sauce llorón bajaba en mayor grado sus lánguidas ramas para protegerla de la inclemencia de la lluvia. ¿No quería ello decir que los misericordiosos Devas se afanaban por proteger a su anhelado hijo? ¿Y cómo interpretar lo que sucedió aquella otoñal mañana cuando estaba

realizando con el brahmán los *kirtan*[81], y todo su cerebro fue penetrado por el más embriagador y desconocido de los perfumes, sin que a nadie más le fuera dado percibirlo? ¡Santo Brahma!, ¿no era aquel un obsequio del mismo Krishna para su adorado hijo? Y se sucedieron sueños, extraordinarios sueños que eran más reales que la vida misma, donde el hijo que estaba por venir triunfaba intrépidamente sobre los demonios y serpientes y lucía en su noble frente el símbolo de Shiva. Y ella, mujer humilde pero muy digna, como sólo pueden serlo las mujeres indias, comenzó a escuchar crecer la hierba por primera vez en su vida y aprendió a interpretar el silencio del ocaso y el rugir de las cascadas. Nunca como hasta entonces pudo ella comprender el penetrante mensaje de un sitar; o lo que se oculta de profundo tras la exaltada mirada de un santón, o lo que vibra de amarga historia en la mano del niño pordiosero que suplica unos *annas*. Jamás hasta entonces había podido deleitarse de tal manera con el aroma de esperanza que emana de los verdes arrozales, ni sentir tan sobrecogedor el escalofrío de esa noticia que de boca en boca comunica hambrunas y epidemias.

Centelleaba el sol en el centro del cielo, cuando Sarada pidió que la acomodasen en la terraza en espera del parto. Porque deseaba dar a luz entre las poinsetias, perdiendo la mirada en el Mata Ganga. Jadeante y sudorosa, con una sombra de inquietud en la mirada, esperaba el nacimiento del que nueve meses antes había concebido. Una de sus manos se ocultaba entre las de su marido Jotindra, junto al cual se hallaban un joven médico *ayurvedha*, un sacerdote brahmán, con el rostro de ave de rapiña, su fiel criado Jyoti y el gran maestro espiritual Acharya de Bhubaneswar. Todos los presentes esperaban no sólo el ansiado acontecimiento, sino también la llegada del sabio Santisha, el más grande de los astrólogos, que vivía en uno de los distantes reinos himaláyicos. Habían transcurrido varios meses desde que Jotindra le hiciera llamar. Era Santisha un hombre casi legendario, de imprecisa edad que muchos cifraban en siglos, tan admirado como temido, con sangre india, china y tibetana en sus arterias, hacedor de milagros y adivino de sueños y ensueños, conocedor de todas las magias y de todos los encantamientos, capaz de leer en las estrellas y en los rostros, en los ríos y en las montañas.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido tan sólo por la respiración acelerada de los perros que dormitaban al lado de Sarada, cuando un muchacho de piel muy oscura, de improviso y moviendo estrepitosamente los brazos, se presentó en la terraza para anunciar la

llegada de Santisha. Y el paso lento, como si en lugar de caminar, flotase, encanecidos cabellos hasta la cintura, anguloso el rostro, recta y noble la nariz, el semblante sereno y elocuente la mirada, un hombre muy anciano se aproximó hasta la parturienta y dijo así:

—Mujer, nobilísima mujer, meses he demorado en poder llegar hasta ti. Soy viejo y pesan en mí los karmas de muchas criaturas. Pero no quería abandonar la Rueda de la Existencia sin rendir pleitesía a tu hijo. ¡Generosa es la Madre Cósmica que no quiere arrebatarme de este mundo sin hacerme partícipe de este trascendente acontecimiento! Pero, escuchadme todos…

Ocultó sus enflaquecidas manos en sus amplios faldones rojos, hizo una larga pausa, miró uno por uno a todos los que allí se hallaban, y añadió:

—¿Os habéis preguntado alguna vez qué es esta vida que tan real nos parece y hasta tal punto nos fascina? Es efímero placer y dolor. ¿Podría alguno de vosotros decirme si hay alguien para el que todo en este mundo sea goce sin mancha de dolor?

Una pausa más prolongada que la anterior y perdió la mirada en el horizonte.

—No todo será júbilo y dicha para esta familia. ¡Cuán cruel y pérfida es esta existencia de sombras! Así como el hermoso pétalo de la flor pronto se mustia en nuestras manos, la dicha se torna congoja a cada paso. Habrá dolor entre vosotros.

Selló sus labios durante varios minutos y se hizo un silencio denso, atronador. Ni siquiera los perros dormitaban. La gravedad se reflejaba en el rostro de Acharya de Bhubaneswar. En todas las miradas había ansiedad y pesadumbre, fijas en la del anciano astrólogo.

—El nacimiento de un gran buscador del Ser implica también dolor —declaró con firmeza—. ¿Acaso alguna vez algún *rishi* nos dijo que la Rueda de la Vida fuera sólo gozo y alegría? Siento, mujer, ser yo, tan anciano que ni siquiera recuerdo cuándo vine a este mundo, quien deba anunciarte que después de dar a luz, tu vida no será larga. El niño habrá de necesitar tantas energías que robará muchas de las tuyas al venir a este mundo de emboscadas y tinieblas.

Y colocó su mano, con una ternura jamás por nadie observada, sobre la mejilla trémula de Sarada. Jotindra palideció bruscamente y sus ojos se llenaron de lágrimas a la vez que todos los músculos de su

rostro comenzaban a temblar. Santisha, en un hilo de voz monótono y casi imperceptible, recitó algunas fórmulas en un lenguaje ininteligible para los presentes y con su mirada penetró en el vientre de Sarada.

—Cuando el sol comience a declinar, en la conjunción del día y de la noche, cuando todos los grandes *mahatmas* están sumergidos en profunda meditación, el niño que esperamos asomará a este mundo de ilusión y de apariencias.

Trazó con las manos diferentes *mudras* muy secretos y apenas sus labios se movían cuando comenzó a decir:

—He venido desde muy lejos, desde el reino de los templos sepultados, para recibir en el umbral de mi muerte a un iniciado más que sumar a la cadena de iniciados que velan por la Sabiduría en este universo de *maya*. Él encenderá su propia lámpara interior y ayudará a otros a encenderla. ¡Oh, omnipenetrante Madre Cósmica! Escucho el canto de los Devas, veo prados verdes que alimentan a muchos toros Nandi, siento la poderosa Shakti rugiendo en mi corazón como si quisiera reventarlo. He cabalgado noche y día, apenas he llevado alimento a mi boca y he sentido cómo este viejo cuerpo se empeñaba en desfallecer. Pero, ¿cómo abandonar la Rueda sin haber dejado parte de mí mismo en este ser que está por venir? ¿Cómo partir de este burdo mundo sin que él deje parte de su astral en mi propio astral? Muchos días y muchas noches hollando los caminos de esta amada y castigada tierra. ¡Cuánto dolor no haya visto yo! Hambrunas, sequías, inundaciones, epidemias, catástrofes. Y la Rueda gira y gira sin cesar, caprichosa nuestra Madre Diosa, traviesa como la más traviesa de las colegialas, girando y girando como una apasionada bailarina, ebria de dinamismo y de amor, cálida como el néctar de los nenúfares, inmaculada como el más puro de los lotos.

Acharya de Bhubaneswar entornó los párpados y penetró en honda meditación. El anciano astrólogo continuó hablando pausadamente, como si recitara una larga sucesión de mantras.

—Y en mi camino, hirviéndome la sangre por el afán de contemplar al niño presto a nacer, sentí de golpe toda la efervescente vida de vuestro gran pueblo. Esa vida que también se halla en la sangre que corre por las tiernas arterias del ser que va a nacer, sangre de drávidas y arios iluminados, de hombres emancipados. Pero nada habrá de ser fácil para él, estad seguros. He consultado los astros, he realizado las mil y una *mancias* que mi padre me enseñara, he bebido en la sabiduría del tiempo futuro con mis visionarios éxtasis y he

aplicado el oído a la clarividente gruta de mi corazón. Y he comprendido que no hay amor sin dolor, ni realización sin sufrimiento, y que incluso en la incomparable aventura del espíritu, sólo es apreciado aquello que se obtiene con dificultades.

Extrajo de sus amplios faldones un largo rosario, cuyas cuentas las formaban pequeñas calaveras talladas en hueso, y lo colocó en el hueco de una de las manos de Sarada. Después habló tan bajo que todos los presentes hubieron de aproximarse mucho a él para poder escuchar lo que decía:

—Cada una de las cuentas de este rosario representa una de mis anteriores reencarnaciones. Suman ciento ocho, mujer, y en ellas ha habido seguramente de todo: grandes odios, locas pasiones, exaltados propósitos, místicas abstracciones y, sobre todo, también y ¿cómo dudarlo?, amor. Yo, al hacerte entrega de mis ciento ocho vidas, quiero transmitirle todo el inmenso amor que haya podido haber en ella. Apriétalo fuerte entre tus manos, cierra los párpados y escucha esta invocación:

«La reconfortante brisa generada por los labios de los dioses penetren en el vientre de esta noble mujer y rocíen de luz al vástago que lleva dentro.»

«Musicales e inefables vibraciones surgidas de la garganta de los dioses penetren en el vientre de esta virtuosa mujer y ofrezcan certeras instrucciones al ser que dentro guarda.»

«Aliento sin límites, poderoso e indestructible, originado en los pulmones de todos los dioses, penetre en el vientre de esta valerosa mujer y transmita vigor y sabiduría al ser que protege dentro.»

Empezaba el sol a ocultarse cuando dieron comienzo las últimas contracciones del parto. El brahmán se sentó en el suelo y comenzó a efectuar diversos ritos. Jotindra corrió veloz hacia el interior de la casa y regresó trayendo con él una *linga* de plata y una hoz de oro. Los gemidos sordos de Sarada dejaron paso al llanto apacible del recién nacido. Santisha colocó el cordón umbilical sobre el *linga* de plata y sirviéndose de la hoz de oro, lo cortó con un golpe firme y certero. El sacerdote se aproximó a Sarada y enjugó su frente.

—Se llamará Devendrenath —dijo mi padre.

Y Acharya de Bhubaneswar, poniendo fin a su larga meditación, cogió al niño entre sus brazos y dijo:

—Este niño será un gran yogui. Pero cuán difícil y larga su lucha entre su naturaleza inferior y sus más elevados ideales. Su búsqueda la intuyo muy larga y muy penosa.

Yo era el tercer hijo de aquella santa mujer que moriría siete días después y que diría con la voz quebrada: «No le veré crecer, pero lo he llevado durante nueve meses en mi vientre y sé que será un hombre de Dios.»

Felicidad y dolor siempre cabalgan juntos en esta existencia encadenante. Mis anteriores deméritos me impulsaron de nuevo a esta vida engañosa y el inexorable destino —¿quién osaría decir que lo conoce?— quiso que naciera para ser un yogui errante, un sadhu, un buscador, a veces desconcertado y hasta atormentado, de la Realidad superior. Y aunque esta existencia es para los que habitan en otros planos como un solo segundo de ensimismamiento, como un suspiro muy breve, para mí iba a representar una difícil prueba, aunque nada más alejado que esto pudiera estar de mi informe mente cuando Santisha me tomó también entre sus temblorosos brazos, me elevó en el aire y con toda la potencia de sus viejos pulmones, pudo gritar:

—¡Sé como el viento, de todos y de nadie! ¡Sé como el agua en el riachuelo, en todas partes y en ninguna! Sé como la montaña, que firme y poderosa se apoya sobre el suelo para poder lamer el cielo! ¡Yo, Santisha el mago, hacedor de milagros, conocedor de los más insondables secretos y leyendas, en la antesala de una muerte que me hará vivir para siempre, te bendigo y me veo en ti y en ti me encuentro! ¡Yo, el decrépito Santisha, de resecas venas prontas a quebrarse, intérprete de los más insondables símbolos del Universo, bendigo tu llegada a este mundo y ruego a todas las divinidades para que guíen tus pasos y te ayuden a encontrar el Sendero entre tanta oscuridad y tanta confusión!

Y a lo lejos alguien llevó la noticia de mi nacimiento a mi abuelo Chandra, cuya figura se recortaba contra el horizonte cuando ya comenzaba a amanecer, abismado en profunda meditación y enviándome sus más graciosos pensamientos. Y de súbito, al escuchar la noticia, abandonó su postura de meditación y, como un potro joven y ebrio, comenzó a correr en todos los sentidos, lleno de gozo, agitando los brazos y cantando alabanzas al Innombrable. Y a su paso, los campesinos, asombrados, le miraban con los ojos fuera de sus órbitas y, compadecidos, decían para sí: «¡Pobre hombre!, los demonios se han apoderado de él.»

Siete días después, mi madre, de pequeña estatura y amorosas

formas, flexible como un lirio y hasta entonces resistente como el mismo mármol, amante de todos los seres sintientes por insignificantes que éstos fuesen, dijo antes de desencarnar:

—Voy a morir. No quiero que sufráis por mi ausencia, pero sí quiero que mantengáis un recuerdo amable de mí.

Fue la suya una muerte silenciosa y tranquila, y mi padre ordenó que sus cenizas fueran arrojadas no sólo al Ganges, sino a los ríos más sagrados de todo el país, para que a través de todos ellos pudiera llegar a Dios. Y dos años después, mi abuelo Chandra era mordido en el cuello por una venenosa serpiente que puso, en pocas horas, término a su vida. Primero la muerte de su mujer, la de su padre después, Jotindra, mi respetado padre, conoció con terrible dureza, la realidad del dolor que en esta vida se oculta tras un débil disfraz de alegría.

Capítulo 24

Al despuntar el día, realizaba mis purificaciones y después de un corto paseo, me sumía en meditación. Indagar, buscar, explorar en uno mismo, conocer la naturaleza de la mente, insistir en la pregunta de las preguntas: ¿quién soy yo? Pero mi mente estaba disipada y había cansancio en mi cuerpo y soledad en mi corazón. Suspendía la meditación y volvía a caminar. Recorría los pueblos de alrededor, penetraba en los templos, me entretenía curioseando por los mercados, hablaba con los campesinos, que me contemplaban con respeto y a la vez con temor. A veces instintivamente se postraban para besarme los pies y me decían: «¡*bapu*, *bapu*!»; otros me pedían la bendición o que les recitase algunos versículos sagrados; otros me reclamaban fórmulas mágicas para prevenir las inundaciones o las sequías, las devastadoras epidemias o el hambre. ¡Cielo santo, qué pueblo el nuestro! Vivir es la más difícil de las proezas. Nuestro karma es duro e implacable. ¡Cuánto dolor, cuánta miseria, cuánta amargura! Me detenía durante mucho tiempo a las márgenes del Ganges a ver a las mujeres lavando las ropas y los utensilios y contemplaba a los niños jugueteando incansablemente, el cuerpo semidesnudo, el alborozo infantil en la mirada. Y al regresar a mi cueva para reemprender la meditación, me asaltaban los más dolorosos pensamientos, la soledad más profunda, la incertidumbre y la duda. Quería refrescar mi mente recordando las palabras del Gita, de los Upanishads, de nuestros más grandes místicos. Pero había dejado de vibrar con nuestras más elevadas enseñanzas, había perdido la ilusión que tuviera cuando abandoné mi hogar en busca de la

autorrealización y, aunque me avergüence decirlo, había incluso comenzado a dudar de mi maestro. Imaginaba a Gupta en su casa de Calcuta, una vida ordinaria, una mujer que comparte tus silencios y tus palabras. Imaginaba a Mashi, siempre animosa, en el Occidente confortable y tan alejado de las verdades tradicionales. Y ansiaba sentir los brazos de una mujer plegándome contra ella, dándome ánimos, fertilizando con su amor mi vida interior, ahora seca y desolada.

Una mañana, cogí mis pocas pertenencias y abandoné mi cueva. Vagar de nuevo, eclipsados mis más queridos ideales, cansados hasta donde no es posible imaginar, con una infernal sensación de angustia. ¡*Om*, *Om*, *Om*! Caminar y caminar, extenuado, luchando conmigo mismo, hacia el sur, uniéndome a los campamentos de sadhus, a las caravanas de gitanos, a buhoneros y peregrinos. Andar se había convertido en mi meditación. Y en mi rostro no refulgía la fuerza del sadhu que domina su energía, ni la lucidez del anacoreta que controla todos los mecanismos de su mente, ni la esperanza que refleja el místico. En mi cara había una infinita tristeza, una amargura difícil de ocultar. Los sadhus con los que me encontraba me miraban con recelo, como diciendo: «este hombre es demasiado débil para ser de los nuestros»; los campesinos ya no me temían ni pretendían besar mis pies, sino que me ignoraban o se burlaban abiertamente de mí; ni siquiera en los templos eran bien recibido. Era como si todo el mundo volviera la espalda a este yogui errante que había perdido el poder sobre sí mismo, como si todos intuyesen que me estaba traicionando y no merecía su respeto. ¿Dónde ir? ¿Dónde acudir con mi soledad y mi desgana? Y entonces pensé en la Madre Saradananda. Sí, yo necesitaba ahora una Shakti, una mujer amable a la que poder adorar como a una diosa y hablar como a una madre. Y vi en mi imaginación el rostro anciano y tierno de la Madre Saradananda y una nueva esperanza renació en mí y comencé a caminar más deprisa, hacia ella, prototipo de todas las madres de este mundo, reflejo de Durga y de Parvati.

Después de varias semanas, divisé a lo lejos la pequeña colina en la que se asentaba la ermita de la Madre Saradananda. Aceleré el paso y experimenté una alegría que desconocía hace muchos meses. Allí estaba esa santa mujer, tierna y comprensiva, asequible para todos, sin distinción de castas ni de posición. Jayati salió a recibirme, como lo hiciera cuando hace años llegué en compañía de mi padre. Al ver que era un sadhu, no hizo preguntas de ningún tipo. Me saludó y me invitó a que le siguiera. La Madre estaba en ese momento escuchando los versos que componían para ella sus discípulos y los visitantes que acudían a verla. La sala estaba débilmente iluminada. Olía a sándalo,

almizcle, frutas frescas, especias. La voz de un anciano, lenta y pausada, recitaba unos versos sobre la suprema dicha que se desprende del conocimiento del *atmán*. La Madre estaba al final de la sala, entre sombras, los ojos entornados, una paz inefable en su anciano rostro. Había envejecido, sus cabellos eran más blancos, sus arrugas más profundas. Pero continuaba siendo bella, con la belleza serena de quien nada espera por tenerlo todo. Una llamarada de amor precipitó mi respiración y casi me hizo perder el sentido. De súbito, en aquel rostro ajado, vi el rostro joven de mi madre y el rostro de Sita, y el de Mashi y el de mi tía Kasturbai. Avancé abriéndome paso entre los devotos, me postré ante la Madre, me abracé a sus piernas y comencé a llorar estrepitosamente. ¿Por qué lloraba así? Lloraba por mi madre, lloraba por mi confusión interior, lloraba por la soledad que todos llevamos dentro hasta que realizamos el Brahmán, lloraba por todo el dolor, el interminable dolor, que en estos años había visto en todas partes. Donde quiera que había estado, donde quiera que había ido, donde quiera que había mirado, ¡cuánto dolor, cuánta amargura! ¡Y cuántas preguntas sin respuesta! Lloraba compulsivamente y de pronto sentí las manos tibias de la Madre acariciando mi cabeza, como sólo la propia madre puede hacerlo, deslizando sus menudos dedos entre mis sucios cabellos, transmitiéndome amorosa energía que aplacaba mi corazón y serenaba mi turbulenta mente. Y ella, en otras dimensiones más que en las nuestras, comenzó a hablar con una voz que era como todos los trinos de este mundo:

—Hijos míos, hablamos y hablamos y hablamos, pero ¿no deberíamos buscar al que habla en nosotros? Escuchamos el ruido de las olas batientes, el tronar que provoca la tormenta, el sonido plañidero de la flauta, pero ¿no deberíamos buscar al que escucha? Vemos los colores y las formas, las proporciones y los reflejos, pero ¿no deberíamos buscar al que ve? Pensamos y pensamos, sentimos y sentimos, pero ¿no deberíamos buscar al que piensa y al que siente?

Seguía acariciando tiernamente mi cabeza, sin dejar de hablar, envolviendo con su voz apacible toda la estancia, transportando nuestras mentes a regiones más elevadas.

—¿No deberíamos buscar con todo vigor, con toda la fuerza de nuestro ser al parlante, al vidente, al oyente, al pensante y al sintiente? Porque al que lo halla, es dueño del tesoro más imperecedero, de la más elevada recompensa, de la suprema libertad. Quien lo encuentra, enciende el fuego sagrado en sí mismo que todo lo purifica, la estrella flamígera que da luz sin sombra, el arcano absoluto que brinda gozo sin reflejo de dolor. Conquistad las límpidas

aguas de vuestro Yo y ellas saciarán vuestra sed en lo impersonal y comprenderéis la unidad en lo múltiple.

Al levantar la cabeza, vi su rostro a unos centímetros del mío. Agarré sus manos y las besé. Ella continuaba hablando, como si alguien hablara por ella, ausente de su propio cuerpo.

—Este cuerpo que es *maya* os ha provisto de un cerebro que también es *maya*, pero detrás de los ojos, en la concavidad central de ese cerebro un hombre puede hallar, tras muchas vidas de perfeccionamiento, la quintaesencia del Alma Universal, más allá de los siete mundos ilusorios y de las diez cavernas de los deseos, donde no hay tiempo ni delante ni detrás de uno, donde nos espera un jardín de inconmensurable luz, de libertad, de paz.

Hizo una pausa prolongada. El silencio era absoluto, expectante. En la habitación, como años atrás o más si cabe, había numerosos perros e infinidad de aves de todas las clases. El amor de la Madre por los animales era comentado en toda la localidad.

—Este hombre que ha venido hoy hasta nosotros —dijo refiriéndose a mí—, llora porque sufre. Quiere respuestas que no encuentra, cicatrizantes para sus hondas heridas espirituales, una guía en su confuso peregrinar hacia la Realidad. ¡Estamos todos tan a oscuras mientras no escuchamos la voz de nuestro *Purusha*

!

Abrió los ojos, sonrió y, como disculpándose, dijo:

—Ahora, muy queridos míos, dejadme con él. Me necesita. Id a realizar vuestra meditación. Os veré más tarde.

Los devotos fueron acercándose a la Madre para despedirse de ella. Besaban sus manos o sus pies, le colocaban hermosos pétalos de flores en el cuerpo, la llamaban «bendita mamá». Cuando todos hubieron salido, la Madre clavó sus ojos en los míos y dijo:

—¿Cuál es tu nombre?

—Ananda me puso mi maestro, querida Madre. Llevo dos años peregrinando sin cesar y antes de éstos, más y más años. Estoy cansado, Madre, demasiado cansado. Peregrino sin cesar, porque tal es mi destino, y cada día me parece estar más lejos de la Realidad.

—¿Sabes, acaso, hijo mío, cuánto hemos peregrinado los demás? ¿Cuántas vidas, cuántas existencias? Es sabido desde el principio del principio que así ha de ser. ¿Te extraña?

—Me parece cruel, Madre.

—¿Cómo te atreves a juzgar lo que no comprendes? Deberías sentirte afortunado porque está en ti la necesidad de la búsqueda. Para ti hay muchas esperanzas. ¿Preferirías ser como el hombre dormido que ni siquiera sabe de su sueño y permanecerá en él durante tiempo indefinido? A ti te quema el fuego del ansia de realización, ¿no es para sentirse dichoso?

Sonrió, y perdiendo la mirada en la lejanía, dijo:

—No eres el único que está en la incertidumbre. ¿Sabes tú cuántos grandes iluminados estuvieron a punto de perder la razón, cuántos se desesperaron en su búsqueda, cuántos desearon la muerte, cuántos lloraron angustiadamente como tú lo has hecho hoy? Nosotros, hijo mío, hemos elegido un camino difícil, pero ¿podríamos haber elegido otro? Esta humanidad se está quebrando como la rama comida por la carcoma. Pero hay hombres como tú que buscan. Y yo sé… —dejó la frase inconclusa durante unos segundos, reflexionó y añadió—: Yo sé que no es conmigo donde podrás encontrar tu luz. ¡Qué duro, verdad, partir de nuevo! Peregrinar otra vez, contigo mismo, en ti mismo, solo entre millones y millones de hombres también solos.

La angustia atenazó mi garganta y ni siquiera pude proferir palabras. Como si supiera de mi estado de ánimo, dijo:

—Al menos tú eres infinitamente más libre que aquellos otros que empeñan su vida en una acción que no les conduce a ninguna parte, que aquellos otros dominados por el afán de poder o de riqueza. Yo partiré de este mundo dentro de muy poco. Puedo decirte, querido hijo, que estarás en mis pensamientos hasta el mismo momento de abandonar esta envoltura humana. Sigue los designios de tu destino. Dentro de todos nosotros reside una gran fuerza. Encuéntrala, aprende a servirte de ella, no permitas que el desconcierto o la desesperanza se apoderen de ti. ¿No somos todos nosotros Aquel? «*Neti, neti*»�, decimos de Él, porque no es expresable, pero sí podemos intuirlo y entonces finalizan todas las miserias.

«Pero, ¿por qué esas miserias?», pensé, sin expresar mis pensamientos. «¿Por qué todo este infierno, toda esta amargura?» Y de

nuevo fue como si la Madre leyera dentro de mí.

—Todo es dolor, Ananda, hasta que comprendemos. Hay muchos planos de existencia. Y en otros, los seres sintientes que lo habitan no guerrean entre sí, no se masacran, no se denigran. Vivimos una mala época, mi querido Ananda, pero ¿acaso no tendremos nosotros también nuestro amanecer? Y ahora, deja que esta pobre vieja deje en tus oídos algunas de las más sublimes enseñanzas del sabio Sankara.

Y con voz cadente, casi en un apagado susurro, la Madre comenzó a repetir las enseñanzas de uno de nuestros más inefables místicos:

—Cuando la mente llega a ser pura como un espejo, se revela la Sabiduría…

Después ambos guardamos silencio durante un buen rato, en honda reflexión.

—Ahora, hijo —dijo la Madre con su habitual ternura—, debo pedirte que me dejes. Necesito descansar un poco.

Agarré sus manos para besarlas, y las sentí, estremecidas de amor, en mis labios.

—Quédate con nosotros cuando quieras, Ananda. Pero no olvides tus deberes. Todos tenemos un *Dharma*

83

. Ruego al Divino porque cumplas el tuyo por muy difícil que sea.

Junté las manos en señal de saludo y abandoné la estancia. No pude dormir en toda la noche. Hora tras hora escuché el monótono cantar de las cigarras y los ladridos intermitentes de los perros. Me sentía de nuevo descorazonado. ¿Partir otra vez? ¿Llagar otra vez mis pies en los caminos, ver más dolor, sentirme de nuevo solo, desamparado? No debía permanecer más tiempo en aquel lugar. Me supe débil como nunca me había sabido y tuve el convencimiento de que si me quedaba un solo día más, nada podría ya apartarme de ese lugar. Pero años después lo comprendería, mi camino era otro, no solamente el de la *Bhakti*

84

, no solamente el del corazón. Se escuchaban los primeros cantos del gallo cuando, silencioso, abandoné la ermita de la Madre. El cielo tomaba un color de cobre y prometía un calor denso y pegajoso

aquella mañana que empezaba a despuntar. La pregunta de siempre: ¿Dónde ir? Y en mi afán por aferrarme a alguien que pudiera ayudarme a superar mi soledad de yogui mendicante, recordé al yogui-ciego, a aquel que tantos años atrás habíamos encontrado mi padre y yo, aquel que al igual que mi bisabuelo vivía de la leche que le proporcionaba una cabra. ¿Qué sería de él? ¿Viviría o tal vez su cuerpo habría sido incinerado hacía mucho tiempo? A cualquier parte que me dirigiera, era lo mismo. Un sadhu no tiene lugar fijo donde ir, ni nadie le espera, ni nadie le echaría de menos si un día muere al borde del camino. Un sadhu no tiene prácticamente identidad. Ni siquiera a su cuerpo debe agarrarse, ni siquiera a su nombre. Y recordé a mi maestro Swami Vicharananda y me pregunté cuándo podría volver con él, cuándo me haría llamar y cómo se comunicaría conmigo. Y sin dejar de caminar, la mirada donde el cielo se une con la tierra, vino a mis labios un mantra de poder: «¡*Om, Shakti, Shakti, Shakti*!» Poder de la Diosa Madre, a veces violenta como Kali, tierna a veces como Parvati, misteriosa como Durga. Danza y danza sin cesar, en tanto Brahmán reposa siempre expectante, pasivo, dentro y fuera de nosotros.

Capítulo 25

El campesino que casi sin atreverse a mirarme me hablaba, era un hombre joven y de elevada estatura. Por él pude saber que el yogui-ciego había emprendido una peregrinación hacia Gangotri

85

, donde quería esperar la muerte. Un día, me explicó el campesino, murió su cabra. Entonces el yogui-ciego dispuso que él también debería morir. Durante días permaneció en absorta meditación, sin probar alimento alguno. Una tarde cayó desplomado. Todos pensaron que había muerto, pero su débil corazón todavía funcionaba. Un matrimonio muy devoto lo llevó a su casa y lo cuidó durante varias semanas. El yogui-ciego se recuperó y antes de partir dijo a sus benefactores: «Todo esto, amigos míos, ha sido una señal. Estaba previsto que yo no muriera todavía. ¿Por qué permanecer entonces siempre en el mismo sitio como si fuera una roca o una planta? Aún ciego como estoy, quiero ir hacia los Himalayas. Yo, no les veré a ellos, pero ellos sí me verán a mí.» Y tan débil que apenas podía caminar unos pasos sin apoyarse en su cayado para tomar descanso, partió hacia el norte y por lo que el campesino pudo contarme, una profunda felicidad había en su rostro y enseñanzas de Tusildas murmuraba entre dientes.

Si fueron días o semanas después de mi conversación con el campesino no puedo decirlo, porque cuando se vaga y se vaga el tiempo no cuenta. Pero una mañana me encontré en un bosque con un grupo de filósofos desnudos y me uní a ellos. La soledad se había vuelto mi peor compañero y al menos con aquellos hombres me sentía acompañado. Eran media docena, todos jóvenes, de noble mirada y sabias palabras. Me llamó especialmente la atención el más joven de ellos, Singh, porque difícilmente dejaba de hablar y lo hacía siempre con un tinte de inexpresable tristeza en las palabras. Se condolía con inusitada frecuencia de su condición humana y se lamentaba a menudo de las ataduras que el cuerpo nos impone y de sus implacables exigencias. Todas las noches nos sentábamos alrededor de una gran hoguera y leíamos los textos de los más grandes *mahatmas*. Y el tiempo transcurría veloz, los días y parte de las noches entregados a la lectura y a las interminables discusiones, una vida cómoda y agradable sin duda, sin conflictos, abandonados a nuestras especulaciones y abstracciones filosóficas. Nos alimentábamos de fruta y queso. Y yo sentía que mi soledad se había disipado como una nube arrastrada por el viento, pero también sentía que mi cuerpo y mi mente se iban volviendo blandos y acomodaticios. Dejé la meditación por la contemplación de la naturaleza, la autoindagación por las largas disquisiciones con mis compañeros. Transcurrían las semanas con tal placidez que hubiera podido pasar allí toda mi vida sin darme cuenta de ellos. Pero cuando la antorcha de la inquietud y de la búsqueda está dentro de nosotros, difícilmente puede extinguirse para siempre. Estaba una noche contemplando la luna llena iluminando con su luz todo el firmamento, cuando recordé la primera iniciación que me impartiera mi maestro, y los votos que hiciera y sus palabras sobre el despertar de mi segundo loto tras tantos años de esfuerzo. Y me sentí avergonzado por la vida excesivamente cómoda en la que llevaba ya varios meses. Los filósofos del bosque no comprendieron mi determinación de abandonarlos. Ellos llevaban allí varios años y pensaban que el único camino era la lectura y discusión de los textos sagrados. Pero yo sabía que ésa era la más grave de las trampas, como un apetitoso manjar que envenena nuestra sangre. La erudición no da más luz que un trozo de cristal. Yo no había renunciado a mi puesto en una sociedad organizada ni a mi familia para pasar mi vida condoliéndome entre árboles, en la reconfortante soledad de aquel bosque en donde seis hombres convivían fomentando su propio autoengaño. No pude hacerles comprender, incluso hubo cierto gesto adusto en sus rostros cuando me despedí de ellos. Singh se sintió menospreciado al saber que les abandonaba.

—¿Prefieres la jungla a nuestro hogar? —preguntó con tono de

increpación—. ¿No sabes ya lo que te espera fuera? La sociedad humana es la peor de las junglas, desacralizada y agresiva.

—Ellos —me atreví a decir— están más vivos que vosotros. ¿De qué nos sirve escuchar las palabras de Guru Nanak, de Ramanuja, del Buda, si no realizamos sus enseñanzas? Os tengo mucho afecto, por eso os dejo.

Dejé tras de mí a aquellos seis hombres en su paraíso artificial y de nuevo, poblados, aldeas, ciudades, templos y santuarios. Mi cuerpo, débil y extenuado, soltaba una enfermedad para coger otra. Mi mente, confusa y descontrolada, era como una pesadilla sin fin. Varias veces pensé en dejarme morir en cualquier parte, pero mi rutina de caminar y caminar era mi mejor defensa. Al caminar era como si quisiera escapar de mí mismo, como si pretendiera desprenderme de este cuerpo que parecía maldecido por los *asuras*

86

. Una grave disentería me tuvo postrado en un establo durante varias semanas. Cuando comencé a mejorar empecé a preguntarme hasta qué punto había evolucionado, o por el contrario retrocedido, desde aquel día en que abandoné a mi maestro. El balance fue tan desconsolador que me dije:

—Ananda, pobre bobo, te colocarás en meditación debajo de un árbol y permanecerás allí hasta tu muerte si antes no se hace la comprensión en tu estúpida cabeza.

En la India no es fácil sentarse en meditación y pasar desapercibido. Como quiera que sea, siempre hay quienes al ver a un hombre en meditación durante varios días, le consideran un maestro y se colocan a sus pies para estimular su propia evolución con su presencia. Varios devotos de la ciudad me visitaban diariamente y ponían todo su empeño en alimentarme compartiendo sus escasos alimentos. Pero estaba decidido a morir si era preciso. Detestaba mi cuerpo, desconfiaba de mi mente, mis más elevados ideales se resentían y ciertamente la muerte se me antojaba como la única liberación posible para mí. Transcurrieron los días. El dolor de los miembros resultaba insufrible y en la medida en que el ayuno se iba prolongando, notaba menor lucidez mental. Pero una idea se me hizo muy querida y me ayudaba a continuar en mi actitud. La idea de la muerte, de dejar esta amarga existencia, aunque me esperasen millares de sucesivas reencarnaciones, descansar en el silencio inconmensurable, en el infinito sin límites. Y hubiera muerto de no ser

porque cuando apenas ya podía mantenerme en mi habitual postura de meditación por la gran debilidad que minaba mi cuerpo, un impulso más fuerte que mí mismo me hizo incorporar, aunque con gran dificultad, ingerir un vaso de leche y algunas *pakoras*

87

, y emprender la marcha hacia mi maestro. Tenía que verle, ganar la segunda iniciación, reemprender la búsqueda de la Perla Dorada. Mi bisabuelo no la había obtenido después de toda una vida de interiorización; mi abuelo había muerto sin poder conquistarla; mi padre se había entregado demasiado a la vida mundana. ¿Podía yo traicionar a los míos y traicionarme? Dice uno de nuestros textos que el suelo que nos hace caer nos ayuda a levantarnos. Tres años casi habían pasado desde mi primera iniciación. Devendrenath Das, aquel era mi nombre hace tiempo, se convirtió en Ananda, que es la felicidad que surge cuando despertamos al Alma Universal en nuestro propio corazón. *Mara*

88

me había tentado como tentara a Buda y a tantos otros. Había sucumbido, pero no del todo. Quizá la sangre que hay en mí de mis antepasados renunciantes pudo más que el maligno Mara, que los diabólicos asuras. Y arrastrando mi cuerpo famélico y anquilosado, tuve la seguridad de que ahora algunos devos me prestaban su estímulo y su fuerza. Tales son sentimientos que no pueden explicarse, pero las lágrimas de tristeza y alegría, ¿son iguales aún siendo iguales? Cuando yo de muy niño oraba ante la imagen de Krishna y me parecía escuchar las embriagadoras melodías que brotaban de su flauta, sentía la misma felicidad que ahora daba vida a mi vulnerado cuerpo y a mi desconsolado espíritu. ¡*Om*, *Shakti*, *Shakti*, *Shakti*!

Capítulo 26

Estaba ante él, recordando la primera vez que le vi hace cerca de tres años, cuando me dijo: «Si vienes en busca de lo milagroso, vete.» Y yo repuse: «He venido buscando una luz.» Y ahora, de nuevo, venía buscando esa luz y sus ojos se posaban en los míos y permanecíamos en silencio. Su mirada encantadora, pura, inmaculada; la paz que irradiaba de él; su rostro menudo, bondadoso, apacible. Nos hablábamos de corazón a corazón, nos sentíamos, nos sabíamos muy cerca el uno del otro. Recordé cuando en nuestro primer encuentro le dije:

—He peregrinado mucho.

Y él repuso:

—¡Oh, no Devendrenath, no pretendas sumar méritos ni ante mí ni ante ti! ¿Tienes idea de cuánto te queda por peregrinar?

No la tenía, querido maestro, no la tenía. No sabía entonces que buena parte de mi vida era un peregrinar sin fin; que mis designios me llevaban a ser un yogui errante.

—Me satisface que hayas cedido a tus impulsos y hayas venido. Te estaba esperando.

Me miró detenidamente y afirmó:

—Estás muy desmejorado, mi buen discípulo Ananda. Siéntate junto a mí. Ya te dije que nada sería fácil. Tu modo de buscar la Verdad es difícil. A todos nos cuesta gran esfuerzo desarraigarnos de todo.

Estábamos sentados junto a un arroyo. Hacía un día hermoso y Swami Vicharananda me había recibido como si jamás nos hubiéramos separado.

—Permaneceremos juntos una semana —dijo—. Sólo una semana, Ananda.

—¿Sólo una semana, *bapuji*

89

?

—Los acontecimientos se precipitan, *chela* mío. Trascenderé este plano de existencia dentro de un año aproximadamente. Quiero desencarnar en el lugar donde realicé mi *sadhana* espiritual. Tú me acompañarás hasta allí. Será mi última peregrinación. Ya sabrás de mí.

Estaba tan atónito que ni siquiera pude balbucir palabra alguna.

—¿Es que nunca aprenderás, Ananda? Nunca aceptarás que este cuerpo porque ha tenido principio debe tener fin? Bueno —sonrió dulcemente—. Tendrás muchas cosas que contarme, ¿verdad? Hoy nos dedicaremos a charlar, pero mañana empezaremos el entrenamiento para tu segunda iniciación.

Estuvimos hablando hasta que nos cogió la noche. Y no había amanecido todavía, cuando Swami Vicharananda, para mí uno de los

más grandes *siddhas* de este mundo, ya estaba instruyéndome. Durante días escuché su secreta enseñanza, medité junto a él, conocí las palabras que me desvelaban los enigmas que provocan nuestra ignorancia y nuestros condicionamientos. Le oí hablar sobre los distintos planos de existencia, incorpóreos, superpuestos, gobernados por la Inteligencia Universal y donde se hace claro y diáfano como la luz radiante todo aquello que en esta existencia efímera es histérico y oculto. Aprendí que aunque hay una sola fuente de creación, existen innumerables y variados universos, hechos y conocimientos que escapan al más sabio y evolucionado de los hombres. Aprendí que hay una sabiduría primordial y un eterno retorno, que la inmensidad del Universo es un grano de arena para el que puede penetrar los misterios de la esencia. Aprendí que nada es, por supuesto, accidental o gratuito. Hay una enseñanza inatrapable e indescifrable para el no iniciado. Esta enseñanza está más allá del tiempo y del espacio, indivisible y pura, conocedora de todas las leyes más ocultas del Universo y de las operaciones más esotéricas, capaz de despertar la poderosa energía que reside en uno mismo. Esa enseñanza se refiere a la fuerza que hace posible las mareas y los ciclos astrales, que confiere la vida y determina todo movimiento, que traspasa los límites de lo infinito y lo infinitesimal, que es simiente de vigor y de inmortalidad, que todo lo penetra y es impenetrable, que todo lo contiene y es incontenible.

Tanto al despuntar el sol como al ocultarse, realizábamos nuestras prácticas tántricas y recorríamos el camino de los mantras secretos. Uno de esos inolvidables días, Swami Vicharananda me habló así:

—Te hablaré nuevamente, Ananda, de los lotos de luz y de la fuerza inmortal que hay en tu ser. Los más importantes suman, como sabes, siete y quien los gobierna puede gobernar el mundo y gobernarse a sí mismo. Toda la fuerza del Universo, la gran Shakti gloriosa e inspiradora, descansa adormecida en el más bajo de estos lotos. Son sus sueños, al estar dormida, los causantes de la ignorancia y la aflicción. Ella, con sus fantasías, da origen así a todas las formas engañosas, a los encadenantes fenómenos que nos fascinan y esclavizan. Por eso debemos quebrar sus sueños, despertarla para que nos conduzca de la ilusión a la realidad, de las tinieblas a la luz. Hay que romper su profundo sueño para que comience a incorporarse y alcance el segundo loto. Tú, ¿lo recuerdas?, ya la habías elevado hasta ese loto. No la dejes dormir de nuevo, Ananda. Estate prevenido.

Tenía la mirada perdida en el infinito. Hablaba lentamente, casi arrastrando las palabras. Imperturbable la expresión del rostro.

—Aquel que la conduce hasta su segundo loto, comienza a convertirse en el vencedor de sus pasiones y rencores, adquiere poder sobre su cuerpo y tiende un puente de afecto hacia los demás. Quien puede hacerla danzar en el tercer loto, conquista el sol rojo y puede sentir el Universo en toda su plenitud sin medranto ni desconfianza. Dichoso el que después de un largo perfeccionamiento sienta a Shakti en su corazón. Habrá conquistado la reconfortante caverna del corazón y podrá recordar sus últimas cuatro existencias. Quien desde la caverna triangular del corazón es capaz de conducir a la Shakti un palmo más arriba, allí donde el pecho se une con el cuello, ese tal, se torna inmensamente feliz, porque conquista el topacio azulado que todo lo revela. Muchas vidas hacen falta; muchas, para poder conseguir que la Shakti more en el centro mismo de la frente —el ojo de la sabiduría—, donde reside la Estrella Blanca que obsequia la visión intuitiva, aquella para la que no existen barreras ni fronteras. ¡Cuántos esfuerzos no serán necesarios para sentar a la Shakti en el trono de la concavidad central del cerebro! Cuando este gran acontecimiento sobreviene, ella, la bienamada y dulce Shakti, nos obsequia con su mejor Perla de Oro y nos diluimos para siempre en el Gran Océano de Luz, emergiendo a través de la abertura que hay en la cima de nuestra cabeza, la Puerta de Brama, vía hacia la Totalidad.

Al oír hablar de la Perla Dorada, siempre era así, penetraba en un estado de profunda absorción y todo lo que había a mi alrededor quedaba eclipsado. ¡La Perla Dorada! ¿No es todo felicidad para aquel que la rescata? Pero, ¡cuánto esfuerzo requiere, cuánto sacrificio, cuánto perfeccionamiento!

Hablando, meditando, efectuando *japa*

90

, pasábamos parte del día y de la noche. El último día de los siete que estuvimos juntos, fue el señalado para la segunda iniciación. La noche anterior mi maestro me dijo:

—Ananda, he reflexionado mucho sobre ti. En todo hombre hay una disparidad de tendencias que le desgarran y hasta ponen en ocasiones en peligro su razón. Es tanta tu energía, el impulso de la Shakti en ti, que esta característica se da muy pronunciada en tu naturaleza. Pero tú ya comienzas a intuir que nada es causal, ¿verdad, mi fiel discípulo? Mañana procederé a iniciarte y después nos separaremos por unos meses. Quiero, Ananda, que durante este tiempo, suspendas tu largo peregrinar, te tomes un descanso, vuelvas a la vida cotidiana. Siéntete liberado incluso de algunas de tus

promesas, vive de nuevo en el *samsara*, prueba sus mieles y sus hieles, dale un reposo a tu afán de búsqueda.

Extrañado, iba a replicar, pero él me detuvo con un gesto de la mano.

—No es nada insólito que un maestro le aconseje esto a su discípulo cuando así lo cree necesario. Tampoco es, ni mucho menos, la primera vez. El maestro debe vigilar por la salud física y mental de su discípulo. Ahora yo creo que lo mejor para ti, después de tantos años de soledad y vagabundeo, es un breve descanso, como se lo toma el atleta para después emprender la prueba con más entusiasmo, con más vigor. Además, Ananda, tú no debes ignorar que también ha habido grandes yoguis padres de familia, hombres de sociedad. Ya sé que ése no es tu camino, que tu karma te impulsa a peregrinar, pero reposa unos meses, hasta que yo decida que me acompañes en mi última peregrinación y te imparta la tercera iniciación.

Era muy tarde y los primeros rayos del sol acariciaron el rostro de mi maestro, que me pareció muy fatigado después de aquellos días faltos de sueño y del oportuno descanso.

—Ananda, no importa donde estés, pero esfuérzate por conservar siempre el corazón puro y alimenta nobles sentimientos. Debemos caminar siempre hacia lo eterno, sin pesadumbre, sin vacilaciones, convirtiendo las tinieblas en luz, la debilidad en fuerza, el fracaso en experiencia.

La fresca brisa del amanecer fue como la dulce caricia de la más abnegada de las amantes. Y en lo más profundo de mí mismo, ante aquel anciano sabio y venerable, sentí como la Shakti se removía y me brindaba unas fuerzas que me habían faltado desde hace muchos meses.

—Al atardecer, te daré mi segunda iniciación. Ahora descansa unas horas y luego abísmate en meditación y espera. ¿Sabes una cosa, joven amigo? Somos afortunados al tenernos el uno al otro.

Y Swami Vicharananda se extendió en el suelo y durmió con el sueño profundo de un niño. En tanto yo, sin poder conciliar el sueño, me coloqué en actitud meditativa y dejé que las horas transcurrieran en aquel silencioso lugar de paz.

Fue la segunda una iniciación sencilla. Swami Vicharananda me ofreció un mantra, una plegaria y depositó durante largo tiempo sus manos sobre mis diferentes *chakras*

. Un torbellino de energía recorrió mi cuerpo de abajo arriba y lo sentí frío y a la vez liviano. Visualizamos a Shiva en nuestro propio corazón y después a la Shakti en amoroso abrazo con él y sentimos en todo nuestro ser el néctar que se derramaba de aquella unión cósmica que fecunda la materia con el espíritu.

—Cuando un hombre y una mujer —explicó mi maestro— pueden amarse como lo han hecho Shiva y Shakti en nuestra visualización, no generan karma, sino que por el contrario lo extinguen. Esa cópula abre una fisura de conocimiento en la densa niebla de *maya*. Pero se requiere una gran preparación para que esa unión no genere apego y para que el hombre pueda ver a la Madre Diosa en la mujer y la mujer a Dios en el hombre. Cuando el amor, Ananda, es vehículo de integración cósmica, no hay que temerlo ni rechazarlo. Si nosotros, querido mío, renunciamos a él es porque queremos aplicar esas energías a nuestro quehacer para la conquista de la autorrealización. En sí mismas las cosas, sabe esto Ananda, no son ni buenas ni malas, todo depende de nuestras actitudes y de nuestros ideales.

Al día siguiente abandoné a Swami Vicharananda, esta vez sin lágrimas en los ojos, sin preguntarme a dónde iría. Lo sabía bien: Benarés primero, Calcuta después. De nuevo por los caminos de mi pueblo, al que tanto amo en su dolor y en su miseria, en su grandeza y en su inquebrantable resistencia.

Capítulo 27

Después de una larga ausencia, cansado y nostálgico, volví a mi amada Benarés. Y confundido con los cientos de peregrinos que penetran todos los días en esta ciudad de Shiva, me dirigí antes que nada a los ghats y sumergí otra vez mi cuerpo en el Ganges. Sobre mi carne curtida y fatigada, sentí las aguas frescas que bañaban miles de cuerpos todos los días. Con una actitud de entrega y de fervor, evoqué a la Divinidad. Ella goza de miles de aspectos, y hasta los más crueles son también parte de ella. Si en la India todo lo sacralizamos, es porque sabemos que en cualquier parte hay una risa de la Divinidad, una lágrima, una caricia. Y como me han dicho tantos maestros, es siempre nuestra actitud la que cuenta, ya que, ¿cuál es ciertamente la realidad aparte de nuestra mente? Abrí mi corazón al Alma Universal y en estrecho contacto con la gente de mi pueblo, tuve pensamientos para todos mis familiares vivos y mis familiares muertos, para Santimoy, para Acharya de Bhubaneswar, para Hamsa. ¿Dónde estaría Hamsa, el mago drávida, mi buen amigo que reconfortó mis noches en

la soledad de Cachemira? Al regresar al ghat tras unas abluciones, se me aproximó un sacerdote para ofrecerme sus servicios, pero le rechacé con una distante cortesía. Siempre he desconfiado de la espiritualidad institucionalizada, etiquetada, jerarquizada. ¡Cuánta más confianza no me inspira el sadhu, por mucho que los haya falsos, el eremita, el peregrino! No puedo creer en el sacerdote brahmán si éste es soberbio, frío, duro de corazón, alma de madera, codicioso y orgulloso de su casta. Sí en el que instruye con humildad a los demás y al enseñar, aprende.

Al divisar de lejos la casa de mi padre, ¿cómo poder expresar los sentimientos que se desbordaron en mí? Eran miles de recuerdos entrelazándose los unos con los otros, irrefrenables, provocando en mí sentimientos distintos y contradictorios. Una mujer delgada e inexpresiva me abrió la puerta. Tímidamente dijo:

—¿Eres tú, Devendrenath?

—Sí, mujer, ¿quién eres tú?

—Tu tía Kasturbai —explicó la mujer— está muy enferma. Día y noche ha preguntado por ti. Los dioses han sido bondadosos al enviarte. ¡Corre, corre a su habitación!

Ella estaba muriendo y era en verdad como si una parte de mí mismo también lo estuviera haciendo. Ni las más duras penitencias ni el entrenamiento mental más implacable, ni la comprensión profunda de que todo es *maya* excepto nuestro *atmán*, pueden disipar los apegos por los seres que más amamos. Yo, en aquel momento, no era el sadhu que se había desarraigado de todo, que había peregrinado incansablemente en busca de la Verdad, que había quebrado los lazos de todo tipo. Yo en aquel momento era como un niño que teme la ausencia del ser que tanto ama, que incluso siente un miedo irracional y desconcertante. Demoró unos segundos en reconocerme, mientras sus apagados ojos se esforzaban por capturar mi imagen.

—¡Deven, querido mío! —exclamó alargando sus brazos hacia mí—. Anoche soñé que Indra me comunicaba tu regreso. Sabía que vendrías, pero temía que lo hicieras demasiado tarde. Pero en realidad, puedo decirlo, tú nunca te fuiste, porque nunca saliste de mi corazón.

—¿Cómo hubiera podido irme del todo? —repuse, y apreté sus manos entre las mías—. Te dejé parte de mí, madrecita, y siempre te mantuve conmigo, en los mejores y en los peores momentos, en

cualquier lugar, en cualquier circunstancia.

Fue una agonía larga la de mi tía Kasturbai. A veces así es mejor, porque de esa manera se está extinguiendo karma y quemando deméritos. En sus delirios, hacía referencia a experiencias de toda su vida, desde la más tierna infancia y, seguramente también, ¿quién puede saberlo?, a experiencias de vidas anteriores. Permanecí a su lado, debatiéndome entre la aceptación de lo inevitable y un sentimiento de profunda rebeldía y hasta indignación, leyendo ora el Bhagavad Gita, ora los Upanishads, depositando mis mantras en sus oídos y mi aliento en su carne y mis caricias en su rostro, porque yo sabía que, aunque sus oídos externos no pudieran oír, sí lo harían los internos; y sabía que mi aliento era percibido por sus aires vitales y mis caricias por las vibraciones de sus chakras. Su mente ordinaria estaba confundida por recuerdos y entremezcladas vivencias, pero ¿acaso no estaba también en ella la mente superior, libre, pura, inmaculada? Una noche, dos días antes de morir, tuvo un momento de lucidez y me habló así:

—Deven, en aquel baúl —se refería a uno que había en un extremo de la habitación— se encuentra una carta que tu bisabuelo dejó para ti. También están las joyas de tu madre y algunos recuerdos de tu padre. Soy muy feliz de que estés a mi lado.

Murió mientras yo, extenuado por el cansancio, dormía. Murió en silencio, recatadamente, con esa dignidad que siempre había poseído. Besé sus manos, su frente y abracé su menudo cuerpo. Durante tres días mantuve el cadáver conmigo. Algo podría yo hacer por los elementos que persisten más allá de la muerte del cuerpo. Recité mantras y pronuncié oraciones funerarias; me sumí en una abismal interiorización para dejar que mi fuerza interior colaborase en su desdoblamiento; visualicé su *atmán* partiendo hacia el Océano de Luz. No puedo decir hasta qué punto le fui de alguna ayuda, pero si el amor es una fuerza tan enorme como creo, debí prestarle algún auxilio. La muerte…, no es la muerte. La Inteligencia Universal provoca el desfallecimiento en el que va a morir para facilitarle el proceso que constituye la partida del *atmán*. Nos quedamos con el fruto de la nuez y arrojamos la cáscara, como el *atmán* arroja el cuerpo. Nuestra limitada mente no puede penetrar en las regiones de un espíritu liberado del cuerpo. Aquellos que niegan esas regiones es porque la densa niebla del maya no les deja ver más allá de sus cejas.

Su cuerpo sobre unas parihuelas, envuelto con un lienzo y cubierto de pétalos de flores, fue llevado a hombros hacia el Ganges. Lo colocamos sobre una pira preparada en el *ghat* de las

incineraciones. Di las vueltas de ritual al cadáver y encendimos la pira por tres puntos diferentes. Unas horas después el cadáver había sido reducido a cenizas. Éstas fueron arrojadas al Ganges, mientras yo murmuraba algunas fórmulas sagradas. Y pensé: «Shiva, va hacia ti. Recíbela y que viva siempre en ti. Dejar de existir para existir en ti, es la gloria más grande. ¡Shiva, Shiva, Shiva!».

En Benarés me fue dada esta existencia humana y en Benarés han encontrado la muerte mis seres más queridos. Cuando la ciudad, a lo lejos, se perdía detrás de mí, me pregunté cuándo regresaría a ella, que era como una amante que nos hace sufrir y gozar por igual. ¡Es tan difícil acostumbrarse a la muerte de aquellos a los que amamos! Y, sin embargo, desde niño había podido contemplar a millares de ancianos que peregrinaban a Benarés para abandonar allí su cuerpo; desde niño me había enfrentado con la muerte en todas sus formas y había meditado sobre ella en infinidad de ocasiones. ¿Y no es el mío un pueblo que nace y muere todos los días y todos los días renueva su sangre y su esperanza? Quizá porque siempre me vi obligado a enfrentarme con el hecho de lo poco que representa la existencia humana, de lo frágil que resulta, he emprendido la búsqueda incansable de la trascendencia. Soy un peregrino en pos de esa trascendencia. Dudo, estoy cansado y triste, desconfío de mis propias fuerzas y hasta de las más elevadas enseñanzas, miles de veces me digo que todo sería más fácil en una vida más sencilla con sencillos placeres. Pero busco respuestas y hago de mi vida —¡con no pocas dificultades y no poco dolor!— una llamada, una súplica, una esperanza, un deseo ferviente de hacer posible el encuentro con la Verdad que necesariamente debe existir y tener una explicación para tanta amargura y confusión. Bien dijo el Buda: «Más vale morir en el campo de batalla que vivir una vida de derrota.»

Al borde del camino, impaciente por conocer lo que decía la carta de mi bisabuelo Devadatta, comencé a leer apresuradamente, en tanto imaginaba el venerable rostro del «yogui de la luz en el corazón» frente a mí.

«Querido mío, estoy en ti, porque todos encarnamos en todos, como el agua empapa los campos y las tierras. Estoy en ti porque eres una autoprotección de mí mismo y compartes mis ilusiones y mis afanes de autorrealización. Para nosotros no se trata sólo de hacer, sino de *ser*; y tú lo sabes. En este mundo de infortunio, ¿de qué sirve deleitarse si no somos capaces ni de ayudar ni de ayudarnos? Si ellos y nosotros estamos menesterosos de auxilios, ¿por qué seguir alimentando la ignorancia? Estaba destinado que tú serías mi biznieto y que leerías estas palabras. Quien te habla es un hombre que invirtió,

como ya seguramente sabes, toda su vida en encontrar la Perla Dorada, aunque no tuvo la dicha de hallarla. También destinado está que tú, como tantos otros miembros de nuestra familia, habrás de buscarla sin tregua. Yo te imploro, te suplico, querido mío, que no desfallezcas en la búsqueda. Perteneces a una larga estirpe de buscadores y no es por casualidad que así sea. Porque graves deméritos has creado en existencias anteriores, bien es seguro que nada será fácil para ti y que tu ánimo oscilará como la vacilante llama de la candela. Pero debes socorrerte y socorrernos. No olvides que al colaborar con tu karma, haciéndolo positivo, estarás colaborando con el mío y con el de otros, porque, ¿acaso no somos todos las gotas del Gran Océano? Al avanzar tú hacia el umbral de la Luz sempiterna, a otros estás facilitando el camino hacia ella.»

Me embargaba la emoción y la carta temblaba entre mis dedos. Continué leyendo:

«Tú y yo, querido mío, sabemos que para nutrirnos necesitamos más que arroz, leche y *chapatis*. Nuestro alimento debemos buscarlo sin tregua y sin descanso. ¡Cuántas pruebas, duras y amargas, te esperan! Pero, ¿acaso alguien alguna vez dijo que fuera fácil encontrar la fisura que nos permite evadirnos del *samsara*? Busca. Desde que empezamos a buscar, aún sin todavía haber encontrado, ya empezamos a encontrar. Indaga en pueblos y ciudades, campos y llanuras, junglas y montañas, pero, sobre todo, indaga en ti. Búscate en cualquier parte, donde quiera que sea, llámate, grítate, desea apoderarte de tu Yo con mucho mayor deseo del que pueda despertar la más bella de las mujeres. Dondequiera que tú vayas, dondequiera que tú estés, no aceptes ser ignorante de ti mismo. Aprovecha la oportunidad de haber reencarnado como hombre y haber escuchado la Enseñanza, y supera adversidades, escapa a peligros, no te dejes atrapar por vanos sueños ni artificiales paraísos. Por el bien espiritual de todos nosotros, aprende a vivir no a través de la ilusión que nos hace zozobrar, sino a través del discernimiento que nos da el yoga y la sabiduría que mana del genuino maestro que hay en todos nosotros.»

Cerré los ojos y sentí la responsabilidad que el destino había puesto sobre mí. Yo, débil, indeciso, ni siquiera con buena salud. El griterío de un grupo de campesinos que pasaba por el camino se me figuró como un eco muy lejano. ¿Soñamos tal vez que vivimos? Hay hombres sabios que dijeron más de cuanto se pueda comprender en diez veces diez cientos de existencias. Pero, ¿y lo que callaron? ¿Y sus elocuentes silencios, su mirada que habla por sí misma, sus mudas pero expresivas manos? Siempre he sabido que hay una Ley inmutable que sólo puede ser comprendida a través del ojo de la intuición y una

antorcha interior que debemos iluminar por nosotros mismos. Creo que cada uno de nosotros disponemos de nuestra propia vía para abrir ese ojo de sabiduría e iluminar esa antorcha de conocimiento. Si aprendiéramos a pensar y aprendiéramos a amar, todo sería bien diferente. Rompí la carta en numerosos trozos y dejé que la brisa la esparciera hacia todos los puntos de la tierra. Su contenido quedaba grabado en mi mente para siempre.

Se me alegró el corazón al divisar Calcuta, desde el asiento de la *tonga* que me transportaba. Allí estaba la ciudad de Kali, la Gran Madre, el aspecto terrible de la Divinidad, poder universal de la destrucción. ¿Hay alguien que sepa más que nosotros de ese sueño apesadumbrado y tenebroso de la Gran Diosa?

Me iba acercando a Calcuta y las preguntas se agolpaban en mi mente. ¿Cómo reaccionaría ahora al vivir de nuevo en sociedad? ¿Hasta cuándo debía permanecer allí? ¿Me llamaría pronto mi maestro? ¿Se aplacaría mi mente, descansaría mi corazón, se disolverían mis dudas? Un nuevo periodo de mi vida estaba a punto de comenzar. Fluir era ahora lo importante, dejarse llevar por el gran río, incontenible, de la existencia. Y no pude dejar de pensar en las palabras del texto sagrado: «Penetran en las ciegas tinieblas quienes creen en el no-devenir: en mayores tinieblas todavía, quienes se complacen en el devenir.»

Capítulo 28

Los abigarrados estímulos de la gran ciudad golpearon mis ojos y mis oídos. Acostumbrado durante años a la soledad de las montañas y de las junglas, la multitud y el estruendo de Calcuta me resultaban ajenos, poco familiares. Gupta vivía al otro extremo de la ciudad y empleé toda la mañana en poder llegar hasta su casa. Me crucé con numerosos peregrinos que acudían prestos al santuario de Kali. Muchos eran campesinos, venidos de las numerosas aldeas de Bengala, sabios en hambrunas, inundaciones y toda suerte de tribulaciones, castigados por un karma implacable, dispuestos a sacrificar la Diosa Negra un cabritillo para neutralizar su inexorable influencia. Un hombre —seguramente un *pandit*— se acercó muy cortésmente a mí y me invitó a comer en su casa y tener así ocasión de hablar sobre hinduismo. Decliné la invitación con amabilidad. Perros y niños jugueteaban en la calle en la que vivía Gupta. Nos abrazamos por largo espacio de tiempo en el umbral de la puerta. Gupta estuvo bromeando hasta que le puse al corriente de la muerte de nuestra tía. Me comunicó que Mashi estaba bien, triunfando en sus estudios. Me presentó a su mujer, Vasanti, y a sus dos hijos. Un hogar tranquilo,

envidiable.

—Quédate con nosotros tanto tiempo como quieras, Devendrenath —dijo Vasanti con la timidez encantadora de la mujer de nuestro país—. Nos hará muy felices tu presencia.

—Claro que se quedará, mujer —insistió Gupta—. Hemos de hablar de tantas cosas.

Mientras los niños jugueteaban entre nuestras piernas y Vasanti ordenaba la casa y preparaba la cena, Gupta y yo dejamos que nuestra mente se transportase a años pasados, saltando de uno a otro acontecimiento, dando detalles que hubiéramos creído olvidados, alimentando nostalgia y experimentando sentimientos que intercambiaban la alegría y el pesar, y con dolor y cariño recordamos a Kasturbai, una gran mujer, una verdadera *bhakta*

92

.

—Hemos elegido, querido Devendrenath, dos caminos bien diferentes. No creas por ello que he abandonado mi búsqueda de la trascendencia. Yo la llevo a cabo a mi manera.

—Son muchos los grandes yoguis que han permanecido en sociedad, casados y con hijos. El *dharma* podemos cumplirlo en cualquier circunstancia.

—Así pienso yo también. Mi mujer, mis hijos, mi trabajo… ¿qué podría yo hacer sin ellos? Se necesita una madurez que yo no tengo para poder prescindir de todo.

—Había un hombre, Gupta, que escribía angustiado a un amigo solicitándole madera de sándalo porque quería conocer este tipo de madera. No se daba cuenta de que estaba escribiendo su carta con un lápiz de madera de sándalo. Así nos sucede frecuentemente. Tenemos que aprender a ver ya sea en sociedad, ya sea en la soledad. Yo he elegido este camino porque un impulso más fuerte que yo lo elige por mí. No sabría explicarte.

Gupta sonrió con indescriptible afectuosidad.

—Te comprendo bien. Yo mismo, de niño, era feliz imaginándome en Gangotri, soportando el frío y el hambre, en unión con el Absoluto. Pero, poco a poco, cambiaron mis criterios. Yo quería

transformar el mundo desde dentro y no desde fuera, ¿me entiendes? Miraba a mi pueblo y, ¿qué veía? ¡Oh, Devendrenath!, ¿qué puedo contarte a ti que has vagado sin cesar durante años? Veía miseria, gente explotada y denigrada por todas partes, una vida indigna, zozobra, los mil rostros del espanto y la desdicha, desigualdad y arbitrariedad, analfabetismo. Nosotros, la civilización más rica de la tierra, dominados y expoliados. Alejandro no comprendió nuestro pueblo, ¿y los que han venido después? ¿Y los que vinieron antes?

—Comparto tus sentimientos —declaré—. Pero mucha de nuestra grandeza está en nuestra resistencia al dolor, en nuestra capacidad para sobrevivir, en nuestra demostración permanente de que no es necesario lo superfluo para seguir adelante.

—Yo no soy tan romántico —contestó Gupta con el rostro sombrío—. Ni siquiera podemos aspirar a la más elevada espiritualidad si hay tanta hambre y tanto dolor. Superstición, pseudorreligión, decadencia espiritual. ¿Cómo pensar en la verdadera elevación si sólo existe una idea fija: sobrevivir momento a momento? Incluso entre los que renunciáis, ¿cuántos hay honestos, hermano? Éramos un pueblo extraordinario y ahora nos encontramos sobre arenas movedizas. Durante siglos hemos llevado la antorcha de la sabiduría y ahora se está extinguiendo entre nuestras propias manos.

Gupta me habló de su trabajo. Era profesor y durante doce y catorce horas diarias enseñaba a los demás. Ésa era su manera de combatir a los ingleses y colaborar con el bienestar de su pueblo. Había en él, siempre lo había habido, algo de revolucionario, aunque había cogido un camino de no-violencia, porque como él gustaba decir citando el Dhammapada, «jamás el odio puede extinguirse por el odio».

—Pero comprenderé a los que luchen abiertamente —dijo—. No podemos seguir siendo siempre bueyes con el yugo sobre nuestro pescuezo. Y no solamente tenemos que combatir contra ellos, sino contra nuestra ignorancia, nuestro anquilosamiento, nuestras creencias equivocadas, nuestras instituciones cuando éstas sean negativas. Nosotros sacralizamos todo lo que nos rodea, incluso los reptiles que nos envenenan o las ratas que matan a nuestros hijos, pero ¿y la vida humana?

—¡Son tantas las preguntas, Gupta! Yo he elegido el sendero de la aparente no-acción exterior y tú el de la acción. Pero queremos desvelar los mismos misterios, ¿no es así?

Y nuestras miradas se detuvieron una en la otra y volvimos a abrazarnos con fuerza. Éramos los dos polos complementarios que siempre se han dado en nuestra familia: los hombres renunciantes y los hombres de acción. Cuando el corazón se mantiene limpio a pesar de todo, como el loto sus bellos pétalos los libera del pestilente fango, cualquier camino conduce a la Realidad.

Vasanti lucía en mi honor su sari más hermoso. Preparó unos ricos platos: *dal*

93

, *pakoras*, *curry* y, de postre, un sabroso *kir*

94

. Después acostó a los niños y Gupta y yo deleitamos unas humeantes tazas de té y continuamos hablando.

—Quería preguntarte, Devendrenath, si podría, ahora que está vacía, disponer de la casa de Benarés para realizar algunas actividades culturales. Quiero volver a Benarés. Al fin y al cabo, ésa es mi ciudad, la amo, la siento como una madre que me grita en su soledad y me siento culpable por no acudir en su auxilio. Vasanti, los niños y yo ocuparíamos dos habitaciones y el resto lo dedicaríamos a escuela. ¡Hay tanto que hacer!

—Yo no quiero nada, Gupta —dije—. Nada que no sea la conquista de mi propio Yo. ¡Y ésta la veo todavía tan distante!

Antes de acostarnos leímos el Gita: «Es un liberado aquel para el que un trozo de arcilla y un trozo de oro son lo mismo.»

Vasanti me había preparado un cómodo *charpoy*

95

. Pero a pesar de todo me fue difícil conciliar el sueño. Las palabras de mi hermano Gupta me habían hecho preguntarme nuevamente: ¿Sigo el camino que debo? Por un lado yo sabía que debería ayudar más abiertamente a los demás, pero por otro lado siempre me he dicho que una vela a oscuras no puede iluminar ni un palmo de la habitación en la que se halla. ¿Cómo cambiar nuestro mundo de fricciones y de codicia? Gupta lo intentaba a su manera; yo, a la mía. Éramos dos gotas de agua en el Gran Océano. Él, más preocupado por la vida tangible y yo por la trascendencia. Y a mi mente acudió un pasaje del Gita: «Soy el tiempo interminable, soy la

muerte destructora, soy la victoria, soy el valor, soy la bondad del virtuoso, soy el silencio de lo secreto, soy la semilla de todo lo que nace.» Y pensando en Krishna y en Arjona, en este mundo donde la lucha de los *pandavas* y *kuravas*

96

continúa y continúa sin final, cerré los ojos y vi en mi interior la imagen del benefactor Vishnú, protector del mundo. Y me pregunté si alguna vez sería posible la verdadera ahimsa

97

o si, por el contrario, continuaríamos despedazándonos los unos a los otros.

Capítulo 29

Transcurrieron los meses sin que apenas hubiera podido darme cuenta de su rápido discurrir en la placidez de un hogar alegre y pacífico. Vasanti preparaba para mí los mejores platos, me cuidaba como a un hermano más joven, me acompañaba en mis lecturas espirituales y se unía a mí en las horas de meditación. Los niños me habían tomado un gran afecto y me hacían el confidente de su pequeño mundo; habían aprendido a tratarme como a su igual. Yo les narraba relatos fantásticos, insólitas aventuras que me atribuía, belicosos pasajes de los textos sagrados. Gupta, mi buen hermano, conversaba conmigo todas las noches, me contaba sus inquietudes, me hablaba de sus proyectos. Estaba ahorrando para desplazarse definitivamente a Benarés. Quería poner en marcha una especie de pequeña campaña de alfabetización y combatir la superstición y el dogmatismo asfixiante. Juntos leíamos a nuestros mejores poetas, asistíamos a los festivales espirituales, a las sesiones de música; juntos pasábamos algunas tardes junto al río Hooghly, viendo pasar lentamente las aguas, en silencio, el uno en comunión con el otro. Era una vida sencilla y amable, demasiado agradable para estar exenta de peligros para mí. Esa vida era más arriesgada que una selva llena de alimañas, que un mar embravecido. Era una vida que envolvía los sentidos. Y por todo ello, sintiéndome desgarrado y temeroso al pensar en volver a caminar, tuve que realizar un grave esfuerzo para decidirme a partir. Cuando se lo comuniqué a Gupta, su rostro se entristeció y dijo:

—Sabía Devendrenath que este momento llegaría, que Ananda sólo dormía en ti, que no había ni mucho menos muerto. ¿Qué puedo yo decirte, hermano mío? No poseo ningún argumento que pueda

retenerte junto a mí. Tus pies se pondrán de nuevo en marcha, cubrirás tu cuerpo con azafrán en los días sagrados, de nuevo dejarás crecer tus uñas y tus descuidados cabellos, volverás a ponerte toda clase de limitaciones en la alimentación y el descanso.

—Debo confesarte, Gupta —declaré—, que si me apresuro a partir es porque de otra manera, ¿sería capaz de hacerlo? No son sólo vuestras comodidades ni vuestra vida apacible las que me atrapan, es sobre todo el afecto que tan generosamente me dais en todo instante. Cada día que pasa me siento más próximo a vosotros, más anclado en este lugar, llenándome de apegos que ya creía trascendidos. Al marcharme, me estoy previniendo contra mí mismo. Yo sé que tú lo comprendes. Tampoco es el tuyo un sendero de poinsetias y jazmines. A los dos nos espera una ardua tarea. Benarés es como un imán que me atrae irresistiblemente. Volveremos a vernos algún día allí. Quizá entonces nuestros cabellos hayan encanecido y nuestro cuerpo esté más gastado. Pero los dos, mi buen hermano Gupta, habremos ganado en Sabiduría. No habrá día en el que no haya un pensamiento de amor para ti en mi mente, ni día en que no invoque a Brahma por la salud de todos vosotros.

Y ambos guardamos silencio, porque ¿necesitan dos hermanos decirse todo lo que se aman?

La víspera de mi marcha, Vasanti preparó una cena espléndida en mi honor y con su voz frágil y arrulladora entonó unas bellas canciones de amor. «Es curioso —pensé—, el gran poder de la mujer india. Puede ser tierna como una gacela recién nacida, resistente como el yak, enérgica como el leopardo.» Los ojos de Vasanti se me antojaron más bellos, más sugerentes y profundos que nunca. Envidié a Gupta y se lo hice saber. Sonrió satisfecho, pero nada dijo. Vasanti se ruborizó, pero no pudo ocultar una femenina expresión de vanidad. ¡Se sentía uno allí tan seguro, tan amado, tan custodiado!

Era mi cuerpo como una sombra sorteando decenas de cuerpos tendidos en las calles al amanecer. Los primeros vendedores preparaban ya sus tenderetes y un hombre muy anciano, reverenciándome, me colocó en las manos un cucurucho de arroz recién cocinado. Calcuta, con todos sus pesares, quedó a mis espaldas y me sentí a mí mismo como otro hombre emprendiendo de nuevo esta peregrinación mía que parecía no tener fin. Durmiendo donde buenamente me cogía, caminé durante días y días, en dirección hacia mi maestro, pues quería estar más cerca de él para cuando me hiciera llamar. ¡Con renovada ilusión esperaba el momento de ese tercer encuentro! Y ponía no pocas esperanzas en la que sería mi tercera

iniciación. Pero cuán ingenuo era yo entonces imaginando que ya con ello todo dolor, toda zozobra, habría cesado. No, no es tan sencilla ni tan leve mi carga. Un maestro me indica el camino, pero debe haber otros que sirvan de mojón en mi largo recorrido.

¿Cuántas semanas —quizá meses— habían pasado? No lo sabía. Pero una mañana, mi cuerpo se cubrió de un sudor pegajoso como el *ghee* y comenzó a temblar descontroladamente. Apenas pude caminar hasta la aldea más próxima. Una vez allí perdí el sentido y me desplomé.

Antes de abrir los párpados, escuché la respiración y sentí la presencia de una persona a mi lado. Me sentía tan débil que ni siquiera quería intentar moverme. Observaba mi respiración agitada, mis miembros lacios, mi corazón sobresaltado. Por fin me decidí a abrir los ojos cuando sentí una mano llena de ternura sobre mi frente. La mano —era como una brisa cálida y reconfortante— descendió con lentitud por mi mejilla. Ante mí estaba el rostro de una mujer de piel muy clara, largos cabellos, ojos de una negrura impresionante. ¿Será la muerte? Pero ella era precisamente la vida que se desborda, sin cauces, sin limitaciones. Ella era una mujer de edad mediana, pero, ¡por todos los *suras* y *asuras* de este mundo!, ¿puede haber una mujer tan bella? Olvidé mi cuerpo frágil, mis cansadas piernas, mi sensación de mareo, mi agitado pulso, mi espasmódica respiración. Olvidé mi nombre y mi condición y mi enfermedad y mi soledad y hasta mi propia búsqueda de la trascendencia. Allí, a unos centímetros de mí, estaba el rostro de esa mujer: piel, como la seda más exquisita; labios, como la mora más jugosa; todas las noches del mundo en esos ojos omnipenetrantes, capaces de aturdir el más lúcido entendimiento. Ni siquiera me atrevía a hablar para no romper el hechizo de tal momento. ¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Era aquella una fantasmal imagen en el tránsito confuso de una a otra existencia? Sus labios esbozaron una sonrisa fascinante. Yo, que había visto las imágenes de tantos y tantos templos, jamás en ellas había visto una sonrisa como esa.

—Has estado muy enfermo —dijo la desconocida con voz baja y cadente—. Llevas varios días inconsciente. El mago de la aldea pensó que no podrías sobrevivir. Una rebelde dolencia ha abatido tu cuerpo y tu mente. Hablabas y hablabas sin cesar, y llamabas en sueños a tu madre y a un hombre llamado Vicharananda. Pero yo sabía que vivirías. Te he dado tisanas cada dos horas y he enjugado tu rostro con paños de agua fresca. Y ya ves, ahora empiezas a volver en ti.

Como si nada más hubiera en este mundo, seguía mirando aquel rostro, extasiado por completo, incapaz de reaccionar ni siquiera para agradecerle sus cuidados. No era una mujer joven, no lo era, pero, ¡era tan hermosa, tan especial, tan llena de fuerza contagiosa, tan arrebatadoramente atractiva!

—No te asustes —dijo malinterpretando mi hermético silencio—. Estás en mi casa y nada tienes que temer. Mi nombre es Lilavati. Tú, aunque inconsciente, me has ayudado a mitigar la soledad de esta casta. ¿Cómo te llamas?

—Llámame Ananda.

—Ananda, me gusta. Ahora, cierra los ojos y descansa. Todavía estás muy débil.

Era su voz como el agradable ronroneo de un gatito. Cerré los ojos, pero no desapareció su imagen, sino que bien al contrario su rostro, en la profundidad de mi mente, se perfiló con más fidelidad si cabe. Sobre todo aquellos ojos, como jamás hubiera visto otros, como si fueran más de una diosa que de una mujer. Su mano seguía en mi rostro. Cálida, palpitante, llena de fuego y de aliviadora vitalidad.

—Lilavati —musité—, te debo mi pobre vida, que no tiene más significado que el que yo pueda ofrecerle. Pero si nunca me será posible olvidar tu bondad, mucho menos tu belleza.

Ni siquiera sé por qué me expresé así. Mi corazón hablaba por mí. Ella no dijo nada, pero sentí que de su mano surgía una respuesta para mí. Las palabras, en verdad, son como la hoz sin filo: sirven para bien poco. Temía dormirme por si al despertar ella ya no estaba allí y descubría que todo había sido una alucinación. Pero, por todos los espíritus de este mundo, ¿no era yo un sadhu que tenía que liberarse de todo deseo, de todo apasionamiento, de los velos de la ilusión y de las engañosas apariencias? Y sin embargo, no debo ocultarlo, le pedí al amoroso Vishnu que todo aquello no fuera un sueño que se disipara al despertar, y que de ser un sueño me concediera la gracia de seguir

soñando eternamente. Ni siquiera los sadhus, y entonces lo comprendí como nunca, estamos libres del encantamiento de una mujer que disponga de la belleza de Parvati y el encanto de Laksmi, y la fuerza, la arrolladora y salvaje fuerza de Durga.

Todavía, cincuenta años después, en mi cueva de los Himalayas, esperando a desencarnar, en el umbral de la muerte, esos ojos acentúan mi nostalgia y esa mano en mi mejilla perturba mi profunda meditación.

Capítulo 30

Podríamos decir que existen días afortunados que nos llenan de felicidad y días amargos que nos dejan heridas incurables. Pero hay también días de tanto gozo que ni siquiera existen palabras para definirlos. Y así fueron todos los que permanecí junto a Lilavati, una mujer inteligente y sutil, *devadasi*

de un templo cuando fuera unos años más joven. Cabellos largos y espesos recogidos en un majestuoso tocado, un cuerpo sensual pero no procaz, un cuello largo y esbelto, unos labios de un rojo intenso y llamativo. Era más hermosa de cuanto pueda decirse. Alborozaba el corazón, descansaba la mente, encendía la sangre, arrebataba los sentidos. A veces, su bella mirada era serena, imperturbable; otras, desconcertante y ambigua; o apasionada y llena de fuego. De toda ella emanaba un aroma especial, envolvente. Vestía de una manera sencilla, pero con elegancia. Podía ser dulce como nadie imaginara y, sin embargo, siempre se la sabía fuerte. Y yo pasaba las horas ensimismado, contemplando sin descanso aquel cuerpo maravilloso, como si quisiera fijar para siempre su imagen en mi mente. Al sentirse así observada, sonreía con una fingida ingenuidad y decía:

—Ananda, Ananda…

Y nos mirábamos en silencio y se despertaba en mí el deseo de tantos años de abstinencia. Un deseo irrefrenable e indócil. Y nos entregábamos, como dos cachorros jóvenes e insaciables, a un intenso juego de amor que renovábamos día a día con nuevas caricias y rejuvenecidos abrazos. Los deleites del amor, la energía de la carne, la alegría de una sexualidad incontenible. A su lado, cada día se convertía en el mejor de los regalos. Me atraía, me cautivaba en todos sus matices el arte de su amor, tierno y a la vez salvaje, mistérico y desvergonzado, siempre inagotable. Y para no dejarme fascinar de tal manera por aquella bellísima mujer, me repetía una y otra vez las

palabras del texto sagrado: «¡Oh, Señor, dentro de este cuerpo insustancial y pestilente, magma de huesos, de piel, de músculos, de médula, de carne, de esperma, de sangre, de mocos, de lágrimas, de legaña, de excrementos, de orina, de bilis y de flema, ¿para qué procurar la satisfacción de los deseos?» Y reclamaba la ayuda de Indra, poderoso dios del trueno. Y rememoraba la vida de nuestros más notables ascetas. Pero era como si en los labios de aquella mujer, de aquella *padmini*

99

llena de armonía y de encanto, hubiera bebido un néctar más embriagador que el *soma*

100

y que había embrujado mis sentidos.

—Lilavati, mi querida Lilavati, yo soy un pobre sadhu, un hombre sin casta, un peregrino que vaga sin rumbo fijo. ¿Qué puedes tú encontrar en mí? ¿Qué puedo entregarte yo? Ni siquiera sé amar, ni siquiera corresponder a los besos que se desprenden de tu boca o a las caricias que me obsequian tus manos.

Lilavati guardaba silencio. Me miraba con fijeza, con un brillo especial en la mirada y un parpadeo lento y voluptuoso. Abría sus brazos y me hacía ir hacia ella. Me refugiaba en su cuerpo y me acariciaba como a un ternerillo recién nacido.

—Lilavati —insistía yo—, me pregunto qué puede atraerte de este miserable sadhu, con su cuerpo débil y lacerado, sus miembros resecos como estacas viejas y su incapacidad para hacer gozar verdaderamente a una mujer. Yo no he aprendido el arte del amor. Me he deleitado con la meditación y el peregrinaje. Tan sólo sé reclamar un cuenco de arroz y no puedo ofrecer más que una plegaria o un mantra. Mi mundo es otro mundo.

—Ahora hemos hecho nuestro propio mundo —respondía ella—. Ananda, es un hombre como tú el que yo estaba esperando. Hombres que saben amar con el cuerpo he tenido muchos, pero no hombres que sepan amar con el corazón y con la ingenuidad de un niño. Yo te enseñaré a amar como ninguna otra mujer podría hacerlo; te descubriré los mil secretos de la pasión y te entregaré no solamente mi cuerpo, sino mi alma y mis sentimientos.

Pasión, amor, intercambio inagotable de ternura y de caricias…

Había perdido la noción del tiempo y hasta el recuerdo de mi pasado y de lo que yo fuera. Nada excepto ella merecía mi atención. Meditaba, sí, pero no sobre la infinitud o la unicidad, sino sobre sus cabellos, sus senos, su atractivo cuerpo. Ella se convirtió para mí en diosa, mujer, amante, hermana, amiga. Era mi luz y mi sombra, mi bálsamo y mi veneno. El amor que experimentaba por ella sobrepasaba todos los límites concebibles. Y habíamos hecho de la pasión todo un ritual, una ceremonia que nos unía en cuerpo y mente. Entre nosotros, los silencios se habían convertido en poderosos mantras inaudibles; las palabras de amor, en plegarias; el abrazo amoroso, en la unión de Radha y Krishna. Yo ya no gobernaba mi mente ni mi razón; no recordaba mis ideales ni escuchaba la voz del espíritu eterno que hay en todos nosotros. Estaba entregado a un juego enajenante, a un placentero cautiverio que me robaba toda iniciativa y todo razonamiento. Ella se había convertido para mí en la esencia de lo finito y lo infinito, en gozo supremo e inefable, en fuente de inspiración para amar y ser amado.

—Cada día es mayor mi amor hacia ti, Ananda —susurraba a mis oídos—. No naciste para ser un sadhu, ni un asceta, ni un *sanyasin*, sino un amante; el mejor amante que pueda imaginarse.

Ciego para todo lo que no fuera ella, estaba comenzando a olvidar mi meta: la unión con el Brahmán. Y veía a Agni, el dios del fuego, en su mirada, en sus caricias, en sus abrazos; y a Vayu, el dios del aire, en sus suspiros, en sus besos, en sus susurros; y a Aditya, el dios del sol, en los latidos de su corazón, alterados por una indomable pasión. Pero el *atmán*, que mora en lo más recóndito del corazón, callaba, porque yo lo había silenciado. Sólo escuchaba la voz de mi encendida carne, en tanto que había abandonado el estudio del *Dharma* y de la Verdad. Todo mi fervor era para ella, y mi fe, y mi esperanza. Sabía que el cuerpo envejece, se agrieta, enferma, muere, y sabía que sólo el atmán perdura. Pero era entonces su cuerpo el que me ofrecía calor y bienestar y gozo; sus manos las que acariciaban mis cabellos; sus besos los que enjugaban mi frente; sus palabras las que sedaban mis emociones. Sin yo oponer la menor resistencia, ella me estaba conduciendo a un universo de ilusiones, desvaríos, efímeros placeres. Me dejaba llevar por ella y los días pasaban como un suspiro.

Una noche, después de habernos amado hasta que los cuerpos quedaron exhaustos, penetré en un sueño muy profundo y apareció ante mí el rostro bondadoso de mi maestro Swami Vicharananda, que decía:

«¡Ananda, Ananda!, el resplandor del Yo ya no te enceguece, ni

escuchas las sabias palabras de Aquel que está en todos nosotros, ni te interesas en averiguar en tu naturaleza real. Pero todos permanecemos bajo la tiranía del dolor y del placer, y sólo el conocimiento de nuestro atmán nos permite conquistar el fuego sagrado que nunca se extingue. Querido Ananda, *chela* mío, coge de nuevo tu escudilla, abandona tus ropajes de seda y los ungüentos con los que perfumas tu cuerpo y ven. Te estoy esperando.»

Sobresaltado, me desperté. Mi maestro me estaba llamando. Él me esperaba para impartirme la tercera iniciación. Debía abandonar las regiones de la fascinación para viajar hacia las de la realidad. Tenía que partir. Pero el contacto tibio y delicado de las caricias de Lilavati me retenía contra mi propio sentido del deber. Y así transcurrieron varias semanas más antes de que, de nuevo, esta vez mientras atizaba el fuego, tuviera otra visión en la que aparecía Swami Vicharananda:

«Ananda, Ananda, has perdido las riendas de tu voluntad. Estás hechizado de pasión, pero ¿acaso debemos permitir pasión más grande que la que hay que experimentar por nuestro atmán? Él es puro, invulnerable e incorpóreo, sin mancilla. Hora es ya de que vuelvas a tu sendero. No puedes renunciar a lo que tú mismo eres, como el sol no puede dejar de calentar por las mañanas ni la luna dejar de reflejarse en el lago por las noches. Te espero.»

Tomé la firme resolución de partir y así se lo hice saber a Lilavati. ¿Qué era yo al fin y al cabo? Un sadhu, un eremita, un hombre que ha renunciado a todo para alcanzar el Todo. Pero de nuevo sucumbí a sus palabras, sus besos, sus encantos. Varias semanas más, o tal vez varios meses, no podría decirlo. La pasión se tornaba más intensa si cabe, más tiernos los silencios, más sugerentes las miradas. Y por tercera vez Swami Vicharananda se presentó ante mí y su voz era como un pájaro revoloteando en mi cerebro:

«Vuelve, Ananda, vuelve. Me queda poco tiempo. Partiré sin ti. Si te abrazas a tu atmán, ya nada podrá afligirte, pero de lo contrario, la noche se hará demasiado negra, demasiado oscura. Ananda, Ananda, ¿habrás de fallarme?» Presa de las debilidades, cazador de gozos efímeros, habiendo cambiado mis pensamientos más elevados por los mundanos, me negaba a seguir los dictados de mi *Dharma*, me rebelaba contra mi genuina búsqueda. Y la pasión se hizo más y más desesperada, como un juego frenético y sin final, locura, entrega frenética de cuerpo a cuerpo, fuego indominable que me aferraba a ella. Era mi Shakti, mi *prana*

, mi sangre. Sentía mi amor hacia ella más inmenso que todos los mundos, que el ancho espacio sin límites, que todos los planos de la existencia. Nos habíamos dejado atrapar por una pasión sin freno, debilitante, atroz. Me esforcé por acallar la voz de mi maestro, por mitigar su recuerdo, por desoír mi propio ser interior y abandonar la lucha para siempre. ¿Por qué seguir vagando y vagando? ¿Por qué ser siempre un sadhu despreciable e incomprendido? ¿Por qué sumergirme en el nirvana

, en lugar de seguir gozando de esa mujer no una existencia, sino infinitas existencias? Pero… ¿se puede dejar de ser aquello que se tiene que ser? Estaba una mañana lavando mi cuerpo en la fuente cuando, de súbito, penetré en un profundo estado de interiorización. En rápidas sucesiones se me presentó, ora de cerca, ora de lejos, mi maestro. Había mucha tristeza en su rostro. Y dijo:

—¿Has olvidado las palabras del texto sagrado? Hay un espíritu que es mente y vida, luz y verdad. En él se contienen todas las obras y los deseos, todos los perfumes y sabores. Abraza el Universo entero y, en silencio, descubrirás que es amor para todos. Ananda, mi fiel discípulo, ¿has olvidado a tu madre, a Sita, a Kasturbai? Ananda, ¿no piensas ya en la Perla Dorada? ¿Acaso puedes renunciar a ti mismo? Ananda, esa mujer que tanto amas, también un día morirá, y ¿qué respuesta habrás encontrado para su muerte? Si no vienes ahora, yo me marcharé. No puedo esperar, ya que está pronto el día en que haya de desencarnar. Ella es un fruto muy bello, despierta y agita todos tus deseos, pero tú no has tomado carne en esta vida para ser un hombre ordinario.

Y sus ojos, lentamente, se fueron aproximando a mí, y en ellos pude ver la muerte de mi madre, la de mi padre, la de mi tía, y, ¡por todos los Devas!, la de mi amada y mi propia muerte. Y me vi reencarnar de nuevo y de nuevo comenzar a vagar y vagar sin descanso, contemplando otra vez todo el horror y la amargura de este mundo. Y comencé a sudar y sentí terror al imaginar otra existencia semejante. Y en ese momento, abruptamente, volví a ser yo mismo. No es que hubiera dejado de amarla, jamás; es que había comprendido mi destino. Arrojé mis vestidos de cortesano y me coloqué apresuradamente mi *dhoti* y, sobre los hombros, el chal amarillento. Al verme Lilavati, dedujo en seguida cuáles eran mis intenciones y se abrazó a mí en un intento desesperado por retenerme. La besé en los párpados y hubiera querido explicarle todo, pero sólo dije:

—¿Lo ves, mi querida Lilavati? Continúo siendo un pobre y bobo sadhu. Siempre te recordaré. Busca en ti misma, más allá de las vestimentas que ocultan nuestro Ser.

Así abandoné la casa a la que, muy enfermo, llegara ya hacía meses. En ese momento sentí, con cuánto placer, la tierra bajo mis pies desnudos y los rayos del sol quemándome en la carne. Un sadhu, un sadhu errante de aquí para allá, porque cuando nos apegamos morimos para nuestro Yo, porque al no disponer de nada, disponemos de todo, porque ¿hay mayor cosecha que el negarnos a cosechar? Los versículos del Gita brotaban por sí solos de mis labios rasgando el silencio de los campos: «Elévate por la comprensión a lo supremo, que es superior a la mente, fortifica el Yo por el Yo para darle firmeza y estabilidad, y de este modo destruirás el deseo, enemigo muy difícil de atacar.» Y me sentí un pequeño universo, pero completo e imperecedero, más allá del principio y más allá del fin. Me alegré en mi renuncia, sabiéndome nada, pero dispuesto a hallar el rostro de la Verdad.

Capítulo 31

Me sentí avergonzado ante Swami Vicharananda cuando éste, sin ningún tono de reproche y con su habitual calma al hablar, me dijo:

—Si no supiera que el curso de los acontecimientos es inexorable, hubiera llegado a pensar que no vendrías.

Guardé silencio y agregó:

—No te sientas culpable, Ananda. Hasta los más evolucionados han sucumbido al embriagador néctar del *samsara*

. Lo importante es saber retroceder, saber liberarse de él en el momento oportuno. No creas que yo he sido siempre un *sannyasin*, no. Además, Ananda, porque yo también soy frágil, ¿cómo no voy a comprender tu fragilidad? Si no, seríamos *Devas* y no hombres. Nuestra grandeza está en encontrar la naturaleza iluminada que hay en todos nosotros a pesar de nuestra debilidad.

—Tengo dudas, maestro, siempre tengo dudas.

—Menos mal que las tienes, Ananda. No hay nada más temible que un hombre sin dudas. Un hombre sin dudas no puede despertar ni evolucionar. Un hombre sin dudas puede convertirse en el más fiero

animal, en el más despiadado juez, en el más implacable enemigo. Desconfía siempre, mi buen Ananda, de todo sistema rígido que quiera imponerse por el poder, y desconfía de los que estén detrás de ese sistema. Nosotros, por fortuna, estamos en el Yoga, que es el camino del medio y que rechaza todo extremo.

Durante horas Swami Vicharananda y yo estuvimos hablando de nuestros respectivos caminos. Se me encogió el corazón cuando mi maestro afirmó:

—Me queda poco, Ananda. Como ya te dije, mis días están contados. Mañana mismo saldremos en dirección a la colina sagrada en la que tuve la fortuna de conocer el hombre real que reside en mí. Estoy contento de que estés aquí. El destino me ha obsequiado en estos últimos años con un discípulo como tú. Me gustaría poder entregarte lo poco que yo he conseguido en todos estos años de búsqueda. Ojalá te sirva, mi fiel Ananda.

Partimos al amanecer y caminamos durante varios días en dirección a la colina sagrada en la que Swami Vicharananda procedería a impartirme la tercera iniciación. Debido a lo avanzado de su edad y a períodos de su vida llenos de mortificaciones y penitencias, que habían castigado irreparablemente su cuerpo, caminábamos lentamente y mi inefable maestro encontraba grandes dificultades para que sus piernas le obedecieran. Por un lado, se apoyaba en el tridente de Shiva y, por otro, mi hombro se convertía en su auxiliadora muleta. Días de marcha por los evocadores caminos del sur de la India, durmiendo en los templos o en los campamentos de sadhus, ora reposando junto a una carreta de bueyes, ora departiendo con un grupo de devotos, ora refrescando nuestros polvorientos cuerpos en un arroyo o en una fuente.

Eran débiles y anaranjados los rayos del sol en el ocaso cuando divisamos a lo lejos la colina sagrada. En ese momento, mi maestro permaneció extasiado, el rostro invadido por una expresión de arrobamiento, tembloroso el cuerpo por la emoción, anhelante la mirada. Y en la medida en que íbamos aproximándonos a ella, yo era consciente de que la potencia interior del venerable anciano se renovaba, de que el júbilo le robaba años y le obsequiaba con un vigor inesperado. Y él, con la voz entrecortada por la alegría, comenzó a cantar dulcemente, en un hilo de voz, más como un niño que como un hombre de tan avanzada edad, con una tierna frescura e inocencia en sus palabras. Éramos dos puntos insignificantes moviéndonos en la llanura, el anaranjado sol ocultándose tras la colina, el silencio del atardecer quebrado por el canturrear envolvente del anciano. ¿Cómo

poder olvidar esos momentos que le dan a la existencia una especial significación? La colina sagrada, mi amado maestro y yo formábamos una bendita unidad. Y de sus labios comenzaron a fluir estas palabras:

—¡Colina bienamada, madre buscada sempiternamente y jamás olvidada, misteriosa e insondable, más allá de la codicia y del rencor que reinan en este universo de formas; tú permaneces resistente, fecunda, victoriosa y ansiada, saturada por el néctar de la sabiduría, que todo lo discierne y todo lo penetra!

Agonizaba el día cuando alcanzamos la falda de la colina. La luna, reluciente y esponjosa, era como un loto argentado, suspendido en el cielo. A lo lejos se escuchaba el lamento del chacal y la colina se asemejaba a un gigantesco hombre vestido de luto.

—Hijo mío —dijo el anciano maestro—. Aquí di comienzo a mi vida espiritual y aquí le pondré fin.

Sus palabras fueron como un hiriente dardo que alcanzase mi corazón. Sin poder evitarlo, comencé a llorar estrepitosamente, porque ¿cómo comprender mi existencia sin aquel hombre bueno y elevado que me había despertado a invisibles realidades muy superiores? Su voz, pausada pero firme, agregó:

—No te aflijas, mi entrañable amigo. No te aflijas porque debemos aceptar lo inevitable. No te aflijas porque esta forma humana que tuvo comienzo debe tener fin, ya que únicamente el Yo real permanece por siempre imperturbable e incambiable. Sabe que yo estaré siempre contigo. Sabe que en la cámara de tu corazón también resido Yo. Sabe que te he amado antes de que fueras concebido, que desde mucho antes de que tu madre te llevara dentro yo invocaba por ti al Omnipenetrante. En esta colina, que para mí es la más amorosa y abnegada de las amantes, han buscado muchos hombres la conquista interior. De su tierra emana santidad; de sus arbustos se desprende la pasión por paladear lo inconmensurable. Y en este lugar que recoge en sí mismo las potencias de todo el Universo, yo, en la antesala de mi muerte, en el umbral de la Clara Luz, te serviré de transmisor de esa energía cósmica que está dentro y fuera de nosotros, que es el Todo y aún la Nada, lo Absoluto y lo Vacío.

Iluminados por la luz de la luna, dimos comienzo a una lenta y penosa ascensión. Millares de estrellas titilaban en el firmamento, la brisa de la noche era caliente y en el silencio podía escuchar la fatigada respiración de mi sublime maestro. Hicimos un alto para descansar y él, jadeante, habló de nuevo.

—Pierde, *chela* mío, tu mirada en este mundo inmenso que nos rodea. Miles de millones de hombres formamos esta Rueda que gira y gira sin cesar. Transmigramos innumerables veces hasta que nos desprendemos de las vestiduras del Yo y nos establecemos para siempre en su seno. No hay savia más fresca ni más pura que la que él nos ofrece, ni sabiduría más honda ni más reconfortante, ni alimento más nutritivo y permanente. Él es —escucha bien, querido mío— amante que acaricia con inigualable dulzura tus cabellos y te abraza en las noches de insomnio o de miedo y te deja sus tibios labios en el cuello. Él es la madre que te arropa y te protege, la que te vela cuando llega la enfermedad y que da gustosa su última gota de sangre por evitarte el mínimo sufrimiento. Él es el amigo que te exhorta y que te tiende una mano fuerte y segura cuando el peligro te amenaza. Él es la esposa que te espera para aplacar tu sed de amor, para evitar tu desfallecimiento de hombre. Él es el innombrable y el eterno.

Permaneció pensativo durante unos minutos, la mirada perdida en las estrellas, el reflejo de la luna sobre su apergaminado rostro y un brillo indescriptible en sus inconmensurables ojos. Su voz rompió de nuevo el silencio y fue como si él hablara dentro de mí, como si su voz surgiese de lo más hondo de mi ser.

—Millones y millones de hombres que guerrean, se odian, se dominan, se masacran. Millones y millones de hombres que desconocen su naturaleza real y son como marionetas jugando al odio y la destrucción. Ellos codician, sin darse cuenta de que la codicia jamás puede ser satisfecha y que es como el que quiere llenar el cántaro que pierde el agua por su parte inferior. Ellos ansían dominar; ignorantes, no comprenden que mientras no se dominen a sí mismos, todo dominio es fútil. Ellos atesoran y buscan riquezas, desconocedores de que la más valiosa de las joyas reside dentro de nosotros. Al poseer, son poseídos; al dominar, son dominados. Juzgan sin querer ser juzgados; odian y se extrañan del odio que en los otros despiertan; pretenden evitar la destrucción con nueva destrucción. Cometen errores, pero sólo ven el error del que les sirve. Necios, se presentan como sabios; infelices, quieren engañar a los otros mostrándose dichosos. Ellos no se pertenecen y no hay dolor más grande que ése. No comprenden que es venerable aquel que más sabe y no aquel que más tiene; que es sabio quien menos necesita y no quien más ansía. No han aprendido a escuchar las leyes nobles que conserva su corazón y así, dentro de ellos, sólo hay selva y cautiverio, y siembran dolor y desesperación entre los otros.

Sus palabras se hacían más fluidas. Era como si hablase en trance y en su mirada pude apreciar ahora una inenarrable congoja.

—Se han fabricado miles de ideas y pensamientos falsos y efímeros. Insensatos y necios, creen que el progreso es vivir más confortablemente. No saben nada del mundo ni quieren despertar. Siguen las huellas del Señor de las Tinieblas, sin escuchar la verdadera enseñanza.

Se apoyó sobre mí para poder incorporarse y todavía, como si hablase exclusivamente para sí mismo, añadió:

—Vehementes y apasionados, buscan refugio en lo aparente y no en lo real, y son como el fuego que no cesa, pero que no trae luz ni calor. Están llenos de enfermedades peores que la lepra y la sarna.

»Están solos y no cultivan el amor, sino el terror. Caminan hacia abajo, desorientados, prendidos en las formas irreales, sin poder apaciguar su gran sed, sin sosiego; de espaldas al verdadero ser que hay dentro de todos nosotros.

Era bien entrada la noche cuando alcanzamos la cueva en la que mi maestro, mucho tiempo atrás, había pasado años de contemplación y búsqueda interior. Encendimos una lamparilla de aceite y penetramos en ella. Un profundo escalofrío recorrió todo mi cuerpo. De repente, era como si me hubiera proyectado fuera de este mundo, como si hubiera sido arrojado a otros planos de existencia. ¿Soñaba? ¿Dormía? ¿Eran la fiebre o el miedo, que enajenaban mi mente?

—Serénate —dijo mi maestro, y su voz resonó potente en aquella cueva que parecía carecer de fondo, que parecía hallarse más allá del tiempo y del espacio, en parte ninguna y a la vez en la eternidad impenetrable. En verdad, ¡qué poco sabemos! Y el temor cedió paulatinamente a un gozo extraordinario. Sentía, por primera vez en mi vida, una sobrenatural felicidad y era tan intensa que hacía daño en la carne, como un fiero látigo que muerde en las espaldas. Ardiente gozo que dondequiera que estuviera jamás olvidaría, que de haber sido hace unos minutos aguijón de sufrimiento, se tornaba ahora en bálsamo dichoso que me hacía sabio y profundo. Reinaba en la cueva una extraña fragancia. No era sándalo ni incienso, no se trataba de ningún perfume que hasta entonces yo hubiera podido oler alguna vez. Era como un olor pastoso que refundía el aroma de todos los perfumes de la tierra. Y la luz de la lamparilla oscilaba y creaba centenares de sombras proyectadas sobre los húmedos muros de la cueva.

—Ahora descansaremos unas horas. Mañana ayunarás durante todo el día y lo dedicarás a la meditación. Al llegar la noche, con la

luna llena, caminaremos hasta la gruta del Señor del Fuego y haremos por hallar lo más verdadero entre lo verdadero.

Aquella noche mi mente penetró en un universo de extrañas formas, incomprensibles signos e indescifrables símbolos. Mi ser interno pasaba del deleite a la congoja, del apacible ánimo a la pasión más viva, del gozo al apesadumbramiento. Era incapaz de refrenar mis sueños. Y en el escenario de mi mente, vi un hombre fuerte y corpulento caminando entre la bruma, vigilante y atento, peregrinando hacia una montaña que era la columna vertebral de la Tierra, perdiéndose entre la niebla. No comprendí entonces que aquella era la imagen de mi bisabuelo, perdiéndose sosegadamente en los confines de mi mente.

—¡Vamos, holgazán! ¡Despierta! —exclamaba mi maestro, zarandeándome con sus escasas fuerzas.

Tras el fuego sacrificial y la meditación matutina, caminamos hasta el nacimiento de un arroyo y realizamos nuestras abluciones. Después, bajo un poderoso árbol, nos colocamos en meditación y nos abismamos durante todo el día en nosotros mismos. La deliciosa brisa del anochecer, el canto de las cigarras y las fórmulas esotéricas de mi maestro recitadas en alta voz, me hicieron volver a esta realidad aparente que no es tan realidad. Era la suya una voz grave cuando dijo:

—Ha llegado el momento. Escuches lo que escuches o veas lo que veas, sabes que el Innombrable está en ti y que él es testigo imperturbable de tus pensamientos, tu cuerpo y tus emociones; glorioso espectador que jamás se tiñe, que es impenetrable, de la misma manera que el loto no recoge el agua sucia del estanque.

Él caminaba delante. La luna era como una gran rueda luminosa. Salmodiaba palabras que yo no entendía y yo observaba su cuerpo frágil y casi extinto, inclinado hacia delante. Detrás de un espeso matorral se ocultaba la cueva del Señor del Fuego. Nadie que no la conociera previamente hubiera podido encontrarla. Penetramos. Una extraña sensación de inseguridad me atenazaba. Estaba tan nervioso ante mi tercera iniciación que mis dientes castañeteaban y mi voz no lograba aflorar a la garganta. Era una cueva enorme, de gigantescas proporciones. La respiración sonaba como el fuelle potente del herrero. Hacía frío y humedad. Mi maestro encendió varias lamparillas de aceite y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Con un gesto de la mano me invitó a hacer lo mismo. A decir verdad, lo estaba deseando, porque sentía tal flaqueza en las piernas que

apenas podía mantenerme en pie. Me miró en absoluto silencio. Aquellos eran como los ojos de una impenetrable noche eterna. Una ráfaga de energía corrió a lo largo de mi espina vertebral y erizó mis cabellos.

—Aproxímate más a mí —susurró.

Me encontraba paralizado por el miedo a lo desconocido, pero conseguí inmovilizar mi cuerpo para sentarme tan cerca de él que percibía su aliento cálido sobre mi cara. Observé detenidamente su rostro. Evocaban las arrugas del mismo las de millones de seres humanos que sufren y pasan cautiverio e injusticia. Cada arruga de las infinitas que surcaban su envejecida faz se me antojaba como un símbolo, una enseñanza, su huella de milenaria sabiduría. Vi en él a un gran iniciado más allá de la edad y de los hombres.

Redescubrí su rostro y era como si centenares de expresiones se alternasen en su fisonomía.

—Mira en mis ojos —dijo imperativamente, en tanto me miraba como queriendo absorberme en él.

Y perdí mi mirada en sus ojos, que enseguida se me presentaron como dos rojas y refulgentes brasas que me enceguecían y robaban el sentido.

—Sigue mirando —me exhortó.

Y fue como si dos grandes compuertas se abrieran y me permitiesen la entrada a un enorme vestíbulo donde todo eran desvaídas figuras desconsoladas y tristes, seres humanos desamparados y víctimas del sufrimiento.

—He aquí la vida de los fenómenos, maya denso e implacable que atrapa a los hombres y origina destrucción, dolor y muerte a cada instante. Horror, desolación, hambre y enfermedad. La universalidad del sufrimiento. Es el velo más externo de la Diosa Madre, amargo y cruel.

Mi corazón latía como si fuera a saltar en pedazos, sobrecogido por la amargura que había en la vida de aquellos individuos que, desorientados, distantes de la sabiduría iluminadora, danzaban en la profundidad de aquellos ojos.

—Mira más adentro, más adentro.

Observé entonces nubes de energía de diferentes colores, cuyas vibraciones centelleaban, cambiantes e imprecisas.

—He aquí el Universo de la energía, otro de los velos con los que se cubre la Madre Cósmica. Pero profundiza en mis ojos, sumérgete hasta el fondo de ellos.

Hice un enorme esfuerzo para penetrar más y más dentro de aquellos ojos y después de un tiempo, que se me hizo muy prolongado, me hallé, de súbito, en un universo vacío, infinitamente vacío, sin forma, sin sonido, puro y sin mezcla, absolutamente pasivo, bienaventurado y sin limitaciones.

—He aquí el Universo que permanece más allá del Yo y del no-yo, del Todo y de la Nada, esencial y diamantino.

Al retornar a mí mismo, me sentí aturdido y extenuado. Mi afable maestro me hizo repetir algunas palabras de esotérico significado y trazó mágicos diagramas en el suelo, cuyo hondo significado me reveló. Repetí mis votos y promesas ofrendados a los más elevados seres de todos los universos y esferas cósmicas, y entoné unos mantras

a la amada Madre Kundalini.

De repente, mi maestro trazó algunos gestos simbólicos con las manos y, a continuación, fugazmente, proyectó, unificándolos, los dedos de su mano derecha sobre la boca de mi estómago y percibí un violento latigazo que entrecortó mi respiración y convulsionó todo mi cuerpo. Sentí el brusco despertar de la energía cósmica en mí y comencé a sudar profusamente. Las lágrimas se deslizaban incesantemente por mi rostro y toda la fuerza de la Tierra bullía en mí, abrasándome de gozo. Y en los oídos internos comencé a escuchar ruido de címbalos, campanas, flautas, viento y cataratas. Tan estrepitoso era todo aquel sonido que creí enloquecer. Temblaba descontroladamente, todo mi cuerpo bañado en sudor. Visiones místicas de incomparables colores comenzaron a producirse en mis ojos internos y las convulsiones se hicieron más salvajes, zarandeando todo mi cuerpo. Súbitamente, se hizo el gran silencio y en la boca experimenté el sabor de un néctar más dulce que la más pura de las mieles.

Cuando, por último, mi mente recobró su estado habitual de consciencia, me esperaba una nueva sorpresa. Estaba solo en la cueva; sólo con mis audiciones, mis visiones, mi dulce sabor en el paladar. Y, de nuevo, el terror se apoderó de mí y, precipitándome sobre la salida, unos segundos después me encontraba bajo el amplio cielo amaneciente. Corrí hasta la cueva de mi maestro, dejando tras de mí la gruta del Señor del Fuego, y penetré en ella con la misma ansiedad que el niño perdido que busca a su madre. Allí pude encontrarle a él, en el fondo de la cueva, sumido en un *samadhi* imperturbable. Una especie de halo luminoso rodeaba su cuerpo y en el centro de la frente veíase un loto de cuatro pétalos, de luz refulgente y enceguecedora. Y entonces pensé que él no era un hombre, sino un dios, y me arrojé a sus pies y comencé a rendirle pleitesía hasta que mi sabio maestro volvió en sí mismo, me observó durante unos instantes y burlonamente dijo:

—¡Y ahora vas y te me pones tan santurrón! Anda, prepara el desayuno. Este viejo cuerpo está hambriento y te quedaría muy agradecido si le proporcionases algo que comer. Ananda, a veces pienso que sigues siendo un niño.

Capítulo 32

La Colina Sagrada había sido refugio de grandes yoguis y eremitas desde la más remota antigüedad. Aunque en menor grado, todavía abundaban los anacoretas y ermitaños y todavía eran numerosas las

grutas ocupadas por hombres que, temporal o definitivamente, se habían apartado del mundo fenoménico para entregarse a la búsqueda interior. Durante los meses transcurridos en aquel reconfortante lugar tuve ocasión de conversar con muchos hombres santos y de ser merecedor de que muchos de ellos me transmitieran sus técnicas y conocimientos. Sin embargo, mi maestro me previno:

—Ananda, no olvides que nadie excepto tú puede hallar tu Yo, aunque haya hombres sabios que mucho te puedan ayudar con su energía, instrucción y orientaciones. Pero no todos los que se dicen iluminados lo son, pues, de ser así, ¿cómo podrían las cosas funcionar tan precariamente en la sociedad humana? Muchos de ellos son charlatanes, otros quieren llamar la atención o reafirmar su ego, otros a fuerza de tanta mortificación han perdido la razón. Escúchales a todos y a todos respeta, pero sólo cree en aquello que tu mente te permita realizar en ti mismo.

Permaneció pensativo unos segundos, para proseguir:

—Aprende todo cuanto pueda serte útil para la realización, porque tu existencia terrena será larga y necesitará de todos los recursos para poder alcanzar la Meta. Las vías son numerosas, pero la Meta es una. Todos debemos asumir nuestro destino, pero debemos esforzarnos antes por descubrir cuál es éste. Yo nací para enseñar a los otros y para remover sus más preciosas energías; otros nacieron para tener una familia, dirigir una escuela o trabajar la tierra. Busca tu *Dharma*, y encontrado, consérvalo y respétalo como a la joya más preciosa.

Fueron aquellos los meses más fecundos de mi vida con respecto a mi evolución interior. Además de contar con la inestimable colaboración de Swami Vicharananda, pude entrar en contacto con hombres que han escrito enseñanzas perennes en mi espíritu. ¿Cómo no rebosar agradecimiento por Yogui Satyananda Saraswati, que me inició en las más poderosas técnicas del yoga que controla el cuerpo y conquista la muerte? ¿Cómo olvidar a Madre Hanumai, que me entrenó en el yoga cuya escalera conduce al conocimiento discernidor? ¿Cómo no disponer de mis mejores recuerdos para el viejo ermitaño Ranchi, que me enseñó métodos para poder combatir el hambre, la sed y aun el sueño? Durante todo este tiempo aprendí y puse en práctica las reglas de purificación moral y espiritual, conocí y observé las normas y procedimientos para la armonía del cuerpo y la mente, me ejercité en la meditación celular y aprendí a cerrar herméticamente mis sentidos. Desde que asomaba el sol hasta que se ocultaba, transcurría la jornada dedicado a un arduo pero prometedor

, que exigía todo mi coraje y energías. Fortalecí mi cuerpo y me adiestré en el dominio de sus funciones. El cuerpo es el vehículo físico del Yo, el templo viviente de la Divinidad; debe ser saludablemente mantenido. Ensayé numerosos métodos para refrenar mi mente indócil y desapacible. Sólo la mente en su máximo grado de desarrollo puede percibir el Dios que llevamos dentro. Perfeccioné la regulación de mis energías y despegué de impurezas los canales por los que debe circular. Todo el poder del Universo está en nosotros, pero debemos aprender a manifestarlo.

—¡Ananda, Ananda! —me reclamaba Yogui Satyananda al amanecer, para dar comienzo a las prácticas del yoga que enseña a liberarnos de la sujeción del cuerpo.

—¡Vamos, vamos, holgazán! —me instaba la Madre Hanumai para que no cejase en el recto pensar, afinase mi discernimiento y no me dejase atrapar por el néctar del sueño.

—¡Más vigor, más vigor! —me estimulaba el viejo ermitaño Ranchi para que con maestría siguiese las técnicas que me permitieran elevar la temperatura de mi cuerpo y poder combatir así el frío; los ejercicios para mantenerme fuerte reduciendo mis alimentos y rebajando las horas de sueño; las prácticas para poder suspender mi respiración durante varios minutos y obtener así el venturoso estado de no-mente.

Durante horas conversé con el joven Kulú, que había elegido el camino de la ascesis y penitencia y se sometía a terribles mortificaciones que amenazaban su vida. Bajo la luna llena recité los más vibrantes y secretos mantras con Baba Maharaj, cuya voz ronca y potente hacía trepidar los cimientos de mi mente superficial. Durante tardes enteras permanecí a los pies de muchos de aquellos renunciantes, muchas veces recibiendo la enseñanza del silencio, quizá la más inefable, aunque, también, difícilmente asible. Hombres y mujeres que poblaban la Colina Sagrada, esforzándose por convertirse en gigantes espirituales. Yo pude aprender algo de todos ellos, pero mi mente y mi corazón seguían perteneciendo al más venerable de los iniciados que yo jamás haya conocido, a mi amado instructor Swami Vicharananda, sabio en humildad y humilde en su excepcional Sabiduría.

Debo sentirme siempre afortunado porque mi karma me haya

favorecido con la posibilidad de ser instruido por uno de los maestros más nobles y sabios, conocedor de los mundos más elevados, de las regiones supranaturales, del fuego serpentino que en todos los seres humanos arde, quemando impurezas e imperfecciones. Él me mostró la realidad invisible del Universo, me enseñó a liberar las energías más recónditas de mi ser, me habló de las esferas secretas de la existencia, inaccesibles para el común de los seres humanos pero penetrables por aquellos que han obtenido la más elevada iniciación. Junto a él pude percibir el juego de fuerzas que mueve el Cosmos, aprendí a beber en las fuentes de la intuición, comprendí que nada escapa al Todo y que de uno u otro modo nada hay en este mundo no reflejado en los registros sutiles del Cosmos y que aquél que sepa interpretar estas pictóricas representaciones cósmicas estará a la vez en el pasado, el presente y el futuro, sin que nada pueda serle desconocido.

—Ananda, has progresado mucho en estos meses —me dijo un mediodía mi maestro mientras, sobre una gran roca, nos deleitábamos con los rayos del sol—. Yo te he ayudado, como estaba predestinado, hasta donde mi capacidad me lo ha permitido, ¿pero no es ya tiempo de que yo trascienda a otros planos y tú continúes tu camino sin mí en la senda engañosa que es esta vida?

—Pero, mi querido maestro, ¿cómo podré yo, sin ti, no extraviarme de nuevo en esa senda, no dejarme prender por sus duendes? ¿Por qué debo perderte ahora que tanto te necesito? ¿Acaso no he desfallecido siempre que me has apartado de tu lado?

Había angustia en mis palabras y un dolor imposible de disimular en mi mirada. Sin poder evitarlo, agarré su reseca mano y comencé a besarla con amor, hasta con esa desatada pasión, incomparable, que el discípulo puede llegar a experimentar por su maestro. Sentí sus abultadas y tibias venas en mis labios y el débil pulso de sus arterias, y fue como si su corazón estuviera enviándome graciosas energías que me daban un renovado vigor.

—Chela, compañero que me has servido y respetado en esta vida de dolor sin fin, ¿qué no haré yo por ti que no esté a mi alcance? Toda la noche pasada he estado meditando en ello y me he dicho: «Anciano que estás todavía atrapado en la red de esta envoltura carnal que tanto exige y perturba, ¿qué puedes tú hacer todavía por ese tu preferido discípulo al que estabas esperando desde hace décadas? Le has instruido, le has dado tres iniciaciones, has despertado su Diosa hasta entonces perezosa en el centro más bajo de su ser, le has dicho las iluminadoras palabras de los antiguos sabios y brindado tus mejores pensamientos, pero, ¿no hay algo más que puedas hacer por

él antes de abandonar este cuerpo que difícilmente arrastras?

—Maestro —le interrumpí respetuosamente—, me has entregado todo. Aunque me fuera dado servirte durante mil existencias, seguiría estando en deuda de gratitud contigo. Afortunado he sido por haberte encontrado, pero dichoso hasta donde no puede expresarse por haber recibido tu instrucción directa.

Sonrió con su habitual afabilidad, cogió mis manos entre las suyas y dijo:

—Hace miles y miles de años, en nuestra tierra, mucho antes incluso de los Vedas, once hombres nos entregaron el Gran Conocimiento, el cual, en parte, se ha perpetuado hasta nuestros días. Eran los Once Grandes Iniciados, fundadores de once escuelas de Sabidurías, hombres físicamente menudos y muy bellos, más etéreos que materiales, que jamás necesitaban dormir y apenas se alimentaban con raíces. No necesitaban hablar entre ellos con palabras, porque se comunicaban desde el valle interno de su intuición. Transmitieron oralmente su sublime enseñanza, vivieron más de doscientos años cada uno de ellos y cuando abandonaron su vehículo físico, aun estando realizados y maduros para formar parte del Océano Luminoso, prefirieron permanecer en el Universo de la Transición Gloriosa, conservando su individualidad para, ya sin forma, continuar enviando sus pensamientos más elevados a los hombres y mantener inextinguida la verdadera espiritualidad. Estos Once Grandes Contempladores unifican sus mentes y movilizan el poder espiritual de la humanidad. Gracias a ellos y gracias a esos otros, en mucho mayor número, que hay en este plano físico y en los planos supramateriales, la antorcha de la espiritualidad jamás podrá apagarse. Tal vez algún día, si logras la evolución necesaria, puedas penetrar en el Universo de la Transición Gloriosa y ver a los Once Grandes Contempladores aun sin haber abandonado tu actual envoltura carnal.

Sobrecogido por la emoción, me apresuré a preguntar:

—Mi querido Maestro, sé que al interrogarte cometo una grave descortesía, pero mi curiosidad quiere saber si tú has visto el Universo de la Transición Gloriosa.

Su rostro pareció iluminarse y un brillo evocador apareció en sus ojos. Vaciló, pero finalmente dijo:

—¿Qué objeto tendría que yo, parte de ti, te ocultase mis experiencias más supremas? Sí, sí, hijo mío, una vez, tan sólo una vez,

pero ¡qué felicidad!, entré en el Universo de la Transición Gloriosa.

Sin poder contener mi impaciencia, excitado por la emoción, indagué:

—¿Los viste a ellos?

Entornó los ojos, como queriendo recordar con una absoluta fidelidad, y musitó:

—Los sentí. Y, con los ojos de mi cuerpo sutil, sí, sí, los vi. Allí estaban, uno junto al otro, alineados, como vaporosas nubes luminosas, los Once Grandes Contempladores, sabedores de todo lo ocurrido y de todo lo por ocurrir, mediadores entre las fuerzas más elementales y las más elevadas, centinelas de la mística más auténtica —también la emoción se reflejó en su voz y en su semblante, hasta tal punto que apenas podía hablar—. Sí, allí, en el inconmensurable Universo sin formas, infinitud de infinitud, estaban ellos, como imperturbables dioses, velando por los destinos espirituales del mundo, refrenando las amargas cualidades del universo material, realizando un telúrico sobreesfuerzo para que las fuerzas del Señor de las Tinieblas no superen, con sus aliados los hombres, las potencias del Señor de la Claridad.

Me abalancé sobre él y abracé su cuerpo con amor filial que de tan intenso duele en la carne y en la mente. Y experimenté que todo su enflaquecido cuerpo transpiraba profusamente y sólo por pudor no besé una a una todas las arrugas de su rostro anciano, pero hermoso como el agua susurrante que desciende de las grandes montañas.

Algunos cuervos, sin dejar de graznar, revolotearon por encima de nuestras cabezas. El sol estaba en el centro del cielo y sus rayos calentaban nuestros cuerpos.

—Ananda, voy a pedirte algo que será doloroso para ti. Dentro de un par de días me encerraré en mi gruta. Quiero que desde ese momento procedas a tapiarla. Pasados siete días, la abrirás y entrarás en ella para recoger la gema transparente y un manuscrito en el que te dejo lo esencial de mi enseñanza.

De entre los dobleces de su *dhoti* extrajo una bolsita de cuero, la abrió y entre sus dedos, deslumbrante, apareció una gema transparente del tamaño de una avellana.

—Transcurridos los siete días, esta gema te estará esperando en la Gruta. Es para ti. No es sólo un amuleto o un talismán, es mucho más.

Cuando en alguna ocasión estés muy confuso, extráela de la bolsa que la conserva y, contemplándola fijamente, penetrándola con la mirada, pregúntate qué hacer. En lo más hondo de ti, a través de ella, surgirá la respuesta, porque ella se convertirá en ese momento en reflejo de tu mente intuitiva. Posee vibraciones clarividentes acumuladas y te ayudará a potenciar tu visión. Es un medio, y sólo en último grado, cuando requieras con urgencia una guía interior, recurrirás a utilizarla como pantalla en la que se proyectará tu intuición. Y ahora, Ananda, el más fiel de los discípulos que jamás tuve, el más bondadoso, madurado a lo largo de decenas de existencias, una experiencia que muy pocos humanos pueden conseguir va a tener lugar entre nosotros. Es posible solamente gracias al amor recíproco que nos tenemos y a los designios de la Madre Kundalini. Durará un instante de este mundo fenoménico, pero mucho más en ese otro plano sutil que es más real y donde nuestra noción habitual del tiempo no tiene ningún sentido.

Colocó la gema en el interior de una de mis manos y entrelazó mi otra mano con una de las suyas.

—Cierra los ojos y, por el poder del Yoga, vacía tu mente y déjate llevar a lo más hondo de ella.

Antes de cerrar los ojos, mi última imagen de este mundo fenoménico que forma el *samsara* fue la de una hoja que se desprendía de las ramas de un árbol cercano a nosotros. Con los párpados cerrados, puse en práctica las técnicas del yoga apropiadas para inhibir los procesos mentales, vacié mi mente de toda formación y me interioricé hasta tal punto que dejé de sentir mi cuerpo e incluso la mano de mi maestro. Y, de repente, un choque violentísimo se produjo en los abismos de mi cerebro, seguido de una rápida desconexión, un segundo de oscuridad y de silencio como jamás hubiera experimentado, la poderosa sensación de un remolino al que no hubiera podido sustraerme. Y a partir de ahí, las sensaciones se sucedieron. Un cansancio abrumador en el cuerpo, una respiración arrastrada y fatigosa, una sensación de debilidad en los miembros, dolor en las articulaciones, cansancio físico en general. Y bruscamente sentí en mis oídos una voz joven que me resultaba familiar, y que decía:

—Ahora debes abrir los ojos, mi buen discípulo.

Despegué mis pesados párpados y, ¡por todas las divinidades!, ante mí estaba yo mismo, mi joven cuerpo enflaquecido, los largos cabellos descuidados, el rostro anguloso y la mirada viva.

—Hemos transferido recíprocamente nuestras consciencias, Ananda —dijeron los que eran mis labios y me miraron con cariño los que eran mis ojos, y sentí sobre este otro cuerpo decrépito la que era mi mano—. Hemos intercambiado nuestro ser mental. Y sientes la pesadez del cuerpo en el que ahora estás, ¿verdad? Un viejo cuerpo sin posibilidades, ajado y cansado, vulnerado por la degeneración de la ancianidad. Comprendes ahora que quiera abandonarlo, ¿no es así? Un cuerpo tal es una esclavitud, una carga. Por fortuna, mis días están contados. Mi karma así lo ha dispuesto.

Mi confusión y mi sorpresa eran tales que no acertaba a decir palabra.

—Ahora, Ananda, volveremos cada uno a nuestra envoltura carnal, porque si accidentalmente ahora uno de nosotros muriera, ¿qué ocurriría? Procede como antes. Interiorízate tanto como puedas, refrena tu actividad mental y déjate conducir por mí.

De nuevo una especie de cataclismo hizo trepidar el cerebro del cuerpo en el que me hallaba, seguido de una abrupta desconexión y el silencio y la oscuridad más inimaginables. Después, la sensación de ser arrollado y arrastrado como por una violenta tromba de agua y, por fin, la sensación de un cuerpo joven y resistente. Respiré aliviado y al abrir los ojos, la primera imagen que contemplé fue la de la hoja del árbol depositándose en el suelo.

Dos días después de aquella experiencia entre dos seres que habían logrado amarse sin las exigencias del amor ordinario, cuando apenas el sol desterraba las tinieblas de la noche, Swami Vicharananda me despertó para decirme:

—Todo lo que entre nosotros tenía que ser dicho ya ha sido dicho. Ya conoces mis deseos, Ananda. Dentro de siete días penetrarás de nuevo en la cueva, recogerás la gema transparente y un manuscrito en el que te lego mis enseñanzas, y sepultarás mi cadáver. No deseo ningún distintivo sobre mi tumba. Ahora, mi amado compañero, clausurarás totalmente la entrada para que nadie me moleste. Es llegado el momento de mi partida de este plano existencial y ése es el momento más importante para un yogui.

Besé sus pies y las lágrimas se agolparon en mis ojos. No podía aceptar que nos fuéramos a separar definitivamente.

—No desfallezcas, Ananda. ¿A dónde crees que voy? Estaremos en el futuro más juntos que nunca. Pero, Ananda, siempre te lo dije. Tu

destino es buscar y buscar, peregrinar sin tregua, y así quemarás deméritos adquiridos en anteriores existencias. Quiero decirte algo muy importante, chela mío. Encontrarás otros maestros, otros rishis, otros guías espirituales. Tendrás que andarte con cuidado, porque muchos son los que se dicen jivanmuktas y sólo uno entre cada cien mil es tal. Hay un gran maestro dispuesto para ti. Deberás buscarlo porque él continuará la labor que yo he comenzado contigo y te proporcionará mucho beneficio espiritual.

El corazón encogido, seguía sus palabras con atención.

—Se trata de un gran maestro de Sabiduría. Le he visto en una reciente visión y es un hombre alto y delgado, de penetrante mirada. En uno de los dedos de su mano derecha lleva un anillo en el que está representada una serpiente. De su cuello cuelga un collar de dientes de tigre. Dirige una comunidad y nadie sabe su origen ni su edad. Es todo cuanto he visto, Ananda. Y ahora, mi compañero en la Vía, no nos despidamos, porque jamás podrá haber separación entre nosotros.

Entornó los párpados, adoptó la posición del loto y penetró en inconmovible *samadhi*. Salí al exterior de la cueva y durante horas procedí a tapiarla herméticamente. Después, fatigado, me extendí en el suelo al lado de la entrada. El sol comenzaba a ocultarse cuando me desperté al escuchar la recitación de mantras de algunos de los eremitas de la montaña. ¡Cuánto dolor al ser consciente de que mi maestro estaba allí encerrado, tan cerca y tan lejos de mí! ¡Jamás oiría ya sus palabras, ni vería sus maravillosos ojos compasivos! A decir verdad que la separación de los seres queridos es el mayor dolor que comporta esta existencia.

Durante siete días y sus consecutivas noches, permanecí junto a la entrada de la cueva. Al atardecer del séptimo día procedí a destaparla y penetré en su interior. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude ver el cuerpo inerte de mi maestro allí donde lo dejé, en la misma postura, una dulce sonrisa congelada en sus labios, las manos trazando el *mudra* de la sabiduría. No había ni un signo de descomposición. A su lado estaban la bolsita con la gema transparente y el manuscrito al que había hecho referencia. Me senté a su lado y le observé durante mucho tiempo. ¿Qué es el cuerpo?, me pregunté. ¿Y qué es la vida? ¿Por qué nos aferramos tanto a nuestra individualidad? Cogí el manuscrito y colgué el saquito con la gema en mi cuello.

Con la ayuda de Satyananda Saraswati, cavé una fosa y enterré a mi maestro en posición de meditación, erguido, su abertura de Brahma orientada hacia el centro del cielo. El cuerpo de un yogui

liberado no se incinera; se inhuma. Y como para quererme ayudar a mí mismo en mi desamparo, musité las palabras del Gita: «Quien no se turba en medio de las tristezas, quien en medio del placer no siente deseo, quien ha abandonado todo impulso, temor o cólera, éste tiene el entendimiento estable. Quien no se inmuta por nada, aunque le acaezca un mal o un bien, quien ni odia ni se entristece, ése está sólidamente en posesión de la sabiduría.»

Al día siguiente abandonaba la Colina Sagrada, después de semanas entre aquellos hombres y mujeres en busca de su realización. Ellos querían convertir su corazón en una gema transparente como la que yo llevaba al cuello, libre de codicia y de toda impureza. Y aquel pobre sadhu que era yo supo, con cuánta certidumbre, que mientras hubiera hombres, por reducido número que fueran, que empeñasen su vida en la búsqueda del Conocimiento y en la investigación de la Verdad, una estrella refulgiría siempre en la tenebrosa oscuridad de la noche.

Capítulo 33

Desde las épocas más remotas, hemos sido muchos los que hemos renunciado a la vida mundana para convertirnos en sadhus errantes, eremitas o miembros de una comunidad espiritual. La India ha sido el país de los grandes gigantes espirituales. En busca de la Unidad y de la Verdad, no son pocos los que han abandonado la existencia cotidiana y se han dedicado a seguir preceptos y ensayar procedimientos que les aproximasen a la Iluminación. Cuando la llamada de la Infinitud llama a las puertas de nuestro corazón, nada hay ya que pueda retenernos. Hay quien ha recibido la llamada en la adolescencia y quien la ha sentido en las postrimerías de su vida, pero cuando se experimenta, séase hombre o mujer, niño o anciano, nada hay que pueda atraernos tan irresistiblemente. Reyes abandonaron su reino; fieles esposos, a sus abnegadas mujeres; comerciantes cerraron sus prósperos negocios, hombres de estado abandonaron sus cargos, hijos se apartaron de sus padres y padres de sus hijos.

Después de abandonar la Colina Sagrada, caminé durante varias semanas. Mi ansiedad por contar siempre con alguien que pudiera orientarme en el camino hacia la Liberación me hizo preguntarme por el maestro de sabiduría al que Swami Vicharananda se había referido. Pero, ¿por qué impacientarme? ¿Acaso los acontecimientos no sobrevienen cuando deben sobrevenir? Lo esencial es permanecer lo suficientemente receptivo y lúcido. Buscaría al maestro de sabiduría, pero mi verdadera empresa estribaba en mi búsqueda interior, en mi aventura espiritual. La tercera iniciación que me impartiera mi

maestro me había infundido nuevos ánimos y energías, aunque por fuerza tenía que desconfiar de mis estados de ánimo, oscilantes como las olas del océano.

Todos los días caminaba durante varias horas. Me detenía, como tiempo atrás, en los santos lugares, departía con sadhus y peregrinos, asistía a distintas ceremonias y rituales, sabiendo que éstos sólo tienen la importancia y significación que nosotros les demos. Jamás deben encadenarnos ni debemos someternos mecánicamente a ellos, pero podemos aprovecharlos sabiamente para desencadenar luminosos estados en nuestra consciencia. También me sumaba a los festivales religiosos o me aplicaba a los densos rituales de los sacerdotes, o recibía el *satsang*

105

de algún maestro o meditaba durante horas en cualquier parte. Recorrí aldeas y pueblos, embadurné mi cuerpo con cenizas con motivo de las festividades religiosas, rechacé el *bhang*

106

que otros sadhus me ofrecían para facilitar los arrobamientos místicos. No hay senderos fáciles hacia la Unidad. Desde el amanecer hasta el atardecer, no dejaba de caminar excepto cuando descansaba o me detenía en un templo, siempre en dirección al norte.

Me había impuesto practicar diariamente mis ejercicios de yoga para fortalecer el cuerpo y la mente; recitaba los mantras para purificar la emoción; realizaba visualizaciones para perfeccionar mi carácter. No hay hombre que no pueda cambiar y purificarse si se lo propone, y yo sabía que, para hacerme algún día merecedor del alto privilegio de la Iluminación, tenía que lograr en mí mismo una transformación que me condujese a la antesala de mi Yo.

En un *ashram*

107

, entre frondosas palmeras y banianos, conocí a una mujer muy avanzada en la carrera espiritual y que al instante me recordó a la Madre Saradananda, aunque ésta era mucho más joven. Se llamaba Yoguini Ma, aunque todos se dirigían a ella llamándola «mamá». Pasaba las horas en éxtasis, sentada sobre una piel de leopardo, y cuando salía del mismo hacía gala de un humor excelente y siempre tenía palabras de regocijo y ánimo para todos. Ella, como todos los

que merecen ser denominados yoguis, se oponía a las castas y a cualquier tipo de discriminación y desde que era una niña había ido convirtiéndose en devota de las más diferentes religiones y sectas. Decía con frecuencia: «Sólo hay un rostro, aunque cada ser humano veamos distintas expresiones en él. Pero cuando llega el momento en que no lo contemplamos aparte de nosotros, sino que nos vemos en él, realizamos en nuestro espíritu el espíritu de todas las criaturas vivientes.»

Yoguini Ma no era dada a hablar en exceso. Impartía a menudo la enseñanza del silencio. ¿Hay voz más mística, más profunda, que pueda ser entendida por más gente? Quizá no hay voz tan reveladora como la que surge del silencio ni tan iluminadora vibración como la que de él se desprende.

Después de permanecer algunos días en el ashram de Yoguini Ma, me aproximé a ella para despedirme.

—Sigue tu camino, Ananda —dijo—. Mamá va contigo. En ésta y en pasadas vidas, ¿quién no ha nacido de una madre? ¿Quién no ha sido fruto anhelado en sus entrañas? Ve tranquilo, nada temas. La Madre Universal está con todos nosotros. ¿Qué podríamos hacer sin ella?

Desde que recibiera mi tercera iniciación, me sentía feliz caminando de nuevo, sin ninguna posesión pero dueño de todo al ser de todo libre. Así podía buscar y esperar hallar, fuera y dentro de mí mismo, en todas las criaturas vivientes y en mi universo interior.

Estaba anocheciendo cuando vi en la lejanía la aldea más cercana. Me dirigí a ella con el ánimo contento, diligentes las piernas. Y de súbito, cuando ya la noche estaba cayendo, tres hombres se interpusieron en mi camino y gritaron:

—¡Vamos, estúpido, danos todo lo que lleves encima!

Impresionado y sorprendido, apenas podía reaccionar. La oscuridad me impedía ver bien sus rostros.

—No dispongo de nada —dije con la voz entrecortada.

Mi respuesta les enfureció sin duda.

—¡Vamos, necio, suelta todo lo que tengas!

Era yo allí, en la soledad del camino, como un hombre de

mármol, indeciso, inmóvil, incapaz de reaccionar.

Y los tres comenzaron a zarandearme violentamente y a registrarme entre los pliegues de mi vestimenta. Las hojas del manuscrito que me entregara Swami Vicharananda saltaron por el aire. Recordé, de pronto, la gema transparente y me arrojé al suelo, para, ocultándome con mi cuerpo, poder extraerla del saquito y ponerla a salvo dentro de mi boca. Los tres hombres comenzaron a registrarme, y al comprobar que nada de valor llevaba conmigo, irritados y fuera de sí, empezaron a golpearme tan salvajemente como sus fuerzas se lo permitían, sin que mis quejidos atenuasen su ira. Sentí sus fieras patadas sobre todo mi cuerpo y sus puños llenos de odio sobre mi rostro, que, pronto se cubrió de sangre. Después, con unos largos palos, comenzaron a golpearme las costillas. El dolor se hizo muy intenso y, por último, me desvanecí.

Los primeros rayos del sol sobre mi cara me volvieron en sí. Mi primer impulso fue moverme, pero no pude, porque era como si millares de anzuelos estuviesen prendidos en mi carne. Era un guiñapo ensangrentado a un lado del camino, herido y tumefacto. Y aunque consciente de la situación, me costaba coordinar mis pensamientos. Vino a mi memoria el contenido de la carta de mi bisabuelo y la enseñanza de Swami Vicharananda, y las vivencias de mis primeros años de peregrinaje. Y de repente todo se silenció en mi mente y con una extraordinaria nitidez empezaron a surgir definidas imágenes y tuve la visión de la que fuera, quién sabe hace cuántos siglos, mi reencarnación como guerrero.

Se llamaba Surendra. Era un hombre alto y musculoso, de pómulos prominentes y poderosas mandíbulas cuadradas. La arrogancia se hacía visible en cada uno de sus gestos y la soberbia brillaba en sus negros ojos. Era el guerrero más renombrado del reino, respetado y estimado por sus hombres y odiado y temido por sus enemigos. Tan sólo su belleza igualaba su extraordinario valor. Su nombre era repetido con recelo y hasta con angustia por sus enemigos y sólo pronunciarlo producía en muchos un invencible estremecimiento. Su azabachado cabello alcanzaba hasta la mitad de su bien proporcionada espalda y eran sus movimientos lentos y elegantes como los del felino que está presto a lanzarse sobre su presa. Guerrero hábil, astuto e implacable, había hendido su espada en el corazón de centenares de combatientes y su maza había abierto miles de cabezas y quebrado incontables miembros. Tanta sangre él solo había derramado, que tierras enteras podrían regarse con ella, y ni siquiera el monarca gozaba de la fama que él tuviera entre su pueblo.

Se hallaba en su lujosa cámara, erguido frente a un gran espejo, vistiéndose con ceremoniosa lentitud, como siempre hacía antes de celebrarse una gran contienda. Estaba colocándose el peto cuando un esclavo negro le hizo saber que había llegado Raghu, el sabio ermitaño del bosque al que había hecho llamar. Era Raghu un hombre sin edad, débil y encorvado, pero de una mente rápida y brillante, inigualable intérprete de sueños y de presagios, mántico excepcional, astrólogo que raramente erraba. Penetró en la suntuosa cámara arrastrando su avejentado cuerpo, semidesnudo, con un llamativo amuleto sobre su esquelético tórax.

—El Imperturbable te proteja, noble guerrero.

Surendra le observó con altivez, encontrando en el anciano una mirada resistente y un especial fulgor en sus ojos.

—Dicen que tus premoniciones rara vez dejan de cumplirse —declaró Surendra—. Sólo por eso te he hecho venir. ¿Cómo te llamas, anciano?

—Raghu me llaman, señor, aunque yo preferiría que me conociesen como el sin nombre, aquél que nada es porque ha asesinado su ego y extinguido el fuego de su personalidad.

Extrañado y escéptico, Surendra sentenció:

—No me parece sensato lo que dices. Quizá la soledad te ha hecho perder parte de la razón. Mi mayor gozo, ermitaño, consiste en que repitan mi nombre en todos los lugares del reino y aún en los lugares de otros muchos reinos. Me gusta que me conozcan, que sepan de mí, que mi nombre y mis hazañas hagan mover muchas lenguas. Obsérvame detenidamente, anciano. ¿Qué edad dirías que tengo?

Raghu paseó la mirada por el cuerpo del guerrero y señaló:

—¿Acaso hay tiempo para que pueda haber edad? ¿No es lo mismo un minuto que un siglo para la eternidad?

Ligeramente molesto y sin duda desconcertado, Surendra agregó:

—¿Quién diría que aparento más de veinticinco años? Y sin embargo, astrólogo, treinta y ocho son los que lleva este cuerpo encima.

Y al pronunciar tales palabras se irguió tanto como pudo, orgullosamente, sabiéndose admirado en todo el reino, deseado hasta

por las mujeres más honestas, dueño de honores y riquezas incontables. Él era Surendra, el guerrero más poderoso de todo el orbe, que desde niño había vivido para la guerra y que ni un solo día de su existencia había dejado de revistar sus tropas. El firmamento sabía de sus dardos, que jamás dejaban de dar en el blanco; hasta el más insignificante canto en los campos de batalla sabía de su inagotable tesón en la pelea, y hasta las raíces de los árboles habían saboreado la sangre que derramara en las batallas. Era su espada como una centella que siempre sorprendía al enemigo, y su carro, el más veloz y seguro. Todas las doncellas le pretendían, sin poner reparos a los resultados amargos de sus hazañas. Había puesto de luto centenares de familias, había perdido en combate sus más hermosos corceles y sus más potentes elefantes, había dejado en el campo de batalla no sólo los cadáveres de sus enemigos, sino también los de sus amigos más fieles y valerosos. Pero nada parecía sobrecogerle, nada lograba remover sus sentimientos. Y no pudo menos que sentirse molesto cuando escuchó que el viejo astrólogo le increpaba:

—Parece mentira que un hombre tan fuerte como vos sea tan débil ante la fama y la gloria, mi señor.

Herido en su amor propio, replicó, airado:

—¡Viejo insolente! No te he hecho venir para que me juzgues, sino para que me digas lo que puedas sobre la batalla que se avecina.

—Será una batalla terrible, señor —dijo el astrólogo como si se encontrase en semitrance—. La más cruel y vergonzosa de cuantas se hayan celebrado.

—Estoy acostumbrado —aseguró Surendra, sin conceder la menor importancia a las palabras del anciano.

—¿Acostumbrado dices? ¿Estás acostumbrado a que miles de ancianos hayan de narrar siglo tras siglo tan cruel y violenta guerra, a que la sangre alcance los ríos y tiña de rojo los arrozales? ¿Acostumbrado a que los lamentos de los heridos asusten a los mismos lobos, a que no sea posible dar un paso sin tropezar con un cadáver, a que las vísceras reventadas se confundan con el lodo? ¿Acostumbrado a que millares de bestias muestren sus vientres abiertos y sus pulmones desgarrados? Será necesario preparar tantas piras para incinerar los cadáveres que el humo ocultará el sol y oscurecerá el día. Millares de madres maldecirán tu nombre; habrá tantos jóvenes muertos que las cosechas se malograrán y los campos se secarán por falta de brazos. ¿Acostumbrado dices? Pero, poderoso guerrero, ¿es

que puede existir hombre alguno que se acostumbre a todo eso? Vencerás. Si eso es lo único que quieres saber, sábelo: vencerás. Pero, escúchame, ¿es eso vencer? ¿Tendrás luego valor para celebrar esa victoria? ¿Acaso nadie te ha enseñado jamás que la única victoria que cuenta es la obtenida sobre uno mismo?

Surendra no contestó. Con un altivo gesto de su mano, se limitó a indicarle al esclavo negro que hiciese desalojar de la cámara al anciano. Acabó de vestirse con sus mejores prendas de batalla y rogó durante unos minutos en el altar del Señor de la Guerra. Al salir al exterior, fue aclamado por su enorme ejército. Millares de hombres, carros de combate, caballos, camellos y elefantes sin fin. Montó sobre su fiel caballo y respiró el aire fresco del amanecer. El ejército emprendía poco después la marcha en busca de los crueles enemigos del norte, sangrientos entre los más sangrientos, blasfemos e irrespetuosos, tristemente afamados porque sacaban los ojos de los prisioneros y les castraban, incendiaban todo cuanto encontraban a su paso y desgarraban el vientre de las embarazadas, remataban a sus víctimas y no observaban religión alguna. Aquella, por tanto, iba a ser una batalla sin reglas, donde ni una ni otra parte observarían las normas habituales, aquellas que consistían en suspender la batalla al anochecer y dejar que ambos ejércitos se relacionasen cordialmente, en prohibir que los que montaban en carro atacasen a los que iban a pie, en evitar la traición y la violencia innecesaria. Ninguna regla sería respetada.

Después de varios días de marcha, el ejército acampó junto a un pequeño río. Surendra reunió a los generales de sus divisiones y estudió detenidamente con ellos la estrategia a seguir. Dos días después, un emisario avisaba de que el enemigo venía hacia ellos y se encontraba a la distancia de un día de marcha. Al decir del emisario, el ejército enemigo era mucho más elevado en número de hombres, bestias y carros de combate. La noticia, sin embargo, no inmutó a Surendra y sus hombres, sino que, bien al contrario, los enardeció.

Era un día gris y macilento cuando Surendra dispuso a su ejército en estado de inminente batalla. Reinaba un silencio sobrecogedor, tan sólo quebrado por el resoplido de las bestias. El día avanzaba lentamente y todos permanecían inmóviles, preparados los instrumentos de ataque: el arco, el carcaj y las flechas; la maza, la espada, los escudos y otros. Las bestias se impacientaban, pero los hombres permanecían firmes, imperturbables, seguros de sí mismos y confiados en su oficio de guerreros, aprendido en cien batallas. Pero lo que todos ignoraban, excepto Surendra, era la dureza que iba a definir a aquella cruenta batalla, a aquella contienda que hasta los

vencedores querrían desterrar de su memoria para siempre.

Subido en su carro, Surendra se dirigió a sus hombres para arengarles. Rompió el silencio de la mañana con una voz casi atronadora:

—¡Amigos! ¡Escuchadme! ¿Os habéis preguntado quiénes sois? Guerreros, os diréis, y es cierto, sin duda; pero sois también mucho más que eso. ¡Sois los guerreros de Surendra! ¡Los hombres mejor adiestrados en la lucha y los más valientes, vencedores en decenas de batallas, capaces de superar en poder al ejército más numeroso, invencibles hasta para los mismos dioses!

Los gritos de aclamación interrumpieron a Surendra, quien, unos segundos después, pudo agregar:

—¡Valerosos hombres de Surendra, jamás desfallezcáis! A ninguno de nosotros se nos oculta con quién habremos de medir nuestras fuerzas en esta ocasión. Bastardos y descastados, los enemigos del norte no respetan ningún código guerrero de conducta. Son peor que alimañas y como a alimañas deberemos tratarles. ¡Nada podrá abatirnos! Lucharemos sin tregua, sin descanso, a la aurora y al ocaso. ¡Vosotros jamás me defraudaréis, como yo jamás podré defraudaros! Somos guerreros y nuestro deber es guerrear y vencer cueste lo que cueste. No hay mayor honor que morir en el campo de batalla ni mayor privilegio que poder estar en él. ¡Los dioses nos acompañen!

Cuando el ejército del enemigo se hizo visible, gritos de furia surgieron de la garganta de todos los hombres de Surendra. Una nube de ira envolvió el cerebro de todos aquellos guerreros y los cuerpos se tensaron como cordeles prestos a quebrarse. Surendra observó detenidamente el cielo. Sabía que si llovía, la victoria sería más probable, porque había sido cauto al adiestrar a sus hombres en las peores condiciones atmosféricas. Cuando el ejército enemigo estuvo más cerca, comprobó hasta qué punto sobrepasaba al suyo en hombres y en bestias. Pero nada había en este mundo que pudiera desanimar al gran guerrero Surendra. No obstante, pensó en el viejo ermitaño y comprendió que, aun ganándola, aquella sería la más difícil de sus contiendas. Rápidamente, antes de que el pensamiento pudiera desencadenarse en sus hombres y atemorizarles ante el elevado número de contendientes con los que tendrían que pugnar, dio la orden de combate. Y comenzó así la guerra más violenta de aquellos siglos, desenfrenadamente agresiva, impulsada por el odio y el rencor, desesperadamente encarnizada, tempestuosa como nadie pueda

imaginarlo.

Duró la contienda siete días, pero fue para aquellos hombres como si hubieran transcurrido siete años. Se ensayaron toda suerte de estrategias militares y cada día los choques resultaban más encarnizados. Millares de flechas surcaban el firmamento, no eran voces lo que salían de la garganta de los combatientes, sino rugidos. La salvaje lucha dejaba millares de muertos y de heridos al declinar el día, y aún por la noche continuaba la contienda, todos los hombres al borde del desfallecimiento por falta de alimento y reposo, pero manteniéndose firmes, sin retroceder un paso. Surendra luchaba sin descanso, ora sobre su bello y ágil corcel, ora sobre su soberbio carro de combate. Lanzaba sus dardos con habilidad extraordinaria y manejaba con vigor titánico la espada y la maza.

Era el séptimo día cuando el ejército de los enemigos del norte se hallaba al amanecer más cerca de la victoria que en ningún otro momento. Mucho mayor en número y contingentes, estaban diezmando las filas de los hombres de Surendra. Era tal la actividad guerrera que los generales de éste no tenían tiempo para reflexionar y encontrar nuevas estrategias. Al mediodía, la situación era poco menos que desesperada para el ejército de Surendra. Los hombres estaban exhaustos y comenzaban a perder la moral. Surendra, emborrachado de lucha, no cesaba de combatir y ni siquiera tenía oídos para las advertencias de sus generales, parte de los cuales ya habían sido malheridos o habían encontrado la muerte. Enloquecidos por la violencia, algunos guerreros de Surendra se dejaron caer inermes en el suelo; otros pusieron fin a su vida; algunos, incluso, se dieron a la huida. La situación empeoraba por momentos. Confusión, desconcierto, miedo e incluso pánico. Como un rayo, Surendra cabalgaba de un lado para otro sobre su caballo, hasta que una flecha atravesó el corazón de la bestia y dio con él en el suelo. Afortunadamente, su comandante en jefe pudo prestarle auxilio y subirle a su carro.

—¡Surendra —vociferó—, si no cesamos en la lucha, nuestro ejército encontrará para siempre su fin!

Enfebrecido, Surendra no le escuchaba.

—¡Condúceme hasta mi carro! —gritaba—. ¡Hasta mi carro!

El comandante en jefe insistió:

—¡Abandonemos la actividad bélica! ¡Rindámonos o intentemos

la huida! Los hombres se desploman agotados, las bestias revientan por el excesivo esfuerzo, los ejes de las ruedas de los carros no dan más de sí. ¡Oh, Surendra, por el amor hacia tu pueblo, abandona la lucha!

Pero Surendra no escuchaba. Pudo alcanzar su carro y continuó combatiendo. El final de la batalla no parecía lejano cuando, de súbito, comenzó a llover torrencialmente. Aquella lluvia fue como un elixir para los exhaustos hombres de Surendra. Expertos en la lucha en tales condiciones atmosféricas, comenzaron a reaccionar. Horas difíciles y decisivas las de aquella tarde del séptimo día. Poco a poco, los hombres de Surendra comenzaron a superar a los enemigos del norte. El comandante en jefe puso en práctica una nueva estrategia afín a tales condiciones climáticas. Renació la esperanza y los enemigos del norte comenzaron a ceder. Surendra evolucionaba sobre su carro, lanzando dardos certeros, utilizando una y otra vez la maza y la espada. De pronto, a unos metros se encontró con el jefe de los enemigos del norte, también sobre un sólido carro, el odio en el semblante, vociferando insultos y blasfemias. Con velocidad excepcional, el jefe del ejército enemigo extrajo una flecha de su carcaj, la colocó en el arco y la proyectó contra Surendra. Herido en un brazo, Surendra perdió el equilibrio y cayó del carro de combate. Su adversario avanzó velozmente hacia él. Surendra pudo esquivar la arremetida y golpear a su atacante con la pesada maza, quien también perdió el equilibrio y se encontró en el suelo, a unos metros de él. Ambos guerreros se enfrentaron cruelmente. Blandían con destreza inigualable la espada y la maza. Eran como animales enfurecidos, ebrios de odio y sangre, ansiosos por despedazarse. Un súbdito del jefe de los enemigos del norte, desde su caballo, lanzó contra Surendra una jabalina, y en cuestión de segundos ésta se hallaba incrustada en el muslo del guerrero que, impedido, cayó al suelo, entre el lodo y la sangre. Como un búfalo enloquecido, el jefe del ejército enemigo se abalanzó sobre Surendra, quien en último instante, conocedor de todas las artes de la guerra, pudo esquivarle y clavar su espada sobre el vientre de aquél. Muerto el jefe de los enemigos del norte, el desenlace de la batalla se aceleró, y aún no se ocultaba el sol cuando el ejército enemigo emprendía la huida.

Dolorido y jadeante, al borde del desmayo tras siete días de inusitados esfuerzos, inmerso en el lodazal, Surendra miró a su alrededor. ¡Por todos los dioses! Nunca hubiera podido imaginar en sus veinticinco años de guerrero una carnicería semejante. ¿Y ellos eran los vencedores? A pesar del cansancio enorme que experimentaba, pudo ser lúcidamente consciente de los horrores sin fin que había provocado aquella guerra. Observó a sus hombres

exhaustos y sudorosos, como avergonzados, silentes, cabizbajos. Se observó a sí mismo y apenas pudo reconocerse. Comprobó sus heridas sangrantes, sus prendas hechas jirones, su embarrado cuerpo. Y se sintió el hombre más viejo de este mundo y el más desamparado, y él, otrora arrogante guerrero, se compadeció hasta lo infinito. Sus miembros estaban salpicados de sangre y de vísceras y sus abundantes lágrimas se confundieron con la lluvia, que no cesaba de caer. Se preguntó si era posible que él hubiera originado todo aquello, si era posible sembrar tanta destrucción en sólo siete días. Hasta los perros estaban atónitos, el rabo entre las patas, en medio de tanta muerte. Nubes de buitres y cuervos revoloteaban por el firmamento. ¿Qué había hecho? ¿Cómo el Inconmensurable permitía que los hombres generasen tanto dolor? Su fiel caballo muerto, al igual que sus mejores generales. Su ejército, aún victorioso, destruido física y moralmente, irrecomponible. Se maldijo a sí mismo por cien veces y comprendió más allá de las palabras que no hay ni puede haber guerra justificada, que al matar a los otros matamos lo mejor que hay en nosotros mismos, que la ira y el odio nos pierden para siempre, que ningún hombre tiene derecho a poner su mano sobre otro si no es para brindarle sus más amorosas caricias. Y estaba en estos pensamientos, que eran más bien sentimientos muy profundos, cuando, tras escuchar unas pisadas a su espalda, sintió de súbito como si un aguijón de hielo le atravesase desde su clavícula hasta el mismo corazón. Dando bocanadas de sangre, cayó de bruces contra el suelo, herido de muerte. En el umbral del tránsito hacia otra existencia, tuvo tiempo de ver el rostro del que le había robado la vida. Ya no tenía fuerzas para sorprenderse, al comprobar que el mismo hijo de su comandante en jefe era su terrible agresor. Sin embargo, se sintió agradecido hacia aquel joven que le arrebataba la existencia. Se nubló su mirada, se cerraron sus oídos, y antes de que el astral y el mental abandonasen la envoltura física, tuvo tiempo de pedir perdón a todas las criaturas vivientes de todos los universos por el sufrimiento que había infligido. Y, gracias a ello, Surendra hizo méritos para que su próxima reencarnación no fuera en los mundos inferiores.

El cadáver fue incinerado al amanecer, mientras los perros aullaban y los buitres y chacales despedazaban los cuerpos diseminados por el campo de batalla. El olor de la sangre se hizo rancio y la noticia amarga corrió veloz de aldea en aldea. Fue una batalla tal que ni siquiera figura por pudor en las crónicas. Las cenizas fueron guardadas en una vasija de barro que, con la desolación que a todos abatía, nadie se acordó de recoger. Días después, un niño, arrojando piedras por diversión, dio con una sobre la vasija y ésta se quebró, dejando escapar las cenizas en todas direcciones…

* * *

El dolor se hizo más intenso. Era como un inválido, incapaz de mover un solo dedo. Transcurrieron las horas y, de repente, creí percibir que alguien venía por el camino. Con las débiles fuerzas que todavía me quedaban, comencé a pedir socorro. Tenía los párpados cerrados. Escuché que las pisadas se aproximaban hacia mí. Poco después sentí que unas manos vacilantes palpaban mi dolorido cuerpo.

—¡Ayuda, ayuda! —gemí.

Abrí los ojos y apenas pude distinguir el rostro de un anciano. Al entornar los párpados de nuevo, el rostro se perfiló en mi interior. ¡No era posible!, me dije. Pero sí, ¡bendito Ghanesa!, allí estaba él, junto a mí, cuidando mis heridas con su propia saliva, el yogui ciego. ¡Qué alegría! Aún en ese lamentable estado en el que me hallaba, el corazón se me colmó de gozo. Pronto pasó por allí también un campesino y le rogué que recogiera las hojas dispersas del manuscrito de Swami Vicharananda. La gema transparente se hallaba a mi lado. Entre el campesino que había aparecido y sus hijos, me trasladaron a una choza. Y allí, durante varios días, el yogui ciego cuidó de mí. Sus caricias se convirtieron en el mejor de los bálsamos, y sus palabras en el maravilloso ungüento que sana el corazón.

Cuando mi fiel acompañante me dijo: «Me conocen por el yogui ciego», yo nada repuse, porque ¿hubiera él podido recordarme después de tantos años? Pero intuí que aquel hombre veía mucho más que la mayoría de los otros seres humanos. Y el destino, nunca caprichoso, me proporcionaría la ocasión de comprobarlo, porque el yogui ciego y yo permanecimos juntos durante dos venturosos años, vagando de aquí para allá, cosechando méritos y evitando deméritos. ¡Cuántas horas pasé a su lado escuchando sus preceptos de oro! Era, además, un gran narrador de historias y leyendas, conocedor de proverbios y fantasías. Íbamos de pueblo en pueblo, y junto a la fuente que reunía mujeres y ancianos, él se extendía sobre los pasajes de nuestras grandes epopeyas, y hablaba de Rama y Sita, y se refería a Hanuman, dios de los monos, como si personalmente le hubiera tratado, y hablaba del toro Nandi, montura de Shiva, y de los ríos más sagrados, como el Jamuna y el Godavan, y de la grandeza del monte Kailas, y de Valmiki, Ashoka, Akbar, Kabir y tantos otros. De tal manera, jamás nos faltaba el sustento, pero jamás nos llevábamos lo que nos sobraba. El yogui ciego decía: «Alimentarse, sí; acaparar, no.»

Y cuando dejábamos una aldea para caminar hasta la más próxima, uno junto al otro, me preguntaba:

—Ananda, ¿quieres que te cuente la historia de Humayun, el segundo emperador mongol? ¿O prefieres la del Guru Gobind Singh, el décimo maestro de los sikhs? ¿O tal vez quieras que te narre las aventuras de Banda Bahadur? ¿O los amores de Shiva y Parvati?

Y comenzaba a narrar, con sencillez y sabiduría, haciendo así más ligero el camino y presentándome las mil caras de mi pueblo.

Capítulo 34

—Ananda —me dijo el yogui ciego mientras calmábamos la sed en el arroyo—. Siento que la vida comienza a escapárseme. El corazón me falla y me falta respiración. Deseo que directamente nos dirijamos ya hacia Gangotri.

—Haremos lo que tú digas, maestro —repuse con un tono de voz triste.

—No te aflijas, Ananda. ¿Sabes una cosa? Debemos siempre tratar de mantener el contento suceda lo que suceda. Las cosas son ya demasiado tristes para aumentar su tristeza con nuestra propia tristeza. Negar que esta existencia sea dolorosa sería de necios. Nadie que sea consciente, que esté despierto, osaría hacerlo. Pero debemos tratar de permanecer animosos. ¿Acaso no es ese uno de los preceptos del maestro Patanjali? Contento, estudio de la Verdad, investigación de uno mismo, firme resolución, evitar el daño a cualquier ser sintiente y constante pensamiento en *Isvara*

.

Desviándonos lo menos posible, partimos en dirección a Gangotri. Y así alcanzamos Hardwar, Rishikesh, Badrinath… Lugares santos, todos muy ricos en tradición espiritual. Unos días después de abandonar Badrinath, mientras caminábamos por una pendiente, el yogui ciego dijo:

—Ananda, debo pedirte perdón.

—¿Perdón tú a mí, maestro? —pregunté sorprendido—. ¿Acaso hay algo que tenga que perdonarte?

Jadeante, respondió:

—Sí, Ananda. Claro que sí. Yo no podré acompañarte hasta el nacimiento de nuestro río más sagrado.

—Pero maestro —repliqué—, aunque sea ello necesario, yo cargaré contigo, te llevaré a mi espalda, descansaremos tantas veces como sea preciso. Pero te lo prometo, meditaremos juntos en el nacimiento de nuestro amado Ganges.

—Sé, hijo mío, que este cuerpo no podrá llegar hasta allí. Cada día que pasa, mi corazón funciona más pesadamente y siento que la sangre no circula bien por mi cuerpo y que se extingue mi respiración. Presiento que me queda poco tiempo de estar físicamente contigo. ¿Acaso no te has fijado en mis labios, morados y agrietados? ¿No has reparado en mis ojos, vidriosos y faltos de vida? ¿No has observado mis manos, que parecen más las de un cadáver que las de un cuerpo todavía vivo?

La angustia laceró mi corazón. ¿Por qué todo es tan efímero, tan transitorio? ¿Por qué nos abandonan los seres más queridos? Y, sobre todo, ¿por qué nosotros, sabiendo esto, nos aferramos tan vigorosamente a todo lo que nos gratifica?

—Ananda, Ananda, ¿de qué te extrañas? Asomaste a esta cruel existencia perdiendo a los pocos días a tu madre. ¿No has aprendido todavía? Tu maestro ha muerto y te has quedado sin su presencia física.

»¿Nunca aceptarás lo inevitable? Insensatamente nos apegamos a lo material y a lo inmaterial, como si las cosas fueran para siempre. No te abandones, Ananda, no dejes de vigilarte. Aprende a discernir en todo momento. Observa el recto pensar que descubre la realidad tras las fascinadoras apariencias. Un día tú y yo nos encontramos en este sendero que es la vida y dentro de poco tendremos que separarnos. Eso es todo, tan simple, tan sencillo, tan habitual, ¿que cómo puede seguir extrañándote después de peregrinar tantas existencias? Nacer… morir… ¿no es lo mismo, Ananda? Cambiamos, pero no dejamos de existir; variamos de forma y de plano, pero es para trascender.

De súbito, el yogui ciego se detuvo víctima de un acceso de violenta tos. Repuesto, esforzándose por respirar con mayor profundidad, añadió:

—Si contemplas tu cuerpo en las aguas del lago más próximo,

tendrás ocasión de ver un cuerpo todavía joven y bello, la piel tersa, la mirada viva, el color en las mejillas y en los labios. Pero, Ananda, ¿puedes imaginar ese mismo cuerpo dentro de cincuenta años, cuando desplazarlo unos metros se convierte en toda una proeza, cuando el funcionamiento de los órganos internos se hace cada vez más penoso, cuando tus miembros los sientes como pesadas barras de plomo? Algún día te verás como yo. Por eso, no pierdas el tiempo. Trabaja sobre ti mismo.

Le ayudé a sentarse sobre una piedra y yo lo hice junto a él, en el suelo.

—Pero, mi querido compañero que tanto me ha ayudado y que ha mendigado fielmente por mí, el cuerpo es sólo una de las varias vestimentas del hombre interno que hay en todos nosotros.

Los rayos del sol, en aquel crepúsculo apacible y dorado, tiñeron nuestros rostros de oro. A lo lejos se escuchaba el ruido de una cascada. Una seductora sonrisa se reflejó en la faz del anciano.

—Te hablaré ahora, Ananda, porque sé que lo necesitas, porque sé que el dolor universal te abruma y te acongoja, de otros planos, de otras formas de vida. Lugares hay, tenlo por bien seguro, de una naturaleza muy superior a ésta nuestra, donde la virtud es algo cotidiano y no excepcional, donde todo es más limpio y reconfortante, donde no hay pesadumbre ni fricción. Lugares hay, tenlo presente, que son como jardines de sabiduría, donde el alimento es amor y el vino inefable sencillez que tranquiliza. Los que allí habitan son compasivos y tolerantes, armónicos y serenos. Pero aún esos lugares son transitorios y están encadenados a la ilusión. Otros hay más insondables, como el diamante que oculta diez mil caras, de inefable luz que nunca cesa y donde los que allí moran no saben de tribulaciones ni mentiras. ¡Oh, Ananda, qué lugares esos! ¿Puedes siquiera imaginarlos? Se vive en maravillosa libertad, sin que nada ni nadie sea opresivo, sin falacia, sin los venenos que aprisionan la mente de los seres humanos. Allí la bondad no es debilidad. No se ansían suntuosas mansiones, ni vanas exquisiteces, ni espléndidas vestimentas o caprichosas alhajas. Pero aún esos mundos, aplicado discípulo, son transitorios y no están libres de *maya*. Si acumulamos karma positivo, nos haremos merecedores de ellos; pero no basta con alcanzarlos. Debe ser empeño nuestro ir más allá, hasta que nuestro Yo pueda sumergirse en el Océano Universal y ya no haya retorno.

Repuesto el yogui ciego emprendimos la ascensión. Un grupo de peregrinos nos adelantaron, saludándonos con el *pranava*

Om. La caída de la noche puso fin a nuestra marcha. Hacía frío y nos arropamos con las mantas que llevaba sobre mi hombro.

—Ananda, ¿has indagado sobre qué sucede mientras dormimos?

—Siempre he deseado saber si aquello que soñamos y que nos hace vibrar más incluso que aquello que vivimos despiertos es algo consistente o no.

—¿Consistente dices? —preguntó con tono de extrañeza en la voz —. ¿Acaso es consistente este plano vital en el que vivimos? Sólo los que creen saberlo todo, y para desgracia suya y de los otros, nunca dudan, pueden creer que hay algo consistente en este mundo de fenómenos cambiantes. Lo que sueñas, Ananda, es tan consistente como pueda serlo lo que llamamos vida. Quizá más trascendente, porque al dormir, hay veces que penetramos en otros planos inmateriales de existencia, pero más reales que éste. Sólo hay algo verdaderamente consistente, por decirlo de alguna forma: nuestro divino Yo. Lo demás, esté fuera o dentro de la mente, dura un suspiro y para el que sabe ver es inexistente.

No me era fácil seguir las enseñanzas del yogui ciego. Y siempre me atrapaba el sueño por las noches meditando sobre ellas. Preguntándome por lo que llamamos hechos reales y lo que llamamos sueños, me dormí. Al despertar, ya avanzada la mañana, abrí los ojos y vi al anciano meditando al borde del abismo. Alarmado, corrí hacia él y le agarré.

—¿Qué temes, Ananda? ¿Crees que no presiento al abismo a mi lado? Puedo sentirlo como tú puedes verlo. Anda, siéntate a mi lado. Quiero hablarte.

Las nubes corrían como palomas asustadas. El aire era puro y fresco. A lo lejos, las montañas adquirían un tono escarlata y eran de una deslumbrante belleza. La brisa acariciaba nuestros rostros y las palabras del yogui ciego parecieron brotar de las mismas entrañas de aquellas majestuosas cumbres. Dijo así:

—Seguiremos ascendiendo, pero nos detendremos cuando encontremos un refugio para protegernos del frío. Me queda poco tiempo, Ananda. Tengo que apresurarme a enseñarte muchas cosas para que puedas ayudarme a morir yóguicamente.

Se estremeció todo mi ser al escuchar aquellas palabras. Sentí que

en cierto modo allí estaba parte de mi *Dharma*: en ayudar a morir. ¡Hermoso y doloroso oficio!

—¡Ananda! —gritó el yogui ciego como queriéndome despertar a una realidad superior—. ¡Oh, Ananda! No puedo expresar mi dicha al contar contigo para que me ayudes a morir yóguicamente, a transitar y poder alcanzar mundos más elevados y supramateriales. Lunación tras lunación le pedí a Brahma que me concediera un compañero con el que poder contar en tan significativo proceso; noche de plenilunio tras noche de plenilunio invoqué a Krishna para que me enviara un compañero para esos difíciles momentos. No puede existir mayor regocijo que el que ahora siento, porque, próximo mi fin, sé que contaré contigo y así podré coronar con éxito esta vida de pruebas y superación.

Lleno de desbordante alegría, como un potrillo ansioso de ejercicio, blandió los brazos en el aire y gritó a los Devas su agradecimiento. Después, me preguntó:

—Ananda, ¿te he hablado alguna vez de mis penitencias? —lo había hecho un centenar de veces cuando menos, y él lo sabía, pero a ambos nos gustaba recordarlas.

—Nunca que yo sepa, maestro —repuse—, salvo que estuviera dormido en ese momento.

Lleno de ánimo, empezó a hablar:

—Pues bien, escucha —y el tono de su voz era como el de aquel que va a narrar portentosas hazañas—. Era yo muy joven y no comprendía entonces que la mortificación puede ofender a los hombres y a los dioses, y que maltratar el cuerpo puede ser por igual locura e insensatez. Pero era tan inmenso mi deseo de progresar en el sendero hacia la Iluminación, que me entregué a una desenfrenada ascesis. ¡Qué tiempos aquellos! Tenía la fuerza del elefante y la vitalidad del águila. Pero después de un año de penitencias en el bosque, había cuando menos envejecido diez, era débil como una brizna y, aunque ciertamente había matado de momento mis deseos, carecía de fuerza para todo, incluso para meditar.

Se encogió de hombros, como si quisiera disculparse, y agregó:

—Repetía el nombre de la Divinidad diez mil veces diarias y diez mil veces diarias me postraba ante el *linga* y le ofrecía jazmines, manteca y perfumes. Dormía dos horas por día y me alimentaba de raíces y plantas. Cargaba grandes rocas, cubría mi cuerpo con cieno y

tenía por escudilla un cráneo humano. Para sentir la transitoriedad de la vida, me provocaba estados de catalepsia que ponían mi salud en grave peligro, meditaba en los crematorios, utilizaba siempre el *langoti* de alguien que ya había muerto y los días de luna llena untaba mi cuerpo con cenizas fúnebres e incluso con vísceras y despojos de animales. Caminaba sobre espinos y los insectos ulceraron todo mi cuerpo. Observé silencio durante muchos meses, reduje al mínimo mi ración de agua, medité durante dieciocho horas por día. Y, finalmente, quedé maltrecho y herido de muerte. Entonces me di cuenta de que ese no era el camino, porque no había paz en mi mente y mi corazón seguía sintiéndose solo. Regresé a mi pueblo y conocí a una bella mujer.

Hizo una pausa y me miró. Jamás me había hablado de esa mujer. Su relato siempre lo había suspendido antes. Pero ahora continuó hablando:

—Una hermosísima mujer, una aldeana de cabellos sedosos, resplandeciente sonrisa, carne amarfilada. ¡Qué mujer tan deseable, Ananda! Sin duda como tu *devadasi* —sonrió traviesamente—. Una mujer maravillosa. Y yo, ¡pobre estúpido!, me creía liberado del deseo. Pero la tentación surgió como un rayo fulminante. Su padre accedió a que nos casáramos y así lo hicimos. ¿Para qué aburrirte con detalles que puedes imaginar? Pasión o locura, ¿qué era aquello? Era una mujer tierna y cariñosa, jamás me dio motivos de duda, pero, ¡oh, Ananda!, ¿tú sabes lo que son los celos? No, tú ni siquiera puedes sospechar lo que eran aquellos celos. Si ladino es el deseo, no imaginas lo que pueden ser los celos. Al acariciar su carne caliente con mis dedos, pensaba que otros dedos pudieran hacer lo mismo. Al oír sus dulces palabras, pensaba que pudiera decirlas a otros oídos. Al sentir su cuerpo apasionado junto al mío, pensaba que otro podía también sentir ese cuerpo. Tenía celos no de lo que era, sino de lo que podía ser. Y me volví nervioso e irritable, como un niño ineducado. Ni sus palabras, ni sus actos, ni sus promesas podían convencerme de que siempre me amaría.

Emocionado, guardó silencio durante unos instantes. Tuve la impresión de que su viejo corazón latía con vigor juvenil. Perdí la mirada en las cumbres y tuve pensamientos para Lilavati. El anciano continuó hablando:

—Nunca podrás entender hasta qué punto este viejo se sentía entonces desolado. En unos días se había venido abajo el edificio levantado con tantos esfuerzos durante meses de lucha. Mi carácter se volvió cada vez más descontrolado e irascible. Le chillaba, la

increpaba, la acusaba injustamente. Una tarde ella fue a visitar a sus padres. Se había convertido para mí en una enloquecedora obsesión y la veía en todas partes, incluso en el *linga* que adoraba. Pasé toda la tarde bebiendo licor de arroz y cuando ella regresó por la noche, estaba ebrio y enfurecido. Ella trató de calmarme, pero fue inútil. Deseaba acabar con ella y quizá lo hubiera hecho de no suceder lo que sucedió.

Interrumpió el relato, puso su mano en mi brazo y dijo:

—¿Podrás creerme, mi querido amigo? Un demonio se había apoderado de mí. Agarré una botella y quise golpearla. Por fortuna ella logró evadir el golpe y la botella se quebró contra una de las paredes. Los cristales, como certeras espinas, se incrustaron en mis ojos y perdí la vista para siempre. Ella me cuidó con más amor que nunca. Las mujeres son así. Ellas sí saben amar; han nacido para amar. ¡Y qué grande el Innombrable! Al no ver, comencé a ver y a comprender. Fuimos dichosos durante unos años. Cuando una tuberculosis puso término a su vida, decidí emprender definitivamente el camino de la renuncia.

Nada más dijo entonces el yogui ciego. Emprendimos la marcha en busca de una gruta. Ahora yo estaba destinado a aprender lecciones importantes sobre la muerte, destinado a tender mi mano abierta a Yama, el dios que pone fin a nuestra existencia terrena.

Capítulo 35

Fueron aquéllos, días en los que hube de alertar mi mente al máximo para poder asimilar toda la instrucción que el yogui ciego me estaba confiando. Había querido el destino que asumiera yo ahora una difícil responsabilidad y disponía de poco tiempo para prepararme en la tarea que me habían encomendado. Yo tenía que ayudarle a morir. Tal era mi *Dharma* en aquellos lejanos días, en una cueva en el camino hacia Gangotri, junto a un hombre que aún ciego, veía mucho más que la mayoría de los seres humanos y aspiraba en un último y gigantesco esfuerzo, durante la muerte de su cuerpo, a obtener la máxima evolución espiritual posible, alcanzando la liberación definitiva o cuando menos pudiendo penetrar en los reinos más elevados. Sólo un yogui muy avanzado y que haya adquirido un extraordinario dominio sobre su mente puede aprovechar los difíciles y desorientadores momentos de la muerte, para evitar cualquier demérito y procurarse un puesto en los más elevados reinos o incluso merecer la gloriosa disolución en el Alma Universal. La mayoría de las personas desfallecen cuando van a morir y penetran en un estado de

inconsciencia que frustra cualquier posibilidad de avance espiritual en tan crítica situación.

Pero si el moribundo, por el poder sobre su propia mente puede mantener despierta la consciencia e incluso tomar consciencia del proceso de su propia muerte, tendrá la oportunidad de acumular méritos para un mejor renacimiento y la entrada en regiones más luminosas y apacibles.

Durante días, el yogui ciego me puso al corriente de muchos de sus conocimientos sobre la vida y la muerte, la constitución del ser humano, la disolución de los elementos al morir.

—Ananda, al producirse la muerte del cuerpo físico, los cinco elementos (aire, fuego, agua, tierra y éter) se disuelven en sus planos correspondientes. La muerte sobreviene cuando el *prana* se retira de los órganos y de todo el cuerpo físico y el cuerpo vital ya no lo alienta. El *atmán* se desprende de ese cuerpo y hasta que vuelva a renacer, si todavía no ha merecido la integración en el Brahmán, reside en alguno de los reinos intermedios.

Pasábamos las horas sentados el uno frente al otro. El yogui-ciego me iba indicando con minuciosidad todo aquello que yo debía aprender y todo lo que debería hacer cuando sobreviniese la agonía y luego la muerte.

—No deseo que entierres mi cuerpo, sino que lo incineres. Así todos mis elementos se disolverán. No debes hacerlo bajo ningún concepto antes de los tres días. Sabe, mi buen Ananda, que la definitiva separación del cuerpo físico, el astral, la mente y el *atmán* no sobreviene hasta tres días después. Es mejor dejar que las cosas sean naturales y no precipitar el proceso innecesariamente.

El yogui ciego comenzó a intensificar sus ejercicios de interiorización y meditación para evitar el desfallecimiento durante la muerte y poder mantener su consciencia muy vigilante.

—Llevo muchos años trabajando en eso —me confesó—. He seguido dos procedimientos que me enseñara un yogui hace muchos años. El primero de ellos consiste en ser lúcidos en el mismo momento en el que entramos en el sueño. El otro estriba en adiestrar la mente para que pueda concentrarse a la perfección en la luz blanca. Hay una frontera entre la vida y la muerte. Ese es un momento muy especial. Aquellos que no se han preparado largamente para ello, pierden la consciencia y ya no perciben nada con respecto al proceso de su propia muerte. Después de sobrevenida ésta, abruptamente vuelven a tener consciencia, y como no saben bien lo que ha sucedido, se

sorprenden y permanecen absolutamente desorientados durante un tiempo variable. Si no han superado sus fuertes impulsos, querrán seguir satisfaciéndolos y al no poder, se desesperarán. Así, el hombre que hubiera estado encadenado por el sexo, querrá seguir poseyendo mujeres y no le será posible satisfacer su deseo. El que estaba dominado por el juego, deseará seguir jugando, y cuál no será su dolor al comprobar que no hay forma de darle satisfacción a su fuerte impulso. Sólo aquel que, libre de todo apego y deseo de cualquier tipo, mantiene clara la consciencia, puede evitar los deméritos del apego y aprovechar esos momentos para trascender a las esferas más elevadas.

A veces me resultaba muy difícil seguir las explicaciones del yogui-ciego. También yo había comenzado a meditar durante muchas horas para hacer mi mente muy receptiva y evitar así cualquier fallo que pudiera ocurrir debido a mi negligencia.

—No sabes cuán agradecido te estoy, mi querido Ananda. Igual que al nacer morimos a otro plano de existencia, al morir nacemos a otro diferente. Son ocasiones muy importantes y hay que saber aprovecharlas. Por desgracia, la mayoría de los seres humanos se despreocupan de su muerte y no se dan cuenta de que cada minuto que pasa es un minuto menos que les queda de vida y cada respiración que efectúan, una respiración menos que tendrán que hacer. Siete son nuestros chakras, siete los colores que se pueden presentar durante los delirios previos a la muerte, siete los venenos que pueden contaminar nuestra mente. Todo ello debe ser conocido y controlado.

Durante aquellos días llegué a familiarizarme a tal grado con la muerte, que la contemplaba como a una amiga querida que no puede hacerte ningún mal.

—Durante la agonía, Ananda, la mente puede ser arrastrada por toda clase de delirios. No solamente surgen vivencias y experiencias acaecidas a lo largo de toda esa vida, sino también otras de vidas anteriores. Los torbellinos del *samsara* adquieren su máxima virulencia. No puedes imaginar la confusión que se origina. Y cuando el cuerpo es atrapado por la muerte, cuando los aires vitales comienzan a abandonarlo, entonces todo un espectáculo fantasmagórico confunde la consciencia. Imágenes agradables y desagradables se entremezclan, luz y sombras, impulsos y recuerdos, y durante los tres o cuatro días que demora la separación definitiva de todos los elementos, se origina una confusión impresionante salvo para aquel que tiene la consciencia muy despierta, sabe que todo ello es el producto de su propia mente y logra verlo como un espectáculo

curioso y nada más, sin dejarse envolver ni implicar por él.

—¿Qué sucede si uno cree que es real todo ello, si nos envuelve?

—Tal es lo que le sucede al hombre ordinario, Ananda. Él cree que todo lo que ve y siente es real, y se alegra o se aterra, goza y se desespera. Surgen los recuerdos más remotos, la visión de espíritus y demonios y todo aquello que más nos apegaba, que más deseábamos. Y entonces el muerto se aferra a todo ello y crea toda suerte de karma y nuevos impulsos que retrasarán su evolución hacia la Liberación. En cambio, aquel que logra permanecer imperturbable y desapegado, puede encontrar un sendero de progreso en medio de todo ese espectáculo de desorden, inquietud y desorientación. Por eso, Ananda, por eso requiero tu ayuda. No basta quizá con que haya efectuado muchas técnicas de meditación para saber morir y trascender, para lograr un tránsito favorable. Tal vez todo ello no sea suficiente. Quiero tu ayuda para no dejarme atrapar por todos los fantasmas de mi imaginación, para poder mantener lúcida la consciencia, para lograr que mis elementos superiores y mi energía me abandonen a través de la Puerta de Brahma.

—¿Es eso necesario, maestro?

El yogui ciego repuso con gran convicción:

—Cuando un hombre muere, su energía le abandona por todos los orificios de su cuerpo. Pero para reorientarla adecuadamente y para utilizarla como medio de ayuda en el mantenimiento de una consciencia despierta es necesario hacerla salir por la sutura sagital de la cabeza, por el *Brahmarandra*. Eso es importante, pero la máxima dificultad estriba en superar las alucinaciones, ser uno mismo a pesar de todo aquello que nuestra imaginación teja, aferrarse exclusivamente a los más puros ideales.

Hizo una pausa, su rostro se ensombreció y declaró:

—Temo por mí, Ananda.

—Yo haré todo lo que esté en mis manos, amado maestro.

—Temo que en estos críticos momentos aparezca ante mí la imagen de la que fuera mi esposa y que yo, incapaz de resistirme y de permanecer inalterable, la desee y crea que es real. Necesitaré, Ananda, de tu energía, de tu lúcida consciencia, de tu incondicional ayuda. No será fácil, porque durante tres días tendrás que evitar el sueño y cualquier distracción. En un segundo puede la consciencia

oscurecerse y cometer muchos deméritos. Pero, ¿sabes qué es contra lo que más debe prevenirse el que va a transitar? ¡Oh, Ananda, contra la sed de existencia, contra el ansia de renacer para seguir gozando de los placeres mundanos! Hay, mi querido compañero, reinos subhumanos, reinos humanos y reinos suprahumanos. Está también el reino de Brahma, Océano de Luz, donde todo es dicha, donde antes o después todos nos fundiremos como la gota de agua en el océano.

El yogui ciego presentía que su muerte estaba ya muy cerca. Me puso al corriente de las lecturas que debía efectuar a su oído durante sus últimas horas de vida, los himnos que debía salmodiar, los mantras que tenía que recitar, los pases que debía aplicar a su cuerpo. Me indicó cómo debía presionar distintos puntos vitales de su ser, cómo clausurar algunos de los orificios de su cuerpo, qué meditaciones efectuar durante los tres días después de su muerte. Aprendí sobre los elementos densos y burdos del ser humano, sobre los campos de energía y sus colores, sobre los cinco aires vitales principales y los cinco derivados.

Una mañana estaba sobre la roca en la que habitualmente me sentaba a meditar, esperando que viniera el yogui ciego para seguir recibiendo la instrucción, cuando me extrañó que pasara el tiempo sin que él viniera junto a mí. Cuando penetré en el interior de la cueva, le encontré en el suelo, extendido en la postura del león, es decir, sobre el lado derecho y con la mano derecha debajo de la cara.

—Ya está al lado, Ananda —dijo en un hilo de voz—. El corazón me falla, apenas puedo respirar, siento los miembros muy pesados y siento el sabor de la muerte en el paladar. Procede, Ananda, procede como te he enseñado. Ayuda a este pobre anciano y al ayudarle, también tú te ayudarás. Pronto no podré hablar, pero podré verte y escucharte. Después ya no podré verte, pero podré oírte. Adelante, Ananda. Ha llegado el momento de la prueba.

Y casi en un susurro, la voz entrecortada, fatigosa la respiración, añadió:

—Ananda, amigo mío, más amado que el más querido de los hijos, dentro de poco ya no podré permitirme ningún deseo, deberé ser un espectador puro e inafectado. Pero antes de que eso suceda, deseo de corazón que halles la Perla Dorada. Mi buen Ananda, Isvara nos ayude.

Dos lamparillas de aceite disipaban la oscuridad de la cueva. La respiración del anciano se hizo más forzada y rápida. A su lado, la

mente muy receptiva, comencé a efectuar todos aquellos procedimientos que él con tanta precisión me enseñara. Mi voz retumbaba en la oquedad de aquel recinto y las llamas de las lamparillas titilaban, creando mil formas diferentes. Se extinguió con una suavidad absoluta, como un pajarillo que muere tiernamente al cobijo de su madre. Durante tres días permanecí en meditación y no dejé de hacer ni una de las prácticas que él me indicara. Se cumplía el plazo previsto y yo me preguntaba si el yogui ciego habría podido conquistar planos de elevada sabiduría e intensa luz, o incluso la liberación definitiva. La respuesta sólo podría encontrarla cuando yo también abandonara esta envoltura carnal que era la mía y ascendiese a esos reinos que nos aproximan a la fuente original.

Al cuarto día de su fallecimiento coloqué el cadáver sobre una pira y allí, entre esas montañas que desde hace siglos han sido refugio de *rishis* y *mahatmas*, de eremitas y grandes buscadores del Conocimiento, incineré su menudo cuerpo. Guardé un puñado de sus cenizas y, extenuado por el esfuerzo efectuado durante esos tres días y sus correspondientes noches, me dejé caer en el suelo y fui arrastrado al reino de los sueños. Y escuché en los remotos confines de mi limitada mente la voz del yogui ciego diciendo: «Ya soy *satchidananda*

110

». ¿Cómo interpretar esas palabras? Quizá mi deseo de saber de él las había provocado, o tal vez no. ¿Un mensaje? ¿Producto de mi apego a ese hombre extraordinario? ¿Un sutil engaño de mi propia mente, sumergida en el nebuloso reino de los sueños? Todo son preguntas cuando no hemos hallado la gran respuesta, la suprema y luminosa unidad que nos descubre nuestra naturaleza y nos impide ahogarnos en el vertiginoso río que es la existencia.

Capítulo 36

Me prometí que arrojaría al aire, en Gangotri, un puñado de las cenizas de su cuerpo. Así lo hice, cuando, después de días de marcha, sentí sobre mi rostro la brisa fresca de ese lugar de sabios y de dioses. Y tuve cariñosos recuerdos para el yogui ciego, que no pudo alcanzar con su gastado cuerpo ese lugar de paz y recogimiento. Él había abandonado su envoltura carnal, confiándome a mí la dirección de su fallecimiento y de su tránsito. Había partido a otros reinos inimaginables para nuestra mente finita. Yo, sin embargo, continuaba en este mundo, con mi vida terrena a cuestas, habiéndome propuesto procurarle algún significado que mereciera la pena, habiendo asumido la apesadumbrada responsabilidad de descorrer los velos de la ilusión

y encontrarme alguna vez frente al rostro de la eterna Sabiduría.

Sintiéndome fundido en el cielo despejado y claro, en medio de aquel silencio paradisíaco, me pregunté por mí mismo y por mi destino espiritual, por mi búsqueda. Quizá no había hecho más que empezar; tal vez me hallaba en el comienzo del sendero. No podemos medir en años ni con las pautas del tiempo convencional el viaje que exige la búsqueda espiritual. Para pasar de la orilla de la servidumbre a la de la libertad, para que nuestro Yo se convierta en soberano absoluto, para hallar la clara y penetrante comprensión que nos permite ver con los ojos del espíritu, ¿quién sabe cuánto tiempo se requiere? Lo cierto es que nuestra soledad, nuestra incertidumbre, nuestro descontrolado correr hacia ninguna parte, han de tener una explicación. Hay estados en la mente que se rescatan poco a poco, como peldaño a peldaño se sube la escalera por empinada que ésta sea. Miré hacia detrás, hacia mis años pasados. ¡Todo estaba tan lejos y tan cerca! También yo terminaría algún día de vagar, de recorrer campos y ciudades.

Govind vivía desde hacía cerca de diez años en Gangotri. Él no había invertido su vida en vagar. Él no era un sadhu errante ni un peregrino. Él era un hombre que un día sintió la llamada de la Divinidad y lo dejó todo para ocupar sus últimos años de existencia en hacerse merecedor de esa Totalidad a la que todo hombre inquieto aspira aún sin saberlo. Govind había respetado las cuatro etapas vitales que son las tradicionales en nuestro país. La primera etapa corresponde a la juventud y consiste en estudiar y prepararse mental y culturalmente. La segunda etapa es la de la vida mundana: negocios mundanos, casamiento, tener hijos. La tercera sobreviene con la edad madura y consiste en irlo preparando todo para hacer posible la última etapa, la de la renuncia. Govind había prosperado en los negocios, tenía mujer y media docena de hijos. Cuando logró dejar acomodados a su mujer y a sus hijos, renunció a la vida mundana y viajó a Gangotri para pasar allí los últimos años de su vida, entregado al estudio de sí mismo y de la Verdad.

—Un día comprendí —me dijo— que podía perder a mi mujer y que mis hijos tenían su propia existencia que vivir. Y me pregunté: ¿Qué ha sido mi vida? He ganado algún dinero, tengo una casa cómoda, en el pueblo me respetan y algunos hasta me quieren y…, bueno, ¿y qué? Todo eso podrían quitármelo. Entonces, ¿es que eso era tan importante? Y me dije: si me descubro a mí mismo, si alcanzo mi propia estimación, si realizo mi Yo, ¿podrá alguien robarme todo eso? ¡Cuánto lloró mi mujer cuando le dije que llevaría vida de *sannyasin*! No podía comprenderlo. ¿Acaso no había sido una digna

esposa y me había dado seis hijos y efectuaba con toda abnegación sus quehaceres domésticos? «Que no, mujer, que no es eso», le dije, pero ella no lograba entender. La mandé a casa de su hermana, viuda, y abandoné el pueblo. Ya no quería aquella vida. Y a mis sesenta años emprendía una vida diferente.

Govind había estado a punto de sucumbir varias veces. El intenso frío y la falta de alimentos habían puesto en peligro su vida en no pocas ocasiones.

—Pero aquí estoy —me dijo con orgullo—. Aquí estoy. Yo no soy como esos yoguis que pueden estar sesenta días sin comer, ni como esos otros que pueden controlar la temperatura de su cuerpo y superar el frío más intenso. No, pero aquí estoy. Leo los textos, medito, trato de comprender. Quizá así en mi próxima existencia sea un verdadero yogui.

Humilde y sencillo, Govind estaba en la Vía. Llevaba diez años en Gangotri y los *devas* le habían ayudado para que su sacrificio y el de sus familiares no resultase estéril. También en Gangotri conocí a Rahula. ¿Qué había de cierto o de incierto en este hombre? Eso nadie puede saberlo. ¿Cuántos se dicen sabios, liberados, *maharishis*! Su aspecto era de un hombre de treinta y cinco años, aunque los que le conocían decían que tenía más de ciento veinte. Él ni afirmaba ni negaba; callaba. Diestro en la manipulación de las energías, capaz de elevar la temperatura de su cuerpo hasta derretir la nieve, conocedor de técnicas que le permitían hibernarse durante semanas, Rahula no quería discípulos ni popularidad ninguna. Era ciertamente huraño, dueño de una mirada dura y hasta intimidante, y tan delgado que se le señalaban todos los huesos. Cambiaba con frecuencia de lugar para que no le molestasen los peregrinos, y corrían sobre él toda clase de historias más o menos legendarias. Algunos le consideraban un mago negro, poderoso y temible, amigo de los *asuras*; otros le señalaban como un gran *mahatma*, portador de verdades ya olvidadas; para otros era el gran conocedor de los secretos de la mente y tenía una potencia mental inigualable. Se contaban de él cosas increíbles y extrañas. Muchos, más por curiosidad que por un verdadero afán de aprendizaje o comunicación, se acercaban a él y se esforzaban por arrancarle alguna palabra; pero todo intento resultaba vano. Rahula nunca hablaba. Caminaba como si estuviera pisando sobre el aire en lugar de sobre la tierra, desnudo, el cabello hasta la cintura; cuando alguien se dirigía hacia él, se levantaba del lugar en el que estaba meditando e, imperturbable, daba la espalda al visitante, siempre en silencio.

Durante los días que permanecí en Gangotri estuve indeciso de si

tratar de comunicarme o no con él. ¿Tendría alguna verdad que mostrar, una palabra que me ayudara a descubrir mi naturaleza, una técnica que pudiera auxiliarme en el intento de autoconocimiento? ¿Quién era ese tal Rahula del que tantas cosas buenas y malas se decían? Admirado era por unos; temido y detestado por otros. ¿Qué podía yo hacer para entablar una comunicación? Años y años habían sido muchos los que intentaran recibir su enseñanza y jamás lo habían conseguido. ¿Podía yo tener éxito donde tantos habían fracasado? Y, sin duda, en el rostro de aquel hombre estaba la expresión del que sabe. No, aquel hombre no era desde luego un charlatán ni un exhibicionista. No buscaba fama ni poder como tantos otros supuestos buscadores del Conocimiento. ¿Estaba tal vez loco? También en mí se despertó la curiosidad. Yo, que había conocido tantos sadhus, peregrinos y eremitas, ansiaba ahora hablar con ese hombre extraño y nada comunicativo. Si ciertamente el que sabe no habla, ese hombre debía ser sabio y quizá conocer leyes y secretos que escapan a la mayoría de los mortales. Yo no podía desaprovechar esa oportunidad. Además, ¿podía yo permitirme perder la ocasión de adquirir mayor instrucción, nuevas enseñanzas? Ese era mi karma: buscar, escuchar, aprender de todos. Si puede enseñarnos una piedra y un río y una nube, ¿cómo aquel hombre no iba a tener nada que enseñarme? Me previnieron contra él. «Es capaz de hacer malignos conjuros», me dijeron; «sólo con su fuerza mental podía matar a un hombre», e incluso: «Roba la vitalidad de los otros para apropiársela y así poder seguir viviendo durante siglos». Y cuando de un hombre se habla tanto sin que él nada hubiera hecho para ello, es porque algo hay en él, y yo, siempre ávido de conocimientos para desvelar los grandes misterios de la existencia, decidí intentar un puente de comunión con este hombre enigmático e introvertido. Y así puede decirse que me convertí en su sombra. Donde él estaba, estaba yo; hacia donde él iba, yo le seguía; donde él meditara, yo me sumía también en meditación. Rahula me ignoraba. Era como si nadie estuviera a su lado. Durante los primeros días había intentado esquivarme, incluso perderse, pero al comprobar que nada habría que me distanciase de él, había optado por ignorarme. Sin embargo, yo le hablaba con frecuencia y recitaba los mantras a su lado y junto a él leía las páginas que me dejara mi maestro Swami Vicharananda. Ni siquiera había conseguido que nuestras miradas se cruzaran. Estaba ausente, como en otra dimensión, y yo comencé a preguntarme si acaso ni siquiera se habría dado cuenta de mi presencia, si acaso aquel hombre estaba por completo desconectado del mundo que le circundaba. Apenas comía, meditaba durante un buen número de horas al día y paseaba también durante varias horas por día. Algunas noches celebraba algún tipo de ceremonia y entonaba unos cánticos dulces y envolventes que

parecían surgir del mismo firmamento. Era entonces su voz clara y dulce, casi como la de una adolescente. Un día le vi llorar, con gran dignidad, y después permaneció en éxtasis durante tres días y sus correspondientes noches. ¿Es que nunca conseguiría que él me hablase, que se fijase en mí, que se diese cuenta de que yo era un buscador auténtico y que había puesto toda mi vida en la persecución de la Sabiduría?

Descorazonado y con el convencimiento de que jamás Rahula se pondría en contacto conmigo por mucho tiempo que allí estuviera, pensé que no debía pasar allí más y que mi *Dharma* era continuar vagando por los caminos de mi tierra y emprender la búsqueda del maestro de sabiduría que tanto beneficio espiritual podía proporcionarme. Por ello, una noche, mientras mi cuerpo yacía al lado del de Rahula, me hice el firme propósito de partir a la mañana siguiente. Nada más amanecer preparé mis escasas pertenencias. Rahula estaba sentado en meditación. De espaldas a él, estaba dando los primeros pasos, cuando escuché su voz tras de mí:

—Vishnú te guíe, Ananda.

Me volví rápidamente. Me estaba mirando por primera vez en varios meses. Eran los ojos del que no retorna, del que sabe, del que está sin estar en este mundo, del que es de todos y de nadie. ¿Cómo sabía mi nombre? Iba a preguntárselo, y antes de despegar los labios, dijo:

—Tú eres Ananda, un sadhu, un peregrino.

Se expresaba en mi mismo idioma, pero en la India son muchos los idiomas e infinitos los dialectos. ¿Leía en mi mente o tenía facultades clarividentes? Jamás me he preocupado por los *siddhis*

111

, ellos son trampas que apartan del camino, pero en esta ocasión me pregunté cuáles eran sus poderes y lo hice en otro idioma. Rahula, en el otro idioma que yo había pensado, contestó:

—Tiempo, espacio, no cuentan en los planos más elevados de la mente. Yo no sé nada, Ananda, pero Él sí sabe, todo lo sabe. Tú y yo somos Él. Él habla por nosotros, siente en nosotros, en nosotros se revela.

Alargó su mano y esperó que yo le diera la mía. Era una mano amplia y hermosa, que denotaba gran seguridad. Mi mano en la suya,

dijo:

—No somos tú y yo, Ananda, somos Él. ¡Cuántas cosas no te habrán contado de mí! Ellos no me perdonan que no les hable, que no les instruya, que no les ayude a combatir sus pesares y miserias. Pero comprende, Ananda, yo no tengo palabras para otro que no sea Él, ni oídos para palabras que no sean las de Él. Mi mente y mi cuerpo he querido que sean un templo viviente para Él. Inexpresable, inaudible, todas mis miradas y mis palabras y mis sentimientos son para Él. En Él hallo reposo, en Él se desvanecen mis penas, al conocerle me conozco, es el sol más radiante, inmenso, traspasa todos los límites y hace posible los latidos de mi corazón y mueve mi sangre. Los demás le llaman Brahmán, pero yo prefiero no nombrarle y permanecer en Él y vivir en Él y con humildad hacer de mi corazón su suprema morada.

Soltó mi mano y dijo:

—Ananda, si lo contemplas en ti en todo momento, nada tienes nunca que temer. Continúa tu camino. En cualquier parte hay refugio si lo llevas contigo.

Y entonces tuve la sensación de que Rahula no había despegado los labios para hablarme y que en lo más profundo de mi mente habían surgido sus palabras. Pero hay cosas que es mejor no asegurar, porque sabemos tan poco, estamos tan de espaldas a la luz que nos ilumina, es todo tan desorientador en este juego de ilusión que aún a los más sabios y sensatos confunde y fascina… Sadhu errante, peregrino que buscas en tu mente y fuera de tu mente, ¿dónde ir? Siempre lleno de dudas, más veces desorientado que otra cosa, siempre, quizá por mis deméritos en pretéritas existencias, con la necesidad de buscar y de hallar un maestro que me ayude a resolver mis vacilaciones y a hallar una respuesta en mi mundo interior.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía proceder? Gangotri quedaba atrás. ¿Dónde ir? Sobre todo, ¿dónde buscar al maestro de sabiduría? Los datos que poseía sobre él eran muy insuficientes. ¿Lo hallaría en alguna ocasión? Ahora, además de continuar con mi investigación interna, tenía que comenzar a indagar en el exterior sobre el maestro de sabiduría de cuyo cuello colgaba un collar de dientes de tigre y en cuya mano llevaba un anillo con el sello de una serpiente. ¿Me bastaría una vida para encontrarlo o cuántas me sería necesario utilizar? Buscaría sin descanso dentro y fuera de mí mismo. Esa es toda mi existencia: una búsqueda. Donde quiera que fuera, preguntaría, haría pesquisas, trataría de obtener información sobre el maestro de sabiduría. ¿Qué no es capaz de hacer un hombre para

encontrar la Verdad que busca y anhela y necesita? Preguntaría a peregrinos y comerciantes, a campesinos y eruditos, a todo aquel que se cruzara en mi camino. Un camino largo, ciertamente demasiado largo. Más peligrosas que las alimañas, que los bandoleros, que las epidemias, son el desfallecimiento, las tentaciones, las dudas. Y una voz surgía de lo más hondo de mi ser para decir: «Ananda, no abandones.» «Ananda, no hay mayor recompensa que la Perla Dorada.» «Ananda, el «yogui de la luz en el corazón», y Acharya de Bhubaneswar, y Swami Vicharananda, y el yogui ciego y tantos otros iluminados están poniendo su mirada en ti. No les decepciones, ¡adelante!, sin descanso, la vida en ello, realiza tu Yo en el Yo universal.»

Me llamaba un día lejano Devendrenath Das, nacido en el seno de una familia brahmín. Soy ahora un yogui errante que vaga y vaga sin cesar, cubro mi cuerpo con un *langoti* y vivo de la caridad de los demás. Duermo donde mis pies se detienen, en cualquier lugar, y me hago preguntas mientras cuento las estrellas en el firmamento y necesito respuestas. ¿Me será dado encontrarlas?

Capítulo 37

Mi vida es una búsqueda. ¡Y llevo buscando tantos años! Busco dentro y fuera de mí mismo. Quiero hallar respuestas, descifrar el gran enigma que somos cada uno de nosotros, proporcionarle un sentido elevado a mi existencia terrena. ¿Quién puede decir cuántas y cuántas vidas llevo buscando? Existencia tras existencia debatiéndome en las redes amargo-dulces del samsara. Vagar y vagar sin cesar. De maestro en maestro, de cueva en cueva, de soledad en soledad. Y mis tentaciones y mis dudas y las noches en las que el desamparo anida en el corazón y te sientes desfallecer. Caminar y caminar. Hago de mi peregrinar exterior un peregrinar interior y sé, sé bien, que tendré aún que abandonar la búsqueda externa y abocarme en la búsqueda interior, durante años, durante parte del resto de mi vida. En busca de la Perla Dorada, porque ella es la felicidad imperecedera, la libertad suprema, satchidananda satchidananda. Los mantras en mis labios, errando de un lado para otro. Vagar y vahar sin cesar, comiendo una vez por día de la caridad de los demás, durmiendo en cualquier parte, semidesnudo. Y sé, sé bien, que todos los maestros, los caminos, los templos y los dioses están dentro de mí mismo. Me he acostumbrado a peregrinar, a recorrer los senderos de mi India, pero llegará el momento en el que mi karma me impulse a abandonarlo todo, entrar en retiro, enmudecer, viajar al Ser Universal que reside dentro de nosotros. La Verdad, la Sabiduría, la Perla Dorada que reluce más que mil soles juntos, deben ser mi guía y mi consuelo.

Sadhu errante, yogui que va y viene en busca de lo inefable e inexpresable. Ese es mi destino, quemando deméritos, imperfecciones. Nací en el seno de una familia brahmín, pero ahora mi familia es todo el universo. Me llamaba un día muy lejano Devendrenath Das, mi madre murió a los siete días de yo haber nacido y tuve la fortuna de ser tomado en los brazos del gran mago, hacedor de milagros, Santisha. Sus viejos pulmones gritaron «¡Sé como el viento, de todos y de nadie! ¡Sé como el agua en el riachuelo, en todas partes y en ninguna! ¡Sé como la montaña, que firme y poderosa se apoya sobre el suelo para poder lamer el cielo!». Ante mí se abría otra existencia humana, con toda su grandeza y todo su dolor. En esta vida que es como un juego de sombras, cuyos propósitos y despropósitos escapan a nuestra inteligencia, salta el sufrimiento en cualquier parte. Yo lo he conocido bien y aún ahora mi mente se rebela y me trae recuerdos amargos e irrefrenables. ¡Cuántos seres amados no han desencarnado ya! Sita, mi querida y entrañable Sita, muerta en plena juventud, siempre bella, incluso durante los últimos minutos de su agonía. Santimoy, mi buen amigo, que puso fin a su vida. Mi padre, el respetado Jotindra, que murió mientras yo estaba en mi búsqueda, lejos de él. Y esa gran mujer que era mi tía, la inquebrantable Kasturbai, que leyó el Gita y los Upanishads para mí en mis tiernos años de existencia. Ella debería renacer en flor o en una hermosa nube. Y luego están los seres que tanto hemos amado y hemos debido dejar en busca del objetivo más elevado, de la meta suprema. Nunca podré olvidar a Lilavati, la devadasi más dulce y más apasionada, Shakti humana que me hizo vibrar en su cuerpo y me dio las mejores caricias de este mundo de trampas y de engaños.

Un yogui errante… Vagar y vagar, el símbolo de Shiva dibujado en la frente, cubriendo mi cuerpo de cenizas o de azafrán para insistir en la renuncia, respetado por unos, despreciado por otros, víctima de la duda, de la incertidumbre, preguntándome si no estaré persiguiendo una quimera, si tal vez no debería haber vivido como tantos otros hombres. Mendigo mi comida y me dejo llevar por mis pies, cada día más cansados, menos ligeros. Me hago preguntas, indago en lo más profundo de mi naturaleza, rememoro las palabras de mi maestro: «Deberás buscar durante mucho tiempo para encontrar y encontrarte». ¡La Perla Dorada! Su idea es mi sustento, mi refugio. La han buscado muchos a lo largo de milenios. Grandes rishis, como mi bisabuelo Devadatta, han invertido su vida en esa investigación, en esa búsqueda. No hay otra más aventurada, ni más solitaria, ni más trascendente… Esa búsqueda se rige por símbolos, por un lenguaje intencional más allá de las palabras. Oculta en el vértice de la cabeza, espera ser rescatada. ¿Podré yo algún día despertar a ella, limpiar el

polvo de ilusión que hay en mis ojos para poder mirarla?

«Intuyo un miembro de nuestra familia que está por venir que espiritualmente será notable entre los más notables, sagaz entre los más sagaces, gran buscador entre los más grandes buscadores. Él permanece ahora, tras su última existencia, en las sublimes regiones del reposo. Su búsqueda será muy penosa, porque ha de purgar deméritos adquiridos en anteriores existencias». Palabras de mi bisabuelo, el santo Devadatta, el yogui de la luz en el corazón. Y sobre mí ha recaído la grave responsabilidad de convertirme en uno de esos iniciados que surgen cada siglo en mi familia y que perpetúan la Enseñanza. Difícil responsabilidad que tanto me cuesta asumir porque hay en mí dos rostros y cada uno mira a lugares diferentes. ¿Cómo reconciliarlos, cómo fundirlos en uno? Querría sólo seguir la voz de mi atmán, eterno e inmutable, mas muchas son las ocasiones en que no puedo oírla. Escucho en cambio la voz incesante del samsara, sus placeres y comodidades. ¿Qué no habré hecho ya para convertirme en un siddha? Pero mi naturaleza inferior se sirve de todos los recursos a su alcance para que no logre renunciar a ella. Me he mortificado, me he sometido a crueles ayunos y penitencias, he meditado hasta que la sangre ha dejado de correr por mis venas, he apelado a mi Yo real durante noches y noches en vela, he permanecido junto a santos y videntes, mahatmas y grandes custodios de la espiritualidad; he tenido la fortuna de ver a los Once Grandes Contempladores que permanecen en el Universo de la Transición Gloriosa; he cantado kirtan hasta herir mi garganta y hace muchos años ya que pronunciara mis votos ante mi maestro Swami Vicharananda:

¿Cuántas veces no me habré extraviado desde entonces? ¿Cuántas veces no me extraviaré todavía? Pero qué razón tenía mi maestro: «Tu destino es buscar y buscar, peregrinar sin tregua…» Vagando por los caminos resecos y polvorientos, por las abigarradas calles de las tumultuosas ciudades, por desiertos y montañas… Andar y andar y andar. ¡He aprendido tanto peregrinando, tanta gente he conocido, tanto dolor he visto! He peregrinado hacia los demás y hacia mí mismo. Me he mirado en los otros y a los otros he visto en el fondo de mi ser. He visto madres que han perdido a sus hijos e hijos que han perdido a sus madres; campesinos sin campo en el que trabajar, pueblos enteros contagiados por el cólera, leprosos con los miembros infectados, el sufrimiento universal. He departido con faquires y anacoretas, me he postrado a los pies de grandes Madres espirituales, he conocido toda clase de falsos hombres de Dios, embaucadores espirituales y hombres que dicen conocer al Divino y ni siquiera se conocen a sí mismos. He asistido a grandes festivales, con mis hermanos los sadhus, algunos en el Sendero, pero muchos de ellos

sadhus de profesión, sin miras espirituales de ningún tipo. He caminado con ascetas hindúes, jamás y budistas y he sufrido vejaciones, enfermedades. Hay un jivanmukta auténtico cada cien mil que se dicen tal. Y ahora yo estoy buscando a un gran maestro de Sabiduría. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué mi karma acumulado me aboca a esta búsqueda sin fin?

Poco antes de desencarnar, mi maestro me dijo:

—Hay un gran maestro dispuesto para ti. Deberás buscarlo porque él continuará la labor que yo he comenzado contigo y te proporcionará mucho beneficio espiritual. Se trata de un gran maestro de Sabiduría. Le he visto en una reciente visión y es un hombre alto y delgado, de penetrante Mirada. En uno de los dedos de su mano derecha lleva un anillo en el que está una serpiente representada.

De su cuello cuelga un collar de dientes de tigre. Dirige una comunidad y nadie sabe su origen ni su edad. Es todo cuanto he visto, Ananda.

¿Hacia dónde ir? ¿Dónde buscar? ¿Cómo poder hallarle?

Tras la muerte de mi maestro conocí a Yoguini Ma. Aunque yo ya había recibido tres iniciaciones, mis deméritos en anteriores reencarnaciones sería más fácil superarlos permaneciendo junto a seres espiritualmente evolucionados. Recuerdo las palabras que Yoguini Ma, mamá solía repetir: «Sólo hay un rostro, aunque en cada ser humano veamos distintas expresiones en él. Pero cuando llega el momento en que no lo contemplamos aparte de nosotros, sino que nos vemos en él, realizamos con nuestro espíritu el espíritu de todas las criaturas vivientes». Poco después tuve conocimiento de mi pasada reencarnación como el guerrero Surendra. Por todos los Devas, ¡cuánto dolor había yo infligido! Fue clemente el destino conmigo al hacerme coincidir con el yogui-ciego, narrador sin igual, siempre contento y animoso, incansable buscador de realidades superiores. No tenía ojos, pero veía mucho más que todos nosotros. Yo le ayudé a morir, a no desfallecer en el momento del desprendimiento y la transición. Fueron sus últimas palabras: «Ananda, amigo mío, más amado que el más querido de los hijos, dentro de poco ya no podré permitirme ningún deseo, deberé ser un espectador puro e inafectado, pero antes de que eso suceda, deseo de corazón que halles la Perla Dorada. Mi buen Ananda, Isvarala nos ayude». Murió como un pajarillo tierno y yo incineré su cuerpo. Y luego vagar y vagar de nuevo, en dirección a las fuentes de nuestro bendito Ganges, hacia Gangotri, para arrojar allí un puñado de las cenizas de su cuerpo.

Yo soy Ananda, un sadhu, un peregrino. Pero realmente, ¿quién soy yo? Busco una respuesta a este interrogante y habré de hallarla alguna vez si encuentro la Perla Dorada y me es posible diluirme en el Océano de Luz. Pero ¿cuándo será ese día? Sobre todo, ¿cómo daré con el maestro de Sabiduría? Cuento con la Gema preciosa que me dejó mi maestro para activar mi intuición; cuento con mis fuerzas, cada día más mermadas, y con un objetivo firme pero que a veces pierdo de vista. Es ésta una larga marcha hacia la realización. Me aplico a mi sadhana, pero a veces tengo la impresión de no avanzar una sola pulgada. ¿Qué técnica de meditación no habré ya empleado?, ¿qué mantra no habré repetido cientos de miles de veces?, ¿qué métodos no habré ensayado para operar sobre mis energías y poder manipularlas? He despertado mi energía Kundalini y he conquistado el sol rojo y he sentido en mí la caverna triangular del corazón, el topacio azul y aún la Estrella Blanca, que es visión intuitiva y sabiduría. Pero mi Kundalini se niega a seguir trepando, juguetea dentro de mí, no quiere guiarme hasta mi Perla Dorada. Incluso por indicación de mi maestro, he probado ya en distintas ocasiones las mieles y las hieles del samsara. Sé que es insatisfactorio, pero ¡es tan difícil liberarse de la fascinación que ejerce! Soy un pobre sadhu, un yogui sin casta y en soledad, y al anochecer todavía recuerdo a mi hermana Mashi, a mi hermano Gupta. Y me gustaría tener a mi lado una Shakti de carne y hueso, capaz de reír y de llorar, su cuerpo junto a mi enjuto cuerpo. Pero un sadhu debe seguir su camino sin detenerse en ser alguno ni en parte alguna. Pero cuando huelo a jazmín no puedo evitar ensoñar a Sita y a Lilavati. Y entonces repito el mantra con más fuerza que nunca, a voz en grito, ante la sorpresa de los pastores y de los campesinos. Dejé mi hogar, dejé mi casta. Debo dejar mi ego, mis tendencias. Debo realizar al Brahmán que hay en todos nosotros. Om Namah Shivaia. Om Namah Shivaia.

[78]

Chela: discípulo.

[79]

Maya: la ilusión que provoca el mundo fenoménico y que atrapa al hombre ordinario haciéndole tomar por real lo que no lo es, y ocultándole la verdadera realidad.

[80]

Siddha: sabio, yogui perfecto.

[81]

Kirtan: canciones a la Divinidad.

[82]

Purusha: ente espiritual.

[83]

Dharma: deber.

[84]

Bhakti: devoción.

[85]

Gangotri: lugar santo y de peregrinación, en el nacimiento del Ganges.

[86]

Asuras: espíritus hostiles, demonios.

[87]

Pakora: típico plato indio.

[88]

Mara: el tentador, el diablo.

[89]

Bapuji: bapu es padre; «ji» es una partícula que se añade cuando se quiere denotar todavía mayor deferencia y respeto.

[90]

Japa: repetición del mantra.

[91]

Chakras: centros de energía.

[92]

Bhakta: devoto.

[93]

Dal: lentejas cocidas de una manera determinada.

[94]

Kir: postre indio.

[95]

Charpoy: especie de cama que consiste en un bastidor de madera con cuerdas.

[96]

Pandavas y *kuravas*: las dos familias rivales del Mahabharata.

[97]

Ahimsa: no-violencia no sólo en los actos, sino incluso en las actitudes.

[98]

Devadasi: prostituta sagrada o sacralizada.

[99]

Padmini: mujer mítica, ideal, de extraordinaria armonía; «mujer-loto», imposible de mancillar.

[100]

Soma: legendaria bebida (especie de licor) de humanos y de dioses.

[101]

Prana: energía vital.

[102]

Nirvana: estado de iluminación que disipa la ilusión del ego.

[103]

Samsara: el engañoso mundo fenoménico al que los humanos nos vemos abocados.

[104]

Sadhana: entrenamiento espiritual.

[105]

Satsang: reunión con el maestro, que permite recibir su gracia e intercambiar preguntas y respuestas.

[106]

Bhang: sustancia psicoactiva.

[107]

Ashram: comunidad espiritual.

[108]

Isvara: la divinidad del Yoga.

[109]

Pranava: el mantra de los mantras, que es Om; el mantra primordial.

[110]

Satchidananda: ser-sabiduría-gozo.

[111]

Siddhis: poderes psíquicos.

Parte III

Capítulo 38

Me había establecido en un tranquilo páramo a la orilla de un riachuelo. Sus aguas eran frescas y límpidas, y muy de mañana bañaba mi cuerpo en ellas y después me sumía en profunda meditación, en un intento de conocer lo desconocido, de reconciliarme con mi naturaleza real. A veces lograba esas altas cumbres de la mente que reflejan nuestro ser interior y nos hacen sentirnos confortados y llenos de vigor y esperanza. Buscaba el bienaventurado Ser interior que hay en todos nosotros, ese inafectado testigo que es la fuente de toda dicha y sabiduría. Todas las palabras no pueden expresarlo. El ojo no puede verlo ni el oído escucharlo, y, sin embargo, ¿quién sino él hace posible el ojo y el oído? Él es la fuerza en reposo, el rey de todas las mentes y todos los corazones, es sangre de la sangre y jamás puede ser perturbado. Por ignorancia lo desconocemos y, empero, él es el gran maestro de todos nosotros, el Sad-gurú. Sin forma, da origen a todas las formas; sin nombre, él es el manantial de todos los nombre y sonidos. Transportamos este cuerpo desde el nacimiento hasta la muerte, y porque nos identificamos con este cuerpo, no le sentimos a él, el más sublime, lo noble entre lo más noble. No importa cómo se le denomine. Sólo es perceptible mediante la décima sabiduría superior, aquella que está en la mente luminosa, en la mente sin pensamiento; aquélla que reside, asimismo, en la caverna del corazón. Ella es como una caricia que descorre los velos de la ilusión y nos presenta ante nuestro ser. Abismado en meditación, ajeno a todo lo que entonces estaba a mi alrededor, iba conduciendo mi mente a través de las diferentes esferas que están más allá de lo sensorial. Aparecían colores de todas las clases e intensidades, luces y símbolos que parecían venir desde los albores de la Humanidad. Y es que cuando la mente conquista grados de mayor absorción, percibe los mensajes del universo y podía, incluso, entender el trino de los pájaros y escuchar el crecimiento de la hiedra. Cada escalón que subimos, nos reporta un nuevo conocimiento, una mayor comprensión. Somos más nosotros mismos y al serlo, somos más todas las criaturas de todos los innumerables mundos.

Sé que sólo hallaré descanso cuando alcance el mayor don, el más espléndido tesoro: mi liberación. ¿Cuántos centenares de existencias no habré pasado? No es lo irreal y quimérico lo que ansío encontrar, sino tal vez lo único real entre lo irreal. Mis ritos diarios eran una forma de disciplinar mi voluntad y purificar mi mente, pero ¿qué son los ritos sin sabiduría? Mis oraciones eran un puente hacia la

Totalidad, una llamada, como un recordatorio, pero ¿qué son las oraciones sin sabiduría? Mis recitaciones del *Gita*

112

eran un estímulo, una exhortación a mí mismo, pero ¿qué son todas las recitaciones sagradas sin sabiduría? A través del *pranayama*

113

y de los *mudras*

114

despejaba mis canales de energía y me establecía en un mayor desapasionamiento, pero nada es nada si falta la Sabiduría. Tenía el ansia de libertad hasta en la última de mis células y en ocasiones era capaz de mantenerme sosegado y distante de los fenómenos externos, viendo la vida como un sueño, no más real que él. Cuando el durmiente despierta, ¿dónde están las imágenes del sueño? Pero en tanto mi Ser estuviera velado por las ilusiones y en mi mente surgiesen infinitas ataduras, ¿cómo hallar reposo? Todas las noches daba un corto paseo a la orilla del riachuelo y me hacía toda clase de preguntas que no esperaba poder contestar en mucho tiempo. Yo todavía, y a pesar del largo sendero recorrido, estaba en la multiplicidad y tenía aún que combatir duramente contra las apariencias para poder discernir lo Eterno entre lo efímero. Me decía a mí mismo que yo no era ese cuerpo burdo y cansado que cargaba de un lado para otro. Me decía a mí mismo que tampoco era ese cuerpo sutil y energético que compenetra el cuerpo burdo. También me decía que no era la mente, ni las emociones ni las decenas de tendencias a las que me veía sometido. Pero... ¿quién era yo? Comencé a practicar la técnica consistente en mantenerme siempre como un testigo imperturbable y desapegado. Trataba de ver las cosas tal y como son, sin agregarles mi felicidad o infelicidad. Estaba muy atento para luchar contra la indolencia, la pereza, el ego y, sobre todo, el deseo y la ignorancia. Cuando durante la concentración, me liberaba del yugo de los pensamientos, corría hacia planos de luz que me reportaban nueva energía para mis ideales más elevados. Desde niño he sabido que en todos nosotros hay un testigo indestructible, inalterable y puro que debemos rescatar. Nuestro cuerpo es frágil como el cristal y nuestra mente se deja afectar por todos los acontecimientos, pero nuestro sabio Yo no se deja envolver en las redes y permanece aparte de todo, como el monarca indiscutible.

Al enfrentarme de nuevo con mi mente, volvía a darme cuenta de

hasta qué punto ella puede esclavizarnos o liberarnos. Con sus fantasías, que son como una ventisca arrolladora, nos confunde y nos atrapa. Por eso hay que aprender a dirigir la mente como el más sagaz de los arqueros dirige la flecha; aprender a domarla con más empeño que si pretendiéramos domar al más indócil de los elefantes; aprender a atrapar a ese inquieto pájaro que en sus veleidosas acrobacias nos aprisiona y enceguece.

Sí, yo ya sabía bien que mi mente me lo podía ofrecer todo o robármelo todo, que podía proporcionarme la luz que tanto anhelaba o dejarme para siempre en sombras. No era la enfermedad del cuerpo la que me preocupaba, sino esa enfermedad de la mente que hay en todos nosotros hasta hallar el Imperecedero. Es en nuestra mente donde anidan la codicia, el egoísmo, la ira. Y para despertar el Ser, tenemos que controlar esos venenos, que siempre, inevitablemente, fructifican en mayor ignorancia y dolor. Pero el viaje de lo irreal a la realidad es más difícil que levantar una descomunal montaña con nuestros hombros.

Si todo está dentro de nosotros, ¿por qué buscamos fuera? ¿Cuál es esa misteriosa energía que nos incita a buscar en lo exterior, en lo superfluo? ¿Por qué seguimos el sendero de las tinieblas en lugar del de la luz? ¿Por qué permitimos que todo nos enturbie y nos distancie de nuestro ser real? Estaba en estas indagaciones cuando un grupo de siete sadhus acampó en el bosque. Eran hombres de diferentes edades y sectas. Kunda era el que hacía las veces de jefe espiritual. Me saludó, me hizo saber su nombre y dijo:

—Hermano, pocos lugares tan gratos como éste para descansar la mente y el cuerpo. No te molestaremos si nos quedamos aquí. Descansaremos unos días y luego partiremos. Estamos en peregrinación. Aunque ves varios de nosotros, en realidad somos uno. Como un solo corazón viajamos hacia Amamath. Aunque somos de diferentes sectas, todos respetamos a Shiva y, como tú debes saber, sólo en el ojo del que no sabe ver hay diferentes.

—Así lo entiendo —asentí—. Si te hiero, me hiero; si te amo, me amo.

Esbozó una sonrisa de complacencia. Los otros sadhus permanecían atentos a nuestra conversación.

Kunda tenía una mirada clara y una sonrisa abierta. Era el único de los siete sadhus que vestía la túnica anaranjada. Los otros iban semidesnudos.

—Estamos en el camino para ayudarnos —dijo Kunda—. Tú sabes, hermano, que no hay otra cosa que el amor.

Kunda se revelaba como era: natural y sencillo, sin ninguna afectación. Era joven, menudo de cuerpo y en sus ojos irradiaba un brillo de esperanza.

Los sadhus organizaron su campamento. Mientras tanto yo atendía a un joven que desde la localidad más cercana me traía todos los días un poco de queso fresco. Él no era como los otros. Se preocupaba del descubrimiento superior. Los ritos, las plegarias mecánicas, las ceremonias rutinarias, todo ello no le bastaba a su mente joven, deseosa de averiguar más y más. Él me traía queso y yo le hacía partícipe de mi búsqueda, de mis anhelos espirituales, de mis indagaciones. Atormentado por el sufrimiento y el mal, insistía:

—Pero, bapuji, ¿por qué las cosas son así? ¿Por qué el fuego divino exige dolor, pesadumbre, amargura?

—Te contaré una pequeña historia que tal vez te hará comprender —repuse—. Un día la oscuridad demandó a la luz alegando que cada día ésta le robaba más terreno. Llegó el día fijado para el juicio. La luz, que era la demandada, se presentó en la sala de audiencias, frente al juez. Transcurrió el tiempo y el demandante, la oscuridad, no se presentó. ¿Sabes lo que ocurría? Estaba afuera y no podía penetrar en la sala. El juez hubo de desestimar su demanda. Querido mío, la oscuridad es sólo ausencia de luz. Si está la luz presente, la oscuridad no puede presentarse. Si el hombre encuentra la luz de su Yo, ¿dónde está el dolor, la pesadumbre, la amargura?

Un signo de pena apareció en sus labios.

—Pero, bapuji, ¿qué haré yo cuando te vayas? ¿No podrías llevarme contigo? ¿Enseñarme lo que tú sabes?

Era inocencia lo que reflejaban sus ojos. La bendita inocencia del que espera con el corazón confiado.

—No seré yo tu maestro, ni el maestro de nadie. Mira en tu corazón. El maestro que llevas dentro de ti no puede fallarte. Yo te fallaría, porque todavía no he hallado mi verdad. ¿Cuál iba entonces a revelarte? Cada uno tiene su destino espiritual. Está escrito, mi buen amigo, que el tuyo y el mío viajen por separado. Pero ¿hay separación alguna? ¿Hay encuentro alguno? Quizá tú y yo siempre hemos estado el uno en el otro. Nos hemos encontrado durante un tiempo y, para siempre, yo he encarnado en ti y tú has encarnado en mí. ¿Cómo

podríamos estar el uno sin el otro?

Emocionado, cogió mis manos entre las suyas.

—¿Qué hubiera yo hecho sin ti? —le pregunté—. Tú me has traído queso y me has traído esperanza y amor. He visto en ti la misma ilusión que yo tenía cuando partí por primera vez de mi hogar. Pero no es necesario abandonar nada para ir hacia la realización de nuestro ser. En cualquier lugar y en cualquier circunstancia, puedes hallarle a Él más allá de tus vestiduras. El aire que trae la nube se lleva la nube, pero el cielo permanece. Permanente es nuestro ser. Hállalo dondequiera que estés. La renuncia está en la mente y en el corazón. ¿Tú ves cómo el árbol se desprende de sus hojas en el otoño? Así nosotros podemos desprendernos de nuestros deseos, temores, engaños. Detrás de todo estás tú y, no lo dudes, tú eres Él.

Al anochecer realicé una meditación sobre la totalidad. Experimenté cómo los pensamientos de «yo» y «mío» encadenan y empobrecen nuestra mente, nos distancian de la realidad, nos ponen todas las ataduras y nos impiden ver el brillo del ser. El cuerpo es como una marioneta, impulsado ciclo tras ciclo. Nace, vive y decae. Inexplicablemente. Y sin embargo, ¿qué no seríamos capaces de hacer por esta armazón de carne y sangre? Tenemos que estar alertas para saber que el cuerpo no es nosotros. Si estamos alertas, vivimos en el ser y a través del ser. Si estamos distraídos, es como estar dormidos o, aún peor, ya muertos. Salí de mi prolongada meditación lleno de júbilo y al entreabrir los ojos, encontré a Kunda ante mí.

—Tu rostro denota mucha alegría —dijo con un aire de ingenuidad.

—Me he sentido durante unos minutos libre de temor, Kunda. Es una sensación no humana, maravillosa. Nuestra ruta es larga, ¿verdad? Pero momentos como el que yo ahora he experimentado nos ayudan. Es como ver un trozo de cielo a través de una rendija. Por lo menos nos permite saber que el cielo está ahí.

Guardamos silencio durante unos minutos, yo todavía embargado de dicha y serenidad. Había una expresión de humildad en el rostro de Kunda. Se escuchaba el ruido del torrente y confundido con él los mantras que salían de las gargantas de los sadhus.

Kunda era de la secta Pasupata, seguidores y adoradores de Shiva.

—Bapuji —dijo—. Hablaré ahora a los sadhus sobre Shiva. Sería un honor para nosotros que quisieras acompañarnos.

Los sadhus hicieron una gran fogata y todos nos sentamos alrededor. Entonamos emocionantes cantos a Shiva, mantras y recitaciones. El resplandor del fuego embellecía los rostros extasiados de aquellos hombres. Ellos se habían desapegado de los placeres sensuales para alcanzar el fin más elevado y ser libres. Como yo, hacían de su vida una búsqueda y, también como yo, tenían que aguantar con frecuencia los azotes de la incomprensión ajena, el insulto, el desprecio. Habíamos roto con toda ligadura para encontrar la libertad infinita, para poner fin al sufrimiento. Habíamos desconfiado de todos los goces efímeros para hallar un sendero de sosiego en esta enmarañada existencia. Queríamos trascender toda pasión y hasta la pasión por la autorrealización. Pero ¡cuán difícil es morar en la armonía, en la serenidad! ¡Cuánto tiempo hace falta, cuánto trabajo, para poder reducir a cenizas el fantasma del deseo! Nuestra jornada es larga, muy larga; está más allá de la vida ordinaria, y no es un trabajo de héroes, no, sino de hombres que quieren rescatar su Yo. Después de las recitaciones, guardamos unos minutos de silencio. Kunda lo rompió para hablar así:

—No seamos nosotros como ese hombre que, encerrado en una celda, al mirar a los otros a través de los barrotes de su propia cárcel, creía que eran los otros los que estaban en cautiverio. Somos sadhus, hombres piadosos que queremos llenar de conocimiento la barca de nuestra vida. El más elevado conocimiento está dentro de nosotros. Se llama Shiva, el gran héroe, el mahayogui, aquel que siempre vela.

Más que hablar, Kunda musitaba. Todos seguían sus palabras con gran atención. Aunque algunos de los sadhus eran de edad avanzada, se podía comprobar que todos ellos admiraban a este hombre más joven. Se le presentía ecuánime y fuerte.

—Shiva asume todo lo que vemos a nuestro alrededor, todo lo existente, aquello que llamamos bueno e incluso aquello que calificamos de malo. Él es inafectado. Observa vigilantemente, pero no se complica. Es todos nosotros y es mucho más. Es espectador y, si lo desea, también incontaminado actor. Él baila desnudo y su baile hace girar todos los mundos; él toma el veneno y lo transmuta en néctar; él al lavarse origina el Ganges y aquellos que se bañan en sus aguas, absorben parte de su Shakti; él reside con su consorte Parvati en los Himalayas, allá donde ningún hombre puede llegar. Él dispone de millones de atributos. Él es Deidad y es humano, es hombre y es dios, está dentro y fuera de ti. Está en la vida y más allá de la vida. Es ahora y es siempre. Derrama su luz y sabiduría sobre el corazón y la mente de aquellos que le anhelan. Es amigo, es pariente, es padre, es maestro.

Todos los atardeceres llevábamos a cabo una ceremonia del fuego y cantábamos a Shiva. Cada día uno de los sadhus hablaba para los otros. Era una forma de compartir los conocimientos adquiridos y los que se iban adquiriendo mediante la austeridad y la meditación. A lo largo del día, cada sadhu seguía su propia disciplina. Unos insistían en el pranayama; otros en la meditación; otros en el karma-yoga, realizando en todo momento, desapegadamente, cualquier tarea o actividad. Uno de ellos hacía meditación sobre yantras; otro repetía diez mil veces diarias el nombre de la Divinidad o se sometía a penosas austeridades para mortificar su cuerpo y enderezar su mente. Kunda efectuaba avanzadas prácticas de Kundalini-yoga y había reducido al mínimo su alimentación y sus horas de sueño. Me admiraba este hombre joven y disciplinado, dueño de una voluntad poco común. Solía decirme:

—Ananda, presiento que me queda poco tiempo. Tengo esa certeza y sé que debo intensificar mis prácticas para que me puedan servir en próximas existencias. Intuyo que desencarnaré pronto. No te puedo decir cómo ni dónde, pero tú sabes que no es difícil intuir la propia muerte.

Antes del amanecer, Kunda se bañaba desnudo en el río y después hacía prácticas de calor corporal para despejar sus canales de energía. Meditaba durante buena parte de la mañana en la penetración de la energía universal, su forma radiante de luz, por todos sus poros. Después, juntos, hacíamos ejercicios consistentes en ir colocando determinados *bijas*

en los distintos centros del cuerpo y tratar de experimentar sus vibraciones en los diferentes niveles. Habíamos hecho una buena amistad y cuando Kunda me sugirió que peregrinase con ellos a Amarnath, acepté complacido la idea. ¿No era mi vida toda una peregrinación? Cuando caminaba, mi mente se paraba y, por el contrario, cuando llevaba mucho tiempo establecido en el mismo sitio, mi mente se desataba y difícilmente lograba refrenarla. Y sin embargo, sabía, claro que lo sabía, que debería llegar el momento en que tendría que prescindir incluso de mis peregrinaciones y entregarme por entero a la búsqueda introspectiva.

La noche antes de partir para Amarnath hicimos una *puja*

especial que duró varias horas. Era ya casi medianoche cuando el

más anciano de los sadhus, un hombre muy alto y enjuto, ojos hundidos en sus cuencas y voz grave, nos habló así:

—Hermanos, mañana emprenderemos la peregrinación hacia Amarnath para, cuando lleguemos allí, rendir pleitesía al sagrado lingam de hielo. Tengo tantos años que ya he perdido la cuenta, pero puedo deciros que durante este último cuarto de siglo ni un solo año he dejado de peregrinar hasta este santo lugar. Cuánto tiempo podré seguir haciéndolo, eso sólo mi karma lo sabe, pero, aunque viejo, siento una nueva y vigorosa energía cada vez que camino hacia la cueva de Amarnath. Cuando el Innombrable lo disponga, me gustaría hallar la muerte junto al lingam. Ese es quizá el apego más difícil de superar para mí.

Sus ojos se empañaron de lágrimas. Su voz temblaba de emoción. Aquel anciano de esquelético cuerpo, sadhu errante desde quién sabe cuándo, vibraba lleno de entusiasmo cuando recordaba sus peregrinaciones a Amarnath.

Había en todos los semblantes una expresión de complacencia. El anciano sadhu comenzó a hablarnos sobre el Alma Universal, su poder trascendente e inmanente, su manifestación. Hizo referencia a la creación, a los principios y elementos personales y universales, al fuego que destruye la ignorancia y proporciona la consciencia de la propia naturaleza, que es la última realización. Elevando el tono de voz, con la fuerza de un muchacho joven, dijo:

—Tenemos que dejar que nuestro ser se autorrevele por el propio esfuerzo. No importa si eres un padre de familia o un sadhu, si vives en la ciudad o en el campo, es necesario recorrer por sí mismo el sendero hacia la Liberación. La gracia no se pierde; se gana, se conquista, se merece. Sólo a través de un intenso y continuado esfuerzo de voluntad obtendremos la mayor de las conquistas, la de nosotros mismos.

Pronunció unos mantras de los Vedas y, por último, casi en un susurro, dijo:

—Aquél que sabe oportunamente guardar silencio y que controla sus órganos sensoriales y su mente, es un sabio. Aquél que dice la palabra justa y sabe cuándo conviene intervenir o permanecer pasivo, y reflexiona de día y de noche sobre el Dharma, es un sabio. Aquél que ofrenda su vida a la búsqueda del ser, que jamás se descontrola, que es sabio en la humildad y humilde en la sabiduría, es un sabio. Aquél que ha aprendido a vivir con júbilo, pero sin ocultarse la

realidad, que es prudente como la serpiente y alerta como el leopardo, es un sabio. Aquél que sabe de sí mismo aunque nada sepa de las escrituras, que hace de su búsqueda el rito único o primordial, cuya ofrenda más elevada es a su Sí-mismo, es un sabio. Aquél que vive en la serenidad y en la ecuanimidad, para el que ganar o perder están faltos de sentido, que se desapega de sus vestiduras y se establece en su naturaleza, es un sabio. Aquél que jamás desfallece, que se ha librado de los venenos de la mente, que sólo busca amparo en su propio ser y encuentra en la meditación el mayor tesoro, es un sabio. Aquél cuya visión va más allá de las apariencias, que no se altera ante los halagos ni los insultos, que restaña en el momento sus heridas y no deja de confiar en sí mismo, es un sabio. Y es el más sabio de todos aquél para el que el placer y el dolor son lo mismo y que hace de esta jornada que es la vida, un yoga para viajar hacia la luz.

Los sadhus iban murmurando las palabras recitadas por el anciano. Después se hizo un impresionante silencio y era como si el corazón de todos los presentes latiese al unísono. Una beatífica sonrisa se había quedado suspendida en el apergaminado rostro del sadhu de más avanzada edad. Así imaginaba yo la sonrisa de Shiva cada vez que un hombre entre cien millones de ellos hallaba la Liberación. Y una vez más me prometí a mí mismo no cejar en mi empeño de hallar la Perla Dorada. Y en ese instante me purifiqué de muchas dudas y apegos. Era como si hubiera montado a un corcel que viajara hacia la eternidad. Y yo también sentí la sonrisa beatífica en mis labios y supe que aquellos hombres y yo éramos uno, y que jamás habíamos dejado de serlo.

Capítulo 39

Durante semanas peregrinamos hacia Cachemira. En Pahalgam íbamos a reunirnos miles y miles de sadhus que partiríamos en peregrinación hacia la cueva de Amarnath. Todos los días efectuábamos al anochecer una puja a Shiva y entonábamos mantras de poder y hermosos cantos sagrados. Uno de los sadhus preparaba un sencillo ritual para Laksmi, la diosa a la que veneraba. Laksmi es la esposa de Vishnú, la nacida del océano, la que mora sobre el loto, la amante esposa fiel. Otro de ellos adoraba a Durga, la destructora de demonios, aspecto terrorífico y agresivo de la dulce Parvati, que dio muerte al asura Durg. Posee diez brazos y su cara es serena y nostálgica. Las gentes supersticiosas ofrecen a esta diosa el sacrificio de cabritos y búfalos, sin comprender que para nosotros los hindúes es absolutamente necesario el respeto a toda forma viviente, incluso a la más insignificante. El sadhu de edad más avanzada nos recitaba decenas de versículos de los Vedas, los Upanishads, los Brahmanas y

los Puranas. Conocía varias decenas de miles de himnos y, a pesar de su edad, su memoria era prodigiosa.

—Pero el conocimiento —decía— no es de ninguna utilidad si no se refleja en la conducta y se lleva a la práctica. El conocimiento que se aplica a la práctica es Sabiduría. ¿De qué le sirve a un hombre conocer todos los textos si ello no forma más que saber libresco y no enriquece de manera real su mundo interior? Os preguntaré: ¿puede un hombre ser ahorcado varias veces? Claro que no: sólo la primera. De igual manera no puede un hombre ser mejor porque conozca a fondo las escrituras. Era muy niño, cuando me dijo un maestro: «¿De qué nos sirve conocer las escrituras si no nos conocemos a nosotros mismos?» Las he estudiado a fondo, pero sólo confío plenamente en el conocimiento que mana del corazón. Ningún otro conocimiento es importante.

Una noche, el anciano sadhu dijo que quería hablarnos sobre el amor.

—Necesito vuestra paciencia y bondad para que me escuchéis hablaros sobre el amor. No debemos olvidar el amor. Al hablaros a vosotros, es la mejor manera de hablarme a mí mismo. Soy viejo. No me importa que se seque mi mente, pero deseo que mi corazón esté fresco hasta el día de mi muerte. Un hombre sin corazón no es nada. Un sabio sin amor es como un viejo baniano que se muere en soledad. Encontré una vez un anacoreta que estaba al borde de la muerte y me dijo: «No he encontrado a Dios hasta que he amado a todas las criaturas vivientes. Ahora ellas y yo somos uno en el Uno». A veces temo por mí, hermanos.

El rostro del anciano se tiñó de una expresión triste. Movió la cabeza lenta y apesadumbradamente.

—¿No sería terrible, queridos míos, que después de vagar tantos años no hubiese alcanzado el amor para mi corazón?

Uno de los sadhus intervino:

—Padrecito, si tú no has alcanzado el amor, ¿qué podría decirse de nosotros?

—Creo —agregó el anciano— haber vencido el rencor mediante un sentimiento de paz y de piedad. Creo haber logrado, hasta donde le es posible a un hombre, no haber lastimado a ningún ser viviente en el último medio siglo. Creo haber apagado la llama del deseo y haber extinguido hasta los apegos más elementales. Creo haber comprendido

que no hay maldad, sino ignorancia y que el carruaje de la vida es tan frágil como una débil brizna de hierba. Creo haber aprendido que soy un sadhu si mantengo la pureza en mi corazón y no porque sólo un *langoti*

117

me cubra o mis cabellos estén enmarañados ni embadurne mi cuerpo con ceniza. Pero todo ello, mis muy queridos sadhus, ¿representa algo si no he conquistado amor para mi corazón? Puede un hombre haber obtenido los más poderosos siddhis, no dejarse afectar por ningún infortunio de esta difícil existencia, tener fe inquebrantable y vivir en paz, pero, ¿qué es todo ello si no ha bebido en la bienaventurada vasija del amor?

A mis casi cincuenta años de edad, me pregunté, ¿había yo probado ese amor al que se refería? No, Dios mío, por supuesto que no. Siempre obsesionado con mi búsqueda, dueño de un cuerpo débil y una mente dispersa, sólo había deleitado mi amor pasional, pero no ese otro amor que te hace experimentar a todas las mujeres del mundo como madres propias y a todos los hombres como hermanos. Todavía estaba yo establecido en la hermética prisión de mi ego, todavía había en mi alma lugar para el yo y el tú. Más que cien años de ritos, meditaciones y sacrificios, vale un minuto de amor. Cuando realizamos que en este vasto universo no hay lugar para dos yoes y que todos somos uno en el Yo, florece el amor, pero mientras tanto, ¿a qué llamamos amor?, ¿por qué insultamos al verdadero amor?

—No eres un héroe —añadió el venerable sadhu— porque te impongas a los otros por la fuerza, por los puños. No eres un héroe porque seas el mejor guerrero en una batalla que dices justa, cuando ninguna guerra puede tenerse por tal. No eres un héroe porque no tiembles ante una cobra o mantengas tu coraje cuando te asaltan un grupo de forajidos. Eres un héroe si no hieres a nadie, aunque tengas que herirte a ti mismo para evitarlo. Eres un héroe si disfrutas con el disfrute de los demás, aunque no sea tu disfrute, y te entristeces con las penas de los otros, aunque no sean tus penas. Eres un héroe si cuando te insultan y te difaman, sonríes sin falsa humildad, sin falso orgullo. Eres un héroe si los golpes que recibes, no los recibes, y se convierten como las gotas de agua que resbalan por la flor del loto. Eres un héroe si suples el temor por amor, el sentimiento de venganza por un sentimiento de entrega. Eres un héroe, sobre todo, si creces y envejeces exhalando amor, con tanta sencillez como la rosa exhala su perfume.

Algunos sadhus se habían ensimismado de manera tal que parecían hombres muertos; otros se aproximaron al anciano y besaron sus pies; algunos lloraban como niños.

El venerable sadhu concluyó así:

—Buda era sabiduría y compasión. Él era el iluminado Shiva en un cuerpo como el nuestro. Todos llevamos a Shiva dentro, pero duerme en la mayoría de nosotros. Buda lo puso en vela y Buda dijo: «Dieciséis veces más importante que la luz de la luna es la luz del sol; dieciséis veces más importante que la luz del sol es la liberación de la mente; dieciséis más importante que la liberación de la mente es la liberación del corazón». Hermanos sadhus, todos estamos henchidos de orgullo, de petulancia, pero ¿y de amor? Yo ya soy como un laúd viejo. Mis cuerdas están dejando de sonar. El día que yo muera, incinerad mi cadáver y dejad que mis cenizas se las lleve el viento. Si no he podido ser de los otros, al menos quiero ser de los campos, de los árboles, de las flores…

Llegamos a Pahalgam un anochecer y tomamos lugar entre los miles de sadhus que habían llegado antes que nosotros. Estuvimos varios días en esta pequeña ciudad. Entre altas montañas y una exuberante vegetación, el aire era puro y revitalizador. Todas las mañanas, apenas amanecía, bajaba al río y sumergía mi cuerpo en sus frías aguas. Últimamente mi salud había vuelto a resentirse. Mi cuerpo era mi peor enemigo. Un cuerpo débil es un obstáculo y yo había podido comprobarlo a lo largo de toda mi vida. Insistía en el pranayama. Hacía ciclos de un centenar de veces y después me abandonaba a la meditación. Allí, en Pahalgam, había cada vez más sadhus. Muchos de ellos eran simples pillos; otros se mostraban pícaros y obscenos; muchos se exhibían como bailarinas y no eran pocos los que fumaban bhang. Muchos de esos hombres no meditaban, no decían ni una plegaria, pasaban el día semiadormilados o charlando vanamente entre ellos. Kunda me dijo:

—¿Te das cuenta, Ananda? Están sucios por fuera y por dentro. La grosería alcanza su cuerpo y su mente. Embadurnan su cuerpo de azafrán, pero su alma está hueca como una calabaza. Es una lástima que ellos se digan sadhus, hombres piadosos, cuando quizá ni un solo día de su vida han mirado el verdadero rostro de Shiva. Apesadumbrado agregó:

—Unos roban, otros hacen de fakires para ganar unas rupias, otros no piden alimento, no, sino que consiguen del extranjero algún dinero para fumar o tomar alcohol; algunos son circenses acróbatas

con sus retorcidos miembros. Muchos dicen ayunar durante semanas, pero cuando nadie les ve se comen los chapatis de dos en dos. Su necesidad es tal que creen engañar a alguien, y sobre todo a sí mismos, porque se saben algunos versos sagrados. Son insensatos, porque en lugar de morar en la contemplación y deleitarse con ella, tienen una mente voluble y llena de deseos, sin darse cuenta de que están acumulando deméritos que sólo podrán purgar después de muchas existencias.

Durante varios días peregrinamos hacia la sagrada cueva de Amarnath. Éramos miles y miles de sadhus, peregrinos y devotos. La ascensión no era fácil y, en ocasiones, las torrenciales lluvias impedían la marcha. Pero aquellos fueron días de regocijo. Formábamos una enorme procesión cuya meta era el lingam de Mahadeva, Shiva el destructor de todo aquello que nos impide renacer a una forma de vida más elevada y rica, más penetrante, más fecunda. Para despertar tenemos que destruir ilusiones y apariencias, autoengaños y todos aquellos velos que ocultan nuestra esencial naturaleza. Shiva es el gran destructor de la ignorancia, del engaño, del error. Y ante el gran lingam penetré en una especie de intenso arrobamiento. Todo palidecía ante el símbolo regenerador del Gran Yogui. Y después pasé de ese estado de felicidad a un estado de profunda desdicha, sabiéndome testigo impotente de esta época de dolor que es el Kaliyuga, que se había abierto con la ascensión de Krishna al cielo y que nos había tocado vivir. Época de ignorancia y de rivalidad, siglos de progresiva oscuridad y desesperanza. Nunca como en ese momento realicé las palabras del Buda: «Debéis ser vuestra propia isla, vuestro propio refugio. ¿Qué otro refugio podría haber?» Él hablaba, no cabe duda, para esta era de falsedad, hipocresía, gobernantes corruptos, desaprensivos, pérfidos. La espiritualidad decaerá cada día en mayor grado; los falsos profetas proliferarán y explotarán la ingenuidad de los otros; no se buscará la nobleza, sino el afán de poder y la acumulación de riquezas. Reyes, emperadores, jefes de estado mancharán sus manos de sangre, de hurto, de crueldad. Se ignorará a los verdaderos buscadores, a los honestos de corazón, para rendir pleitesía a los poderosos, los ricos. Será el mundo de los peores, los más cínicos, los más violentos. Yo era parte de esa época, estaba envuelto en la gran ola de la perversidad, como todos nosotros. Y sentí que estábamos entrando en las postrimerías de esta época de oscuridad y maya, aunque todavía queden siglos por delante para que toque a su fin. Sólo al final, se restablecerá la luz, porque jamás la

oscuridad puede vencerla. Vendrá entonces el que quizá sea el más grande de los iniciados, el gran purificador, despierto entre los despiertos, sabio entre los sabios. Nosotros le llamamos Kalki, pero el nombre no importa. Quizá no se trate de un iniciado solo, sino de varios, o de uno solo con el gran siddhi de poder presentarse en varios lugares de la tierra a la vez y hablando los diferentes idiomas. Pero antes de que él venga, sucederán acontecimientos terribles. Ya me lo había dicho Swami Vicharananda, mi glorioso maestro, en uno pocas ocasiones: «Ananda, mi buen Ananda, en estos momentos de oscuridad, nadie puede llevar la antorcha por otro. Cada uno tendrá que portar su propia antorcha». Sentí un estremecimiento profundo y en ese momento lloraba por todos nosotros, porque hemos dado la espalda a la claridad, porque corremos hacia ninguna parte, porque hemos desoído las más ancestrales y elevadas enseñanzas. Incluso mi país, mi entrañable India, ha entrado en la resaca de la decadencia espiritual. ¿Dónde ir?, ¿dónde estar?, ¿cómo lograr sustraerse a la marea de desolación espiritual que se hace cada vez más peligrosa? Pero en aquellas altitudes, aire puro, silencio sólo rasgado por los himnos de los devotos, olor a sándalo, costaba creer que estábamos en el Kali-yuga. Me pregunté cómo era posible que el hombre hubiese hecho posible un tal declinar espiritual. ¡Precisamente el hombre! Infinitamente más difícil de que la nieve se prenda fuego, es conseguir una naturaleza humana. Y, sin embargo, ¿quiénes pueden decir que la aprovechan? Incluso aquellos que tienen la fortuna de haber merecido un cuerpo saludable, de vivir en un lugar apacible y escuchar el Dharma, ni siquiera ellos se entregan con resolución sincera al progreso anterior. Me dejé caer sobre el suelo y entré en meditación profunda. Me refugié en la caverna triangular del corazón, y luego, como un obsequio de Shiva, la Estrella Blanca inundó mi mente de radiante luz y recordé, ¡con cuánto amor!, a los Once Contempladores del Universo de la Transición Gloriosa. Invoqué su ayuda, y noté como si un sol hirviente quemara mi garganta y entonces apareció, más bello de cuanto describirse pueda, el topacio azul y en su interior apareció el rostro de mi amada madre. «Ananda, querido hijo, mi pequeño Devendrenath. No dudes, no vaciles, no desfallezcas. Yo vivo en ti» Y desapareció su imagen y también se nubló la imagen del Topacio Azul. Y de mi garganta surgió un grito desgarrador: «¡Madre, vuelve, madre, estoy tan solo y tan extraviado!» Noté unos brazos alrededor de mí y cuando logré abrir los ojos, vi el rostro amable de Kunda junto a mi rostro sudoroso.

—Ananda —me decía al oído—, estaba preocupado por ti. Parecías un viejo leño insensible a todo lo exterior.

Me abracé a aquel hombre y le pedí que cantase a Shiva con toda

la fuerza de sus pulmones. A sus cantos, se unieron los de otros muchos sadhus. Era como un huracán mencionando el hombre de Shiva. Sadhus de todas las edades, credos, sectas, condiciones, pronunciando el nombre de Shiva. Éramos los hombres desencantados del Kali-yuga fundiéndonos en un gemido hacia el Alma Universal. Después todos estábamos como extenuados y aunque enmudecieron nuestras voces, quizás oíamos mejor que nunca la voz de nuestro yo. El anciano sadhu, que formaba parte de nuestro pequeño grupo, depositó en mis oídos unas palabras del Maitraya Upanishad:

—«Después de percibir su propio yo como el Yo, un hombre alcanza la abnegación y en virtud de la abnegación debe concebírsele como incondicionado. Este es el misterio más alto, que anuncia la emancipación; mediante la abnegación, no participa del placer y del dolor, sino que alcanza lo absoluto.»

Pensé en los siete millones de sadhus que habitan en mi patria. Muchos de ellos se hacen pasar por tales sin serlo. Pero de entre esos siete millones, ¿no habrá cien mil de corazón limpio? ¿Diez mil acaso? Aunque sólo hubiera mil… Ellos son el signo más allá del signo, crisol de una búsqueda anárquica pero tan excepcional como trascendental, símbolo de renuncia y de otra forma del vivir. Son la India antigua, que corre por mis venas, que me impulsa a seguir la Búsqueda, a unirme a la cadena de buscadores que desde la época védica han ido sucediéndose en mi familia. Ananda: casi cincuenta años de edad, cansado y envejecido. Pero soy un sadhu. Un sadhu no tiene nombre ni tiene edad. Un sadhu abandona su personalidad y aun su propia identidad. Soy uno de tantos hombres que busca. Un harapiento para unos; menospreciado por otros; un vagabundo, un descastado, tal vez menos que un paria. Pero un sadhu, un hombre piadoso, que no quiere envejecer y morir como un buey: sin conocimiento, sin libertad.

Capítulo 40

Emprendimos el camino de regreso. Los días eran grises y lluviosos. Por las noches nos resguardábamos allí donde podíamos, formando un pequeño campamento. A veces cocinábamos arroz o lentejas o simplemente comíamos unos chapatis o verduras. Kunda había dado comienzo a un ayuno total desde antes de alcanzar la cueva sagrada. Había intensificado sus prácticas de repetición de mantras y meditación y se había tornado más silencioso e introvertido. Todas las noches se sentaba junto al sadhu de edad avanzada y le pedía que le recitase versículos del Gita, mientras al escucharlos, él los iba también murmurando. Y una de esas noches fuimos asaltados por un grupo de bandoleros. Estábamos reunidos alrededor del fuego,

mientras el venerable anciano decía el Gita, cuando un grupo de cuatro o cinco hombres, con palos en las manos, se presentaron ante nosotros.

—«Quien no tiene odio ni deseo es para siempre un sardasin, porque está liberado completamente de la esclavitud…»

—¿Qué podéis querer de unos pobres sadhus? —preguntó uno de nuestro grupo.

La actitud de los hombres era de abierta hostilidad, amenazantes, los palos en alto. El anciano seguía rasgando el silencio de la noche con una monótona voz que acariciaba los versículos del Gita.

—«Pero quienes destruyen la ignorancia por el conocimiento de sí, hacen brillar como el sol el Yo Supremo que en ellos habita…»

—¡Dadnos todas las rupias que tengáis! —gritó uno de los hombres.

Y hasta mis oídos seguían llegando las palabras del Gita: «Los placeres que nacen de las cosas del mundo, al final originan tristeza, pues tienen principio y fin, por ello el sabio no confía a ellas su felicidad…»

—¡Vamos, deprisa, todas las rupias!

Uno de los sadhus se incorporó y se aproximó hacia los asaltantes. Extendiendo las manos hacia ellos dijo:

—Mirad mis manos. Vacías. No tenemos nada. Os podemos dar un poco de arroz y, eso sí, compañía y un rato de conversación.

Uno de los asaltantes, enfurecido, dejó caer el palo sobre la cabeza del sadhu.

—«Cuando un hombre ha conquistado su yo y lo ha dominado, por ello su Yo supremo ha alcanzado el considerar equivalentes el frío y el calor, el placer y el dolor, el honor y el deshonor…»

Otro de los hombres se aproximó hasta el anciano y le mandó callar. Pero el venerable sadhu, entornados los ojos, proseguía con su recitación.

—«Puede decirse que ha alcanzado el yoga quien ha logrado el conocimiento de sí, quien ha realizado su propio equilibrio,

dominando sus sentidos y juzgando como cosas iguales un terrón de ardilla, una piedra y un pedazo de oro…»

El hombre, enfurecido, golpeó con su mano el rostro del anciano. Un hilo de sangre surgió de sus labios que, no obstante, siguieron dejando escapar las palabras del Gita.

—«… quien ha abandonado todo impulso, temor o cólera, ése tiene el entendimiento estable…»

Más airado todavía, el hombre golpeó repetidas veces el rostro del impávido anciano. Entonces, todos nos incorporamos y nos colocamos frente a él para protegerle. Y en ese momento, aquellos hombres, gritando como bestias, se abalanzaron sobre todos nosotros y, llenos de odio, comenzaron a golpearnos con los palos. Mientras sentía aquellos golpes, pensé en esa época todavía no demasiado lejana en que otros hombres me golpearon de igual forma. En aquel entonces mi preocupación estribaba en no perder la Gema preciosa. Después de aquella paliza encontré a uno de los hombres más buenos de este mundo: el yogui ciego. Porque hay sombras, la luz brilla con mayor intensidad y pureza.

Aturdido por los golpes, todavía escuchaba, débiles y entrecortadas, las palabras del anciano. De repente otro grupo de sadhus acudió en nuestro auxilio y los asaltantes huyeron. Poco a poco nos fuimos reponiendo. Todos nos mirábamos sorprendidos entre nosotros y con agradecimiento a los sadhus que habían venido en nuestro socorro. Pero un cuerpo yacía en el suelo. Era el cuerpo de Kunda, la cabeza abierta, los ojos casi fuera de sus órbitas, el *mala*

entre las manos, la túnica azafranada toda ella cubierta de sangre. El sadhu más joven se arrojó sobre el cuerpo y comenzó a llorar convulsivamente. Ninguno de nosotros salía de su consternación. El anciano seguía recitando el Gita. Unas lágrimas había en sus apergaminadas mejillas. Yo quise entonar un canto a Shiva, pero no pude. Un rencor incontenible anidó en mi corazón. Las palabras de todos los textos sagrados se me presentaban vacías. Dudaba del mismo Shiva, de mi mismo ser trascendental. ¿No era todo un juego diabólico y estúpido? ¿Una farsa sin sentido? ¿Un baile de máscaras y disfraces? También yo quería que las lágrimas limpiasen sus ojos, pero era tanta mi sequedad interior que no me era posible ni siquiera llorar. Los dardos de la vida alcanzan una y otra vez nuestro corazón. Años de abstinencia, de austeridad, de ritos y plegarias… Pero yo seguía

siendo un hombre vulnerable, con sentimientos comunes, capaz de amar y odiar, de reír y de llorar. ¿Dónde estaba mi actitud de desapego? Moría un hombre y me sentía herido de muerte. Yo, un yogui, un sadhu, un hombre que sabía que el cuerpo es un ropaje que cambiamos, que sólo el ser permanece. ¡Kunda, el sadhu Kunda! Como Santimoy, como Kasturbai, como Sita, abandonaba su envoltura carnal. ¡El Kali-yuga lo hacen los hombres, sólo ellos, con su odio, con su miseria, con su rencor irreprimible! Pensé en Lilavati. Mi tierna, apasionada, dulce, maravillosa Lilavati. A tu lado viví las noches de amor más profundo, más estremecedor; en tu regazo descansé mi cabeza y sentí en el rostro la suavidad primorosa de tus manos; me enseñaste a amar y a ser amado, me quemaste con la pasión, me hiciste oír bellas canciones cortesanas y me introdujiste en el universo de la pasión que te hace olvidarlo todos menos las caricias y los abrazos. Lilavati amada, ahora tan lejana, quizá también muerta, necesito tus abrazos, tus palabras, una sonrisa, una caricia, para este sadhu que no ha aprendido a transmutar el veneno en néctar, que todavía es humano, que sigue por las noches mirando las estrellas, haciéndose preguntas y no encontrando respuestas.

Al amanecer, incineramos el cuerpo de Kunda. Mientras se consumía en la pira, entonamos a Shiva los cantos que él más amaba. Debo decir que únicamente yo mantenía los labios sellados. Había olvidado todas las canciones a Mahadeva. Unas horas después, cada uno de nosotros recogimos un puñado de cenizas y las arrojamos al aire, en la inmensidad himayálica. El rostro de todos nosotros estaba ensombrecido. También los sadhus tienen corazón. No tienen hogar, ni familia, ni patria… pero tienen corazón.

Capítulo 41

Dos días después de la muerte de Kunda, me despedí de los sadhus. Fue un momento emotivo, porque a pesar del poco tiempo, habían surgido entre nosotros vínculos afectivos. En realidad, la comunicación entre los seres se desarrolla a niveles muy diferentes, desde los más burdos hasta los más sutiles. Hay, sin duda, una comunicación a nivel de energías y cuando ésta se produce, es más intensa que cualquier otra. Nos miramos en silencio. Aquellos hombres y yo: cada uno en nuestra propia búsqueda, llamando al Divino con nuestro propio lenguaje, utilizando cada uno la vía y los métodos que creíamos más fiables. Sabemos que no hay atajos para llegar al cielo, lo sabemos bien. Pero hay que hallar la barca que nos cruce de una a otra orilla. Hay muchas barcas, pero sólo hay dos riberas. El venerable anciano hizo unos símbolos con pintura roja en mi mente. «Om Namah Shivaia», dijo y en su mirada reinaba la ignota

profundidad del Brahmán.

Vagué durante unos días, confuso, espiritualmente desorientado. En una de las aldeas que crucé, la minoría hindú (pues la mayoría era musulmana) me invitó a asistir a una puja que iban a efectuar. Me dejé llevar. La gente me ofrecía alimentos y países. Mi presencia era para ellos símbolo de trascendencia. Buscaban mi proximidad y algunos se sentaban a mi lado, mirándome con respeto, admiración y quizá cierto temor. Las gentes sencillas de mi país se sospechan que todos nosotros, los sadhus, podemos tener alguna suerte de poderes y que podríamos, de desearlo, dirigirlos contra ellos. Este tipo de superstición es inevitable y está enraizada en la mentalidad de esas gentes desde tiempos muy remotos.

Después de abandonar la aldea, con una buena cantidad de pakoras que aquellas humildes gentes se habían empeñado en preparar para mí, caminé hacia Martand y me acomodé durante algunos días en el templo. Había sadhus de todas las clases. Uno de ellos estaba realizando una práctica que consistía en permanecer sobre el lado derecho durante treinta y nueve días, para equilibrar todos sus pranas; otro, un hombre joven y muy espigado, permanecía en absorta meditación día y noche, apoyando la barbilla sobre una muleta prevista para tal fin y alimentándose desde hacía años con una taza de té diaria; otro de ellos, había emprendido un ayuno de sesenta días. Para ello había llenado, con una técnica de Hatha-yoga, su estómago de aire hasta adquirir sorprendentes proporciones. Era un método para pasar aquellos dos meses de ayuno. La mayoría se habían abandonado a su indolencia y pasaban el día dormitando o simplemente a la caza de unos países. Como me sentía físicamente débil (¡siempre el obstáculo de mi cuerpo!), durante unos días me dediqué por completo a las más variadas técnicas de pranayama. Al amanecer higienizaba mis fosas nasales pasando por ellas un cordón y agua, y después daba comienzo a las prácticas. La respiración es un puente entre la energía individual y la energía universal. Del gran almacén de energía, nos servimos una y otra vez. Él es generoso y deja que tomemos todo aquello que necesitamos. «El océano —me dijo una vez un rishi— no tiene la culpa si tú sólo coges un cubo de su agua. Él te ofrece mucho más, ¿no es así?» Después de varias horas de meditación, el fuego parecía abrasarme. Todo mi cuerpo era como una roca candente y el sudor resbalaba por mi carne. En algunos momentos la sensación era deliciosa: como si rompiese con las limitaciones de mi cuerpo, me expandiese hasta el infinito y me integrase en la Totalidad. En otras ocasiones, me parecía estar en el umbral de la muerte. Mi corazón parecía un leopardo enjaulado en mi pecho y saltaba como si quisiera escaparse de él. Puntos de luces aparecían en mi mente, a veces tan

intensos que me causaban un insoportable malestar. También se me producían mareos y náuseas. Y el tercer día, al atardecer, caí desmayado durante unas horas. Cuando me repuse, estaba sereno y establecido en mí mismo. Quizá mis pranas se habían regulado. Me sentía más ligero, con cierto júbilo, mentalmente más despierto, más alerta. Después no logré conciliar el sueño en varios días y en ocasiones sentía picotazos en los miembros del cuerpo.

En las últimas semanas puede decirse que me había olvidado casi por completo de la investigación que se me había impuesto: hallar al maestro de la sabiduría. Ahora, en aquel templo abarrotado de sadhus, volvía a preocuparme. ¿Me bastaría lo que me quedaba de vida para hallar a ese maestro de sabiduría? ¿Podría cumplir esta misión en unos años o necesitaría cuando menos cien reencarnaciones para ello? Mis vacilaciones eran cada vez mayores. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía proceder? Tenía en ocasiones un sentimiento de urgencia, pero en otras me ganaba la indolencia, el desencanto. Aproveché aquellos días en el templo para indagar sobre ese maestro de sabiduría. Preguntaba a sadhus y peregrinos venidos de todas partes y les relataba las características básicas de ese maestro. La información que recibía era ambigua, imprecisa e incluso contradictoria. Muchos decían saber de algunos maestros de sabiduría, pero no recordaban si sus características encajaban con las que yo les indicaba; otros no sabían el sitio exacto donde en ese momento podían estar tales maestros y ni siquiera si todavía estarían con vida. Algunos me recomendaban ir hacia el norte, a los confines de los Himalayas; otros hacia el sur, a la punta extrema de la India; unos me aconsejaban buscarlos en las llanuras, otros en los bosques, otros en las montañas. ¡Dios mío, no sospechaba que pudiera haber tantos maestros de sabiduría como muchos peregrinos decían! Había que desconfiar por fuerza. Además, la mayoría se mostraban muy imprecisos en los detalles, en las fechas en que les conocieron, en los mismos lugares. A todos los que iban llegando, les formulaba la misma pregunta, les exponía los mismos detalles sobre el maestro de sabiduría. Unos se encogían de hombros; otros negaban con la cabeza; otros dudaban y otros muchos me aseguraban que un maestro de sabiduría se puede presentar de muchas formas y que no había que prestar demasiada atención a esos detalles. Y los días iban transcurriendo. Dejé de practicar pranayama, dejé de meditar y todos mis pensamientos se obsesionaron con la búsqueda del maestro de sabiduría. Una noche, extraje la Gema reveladora de su saquito y la consulté durante horas, para que se activara mi intuición y poder hallar una guía. Pero mi mente, durante esas semanas, se había aletargado. Ni siquiera la potencia de la Gema fue capaz de movilizar la energía de mi mente,

mi supraconsciencia. Estaba más desalentado de cuanto pueda decirse. La misma obsesión de hallar a ese maestro, me impedía llevar a buen término mis prácticas de meditación. Abandoné durante ese tiempo la meditación y me entregué al japán y a los ritos, pero incluso ellos no me hacían salir de mi especie de sopor, del círculo mecánico de mis procesos mentales. Sentía el cuerpo cansado, de nuevo mis pranas desequilibrados, mi consciencia funcionando muy débilmente y mis energías circulando inadecuadamente. Mi mente se negaba a responder. Quizás era ésta una crisis de fatiga, de desaliento, de desesperanza. Y me iba sintiendo cada vez más inerme, incapaz de reponerme física y mentalmente. Un día llegó al templo, apenas apuntaba el amanecer, un hombre que era tenido por un gran apóstol en el sur del país. Iba de pueblo en pueblo pidiendo a los ricos que compartiesen su opulencia con los pobres. Era como un nuevo mesías y puedo decir que era el hombre más hermoso que vi jamás. Movimientos lentos y a la vez etéreos, expresión serena y con cierto aire de pesadumbre o cansancio, ojos que hablaban de verdades que no pueden expresar las palabras. Eran sus miembros largos y elocuentes y sus cabellos, sueltos y brillantes, cubriendo toda su espalda. Él también había peregrinado por toda la India. Decía que moriría, como Cristo, a los treinta y tres años. Sólo permanecería unas horas en el templo y se habían reunido un grupo de sadhus y curiosos para escuchar su palabra. Me uní al grupo. No podía dejar de sorprenderme la expresión de aquel rostro. La carne era blanca, en contraste con los negros y brillantes cabellos. Tenía la mirada perdida en un espacio inexistente y empezó a hablar muy bajo, sin inflexiones en la voz, como una persona en sueños.

—También yo soy un sadhu —dijo—, un sadhu como todos vosotros. He renunciado a todo para poder acceder a Él. Vivo, como vosotros, en este ciclo y, como vosotros, camino hacia la cumbre. Tengo fe y soy un hombre de compasión. Trato de penetrar y morar entre las multitudes para encontrar en ellas al hombre y proclamarme su hermano.

Estaba como absorto. No parpadeaba y las palabras salían de sus labios de una manera fluida, pero con un tono de letanía.

—No trato de que los demás me escuchen. Es a ellos mismos a quienes deben escuchar. Si eres un hombre de sabiduría pero no habla tu corazón, estás más mudo que si hubieras nacido sin lengua. Si tienes un chapati y lo guardas para ti, si no lo compartes, es como si usaras un perfume que no tiene aroma. Al compartir, al darte, te estás completando, estás empezando a ser un ser humano. Si tienes un cántaro lleno de agua y la quieres para ti solo, mañana querrás para ti

solo toda la lluvia del cielo y tu propia ambición te ahogará. Si dejas que los demás compartan contigo el agua del cántaro, aquella que te quede, será la que mejor quite tu sed.

Una sonrisa apenas perceptible afloró a sus labios. Dos de sus discípulos, más jóvenes que él, permanecían a su lado. También estaban como ausentes, la mirada perdida en el vacío. El hombre místico, con la suavidad de una gacela, extendió uno de sus brazos al frente y añadió:

—Un hombre muy rico me invitó una vez a comer. Me sirvió sus mejores alimentos, pero no me resultaron sabrosos, porque no habían sido cocinados con amor. Les faltaba el ingrediente más importante. Otro hombre, muy pobre, me invitó a un puñado de dhal. ¡Fue la mejor comida de mi vida! Él había cocinado con amor. Yo recorro los pueblos y permanezco fiel a una ley: si el aire que respiras se te da generosamente, sé generoso tú también y no prives de lo que tienes en cantidad a los demás. Si compartes tus caricias y tus besos, si compartes tu almohada y tus palabras, si compartes tu risa y tu llano, comparte un poco de arroz, un poco de heno, un poco de tierra.

Guardó unos instantes de silencio. Ahora se le veía cansado. Llamaba la atención su piel blanca, inmaculada. Dijo por último:

—Nuestra luz brilla cuando nos hemos liberado del polvo de todas nuestras impurezas. Deja tu corazón libre; no le pongas murallas. No hay energía más poderosa que la que Él guarda para ti. Ella te liberará de todo temor.

Comió en compañía de los sadhus, en silencio, la mirada siempre perdida en una insondable región. Me acerqué a él y le dije:

—Hermano, me llamo Ananda. ¿Puedes prestarme atención?

De nuevo una sonrisa muy leve en sus labios me indicaba que me escuchaba.

—Tú, como yo, has viajado por toda la India. Tal vez puedas informarme. Estoy buscando un maestro de sabiduría. Debo encontrarle.

Minuciosamente le ofrecí todos los detalles del maestro de sabiduría al que se me había encomendado hallar. Escuchó serenamente y luego permaneció pensativo.

—Ananda —dejó sus ojos en mí, pero miraban más allá de los

míos—, hay muchos linajes de sabios. No puedo saber a cuál te refieres. ¿Ves? Esa es tu búsqueda y el destino no quiere aligerártela. Por algo será, Ananda, no desesperes.

No dijo más. Sus labios se sellaron. La sonrisa desapareció de su rostro. Partió en compañía de sus discípulos. Caminaba como si flotase, los miembros muy relajados, la cabeza erguida, la mirada en el horizonte. Muchos años después pude saber que se había despeñado por un acantilado y había muerto. Contaba entonces treinta y tres años de edad y se dijo que un grupo de hombres le había precipitado en el abismo.

Vagué durante meses. Hablé con yoguis y maestros espirituales, pregunté en ciudad y aldeas, indagué en los monasterios y templos. Allí dondequiera que me hablaban de un maestro, allí iba yo. Estuve enfermo en varias ocasiones. En cuanto me reponía, seguía mi indagación, mi marcha, mi peregrinar. Pero me sentía exánime, sin fuerzas, sin ilusión, desconcertado y confuso. Entonces pensé que había llegado el momento de mi retiro. Dejaría de ser un sadhu errante y me refugiaría en mi propia intimidad. Alguna vez un hombre tiene que viajar hacia dentro, hacia su propio corazón. Yo había retrasado ese momento definitivo. Muchas jornadas de meditación, sí, pero me resistía a abismarme en mí mismo durante años y, no obstante, yo siempre había sabido que ese momento debía llegar. Si no era capaz de encontrar al maestro de sabiduría, entraría en mí mismo, permanecería durante años en la caverna de mi corazón, explotaría en la concavidad central de mi cerebro, me convertiría en un ermitaño sin nombre y sin identidad; un simple ermitaño en busca del oasis interior, en busca del néctar que calma la sed y proporciona la esperanza. Iba a cambiar los caminos de mi amada India por los senderos del alma. Pero se necesita mucha energía para emprender tan ardua tarea y me preguntaba con escepticismo si yo dispondría de ella. La mente, desordenada; el cuerpo, débil; la esperanza, gastada. Seguía teniendo fe en la Búsqueda, pero había perdido la fe en mí mismo. La tentación de una vida ordinaria se hacía cada vez más fuerte; el deseo de una mujer y una familia, cada vez más intenso. Ni siquiera yo podía creerlo. ¡Qué cierto es que hay en nosotros muchos desconocidos que se hacen sentir cuando menos lo esperamos! Tantos años de búsqueda, ¿a dónde me habían llevado? Tal vez había equivocado mi Dharma, tal vez yo debería haber sido un profesor de escuela o un comerciante como mi padre. ¿Qué fue de aquel corazón alborozado de los años tiernos? ¿Era yo aquél que se fugó con Mashi del hogar y vibró con su ciudad y con su gente y recibió una alegría imposible de expresar ante el río de Shiva?

Me establecí en unas cuevas que seguramente en siglos atrás pertenecieron a alguna comunidad, en aquella época en la que florecían en la India las escuelas portadoras de la más alta sabiduría, cuando un hombre prefería, sin dudarlo, la muerte antes que perder su Yo. Había en esas cuevas otros hombres en retiro. De vez en cuando asistían algunos devotos a dejar un poco de arroz cocinado a la entrada de la cueva. Era una forma de poder sobrevivir. Si un día los devotos dejaban de ir, moriría de hambre. Esa era mi resolución. «Sadhu —me dije—, este momento es seguramente el más importante de tu vida. Toma la barca, navega y no mires atrás. Muere si es necesario. La muerte del cuerpo no es nada, pero vivir en la oscuridad es un sufrimiento insoportable. Sadhu, entra en ti, habita en ti, espera en ti». Los días, las noches, las semanas, los meses… Deja de existir el mundo exterior, la India, los caminos… «Sadhu, permanece, espera, resiste». La búsqueda del Yo más allá del yo; hacia los albores de uno mismo, hacia la fuente, hacia el secreto. Corta las alas de la mente; detén el corcel del deseo; controla las pasiones; halla la inspiración en tu bienaventurado ser. «¡Oh sadhu, oh asceta!, disipa las dudas, aprende a esperar y a percibir lo sutil, destruye las ataduras y alcanza el Eterno». Esa voz que me dice una y otra vez «Ananda, permanece», y ese impulso que quiere arrastrarme de nuevo a los caminos, las aldeas, los niños, los ancianos. No me faltaba firmeza. Me faltaba fe. No me faltaba resolución. Me faltaba fuerza. «Tú eres Eso —me decía —. Tú eres Él».

O también: «Yo soy Shiva, yo soy Shiva, yo soy Shiva». Mil veces, millar tras millar, queriendo escudriñar el sendero de la libertad. Pero no cesan las imágenes mentales ni los procesos del pensamiento. Y esa ansia irreprimible de una madre, y la agitada emoción por una Shakti, y esa alegría que parece un ladrón que se desvanece en la oscuridad de la noche. Los apegos… Era como si hace años hubieran muerto y siguen estando enraizados. Y yo era como un junquillo que se fuera secando por falta de agua. Me debilitaba irremediablemente. No se ausentaba mi decisión de hallarme, pero me habían abandonado todas las energías. Ni siquiera fui ya un día capaz de salir a la puerta de la cueva a recoger el arroz. Ya no quería moverme; ya no deseaba vivir. Un día, caí de bruces contra el suelo de la cueva y vomité sangre. Apenas me fue posible extraer la Gema del saquito en el que la conservaba. En la penumbra de la cueva no era posible verla. La acaricié con todo el amor del mundo, la sentí caliente y tierna entre mis dedos. Si tenía que morir, quería encomendarme a mi maestro Swami Vicharananda. En la Gema sentía su energía. Un maestro verdadero no está limitado por el espacio ni el tiempo. Él es un transmisor de la enseñanza y la enseñanza no perece. Me llevé la Gema a los labios y perdí el sentido.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Volví en mí cuando alguien me estaba forzando a ingerir un vaso de leche. Abrí los ojos. Estaba en otra cueva y reinaba la luz tenue de una candela. Alrededor de mi espalda, sirviéndome de apoyo, sentía un brazo fornido y seguro. Miré el rostro de quien me sujetaba y la sorpresa fue tal que apenas podía creer lo que veía. ¡El destino es aparentemente antojadizo como un adolescente! Aunque con una larga barba, mucho más delgado y más viejo, reconocí a quien estaba ante mí: al recordado tantas veces mi buen amigo el mago drávida, Hamsa, uno de los hombres más portentosos que nunca encontré. De nuevo, providencialmente, me prestaba su ayuda, me impedía abandonar este cuerpo. Ante mi sorpresa dijo:

—Mi buen amigo, no soy un fantasma. Hamsa todavía es duro de pelar.

Y soltó una de esas carcajadas que a pesar del tiempo transcurrido, yo todavía recordaba bien. También yo reí, a pesar de mis escasas fuerzas. El contento me embargaba y me sentía agradecido a mi destino. ¡Tantas veces había añorado a Hamsa, tantos años le había echado en falta! Como si leyera mis pensamientos, dijo:

—En la rueda de la vida, nos hallamos o nos encontramos en las

situaciones más diversas. Desde mi cueva, junto a la tuya —explicó—, escuché como un murmullo lejano los quejidos de un ser. Quizá, quién sabe, no los oí, sino que los imaginé o presentí. ¿De qué se trataba? Al principio no les presté atención y seguí en mi meditación, pero después de un tiempo, seguían haciéndose sentir.

»Entré en la cueva. Allí te hallé inconsciente. No creas que me fue sencillo reconocerte. ¡Han pasado tantos años!

Mi emoción era tal que me olvidaba de mi estado. Quería saber de Hamsa, de su vida durante todo ese tiempo.

—Descubrí un día, mi buen amigo —dijo—, que el portento más elevado, la gran proeza, no consiste en manipular las fuerzas ocultas de la naturaleza. No, la magia más difícil y más excelsa es la que nos capacita para encontrarnos a nosotros mismos. Ese es el mahashidhi, el gran poder que nos convierte en más que Devas. Cuando lo comprendí, tomé la decisión de recluirme durante varios años. Tres llevo en esta cueva. Todo es diferente ahora para mí. Ya no trato de manipular energías exteriores a mí, sino mis propias potencias internas. Somos un universo impresionante, el más impresionante de todos.

Durante unos días, Hamsa cuidó de mí. Pero un agudo dolor persistía en mi estómago. Me había en parte repuesto cuando Hamsa me dijo un día:

—Ananda, tu estado físico es lamentable. Con un cuerpo así, toda búsqueda interna es inútil. Lo único que lograrías es una muerte innecesaria y no debemos morir antes que nuestro karma lo determine, pues de otra forma podemos durante quién sabe cuántas existencias dejarnos atrapar por la Rueda. Hay que ser prudentes. No en exceso, que es temor, pero sí en alguna medida.

Me miró detenidamente, como examinando mi aspecto físico.

—Sé de un hombre —agregó— que puede hacer mucho por ti, le conozco muy bien. Él te ayudará. Tu cuerpo es ahora un manojo de huesos. Así no puedes meditar ni peregrinar, ni siquiera repetir los mantras. Él vive en una aldea próxima a estas cuevas. Le visitarás de mi parte y él se encargará de sanar tu cuerpo y tu mente. Sólo si disponemos de salud, si tenemos a mano todas nuestras energías, lograremos avanzar espiritualmente. Se necesita gran coraje, gran vigor para recorrer el Sendero. Los débiles mueren o abandonan. Y cuando emprendemos este camino hay que recorrerlo hasta el final. El

hombre que te atenderá se llama Goraknath. Él pertenece a la sucesión de hatha-yoguis que encuentran su raíz en el antiguo sabio Goraknath, quien para bien de la humanidad nos entregó el hatha-yoga. Este hombre, confío, equilibrará tus pranas, regenerará tu cuerpo, ordenará tus energías mentales.

Unos días después partí en dirección hacia la aldea que Hamsa me había indicado. De nuevo, volvía a separarme de este hombre excepcional, ahora dedicado de lleno a la búsqueda más elevada. Tan débil me hallaba, que en distintas ocasiones tuve que detenerme a descansar. Entrada la tarde llegué a la aldea. Pregunté por Goraknath y un anciano me condujo hasta la casa de este hombre. En el trayecto me habló de él como el más grande curandero de la región. Llamé repetidas veces a la puerta de la modesta casa, pero nadie abrió la puerta. Insistí con el mismo resultado y finalmente me senté contra uno de los muros y, al anochecer, el sueño se apoderó de mí. Amanecía ya cuando sentí la presencia de alguien a mi lado. Me estaba observando, sin denotar sorpresa alguna. Me ayudó a incorporarme y me introdujo en la casa. Nos sentamos en el suelo, sobre una piel de antílope. Me ofreció unos alimentos y esperó a recibir alguna explicación por mi parte.

—Hamsa me envía a ti —dije—. Estoy muy enfermo, tan débil que difícilmente puedo caminar.

Goraknath tenía una expresión dura, pero sus ojos estaban llenos de ternura.

—Come, come —insistió—. Hay muchos tipos de alimentación. Come despacio. Mastica y saliva bien los alimentos. Extráeles su fuerza. Ellos disponen de toda la fuerza del universo y al ingerirlos, tuya es esa fuerza. Tú les haces tu cuerpo.

Me observó con lentitud, zona a zona del cuerpo.

—Desde luego tu aspecto no es bueno. La bilis en exceso; flema descontrolada; los campos de energía desarmónicos. Tus elementos están descompensados. Demasiado aire, poca agua, fuego en cantidad insuficiente… Por tus ojos veo que estás escaso de minerales.

Colocó su dedo índice sobre la boca de mi estómago y presiono.

—¿Duele aquí?

—Sí. Es como un volcán quemándome.

Sonrió.

—Veremos qué se puede hacer. Me sirvió más alimentos.

—Me ocuparé de ti durante treinta y un días. Sólo exijo de ti que seas absolutamente obediente. Durante ese tiempo te ocuparás de arreglar la casa, traer leña y otras actividades. Mañana muy temprano te examinaré con detenimiento. La expresión de tus ojos, el color de tus labios y tu piel marchita me dicen que has estado muy enfermo. La calidad de tu sangre no es buena. Tus cabellos están sin brillo, respiras entrecortadamente, tus manos está temblorosas… El peligro ha pasado, pero la muerte te ha rondado muy de cerca.

Hizo una pausa, me miró más fijamente y con un enérgico tono de voz me aclaró:

—Mira, yo no gusto de filosofías. Me dedico plenamente al arte de curar. Curar es poner las causas para que el cuerpo y la mente permanezcan armónicos y felices. Toda mi vida ha estado dedicada a encontrar esas causas. Mi padre fue el primero en enseñarme a restablecer los principios corporales y me enseñó a utilizar en pequeñas dosis curativas el veneno de la cobra, la orina de la vaca, la sabia de los árboles, las plantas y las hierbas. Él me enseñó también todas las técnicas del yoga corporal. En fin —concluyó—, mañana empezaré a trabajar sobre ti. Puedes dormir aquí mismo.

Partía para la habitación contigua cuando se detuvo y preguntó:

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Ananda es mi nombre.

—Duerme bien, Ananda.

Pasó la noche como si fuera un suspiro y estaba en un sueño profundo cuando me sentí zarandeado por Goraknath.

—¡Vamos holgazán! —decía—. ¿No sabes que si se duerme hasta después del amanecer algunas energías se paralizan en el corazón y la sangre comienza a funcionar deficientemente?

Miré hacia la ventana. Todavía era de noche. Goraknath me ayudó a incorporarme.

—Tenemos que aprovechar los primeros rayos del sol —dijo—. Ellos son uno de los mejores alimentos. Los rayos del sol naciente

estimulan el funcionamiento del cuerpo y de la mente. Al anochecer, en cambio, pacifican nuestro sistema nervioso y recogen la energía del corazón. Durante la noche, la energía está en el corazón, tan quieta como las aguas del más apacible de los lagos.

Salimos. Hacía una brisa agradable. Nos aseamos en una pila colocada detrás de la casa. Goraknath me enseñó a higienizar con toda precisión mis fosas nasales, liberándolas así de toda impureza.

—Si no están limpias, la respiración se verá entorpecida a todo lo largo del día.

Dejé que el agua se deslizara por una de mis fosas nasales y saliera por la otra. Después tomé agua por la boca y la expulsé por la nariz. Después sentí que podía respirar más libremente y hasta oler el aire que respiraba. Luego Goraknath me indicó cómo debía limpiar mis dientes sirviéndome de un barrillo especial que había preparado. También me mostró la manera de ejercer masaje sobre mis encías y cómo limpiar mi lengua utilizando un raspador de metal.

—Es necesario poner mucha atención en la limpieza de todas las cavidades del cuerpo: garganta, oídos, ombligo y recto. Si nuestro cuerpo no permanece limpio, las energías no circulan con libertad y la piel no es capaz de percibir la energía universal. Tenemos que cuidar el cuerpo para que sea un reflejo de la potencia cósmica.

Me entregó dos recipientes y dijo:

—En uno de ellos depositarás tu orina y en el otro tus heces.

Después de seguir sus indicaciones, tomó los recipientes y dijo:

—Las heces deberán estar al sol durante todo el día y, al anochecer, las examinaré. Veremos ahora qué nos dice tu orina.

Tomó el recipiente que contenía la orina y la observó con detenimiento. Después la olió y, ante mi sorpresa, degustó un poco de ella.

—Esto no me gusta —sentenció después de unos instantes—. La temperatura de tu cuerpo está elevada, tus aires vitales descompensados, tus riñones no filtran lo suficiente… Sin duda has estado muy enfermo. Tus centros vitales están faltos de prana. Tus conexiones sutiles se resienten…

Comenzaba a despuntar el día cuando Goraknath me hizo realizar

algunos ejercicios respiratorios. Debía tomar y exhalar el aire rápidamente y a la vez tenía que imaginar que el sol naciente en el firmamento me enviaba sus benéficos rayos y alimentaba todos los poros de mi cuerpo. Enseguida sentí cómo el corazón trabajaba con fuerza y comencé a transpirar.

—Restriega con tus manos el sudor por el cuerpo y sigue respirando sin descanso.

El aire entraba y salía rápidamente de mis pulmones. El pulso latía con violencia en mis sienes. Me notaba como si flotase, empapado en sudor, estremecido por las convulsiones de mi cuerpo. Después de un tiempo, exhausto, me dejé caer sobre el suelo y aflojé todos mis músculos.

—Todos los días deberás hacer este ejercicio a la salida del sol.

Goraknath preparó una tisana muy amarga y me proporcionó varios vasos de ella.

—Esto te purificará. Contiene treinta clases de diferentes hierbas. Un anciano ermitaño le entregó a mi padre la receta. Ese anciano vivió casi toda su vida en el bosque y sólo se alimentaba de hierbas.

Goraknath permaneció después silencioso durante unos minutos, mirando el sol sin parpadear, las palmas de las manos dirigidas hacia él, como para atrapar toda su energía.

—Ahora —explicó— trataré de que esta energía pase a ti.

Pasó sus manos varias veces a escasa distancia de mi cuerpo, desde la cabeza a los pies. Experimenté una grata sensación de alivio y de descanso. Después me propinó un vigoroso masaje en la columna vertebral, vértebra a vértebra, con diversas presiones. Cada presión me producía una impresión diferente: a veces grata, a veces desagradable.

—Todo está en nuestro cuerpo —me dijo con voz grave—. Absolutamente todo. El fuego, el aire, el éter, la tierra y el agua residen en nuestro organismo. Es necesario armonizar todos estos elementos que rigen parte de nuestra existencia física. Conoce tu cuerpo, Ananda, y conocerás el universo. Escucha tu cuerpo y oirás todo el cosmos, porque el cuerpo habla. Tiene su propio lenguaje, su propia forma de expresión. En cada una de sus células hay toda una organización mental, un pequeño yo que tiene vida y se manifiesta. Un hombre puede llegar a sentir hasta las moléculas que forman su

organismo y puede dialogar con ellas. Pero no sabemos servirnos del cuerpo ni captar sus mensajes.

Las prácticas mencionadas y otras muchas se repitieron durante días. También diariamente Goraknath examinaba mis residuos y decía:

—Todo va mejor, mucho mejor.

Y en realidad yo comenzaba a saberme poseedor de un cuerpo sano (por primera vez en mi actual existencia) y fuerte, y sentía cómo se compensaban mis aires vitales y cómo mis energías fluían con saludable libertad. Y mi agradecimiento hacia aquel hombre era cada día mayor, así como mi afecto hacia él. Me convertí en su ayudante y comprobé que tenía una inteligencia y un don especial para sanar a los demás, que conocía muchos secretos de la naturaleza y sabía cómo estimular las potencialidades de los enfermos que acudían en su auxilio. Extraía muelas con asombrosa habilidad, realizaba las sangrías con admirable cuidado, dominaba la técnica del masaje ayurvédico y la imposición de manos y era capaz de descubrir la enfermedad de los que acudían a él por las señales y signos inequívocos que toda enfermedad deja en el rostro, la piel, los ojos.

—Mi padre me enseñó los mil signos que pueden interpretarse para conocer el mal que aqueja a una persona. Hasta el timbre de la voz, la forma de mirar, el color de los cabellos, son importantes para determinar un trastorno. Mucho antes de que el trastorno físico se manifieste, éste se presenta en el cuerpo energético de la persona. Allí hay que buscar antes que nada y si fuéramos capaces de determinarlo allí, evitaríamos incluso su manifestación corporal.

En ocasiones eran decenas de personas las que venían a buscar remedio en Goraknath. Venían gentes de las aldeas y pueblos de los alrededores. De vez en cuando este prodigioso sanador se servía también de amuletos y talismanes, aunque sólo en casos especiales.

—Una piedra, según su composición —me explicó—, puede actuar sobre el hígado, el estómago, los intestinos, el corazón. Así podemos acentuar o bloquear cualquiera de los elementos corporales, podemos estimular algunas energías o aires vitales, podemos introducir las modificaciones para sanar.

Transcurrían los días. Desde antes del amanecer, hasta bien entrado el día, seguía la rutina que Goraknath me había impuesto: ejercicios de higienes y purificación, pranayama y técnicas de pranización, mudras y bandhas para regular mis energías y dominar

mi musculatura inconsciente, posturas de Yoga (algunas de las cuales tenía que mantener durante horas), profundos estados de relajación e interiorización. Me enseñó a poder percibir mis órganos internos, a regular la frecuencia de mi corazón, a retener la respiración durante varios minutos y conseguir un estado de no-mente, a poder enviar impulsos de energía a distintas partes de mi cerebro, a captar mi cuerpo desde la epidermis hacia la estructura ósea, a intercambiar a voluntad la absorción de aire por mis fosas nasales, a proyectar mis intestinos para higienizarlos con las manos y agua, a modificar los campos de energía de mi cuerpo sutil, a cargar y descargar mis plexos nerviosos. Cuidaba de manera muy especial mi alimentación y me había enseñado a dormir sólo cuatro o cinco horas diarias pero con una profundidad sorprendente.

—No es lo que se duerma, sino la calidad del sueño —me decía—. En el estado de sueño profundo, sin ensueños y con toda la energía bien recogida, se produce el descanso necesario en un par de horas. La misión del sueño no es sólo aliviar el cuerpo, sino de manera especial la mente. Si la mente ha conseguido un estado de imperturbabilidad, entonces el sueño es casi innecesario. Muchos hombres iluminados han dejado de dormir. Además los momentos claves del sueño, aquellos que realmente nos descansan, aparecen dispersos a lo largo de la noche. Si somos capaces de reunificarlos, podremos descansar en muchísimo menos tiempo.

Experimentaba cambios notables en mi organismo. La flema se había reducido, mi digestión era más rápida y mis heces se habían hecho inodoras; me sentía más ligero y libre, más vigoroso, respiraba con mayor soltura, el sudor era más fluido y había recuperado el color en la tez.

Dos días antes de que finalizaran los treinta y un días que Goraknath había fijado para mi tratamiento, me sometió a un nuevo y minucioso examen y dijo:

—Ananda, has mejorado considerablemente, pero hoy te daré un consejo para el resto de tu vida terrenal. No abandones la práctica. Muchos, insensatamente, desprecian la salud del cuerpo y, ¿sabes una cosa?, sin la salud del cuerpo todo se dificultad insuperablemente. Esos ascetas que extenúan su cuerpo, obtienen durante un tiempo el beneficio de esa ascesis, que consiste en matar sus deseos y refrenar su mente dispersa, pero después sufren las consecuencias de un cuerpo gastado e inservible. Austeridad no es penitencia; moderación no es mortificación. No abandones la disciplina que te he enseñado. Se puede llegar al cuerpo a través de la mente y a la mente a través del

cuerpo. Yo no te podría decir cuál de estos dos elementos es el más importante.

Dejó con afecto su mano en mi hombro y dijo:

—El laboratorio en el que yo trabajo es el cuerpo. Mi Dharma es ayudar a los otros a que conserven lo mejor posible este instrumento carnal que la naturaleza nos ha proporcionado. Bien sé, Ananda, que el cuerpo es como un traje que se va cambiando, como la cáscara de un fruto que se arroja finalmente. Pero el cuerpo es también el templo viviente del Divino. Yo he tratado de enseñarte los medios para que tu templo esté limpio y saludable. Sé que tus objetivos son muy elevados, sin duda infinitamente más que los míos en esta presente reencarnación.

»Yo no te puedo proporcionar más de lo que te he proporcionado, pero ahora con tu nuevo estado físico te será más fácil seguir con tu difícil búsqueda. Yo te admiro, Ananda, porque el camino en el que estás es arriesgado y espinoso como ningún otro.

—¿Cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí?

—Siguiendo tu camino. ¿Te das cuenta de que incluso en nuestra India muy pocos son capaces de recorrerlo de verdad?

—Un día tendré que abandonarlo absolutamente todo y entablar la lucha definitiva contra mí mismo —dije—. He vuelto a fracasar en el último intento. Se ve que no era mi momento. ¿Quién puede determinar los designios de nuestro karma? Tú, Goraknath, estás en el camino de la entrega. Haces el bien a los otros y eso es hermoso.

—También yo —confesó— soñaba un día con afanarme en la búsqueda más elevada: la del Yo. No hay gozo mayor que aquellos que despiertan a la realidad superior. Pero, mi buen compañero, supe ser consciente de mis limitaciones. Soy un buen sanador; hubiera sido un mal sadhu.

Rió abiertamente. Era un hombre que emanaba fuerza y armonía, siempre familiar, sin vanidad, sin infatuación.

Mis dos últimos días en compañía de Goraknath me procuraron las últimas indicaciones y consejos. Me habló del ayuno, la mezcla de hierbas, la preparación de infusiones y alimentos, y antes de despedirnos tal vez para siempre en este renacimiento, me dijo:

—Ananda, tú eres de naturaleza rajásica

120

. Hay hombres perezosos, pasivos, indolentes. Ellos son tamásicos

121

; se dejan llevar, su fuerza es escasa. Hay hombres que se han tornado sátvicos

122

puros. Han alcanzado la santidad, el equilibrio, la armonía. Son como lirios. Permanecen en su flexibilidad, pues como el lirio sabe plegarse al viento, ellos saben situarse más allá de todo conflicto. Hay hombres rajásicos, activos, incluso virulentos, con unas energías volcánicas. Ese es tu caso, tu naturaleza. Para bien y para mal tú tienes toda esa energía, esa extraordinaria fuerza parte de la cual consumes peregrinando. Tendrás que someter esa fuerza y reorientarla. Puede liberarte o abrasarte. Sé cauto, Ananda, porque conservas en ti mismo lo que puede quemar todas tus impurezas y emanciparte, o quemarte y esclavizarte.

Yo sabía bien la fuerza a la que Goraknath se estaba refiriendo. Era mi cielo y mi infierno, el suelo que me hacía caer y me ayudaba a incorporarme, la espada que podía salvarme la vida o quitármela. Era esa fuerza arrolladora que me impulsaba a caminar hasta quedar exhausto, que me arrojaba a los brazos de una mujer y me hacía vivir una pasión voraz, que se manifestaba a veces en mí tan violenta que me hacía volcar en todos los planos de mi ser. Esa fuerza que yo quería invertir y gastar, que era pasión y apego, deseo y esperanza. Era la fuerza de mi búsqueda y la fuerza de mi incertidumbre, la fuerza de mi carne y la fuerza de mi ansia de trascendencia. Cambiante, caprichosa, irresistible, tenía que luchar denodadamente contra mí mismo para someterla y dirigirla. Era el océano dentro de mí, el huracán, la potencia de la vida que yo quería refrenar. Un sadhu contra sus deseos, sus pasiones, sus apegos. La violenta contienda entre el hombre cotidiano y el hombre real, entre lo ilusorio y lo genuino, entre el samsara y el nirvana. Y el secreto no está en destruir, sino en orientar; no está en constreñir, sino en expandir, no está en apagar los sentidos, sino en encenderlos y poderlos dirigir como a los más veloces corceles hacia lo eterno, lo innombrable.

Amanecía. Goraknath a mi lado. Ambos en silencio. ¿Qué son las palabras sino una prostitución de los sentimientos? Un abrazo. Una separación siempre dolorosa aunque sabemos que ningún encuentro ni ninguna separación tienen lugar verdaderamente. Sadhu, camina.

Sadhu, mueve tus piernas, alerta tu mente, sigue tu búsqueda. Sadhu, esa es tu vida, otra forma de ser, otra manera de utilizar tu presente ciclo. Sadhu: un minúsculo punto en la inmensidad de una tierra vieja y vapuleada. Viniste solo a este mundo y solo habrás de abandonarlo. Apegarse es la oscuridad, la negligencia. Tu libertad interior es la meta, la recompensa, el don de todos los dones, el tesoro incomparable. Haz de tu vida un verso de trascendencia, una súplica al Brahmán, un himno a la Totalidad. El cuerpo renovado, el caminar presto, la mirada en la lejanía. Vamos y sin embargo nunca nos movemos; hacemos camino y no obstante siempre estamos; ansiamos la libertad y somos libres desde siempre.

Capítulo 42

En dos ocasiones el mismo hombre me había salvado la vida en esta existencia carnal. Dos veces había presentido mi proximidad y sabiéndome en peligro las dos veces me había ayudado a sobrevivir. Hamsa, ese hombre impresionante que se decía de todas partes y de ninguna, con una mente excepcionalmente intuitiva, conocedor de universos superiores y los más secretos rituales drávidas, capacitado para penetrar regiones invisibles, sabedor de fórmulas sagradas y poseedor de una poderosa fuerza psíquica. En su paladar yo había visto hacía muchos años la pequeña esvástica propia de los magos de la estirpe drávida, ¡y cuántos años habían pasado desde aquella primera vez! Nunca supuse que podría volver a verlo, pero ¿quiénes somos nosotros para suponer? Sólo debemos esperar lo que sucede: he ahí la medida más sabia.

Me encaminé hacia la cueva en la que Hamsa había dado comienzo hacía años a su eremitismo. Tenía mucho que hablar con él, pedirle consejo, consultarle. Ahora mi cuerpo estaba en muchas mejores condiciones, circulaban con libertad mis aires y energías, me sentía rejuvenecido y fresco. Pero mis ideales se habían resentido desde hacía tiempo y estaba cansado de peregrinar, buscar, meditar, anhelar. Estaba cansado, interiormente cansado, marchitas las ilusiones, quebrada la confianza. Me preguntaba si durante un tiempo debía suspender mi búsqueda, si no habría fracaso en ella, si no traicionaría las ilusiones que mi bisabuelo y otros muchos habían puesto en mí. Tal vez la carga que colocaron sobre mis hombros era demasiado pesada. Tal vez ellos y hasta yo sobrevaloramos mis aptitudes y posibilidades. No es fácil estar a la altura del objetivo propuesto. Yo podía haber sido un profesor de universidad, propietario de una librería, incluso un sacerdote encargado del templo; pero un buscador tras la Perla Dorada era una empresa demasiado ardua, que exige una impresionante responsabilidad. Ahora

dudaba. Se generaba en mí una gran lucha. Una voz me decía:

«Abandona, Ananda, vuelve a ser Devendrenath. Todavía puedes volver a casarte y tener hijos, y pasar una grata vejez». Otra voz decía: «Tú serás Ananda hasta el final, el sadhu errante, el yogui que no dejará su búsqueda más que si sobreviene la muerte. Naciste para ser un sadhu, vivirás siendo un sadhu y siendo sadhu hallarás la muerte». Estaba desconcertado. Mi cuerpo funcionaba, sí, pero mi discernimiento estaba confuso.

He tenido la gran fortuna de nacer con cuerpo humano, me decía una vez más; he nacido en el seno de una familia religiosa y desde corta edad he escuchado la enseñanza y he asumido el Dharma; aunque con un cuerpo antes débil, he logrado emprender mi peregrinación y tener la suerte enorme de hallar maestros y elevadas gentes espirituales. ¿Cómo puedo ahora abandonarlo todo? ¿Podría yo ser feliz con una esposa y varios hijos? Una voz profunda me decía que nunca lograría serlo y otra más sutil me decía lo contrario y me tentaba con una existencia plácida, sin denodados esfuerzos, sin tener que vagar y vagar del amanecer al anochecer, sin volver a mendigar, sin ser despreciado por muchos y objeto de burla para otros.

Esperé a que Hamsa saliera de su honda meditación. Cuando hubo vuelto en sí, me abrazó sin decir palabra. Salimos al exterior. Hacía un día hermoso y claro. Nos sentamos sobre la hierba. Miré a Hamsa. En seguida me llamó la atención que el brillo y potencia que antaño habían estado en sus ojos habían cedido ahora a un destello de sumisión y profunda humanidad. Todo su rostro se había ablandado, humanizado. Hasta su palabra era menos enfática y sus ademanes menos hoscos. Sus movimientos eran armónicos y sus manos se movían con ductilidad.

—Ananda, te veo con un aspecto estupendo. Mi buen amigo Goraknath ha conseguido otro de sus prodigios. Pocos como él saben manipular las energías del cuerpo, operar sobre ellas.

Me miró con la sonrisa en los labios. Se le veía profundamente satisfecho de que hubiera vuelto a visitarle.

—Háblame de ti, Ananda. Tienes tanto que contarme. Aunque como tú sabes, nada hay en realidad que debamos saber y no sepamos. Todo aquello que no sabemos, tal vez es porque no era todavía útil que lo supiéramos. Pero dime, ¿qué ha sido de ti en todo este tiempo?

Hablé durante horas, le puse al corriente de toda mi

peregrinación, de mis incursiones en el samsara (mi matrimonio, mi relación con Lilavati), mis esfuerzos para crecer interiormente y también mis dudas y vacilaciones, mi desfallecimiento.

—Y ahora me encuentro en un momento difícil. De nuevo, Hamsa, siento la llamada de una vida sencilla. Tal vez quiero sentir una vez más las engañosas pero frescas aguas del samsara, su futilidad, su trivialidad. Quizá quiero una vez más demostrarme a mí mismo toda su insatisfactoriedad: tal vez no he tenido suficiente, tal vez todavía pienso en esa otra forma de vida con cierta nostalgia. Sus efímeros placeres atraen al sadhu cansado y envejecido, un poco desesperado sí, siempre creyente en la Enseñanza (¿cómo poder dudar de ella?), pero demasiado escéptico ya con respecto a las propias fuerzas y capacidades.

Hamsa cogió mis manos entre las suyas, como para infundirme energía y ánimo.

—Te comprendo, Ananda. Te comprendo muy bien —había en sus palabras la convicción de antaño, su seguridad, y, a la vez, una agradable ternura, una especie de reconfortante ingenuidad—. Te comprendo porque finalmente yo pude comprenderme. Después de que te marchaste, durante años seguí enredando en mis poderes, mis habilidades hiperconscientes, mi búsqueda de lo ultrasensorial. Las aprovechaba para ayudar a los otros, es bien cierto, jamás en beneficio propio. Pero gozaba con esa fuerza, con el poder que residía en mí, con la capacidad de mi vigorosa energía. Era como un juego. Y aún el jugador más distante y desapasionado termina implicándose en el juego. Me divertía, sí, me divertía. Tenía curiosidad, me halagaba mi poder, me creía más fuerte que los mismos dioses. Y cada día estaba más atrapado por la maya. Mi ego crecía como la ola en la tempestad, como el gran nubarrón, como el curso del río con las copiosas lluvias. Me gustaba sorprender a los otros y sorprenderme a mí mismo. Amigo Ananda, ¡qué vanidad, qué orgullo, qué desmedido afán de asombrar a los otros! Empecé a jugar y a jugar y a jugar. Pero un día mi mejor amigo enfermó. No era nada de gravedad. Un ligero ataque al corazón. Allí estaba yo, como el deva más poderoso. ¿Qué era aquello para el mago Hamsa? Bastaba con que yo le transfiriera parte de mi energía y él se recuperaría. Eso pensé, pagado de mí, lleno de orgullo. Pero, ¿sabes lo que sucedió, Ananda? Mi mente no podía sujetarla, mis energías estaban bloqueadas, veía cómo mi amigo se iba desencajando y poniendo morado hasta finalmente morir. Este estúpido mago, con toda su soberbia y toda su fuerza, no había sido capaz ni de prolongarle la vida un suspiro. Me sumí en una honda desesperación. Lo importante, pensé, no es manejar las fuerzas del universo. Hasta los

animales son capaces de conocimientos y habilidades de los que nosotros carecemos. Lo importante es, tú lo sabes bien, conocer el significado de la existencia, saber qué es esta vida que durante un tiempo se pone en nuestro cuerpo, hallarle un sentido a este proceso, a este tránsito.

Ahora había un tono de tristeza en sus palabras.

—¿De qué puede servirme conocer secretos que otros desconocen si no he descifrado el gran secreto de la vida? ¿En qué puede aliviarme saber de enigmas si no he resuelto el gran enigma que soy yo mismo? ¿Qué me ha reportado poder descifrar antiguas fórmulas, yantras y mandalas, si continúo sin descifrarme a mí mismo?

—Comprendo muy bien lo que dices. Me quema mi ignorancia, mis limitaciones, la densa capa de maya que cubre mis ojos perezosos.

—Me hice ermitaño —agregó como si ni siquiera me hubiera escuchado—. Me dije a mí mismo que bastaba ya de enredarme en fenómenos más sutiles que los otros pero igual o aún más peligrosos. «¡Basta Hamsa! —me dije— ¿es que quieres morir en la oscuridad en la que has vivido?» Lo más difícil es someter el ego. Para mí fue sencillo dejar mi mente preparada como el más hábil arquero tensa el arco; fue sencillo regular las energías de mi cuerpo sutil; incluso pude con facilidad prescindir de horas de sueño y de la mayoría del alimento. ¡Pero el ego! Entonces descubrí que no me bastaba con ser un ermitaño. Quería ser el mejor, más resistente, más sabio ermitaño. ¡El ego! Él es el causante de todo mal, de toda división, de todo odio, de toda transgresión de las leyes naturales. ¡El ego! Es como el velo que aparta y oculta el ser; es el denso nubarrón que impide la visión del Brahmán. Es el acumulador de ignorancia e ilusión, es la pantalla que refleja fenómenos inexistentes y nos aparta de lo Real.

Tenía la mirada invertida. La expresión muy circunspecta. La voz era espesa.

—Por el ego los amantes que más se quieren se enfrentan entre sí, compiten, se hacen jirones. Por el ego los padres disputan con los hijos y los hijos con los padres; los matrimonios se marchitan como una flor, las familias se desgajan y los hermanos viven en la incomprensión y el rencor. Por el ego, todos creen tener razón y son como niños jugando a ver quién es el más alto. Por el ego decimos palabras sin sentido, nos mostramos insensatos, hacemos de la vida una larga noche de embustes y miserias. Perturbados estamos por el ego, vivimos en la negligencia por el ego y preferimos el dudoso regocijo

del ego al firme gozo de la sabiduría Suprema. Y sin embargo, mi querido Ananda, ¡cuán difícil es liberarse de ese enemigo sin rostro! Siento el ego, pero me cuesta comprender mentalmente qué es el ego.

Hizo una pausa, rió automáticamente y agregó:

—Hay una historia curiosa. En una ocasión el pez le preguntó a la tortuga que estaba en la orilla del río: «¿Qué es el agua?» La tortuga repuso: «¿Cómo voy a explicarte qué es el agua? Es lo que hay por arriba, por debajo y por los lados de ti; vives en ella, en ella naciste y en ella morirás; está dentro y fuera de ti, te alimenta y te mueves a través de ella, y, sin embargo, me pides que yo te explique qué es el agua». Así me sucede, Ananda, con el ego. Está aquí en mi ser, pero cuanto más lo busco más se pierde.

—No puedes, Hamsa, superarlo a través de la mente —dije—. Ella también es el ego y si quieres servirte de ella para atraparle, es como pedirle al ladrón que se haga policía para atraparse a sí mismo.

—Cierto, Ananda. Por eso estoy aquí. No ansío mi mente; ansío mi atmán. Y en este lugar he hallado una senda. ¿Me llevará a la luz, me llevará a la oscuridad?

Durante unos días estuve en compañía de Hamsa. Meditábamos durante dieciocho horas, pero yo me notaba incapacitado para la interiorización. Él en cambio se volvía como un trozo de madera: insensible al exterior. Estaba en sí mismo, en regiones profundas, en insospechados planos de la mente. En su rostro había una expresión de paz imperturbable y en sus labios una ligera sonrisa de gozo. Aproveché aquellas horas de meditación no para saborear las aguas límpidas de mi atmán, ni para escalar las cumbres de mi intuición, sino para estudiar y reflexionar sobre mis pasos a seguir a partir de ese momento. ¿Dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo estaban mi ánimo y mis fuerzas espirituales? Estuve pensando durante muchas horas qué determinación tomar. Quería hablar de ello con Hamsa, recibir su consejo.

—Hamsa —le dije—, siempre existen en mí dos rostros diferentes y difícilmente conciliables. En ocasiones uno supera al otro, y a veces es al revés. Uno mira hacia la Búsqueda, hacia el más elevado y sublime horizonte, hacia lo suprasensorial, lo suprasamsárico. El otro, en cambio, tiende hacia la vida misma, la cotidianidad, los fenómenos con toda su grandeza y todo su dolor. Cuando sucede así, penetra en mí un deseo de complementariedad, de desarrollar mi ser integral, de ser capaz de mantenerme un místico y a la vez un hombre de acción;

un contemplativo y un hombre de casa. Poder estar en todo y en nada, probar el veneno y aún convertirlo en néctar, pasar por el fuego sin quemarme, estar a la vez en lo fenoménico y en lo suprafenoménico.

—Te entiendo —me interrumpió Hamsa—. ¿Cómo no voy a entenderte? Hay en ti un afán de no limitarte en nada; de ir hacia el hombre integral, aquél que puede asumir los extremos y aun estar en el medio. Pero, Ananda, difícil alternativa. ¿Conoces algún alfarero que no se manche con la arcilla? Es muy difícil estar en todo y no dejarse afectar por nada.

—Tengo cincuenta años, Hamsa, y, ya ves, hay un torrente de fuerza en mí que me parece que estoy de nuevo correteando de niño por las calles de Benarés. Y sin embargo, me noto cansado de esta búsqueda. Es como si mi oasis interior se estuviera quemando.

—Deberías volver un tiempo a la vida común —afirmó Hamsa—. Así es nuestra vía: tortuosa, ascendente y descendente, más sinuosa de cuanto pueda pensarse. Pero siempre va hacia la Meta. Lo importante es no detenerse. Pararse definitivamente sí es el más grave de los peligros que nos acechan. Caminar es lo esencial. A veces por entre los precipicios dorados de la pasión; otras por los apacibles valles de la contemplación; otras por los encrespados montes de la competición; otras por las mullidas y refrescantes praderas del abandonarse. Pero sin detenerse en nada, siempre se llega a la meta. ¿Una vida? ¿Cien vidas? Lo importante es proseguir, y hacerlo bien despierto, sin negligencia, sin autoengaños. Nosotros estamos al margen de las vacuas leyes ordinarias. Nosotros somos nuestra propia ley, y nos dice: no hagas daño a ser sintiente alguno y peregrina hacia la suprema Sabiduría.

Mientras me observaba, guardó unos instantes de silencio. Después preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Tal vez, como tú dices, regrese un tiempo a la vida cotidiana. Descansaré, dejaré de peregrinar durante un tiempo, pero tengo miedo, Hamsa, temo por mí. Me inquieta ese rostro mío que mira hacia el samsara y se divierte contemplándolo. Después tengo la necesidad (que se ha hecho muy fuerte en estos últimos meses) de conocer otras religiones distintas a la nuestra, otros sistemas, otros métodos. Hace muchos años, en compañía de mi buen padre, conocí un lama, llamado Tashi, que tenía su monasterio en el Tíbet. Me habló de temas y técnicas que dejaron en mí un hondo recuerdo. Tal vez

vaya allí y viva un tiempo en ese monasterio. Después me gustaría ir a un país que siga lo más fielmente posible la enseñanza del Buda y conocerla de primera mano. Pero en fin…

Dejé inconclusa la frase y me encogí desorientado de hombros.

—Me gustaría saber qué es de Mashi y de Gupta. No tengo otra familia más que ellos. ¡Oh, Hamsa, esta gran fuerza y ansiedad que llevamos dentro y nos quema, emborracha y anega!

—Así es, Ananda, así es. Quiero decirte algo, algo importante.

Colocó su mano sobre mi hombro y dejó sus ojos en lo más profundo de los míos.

—Tú tienes una fuerza muy poderosa. Lo supe desde el primer día. Eres un gran emisor. La fuerza está en todo tu ser, pero es tan vigorosa que puede arrasarte. Haz lo que creas conveniente, pero alguna vez debes visitar a un hombre muy especial. Es un siddha-acharya, seguidor de Matsyendranath y descendiente de los 84 siddhas, grandes sabios, conocedores de las energías ocultas residentes en el cuerpo sutil humano. Este hombre puede hacer mucho por ti, para que finalmente tus energías se reorienten definitivamente hacia la Totalidad. Es un tantrik

123

. Él sabe de los diversos caminos y técnicas y sabrá cuál te conviene. Si algún día le ves dile «los héroes están despiertos» y él te atenderá. Vive en una montaña cerca de Madurai. Tiene muy pocos discípulos. No dejes de visitarle, sobre todo cuando sientas que tus energías son como felinos mordiendo todo tu cuerpo. Kundalini es caprichosa cuando no la dominamos perfectamente y los pranas (y más tú que los has robustecido) son como dientes afilados. Tú, Ananda, estás lleno de fuerza, vehemencia, ansiedad. Esa fuerza podría destruirte, pero también puede ser la que te haga escalar las más altas cumbres del espíritu. Te deseo todo lo mejor, mi buen amigo.

Me llené de emoción.

—¿Cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí? Siempre has sido providencial. Te he echado de menos durante años y siempre estarás dentro de mí. Tú y yo no somos dos yoes; somos uno. Eres el hombre más magnífico que he encontrado… y el más sorprendente, no cabe duda.

Soltó una gran risotada, como las de antaño.

—No estropees mi tarea, Ananda. Recuerda: el ego es el más implacable de los enemigos.

Dejaba a Hamsa en su cueva de meditación. Una vez más me despedía de él, tal vez para siempre en esta reencarnación. Todo es transitorio, efímero. Querer atrapar lo inatrapable es un sueño necio y mortificante. Querer prolongar lo que por sí mismo tiene que concluir es la quimera de la negligencia. En aceptar lo inevitable está parte del gran secreto. Sólo nuestro crecimiento interior es ilimitado. Por eso él nos puede atormentar, aún enloquecer, pero jamás defraudar por su limitación.

Caminé durante muchas semanas. No medité durante ese tiempo. Me dediqué a observar fuera de mí mismo, a mirar en el exterior, sin juzgar, sin aprobar ni desaprobar, como si todo formara parte de la sustancia de un sueño. Yo era espectador que no se involucra y tal estado surgía en mí sin proponérmelo, con toda naturalidad. Sin embargo, sabía en todo instante, y también sin que fuera un proceso intencionado, que tenía que asumirme integralmente, desde mi nadidad a mi inmensidad, desde mi miseria a mi grandeza. Codo con codo caminaban dentro de mí mismo tortura y bendición, podredumbre y pureza, plomo y oro. Durante tiempo había tenido la urgencia de hallar al maestro de sabiduría, pero ahora intuía que no había llegado el momento. Habían cesado mis expectativas en ese sentido, y a veces, cómo voy a ocultarlo, me quemaba la fiebre de la existencia mundana, me reclamaba desde mis mismas profundidades, me abría engañosos caminos de supuesto placer que, como siempre, conservarían en sí mismos el germen del dolor. ¿Quién puede —volvía a preguntarme— comerse el cebo sin tragarse el anzuelo? ¿Quién puede tener la habilidad de ser como la abeja libando sin ajar los pétalos de la flor ni matar su fragancia? ¿De nuevo nacía en mí la fascinación del samsara: esa feria de estruendo y fuegos de artificio que te envuelve como la más densa tela de araña? Me había propuesto un camino del medio que de alguna forma, dada mi naturaleza, me hacía pasar por los extremos y asumirlos. Yo era un sadhu, pero a veces también se manifestaban en mí los rostros y tendencias del más empedernido jugador, del más ladino hombre de negocios, del más insaciable seductor, del campesino y del alfarero, del padre de familia, del vendedor de exóticos perfumes y del adivino de enigmáticos presentimientos. Yo era todos ellos de algún modo y, sin embargo, yo no era nadie sino el Todo, nada sino el Océano. Era como si todavía quisiera arrancarle al samsara nuevas satisfacciones e insatisfacciones, como si todavía no hubiera llegado a esa última gota de misterio que

se adhiere a la copa. Y a medida que me aproximaba a Benarés, una voz me decía con mayor sonoridad que, una vez más, debía introducirme en la vida cotidiana, en ese proceso que es como la arrolladora corriente del río: te sumerge y te eleva para volverte a sumergir, y eres arrastrado de acá para allá como la hoja por el viento. Unas veces cabalgas sobre las aguas y otras veces las aguas cabalgan sobre ti. Esa resaca diaria donde salta la rutina y la sorpresa, la alegría y la desesperanza de los hombres que en ella permanecen. Ese balanceo es más peligroso si te descuidas que la más adormecedora y engañosa de las drogas. Ese balanceo te hace negligente, te emborracha, te hace olvidarte de ti mismo, atrofia tus sentidos. Sólo aquel que vigila, que siempre está en vela, que se alerta a cada instante, puede no sucumbir al sueño, a la indolencia, al torpor que produce el balanceo. Y yo ahora, sadhu gastado y cansado, quería entrar de nuevo en la resaca, luchar contra ella más que contra mí, y también ensayar, ponerme a prueba, incidir quizá en los mismos errores. Tenía la íntima convicción de que por buscar el rostro de la dicha hallaría de nuevo el de la amargura. Pero así es esta vida y así es este yuga

124

: caprichosamente nos somete a un juego de luces y de sombras.

En las cercanías de Benarés ya abundaban los peregrinos que diariamente acuden a introducir sus cuerpos en las aguas del Ganges. Muchos de ellos, cansados y decrépitos, hacían su última peregrinación, con el deseo de que las cenizas de su cuerpo se fundiesen con el río que encuentra su fontana en el mismo Shiva. Disfruté del momento. Estaba emocionado. ¡Benarés de nuevo! Antes que nada, como en otras ocasiones, corrí hasta los ghats y dejé que mi cuerpo penetrase una y cien veces en las aguas del gran río. Y el sadhu no rezaba ni repetía mantras ni invocaba a la Divinidad. Reía como un niño alborozado, zambulléndose una y otra vez, jugando con Shiva, de igual a igual, en tanto el humo de los cuerpos incinerados opacaba ligeramente los rayos del sol en el firmamento.

Capítulo 43

Caminaba por las calles de Benarés, en dirección a mi antiguo hogar. Otra vez me hallaba en mi amada ciudad, la más santa de la India, la ciudad de Shiva. ¡Cuántos años habían pasado desde aquella ocasión en la que mi padre, los ojos llenos de lágrimas por la emoción, me hablase sobre nuestro pueblo! Fueron sus palabras: «Devendrenath, haz un esfuerzo por despertar vivamente a todo lo que te rodea.

Siéntete en comunión con tu gente, con tu pueblo. Somos un pueblo materialmente pobre, pero muy rico espiritualmente. Nuestro pueblo ha engendrado más hombres espiritualmente elevados que todos los pueblos de la tierra».

Y uno de esos hombres anhelaba ser yo; en uno de esos seres elevados quería convertirme, pero nada me era fácil y, a veces, la maya me emborrachaba con más fuerza que incluso al comienzo del camino. Así de ingenuos somos los hombres; difícilmente aprendemos. Disponemos de la certeza del camino, pero vacilamos al recorrerlo. Y no hay caminos fáciles en el universo del espíritu; ni caminos cortos; ni ninguna suerte de atajos para cubrir el sendero hacia nuestro paraíso interior.

Recorriendo las calles de Benarés me di cuenta de cuán fatigado estaba. Mi cuerpo, sin duda, estaba más fuerte y sano que nunca; mis energías fluían con mayor libertad que lo hicieran en los últimos años. Era mi espíritu el que estaba cansado y desorientado. Nunca me dijeron que mi búsqueda iba a resultar corta o fácil, nunca, ciertamente. Pero siempre pensé que a medida que avanzase en la vía, todo sería de alguna manera más sencillo. Sin embargo, a cada momento me era exigido un nuevo esfuerzo, un nuevo acto de voluntad. Mi naturaleza se rebelaba contra mis aspiraciones; mi rostro original gustaba de ocultarse entre las caricaturescas faces de mi personalidad. Era un constante balanceo entre el hombre real y el hombre aparente. Acudieron a mi mente unas palabras de mi glorioso maestro Swami Vicharananda:

«Muchas veces flaquearás e incluso abandonarás temporalmente tu búsqueda, pero un hombre que ha esperado seis meses a que yo hablase, sabrá esperar si es necesario toda una vida para establecerse en su real naturaleza».

Y ya hubiera yo deseado en ese momento tener en mí mismo la fe que me había demostrado mi amado maestro. Pero en tales instantes, y ya cerca de la que fuera mi casa durante años, dudaba de mí y de mis aspiraciones. Ya no era joven y, no obstante, tendría todavía que realizar los más grandes esfuerzos. Sabía que no podía regir mi responsabilidad. Sabía también que me quedaba un largo camino que recorrer y que tendría por fuerza que abocarme a la búsqueda interior en soledad. Había meditado durante muchos años y durante muchos años me había abismado en mí mismo, pero siempre durante una temporada. Tendría que llegar un día en que entrase en mí mismo durante quién sabe cuántos años, para romper la barrera de mi personalidad, para quebrar las redes de mi ego, para hallar el ser más

allá del ser y el signo más allá del signo. Jamás encontraría un maestro con la sabiduría y profunda humanidad de Swami Vicharananda. Recordaba sus palabras después de haber desoído sus llamadas, durante tiempo, embriagado por los encantos de Lilavati. Aquellas palabras que dirigió con todo cariño a este bobo sadhu:

«Ananda, yo también soy frágil, ¿cómo no voy a comprender tu fragilidad? Si no seríamos Devas, y no hombres. Nuestra grandeza está en encontrar la naturaleza iluminada que hay en todos nosotros a pesar de nuestra debilidad.»

Los cuerpos se apiñaban en las calles. Benarés es una ciudad congestionada y sucia, pero en toda ella reside una melodía de inefable e infinito. Desde la lejanía divisé mi antigua casa. El corazón saltó en mi pecho, la emoción me inundaba. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuánta nostalgia! ¡Qué enorme el vacío dejado por los seres queridos! ¡Qué hermoso y estremecedor el recuerdo de mi tía Kasturbai leyéndome el Gita y los Upanishads!

Llamé a la puerta. Apenas podía controlar un acceso de llanto, tal era mi honda emoción. Se abrió la puerta y apareció Vasanti, mi cuñada, dulce y pacífico el semblante, esbelta la figura, la sorpresa y la alegría en la mirada.

—Mi buena Vasanti.

—Mi amado hermano Ananda.

Y nos abrazamos, bajo el quicio de la puerta, el bullicio de la gente en la lejanía.

—Pasa, pasa, Ananda. ¡Qué alegría!

Me miró con detenimiento y tras unos segundos, gritó:

—¡Gupta, Gupta! ¡Ven rápido! ¡Ananda ha venido!

Seguido de una tropa de niños de diferentes edades, apareció mi hermano. Nada nos dijimos al vernos. Tan sólo nos abrazamos durante un tiempo prolongado, en tanto los niños jugueteaban llenos de curiosidad a nuestro alrededor.

Había lágrimas en los ojos de Gupta. Había una mezcla de dicha y melancolía en mi alma. Los niños me observaban y reían llenos de ingenuidad. Vasanti dijo:

—Ananda, querrás descansar. Hemos dejado siempre una habitación dispuesta para ti.

—Mi gratitud, Vasanti. No es descansar lo que quiero, pero sí me gustaría retirarme un tiempo para meditar.

—Sea como tú quieras —habló finalmente Gupta—. Yo seguiré mientras tanto con la clase. Ya ves, hemos conseguido nuestra escuela, Ananda. Estos amiguitos —añadió refiriéndose a los niños— están aprendiendo muchas cosas que desconocían. La India cambiará a través de ellos. Ellos mismos ya representan una nota de libertad e independencia.

En mi cuarto, y después de refrescar mis manos y mi cara con el agua fresca del cántaro, me sumí en meditación. La imagen de mi maestro aparecía insistentemente en mi mente durante los últimos días. Era como si quisiera recordarme con su presencia mi misión. Y de nuevo algunas de sus palabras salpicaron los abismos de mi mente:

«Aprende todo cuanto pueda serte útil, porque tu existencia terrena será larga y necesitará de todos los recursos para alcanzar la Meta. Las vías son numerosas, pero la Meta es una. Todos debemos asumir nuestro destino, pero debemos esforzarnos antes por descubrir cuál es éste.»

Después dejé mi mente en el silencio. El elocuente e inefable silencio de la meditación; ese silencio que representa un acallamiento de todos los procesos de la mente y que nos permite, más allá del tiempo y del espacio, experimentar el ser. No hay momento como ése, ni dicha tan embriagadora, ni solaz tan seguro. Cuando la mente es como un cielo límpido y despejado, el ser fluye con la misma soltura que el riachuelo se desliza montaña abajo. Nos absorbe, nos extasía, nos permite apurar todo su néctar, nos obsequia con sutiles mensajes que dejan su huella indeleble en el alma y un sabor de eternidad en el corazón.

Atardecía cuando abandoné mi estancia y me reuní con Vasanti y Gupta. Mi cuñada preparó una de sus deliciosas cenas. Me contaron muchas cosas: de Calcuta, de Benarés, de la escuela, de sus hijos…

—Pero, Ananda —dijo Vasanti—, háblanos de ti.

—No es mucho lo que tengo que decir —comenté—. Mi búsqueda exterior es un reflejo de mi búsqueda interior; mi largo peregrinar externo no es más que el resultado de un prolongado, prolongadísimo peregrinar interno. Voy allí donde puedo relacionarme con gente

interesada en la Búsqueda; allí donde hay un hombre santo o un hombre sabio; allí donde puedo sumirme tranquilamente en mí mismo para descifrar mi propio ser; allí donde hay un ashram u otros sadhus.

—Tu aspecto ha mejorado, Ananda —dijo Gupta con felicidad—. Se ve en ti una nueva fuerza física, un renovado impulso.

—Gupta —repliqué—, no es ahora la fuerza del cuerpo la que me falta, sino la del espíritu. Un sanador extraordinario restableció la salud de mi cuerpo, pero, ¿quién podrá infundir el vigor que necesita mi espíritu? Me siento cansado. Es un cansancio que espanta, porque me pregunto obsesionado si podré superarlo y seguir con mi indagación.

—Claro que serás capaz de seguir —me exhortó Gupta—. Tú estás destinado, mi buen hermano, a conseguir los logros más elevados de la espiritualidad. ¿Cómo flaqueas ahora, cómo desfalleces después de tantos años de ímpetu y de entusiasmo?

Sí, yo mismo me preguntaba cómo podía haber perdido mi fe y mi seguridad; yo que había convivido con los más grandes iluminados, con los más sagaces hombres del espíritu; yo que había sido iniciado a los grandes misterios del Ser, que había abierto las puertas de ignotas regiones del alma y hallado fértiles campos de sabiduría.

—¡Es tan difícil esta búsqueda, Gupta! A veces todo es claro y cristalino como el agua del más puro arroyo, pero otras todo es oscuro como el más macilento de los días. A veces sientes la tierra firme y agradecida bajo tus pies, pero otras, te sientes sobre peligrosas arenas movedizas. Hay voces internas que te alientan a seguir en la Búsqueda, a no ceder en la Investigación suprema; y hay voces internas que te dicen que se trata de una trampa, de un callejón sin salida, de una vana quimera. Hay momentos de paz inenarrable, de gozo infinito, de instantes tan plenos que te gustaría hablar todas las lenguas del mundo para poder decir en cada una de ellas el nombre de Dios; pero hay días, interminables días, de confusión, inquietud, amargura. Unas veces eres tranquilo como un niño, feliz como una ardilla en el bosque; otras, eres como un loco furioso y descontrolado, como un elefante enfurecido. Hay amaneceres, esperanzadores amaneceres, en los que sientes la palabra del Absoluto en cada flor, en cada montaña, en cada árbol; pero también hay anocheceres, solitarios anocheceres, en los que, atormentado, llegas a dudar incluso de la Divinidad y sólo ves el sufrimiento que hay por todas partes, el dolor interminable que esta existencia genera.

Me quedé pensativo. Se hizo un largo silencio. Vasanti dejó su mano sobre la mía y Gupta dijo:

—Por lo amargo descubrimos lo dulce, Ananda; por la oscuridad, la luz. Ningún camino es fácil, ninguno, pero mucho menos el que tú escogiste desde niño.

—Así es, Gupta —repuse—. Y no pocas veces he dudado de si debí escogerlo. Últimamente me siento víctima de mi propia elección, de mi propia ansiedad espiritual, de esta búsqueda a la que me invita mi alma, pero a la que a veces se niega mi mente. Lucho contra mí mismo, contra las fuerzas y tendencias ciegas de mi mente. Me pregunto si no hubiera sido mejor casarme, como tú, tener hijos, vivir para la sociedad en la que hemos nacido. Incluso me pregunto si mi decisión no es un acto de infinita arrogancia, si mi anhelo de convertirme en Dios no es una locura, si esta contienda despiadada contra mí mismo no es el mayor de los desatinos.

—Por Brahma, Ananda —me interrumpió Vasanti—, tú no debes hablar así. Tú sabes mejor que nadie que no hay empresa tan trascendental como la que tú te has propuesto.

—La duda —añadió Gupta— no debe ser un freno, hermano, sino un estímulo. La duda es enseñanza, es el fuego de la Búsqueda, es el fuego del esfuerzo hacia la luz.

»No debes desfallecer porque dudes. También nosotros dudamos. ¡Cuántas noches Vasanti y yo nos preguntamos si hacemos lo correcto, si es ésta la actividad que dignificará nuestra existencia! La duda no debe ser debilidad, sino fuerza. Sí, Ananda, estás cansado. Y no es de extrañar. Pocos buscadores hay tan fehacientes e implacables como tú. Tal vez te exiges demasiado; quizá no te estimas a la altura de tus propios ideales.

Vasanti había preparado un postre dulce y muy sabroso. Después nos sirvió una taza de té y, tras despedirse, se retiró a su estancia.

—Háblame de la escuela, Gupta —dije—. ¿Cómo van las cosas?

Sonrió levemente. Abrió por completo sus brazos y dijo:

—Me gustaría abarcar toda nuestra Madre India. Apenas podemos hacer nada en esta pequeña escuela; apenas podemos preparar a un puñado de muchachos. Se necesitarían escuelas, muchas escuelas en todo el país. Se necesitarían maestros, infinidad de maestros. Se necesitarían, sobre todo, vasos de leche para estos niños, en buena

parte desnutridos e infraalimentados.

Hizo una pausa y al comprobar que yo nada decía, prosiguió:

—Hemos trabajado mucho. Vasanti incluso enfermó de gravedad. Sí, creo que hemos hecho una buena labor, pero tan ínfima, tan diminuta.

—¿Sólo estáis Vasanti y tú para llevar la escuela?

—Así es. Antes nos ayudaba Gopi, la leprosa, pero ahora ella ha entrado en una fase avanzada de su enfermedad. Sí, estamos solos Vasanti y yo.

Gupta continuó hablando, pero yo ya no supe qué decía. Al escuchar el nombre de aquella mujer, un abismo se abrió en mi mente y, arrobado, tuve la visión de mi reencarnación como leproso, doscientos o trescientos años, en Persia.

»Me llamaban Ibn. Tenía treinta años y era un hombre seguro de sí mismo y altanero. Me buscaban las mujeres, me dejaba querer y no sabía querer, era promiscuo, sensual, irascible y fanfarrón. No había taberna o burdel que no conociera, frecuentaba a las cortesanas, gustaba de comer bien y del lujo. No era rico, pero tenía suficiente dinero para proporcionarme todos los placeres mundanos. Vivía de espaldas a Alá. Nada me preocupaban las cuestiones espirituales, ni siquiera las sospechaba. Cada día encendía con más intensidad mis sentidos y me esforzaba por saciar su sed. No respetaba a ninguna mujer. Tenía predilección por las desposadas, amaba el peligro. El juego era mi pasión más incontrolable. Jugaba a los dados, a las cartas, a todo juego de azar que me permitiese en horas perderlo o ganarlo todo. Cuando no trabajaba, vivía de noche y dormía de día. No tenía casa propia. Mi casa eran los burdeles o las casas de las mujeres conquistadas o la habitación donde nos habíamos jugado el resto de la fortuna, o un hediondo garito.

El caso era vivir y yo sólo llamaba vivir a aquella vida que llevaba, desenfrenada, y que era como una carrera sin término para procurar goce infinito a los sentidos. No eran pocas las ciudades en las que era notable mi fama de aventurero, jugador y mujeriego. Me habían amado las mujeres más bellas y yo me había amado a mí en ellas. Sólo yo me importaba. Los demás eran una idea, un instrumento de placer cuando más. Había renunciado a casarme y a tener hijos. Ansiaba la libertad, hacer de mi vida aquello que me viniera en gana, recorrer el ancho mundo, hacer de cualquier lugar mi hogar, de

cualquier mujer mi compañera durante unos días, de cualquier conocido mi rival en el juego.

Era conductor de caravanas. Era el más solicitado y mejor pagado. No había otro como yo en todo el país. Había desarrollado un sentido especial para conducir las caravanas, incluso aquellas más grandes y aún en las peores condiciones. Me elegían para los trayectos más prolongados y nadie dudaba de mi capacidad de mando ni de mi habilidad. Así yo me había convertido en el más orgulloso conductor de caravanas y me permitía fijar los precios más altos por mis servicios y aun desechar aquellos encargos que no me convenían. No sé si era un hombre feliz, pero sí, puedo decir que la existencia para mí era una continua diversión y aventura, y que a mis treinta años de edad me disponía a gozar más que nunca de las mieles de la existencia. Jamás pensaba en el fracaso, la enfermedad ni la muerte; jamás en el dolor de los otros; jamás en esos negros gigantes que a veces asolaban el país que se llamaban tifus, peste, hambrunas.

Estaba en el momento culminante de una partida de dados, todas las apuestas al máximo, cuando vino a buscarme el criado de uno de los más renombrados y ricos comerciantes. Su señor quería verme urgentemente. Le seguí por entre las abigarradas callejuelas de la ciudad. El comerciante vivía en una suntuosa mansión. Una vez ante él, me comunicó que quería nombrarme el jefe-conductor de una importante caravana. El viaje era muy largo: hasta Damasco. Sin embargo, la suma que estaba dispuesto a pagarme era la más elevada que jamás me habían ofrecido. Acepté de buen grado y durante los días subsiguientes aproveché para familiarizarme con todo lo referente al viaje y a la caravana. Estaba henchido de gozo. Con aquella suma de dinero podría dejar de trabajar durante muchos meses.

Sobrevino el día de la partida. Era la caravana más grande que nunca había dirigido. Transportábamos objetos de mucho valor y aprovechábamos para llevar con nosotros hasta Damasco a la hija del comerciante, una bellísima joven llamada Zaira. Su padre me dijo antes de partir: «Cuida de ella y tal vez, amigo, te entregue el doble de la suma que te he fijado. Ella es la gema más valiosa de todos mis tesoros, es la razón de mi vivir. Cuídala como si se tratase de ti mismo».

Por donde quiera que pasábamos la caravana causaba admiración. Tan extensa era. Y desde la primera noche de nuestra partida, en mis sueños comenzó a presentarse el rostro esplendoroso de Zaira, la hija del comerciante. Se convirtió en una verdadera obsesión. De día, de noche, sólo pensaba en ella. Me deleitaba recordando sus ojos

profundos, sus labios, sus mejillas, su cuerpo cálido y sensual. Zaira era la mujer más adorable que jamás hubiera conocido. Era una belleza incomparable y había en su mirada siempre una expresión de ausencia que aún la hacía más atractiva. Varias veces intenté entablar un diálogo prolongado con ella, pero todo intento fue inútil. Contestaba secamente, con monosílabos, y era evidente que no quería entablar amistad conmigo. Su dama de compañía me explicó el motivo: Zaira era esperada en Damasco por su prometido para desposarse. Y desde que la sirviente me hiciera esta confesión, la obsesión por aquella joven se hizo cada vez más intensa. Era como si fuera a enloquecer. En el fondo de mi carromato, pasaba los días sumido en una honda nostalgia. De nuevo intenté acceder al corazón de la joven, pero llegó un momento en el que incluso me prohibió, a través de la sirviente, visitarla. Mi corazón estaba en sombras; mi mente, a punto de la demencia. Era la primera vez que se me negaba y era, precisamente, la única que yo amaba. Hubiera dado mi vida por ella sin dudarlo un instante. Hubiera entregado mi fortuna por tenerla un segundo entre mis brazos. La deseaba y este deseo era una fiebre que me abrasaba a todas horas. Comencé a beber, a beber sin tregua. De nada sirvieron las advertencias primero y después amenazas de los que estaban a mi orden en la dirección de la caravana. Pasaba el día ebrio, queriendo quitarme a toda costa, pero sin conseguirlo, la imagen de esa mujer, su cuerpo esbelto y apasionante, sus manos de princesa. No podía dormir, no podía descansar, no podía poner mis pensamientos en orden. Estaba al borde de la desesperación: amándola a ella y detestándome a mí mismo, incapaz de reaccionar. Nunca había sospechado siquiera que la pasión pudiera ser tan poderosa, tan intensa. Deseaba morir, pero me faltaba, aún ebrio, el valor para pegarme un tiro en la sien. Me agarraba el alcohol, pero no había bálsamo en la tierra que pudiera curar mi inquietud.

Cierto día, recorriendo el extenso desierto, se levantó una terrible tormenta de arena. El viento era violento, huracanado. Yo, como días atrás, estaba completamente embriagado. Mis ayudantes se previnieron del peligro. Aquella tormenta no era como tantas otras; estaba tomando un cariz muy especial. Mi sirviente, un anciano kurdo que siempre me había acompañado en mis viajes, me advirtió: «Señor, se trata de una tormenta peligrosa. Siento el peligro en los poros de mi piel. Debéis tomar medidas». Pero yo seguía indolentemente tendido en mi carromato. Mis ayudantes coincidieron: «Tenemos que proteger la caravana cerrándola en círculos concéntricos. Bajo ningún concepto debemos proseguir». «Continuaremos», repuse. «Por todos los diablos de este mundo, he dicho que continuaremos». «Nos perderemos», dijo uno de los hombres. «Arruinaremos la caravana», dijo el otro.

«Terminaremos estando a merced de los bandidos, desorientados y desarbolados.» Y yo insistí en mi orden:«¡Continuaremos!»

La nube de arena era tan espesa que no se podía ver más allá de las propias cejas. Con enormes dificultades la caravana seguía hacia adelante, aunque poco a poco se fue perdiendo la alineación de los carros y camellos. La caravana estaba dividida. El aire era tan violento que apenas los camellos podían avanzar. Los corceles caían al suelo. Incluso los hombres más valientes temblaban de terror. En el último momento quise tomar el control de la caravana. Finalmente reaccionaba ante un peligro tan evidente, pero todo era inútil. Estábamos diseminados y perdidos. Durante horas sopló el viento, nos envolvió la arena. Pasada la tormenta, alineamos la caravana. No sabíamos qué dirección seguir. Habíamos perdido alimentos sólidos y líquidos, riquezas y jumentos. Incluso muchas de las armas que llevábamos para la defensa las habíamos extraviado. Mi anciano sirviente kurdo había muerto. La vida de todos nosotros corría peligro. ¿Hacia dónde ir? Avanzamos, sin saber hacia dónde, durante algunos días. Estábamos extenuados y éramos víctimas de la sed y el hambre. Y al sexto día después del desastre, reducidas nuestras fuerzas y nuestros ánimos, fuimos asaltados por un grupo de bandoleros. Aquellos hombres descubrieron a la bella Zafra. La mayor parte de ellos la tomaron. Fue un acto atroz. Cuando los hombres se fueron, Zaira se quitó la vida con su daga. Días después otra caravana nos halló y nos ayudó a ponernos a salvo. Pero yo había acabado como conductor de caravanas. Nadie jamás volvería a contratarme. Me juzgaron y me condenaron a recibir cien latigazos y perder la lengua. Mudo y rechazado, por primera vez en mi vida conocía el dolor. ¡Qué terrible descubrimiento! Había dolor. Dolor en todas partes. Y comencé a vivir, también por primera vez, el dolor de los otros a través de mi propio dolor. Me refugié en una pequeña aldea y aprendí el oficio de alfarero. Trabajaba muchas horas con mis manos (las manos que antes usara para acariciar cortesanas y lanzar los dados) y no quería pensar. Por mi culpa Zaira, la única mujer que yo amara, había muerto. Durante años me persiguió su imagen y su muerte. Transcurrieron los años y fui envejeciendo. Un día aparecieron unas manchas en mis manos y en mis piernas. Era la lepra. La enfermedad avanzó lenta pero inexorablemente. Por último, tuve que dejar de trabajar: mis manos se caían a trozos. Vivía de la caridad pública, de aquí para allá, mi cuerpo cada vez más deteriorado, despreciado por los otros. Esto era lo que quedaba del más afamado conductor persa de caravanas: un despojo humano. Pero mi corazón había florecido. Durante todos esos años de alfarero, había empezado a despertar la sabiduría del corazón y debo decir que no hay otra más elevada ni

más hermosa. Había empezado a querer a los hombres, a sentirlos como amigos, a compartir sus ilusiones y tristezas. Estaba perdiendo mi cuerpo, pero me estaba ganando a mí mismo. Con el paso de los años, mi rostro se estaba desfigurando. Todos huían de mí, del apestado; pero cuanto más me rechazaban ellos, yo más les amaba. Sólo encontré la ayuda y compañía de un viejo y sabio maestro sufí. Sirviéndole pasé los últimos años de esa mi existencia terrena. Aprendí muchas cosas de él: que no hay dos o más corazones, sino sólo uno; que en este mundo humano de mentira, amargura y traición, hay que despertar una clara visión que nos permita hallar un sendero de luz entre las tinieblas; que debemos desconfiar de las reglas de los hombres y con honestidad, construir nuestras propias reglas; que debemos rescatar la visión intuitiva e iluminar nuestro ser. Aprendí a no ser, para ser, y anhelando la verdad que nos convierte en reyes espirituales, abandoné mi decrépito y deteriorado cuerpo un amanecer, al lado del viejo maestro sufí, cuyos ojos eran tiernos y dulces como los de un niño, y cuya voz repetía a mi oído el nombre de Dios…

—Quiero conocerla —dije emergiendo de mi arrobamiento—. Sí, Gupta, quiero conocer a esa mujer.

Sin ocultar su extrañeza, Gupta repuso:

—Vive al otro lado del río. A las afueras. Te llevaré a verla cuando quieras.

—Mañana mismo —repuse con vehemencia.

—Es una gran mujer —comentó mi hermano—. Lástima de su estado.

Aquella noche dormí sobresaltadamente. Muchos rostros femeninos aparecían en mis entrecortados sueños: el de mi madre, mi tía Kasturbai, mi añorada mujer, Lilavati, Zaira y… Gopi. Gopi se presentaba sin rostro y era, sin embargo, el rostro más hermoso. Y ese nombre era como un mantra para mí, como una palabra sagrada.

Capítulo 44

He tenido Fortuna en las personas que he ido encontrando a lo largo de mi dilatada vida. Muchos me despreciaron, sí, o se burlaron de mí; algunos me agredieron, otros me insultaron, me vejaron, me negaron un trozo de chapati o criticaron mi forma de vida. Pero, Brahma ha sido generoso conmigo y ha puesto en mi camino maravillosas personas que fueron para mí aliento y fragancia,

inspiración, esperanza, culto a la belleza. Y entre esas personas ocupa un lugar muy especial Gopi, la leprosa, una mujer junto a la cual jamás podía uno sentirse solo. Ella volvía dulce el cáliz amargo de la vida, disipaba toda sombra de pesadumbre, era como una brisa tierna y aromática; era dicha y era paz; fue mi aurora, testigo de la Madre divina. Me devolvió la Fe, la seguridad. Era de una luminosa bondad. Sus palabras se me antojaban música divina. Su espíritu estaba sediento de infinitud. Rebosaba encanto, serenidad, comprensión.

Al amanecer, cruzamos el río en una barca. Gupta dijo:

—Es una gran mujer. Te gustará conocerla. Le quedan pocos años de vida, pero ella es inquebrantable. Aquellos que tienen corazón atribulado, acuden a ella y ella les ofrece solaz.

Vivía en una casa modesta, pero limpia, desde la cual se divisaba el Ganges. Era una mujer de unos cuarenta años, el cabello blanco como la espuma. Su rostro era de una hermosura religiosa. Había en sus ojos, a la vez aflicción y dicha.

Pero era su voz lo que llamó poderosamente la atención: pausada, consoladora, al mismo tiempo llena de Fuerza y de fragilidad. La lepra no había todavía dañado su rostro. Era su piel de una blancura aria. El terrible mal le había robado sus manos. Una venda ocultaba sus muñones.

—¿Entonces tú eres Ananda? —preguntó con inocencia.

—Ananda me puso mi maestro y bajo ese nombre pasaré toda esta existencia humana.

—Gupta me ha hablado mucho, mucho, de ti. Él te admira tanto. En su corazón también hay un Ananda.

—Me temo que no —dijo Gupta sonriendo—. Tal vez me falta el valor de Ananda.

—Cualquiera que sea nuestra misión, nuestro trabajo —dijo Gopi —, lo importante es vivir a la luz del amor y de la sabiduría.

—Amor y sabiduría —dijo nostálgicamente Gupta—. Son las alas del ave que no puede conducir el Alma Universal. Pero ¡escasean tanto ambos!

—No lo creas —replicó Gopi—. La verdadera riqueza no se exhibe como el oro y la plata. Está bien oculta. Son muchos los que se

arropan con la vestidura de la hipocresía, la ignorancia, el egoísmo. Pero también son muchos, Gupta, los que se deslizan sobre las olas del amor y la sabiduría.

Y dirigiéndose a mí:

—¿No lo crees tú así, Ananda?

—Madrecita —repuse—, me gustaría tener tu fe. Por todas partes he visto lágrimas y sangre, afán de venganza, noche de amargura, silencio de muerte. He visto mucha ignorancia, poco Conocimiento; mucho odio, poco Amor. Gentes que en nombre de su maestro y de su doctrina desprecian a los otros, les insultan e incluso les matan; mercaderes que explotan y denigran; guardianes que masacran a los prisioneros, les vejan, les someten a las peores abyecciones; maharajás que se aprovechan del pueblo y lo explotan sin escrúpulos; instructores espirituales que sólo piensan en llenar sus arcas, dicen lo que no sienten ni hacen, roban la fe y la ilusión; políticos que no se rebajan ante la belleza, la sabiduría o el amor, pero que se rinden ante la ignominia, la traición y la mentira con tal de conseguir sus fines; filósofos que traicionan su mente y su corazón o utilizan sus abstracciones y especulaciones para humillar a los otros, confundirles y utilizarles como fuego para inflar el propio ego; poetas que no cantan a la bondad o a la esperanza, sino a la perversidad y a la acrimonia; amigos que venden a los amigos; hijos que abandonan a sus padres, hermanos que guerrean entre sí. Me gustaría creeros, madrecita, pero al llagarse mis pies con los caminos de nuestra amada India, también se ha llagado mi ilusión, mi fe en la humanidad.

Se borró la sonrisa de su rostro. Lágrimas empañaron sus ojos. La sentí tan desamparada como el árbol en medio de una extensa planicie; tan desvalida como la hoja arrastrada por el viento.

—Injusticia, iniquidad, odio, rencor, miedo, desolación. ¡Oh madrecita!, ¿por qué vengo yo a decirte todo esto?, ¿por qué me atrevo yo a irrumpir en tu bendita soledad y mostrarte sin piedad una realidad brutal que me duele en el alma y me hace profundamente desdichado?

La sonrisa iluminó de nuevo su semblante:

—Ananda —dijo—, no todo es invierno. Hay también primavera. ¿Qué cara de la luna estás mirando? ¿Qué mar estás juzgando? El mar te da la sal, el frescor de sus aguas, alimentos, tesoros. Pero tú sólo verías en él los pescadores que se dejan la vida en sus aguas, los

barcos que naufragan, los niños que se ahogan en sus playas. Este mundo, Ananda, debe ser una meditación constante. Si estamos en actitud meditativa, a cada instante se nos revelan el amor, la sabiduría, la belleza, incluso la esperanza. El hombre es ignorante. Pero en su ignorancia todavía implora elevación, conocimiento, amistad. Es nuestra soledad, Ananda, nuestra soledad la que no hemos aprendido a llevar sobre nosotros. Mis ojos en sus ojos. Una energía mágica emanaba de ella y me envolvía. Mujer que no vacilaba, que era como una heroína invencible, prodigioso ser que aún lleno de heridas, era capaz de hablar de amor y de esperanza.

»Somos islas. Como islas venimos a este mundo y como islas nos vamos de él. Pero la soledad aterra al hombre que no ha hallado su esencia divina. Cree que puede compartir su soledad. Cree incluso que puede evitarla, pero es inevitable. Yo estoy sola; vosotros estáis solos. Pero gracias a esa soledad podemos hacer presente nuestro atmán. No hay que buscar a los otros para que nos amen, sino para amarles. Abatidos por la soledad, los hombres dan rienda suelta a su ignorancia en un torpe y brusco intento por escapar a ella, y no se dan cuenta que lo único que están consiguiendo es escapar a su naturaleza iluminada.

El sol iba trepando por el firmamento. El tiempo transcurría apaciblemente junto a aquella mujer. Pude observar que también en su cuello dejaba huellas indelebles su enfermedad. Y yo me sentí unido a ella y a su suprema inocencia y su vida se me presentaba como una flor de loto que nadie ni nada puede enturbiar. Desconozco si esa mujer me estaría o no predestinada, pero lo cierto es que nada más verla supe que me pondría incondicionalmente a su servicio hasta que ella desencarnase, que la adoraría como a una diosa, que daría mi vida por ella si hiciese falta, y que ni el espacio ni el tiempo ni la disolución de la forma podrían separarnos jamás. Ella era Shakti y a su lado yo me sentía Shiva y quería no la unión de los cuerpos, tan efímera, tan transitoria, sino la unión de los espíritus. Ella se convirtió para mí —debo decirlo— en una risa alborozada, en una semilla de fecunda creatividad espiritual, en el diminuto punto de luz que por sí solo vence a todas las tinieblas.

Volví a visitarla al día siguiente, y otro día y al otro… Y no hubo día en que yo no la visitara a ella y la esperanza, el néctar de la amistad, el júbilo, no me visitaran a mí. Estaba empezando a salir del letargo de mi descarga para fallecimiento. Gopi y yo leíamos las escrituras y hablábamos y hablábamos. Pero todo ello era al principio. Después ya apenas cruzábamos una palabra. No hacía falta. Una energía especial fluía entre nosotros y cuando se siente esa energía, ¿qué palabra puede expresarla? Meditábamos.

Asumíamos nuestra soledad de seres humanos y buscábamos al Brahmán en esa soledad; descendíamos en nosotros para ascender en él.

Los días seguían a los días y los meses a los meses. Al amanecer ya estaba yo junto a Gopi, divisando el Ganges a lo lejos. Y permanecía en su compañía hasta que el sol comenzaba a ponerse. La voz de su corazón era mi voz. Y aunque jamás nuestros cuerpos físicos se aproximaron, se unieron para siempre nuestros cuerpos sutiles. Nadie podrá quebrar ese vínculo, nadie. Y tal vez hubiéramos vivido siempre en ese delicioso transcurrir vital, si no hubiéramos visto aparecer un día al mensajero de la muerte. En su blanco semblante apareció la primera mancha, con la misma sencillez que la mariposa cruza ante nuestros ojos. Se encogió mi corazón, pero mi propósito se hizo más firme que nunca: acompañaría a Gopi hasta el mismo momento de su muerte.

—No te preocupes, querido mío —me dijo—. Antes o después, ¿qué más da? ¿No crees que cualquier día es como otro cualquiera para abandonar esta vestidura carnal?

Y lentamente, mientras yo con mi imaginación besaba la mancha aparecida en su rostro, recitó un versículo del Upanishad Prasna:

«*Quien conoce el surgir de la vida, como ésta se*

adentra en el cuerpo, cómo rige su quíntuplo reino

y el enlace que la une al espíritu, logrará vida eterna

sin duda, en verdad, logrará vida eterna.»

Unos días después, Gopi me decía:

—Ananda, querido Ananda, yo no debo representar una carga para ti. Has perdido ya demasiado tiempo conmigo. Debes seguir tu camino.

—Madrecita —repuse—, contigo he ganando todo el tiempo de este mundo; he ganado incluso mi afán del atmán. Desde el primer momento en que te encontré, supe que nunca me separaría de ti hasta que el último aliento pusiera término a mi vida terrena.

Mi relación con Gopi me había enseñado mucho. Había aprendido

a amar y no a negociar con el amor; había aprendido lo que es el auténtico servicio, la entrega, la compañía, la comunión entre dos seres. Ningún tesoro es comparable. Yo no la había deseado y por eso la había poseído; no la había buscado y la había encontrado; sin exigirle amor, ella me dio su amor. Yo había olvidado el atmán y volví a recordarlo, y había olvidado también que además de lágrimas de dolor también las hay de placer y de contento. Yo había olvidado la lección que me dieran tantos hombres sabios, y mi Dharma, y el sentido de esta vida, que no consiste en renegar de ella, sino en aprovecharla para nuestro perfeccionamiento y crecimiento interior. La ignorancia es como una avispa: puede picarte en el momento menos esperado, y entonces la ley divina se olvida y no distinguimos la piedra preciosa entre las gemas artificiales.

—Gopi —dije—, estaba desterrado de mi propio reino interior y mi asociación contigo me ha devuelto a él. Te llevaré siempre conmigo, incluso cuando ya no esté tu cuerpo. Tú no eres una carga; eres una brisa suave y hay en ti un gran poder que convierte el trueno y la tormenta en un espléndido y despejado amanecer. He comprendido que tu belleza jamás te podrá ser arrebatada. Es la belleza que trasciende, que está venturosamente más allá de todas las palabras y de cualquier limitación.

Gopi me miró con agradecimiento. Luego me dijo:

—Ananda, mi buen amigo, quiero peregrinar por última vez. Mi carne se cae a pedazos, insensible como un trozo de madera reseca. Quiero que mi última peregrinación sea de Hardwar a Badrinath. Deseo llegar al templo de Vishnú, en aquellas soledades montañosas, y ofrecerle el último suspiro de mi vida. Mis padres y mis abuelos, Ananda —me explicó—, eran fieles devotos de Vishnú. Toda mi familia ha sido siempre acendradamente religiosa y Vishnú ha canalizado todos nuestros sentimientos.

Y comenzó a hablarme sobre Vishnú, el preservador del mundo, aquel que nueve veces ha encarnado en avatar para regenerar la espiritualidad y que aún habrá de hacerlo una vez más como Kalki, avatar futuro, custodio de los planos más elevados del espíritu, Vishnú: origen de los cielos y de la tierra, el altamente bondadoso, enemigo de Yama

protector, creador del Riego, del sol, del amanecer.

Gopi entonó un himno al amoroso Vishnú:

—«Gloria al invariable, santo, eterno Vishnú, de naturaleza universal, el más poderoso de todos.»

—Madrecita —dije—, yo te acompañaré hasta Badrinath.

Se emocionó visiblemente. Guardó silencio. Sus ojos en mis ojos. Lleno de dolor, imaginé su cuerpo comido por la lepra. Estaba llegando a su fin en esta existencia terrena. Nuevamente volvieron a mi mente las indescifrables preguntas de entonces: ¿Por qué tanto dolor?, ¿por qué todas las criaturas sintientes estamos sometidas al sufrimiento?, ¿por qué nacimos una primera vez para quedar enganchados en la rueda de los incesantes renacimientos?

Fue como si ella adivinase mis pensamientos.

—No te tortures, Ananda —dijo—. Todos arrastramos nuestro karma y tenemos que quemarlo de una u otra manera. Las cosas son así: tan inevitables como que la noche siga al día o la sombra al cuerpo. Nada conseguimos con desesperarnos. Yo estoy llena de esperanza. La vida no es una tragedia. La vida es simplemente la vida. Un proceso, Ananda; el proceso de nuestra soledad. Nuestra inteligencia debe iluminarla; nuestro amor debe procurarle un significado. El proceso no es posible detenerlo. En tu corazón, Ananda, puedes hallar respuestas a tus preguntas; pero a través de la mente nunca las encontrarás. Deja que lo más íntimo que hay en ti te revele esa eternidad que no es una caverna oscura que deba sobrecogernos, sino un anchuroso espacio abierto que nos deleitará. Las aguas de la razón nunca terminan de perder su turbiedad, pero las del corazón son más cristalinas que el vacío mismo.

Unos días después, Vasanti y Gupta nos acompañaban a la estación del ferrocarril. Gopi y yo viajaríamos durante toda la noche en dirección a Delhi y después tomaríamos otro tren hasta Hardwar.

—Cuando este cuerpo muera —dijo Gopi—, incinéralo y guarda un puñado de sus cenizas para arrojarlo en el Ganges a su paso por Benarés. Benarés es como una flor delicada pero con un gran poder. Shiva le presta su alma y Benarés cobija a todos con su beso de muerte y de trascendencia.

—Así lo haré, madrecita —dije, en tanto yo me sentía como el ave a la que cortan sus alas.

De nuevo me sentía desfallecer. Incliné la cabeza y me sentí hijo de la amargura. Esta mujer que yo amaba languidecía a cada minuto. Su vida se escapaba lenta pero inexorablemente, y yo nada podía

hacer, ni siquiera otorgarle consuelo. Y curiosamente ella estaba infinitamente más viva que yo. ¡Los enigmas de la vida…! Años y años esforzándome por vislumbrar una respuesta y las respuestas no llegaban.

El cansancio venció a Gopi. Dormida, dejó su cabeza sobre mi hombro. ¡Era tan bella, tan reposante, tan pura! Mi mano temblorosa acarició su rostro manchado por la lepra. Una luminosa sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Había percibido mi caricia? Nunca podré saberlo, pero esa caricia sobreviviría, bien seguro, a nuestras terrenas existencias. «¡Shiva, ayúdala!», rogué, y junto con el traqueteo del tren, el mantra rebotaba en mi mente: «Om Namah Shivaia, Om Namah Shivaia».

Capítulo 45

Después de llegar en tren a Delhi, tomamos desde allí otro hasta Hardwar, una de las más santas ciudades de la India, puerta de Vishnú, por donde fluye majestuosamente el Ganges. En sus aguas, en el lugar llamado Hari-ka-Charan (los escalones conducen hasta el río), introdujimos nuestros fatigados cuerpos y dejamos que nuestras mentes se elevasen hasta Vishnú. En tal sitio reside una atmósfera muy especial, saturada por las vibraciones de los millones de fieles, sadhus, anacoretas y grandes sabios que lo han visitado desde hace siglos. Allí se celebra, cada doce años, el Maha Kumbha Mela, el más grande festival de la India, con motivo de cuya celebración los mahatmas y rishis recluidos en los Himalayas abandonan durante unos días su retiro para hacer sus abluciones a esta altura del Ganges.

La emoción embargaba el bello semblante de Gopi. En un hilo de tenue voz entonaba un kirtan a la Divinidad. Había fuego de fe en sus ojos. Los rayos del sol abrillantaban la piel manchada de su rostro. Decenas de cuerpo se apiñaban tomando el baño sagrado. Había niños, adultos, ancianos. Y en las gradas, personas leyendo las escrituras, practicantes de yoga, peregrinos, devotos y sadhus, después de las abluciones, Gopi y yo nos sentamos en las escaleras y dejamos pasar el tiempo. Aquella noche dormiríamos en Hardwar y al día siguiente partiríamos para Rishikesh.

Habíamos planeado hacer el recorrido desde Hardwar a Badrinath a pie, en *tonga*

y en burro. Yo temía por Gopi.

La lepra había comido parte de sus pies y caminaba con dificultad. La carne, insensibilizada, se desprendía de su cuerpo hecha trozos. Pero el coraje de ella era admirable. Sentados en las gradas, bajo un sol abrasador, me dijo:

—Todo, Ananda, podemos convertirlo en instrumento de realización, incluso las cosas más dolorosas. El sufrimiento nos avisa, nos amonesta. La vida es engañosa, pero el sufrimiento nos devuelve a la realidad. Hay que encararlo con valor y agradecerlo incluso, porque de algún modo él estimula nuestra búsqueda, nuestro peregrinar interior. Tú sabes bien, Ananda, que la borrachera de nuestra mente consiste en la identificación con nuestro cuerpo. Nos creemos el cuerpo y así no somos capaces de experimentar nuestro Yo más allá de él. El cuerpo se convierte así en una cárcel, un obstáculo, una droga que nos alucina y nos hace ignorar nuestra propia identidad.

El sol resplandecía en el centro del cielo. Nuestros cuerpos se habían secado. Algunas personas se sentaron a nuestro alrededor y escucharon las palabras de Gopi. En India esto es natural: todo el mundo quiere compartir las palabras y conocimientos de los otros.

—Nuestro ego —prosiguió Gopi— es la oscuridad; nuestro Yo es la Luz. Nuestro ego es la pantalla que nos impide mirar a Dios cara a cara; nuestro Yo es Dios en nosotros mismos. Nuestro ego acumula ignorancia; nuestro Yo es sabiduría perenne. Si escuchas tu ego, no escuchas tu Yo; si escuchas tu Yo has silenciado para siempre tu ego. El ego divide; el Yo es la unidad. Miras a través del ego y ves lo múltiple; miras a través del Yo y ves el Uno.

Colocó el muñón vendado de su mano sobre mi hombro, como para hacerse más sentir, como ansiando una mayor comunicación, una intimidad más profunda.

—Ananda, el ego es la esclavitud, pero el Yo es la bienaventuranza. Creemos que somos nuestras vestiduras, pero ellas son un préstamo durante esta vida terrena. Sólo somos el Yo y para hallarlo, debemos renunciar a todo lo interior y a todo lo exterior y con la llama del discernimiento quemar las ilusiones y apariencias. Ahora, Ananda, siento este cuerpo como un vestido deteriorado que debo abandonar, como la serpiente abandona la camisa de su piel. Una mente sapiente es aquélla que se empeña en viajar de lo irreal a lo real; pero, querido mío, cada vez el hombre, en este terrible Kali-yuga, se aparta más del saber de Brahma, de la clara visión de los avatares, y se aboca al precipicio de la ignorancia. Pero no dejemos que el corazón se mancille de tristeza; no veamos el lado oscuro de las cosas, si el otro es brillante como el más puro de los diamantes. En todo hombre reside el Brahmán, ¿cómo entonces desesperar? Cuanta más maya prevalezca en este mundo, más deben los aspirantes esforzarse por hallar ese ser real que otorga sosiego y felicidad.

Al atardecer acudimos al templo y pasamos la noche en casa de unos parientes lejanos de Gopi. Muy de mañana, cuando ni siquiera el sol había comenzado a despuntar, éramos Gopi y yo dos caminantes solitarios en dirección a Rishikesh. Gopi caminaba con dificultad y yo la ayudaba cuando me era posible. Hicimos un trecho del camino a pie y luego alquilamos durante otro trecho una tonga. Dormimos esa noche a media distancia entre Hardwar y Rishikesh y al día siguiente, al anochecer, llegamos a la localidad que antaño fuera lugar preferido de sabios y ermitaños. Todavía en esa época había buen número de renunciantes en los bosques y en las cuevas y sobre todo varios ashramas en los que se llevaba una vida simple y dedicada por entero a la búsqueda del Yo. Nos acomodamos en un ashram próximo al Ganges. Gopi estaba evidentemente cansada y se retiró en seguida a su celda. Yo asistí a la meditación y el sat-sang de la noche. Uno de los swamis disertaba sobre karma-yoga:

—La acción es preciosa si la ponemos al servicio no de nuestro egoísmo sino de nuestro ser real. Actúa correctamente y con honestidad, pero sin apasionarte, sin ansiar los resultados. Es la acción y el amor a la acción lo que verdaderamente es valioso. No hay ocupación insignificante. Cualquiera es la más importante del mundo si te entregas a ella misma con amor, si no te dejas encadenar ni por ella ni por los resultados, si no esperas recompensa alguna, si aprovechas el acto para despertar a una realidad superior.

Durante cerca de una hora el swami habló sobre el poder de la acción desinteresada. Después recitamos mantras y cantamos kirtans a la Divinidad. Por último, el swami principal impartió su bendición y respondió a las preguntas que los otros swamis o fieles le formulaban. Se trataba de un hombre fuerte, de vigorosa complexión, rostro carnoso y mirada que parecía suspenderse en el aire. A pesar de su corpulencia, sus movimientos y gestos eran lentos y delicados. Hablaba intercalando prolongadas pausas y de vez en cuando cerraba los ojos, como para concentrarse mejor en las respuestas. Alguien preguntó:

—Swamiji, ¿puedes hablarnos sobre el ser?

El swami sonrió con ternura. De sus labios se escapó prolongadamente y a media voz el mantra Om. Después dijo:

—El Ser no es para ser expresado, sino para ser sentido. No hay que hablar sobre el Ser; hay que ser.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Él permanece a través del pasado, el presente, el futuro. Es eterno; está más allá del tiempo. Él está dentro y fuera de nosotros, en todas partes y en ninguna. Está más allá del espacio. Si quieres ser, no eres, pero cuando no eres, eres. Si te dices: yo soy el cuerpo, o la mente, o las emociones, no hallas el Ser. Pero si te sitúas más allá de esos velos, puedes percibir el Ser. El Ser es Existencia, Conciencia, Dicha. Él lo impregna todo y no puede por nada ser impregnado. Si lo hallas, te convierte en un hombre libre en vida y la sabiduría brilla en ti como el más potente de los soles. Si no lo encuentras, estás de espalda al sol y tan sólo ves la sombra que tú mismo proyectas con tu ignorancia. Él no tiene forma, pero da origen a todas las formas. Sólo él es real. Fuera de él todo es maya, ilusión. Para percibir el Ser, es necesario desarrollar las perfecciones. Ten confianza; ten constancia; ten autocontrol; ten fortaleza; ten paz; ten vigilancia; ten discernimiento entre lo real y lo aparente; ten deseos fervientes de libertad interior. Ansía ser libre para siempre y confía en la sabiduría inconmensurable de su Ser.

De nuevo el mantra Om surgió a sus labios y parecía sobrevenir de lo más profundo de su estómago.

—Búscalo a través del Yoga —concluyó—. El yoga te proporcionará la visión suprema y tú sabrás que tú eres Él, el Ser.

Y el swami ordenó a otro de los swamis que leyese algunos textos del Kena Upanishad. Y en la sala resonaron las enseñanzas del Upanishad, que se me antojaron como un manto de cálida esperanza para este mundo desatinado y lleno de confusión.

—«¿Quién induce a la mente a vagar en pos de su designio? ¿Quién impele a la vida a iniciar su viaje? ¿Quién nos mueve a nosotros a expresar estas palabras? ¿Qué espíritu se oculta tras el ojo y el oído?...»

Sólo se escuchaba la voz del swami recitando el Upanishad. Todos permanecíamos absortos en aquellas palabras.

—«…Lo que no puede expresarse en palabras pero es causa de que las palabras se expresen, sabe en Verdad que es Brahmán, el espíritu…»

El swami principal había entrado en profundo samadhi. Era como si la vida hubiera abandonado su cuerpo.

En su rostro había una paz infinita.

—«…Lo que no puede pensarse con la mente, pero es causa de que la mente se piense, sabe en verdad que es Brahmán, el espíritu…»

En tales momentos también yo me sentí henchido de felicidad, e incluso pude contemplar sin ningún sentimiento de tragedia la muerte de Gopi y de todos los seres queridos. Morían sus tres vestiduras; física, emocional, mental, pero no su Ser.

—«…Lo que no puede aspirarse con el aliento, pero es causa de que el aliento se aspire, sabe en verdad que es Brahmán, el espíritu…»

Por último recitamos un mantra a Shiva y nos retiramos a dormir unas horas, ya que a las cuatro de la madrugada tendrían lugar los ritos matutinos.

Pasamos en el Ashram unos días. Gopi había aprovechado para meditar frente al Ganges y descansar. Aunque espiritualmente llena de fuerza, físicamente cada vez estaba más débil. Apenas podía ingerir alimento y a veces tenía fiebres tan altas que no podía dejar de alarmarme. Pero no quería hacerla desistir de su peregrinación. Había puesto todo su entusiasmo en alcanzar Badrinath, aunque yo me preguntaba cómo lograríamos recorrer aquella distancia. Un cálculo optimista me hacía pensar que tardaríamos quince o veinte días cuando menos y, además, el viaje se hacía cada vez más dificultoso a medida que se avanzaba hacia Badrinath, situado a una considerable altitud.

—Este estropeado cuerpo resistirá —decía animosa Gopi—. Él no puede defraudarme ahora.

Recorríamos diariamente algunos kilómetros. Dormíamos en cualquier parte que podíamos. Unas veces bajo el cielo raso; otras en una cuadra, en un ashram o en alguna cueva. Muchas personas se espantaban con la presencia de Gopi y no querían prestarnos cobijo. Pero jamás ella se mostró resentida, ni albergó animosidad en su corazón contra los que le huían. Comprendía a aquellos que la rechazaban. Yo, por mi parte, estaba dispuesto a morir por ella. Se había convertido para mí en una diosa viviente, en una madre, en una hermana. Nunca encontré mujer con tanta fuerza interior, con tanto ímpetu de realización. Me sorprendía y admiraba. Yo la había convertido en un altar, en un rito. Quería aferrarme a la idea de que no habría de morir, de que su fortaleza rechazaría durante un tiempo el fantasma negro de la muerte, de que su gran vigor frenaría al mismo Yama. Pero la mancha de su rostro se había extendido por su cuello y había alcanzado a su párpado izquierdo, que apenas podía

funcionar.

—Este cuerpo se va muriendo, Ananda —me dijo una noche—. Pero no importa, querido mío. Él se muere; yo permanezco.

Aunque había meditado durante más de treinta años en la inevitabilidad de la muerte, ansiaba ahora un milagro. No me atrevía a confesárselo a ella, pero me decía a mí mismo que no debía morir, que debía suceder un portento que le permitiese seguir viviendo.

—Ananda, Ananda —me dijo—, nunca he amado a nadie como a ti. No quiero morir sin que lo sepas, mi anhelado hermano. Cuando te encontré tuve la impresión de que ya te había encontrado hace mucho tiempo. Aunque mi cuerpo se acaba, mi corazón está todavía lo suficientemente vivo para amar.

—No digas eso, Gopi —le interrumpí—. No hables así, por favor.

—¿Por qué no, Ananda?, dijo. ¿Acaso debemos avergonzarnos del amor? No hay fuerza más grande que el amor, ni más noble, ni más humana. Los dioses nos envidian porque no son capaces de amar como nosotros. Tú y yo desde siempre hemos sido uno. Nunca nos hallamos, nunca nos separaremos. Hemos sido uno desde el principio.

Y por primera y única vez me aproximé a ella y besé su frente. Al hacerlo, estaba besando a mi madre, a mi esposa, a Lilavati y a la Madre Divina. Aquella noche soñé con mi maestro Swami Vicharananda. Sin mover los labios, me hablaba. «Ananda, querido Ananda, el cuerpo es como una barca para pasar de una a otra orilla: eso es todo. El cuerpo es como la cáscara que arrojas después de haber comido el fruto. El cuerpo es la bruma que se disipa y permite la aparición de un sol caliente y luminoso. No dudes de la esencia, Ananda, que más allá del cuerpo, permanece siempre, sin principio, sin final».

Y al despertarme me sumí en pura contemplación. Necesitaba hablar con mi alma a propósito del amor, de la vida y de la muerte; necesitaba que ella me revelase sus más íntimos secretos, me descifrase sus enigmas, me ayudase a interpretar sus signos. Quería escuchar su voz, no la voz confusa de la mente; quería caminar al amparo de su luz, hacia la sagrada meta; quería recuperar mi vigor espiritual y a cada momento ser capaz de reemprender la búsqueda con el mismo entusiasmo que en los años de juventud. Y este sadhu que era yo, se reafirmó en sus creencias, en su búsqueda, en su esperanza. Dondequiera que fuera necesario ir, yo iría; a cualquier

puerta que hubiera que llamar, llamaría; indagaría en una y otra parte, sin descanso. Abocado desde hacía muchos años a la aventura del espíritu, no podía ya retroceder. Tenía que conocer y conocerme; ser de todos, ser de nadie; estar en todas partes sin estar en ninguna; conseguir que mis oídos se abrieran a la palabra de la Tradición eterna. Habría días de duda, de incertidumbre, de desfallecimiento, pero hay que aprender del río; por mucho que serpentee al final alcanza su meta. Todavía yo, a pesar de mis denodados esfuerzos en el tapas

127

(no va en cursiva), el *dharana*

128

y el *dyana*

129

, tenía en las profundidades de mi mente muchas latencias que quemar. El yoga es la flama que purifica y es el arco que nos permite lanzar la flecha hacia la más elevada sabiduría. Tenía, sobre todo, que ajusticiar mi ego. Seguiría sentándome a los pies de todos aquellos que pudieran impartirme instrucción espiritual. El gurú está en todas partes. No hay nada ni nadie de quien no podamos aprender. Pero el gurú más íntimo, más real, está dentro de nosotros. Desde las honduras de mi Yo, sabía que el contacto con seres espiritualmente elevados es importante, pero que necesariamente hay que hallar nuestra guía interior. Debería entregarme más y más a la indagación de mi naturaleza real, someterme a su dictado, sentir y pensar a través de la deidad que yace en todos nosotros.

Estaba en tales vivenciaciones, cuando Gopi vino hacia mí y me dijo:

—Todo está terminando.

Me alarmé. Y en el rostro de esta singular mujer, vi por primera vez una expresión de pesadumbre, y es que como dijera el Buda «hasta los más valientes tiemblan ante la idea de la muerte».

—Debemos darnos prisa —añadió—. Ananda, las manchas se extienden por todo mi cuerpo y, además, siento que me estoy debilitando día a día. Creo que queda poco tiempo.

—Llegaremos a Badrinath —dije—. Seguro que llegaremos,

madrecita. Sentirás la brisa de los altos picos sobre tu rostro y humedecerás tus labios con las aguas puras de Badrinath.

Sonrió agradecida, pero el pesar persistía en su rostro. La mancha era como una enorme mariposa que se alimentaba de su carne. Había perdido la visión de uno de los ojos y respiraba con dificultad. Pero aquella mujer, ¿cómo dudarlo?, disponía de toda la fuerza de la Shakti, y así, a pesar de sus penosas condiciones, pudimos proseguir nuestro viaje. Ella apoyaba su cuerpo sobre el mío y yo descansaba mi espíritu sobre el suyo. Y desde el amanecer hasta el anochecer, por uno u otro medio, avanzábamos hacia Badrinath. La ruta era cada vez más dificultosa, pero Badrinath era como una estrella que ansiábamos alcanzar.

Capítulo 46

Finalmente llegamos a Badrinath. Era un día muy caluroso y la brisa de esas altitudes se sentía con profundo bienestar y agradecimiento.

Impulsivamente y con escasas fuerzas, Gopi me abrazó. Después, consciente de su estado físico y visiblemente arrepentida de su impetuosidad, se apartó de súbito.

—Gopi —dije—, ¿todavía no comprendes que tu cuerpo es para mí como un altar, que no me importa cuán herido esté y que yo sería capaz de succionar el pus de tus heridas?

Estaba muy enferma. El esfuerzo había resultado agotador. Sus pies estaban medio comidos por la lepra y las últimas caminatas habían resultado muy mortificantes para ella. Respiraba con creciente dificultad y en las últimas semanas había envejecido de una manera evidente. Sus ojos habían perdido el brillo y sus labios el color. Una expresión de insuperable cansancio abatía u rostro. Yo empezaba a temer lo peor.

Badrinath es un lugar de gran santidad, con un clima espiritual muy especial. ¿Cuántos maharishis no habrán permanecido un tiempo en Badrinath, cuántos no habrán meditado allí, cuántos no habrán dejado correr su Yo hacia el Alma Universal? Las vistas son espléndidas y se divisa parte de la cadena himaláyica. Es como si la mente se abriese, como si nos acercásemos mucho más al Ser Universal, y se experimenta un sentimiento de nadidad en esa inmensidad que en lugar de resultar doloroso, cubre de plenitud y totalidad.

Badrinath es un lugar de peregrinaje. Está lleno de especiales energías. Desde hace siglos, peregrinos, devotos y sadhus acuden a él. Gopi y yo nos instalamos en una minúscula ermita. El clima despejado y puro y el descanso, además del ímpetu espiritual que el lugar proporcionaba a Gopi, reconfortó su cuerpo y su mente, mejorando su estado general, aunque cualquiera podía prever que el final no estaba muy lejano. Aquella mujer cada día despertaba más mi admiración. No luchaba contra la muerte, pero luchaba a favor de la vida. Ni un solo día en aquella apartada ermita dejamos de meditar, de repetir los mantras, de recordar los Upanishads. Nos levantábamos al despuntar el sol y nos recluíamos antes del anochecer. Yo diariamente mendigaba algunos alimentos para los dos. No aceptábamos nunca

dinero. Solo deseábamos lo imprescindible para sobrevivir. Yo sabía que Gopi necesitaba cuidados extras, pero ella insistía en sólo comer lo necesario y no hacía nada por su salud. Se había negado ya hacía años a recurrir a los médicos y decía:

—¿Quién soy yo para interrumpir el curso natural de las cosas? ¿No corre el agua hacia las partes más bajas? ¿No se suceden las estaciones? Dejemos que la naturaleza siga su curso: respetémosla. Además, nuestro karma es mucho más sabio y poderoso que nosotros mismos. Lo que esté destinado a ser, será.

Por aquellos días hice amistad con un asceta sorprendente. Durante un tiempo desconfié de él, de sus excesivas austeridades, de su fanatismo evidente, de su rigidez mental. Era un hindú ortodoxo hasta el límite y yo siempre he reprobado todo dogmatismo. No aceptaba otra verdad que la de su doctrina ni otro punto de vista más cierto que los de su estricta ortodoxia. Por ello nuestras primeras conversaciones fueron acres y distantes, pero en la medida en que fui tratándole me di cuenta de que a pesar de su rígido fanatismo, era un hombre sincero y honesto, conocedor muy profundo del mantra. A veces su fervor religioso rayaba en la locura. Hacía prolongados ayunos, reducía al mínimo el descanso nocturno, cargaba rocas, permanecía durante días en una misma e incómoda postura, repetía el mantra cientos de miles de veces, se flagelaba con la rama de un árbol, se revolcaba en la arena y se colgaba de sus largos y vigorosos cabellos. En tales ocasiones su mirada era la de un loco, gozaba de una expresión terrible y sus ojos parecían saltarse de las órbitas. Se hacía llamar Rama Chandra, nombre de una de las más destacadas encarnaciones de Vishnú, y lo mismo se hacía pasar por un avatar que se dejaba arrastrar por terribles crisis de arrepentimiento y se inculpaba de ser un gran pecador. Cuando repetía el mantra, había fuego en sus ojos y su mirada se perdía en vacíos insondables. Algunos amaneceres recitaba el mantra a pleno pulmón, sacándolo desde las profundidades de su vientre, en un grito salvaje y gutural, rico en poderosas vibraciones. Conmigo siempre se comportaba con cierto desdén, como si yo en cierto modo fuera su rival, pero debo decir que con Gopi fue desde el primer momento de una extrema delicadeza y que diariamente acudía a verla y se preocupaba por su salud. Algunas veces le llevaba una tisana de raíces, que según él mejorarían su circulación sanguínea y retendrían en cierta medida el proceso de su grave enfermedad. Gopi le quería bien. Sabía que podía ser un hombre feroz y que su mente estaba herida por la locura, pero intuía en él un alma noble y sobre todo un buscador sincero, aunque hosco y demasiado apasionado por su búsqueda.

Algunos días nos reuníamos los tres a recitar mantras védicos. Para ayudar a Gopi, el asceta visualizaba el *gayati mantra*

130

en las partes más enfermas del cuerpo de Gopi. Lo cierto es que Gopi experimentaba alivio en las zonas donde él visualizaba los mantras. También enseñó a Gopi a que recitase los mantras creando una vibración especial que debía dirigir hacia las zonas afectadas. Rama Chandra dominaba esta técnica de manera espectacular. Él, repitiendo el mantra, podía hacer vibrar cualquier parte de su cuerpo. En tales ocasiones dejaba los ojos en blanco, se demudaba su rostro y era como si todo él estuviera en la antesala de una muerte inminente. Podía uno con la palma de la mano percibir las vibraciones allá donde las enviaba en su propio cuerpo. Nos confesó que gracias a esa técnica era capaz de regenerar sus células, de manera tal que aunque aparentaba cuarenta años ya tenía más de sesenta. No puedo decir lo que había de cierto en ello, pero sin duda este hombre había llegado a dominar muy perfectamente la ciencia secreta de los mantras. Era capaz de imprimir tal fuerza al mantra sonoro que paralizaba momentáneamente a una persona o animal. Nos relató que en cierta ocasión había herido de muerte con un mantra dé poder a una serpiente que se aprestaba a atacarle. Ciertamente cuando en la ermita repetíamos el mantra a Shiva, las paredes parecían temblar de las vibraciones potentes que conseguíamos con la ayuda de Rama Chandra. Su cuerpo parecía electrizarse y las venas de su cuello se hinchaban de tal forma que yo temía que fueran a romperse. Un día me explicó:

—Ananda, te entregas demasiado a tus pranayamas y tus *kriyas*

131

pero no insistes lo suficiente en la repetición mántrica. ¿Es que quieres estar siempre encadenado a la rueda de los renacimientos? ¿Es que no deseas que tu Kundalini alcance el centro de la parte superior de tu cabeza? Ananda —me reprendía—, no trabajas lo necesario. ¿Ni sabes que Kundalini gusta mucho de los mantas? ¿No sabes que los mantras son el alimento más nutritivo de Kundalini?

Y en tal ocasión me hizo repetir con él la mantra por un número de ciento ocho mil veces. No poco extenuado, al final ya apenas podía repetirlo ni siquiera a media voz. Entonces me dijo:

—Al principio era lo inmanifestado, lo indiferenciado, lo informe. Así era al principio. Después fue lo manifestado, lo diferenciado, la

forma. Comenzaba la evolución, el movimiento. No hay movimiento sin sonido. ¿Crees acaso que tus energías no suenan al moverse, que no suena tu sangre al circular, que no hay sonido en todas las células de tu cuerpo, formando una sinfonía densa y extraordinaria? Surgieron la forma y el sonido. El sonido estaba desde el principio de lo manifestado. No puede haber manifestado sin sonido.

Me miró detenidamente, para comprobar que yo estaba sumamente atento a sus palabras y añadió:

—Sabda es el sonido universal, cósmico, la gran vibración unificada de todos los seres sintientes o no sintientes. ¡La melodía del universo! —se exaltó—. ¡Ninguna tan bella, tan potente, tan atronadora, tan sutil y a la vez tan portentosa! La palabra es sonido y por eso la palabra es sagrada. Nuestro alfabeto —dijo con fanático orgullo— es el resultado de los grandes videntes y todas nuestras letras son mantras con vibraciones especiales, pero hay que saber combinarlas de forma adecuada. Y cada uno de tus centros de energía, Ananda, vibra y produce sonido y cada sonido corresponde a alguna letra de nuestro alfabeto sánscrito.

De súbito, la mirada desorbitada, colocó sus manos en mi cuello y de pronto pensé si sus intenciones no serían estrangularme. Debo avergonzarme de tales pensamientos porque Rama Chandra sólo pretendía captar el chakra de mi cuello para proporcionarme un mantra adecuado.

—Te daré un mantra muy útil para ti —dijo casi en un grito—. Ananda, Ananda, nunca dejes de lado la vía secreta y sagrada del mantra.

Se acercó a mi oído y dejó en él un mantra que no puedo desvelar. Al instante, para mi propia sorpresa, sentí en todo el cuerpo un latigazo de energía que me hizo casi desplomarme. Un mantra de cinco palabras, comenzando por el pranava Om, me había sido conferido por aquel hombre extraño y contradictorio.

—Cuando la mujer esté en el umbral de la muerte, repite y visualiza en ella el mantra que te he otorgado. A ambos os será de ayuda.

—Así lo haré —se lo prometí.

Por primera vez creí percibir una muy leve sonrisa en sus labios y un brote de cariño en sus ojos, pero en seguida reaccionó como malhumorado y me dijo:

—¿Qué vais a hacer cuando venga el invierno? La pregunta de Rama Chandra me puso sobre aviso.

Tenía razón. Gopi y yo no podíamos pasar el invierno allí. Sólo algunos yoguis altamente especializados en el prolongado ayuno y en la elevación de la temperatura corporal, pueden soportar el crudo invierno en tales parajes. Uno de esos hombres, al parecer, era Rama Chandra.

—¿Dónde iréis? —me preguntó.

—Si la madre continúa viva —dije—, bajaremos a Pipalkoti o Joshimath durante el invierno.

—Pienso que ella todavía vivirá hasta entrado el invierno. Tienes que llevártela y cuidarla. Es una gran mujer.

Me miró enérgicamente y tras una breve pausa, agregó:

—Una gran mujer. Sólo nuestra religión puede dar mujeres con este templo, *devis*

de esta naturaleza tan superior.

Lentamente sobrevenía la época invernal. Así, un día hubimos de despedirnos de Rama Chandra, quien besó los semidestruidos pies de Gopi, y empezar nuestro peregrinar hacia lugares menos inclementes. Gopi expresó sus deseos, ya que no había muerto en Badrinath, de establecerse en Joshimath. Partimos en dirección a esta localidad. De nuevo, caminando. ¿Había hecho otra cosa en tantos años? Me sentía triste. De algún modo había tomado afecto a aquel hombre fanático pero honesto, y como siempre mi karma me impulsaba a separarme de todo lo querido. Partíamos de Badrinath, creo que tanto Gopi como yo con el corazón un poco triste. Un sadhu desconsolado y una mujer deslizándose irremediablemente hacia la desembocadura de su vida. «En verdad —me dije— que las cosas no son nada fáciles para ningún ser sintiente». Y experimenté una compasión hasta entonces insospechada por todas las criaturas de todos los posibles universos, mientras mi mirada se perdía en el espacio himaláyico y Gopi entonaba una cancioncilla de cuando era niña.

Capítulo 47

Llevábamos dos meses establecidos en Joshimath cuando una

mañana Gopi, la voz debilitada y demudado el semblante, me dijo:

—Ananda, Yama está junto a mí. Te ruego que me acompañes al templo de Vishnú. Quiero cantar al Gran Preservador, a él que tantas veces ha tomado forma corpórea para preservar la armonía de la humanidad, a él que desde siempre he tenido presente en todos los momentos de mi vida.

Conduje a Gopi hasta el templo. Se había puesto su mejor sari, hilado con oro. Llevaba vendadas sus manos y sus pies y la mancha se había extendido por todo su cuello. Había en meses envejecido años. Incluso hablaba con dificultad por haber perdido movilidad en su mandíbula inferior. Ante el santuario de Vishnú, se arrojó al suelo, se extendió y juntó las manos por encima de la cabeza. En un hilo de voz entonó el mantra: «Om Namo Naraiand». Salía sucesivamente de su garganta, cien, mil, diez mil veces. Me senté a su lado en actitud meditativa y dejé que el mantra entrase en mi mente y la invadiese. Transcurrieron las horas. La voz de Gopi era cada vez más débil, hasta que se ahogó en su garganta. Había muerto.

Con la ayuda del sacerdote, llevamos el cuerpo a un lugar solitario. Ella reposaba sobre el suelo, en medio de la inmensidad himaláyica. Había muerto como una flor. Admirable en vida, murió admirablemente. No tuve ni tiempo para recitar y visualizar los mantras que me había indicado Rama Chandra, porque su muerte me había tomado por sorpresa. Pero el desprendimiento demora unas horas en producirse. Bajo un cielo espléndido, en la soledad de los campos, quizá con más desesperación que fervor, mi garganta vociferaba los mantras y mi mente los infundía en su enflaquecido cadáver. Innumerables veces besé el rostro que sólo una vez había besado en vida. Era una cara plácida, a pesar de lo castigada que estaba por la terrible enfermedad. Invoqué a Krishna, a Rama, a Hanuman, a Durga, a Kali, a Laksmi, a Sarasvati, a Sita, a las distintas manifestaciones del Absoluto. Y ciento ocho veces repetí el mantra que ruega la liberación a Shiva:

«Om Traiambakam layamahe Sugandhim

Pushtivardanam Urvarukamiva Bandhanan

Mritior Mukshia Mamritat».

Aunque es costumbre incinerar los cadáveres al amanecer,

dispuse todo para incinerar el cuerpo de Gopi esa noche. De tal forma se había cebado la enfermedad con ella, que su frágil cuerpo ya despedía el olor de la putrefacción. Dispuse los troncos suficientes para reducir el cadáver totalmente a cenizas. Coloqué el cuerpo de Gopi, ataviado con su hermoso sari, sobre los troncos y lo rocié de jazmín, almizcle, rosa, sándalo y otros perfumes. Deposité sobre el sari algunas florecillas de ese paraje himaláyico y después, vacilante y con los ojos cubiertos de lágrimas, escribí un texto para despedirla:

«¿Cómo podría yo expresar qué es la Shakti? Cuando miramos a nuestro alrededor y contemplamos este universo de formas y colores, de propósitos y despropósitos, de burla y de apariencia, de desatino e impermanencia... ahí está la Shakti. Donde habita un niño que ríe o llora, en las palabras de aquellos que nos dejaron, en las caricias y en los murmullos… ahí está la Shakti. En la esperanza de un enfermo, en la mirada de un anciano, en el alborozo de un amante… ahí está la Shakti. Ella es fuerza, es vida, es movimiento, es la consorte del Divino que se deleita con sus propios juegos. Está en nosotros y fuera de nosotros; se halla en la voz de la madre y en la pasión de la amante. Es a veces apacible, como la ola que busca descanso en la playa, o airada, como el viento que quiebra las ramas de los árboles. Tiene mil nombres y carece de nombre. Dispone de mil rostros y ninguno es su rostro. Está más allá de las palabras y sin embargo ella es la Palabra. Cuando más la buscas, más la pierdes. No puede ser asida. Sólo podemos sentirla sin hacerla únicamente nuestra, amarla sin querer retenerla. Es fuego abrasador que libera o encadena, es la fuerza arrolladora que te proyecta al infinito o te lanza al precipicio. Es el interrogante sin respuesta, la miel, el néctar, la energía que te puede hacer tomar el cielo por asalto. Es niña, anciana, universo, eternidad, presente, fragilidad y fuerza. Es inesperada e imprevisible, sorprende al mismo Shiva, el señor de los tres ojos. Es bálsamo o veneno; es la más alta recompensa, un pétalo de flor que te acaricia o una brasa que te hiere. Es el agua del pez y el aire del pájaro. Enciende el corazón, hiela la sangre, embriaga los sentidos, te conduce a esferas superiores. A veces se hace humana y se pone un nombre de mujer… tal vez Gopi. A veces se hace humana y está entre nosotros y ríe y llora y vive sus congojas y esperanzas. Quienes la hallan jamás la olvidan, y la convierten en su Reina, su objetivo, su diana. Pero ella es inatrapable, insondable, etérea. Una amanecer, de súbito, se ha fugado con la luna y, empero, no se ha ido, porque ¿a dónde podría ella ir? Yo la llamo Gopi y su solo nombre deja mi alma transida de amor».

Deposité el texto entre sus manos y después encendí la pira. Di varias vueltas a su alrededor, siguiendo el ritual que se impone el ser más cercano al difunto, y después volví a mi actitud meditativa, a

unos metros de la pira, observando el fuego que destruía la apariencia del ser real que reside en todos nosotros. Unas horas después el cadáver era cenizas que se llevaba una leve brisa. Agarré puñados de ellas y las lancé a los cuatro puntos cardinales. Y sentí una extraña y enorme paz. Y no era la paz angosta de la muerte, sino la generosa paz de la vida, porque la muerte no es tal, sólo un proceso de nacimiento a otros planos de existencia. El cuerpo se agrieta y descompone, pero el Yo es permanente y divino.

Del saquito en donde la conservaba, extraje la gema que mi maestro me había entregado para activar mi intuición. La observé fijamente y mi mente se hizo como un cielo limpio y por completo despejado. Interiormente formulé la pregunta: «¿Dónde ir, qué hacer?». Esperé. Todos mis procesos mentales se detuvieron de pronto. En el cielo limpio y despejado de mi mente apareció el rostro del lama Tashi, el prior de un monasterio en el Tíbet, en las proximidades de la frontera con la India. Veía su faz con sorprendente perfección. Era aquel el venerable lama que conocí un día lejano con mi padre. ¿Viviría todavía? Y en ese cielo se esfumó su rostro y apareció el monasterio que regentaba o había regentado. Era un gonpa pequeño y bello, sobre la falda de una montaña, mirando a un enorme valle.

Había captado el mensaje de mi intuición. Debía ir allá y permanecer allí el tiempo que hiciera falta. Todo conocimiento es útil; todas las vías honestas conducen al Brahmán. Permanecería en el gonpa un tiempo indefinido si me aceptaban; pero antes debía cumplir la promesa que hiciera a Gopi. Viajaría hasta Benarés y arrojaría un puñado de sus cenizas al Ganges. Pero de repente, quebrando mi felicidad y sobrecogiendo mi corazón, en mi mente vi cientos de muertos, hambre, desolación. Era una escena espantosa. ¿Qué quería decir aquella visión, qué significaba? Guardé la gema en el saquito y la paz me invadió de nuevo. Y ese día, en el Himalaya, la eterna morada de los dioses, me sentí profundamente agradecido por haber experimentado desde niño la llamada de la Búsqueda y por haber aspirado desde siempre al único y verdadero conocimiento: el del Ser.

Capítulo 48

Tardé varios meses de Badrinath a Benarés. En Rishikesh y Hardwar pasé algunas semanas meditando en la soledad, cerca del Ganges, donde hacía mis abluciones diarias. Fueron días de gran provecho, con períodos de meditación de ocho a diez horas, practicando además las técnicas primordiales del Hatha-yoga y desarrollando los pranayamas que me había enseñado Goraknath. Había practicado desde hacía mucho tiempo el pranayama que alterna

y equilibra las energías solares y lunares. Progresivamente había ido elevando el tiempo de retención, hasta conseguir un kumbhaka

de más de dos minutos. Durante ese tiempo mi mente obtenía una gran unidireccionalidad, la consciencia se unificaba y el cuerpo transpiraba profusamente. En la medida en que iba perfeccionando los pranayamas me sentía mucho más vigoroso, necesitaba comer y dormir menos y notaba el control mental más sumiso. De vez en cuando sobrevenía, automáticamente, el kevala-kumbhaka, que es una suspensión inintencionada del aliento que proyecta la mente a un estado de máxima paz y vacuidad, no exigiendo ningún esfuerzo para retener la respiración. Es una experiencia notable.

En la ciudad de Lucknow —dulce y apacible, con un eco de nostalgia—, un pandit me invitó a su casa. Me detuve allí unos cuantos días y durante varias horas diarias mantuve conversaciones con este culto hombre, que se interesaba de manera especial por el karma y la reencarnación. Su esposa había muerto muy joven y él se había refugiado entre libros y manuscritos. Había emprendido la búsqueda a través de la mente y el intelecto, sin darse cuenta de que la práctica, que no la erudición, es el único pasaporte hacia la libertad interior. Era, sin duda, una buena persona, pero demasiado obsesionada por la dialéctica y la metafísica. Me obsequió con un raro ejemplar del Bhagavad Gita en sánscrito, idioma que conocía a la perfección. Nunca, en verdad, he conocido un hombre con una cultura religiosa y filosófica tan amplia, pero todas las palabras del mundo no nos permiten avanzar un solo paso hacia el Conocimiento si no las llevamos a la práctica.

Llegué a Benarés en la estación de las lluvias. El Ganges se había desbordado y la ciudad había sufrido una de las peores inundaciones de toda su larga existencia. La situación era desesperada y enseguida comprendí la razón de mi horrible visión al consultar la gema que me entregara Swami Vicharananda. Cientos de casas habían quedado destruidas y la ciudad había permanecido aislada durante cerca de diez días, en unas condiciones verdaderamente lamentables. Muchas personas, sobre todo niños y ancianos, habían muerto por las aguas, y otras muchas lo estaban haciendo por el cólera. La ciudad se hallaba en unas circunstancias desastrosas: desprovista de alimentos, del auxilio necesario, de medicamentos… Cuando finalmente pude alcanzar mi antigua casa, abriéndome paso entre una multitud dolorida y desesperada, Vasanti, demudada la expresión por el cansancio, me puso al corriente de la situación. Habían sido días muy

difíciles. Tanto ella como Gupta —que no se encontraba en ese momento en casa— habían trabajado sin descanso para proporcionar ayuda a la población. Varios niños de la escuela habían muerto: unos arrollados por las aguas y otros por la terrible enfermedad.

Durante varios días trabajé infatigablemente con Gupta para aliviar el dolor que aquejaba a la santa ciudad de Shiva. Rescatamos muchos cadáveres de entre los escombros, y diariamente tantos eran los cuerpos que se cremaban que el cielo se teñía todo él de rojo y la ciudad entera olía a los cadáveres incinerados. Toda la ciudad era una hoguera. También era necesario quemar ropas y enseres para evitar que la epidemia se fuera extendiendo. Este tipo de epidemia ya había costado en ocasiones cientos de miles de vidas en distintas partes del país. Comprobando diariamente aquel impresionante espectáculo, era plenamente consciente de hasta qué punto todo es doloroso y efímero. Trabajábamos del amanecer al anochecer, exhaustos, pero anhelantes de poder frenar las espantosas condiciones que asolaban a la ciudad, sobre todo a las zonas más pobres de la misma. Las ratas habían invadido muchas calles y se comían los miembros gangrenados e insensibles de algunos enfermos. Aquellos días, que han quedado en mi mente como una imborrable pesadilla, comprendí cuán fuerte y valerosa era la gente de mi entrañable país. Acostumbrados durante siglos al sufrimiento y la dificultad, nunca se les veía desesperar, y su resistencia, sobre todo la de las mujeres, era verdaderamente sorprendente y admirable. A fuerza de repetidas tragedias, este pueblo se ha convertido en el más resistente de la tierra. Soporta el dolor casi con indiferencia, sin desfallecer, con un estoicismo que incluso a este sadhu que había visto el sufrimiento en todas sus formas, asombraba.

Tras varias semanas fueron cediendo las aguas y la epidemia. No obstante, Varanasi, la ciudad de la Luz, había vuelto a sufrir una de sus más ingratas experiencias. Ciudad de muerte y de vida eterna, ¡qué no habrá visto Benarés!

La noche antes de mi partida hablé detenidamente con Gupta, poniéndole al corriente de mis intenciones. Gupta estaba demasiado cansado incluso, creo yo, para seguir mis palabras. Se limitó a asentir y, finalmente, dijo:

—Es como si tú ahora hubieras recuperado toda la fe y confianza, cuando yo he estado a punto de perderlas para siempre.

No hay palabras para describir la amargura que residían en el tono de su voz.

—Gupta, mi buen hermano —dije—, volverán los días dichosos. La escuela reemprenderá su actividad y tú no podrás permitirte estar triste, porque tienes que proporcionar conocimiento y alegría a los niños que acuden a recibir tu enseñanza. Esta existencia humana dispone de muchos rostros y, por desgracia, no oculta ninguno de ellos. En las épocas fáciles nos olvidamos de los rostros amargos y dolientes, pero ellos siempre están ahí, aguardando su ocasión. ¡Anímate, hermano! No es cuerdo añadir más sufrimiento al inevitable.

Cuando abracé su cuerpo, prorrumpió en sollozos. Estaba demasiado cansado y desolado. Había realizado un trabajo superior a sus fuerzas.

—Te repondrás —afirmé—. Vasanti te cuidará con todo el amor del que ella es capaz. No os preocupéis si no sabéis de mí en un tiempo largo. Ha llegado el momento de que entre en mí mismo durante años. Nuestros corazones, dondequiera que cada uno de nosotros permanezca, siempre están unidos. Nos hablamos de corazón a corazón. ¿Hay otro diálogo más reconfortante y más elevado?

Los labios de Gupta estaban sellados. No hablaba y ni siquiera sé si escuchaba mis palabras. Me abracé de nuevo a él, con todo el ímpetu de que era capaz, porque habría de pasar mucho tiempo antes de que nos reuniéramos de nuevo y porque uno de los dos podía morir antes de que ello sucediera.

Partí de nuevo. En esta ocasión no emprendía un deambular hacia ninguna parte en concreto, sino que me había propuesto un destino bien fijo: el monasterio del lama Tashi, aquel que ya hace tantos años nos invitó a mi padre y a mí a que nos sentásemos con él. Peregrinaba por nuestro país para cumplir una promesa que diez años antes hiciera a Avalokitesvara. Era conocido por «el lama que se levita» y permanecimos tres días en su compañía. Se despidió diciéndonos:

—Mi nombre es Tashi. No dejéis de visitar mi monasterio si alguna vez vais al Tíbet. Os deseo, de corazón, que logréis en esta vida llegar más allá del sufrimiento.

¿Qué habría sido de aquel hombre? ¿Seguiría existiendo su monasterio? ¿Podría hallarlo con la escasa información de que disponía? Si no lo encontraba, pediría poder permanecer en cualquier otro monasterio. Sabía que los diferentes sistemas religiosos son como las arterias diferentes del Divino, conduciendo todas la misma sangre sublime. Aunque toda mi formación era hindú, e incluso había

recibido el cordón distintivo de mi casta de brahmín, deseaba obtener lo mejor de cada culto, abrirme a las realidades de las distintas creencias.

Me esperaba un largo viaje. Uno más. Vida de caminante, vida de peregrino, vida de sadhu en busca de su paz, de su libertad, de su sabiduría. Vagar y vagar, incansable el paso, por los caminos de la Madre India, haciendo de cada peregrinación una búsqueda, sediento de respuestas. Recordé a Santimoy, a mi amada hermana Mashi colocando flores a mi imagen de Kali en nuestros primeros años de vida, a mi tía Kasturbai. Benarés siempre alertaba mis recuerdos, mi nostalgia. También mi anhelo de trascendencia, mi ilusión de sadhu errante, mi fortaleza de buscador incansable de verdades superiores, mi ansiedad de querer penetrar la magia de la vida y desnudar sus enigmas y misterios. Devendrenath-Ananda, muchos años a la espalda, muchos caminos a cuestas, caminando y caminando sin cesar, a la búsqueda de esa sabiduría perenne que puede procurarle a un ser humano el verdadero significado de su ser.

Capítulo 49

Qué largo el viaje hasta la frontera con el Tíbet. Como había intensificado de nuevo mis prácticas de meditación, a veces me quedaba en una localidad durante un tiempo indefinido, abismado en mí mismo, aproximándome a la esencia de mi mente. Además, siempre que la oportunidad lo hacía posible, entraba en contacto con yoguis, sadhus, instructores espirituales y eremitas. Me esforzaba por aprender de todos, aunque sabía que en último grado el Conocimiento habría de hallarlo dentro de mí mismo. Y no había conocimiento más elevado que el que podría proporcionarme la Perla Dorada, en el centro de la cima de la cabeza, el loto de los mil pétalos, que reluce más que el sol y es el receptáculo de la Conciencia Universal.

Las indagaciones sobre el monasterio del «lama que se levita» no fueron fáciles, pero tampoco tan dificultosas como en un principio había supuesto. Se trataba de un lama reencarnado de gran prestigio, a pesar de que su monasterio era pequeño y retirado. De unos pueblos me fueron enviando a otros y, finalmente, en un gonpa

el abad del mismo me dijo:

—El lama Tashi Rinpoché murió ya hace muchos años. Era una persona excepcional. Estaba un día meditando y su mente abandonó su cuerpo. Nadie se dio cuenta de ello hasta unos días después.

Permaneció en actitud meditativa durante días, a pesar de estar muerto, y su cuerpo no denotaba señal alguna de corrupción. Un gran sabio; un verdadero gran sabio.

Pasé un par de días en aquel gonpa y después reemprendí la marcha hacia el del lama Tashi. Su muerte me había apenado, pero yo sabía que aún sin él debía permanecer en su monasterio. Los lamas son gente muy cordial y tenía confianza en que me aceptaran y, sobre todo, que comprobaran la ilusión de mi corazón por hallar la Sabiduría y me dejasen acceder a sus conocimientos y técnicas. A medida que avanzaba en el camino de la autorrealización, me daba cuenta de que más me quedaba por aprender y que cualquier ser puede enseñarnos algo y convertirse, así, en nuestro gurú.

El gonpa del lama Tashi Rinpoché era tal y como había tenido ocasión de contemplarlo en mi visión a través de la Gema preciosa. Era un gonpa pequeño, pero muy bello, en la falda de una gran montaña, sobre un hermoso y apacible valle. Había un patio en el que se alineaban decenas de molinillos de rezos. Junto al gonpa propiamente dicho había otro edificio, donde se hallaban las celdas de los lamas y novicios, y las cocinas en el ala derecha de la construcción. El gonpa parecía suspendido del mismo cielo; un cielo claro y límpido, majestuoso. Cuando llegué, se escuchaban las voces de los novicios leyendo las escrituras. Me recibió uno de los lamas, un hombre anciano y grueso que no cesaba de rezar su rosario mientras escuchaba mis explicaciones.

—He viajado durante mucho tiempo para llegar aquí. Conocí al lama Tashi en la India. Él me invitó a venir. Me gustaría quedarme con vosotros durante una larga temporada.

Me miraba sonriente, mientras sus labios murmuraban los mantras y sus hábiles dedos pasaban las cuentas del rosario. Su cara tenía forma de luna y sus ojos eran diminutos pero muy expresivos y sonrientes.

—Es nuestro abad, Khempo Tomo Rinpoché, el que debe decidir. Esta tarde podrás verle y él estudiará tu propuesta. Ahora te serviremos algo de comer.

Hacía un día frío pero despejado. En el patio me sirvieron algunos alimentos: té con manteca y sal, tsampa

y un poco de queso seco. Mientras comía, observaba cómo los

novicios y lamas pasaban a veces junto a los grandes molinillos de oración e iban con sus manos girando todos ellos. Es una forma de esparcir las oraciones a todo el orbe para beneficio de todos los seres sintientes, ya que dentro de los molinillos hay pergaminos con oraciones escritas.

El lama que anteriormente me había atendido vino a mí y me dijo:

—Dentro de dos horas te recibirá nuestro abad.

El lama, como los restantes miembros de la comunidad, vestía una gruesa túnica ocre. Su cabeza estaba completamente afeitada. No dejaba de murmurar el mantra y pasar las cuentas de su rosario.

—¿Cuántas personas viven ahora aquí? —pregunté.

—Somos ocho lamas y cuatro novicios —respondió solícito—. Pertenecemos a la escuela gelugpa y nuestro jefe espiritual es el Dalai Lama, que es una reencarnación de Avalokiteswara y un boddhisattva viviente.

Como percibiera mi casi total desconocimiento con respecto a la enseñanza de los lamas, agregó:

—Cuatro son las ramas principales de nuestra religión. Todas son coincidentes y sólo varía el énfasis que se ponga sobre uno u otro aspecto de la enseñanza.

Esperó hasta percatarse de que yo había seguido sus palabras y agregó:

—Nuestro abad es un hombre muy santo y avanzado espiritualmente. Es un lama reencarnado. En sus anteriores reencarnaciones perteneció a las distintas ramas de nuestra religión, y es así conocedor de varios miles de enseñanzas. Se formó en el Monasterio de Sera y cuando murió lama Tashi Rinpoché, se hizo cargo de ese gonpa.

Tiempo después me enteré de que los gelugpas eran llamados los bonetes amarillos y las restantes ramas de la religión tibetana, los bonetes rojos. Los bonetes amarillos eran la iglesia oficial del Tíbet y el Dalai Lama detentaba el poder político y espiritual. También pude saber que algunos lamas reencarnan en el que será otro lama y se les denomina entonces tulkus o lamas reencarnados. El niño que se supone es el reencarnado debe someterse a diferentes pruebas que lo

acrediten como tal. Y yo había tenido, al parecer, la suerte de haber llegado a un monasterio regentado por un lama reencarnado y un hombre sabio. Ahora sólo restaba que él me permitiese quedarme con ellos y recibir la enseñanza.

Estuve dando un paseo por aquella maravillosa región y contemplando las altas montañas y los espléndidos valles. El lama de cara de luna vino a buscarme y me condujo hasta la estancia del abad. La estancia se hallaba en el piso superior de una parca construcción de dos pisos. Ascendí por unos gastados y crujientes escalones de madera y llamé a la puerta. La puerta se abrió. Un lama joven, de anguloso rostro y mirada inteligente, me hizo pasar. Sobre una estrecha cama, sentado en actitud yóguica, estaba el abad. Me miró detenidamente, con curiosidad, y con un apacible gesto de la mano me invitó a sentarme junto a él. Contemplé la habitación. Era de reducidas dimensiones. Había sobre una de las paredes estanterías que contenían numerosos manuscritos envueltos en telas de color amarillo.

El lama joven, al comprobar mi atención puesta en aquellos manuscritos, me explicó:

—Se trata de nuestras escrituras, algunas de ellas. El Tanjur y el Kanpur entre otras. También el Lamrin, la más importante obra de nuestro gran reformador, el noble Tsong-k,a-pa.

Pronunció aquel nombre tibetano con evidente orgullo y complacencia.

—¿En qué puedo ayudarte, hijo? —me dijo el abad.

—Perdonad que os importune. Vengo de muy lejos. Conocí hace muchos años al lama Tashi Rinpoché. Me ha traído hasta aquí un objetivo muy concreto: seguir desarrollándome hacia la verdad más elevada.

Y dicho esto comencé, lentamente, a relatar toda mi historia al buen abad, que me atendía minuciosamente, en silencio, aparentemente muy interesado por las peripecias de mi búsqueda. Le puse al corriente, asimismo, de mis antepasados, muchos de ellos grandes renunciantes, así como de la carta que mi bisabuelo me había legado y de los maestros que me habían impartido enseñanza.

Después de mi extenso relato, guardó unos minutos de silencio, los ojos perdidos en el vacío. También el lama joven tenía los labios sellados. Yo aproveché para contemplar al abad. Era un hombre de unos sesenta años de edad, con un aspecto agradable y sincero,

desprovisto de cualquier afectación. Más bien diría que era como si careciese de ego: tal era su apariencia de humildad y tolerancia. Era delgado, fibroso y de movimientos lentos y sosegados.

Antes de que prorrumpiera a hablar, añadí:

—Es mi deseo, más aún, mi necesidad, aprender tanto cuanto esté en mis manos. Como decimos en India, todos los caminos conducen a la cumbre. Quiero recorrer parte de ellos, conocer sus verdades más esenciales, y sobre todo no regatear esfuerzos para atrapar la Sabiduría.

—Tu ambición espiritual me agrada —dijo el abad—. Pensaré sobre todo lo que me has dicho y hablaré con los otros lamas esta noche. Mañana te daré una respuesta. Hoy dormirás en una de nuestras celdas vacías. Lama Rechung Geshé —agregó señalando al lama joven— te llevará hasta ella. Consultaré con mi corazón y espero que él me ofrezca la mejor respuesta para ti. No es que dude ni mucho menos de tus buenas intenciones. Ningún hombre, si no buscara realmente la Sabiduría, hubiera hecho lo que tú. Pero quiero saber si realmente este camino que quieres tomar es el más aconsejable.

Lama Rechung Geshé me acompañó a mi celda y antes del anochecer me trajo té con manteca y un poco de fruta seca. Aquellos hombres eran de una gran cordialidad. Por lo que había podido apreciar hasta ese momento vivían muy pobremente.

Antes de conciliar el sueño, practiqué meditación y rogué a Shiva que aquel venerable abad, Khempo Tomo Rinpoché, me aceptase entre ellos. Dormí profundamente, en medio de aquel extraordinario silencio.

Un gong me despertó antes de que hubiese amanecido y media hora después, estando en profunda meditación, me visitó lama Rechung Geshé y me trajo té y tsampa.

—Después del servicio religioso —me explicó—, te recibirá nuestro abad.

Continué meditando y calculo que aproximadamente una hora después regresó Rechung Geshé. Me hizo acompañarle y estaba emergiendo el sol entre los altos picos, cuando ya me encontraba sentado de nuevo junto al abad.

—¿Has descansado bien, hijo? —me dijo amablemente, como si me conociera desde hace muchos años.

Y antes de que pudiera responder y expresarle mi agradecimiento, prosiguió:

—He meditado en tu petición y la he sometido a juicio de los otros lamas. Creemos que es tu corazón el que ha hablado y que eres un aspirante sincero. Te aceptaremos entre nosotros, aunque tu religión y la nuestra son aparentemente bastante diferentes, si bien la meta es la misma. La Sabiduría es una, no importa cómo se la entienda ni en qué términos se la quiera definir, es sólo una.

No pude ocultar mi alegría y los dos lamas rieron de buena gana. Disponían de un carácter abierto y franco. Un novicio entró en la habitación y nos sirvió otro té vespertino.

—Ananda —dijo el abad—, por lo que me dijiste ayer, no deseas las cosas a medias. Tu aprendizaje en nuestro sistema será duro. Por fortuna cuentas ya con una larga experiencia y tu fe es inquebrantable, porque tú ya no eres joven y de otra forma quizá no podrías resistir todo el peso de la enseñanza.

—Resistiré cuanto sea necesario —dije sin dudarlo un momento —. Toda mi vida ha sido un desafío, un reto. El peor enemigo con frecuencia no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos.

—Así es, Ananda, así es.

Deleitamos el té, fuerte y áspero, cargado de manteca a fin de superar el acre frío de aquellas regiones.

—Aunque tu experiencia espiritual es rica y larga, tu entrenamiento será progresivo. La primera parte de él trataremos de abreviarla, pero el resto debes observarlo con toda fidelidad. ¿De cuánto tiempo dispones?

—Tengo mi vida por delante —repuse—. El tiempo no cuenta cuando se quiere caminar hacia la liberación. Apunto en la Diana y quiero aproximarme a ella tanto como sea posible en los años durante los cuales todavía deba cargar con esta envoltura carnal.

Mi respuesta le agradó.

—Me parece correcta tu actitud. En las cuestiones del espíritu, el tiempo no debe contar. Sin embargo, he pensado que lo más conveniente para ti es que pases siete años con nosotros.

¡Siete años! ¿Viviría tanto tiempo? El siete es un número muy

especial. Siete son los centros energéticos de nuestro cuerpo sutil; siete los plexos de nuestro cuerpo físico; cada siete años hay una revolución física y mental en el individuo; siete son nuestras ciudades más santas.

—Te explicaré un poco en qué invertirás esos siete años. Me dijiste ayer que para ti era ya imprescindible un largo período de meditación. Lo tendrás, Ananda, seguro que lo tendrás; pero antes debes escalar otros muchos peldaños. El primer año será de seminario. Deberás estudiar a fondo, prepararte moral e intelectualmente. No te será muy difícil. Tú has adquirido ya a lo largo de tu vida una gran disciplina, y es todo lo que se necesita. El lama Rechung Geshé será tu maestro y, más aún, tu hermano espiritual. Él te enseñará las escrituras, las meditaciones que fomentan infinita compasión e iluminación para la mente, el Dharma. Te mostrará gradualmente el camino. Y gradualmente irás conociendo y realizando los Sutras y los Tantras. Él es un ghesé, es decir, un doctor en metafísica. Te mostrará la doctrina del vacío, te introducirá en el Pajñaparamitá, te aproximará a la enseñanza de nuestro gran sabio Nagarjuna. Todo ello y más será durante el primer año.

Hizo una pausa y me observó. Yo guardaba silencio, muy atento a sus palabras. Lama Rechung Geshé estaba frente a nosotros, sentado en el suelo. Me impresionaba su inteligencia y sagaz mirada.

—Durante el segundo año —prosiguió el abad—, lama Tsering te mostrará y adiestrará en nuestras prácticas de yoga. No será para ti un sendero difícil. Nuestras prácticas tienen mucho en común con el yoga hindú; te versaremos en los seis caminos de Naropa. Tras ese año, entrarás con Rechung en la casa de meditación. Seréis hermanos espirituales, porque permaneceréis juntos allí durante tres años, tres meses y tres días. Aunque tu ejercitamiento ha sido largo en meditación, de todas formas no te será fácil. Es una proeza difícil de superar. Hablaréis durante ese tiempo tan sólo lo necesario, pero sí lo suficiente para que Rechung pueda aclarar las dudas que surjan en ti. Después de ese periodo de tiempo, yo te cogeré a mi cargo durante unos días y el último año de tu estancia lo pasarás aquí, completamente solo, en un eremitorio en la montaña. Te impartiré dos iniciaciones: una antes de entrar en la casa de meditación y otra antes de retirarte al eremitorio.

Colocó sus manos sobre una de mis manos, cariñosamente, y dijo:

—Ahora, Ananda, te dejo en manos de Rechung. Aplícate a la enseñanza. Sé que no nos defraudarás y que sabrás merecer el honor de ser un nexo entre la religión de los tuyos y la nuestra. Buda te

preste todo su apoyo y te proporcione la más elevada sabiduría.

Agradecido, besé la mano del abad. Pocas veces en mi vida había hallado un hombre tan cabal y libre de toda ostentación.

Lama Rechung Geshé, amablemente, me mostró el monasterio. Como ya he dicho, había un patio bastante grande, un edificio con las celdas y el templo, al que todavía no había penetrado. Había otro edificio en el que había dos aulas para el seminario, y en las proximidades, pero algo apartados, los eremitorios, que eran pequeñas celdas para la meditación. También, un poco apartada, se hallaba la casa de meditación.

—¿Hay alguien en la casa de meditación? —pregunté.

—El lama Jampel —repuso Rechung—. Está allí desde hace sólo dos meses.

Nos dirigimos después al interior del templo. Era un templo pequeño, pero muy hermoso. Al frente, había imágenes de Buda, Avalokitesvara, Tsong-k,a-pa y otros grandes maestros espirituales. Lucían centenares de lamparillas de manteca, que producían una luz tenue y oscilante. A derecha e izquierda del santuario junto a las paredes, había largos cojines, que deduje que servían para asiento de los lamas y novicios. Cerca de las imágenes había una especie de trono elevado. Supuse que era el lugar destinado al abad. En el centro de la estancia, había una amplia mesa, sobre la que descansaban lamparillas y múltiples ofrendas. También había en la habitación instrumentos musicales que yo jamás había visto y, sobre los muros frescos de la vida del buda y telas pintadas, llamadas tankas y mandalas.

—Poco a poco —dijo Rechung— irás aprendiendo sobre todos los instrumentos del acto cultural. Esta tarde asistirás ya al servicio y empezarás a familiarizarte con nuestra liturgia. Ahora creo que lo más conveniente es que te retires a tu celda y medites hasta que yo te envíe a buscar para el culto. Desde mañana te incorporarás a las clases. Todas las noches, antes de retirarnos adormir, hablaremos sobre lo aprendido en clase y otros temas.

Me acompañó hasta la puerta de mi celda.

—Confío Ananda en ser un profesor digno para ti. Pero ya sabes que cuanto más aplicado y sincero sea el discípulo, más aplicado y sincero será el maestro. Por otra parte, Ananda, también tú serás mi maestro, porque también yo quiero aprender muchas cosas de tu religión y de tus creencias.

A media tarde, vino a buscarme un novicio y me condujo al templo. Iba a tener lugar el servicio religioso. En el templo se hallaban ya, en sus respectivos lugares, los lamas y novicios. Sobre el estrado más elevado, un porte de indiscutible dignidad y los ojos semientornados, se encontraba Khempo Tomo Rinpoché. Lucían decenas de lamparillas, originando todo un juego de luces y sombras sobre las imágenes del altar. Sobre una de las paredes había un tanka en el que estaba dibujada la Rueda de la Vida. En la mesa frente al altar estaban las ofrendas. Había tsampa, mantequilla, miel, leche y otros alimentos y se utilizaban recipientes de tierra cocida, hierro, cuero, latón y madera. Tiempo después me enteraría de que otras escuelas utilizan como recipiente el cráneo humano y como sustancias de ofrenda también la cerveza y la carne, pero la escuela amarilla no se sirve de ellos.

Me colocaron al lado de Rechung Rinpoché. Se acercó a mi oído y me dijo:

—Esta noche te explicaré muchas cosas. Las ofrendas son como puentes que tendemos hacia las distintas divinidades y seres supramundanos. Pero todos ellos son reales en cuanto que son reales para nuestra mente. Representan un medio de transustanciación. Ahora vacía tu mente y déjala saturarse por los mantras y salmodias. Los lamas y novicios comenzaron las prolongadas recitaciones. Al principio no se acompañaban de música, pero después se hizo uso de distintos instrumentos musicales tanto de aire como de percusión: címbalos, tamborines, trompetas y otros. De repente la salmodia era acompañada del ruido estrepitoso de todos los instrumentos a la vez. De esa manera la mente, sedada por las ininterrumpidas recitaciones, de repente era vapuleada por la estruendosa música. No me cabía la menor duda de que todo aquello formaba parte de un método ensayado desde hacía siglos para someter la mente a distintas y beneficiosas presiones y estados. Se recitaban los textos, se proferían mantras, se entonaban himnos místico-religiosos. Se invocaba así a todas las potencias del universo y, sobre todo, a las que residen en los abismos de la mente humana. Tales recitaciones también eran una expresión de agradecimiento y respeto a las Tres Gemas: El Buda, la Doctrina y la Orden (Buda, Dharma y Sangha). A la vez que los labios se movían incesantemente repitiendo los mantras, las manos de los lamas trazaban gestos más o menos complicados. También nosotros los hindúes damos mucha importancia a estos gestos y actitudes de las manos, que sirven para desencadenar elevados estados de la mente y potenciar la energía espiritual. A la vez que efectuaba las recitaciones, el abad mantenía en una mano un pequeño instrumento al que los tibetanos llamaban *dorji* (diamante) y en la otra una campanilla con

un dorji en el mango. Como yo sabría días después, el dorji representa el diamante en el que el aspirante debe convertirse mediante el entrenamiento espiritual. Debe transmutar sus cualidades negativas en cualidades límpidas y puras como el diamante; debe convenirse en un adamantino cuerpo de luz, resistente y radiante, espléndido sol que proporciona beneficio al aspirante mismo y a todos los demás seres sintientes. El dorji representa la naturaleza búdica (nosotros los hindúes diríamos Shivaica) que reside en todo individuo. La campanilla dorji el saber supremo, el conocimiento omnipenetrante, revelador, supramundano. Ambos instrumentos litúrgicos simbolizan el Método (upaya) y la Sabiduría (prajna). Método y Sabiduría deben matrimoniarse para conducir al practicante a las más altas regiones de luz y comprensión. Son el Padre (Yab) y la Madre (Yum), de cuya facunda unión, sobreviene el Nirvana. Yo en mi ignorancia, todavía no sabía nada al respecto de la ceremonia que allí se estaba celebrando, pero intuía verdades profundas. También nosotros, los hindúes, sabemos que hay que desarrollar la sabiduría del corazón y la sabiduría de la mente, el conocimiento y el medio de hacer operacional ese conocimiento. No cabe duda, pensaba yo, que la Verdad es una aunque se vista de formas muy diferente según las épocas y latitudes.

Mi mente se iba adhiriendo a la ceremonia y notaba un estado de inefable paz. Los novicios comenzaron a dar vueltas alrededor de las mesas de ofrendas. Después de una hora aproximadamente, el oficio concluyó. Aunque yo nunca había sido amante de los ritos, comprobaba su eficacia cuando éstos se utilizaban como un medio más de integración mental, pero jamás como un fin en sí mismos. Cualquier estímulo es aceptable para avanzar por el sinuoso camino del autoconocimiento. Y en aquel santuario, en una reconfortante semipenumbra, embriagada la mente por las envolventes salmodias de los lamas y novicios, experimentaba una quietud sumamente agradable y los torbellinos de mi mente iban cesando.

Después del oficio tuvo lugar la cena. Una cena frugal, a base de té, tsampa y queso seco. Tras esta colación, algunos lamas hacían una hora de estudio o meditación, y otros, al igual que los novicios, se reunían para conversar. Era un ambiente de fraternidad, alejado de toda fricción personal.

Lama Rechung Geshé se reunió conmigo en mi celda. Tomamos asiento sobre el jergón y meditamos durante unos minutos. Después el lama me entregó una navaja de afeitar (para rasurar mis cabellos y mi barba con asiduidad), una mala y una túnica.

—Hoy, Ananda, te hablaré sobre la Sabiduría. Una persona como tú que lleva tanto tiempo en la búsqueda y que tantas veces ha deleitado el manantial de su interioridad, debe ya tener un gran conocimiento sobre el Saber Supremo, pero te ofreceré nuestros puntos de vista, las opiniones de nuestros más altos lamas.

Rechung hablaba lentamente, matizando y con una gran humildad.

—Hay muchas clases de Sabiduría, desde la mera sabiduría cotidiana (que nos enseña a proceder o dejar de proceder, cuándo hacerlo y cómo hacerlo, y a enfrentar la vida diaria), hasta la Sabiduría más sutil y metafísica. La sabiduría resulta de un entendimiento elevado y es como una espada para cortar la noche de confusión y ansiedad que hay en el ser humano hasta que ésta se rescata. Precisamente meditamos, como tú sabes, para ser sabios, para poder empuñar esa espada de luz. Hay en todos nosotros una esencia búdica. Pero tanto la ignorancia instintiva como la especulativa nos la ocultan. Reencontrando esa esencia búdica obtenemos la más elevada sabiduría y, desde ese momento, percibimos las cosas tal y como son. Entonces hemos quitado de nuestros ojos el polvo de la ilusión y sobreviene el Ojo de la Verdad, el Ojo de los Sabios, el Ojo de la Clara Luz.

Se detuvo, esperando a que yo le hiciera cualquier comentario o pregunta, y como viera que nada decía, prosiguió:

—Te hablaré de cinco clases de Sabiduría. La Sabiduría Diferenciadora es aquella que nos permite distinguir entre lo falso y lo real. La Sabiduría Absoluta desencadena el conocimiento intuitivo. La Sabiduría Transparente hace posible el conocimiento directo y vivencial, mucho más allá del mero conocimiento intelectual. La Sabiduría Igualadora nos posibilita para percibir las más sutiles diferencias entre las cosas. Por último, la Sabiduría Suprema nos ofrece una comprensión total del Vacío y podemos captarlo todo directamente desde la absoluta pureza de nuestra mente.

»El Nirvana es quien nos proporciona la más alta y sublime Sabiduría.

Guardó silencio durante unos minutos, como para que ambos reflexionásemos sobre su disertación. La noche ya había caído. Pedí entonces a Rechung que me hablase sobre los lamas reencarnados. Al comprobar mi interés, estalló en una risa abierta y sincera. El tiempo me evidenciaría que con frecuencia Rechung reía de esta manera,

desinhibidamente, como un niño lleno de alegría:

—Todos nos vemos obligados a dejar antes o después nuestro cuerpo. Algunos lamas muy avanzados vuelven a reencarnar para perpetuar y preservar la Doctrina. Se convierten en custodios de la espiritualidad. Al sentirse viejo, el lama deja su cuerpo y toma otro. Otros altos lamas se encargan de verificar si es realmente un lama reencarnado. Algunos lamas muy realizados pueden elegir su próxima reencarnación, aunque no suelen decirlo. El reencarnado es sometido a pruebas muy diversas, como tener que elegir entre varios rosarios o prendas, el rosario y la prenda que le pertenecían en su anterior reencarnación. El niño tiene también que reconocer el nombre del lama que ha reencarnado de nuevo y se atiende a diversas señales, lugar de nacimiento y otras características.

Rechung rió de nuevo.

—Hubo un caso muy notable. Era un lama que en el instante de producirse su muerte, predijo con toda exactitud su próxima reencarnación, pero eso no es corriente.

—En la India —comenté—, algunos yoguis que han obtenido el nirvi-kalpa-samadhi pueden llegar a recordar su anterior reencarnación. Yo mismo, sin proponérmelo, he tenido la visión de algunas de mis previas reencarnaciones.

—Nosotros lo explicamos de la siguiente manera —repuso—. Todo momento mental viene precedido por el anterior momento mental y desencadena el posterior. Todo instante mental depende del anterior. Un hombre con un gran control mental, puede irse remontando hacia detrás instante a instante. Al nacer hay un primer momento de la mente, que viene dado por el último momento previo a la muerte. El yogui se remonta al primer momento de la mente. Lo más difícil es el salto hacia el momento anterior, que es precisamente el último de la vida previa.

Dejó en mis ojos su mirada penetrante e inteligente.

—Pero, Ananda, esos son entretenimientos que no deben distraernos. Tenemos que ir hacia delante y no hacia atrás. Y hacia delante, nos interesa el Nirvana, la iluminación.

Se incorporó y antes de salir de la habitación, ya en la puerta, dijo:

—Uno de estos días te hablaré de la Rueda de la Vida. Pero ahora

quiero decirte algo muy importante. Seamos conscientes de nuestra extraordinaria fortuna. ¡Qué difícil era nacer humanos y cuánto más difícil poder oír el Dharma y poder practicarlo! ¡Qué casualidad tan asombrosa! Hay un cuento muy conocido entre nosotros. Escúchalo, Ananda. Imagínate una tortuga en el vasto océano. Esta tortuga sólo saca la cabeza para respirar cada varios cientos de años. Imagínate en ese mismo océano, flotando sobre sus aguas, una argolla. ¿Te das cuenta lo excepcionalmente improbable que es el que al sacar la tortuga su cabeza una vez cada cientos de años coincida con la argolla y se la coloque a su cuello? Pues, Ananda, nosotros creemos que mucho más difícil es aún adquirir esta forma humana. Por eso debemos aprovecharla y alcanzar la meta más elevada.

Extendió sus manos para coger las mías, las apretó amistosamente y concluyó:

—Haremos juntos una buena labor. El camino hay que recorrerlo por uno mismo, pero lo recorreremos juntos.

—Hermano —repuse—, no puedo expresar con palabras mi gratitud.

Rió una vez más y salió de mi celda. Desde luego, nunca había encontrado un hombre con tan buen carácter. Me felicité a mí mismo por haber llegado a aquel apacible lugar. Y esa noche, en lugar de mi rosario habitual, utilicé el que Rechung me había entregado. Repetí mis mantras a Shiva y después, por ciento ocho veces, un mantra a Buda y su doctrina:

—Ommmm, Dharma, Dharma, Mahadharma, Budadharma.

Después me extendí en el jergón y soñé con montañas y valles.

Capítulo 50

Mi vida en el gonpa estaba por completo dedicada al estudio y al trabajo interior. La rutina diaria era siempre muy similar. Me levantaba antes del amanecer y me dormía ya entrada la noche, después de entrevistarme a solas con el lama (antes en mayúscula) Rechung Rinpoché, mi profesor durante este primer año de seminario. Ya había, por cierto, conocido al que sería mi segundo maestro, el lama Tsering, un hombre adusto y siempre serio, corpulento, metódico y estricto.

Nada más despertarme recitaba durante veinte minutos el mantra om mani padme hum, que quiere decir la Joya en el Loto. Om es la

Totalidad, la Infinitud; para nosotros los hindúes, la Deidad. Hum es la energía, el vigor espiritual, la fuerza supramundana que reside en todo ser humano. Mani es joya y padme es loto. Om Mani Padme Hum es como un despertador a realidades superiores, una invocación a nuestra budeidad y el deseo de que todos los seres sintientes encuentren la felicidad en el Dharma. Nuestro impuro cuerpo espiritual debe adquirir la limpieza de una gema preciosa y, rechazando como el loto toda suciedad, emerger hacia la cima de la Sabiduría. Antes del desayuno tenía lugar un acto cultural, en el que recitábamos diferentes textos de ancestral sabiduría y realizábamos trascendentes ritos. Desayunábamos té con manteca de yack y tsampa. En el seminario recibíamos las clases. Yo me sumaba a las clases colectivas y, además, Rechung me ofrecía clases particulares. Fueron tiempos muy intensos en cuanto a estudios y entrenamiento psicomental. Estudié Abhidharma, Vinaya, Madhyamika, Yoga-cara, procedimientos de meditación y Mahamundrá. Me familiaricé estrechamente con las enseñanzas de Nagarjuna, el gran filósofo que había expuesto la Doctrina del Vacío. Insistí en el desarrollo de mi capacidad intelectual e intuitiva. Profundicé en el Prajñaparamita, que contiene decenas de miles de versículos, y en las más importantes escrituras, y me sometí a prolongados debates con los novicios y lamas. Seguía un entrenamiento gradual, y aunque insistía sobre todo en el estudio de los sutras y sastras, Rechung había comenzado a iniciarme lentamente en la Vía del Tantra, tarea que proseguiría en su momento lama Tsering.

Al mediodía comíamos y después los novicios tenían un tiempo de descanso, que yo aprovechaba para estudiar y dialogar con el lama Rechung. En una de esas ocasiones me habló sobre la Rueda de la Vida y las numerosas deidades del panteón tibetano.

—Ananda, ya has tenido ocasión de contemplar muchas veces el tanka que hay en el santuario sobre la Rueda de la Vida. Esta Rueda está en continuo movimiento, causado por la ley del karma, es decir, por todas esas causas que provocan sus correspondientes efectos. Ya sabes que es la ignorancia básica y el anhelo de vida el que conduce al hombre a renacer una y otra vez. Ahora me acompañarás al templo y te hablaré sobre los elementos más importantes de la Rueda de la Existencia y sobre los seres sobrenaturales.

El templo se hallaba en ese momento vacío. Había una atmósfera de paz y recogimiento, así como una iluminación débil y el penetrante olor a la manteca quemada. Rechung y yo nos colocamos frente a la Rueda de la Existencia.

—Las seis partes en que está dividida la Rueda de la Existencia —dijo— son los seis reinos de seres: dioses, titanes, humanos, animales, fantasmas o pretas, y atormentados o infernales. También los dioses tienen sus limitaciones, entre otras que están determinados por el tiempo. Debes saber, Ananda, que tan sólo los budas, ya residentes en el Gran Vacío, están liberados del tiempo y del espacio. Aunque los dioses tienen poderes que están ausentes en los otros seres, también ellos están sujetos al karma y encadenados a la Rueda de la Existencia. Los titanes habitan en un estado intermedio entre los humanos y los dioses. Aunque poderosos, su ambición es tal que les esclaviza y, por supuesto, generan karma.

El dedo índice de Rechung iba señalando las distintas partes que dividían la Rueda de la Existencia. Su voz resonaba en la soledad del santuario. Las lámparas titilaban. El gran Buda del santuario resultaba impresionante entre las luces y sombras.

—Como ya te dije una vez, no hay mejor plano de existencia que el del ser humano —prosiguió Rechung—. El hombre puede seguir el Dharma y convertirse en un Buda. Todo depende del esfuerzo que esté dispuesto a llevar a cabo. Puede salir de su ignorancia, desarrollarse y alcanzar la Liberación. Otro reino es el de los animales. Ellos, por su escasa inteligencia, tienen muchas menos posibilidades de evolución que los seres humanos. El reino de los fantasmas es doloroso. Están deseosos de satisfacer sus sentidos, pero no les resulta posible. Su voracidad jamás se satisface y cuanto más lo intentan más sufren. Si beben, el líquido les abrasa; si comen, los alimentos les causan grandes sufrimientos. Los atormentados, por su parte, habitan en el purgatorio. Algún día lograrán pasar a otro reino, pero deben permanecer mucho tiempo en el purgatorio. También ellos sufren. ¿Te das cuenta, Ananda? Debemos sentirnos agradecidos por haber nacido en el reino de los humanos.

Con el índice señaló el círculo menor de la Rueda y dijo:

—Mira, en ese círculo hay un cerdo, un gallo y una serpiente. Son la Ignorancia, el Deseo y la Ira. Tres grandes venenos, Ananda, tres grandes venenos que nos encadenan a la Rueda de la Existencia. Son el resultado de la ignorancia. Si la superamos, hallaremos la Liberación.

Señaló, por último, un monstruo de furioso aspecto que con sus fauces y garras aprisiona la Rueda.

—Él es Shindjé —me explicó— y representa el Karma que impulsa

sin cesar la Rueda de la Existencia.

Después, sentados sobre los cojines, Rechung me habló sobre las divinidades de su religión, que había que tomar como proyecciones de la propia mente, porque el lama me explicó que sólo había una realidad: la propia mente. Hizo referencia a Mahakala blanco y Mahakala negro, al temible Yamantaka con su cabeza de toro y sus treinta y cuatro brazos, a los ocho terribles Dharmapalas, a la diosa azul Lhamo, a las bellas pero peligrosas Dakinis y otros muchos seres sobrenaturales.

En otra ocasión me habló del camino del boddhisatva. Me dijo:

—Ananda, es un boddhisatva aquel hombre que retrasa su penetración en el nirvana y, por tanto, la extinción definitiva, para, desde su alta evolución, poder ayudar a los seres humanos, todavía en las redes de la ilusión. Él, por su infinita compasión, sacrifica su Liberación para ayudar a sus hermanos los hombres.

Y me indicó que los tres boddhisatvas más populares del Tíbet eran Manjusri, Vajrapani y, sobre todo, Avalokitesvara, representación de la más elevada compasión. También me habló sobre la diosa del Planeta Venus, Tara, que puede presentarse como Tara Blanca o Tara Verde.

Aproximadamente dos horas después de la comida, recibíamos otra clase en el seminario. No era fácil para mí familiarizarme con la alta filosofía tibetana, a pesar de que asiduamente leía el Prajnaparamita, lo analizaba a la luz del intelecto y luego trataba de profundizarlo intuitivamente. La admiración de los lamas por Nagarjuna era, desde luego, extraordinaria. Me explicaron que se trata del decimotercero de los patriarcas budistas y que retuvo su forma corpórea durante seiscientos años, la mitad de ellos pasándolos en un eremitorio. Todavía está entre nosotros, habiendo renunciado a la gloriosa extinción por compasión a todos los seres sintientes. Ha abandonado su envoltura física, pero mantiene su envoltura etérea, el cuerpo del arco iris.

Después de la clase de la tarde, teníamos permiso para emplear el tiempo como deseáramos: paseando, hablando, leyendo o estudiando. Era necesario, sí, asistir al acto cultural de la tarde y después tenía lugar la frugal cena. En realidad era una vida muy grata, al menos para mí, acostumbrado a vagar y vagar sin descanso.

Durante todo este año, aprendí muchas cosas y también hice

ejercicios de todo tipo, aunque los más elevados habría de enseñármelos el lama Tsering. En seguida se me indicó que debía realizar diariamente mis postraciones.

—Ellas —me dijo Rechung— te ayudarán a mantener sano el cuerpo y la mente. Evitan la pereza y desarrollan la fuerza interior.

Tenía, por lo menos, que llegar a las cien mil postraciones. Explicaré cómo tenía que ejecutarlas. El cuerpo bien erguido, juntaba las manos por las palmas a la altura del pecho y a continuación las elevaba por encima de la cabeza. Después las bajaba tocando la frente, la boca y el pecho, doblaba las rodillas y me extendía con todo el cuerpo en el suelo. Hacía varios cientos de postraciones diarias. Pero tenía en todo momento que evitar efectuarlas mecánica y distraídamente. Rechung me había prevenido sobre ello y me había facilitado las ideas y aspiraciones que debían, permanecer en mi mente durante todo el proceso de la postración.

—Al juntar las manos, abandónate a la corriente del Dharma, a través de la cual alcanzarás el Nirvana. Al elevar las manos, aspira a alcanzar las más altas cimas espirituales. Cuando vayas descendiendo las manos, anhela liberarte de los venenos de la mente y ansía la purificación.

Cuando te extiendas en el suelo, siente humildad, desea el Vacío y colócate en manos del Buda.

Rechung, además, me enseñó la forma de hacer las postraciones visualizando las divinidades; me habló de los cinco Dyani-budas para la meditación: Vairochana, Ratnasambhava, Amoghashiddhi, Akchobhya y Amitabha. Cada uno de ellos es dueño de una forma de sabiduría, de un color, de un mantra y de una Dakini. El lama Rechung Rinpoché me mostró la forma de meditar sobre ellos, identificarme con cada uno de ellos y su sabiduría, interiorizarlos en mis diferentes centros de energía. Eran visualizaciones complejas. También me mostró cómo hacer la Ofrenda al Mandala, la Purificación de Vajrasattva (el ser adamantino) y la meditación sobre mandalas. Fue un año de gran provecho.

Con frecuencia realizábamos pujas especiales, ya fueran al Buda o a otros seres supraconscientes. Preparábamos para estas celebraciones una buena cantidad de tormas, para las ofrendas. Las tormas están hechas de harina y manteca y les dábamos diferentes formas y colores.

El buen humor siempre reinaba en el gonpa. De vez en cuando me

entrevistaba con Khempo Tomo Rinpoché, y poco a poco iba profundizando en los sutras y en la meditación. Y así pasó aquel año de mi vida, uno de los más placenteros que recuerdo, siempre en busca de la más alta sabiduría que esperaba me proporcionase la Perla Dorada. Apenas pensé aquel año en el maestro de sabiduría que un día debía hallar. De momento, aquellos lamas eran todos mis maestros y debo declarar, por gratitud a ellos, que eran maestros dignos e importantes.

Capítulo 51

Mi primer año en compañía de los lamas me había ayudado no solamente en el entrenamiento de mi mente, sino, sobre todo, en el de mi corazón, desarrollando mi amor y compasión a todos los seres sintientes. Había tomado refugio en el Buda, la Doctrina, la Comunidad y el Lama. Era como entrar en la corriente de la Enseñanza y dejarse llevar por ella, con el firme propósito, además, de colaborar en la evolución espiritual de todos los seres. Para ello había tenido que seguir una meditación curiosa y no poco eficaz. Había tenido que visualizar ante mí a numerosas deidades, budas y boddhisattvas, de los cuales emanaba una delicada ambrosía (la del amor, el conocimiento, la verdad). Después se iban fundiendo en luz pura y refulgente que me saturaba y me convertía a mí en todos aquellos seres superiores. En tan importante momento hube de ser lúcidamente consciente de que en esta vida me había deparado buena oportunidad y buena fortuna. La primera porque me era dado estar siguiendo la Doctrina, y la segunda, porque me favorecían tanto las condiciones internas como las externas.

Lama Rechung Geshé me había explicado cuáles eran los elementos internos y externos de una gran fortuna. Sumaban diez en total: haber nacido humano, haber podido recibir la enseñanza del Buda, disponer de los cinco sentidos en buen estado, no haber ejecutado deméritos que te conduzcan al infierno, gozar de fe en los escritos del Buda, nacer en una época en la que haya habido un Buda, que el Buda haya mostrado la Doctrina, que la Doctrina haya llegado hasta uno, que siga habiendo devotos budistas y que haya compañeros que te enseñen la Doctrina y te traten con amor.

En mí se cumplían todos esos elementos. Asimismo, estaba libre de las condiciones adversas, que son: haber nacido en el infierno, haber nacido un preta. Haber nacido un animal, haber nacido en un lugar incivilizado, haber nacido con algún sentido deteriorado, tener puntos de vista equivocados, hacer nacido un dios con prolongada existencia y haber nacido en un reino en el que no hubiera nacido

ningún buda.

Lama Rechung me impartió métodos de meditación para la cultura del corazón y el desarrollo de los cuatro inconmensurables: ecuanimidad, amor, alegría y compasión.

—Ananda, atiéndeme bien —me dijo—. Debes vivenciar que todos los seres sintientes anhelan la felicidad y todos detestan el sufrimiento. Así es con cada uno de nosotros. No sólo no debemos dañar a ninguna criatura, sino, en lo posible, poner las causas para que sean felices y eliminar las condiciones de su dolor. Todos estamos en la misma Rueda. Todos aspiramos a la misma dicha. Debemos generar *boddichitta*

y compasión. Debemos instalarnos en una actitud de imparcialidad absoluta y de tolerancia. Y no sólo debemos admirar a Buda, debemos aspirar a ser un buda.

—Aspiro, tú lo sabes, a ser un Buda, un Shiva. En ello he puesto toda mi vida.

—Ambos apuntamos a la misma diana —convino—. A menudo, Ananda, debes visualizar ante ti grandes sabios e identificarte plenamente con ellos. Este ejercicio dejará simientes positivas en lo hondo de tu mente y la irá transmutando en mente de amor y sabiduría. Tampoco debes hacer el siguiente ejercicio: visualiza un ser que te resulte muy agradable y desarrolla hacia él los cuatro inconmensurables. Después visualiza un ser que te sea muy desagradable y trata también de desarrollar los cuatro inconmensurables hacia él. Piensa que tanto uno como el otro son iguales, porque ambos anhelan la Felicidad y ambos detestan el sufrimiento. Así realizarás una actitud de gran ecuanimidad. Piensa, Ananda, que en las innumerables reencarnaciones alguna vez todos los seres han sido un familiar nuestro: madre, hijo, hermano… Siente en ti el enorme amor de una madre hacia su hijo y espárcelo hacia todos los seres. Mantén siempre una actitud altruista, sé siempre como una lámpara deseosa de iluminar a los otros.

El día anterior al que se hiciera cargo de mi formación el adusto lama Tsering, Rechung me impartió sus últimas instrucciones, pero antes me dijo:

—Dentro de un año, ambos entraremos, como hermanos espirituales, en la casa de la meditación. Yo te he instruido durante un

año en nuestras enseñanzas y ahora quiero, Ananda, que durante un año me instruyas tú en las tuyas. Cuanto más sepamos, mejor.

Le prometí que así lo haría y nos abrazamos amorosamente.

—Tú y yo no somos el uno maestro del otro —dijo—. Somos como una candela ayudándonos a ver. Date cuenta que si todo emana de la mente, sólo puede haber un maestro: la propia mente. Lo importante es liberarla de errores y conducirla a la luz. En diez cosas debes perseverar, mi buen amigo. Diez cosas debes siempre tratar de evitar y diez cosas debes practicar.

Estábamos sentados en el patio, bajo un cielo luminoso y espléndido. Los novicios nos miraban con curiosidad. Rechung les invitó a unirse a nosotros.

—¿Cuáles son las diez cosas en la que hay que perseverar? Hay que escuchar y meditar sobre todo lo relacionado con la Doctrina. Hay que perseverar en la concentración y en la meditación. Hay que insistir en la soledad para apaciguar la mente. Hay que empeñarse en el dominio de los pensamientos. Hay que alertar la mente y combatir su pereza y negligencia. Hay que persistir en el establecimiento de la inalterabilidad a través de la meditación. Hay que obtener el samadhi, poder repetirlo y lograr prolongarlo. Hay que aprender a controlar cuerpo, palabra y mente. Hay que superar el apego y la dispersión mental. Hay que desarrollar la compasión en grado sumo. Todos debemos perseverar.

Y dirigiéndose a los novios más que a mí, preguntó:

—¿Tenéis alguna ayuda?

Todos repusieron que no. Y el lama prosiguió:

—¿Cuáles son las diez cosas que hay que tratar de evitar? Debemos evitar seguir al maestro que desea riquezas y celebridad. Debemos evitar aquellas personas que no favorezcan nuestra paz interior y obstaculicen nuestro crecimiento interior. Debemos evitar los lugares donde haya personas que nos distraigan y perturben. Debemos evitar ganarnos la vida con la mentira y el robo. Debemos evitar toda acción que deteriore la mente y frustre la evolución espiritual. Debemos evitar los actos negligentes que hacen que los demás dejen de apreciarse. Debemos evitar los actos inútiles. Debemos evitar enmascarar los propios fallos y criticar a los demás. Debemos evitar los alimentos y hábitos que perjudiquen la salud. Debemos evitar los apegos resultados de la ambición desmedida.

Hizo una pausa, por si teníamos alguna pregunta, y agregó:

—Y ahora, ¿cuáles son las cosas que hay que practicar? Es necesario recorrer el sendero espiritual y no hacer lo que la mayoría, que creen estar en él, pero no lo recorren. Hay que adiestrarse en el desarraigo y el desapego. Hay que seguir a un buen maestro espiritual y poner en práctica sus enseñanzas, superando todo egoísmo. Hay que aplicarse a la consecución de la Verdad y no hacer exhibición de ello. Hay que cultivar incesantemente el desarrollo espiritual, superando toda indolencia. Hay que alcanzar la Iluminación y abandonar todo lo mundano. Hay que poner bajo el yugo de la voluntad y la consciencia el cuerpo, la palabra y la mente. Hay que caminar hacia la Meta y facilitar el trayecto de los demás también hacia ella. Hay que purificar el cuerpo, la palabra y la mente y desarrollar todas las energías espirituales. Hay, sobre todo en la juventud, que evitar la compañía de los que retardan la propia evolución espiritual y recibir la enseñanza de un verdadero y elevado maestro.

Aquél fue el último día que yo recibiera instrucción espiritual del lama Rechung Rinpoché, una persona de preciosas cualidades y abierta efectividad.

Al día siguiente me presenté a primera hora en la celda del lama Tsering. Ni siquiera me saludó. Siempre tenía un aspecto áspero e implacable.

—Ananda —dijo—, friega el suelo de mi celda.

Seis veces acudió a comprobar el resultado de mis esfuerzos y otras tantas me obligó a limpiar su habitación. Así, empleé todo el día en tal faena.

—Ananda —dijo el lama Tsering—, mañana quiero que vuelvas a pasar todo el día fregando mi celda. He visto gente torpe y vaga, pero pocos como tú. Espero que seas mejor discípulo que fregón.

Y cuando iba a retirarme a mi celda, añadió:

—Mañana es dentro de tres horas. Espero que seas puntual.

Y tres horas después, a medianoche, de nuevo estaba fregando la habitación de aquel hombre brusco y de aspecto casi feroz. Yo no comprendía entonces su actitud e incluso me dolía, pero con el tiempo entendí que estaba sometiendo mi ego, probándome y, sobre todo, sometiéndome desde el primer momento a una implacable disciplina y a desarrollar un sentido del sobreesfuerzo. Pero hasta que entendí eso,

¡cuánto eché de menos el trato de mi hermano espiritual el lama Rechung! Porque a mis cerca de cincuenta y cinco años, aquel hombre me trataba como si fuera un párvulo rebelde. Me tuvo durante una semana fregando su celda y otra semana limpiando la cocina. Ni una sola vez me había saludado y había reducido mis horas de sueño a cuatro diarias. Pero pasado ese tiempo, tuvo un gesto de gran humanidad. Dijo:

—Bien, Ananda. Te he querido demostrar con mi actitud que las cosas no van a ser nada fáciles para ti, pero ya me lo agradecerás cuando entres en la casa de meditación. Vamos a meditar de lo lindo. Prepara tus piernas y tu mente. Nuestro abad te ha puesto en mis manos y no voy a defraudarte. Y ahora, Ananda, llévame a tu celda.

Conduje a lama Tsering ante mi celda y, sorprendido hasta donde no puedo expresar, este hombre corpulento se echó al suelo y comenzó a fregar mi celda. Y en ese momento tuve un golpe de luz profundo y esclarecedor; esos fugaces oasis del espíritu que escapan a toda descripción; pero fue tan iluminador y enriquecedor, que sólo por temor no me abracé al lama Tsering y dejé que mis risotadas rompieran el silencio de aquellos maravillosos valles y montañas.

Capítulo 52

El tiempo transcurría apaciblemente en aquel gonpa aislado, lejos de la civilización, donde sus miembros formaban una verdadera fraternidad en busca de insospechadas dimensiones del espíritu. Mi relación con los lamas y novicios se fue haciendo muy íntima. Eran buena gente y aunque no todos podían aportarme Sabiduría, por lo menos me ofrecían su sencillez y bondad. Cada uno, según su karma, disponía de un grado de evolución. Claro que no todos, ni mucho menos, tenían la sagacidad espiritual del lama Rechung o del lama Tsering, pero incluso los menos avanzados en cuestiones espirituales gozaban de una paz admirable. Aunque, por un lado (sobre todo para mí), había una considerable disciplina en el monasterio, por otro, había tolerancia y libertad, y nadie era presionado para hacer prolongadas meditaciones o visualizaciones. Todos asistían a los oficios de la mañana y de la tarde, pro aparte ello, los lamas tenían libertad para entregarse más o menos intensamente a la práctica meditativa y contemplativa según sus inclinaciones y temperamentos.

Mi unión con el lama Tsering se fue estrechando a medida que avanzaban las semanas. Aunque era un hombre adusto y exigente, es quizá la persona más ecuánime que he hallado en mi actual existencia terrena. Jamás hacía nada impulsado por su ego. Había trascendido la

telaraña de la personalidad y su intransigencia era siempre en beneficio del aspirante. Me enseñó tantas cosas que no podría hacer referencia a todas ellas. Era un gran experto en técnicas de meditación y visualización y por algo había pasado muchos años en un riteu, a la búsqueda de su esencia (sems), esforzándose por transmutarse en un cuerpo de luz, en el diamante refulgente del Conocimiento.

—Yo me recluí en el *riteu*

137

—me explicó— con mi mente en un estado pantanoso, de turbiedad y confusión. Después de años, mi mente era como un límpido remanso de agua, clara, serena. Nuestra mente es como un campo y en él han crecido, junto a las hierbas medicinales, las hierbas venenosas. Hay que ser como un hábil jardinero y limpiar y sanear el terreno de la mente. En la mente está la luz y la sabiduría. Todo es mente, Ananda. Cambia tu mente y habrá cambiado el mundo. Purifica tu mente y verás pureza incluso donde antes sólo apreciabas basura.

Lama Tsering me enseñó a trabajar muy a fondo sobre el mandala. Aunque los mándalas pueden reproducirse en lienzos y tejidos que se enrollan cuando no se está utilizando el mandala como tal, lama Tsering prefería siempre pintarlo sobre una superficie, utilizando pinturas de diversos colores. El proceso era mucho más laborioso, pero era él mismo también una forma de meditación. Aunque meditar sobre mandalas es muy difícil, porque el mandala contiene infinidad de diversos elementos y símbolos de todo tipo, para mí, acostumbrado a la meditación y sobre todo al trabajo con yantras, el asunto fue más sencillo. El mandala es un conjunto de diagramas y figuras y símbolos místicos de todo tipo. Es una representación del Universo, por un lado, y del ser humano, por otro. El mandala es un puente entre todos los seres sintientes y el Cosmos.

Durante muchas horas, lama Tsering me habló sobre los elementos del mandala: Jinas o budas para la meditación, dakinis, boddhisattvas y otras presencias. Unas son apacibles y otras airadas, pero incluso estas últimas si se llenan de ira es para combatir con mayor eficacia a las potencias del mal.

—Ananda, cinco son los budas de meditación en el mandala. Son los cinco grandes conquistadores o dyani-budas. Ellos representan las cinco clases de sabiduría y energía y cada uno de ellos dispone de su Shakti, su bijamantra y su color. A cada uno de ellos corresponde un

punto cardinal.

Durante meses me adiestré en la meditación y visualización del mandala, que era como un trampolín que me lanzaba a las profundidades más ignotas de mí mismo. Lama Tsering me enseñó la manera de identificarme con la sabiduría y energía de cada uno de aquellos budas de meditación y de colocarlos en los diferentes centros energéticos de mi cuerpo sutil, interiorizándolos y haciéndome uno con cada uno de ellos. Así yo me convertía en el buda en que meditaba y ahora era el mismo Amoghasiddhi con su alta sabiduría ombiabarcante, ora Amitabha con su penetrante Sabiduría interior. Ya había yo aprendido hace muchos años en mi país que uno debe convertirse en la misma Deidad que adoras y así todo tu ser se va transformando como la noche en el día.

Lama Tsering escogió, después de haber estudiado durante meses mi personalidad, un yidam para mí. Me ofreció a la amable, tierna, amorosa Tara, la integradora de todas las fuerzas, la más dulce y sublime, la Dolma fiel que a nadie defrauda, siempre leal, siempre delicada.

El yidam es la deidad tutelar, protectora, soporte para la visualización, medio de proyección hacia el cosmos, catalizador de toda la energía personal. Tara se convertía en mi Shakti; ella era mi madre, mi hermana, mi amiga, mi amante, mi compañera. Hacia ella dirigía yo toda mi fuerza emocional y afectiva. Empecé a trabajar sobre su visualización, a conformarla y recrearla en mi mente. Ella me acompañaba de día y de noche, estaba en mi mente y en mi corazón. Era mi heroína, mi maestra, mi dama.

Lama Tsering me instruyó en los seis yogas de Naropa, sus principios, sus técnicas, su aplicación. Practiqué el yoga del calor psíquico, que aunque complejo, pude, en parte, llegar a dominar después de ya haber trabajado yo con mis chakras durante años. Lama Tsering me ofreció altas y dificultosas visualizaciones y, ambos, durante horas y horas, las ensayamos y desarrollamos. Me instruyó, de manera especial, en el Yoga de la Transferencia de la Conciencia y me aleccionó sobre todo lo relativo al proceso de la muerte.

—Al morir el cuerpo, la mente se separa de él y atraviesa durante cuarenta y nueve días el *Bardo*

—me explicó lama Tsering—. Después la mente toma otro cuerpo. El ser humano que durante su existencia ha entrenado y desarrollado

lo suficiente su consciencia, puede morir sin perder la consciencia y sin perderla puede trascender, logrando que las energías partan por la sutura sagital, en la cima de la cabeza.

Me señaló con el dedo, el lugar exacto. Yo ya lo conocía, porque los yoguis hindúes también nos empeñamos en dirigirlas a esa zona, que denominamos la Puerta de Brahma. Lama Tsering prosiguió:

—No es fácil poder morir sin que la consciencia desfallezca. Se requiere un largo entrenamiento que permita mantener la consciencia despierta y lúcida durante todo el proceso. El estado de transición entre la muerte y el renacimiento, que dura cuarenta y nueve días, está lleno de apariciones, visiones de todo tipo y fantasmagorías. El hombre ordinario se deja atrapar y confundir por todas ellas. Pero el yogui avanzado puede mantenerse desapegado, mirar todo aquello como un sueño distante.

—¿Cuánto tarda en sobrevenir el desprendimiento de la mente según los tibetanos? —pregunté.

—Aproximadamente cuatro días. Pero atiende, Ananda, lo que es más importante de todo. En ese estado se nos ofrece una última oportunidad para liberarnos o por lo menos poder obtener una buena reencarnación dhármica. Si el muerto se entrenó lo suficiente mental y espiritualmente cuando todo ese tumulto de visiones se presenten ante él, sabrá que son el producto de acumulaciones kármicas, y estará preparado para realizar intuitivamente el vacío, fundirse en la Clara Luz y liberarse de la Rueda de la Existencia. Pero todo ello requiere que la persona pueda estar muy desapasionada y lúcida y comprender que todas esas apariencias son vacuas e ilusorias. ¿Me entiendes, Ananda?

—Sí —repuse—. Y pienso que la persona ordinaria sufrirá mucho con esas visiones que cree son reales.

—Así es. Y si creemos que esa pesadilla es real, perdemos la última oportunidad de entrar en el Vacío todo luminoso. Pero aún si el yogui no logra realizar intuitivamente ese vacío, al menos podrá transferir su consciencia allá donde quiera.

Durante semanas estudiamos el Bardo-Todol, que es el Libro de los Muertos y que se lee durante el período de transición a modo de recordatorio y aviso para el que está transitando. Así se puede guiar al que ha muerto, conducirle sabiamente a través de ese universo de apariencias. Y quiero decirte, Ananda, que es muy importante en esos

momentos la visualización del propio yidam, que nos sirve de custodio, guía, refugio, estímulo.

Fue aquél un año muy intenso. El último día de trabajo con lama Tsering, éste me dijo:

—Ananda, nosotros los tibetanos decimos: «Aquél que conoce los Preceptos pero no los lleva a la práctica, es como quien enciende una lámpara y cierra los ojos». Yo nada más tengo que enseñarte. Llevas muchos años recorriendo el camino y todavía se extiende ante ti. Sigue adelante. Este es mi último consejo. ¡Adelante!

Y en tal momento pensé que ese hombre era un verdadero boddhisattva: una mano que ayuda a caminar, una luz, una esperanza. Iba yo a expresarle mi agradecimiento y se me adelantó:

—Yo soy quien te da las gracias. Al ayudar a otros a recorrer el sendero, nos ayudamos a nosotros mismos.

Y mi mente se inundó con el mantra del Pajña-Paramitá: «Tadyatha Gate Gate Para-Gate Para-Sam-Gate Bodhi Sva-Ha». Me arrojé al suelo y rendí pleitesía al lama, que en ese momento era para mí la encarnación del mismo Buda.

Capítulo 53

Antes de penetrar en la casa de meditación, estuve tres días tratando asiduamente con el venerable lama Khempo Tomo Rinpoché, el abad del monasterio. Siempre me impresionaba su sencillez, su quietud y su innegable sabiduría. Durante esos tres días me sometió a preguntas sobre muy diferentes temas para comprobar mi preparación, me impartió instrucciones diversas y me puso al corriente de cuál debía ser mi labor durante los tres años y tres meses y tres días en la casa de meditación.

—Ananda, por fortuna, estarás acompañado por el lama Rechung Geshé. Hay allí otro lama desde hace más de un año. Cuando te surjan dificultades, ellos podrán ayudarte a resolverlas. Ahora tu entrenamiento no va a ser nada fácil, a pesar de los muchos años que llevas en la Búsqueda. Ha llegado el momento de que tú, por ti mismo, pongas en práctica todo lo que en estos dos años has aprendido de lama Rechung y lama Tsering.

Al tercer día, el abad, muy de mañana, dirigió una ceremonia de iniciación para mí. Hube de repetir algunos textos y hacer diversas ofrendas a las deidades, así como una ofrenda al mandala. Casi todo el

resto del día lo pasé en su celda, ambos en prolongada y silenciosa meditación. Era aquélla una importante y potente iniciación a través del silencio. Yo percibía las energías preciosas que el abad me estaba infundiendo y que me ayudarían en el sobreesfuerzo que debía realizar durante los próximos tres años. El cuarto año aún sería más duro, porque no contaría con la presencia de nadie y habría de hallar, como en otras ocasiones, guía en mí mismo.

Mi hermano espiritual el lama Rechung Geshé y yo entramos al amanecer en la casa de meditación… Allí estaba desde hacía más de un año el lama Jalpen Zopa. Era un hombre joven y menudo, cara angulosa e infantil, mirada inocente.

Daba comienzo el encuentro más abierto conmigo mismo, a la búsqueda de esas respuestas que he perseguido durante toda mi existencia, a la indagación del dolor universal, al intento de conseguir el gran salto que me impulse desde la orilla de la oscuridad a aquélla de la luz y el Conocimiento. El sadhu errante, aquél que había peregrinado durante casi medio siglo, ahora permanecería en quietud durante más de tres años.

La casa de meditación era un lugar pequeño y humilde. Lama Tsering ya me había explicado que en los gonpas más grandes la casa de meditación contiene numerosas celdas, una habitación para el lama que la regenta, una sala para adiestrarse en el Yoga, la cocina y algunas otras dependencias. En cambio, esta casa de meditación era muy pequeña: apenas media docena de celdas, un minúsculo patio, un reducido santuario, la cocina (donde nosotros mismos nos preparábamos los escasísimos alimentos) y los retretes.

La disciplina diaria que efectuamos durante aquellos tres años, tres meses y tres días fue casi siempre la misma. A las tres de la madrugada aproximadamente ya estábamos absorbidos en el ritual: ofrendas al mandala, plegarias Yoga Guru, recitaciones mántricas, la purificación de Vajrasattva y significativos mudras. Al anochecer efectuábamos otros rituales y diversas visualizaciones. Meditábamos de catorce a quince horas por día, a veces dábamos un pequeño paseo por el patio y sólo hablábamos lo imprescindible o sobre la Enseñanza. Nuestra alimentación era muy frugal y nuestras horas de sueño (por llamarlas de alguna forma) no eran más de cuatro y las realizábamos en postura de sentados. Puedo decir que en aquellos tres años, tres meses y tres días jamás extendí mi cuerpo. Era como si la postura yacente no existiera. Mientras dormíamos, utilizábamos el yoga del sueño, es decir, un control mental que te permite tomar consciencia de que estás en el sueño y poder rechazar cualquier sueño negativo que,

como tal, originara un karma asimismo negativo. Trabajé incansablemente sobre mi yidam, la adorable Tara, canalizando hacia ella mis energías emocionales. Llegué a imaginar perfectamente a Tara, con tal exactitud que estaba a mi lado como si se hubiera convertido en una mujer de carne y hueso. Era como si a veces tomara forma material real, un poco vaporosa y etérea, pero visible no sólo con mis ojos de la mente, sino también con la visión física. Practicábamos los seis yogas de Naropa y yo, en especial, el yoga del calor psíquico, que me permitía hallar y transmutar nuevas energías en orden a la autorrealización. Este yoga me posibilitaba para extraer más y más energías de mis centros. También hacía prolongadas visualizaciones utilizando a los cinco dyani-budas, me ejercitaba en las prácticas de pranayama que me enseñara Goraknath y meditaba sobre textos que me había aprendido de memoria de las escrituras tibetanas.

No puedo decir más de aquellos tres años, tres meses y tres días, porque las verdaderas experiencias eran internas, tan íntimas y supremas que no pueden ponerse en palabras. Obtuve un control enorme de mis pensamientos. Los veía siempre como aparte de mi más lúcida consciencia, como si yo estuviera sentado en la playa viendo cómo las olas —en tal caso los pensamientos— vienen y se van, ascienden y descienden. Desperté cada vez más compasión y así me entrené tanto en la sabiduría del corazón como en la de la mente. Lama Rechung fue siempre un hermano. Nunca podré agradecerle lo suficiente su ayuda. Había surgido entre nosotros una silenciosa pero profunda comunicación. Nos transmitíamos vivencias y sentimientos y nuestros ojos podían hablar con más precisión que todas las palabras del mundo. Y ambos sabíamos que no hay otro refugio que el Dharma, el camino luminoso que jamás nos defrauda y que, por difícil que resulte, ofrece la más elevada recompensa.

Capítulo 54

Soy un sadhu en busca de su destino. Invierto mi actual existencia terrena en encontrar respuestas. Quiero descubrir el surgir de la vida y penetrar más allá de las formas y las apariencias. Anhelo redimirme de la ignorancia y cruzar a la orilla del conocimiento. Sólo en la Perla Dorada hallaré el reposo. Me esfuerzo por apartar mi mente de los objetos exteriores y aplicarla al reencuentro de mi ser.

Soy un sadhu que quiere retornar a su naturaleza real, a su paraíso interior. A veces vacilo, a veces desfallezco, a veces mi corazón se llena de tribulación, pero me empeño por permanecer en la corriente hacia la sabiduría. No creo en el hombre aparente, pero creo en el hombre real, y en el atmán invisible que refulge más que todos

los astros.

Soy un sadhu que busca fuera y dentro de sí mismo, que peregrina hacia los demás y hacia su propia intimidad, que ha hecho de su vida una búsqueda, una llamada a lo trascendental, una súplica al Absoluto.

Después de recibir una segunda iniciación de Khempo Tomo Rinpoché, entré en el eremitorio. Era una pequeña casita de una sola habitación, con una puerta y un tragaluz. Se me servía tsampa una vez al día a través de una especie de torno. Todo el día y la noche permanecía en actitud meditativa, excepto para realizar mis necesidades fisiológicas. un año de autoprofundización, de indagación interior, de investigación de todas mis esferas internas.

Cientos de miles de veces repetí el mantra Om. Aunque encerrado entre aquellas cuatro angostas paredes, quería proyectarme hacia la Totalidad. De tal manera insistí en la visualización y recreación de mi yidam, la tierna Tara, que era como si hubiera realmente encarnado para estar allí conmigo. Durante semanas y semanas permanecí en la contemplación silenciosa del Brahmán. Toda mi vida fue pasando ante mí una y otra vez: las pasiones, los errores, los anhelos, los proyectos. Acudían a mi mente las palabras de los grandes maestros, las Madres espirituales, mis instructores, los miles de sadhus con los que había conversado en años atrás. Se precipitaban en mi recuerdo los textos sagrados, los versículos del Gita, los Upanishads, el Pajñaparamitá. Me invadían sensaciones muy diversas. En ocasiones era como si me volviera más diminuto que un grano de arroz y, en otras, me tornaba inmenso como el océano o el firmamento. A veces escuchaba el ruido de címbalos; otras, el de las flautas, los tambores o las campanas. Aparecían en mi mente los colores más vivos e intensos y millones de minúsculos puntos luminosos. Unas veces me internaba en mí mismo con la misma sensación de desplomarme por un inacabable abismo que me conduciría hacia la diana de mi ser; otras era como si saliera de mí mismo y del eremitorio y me proyectase hacia el universo, pudiendo ver mi forma corpórea desde las enormes distancias galácticas. Algunos días tenía fiebre; otros se me congelaban los miembros, temblaba, el frío me dominaba. Yo era, sin embargo, como un árbol fijo en la tierra, inamovible, firmemente resuelto a superar esa prueba de enfrentamiento consigo mismo. Las redes de Maya se tendían sobre mí, para confundirme y atraparme. Tenía que activar al máximo mi discernimiento.

Llegaron las tentaciones y las pasiones, llegó la soledad y la desesperación, llegaron las dudas, los recuerdos, el desfallecimiento. Y

en esa contienda contra mí mismo, fui reduciendo los pensamientos indóciles como caballos salvajes, las emociones descontroladas, los apegos de todo tipo, la inquietud y la incertidumbre. Perdido el sentido del tiempo, buscaba un mensaje en mi interior. Y creo que por fin lo hallé y me sentí más agradecido de cuanto pudiera decir. La tempestad amainó; las dudas se resolvieron. No era todavía, ni mucho menos, la liberación final, pero era una liberación hacia la Liberación. Todavía habría vacilaciones, cansancio, pesadumbre. Todavía habría que realizar un esfuerzo importante: aprender a pensar mejor, a dejar de pensar, a amar, a merecer el amor de los otros, a vivir a través del Conocimiento. No había atrapado la Perla Dorada, sólo la había intuido, sólo había vislumbrado un destello lejano de su refulgente brillo. Me había refugiado durante días en la Caverna Triangular de mi corazón, donde todo es paz y consolación; durante días había deleitado la hermosura de la Estrella Blanca y me había diluido en la insondable profundidad del Topacio Azul; pero la Perla Dorada sólo me dejaba percibir su débil voz en la lejanía. Todavía mi energía Kundalini, a pesar de los enormes esfuerzos realizados, no había perforado el chakra de los mil pétalos. Había que seguir la Búsqueda. Ella es proceso y es meta, es manantial, río y desembocadura; es el camino, el valle, la montaña; es desierto, oasis, sombras, luz, la más grande esperanza. Más atrayente que el atractivo de todas las mujeres más bellas del mundo, era el de la Perla Dorada; más sutil, con un eco de infinitud. Más elocuente que todas las palabras de la tierra, era el silencio atronador de la Perla Dorada, más penetrante, más sugerente. Más bella que todos los jades y esmeraldas, que todos los diamantes y zafiros, más hermosa, más espléndida. Ella reside en ti y en mí, y en todos los seres sintientes. Todos los seres viven a través de ella y sólo el ser humano puede vivir en ella. ¡La Perla Dorada! A través de todos los caminos limpios y puros puede ser hallada, a través de todas las vías auténticas puede ser rescatada. ¡La Perla Dorada! Un destello de cegadora luz, de oro más puro que todo el oro del universo, residiendo en el loto de los mil pétalos.

Apenas me obedecían las piernas cuando abandoné el eremitorio. Mi cuerpo estaba anquilosado, viejo, cansado. Mi alma estaba alegre como la de un pajarillo y toda la esperanza renovada para seguir la Búsqueda. Quería ampliar mi búsqueda a todas las doctrinas, aunque cada hombre debe ser su propia verdad, su propia doctrina, su propio guía. Continuaría peregrinando hacia fuera y hacia adentro, hasta que mi karma me obligara a abandonar mi forma corpórea.

Recibí la más alta bendición de Khempo Tomo Rinpoché; me fundí en un abrazo con lama Rechung Geshé; me postré a los pies de lama Tsering. Partí con el corazón melancólico. Una vez más,

separándome de los seres más queridos. Así es tu vida, sadhu. Caminar y caminar, vagar de un lado para otro, desenraizándote de todo, sin apegarte a nada.

He probado el dolor y he probado el placer. Uno y otro son insatisfactorios, pero cuando nos hallamos a nosotros mismos, ni el uno ni el otro existen.

Desde la distancia, vuelvo mi rostro y allí, en la lejanía, el monasterio es como un punto de esperanza en el horizonte. Om Mani Padme Hum. La Joya en el loto. ¿Me será dado encontrar la joya más sublime en el loto de los mil pétalos?

Epílogo

Durante años continuó mi Búsqueda. Al buscarle a él —al maestro de Sabiduría—, me buscaba a mí. Continué vagando durante años y también durante años me aislé conmigo mismo, miré hacia adentro, en busca del atmán, de la verdad más alta. Hubo momentos de exaltación mística, pero también los hubo de desierto espiritual. Deseaba conocer lo eterno, pero los reflejos de lo aparente emborrachaban mis sentidos y confundían mis pensamientos. Sabía que era Aquel, pero no basta con saberlo; hay que reconocerlo. Ansiaba abrir dentro de mí mismo el Infinito, lo había deseado innumerables existencias, y en esta vida larga de sadhu errante no hacía otra cosa que buscar más allá de las distinciones, de las apariencias. Mi destino me había llevado a buscar de este modo: como sadhu errante. Cada uno tenemos nuestra vía. Anteriores méritos y deméritos habían dispuesto ésta para mí. Había hecho de la Realidad el objetivo supremo y único de mi vida, pero había tenido que pasar por toda clase de incertidumbres, de dudas, de desgarramientos interiores. Así quemaba mi karma como los leños queman el cadáver. Había descubierto que la respuesta no estaba en los ritos, ni en las escrituras, ni en los templos, ni siquiera en la renuncia. La respuesta estaba en mí, desde siempre. Pero los designios del que es ni existente ni no existente, del Desconocido, sólo se descubren y descifran en un peregrinar hacia el sol interior. Porque he comprendido que es inescrutable e indescriptible, le amo más; porque he comprendido que toda mi azarosa existencia la había yo provocado en vidas previas, la he aceptado y me he aceptado en Aquel. Y he sabido que Aquel que soy yo está en la miel, en el veneno, en el sufrimiento, en la alegría. Estamos soñando. Pero en nuestro sueño peregrinamos para hallar el elixir que nos permita despertar. Yo a ese elixir le llamo la Perla Dorada. Es el atmán que está dentro y fuera de nosotros, que ni es ni no es, que es el Todo en la Nada y la Nada en el Todo. Chit:

consciencia, la savia del árbol, las lágrimas del hombre, el olor caliente del cachorro. La araña segrega la propia tela que la encarcela, como nosotros segregamos la ilusión que nos duerme y nos hace soñar. Y soñamos que somos un ego independiente y esclavo, y somos como el emperador que padece la pesadilla de que es un siervo.

Estaba lleno de ligaduras y quería cortarlas con nuevas ligaduras, sin saber que era libre desde siempre. Tenía que reconocerme, pero tantas eran las máscaras que ocultaban a Aquel en mí, que todo reconocimiento era imposible. Y sin embargo, yo lo sé, lo sé muy bien, hay que hacer el largo camino para llegar a donde ya estábamos. Tuve que hacerme jirones en el sendero para poseer la Perla Dorada que desde siempre he poseído. Así es mi sueño, nuestro sueño. Así es la marcha larga y penosa hacia la Realización. Todo lo tienes al alcance de la mano; lo que no tienes son manos para alcanzarlo. Un día comprendemos que estamos arriba y abajo, detrás y delante, en todas partes. También en ninguna parte. Ese es el gran secreto. Esa es la cualidad de la Perla Dorada.

Brilla más que todos los soles del universo juntos y sin embargo permanece disimulada. Si la encuentras antes de tiempo, te cegará y no lograrás verla; si no la hallas, entonces, hermano mío, estás perdido para siempre.

No le encontré yo a él. Fue él quien me halló a mí. Estaba yo sentado a la orilla del río. Contemplé mi imagen deformada en las aguas. Pasó una flor. La tomé, la olí y volví a dejarla sobre las aguas. Sentí que las aguas, la flor y yo éramos uno. Que quien no era nada era la imagen deformada.

Y él estaba a mi espalda. Sentí su calor, sentí su presencia, sentí una oleada de amor infinito.

—Me han dicho en el pueblo que buscabas un maestro de Sabiduría. Por las indicaciones que diste, debo ser yo.

Era alto y muy delgado, el rostro huesudo como el de una calavera, imponente, pero agradable. Nunca he visto una mirada tan penetrante, porque no miraba. Había en su cuello un collar de dientes de tigre y en su mano derecha un anillo en forma de serpiente. No tenía edad, simplemente no tenía edad.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Yo soy tú —respondió—. Me has encontrado porque te has encontrado. Yo te necesito y tú tienes necesidad de mí pero en realidad no somos dos; somos uno.

—¿Diriges una comunidad? —indagué.

—La dirigí hace muchos años. Ahora no dirijo a nadie; no hay nadie que pueda dirigir. Vivo en un eremitorio. Otros vivieron allí; otros creyeron ver en mí un maestro hasta que descubrieron que ellos eran sus maestros.

Caminamos juntos hacia su eremitorio. Comimos unas frutas. Era como si nos conociéramos desde siempre. Cuando se lo dije, sonrió:

—Si somos uno, ¿cómo no vamos a conocernos desde siempre?

Pasaron los días, las semanas y los meses. Dos que son uno no necesitan hablar demasiado. Compartíamos la misma comida, el mismo sitio para dormir, el mismo río. ¿No era suficiente? Un día lo encontré meditando. Eso creía, pero había muerto. No recibí ninguna enseñanza de él, y luego comprendí que era mi propia enseñanza, para que en ese cielo despejado del silencio yo pudiera ver representado el Eterno, escucharlo, fundirme con su música oceánica. Sólo un día me dijo: «Desata tu mente y deja volar tu corazón». Comprendí cuando él ya había desencarnado, penetré que el verdadero amor es el resultado

de la auténtica inteligencia. Nuestro primer objetivo del viaje es la mente. Es un viaje largo y difícil: alcanzar y dominar nuestra propia mente sin perdernos a nosotros mismos. Pero el viaje más prolongado comienza luego. Es el trayecto que va de la mente al corazón, de la conciencia pura a la dicha sin límite.

Durante una semana era como un fantasma inquieto de aquí para allá. Había dejado de comer y apenas podía conciliar el sueño. Tenía la sensación de ser como una tormenta pronta a producirse. Y buscaba con ansiedad un lugar en el que abandonarme, pero no encontraba un sitio propicio para estar conmigo mismo. Era como si una descontrolada energía desbordase mi ser, como si se hubiera despertado una fuerza incontenible en mi cuerpo y en mi mente. Los nudos se estaban desatando y las energías liberadas, como potros incontrolados después de un largo período de ocio, saltaban por todas las partes de mi cuerpo.

Me recogí en un templo de Shiva. El olor del sándalo penetró voluptuosamente por mis orificios nasales. A corta distancia unos devotos entonaban himnos al Destructor que te hace morir para que puedas renacer en ti mismo. De súbito perdí totalmente la percepción de mi cuerpo y me establecí en la conciencia-testigo. Ya no olía el sándalo; ya no escuchaba los himnos. En lo más abismal de mí mismo estaba, imperturbable, la conciencia-testigo. Yo era ella. Lo demás eran mis apariencias y envolturas. Desde el veedor inafectado miraba el mundo, que era como un descomunal espejo en el que saltaban las imágenes. Tuve una visión de todos los procesos cósmicos, del gran e ininterrumpido fluir que alcanza momento a momento a todas las células y componentes de nuestro cuerpo y a la sutil materia de nuestra mente. Millones de formas diferentes que se sucedían las unas a las otras, todo en modificación constante, en incesante e inexorable transformación. Eran como bengalas que enseguida se desvanecen, construyéndose y destruyéndose todo momento a momento, generando cada instante al instante subsiguiente; una multiplicidad de elementos y agregados que se sucedían por millones en cada segundo. De no estar establecido en mi conciencia-testigo hubiera enloquecido. Era como tener un sueño sin identificarte con él, con la plena consciencia de que estás aparte de lo soñado. Pero además eran muchos sueños dentro de otros sueños, imágenes que creaban sus imágenes, mentes que soñaban otras mentes, durmientes que soñaban otros durmientes. Todo estaba ahí y todo era una ilusión. El océano encrespado de maya, fluyendo y fluyendo. Y entonces desfilaron ante mí millares de años de vida. Playas que se tornaban desiertos, zonas desérticas que se volvían gigantescas montañas, bosques que se transformaban en pantanos, ciudades que se convertían en mares,

dinastías que daban paso a otras dinastías, madres que luego eran hijas de los que fueron sus hijos, lugares soleados de la tierra que se tornaban zonas heladas. Allí donde había fértiles planicies, surgían extensos glaciares; los valles se trocaban en cimas y las cimas en valles; las islas se hacían continentes, las tierras se modificaban en mares. Cambiaban los pueblos, las razas, las costumbres, las morales. En el espejo de maya las imágenes se sucedían sin interrupción; sueños dentro de otros sueños repitiéndose sin cesar; imágenes que proyectan otras imágenes que a su vez proyectan nuevas imágenes. Tal era el universo de maya. Tan extenso como todas las galaxias y tan diminuto como un grano de arena. En cada célula se repite el mismo proceso, en cada grano de arroz, en cada pétalo de flor. En esa sucesión de imágenes vi a la que fuera mi madre, a mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre, mi siempre recordada tía… Vi a todos los seres que habían formado parte de mi vida y que habían muerto. ¿Cómo llorarlos? Tenía que llorar a todos los seres del universo, porque en esa sucesión de maya todos eran mis familiares, mis hermanos. No había nacimiento, no había muerte. Vivencié que el universo de maya era el sueño donde todo es posible, donde cada mente proyecta sin cesar como el gusano fabrica la seda, el gran juego cósmico donde se sueña y se es soñado; vivencié que la conciencia-testigo es lo único que está fuera de ese juego: libre, inafectada, sin imágenes, sin proyecciones, estática, vacía, única realidad, al margen del juego infatigable de maya. No es y es; está vacía porque se llena de sí misma. Es conciencia pura, más allá de la luz más refulgente, más allá del todo y de la nada.

Fue como una estrella infinitamente lejana que asoma tímidamente al firmamento. Era de un resplandor áureo tan vivo que cegaba los ojos de mi alma. El nudo que forman los dos nadis en el centro del tercer ojo quedó fundido por su intenso calor. Sentí en el paladar de mi cuerpo pránico el néctar divino, que es más dulce de cuanto pueda decirse. Caía como gotas de rocío desde la copa de néctar de la concavidad central de la mente. La Perla Dorada, desde la inmensa lejanía en que apareció, se fue acercando lentamente. Ahora la percibía dentro y fuera de mí mismo. Fue en un segundo como voraz fuego que derritió todos mis procesos mentales. Ya ni siquiera percibía las imágenes de maya. Maya se había disuelto, mi ego se había en ese instante calcinado, yo era la nada misma que se disfraza de todo y el todo que se disfraza de nada. Informe, inmanifestado, vacuo, pleno, contenía y era contenido en la Perla Dorada. Juntos hicimos el camino. Descendimos hasta la caverna de mi corazón. La caverna se iluminó de pronto; era la luz de millones de soles. Y empezó a fluir la compasión. Era compasión por sí misma, sin que

nadie la poseyera, porque no había nadie para poseerla. Brotaba y brotaba, compasión infinita, amor impersonal e inefable. Y gozo indescriptible, sin límites, gozándose a sí mismo.

Volví a ser Devendrenath Das. La paz estaba en mi corazón. Ahora ya no iba; me dejaba llevar. Nada era capaz de agitarme. El Dharma fluía a través de mí sin yo siquiera proponérmelo. Aquí o allá, era lo mismo en cualquier parte. Esperaba a desencarnar en esta orilla de maya, pero mi atmán ya estaba en la otra orilla. La fascinación de maya no me concernía. Por muchas piedras que se arrojan al vacío, ¿podrá alguien dañarlo? Y cuando emerges de la pesadilla comprendes que los seres que estaban contigo dentro de ella, también habrán de salir. La servidumbre también es parte de la fascinación de maya. El universo es un reflejo en el espejo. Más allá está Satchidananda, la libertad, el fin de todo dolor, el reconocimiento liberador. Todas las criaturas vivientes viven en nosotros. Y cada vez que uno de nosotros se mira en la Perla Dorada está colaborando en la liberación de millones de seres sintientes.

Porque me afligía el dolor y no hallaba respuestas me convertí en sadhu errante. Mi maestro me entregó el sobrenombre de Ananda, que es felicidad, la dicha propia del liberado viviente, el gozo de aquél que escapa al universo que se refleja en el espejo. Ananda está en tu corazón, querido mío. Búscame más allá del mundo sensible, allende la relatividad universal. Somos sadhus errantes, aunque no demos un paso, si caminamos hacia el Despertar. Cada vez que penetres en la caverna triangular de tu corazón, siente a Ananda y sé él, porque no hay lugar en tu corazón para otro que no sea el Ser.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido a mi buen amigo y editor Javier Ortega, por su confianza y aliento. Mi gratitud a mis amigos y leales alumnos Antonio García Martinez, Quique Hidalgo, Paulino Monje, Javier Nogueira, José Manuel Muñoz y Joaquín Maestro. También para mi amigo y excelente maestro de yoga Víctor Martinez Flores y para mi extraordinaria amiga, pionera del yoga en España y propietaria de la librería Anatma de Sevilla, Pilar Vaz. Todo mi reconocimiento para mi admirado y querido Antonio Tallón, no solo un brillante y abnegado neurólogo sino una persona con inspiradores conocimientos de Jnana-yoga. Siempre estoy muy agradecido a Pablo Olmeda, amigo extraordinario y fenomenal persona, por su valiosa y generosa cooperación en mis largos desplazamientos por la India. Siempre llevo en el corazón a Baba Sibananda de Benarés; gracias por existir y por su confortadora amistad, pues es un ser humano de presencia reveladora.

Siempre estaré en deuda con mi hermano del alma y mi mejor amigo Miguel Ángel Calle, que nunca dejó de apoyarme incondicionalmente y que era un gran ser. Mi sentidas gracias para el filósofo, periodista especializado en espiritualidad y buen amigo Federico A. Sánchez. Estoy especialmente agradecido a José Miguel Juárez por su sólida amistad y cariño, así como por su generosa colaboración en la difusión de mis actividades. Me siento muy agradecido a mis dos buenos amigos y alumnos Publio Vázquez y Carlos Campos, compañeros de viaje espiritual y de viajes terrenales por nuestra patria espiritual: la India.

Nunca dejaré de estar sumamente agradecido a mi buena y encantadora amiga Pilar Luego, que tanto me confortó en la UCI durante mi gravísima enfermedad, demostrándome su gran corazón y la belleza de su alma». No puedo dejar de expresar mi más sentido agradecimiento a mis muy buenos y queridos amigos ecuatorianos Gisella Gandolfo, Lorena Triviño, Helen Balarezo, Gustavo Plaza, David Pérez-Mac Collum y Xavier de Game, todos ellos muy interesados en las enseñanzas y prácticas del yoga.

[112]

Gita: texto que forma parte del Mahabharata y que muestra la enseñanza del Yoga.

[113]

Pranayama: técnicas respiratorias yoguis.

[114]

Mudras: técnicas yoguis de control muscular y de la energía.

[115]

Bijas: simiente de un mantra.

[116]

Puja: ceremonia religiosa.

[117]

Langoti: taparrabos.

[118]

Paises: la moneda india es la rupia, que está fraccionada en países.

[119]

Mala: rosario.

[120]

Rajas: actividad, pasión.

[121]

Tamas: pasividad, inercia.

[122]

Sattva: pureza.

[123]

Tantrik: devoto o practicante de la doctrina Tantra.

[124]

Yuga: período cósmico de tiempo, era.

[125]

Yama: Señor de la Muerte.

[126]

Tonga: especie de tartana arrastrada por un solo caballo.

[127]

Tapas: austeridades.

[128]

Dharana: concentración.

[129]

Dyana: meditación.

[130]

Gayati mantra: mantra de una especial medida y unas concretas características.

[131]

Kriyas: técnicas de limpieza e higiene corporal.

[132]

Devi: deidad encarnada.

[133]

Kumbhaka: retención del aliento.

[134]

Gonpa: monasterio tibetano.

[135]

Tsampa: torta de harina, alimento muy común entre los tibetanos.

[136]

Boddhichitta: mente iluminada.

[137]

Riteu: cueva para la meditación.

[138]

Bardo: estado intermedio entre la muerte y el renacimiento.

Table of Content